

Realidades & Ficciones II

Volumen 12, Nº 2, Año 2014



# Calibán

Revista Latinoamericana  
de Psicoanálisis









# Calibán

Revista Latinoamericana  
de Psicoanálisis

# Calibán

Revista Latinoamericana  
de Psicoanálisis

Volumen 12, Nº 1, Año 2014

ISSN 2304-5531

Publicación oficial de FEPAL  
(Federación Psicoanalítica de América Latina)

Luis B. Cavia 2640 apto. 603 esq. Av. Brasil,  
Montevideo, 11300, Uruguay.  
revista@fepal.org

Tel: 54 2707 7342. Telefax: 54 2707 5026.

www.facebook.com/RevistaLatinoamericanadePsicoanalisis



Federación  
Psicoanalítica  
de América Latina

## Comisión Directiva

### Presidente

Abel Mario Fainstein (Asoc. Psic. Argentina)

Suplente: Fernando Weissmann (Asoc. Psic. Argentina)

### Secretaría General

Jeanette Dryzun (Asoc. Psic. Argentina)

Suplente: Darío Alberto Arce (Asoc. Psic. Argentina)

### Tesorería

Liliana Tettamanti (APdeBA)

### Coordinador Científico

Sergio Lewkowicz (Soc. Psic. de Porto Alegre)

Suplente: Zelig Libermann (Soc. Psic. de Porto Alegre)

### Directora de Sede

Susana García Vázquez (Asoc. Psic. del Uruguay)

Suplente: Ana María Chabalgoity (Asoc. Psic. del Uruguay)

### Directora del Consejo Profesional

Amelia Jassan (Asoc. Psic. Mexicana, A.C.)

Suplente: Alexis Schreck Schuler (Asoc. Psic. Mexicana, A.C.)

### Directora de Comunidad y Cultura

Mónica Cardenal (Asoc. Psic. de Buenos Aires)

Suplente: Nara Amália Caron (Soc. Psic. de Porto Alegre)

### Coordinador de Niños y Adolescentes

Sérgio Nick (Soc. Bras. de Psic. do Rio de Janeiro)

Suplente: Maria Cecília Pereira da Silva (Soc. Brasileira de Psicanálise de São Paulo)

### Director de Publicaciones

Luis Alejandro Nagy Urbina (Soc. Psic. de México, A.C.)

Suplente: Alejandro Martini Morel (Soc. Psic. de México, A.C.)

• Las opiniones de los autores de los artículos son de su exclusiva responsabilidad y no reflejan necesariamente las de los editores de la publicación. Se autoriza la reproducción citando la fuente y sólo con la autorización expresa y por escrito de los editores.

• Los editores han hecho todo lo posible para contactarse con los poseedores de los copyrights de las imágenes usadas. Si usted es responsable de alguna de las imágenes y no nos hemos puesto en contacto, por favor, comuníquese con nosotros a nuestro correo.

## Editores

- Mariano Horenstein (Argentina), Editor en jefe.
- Laura Verissimo de Posadas (Uruguay), Editora en jefe suplente.
- Raya Angel Zonana (Brasil), Editora asociada.
- Andrea Escobar Altare (Colombia), Editora asociada.

## Comisión Ejecutiva

Gloria Gitaroff (Argentina-Editora de sección *Bitácora*), Admar Horn (Brasil), Marta Labraga de Mirza (Uruguay-Editora de sección *Ciudades Invisibles*), Sandra Lorenzon Schaffa (Brasil-Editora de sección *De memoria*), Fernando Orduz (Colombia-Editor de sección *Textual*), Lúcia Palazzo (Brasil-Editora de sección *Vórtice*), Jean Marc Tauszik (Venezuela-Editor de sección *Clásica & Moderna*), Laura Verissimo de Posadas (Uruguay, editora de sección *Argumentos*), Raya Angel Zonana (Brasil-Editora de *Dossier*), Natalia Mirza (Uruguay), Natalia Barrionuevo (Argentina), Adriana Yankelevich (Argentina).

## Consejo de editores regionales

César Luís de Souza Brito (SPPA), Helena Surreaux (SBPPA), Cândida Holovko (SBPSP), Viviane Frankenthal (SBPRJ), Maria Arleide da Silva (SPR), Miriam Catia Bonini Codorniz (SPMS), Claudia Borensztejn (APA), Cristina Bisson (APdeBA), Eduardo Kopelman (APC), Rosa Amaro (SPM), Ana María Pagani (APR), Julia Braun (SAP), Marta Labraga de Mirza (APU), Marta Guzmán (APCH), Jorge Bruce (SPP), Carlos Gómez-Restrepo (Socolpsi), Rómulo Lander (SpdeC), Paolo Polito (AsoVeP), Julia Casamadrid (APM), Adriana Lira (APG).

Revisión de la versión en español: Andrea Escobar Altare.

Revisión de la versión en portugués: Raya Angel Zonana.

**Colaboradores:** Noemí Chena (APC), Iliana Horta Warchavchik (SBPSP), Raquel Plut Ajzenberg (SBPSP), Regina Weinfeld Reiss (SBPSP), Osvaldo Canosa (APA), Verónica Esther Díaz (APdeBA), Eloá Bittencourt Nóbrega (SBPRJ), Wania Maria Coelho Ferreira Cidade (SBPRJ), Analía Wald (APA), Vivian Schwartzman (SPP), Alfredo Valencia (APM), Helena Surreaux (SBPPA), Marcelo Marques (APF).

**Logística & Comercialización:** Jorge Federico Gómez.

**Traducción, corrección y normalización de textos:** Denise Mota, Natalia Mirza, Alejandro Turell, Nadia Piedra Cueva, Néstor Gamarra, Ana Tanis, Ana María Olagaray, Abigail Betbedé, Camila Barretto Maia.

**Diseño:** Di Pascuale Estudio [www.dipascuale.com].

# Índice

6	Editoriales
6	<i>Palabras de la Comisión Directiva de FEPAL</i>
9	<b><i>Print the legend</i></b> <i>por Mariano Horenstein</i>
17	Argumentos
18	<b>Había una vez... una historia, una realidad...</b> <i>por Hilda Botero C.</i>
37	<b>Ficción, realidad y el campo analítico</b> <i>por Jay Greenberg</i>
58	<b>Realidades y ficciones en la práctica y en la formación psicoanalítica</b> <i>por Rómulo Lander</i>
76	<b>Fragmentos para un diálogo entre realidad y ficción</b> <i>por Fernando Orduz</i>
91	<b>Realidades y ficción en la clínica psicoanalítica</b> <i>por Rafael Paz</i>
107	Fuera de Campo
108	<b>La herencia</b> <i>por Thomas H. Ogden</i>
110	<b>La herencia. Algunos comentarios sobre el texto de Thomas Ogden</b> <i>por Juarez Guedes Cruz, Paulo Henrique Favalli, Sergio Lewkowicz, Maurício Marx e Silva, Ana Rita Taschetto, Karen Cainelli, Katia Ramil Magalhães, Laura Meyer da Silva, Maria da Graça Motta y Nyvia Oliveira Sousa</i>

- 131 Textual
- 132 **“Hechizar el mundo es una forma de soportarlo”**  
*Entrevista a Juan Villoro*
- 143 **Vórtice: ¿Quién puede ser psicoanalista?**
- 144 **Nos dieron espejos: qué extraña civilización**  
*por Lúcia Palazzo*
- 150 **“Esto es para quien quiere y no para quien puede”**  
*por Anna-Maria de Lemos Bittencourt*
- 153 **Una argumentación por la aceptación de psicoanalistas gays**  
*por Ralph Roughton*
- 157 **El método y el desvío**  
*por Pedro Duarte*
- 160 **¿Quién puede ser psicoanalista?**  
**Apuntes sobre una construcción interminable**  
*por Virginia Ungar*
- 163 **Desasosiegos de un caminante**  
*por Leonardo A. Francischelli*
- 166 **Ser analistas: esa delicada condición**  
*por Gladys Franco*
- 169 **La acreditación de un psicoanalista**  
*por Leonardo Peskin*
- 172 **El gato de Forer**  
*por Jorge Kantor*
- 175 **Ser/volverse analista. Raíces y frutos de una antigua cuestión**  
*por Roberto Luís Franco y Adriana Lasalvia*
- 179 **Un testimonio sobre los desafíos en el ejercicio de la función didáctica**  
*por Marion Minerbo*
- 182 **La relación entre los objetivos del psicoanálisis y las aptitudes del analista**  
*por Alfonso Pola Matte*

185	Dossier: La época del psicoanálisis II
186	<b>Los vivos, los muertos y el pasado: psicoanálisis e historia</b> <i>por Mariano Ben Plotkin</i>
194	<b>El psicoanálisis en la filosofía</b> <i>por Mónica B. Cragolini</i>
203	<b>Epistemologías y psicoanálisis</b> <i>por Esther Díaz</i>
210	<b>El psicoanálisis y sus “otros”... de lo mismo</b> <i>por Eduardo Grüner</i>
222	<b>El diseño del Yo</b> <i>por Ronald Kapaz</i>
229	<b>El legado del sueño en la ciencia, las artes y las letras</b> <i>por Mariza Werneck</i>
237	Ciudades Invisibles
238	<b>Entre las montañas y el mar: Río de Janeiro</b> <i>por Wania Maria Coelho Ferreira Cidade</i>
245	Clásica & Moderna
246	<b>Pichon-Rivière. Pourquoi pas psychanalyse?</b> <i>por Roberto Losso</i>
255	De Memoria
256	<b>Reflexiones institucionales</b> <i>por Moisés Lemlij</i>
263	<b>Psicoanálisis en Brasil: tan sólo una foto virtual...</b> <i>por Leopold Nosek</i>
271	<b>Mi vida y el movimiento psicoanalítico en el Río de la Plata</b> <i>por Marcelo Viñar</i>
278	<b>Albores del psicoanálisis en América Latina.</b> <b>La pregunta por la subjetividad</b> <i>por Lucía Rossi</i>
287	Bitácora

# Palabras de la Comisión Directiva

*Fui obligado a buscar asilo en la ficción. Disfrazada de ficción, de vez en cuando la verdad se infiltraba.*

WILFRED BION<sup>1</sup>

ES ESTA NUESTRA ÚLTIMA OPORTUNIDAD como Comisión Directiva de FEPAL y deseamos aprovecharla para saludar a nuestra comunidad y reiterarles la importancia que ha tenido para nosotros recibir a *Calibán* bajo nuestro cuidado a poco tiempo de su nacimiento durante la gestión presidida por Leopoldo Nosek y contribuir a su desarrollo, no sin dificultades, a lo largo de estos dos años. Se han editado tres nuevos números y somos conscientes del esfuerzo –que agradecemos– de sus editores dirigidos por Mariano Horenstein para su realización. Toda publicación necesita de un tiempo para establecerse, para hacerse conocer y hemos logrado el más amplio apoyo de las sociedades componentes para tenerlo. Por nuestra parte hemos implementado un sistema de impresión y de distribución cada vez más eficaz que ha permitido a los suscriptores, y en general a las sociedades componentes, tener la revista. A esto se suma estar en tratativas para poder lograr su venta *online* y estar estudiando la posibilidad de una versión digital en idioma inglés que llevaría a *Calibán* a muchos potenciales lectores localizados más allá de nuestras fronteras idiomáticas y culturales, lectores que se han mostrado entusiasmados con la revista.

Celebramos hoy la aparición de este nuevo número de la *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, dedicado al XXX Congreso de FEPAL. Con la magnífica calidad a que nos tiene acostumbrados, editorial y gráfica, estamos seguros de que tendrá la misma acogida que los números precedentes y los invitamos a recorrer sus páginas y a disfrutar de su lectura. Como en números anteriores, incluye en sus páginas una perspectiva multidisciplinaria acerca de las realidades y ficciones de nuestra región y son éstas precisamente el tema de nuestro Congreso.

Sabemos que la cuestión de dónde colocar la frontera entre realidades y ficciones es un tema complejo y muchas veces de difícil comprensión en tanto no existe la una sin la otra y menos aún en la práctica psicoanalítica, y es por esto que elegimos éste como tema central. Buscamos enfocar las numerosas realidades

---

1. Bion, W. (1991). *Memorias del futuro*. Madrid: Julián Yebenes.



que aborda el psicoanálisis: material, histórica, psíquica, etc., a la vez que las infinitas ficciones posibles, partiendo del mismo relato clínico, el caso como ficción, las teorías como nuestras ficciones, pero profundizando también en las distintas realidades latinoamericanas y las ficciones literarias, dramáticas, cinematográficas, artísticas a que dieron lugar y que a su vez permiten acceder a ellas.

El Congreso es la oportunidad de un encuentro que cada dos años convoca a los analistas de la región y a algunos colegas de otras regiones para actualizar nuestro quehacer y su relación con otras disciplinas, con la realidad social y con la cultura en general. En tiempos de globalización, los encuentros regionales, con la ventaja de compartir en nuestro caso solo dos idiomas, tienen la fuerza de estar cerca de las demandas comunitarias en general y de las de nuestro psicoanálisis en particular. Si bien los medios electrónicos y las transmisiones *online* son hoy una ventaja importante para la difusión de estos encuentros, y aunque tanto la realidad como la ficción se resisten naturalmente a su publicación, el registro escrito de las ideas puestas a trabajar sigue siendo un recurso invaluable para dar cuenta de estas experiencias. Es por esto que *Calibán* recoge en sus páginas estas producciones comenzando por los trabajos especialmente encargados a nueve destacados colegas de la región y a tres colegas invitados, uno por Europa y dos por Norteamérica. Esos trabajos darán lugar a mesas redondas con sus autores en los días del Congreso.

Esperamos recibir afectuosamente a toda la comunidad psicoanalítica de FEPAL en septiembre en Buenos Aires y estamos seguros de que *Calibán* seguirá su desarrollo de aquí en más con el mismo entusiasmo que hasta ahora.

***Por la Comisión Directiva***

Abel Fainstein

Luis Alejandro Nagy

Sergio Lewkowicz



Marcos López:  
*Flavio (ojos cerrados).*  
Fotografía blanco y negro.  
125 x 125 cm. 1992.

## *Print the legend*

En un viejo *western* de John Ford, *El hombre que mató a Liberty Balance*, se da el siguiente diálogo entre Ransom Stoddard y el director del periódico *Morning Star*, obligado a elegir entre los hechos y el mito:

–*You're not going to use the story, Mr. Scott?*

–*This is the west, sir. When the legend becomes fact, print the legend.*<sup>1</sup>

Aún en un medio donde se trata de retratar la realidad, como un periódico, la conocida frase muestra el privilegio que se le otorga a la ficción. La ficción – por eso se imprime– constituye y le da forma a la realidad. Eso pasa en el *Far West* y también en el lejano Sur que habitamos (donde fue acunado el realismo *mágico*, es decir un realismo que se constituye retroactivamente a partir de la magia, que podríamos pensar también como una de las formas de la ficción). Y pasa también donde fuera, pues no hay tal cosa como una realidad aséptica, inmune o refractaria a la ficción, de ahí el acierto de ubicar como tema del congreso de FEPAL de este año tal par conceptual.

Esto no significa ignorar la realidad de los hechos en su costado real, sólo que un factor diferencial del abordaje analítico es poder diseccionar el modo en que la ficción configura la realidad.

Este número de *Calibán* forma una serie con el anterior, dedicados ambos a pensar el eje Realidad/Ficción en psicoanálisis. Continuamos así –en nuestra sección **Argumentos**– la publicación de los textos elegidos por FEPAL para lanzar la discusión y que forman la estructura central del XXX Congreso Latinoamericano. Con el siguiente matiz: esta vez no sólo participan destacados analistas de nuestra región sino también invitados de Europa y de EEUU: Antonino Ferro y Jay Greenberg.

Cada vez que un paciente se desespera por recuperar un sueño *tal cual ha sido*, cada vez que otro busca precisar metódicamente tal o cual episodio de su infancia o detallarnos la rutina de sus días o incluso de lo que éste entendió de una interpretación del analista, desdeñamos la precisión fáctica –el qué o cuándo o dónde sucedió– y privilegiamos el relato que el analizante construye en la sesión, el modo en que recuerda lo que se le dijo, la manera en que retroactivamente

---

1. –¿No va a usar la historia, señor Scott?

–Esto es el Oeste, señor... cuando la leyenda se convierte en realidad, se imprime la leyenda.

construyó su infancia, pues sabemos del poder encubridor de los recuerdos y de la omnipresencia del fantasma, y sabemos también que el partido se juega en el relato del mismo que tiene lugar durante la cura. En fin, sabemos que *la verdad tiene estructura de ficción*, como proponía Lacan aunque sabía ya Freud. Sabemos que la realidad se construye como si fuera una ficción. De ahí quizás que Thomas Ogden, invitado por FEPAL a participar con un escrito en el congreso, nos enviara fragmentos de una novela, de una ficción, para hablar de su concepción del psicoanálisis. Es lo que publicamos en **Fuera de Campo**, junto a los ecos de la discusión que suscitara en una de las sociedades brasileras.

En la sección **Clásica & Moderna** rescatamos a un analista mítico, Enrique Pichon-Rivière. Un pionero latinoamericano para quien el haber nacido en Ginebra fue apenas un accidente, y sobre todo alguien respecto del cual es difícil rescatar la facticidad de la biografía tras su figura carismática y su vida y enseñanza plagadas de anécdotas. Aquí también cabe plantear la pregunta de lo que diferencia realidad y ficción, y en ese sentido optamos por un *Print the legend!* Pues la enseñanza y la figura de Pichon, “el más grande analista argentino” al decir de nuestra entrevistada del número anterior, Élisabeth Roudinesco, es verdaderamente legendaria. Su compromiso clínico y social, su heterodoxia y su originalidad teórica, su búsqueda más allá de las fronteras profesionales, su permeabilidad al arte y la cultura lo convierten en un maestro del psicoanálisis al que –nos gusta imaginarlo– quizás esta revista le hubiera gustado.

En la sección **De Memoria**, y al cumplirse cien años de la publicación de aquel artículo freudiano que planteaba una historia del movimiento psicoanalítico, quisimos hacer lo propio con su expresión latinoamericana. Queríamos como editores rastrear las peripecias del movimiento, sus escalas y desafíos, sus aciertos y sus deudas pendientes. Queríamos retratar la *realidad* del movimiento psicoanalítico latinoamericano hoy, y para eso convocamos a tres prestigiosos analistas de FEPAL: Moisés Lemlij, Leopold Nosek y Marcelo Viñar, transmitiéndoles nuestra propuesta. Por su experiencia, por su lucidez y por las posiciones institucionales que han ocupado, pensábamos que estaban mejor ubicados que nadie para retratar tal como pretendíamos la realidad psicoanalítica latinoamericana. Pero nos dimos con que sus textos, al recibirlos, no reflejaban con fidedigna precisión el mapa regional del psicoanálisis, ni mucho menos. Recibimos en cambio tres testimonios fragmentarios, tan parciales como luminosos, del compromiso y de las ideas de tres analistas que en vez de historiar el psicoanálisis latinoamericano se ocuparon de narrar la genealogía o las peripecias de algunas de sus sociedades o de sus pioneros, o en recuperar el poder subversivo de algunas preguntas ligadas a la política de las instituciones. Nuevamente aquí, en vez del mapa de las realidades que pretendíamos, recibíamos ficciones. Y las imprimimos, junto a un cuarto artículo de Lucía Rossi que nos amplía la perspectiva desde fuera de nuestras instituciones.

Quizás con la historia se trate también de eso, de reconstruir realidades colectivas a partir de ficciones incompletas y singulares, subjetivas, refractarias a cualquier idea de totalidad.

La sección **Vórtice** de este número debate en torno a una pregunta que nos planteamos: ¿Quién puede ser analista? Su editora, Lúcia Palazzo, describe en una introducción los temas que se despliegan a través de un conjunto heterogé-



neo de textos de colegas de toda la región y de EEUU. Allí se tocan aspectos relacionados a la orientación sexual, a las diferencias étnicas, a las condiciones psicopatológicas, etc., y su relevancia relativa a la hora de convertirse alguien en psicoanalista.

En **Textual** presentamos una entrevista que realizamos al prestigioso escritor mexicano Juan Villoro en torno al tema Realidad y Ficción. Y el **Dossier** prolonga el espacio para la extranjería en nuestra revista al continuar con la serie de textos dedicados a retratar *la época del psicoanálisis*, el modo en que nuestra disciplina ha impactado en otros saberes. Aquí publicamos artículos escritos por destacados ensayistas de proyección internacional: Mariano Ben Plotkin desde la Historia, Mónica Cragolini desde la Filosofía, Eduardo Grüner desde las Ciencias Sociales, Esther Díaz desde la Epistemología, Mariza Werneck desde la Antropología; además de un fresco texto de un relevante diseñador brasileño, Ronald Kapaz, donde –como no podía ser de otro modo y tal como sucede en toda buena interpretación psicoanalítica– la forma cobra relevancia como contenido.

A partir de este año, imprimimos *Calibán* en otro tipo de papel, que tiene menos brillo y *glamour* que el papel ilustración que veníamos utilizando pero que facilitará que el lector *escriba* sobre la revista, que cada uno de ustedes, en tanto el interlocutor crítico que imaginamos, se convierta también en un autor.

### **El backstage de Calibán**

Así como quien termina de ver entusiasmado una película en video se tienta por ir a los “extras” para ver más, quizás convenga hacer una especie de *making of* de *Calibán*, esbozar su detrás de la escena para que el lector sepa algo de la complejidad de su edición.

Éste es el quinto número de *Calibán*, reformulación del viejo proyecto de una *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, y vale la pena hacer un sucinto balance. Sobre todo porque es sabido que buena parte de los emprendimientos editoriales, de las más variadas disciplinas, naufragan antes de su tercer número, y son pocos los que llegan al quinto con regularidad. Sólo a partir del entusiasta apoyo de los lectores, de quienes participan en su edición y de quienes la apoyan desde sus responsabilidades institucionales ha sido posible llegar hasta aquí.

Este proyecto editorial implica un gran esfuerzo de FEPAL, tanto desde lo creativo y científico como desde lo financiero, operativo y logístico, pues se trata de una revista que aspira a editar dos números al año de alta calidad tanto en sus contenidos como en su forma, en tres idiomas distintos, llegando a su vez a lectores de toda Latinoamérica y de otras regiones. Es un esfuerzo colectivo donde se han comprometido ya tres comisiones directivas de nuestra federación: la que acunó la idea de una nueva revista, presidida por Leopold Nosek, la que colaboró para su institucionalización, presidida por Abel Fainstein, y la que tomará la posta a partir del congreso de este año, presidida por Luis Fernando Orduz.

Siempre nos tienta ver lo que nos falta por hacer, pero a veces es conveniente también dar cuenta de lo que hemos hecho ya.

Hemos pasado en muy poco tiempo de editar una revista cada dos años a editar dos revistas por año, ambas en ediciones idénticas impresas en dos idiomas en países distintos y quintuplicando la tirada. Además, trabajamos en

el lanzamiento de la edición de *Calibán* en inglés mientras colaboran con nosotros traductores de cinco lenguas diferentes. En la edición de la revista trabajan de un modo u otro –tanto en los rubros editoriales como en los rubros técnicos– unas 60 personas de toda la región. Por el formato que hemos adoptado, conformado por secciones de distinto estilo y características, podemos albergar la diversidad de voces presente en nuestro continente y a la vez profundizar en las líneas centrales de nuestra práctica. En cada número publicamos una treintena de textos, por lo que, en los apenas cinco números que llevamos editados, han podido expresar sus ideas unos 170 colegas y destacados intelectuales. Hemos intentado cuidar que, tanto entre los autores como entre los miembros del *staff*, haya la mayor representatividad posible, tanto geográfica como teórica e institucional. Intentamos reflejar la variedad del pensamiento psicoanalítico latinoamericano y estimulamos permanentemente –con mayor o menor suerte– a autores de posiciones disímiles a enviarnos sus ideas.

*Calibán* tiene por supuesto una política editorial –emanada de sus estatutos y consensuada entre los editores y las distintas sociedades de la región– pues no pretende ser una revista aséptica ni anodina sino tomar riesgos, ser *osada* en el mejor sentido de la palabra (y es ese significado de “osadía” el que está presente en la palabra antillana *caníbal*, de cuyo anagrama tomamos nuestro nombre). Pero a la vez, queremos que sea una revista no procustiana, una revista capaz de recibir ideas, formatos, pensamientos diversos que reflejen modos distintos de pensar el psicoanálisis.

Además de publicar textos psicoanalíticos –escritos en formas variadas pero donde predomina el género ensayístico– le hemos dado un generoso espacio a extranjeros a nuestra disciplina como escritores, filósofos, artistas, sociólogos, etc. de gran relevancia internacional que nos honran con sus colaboraciones. Extranjeros que también nos han ofrecido su pensamiento en construcción en las entrevistas que hemos publicado, una serie de testimonios que quizás algún día merezcan, agrupados, un formato de libro.

El arte tiene un lugar privilegiado en *Calibán*. No sólo por el cuidado con que diseñamos y diagramamos cada número, en el modo en que las intervenciones artísticas son tratadas (como si fueran parte de la interlocución) sino por el prestigio de los artistas que nos ceden sus obras. Intentamos hacer una revista que, para aprehender su *Zeitgeist*, se adelante. Y nada mejor que seguir a los artistas si de eso se trata. En ese punto, también nos gusta pensarnos con alguna *osadía* en nuestras elecciones, como puede advertirse en las tapas y retenciones de este número de *Calibán*. El instigante trabajo de Marcos López, alejado tanto de los códigos tradicionales de belleza como de los estándares de las revistas psicoanalíticas, pone a la vista un modo tan distinto como provocador de pensar lo latinoamericano.

Mucho se ha hecho y también mucho queda por hacer: hemos podido resolver mejor las complejidades del envío de las revistas a través de un continente que tiene más de 22 millones de kilómetros cuadrados, servicios de correos ineficientes y trabas aduaneras inverosímiles que tener un sistema de pago ágil y confiable para que la creciente cantidad de colegas que quieren suscribirse a *Calibán* puedan hacerlo con la misma facilidad con que compran un libro en *Amazon* o pagan sus impuestos *on line*. Enfrentamos los obstáculos de este

tipo, que en muchos casos son similares a los que enfrentaría una empresa multinacional para distribuir sus productos, sin que FEPAL lo sea: somos apenas un gran grupo de psicoanalistas –y en tanto tales pasamos muchas horas al día encerrados en nuestros consultorios– trabajando con pasión e ingenio para hacer avanzar este proyecto editorial.

### **La escuela del fracaso**

Quizás sea bueno hacer mención al contexto en el que preparamos este número de *Calibán*: lo editamos en medio del campeonato mundial de fútbol, celebrado en Brasil y seguido con atención en el mundo entero. No es casual que sea entonces Río de Janeiro, ciudad legendaria donde se jugó la final de la Copa, una de nuestras **Ciudades Invisibles**.

A esta altura está claro que el fútbol, en tanto fenómeno colectivo, ocupa un lugar en la escena del mundo que no encuentra otro parangón, y a partir de las peripecias del torneo se han suscitado apasionados debates en los que los psicoanalistas no han estado ausentes. De entre todos los temas que circularon en emocionantes discusiones, hay dos que nos tocan particularmente: el de la derrota y el de la patria.

Está claro que en un torneo sólo hay un vencedor, y el resto –de un modo u otro– ha de vérselas con el fracaso. Nosotros sabemos algo de eso pues la historia entera del psicoanálisis bien podría describirse como una historia de derrotas.

Por un lado, en un sentido que cabe recobrar, el náutico: derrotas son las eselas que van dejando los navíos en camino, y el psicoanálisis, al haberse expandido por el mundo a partir de la diáspora de unos cuantos pioneros de la Europa Central, ha dejado una serie de huellas que pueden leerse, y a partir de esa lectura puede reconstruirse la historia de nuestra disciplina.

También puede pensarse a las derrotas en psicoanálisis en otro sentido, el militar. Y nuevamente nos revelamos a contramano de cualquier otra disciplina o *praxis* del saber humano, donde son los éxitos los que se reseñan, los que se conmemoran en celebraciones y monumentos, los que se describen en las genealogías de cada ciencia.

No ha habido un descubrimiento en psicoanálisis que no haya implicado un resto de pérdida: hubo que perder los hallazgos del trauma real para encontrar los efectos del fantasma en la teoría de la seducción; hubo que perder el anhelo de alineación sin fisuras con la ciencia para encontrar la singularidad de una disciplina que cabalga con dificultad entre ciencia, arte y artesanía clínica; hubo que perder el espacio de primera fila que modas ocasionales nos reservaban para encontrar ese lugar extranjero en la ciudad que tan bien le cabe al psicoanalista; hubo que perder cualquier anhelo de totalidad para trabajar a partir de las astillas con que el atravesamiento de la castración nos deja.

La escritura de Freud, como la de muchos de sus seguidores, tiene siempre un dejo melancólico, aún a la hora de reseñar descubrimientos que podrían haberle desatado un entusiasmo maniforme. Mientras avanzaban sus indagaciones, al igual que las de muchos otros autores, una sensación de pérdida se va adueñando del tono de sus escritos y su enseñanza: el encuentro con lo que no se pudo, la invención que revela sus agujeros y falencias, el optimismo lastimado, seguramente la presencia cercana de la muerte. En nuestros pacientes sucede

algo por el estilo: más allá del entusiasmo que encuentra quien se aproxima al final de un análisis, el modo nuevo de habitar su deseo y la liberación de energía que ello implica, hay también una pérdida en juego. Un aire melancólico invade tanto al analista como a quien se ha tendido por años en un diván cuando llega el momento de irse.

El proceso de formación de un analista no es acumulativo, no es un *cursus* que lo podría llevar de modo directo –como en muchas otras disciplinas– a un lugar de prestigio y de saber alcanzado. Se trata más bien de un proceso que, a través de su análisis personal, lo conducirá a asumir su propia pérdida, y es la asunción de una falta de saber lo que le permitirá encarnar la impostura de un saber supuesto para sus analizantes.

Si se rastreara la inabarcable literatura analítica, seguramente ratificaríamos que nuestra disciplina tiene menos que ver con la victoria y el “éxito” que con la derrota y el fracaso.

Quienes editamos *Calibán* nos hemos acostumbrado a hacer una revista periódica sin certeza ni garantía de que habrá una siguiente. Y quizás ése sea el mejor modo, desde un lugar que no desconozca –como en el fútbol– la posibilidad de la derrota y el fracaso, de que cada vez que acabamos de editar un número ya se avizora el tema del próximo.

En cualquier competencia entre países está presente la tentación *chauvinista*, el modo en que frustraciones ancestrales buscan redimirse en la arena simbólica del juego, las rivalidades que se amplifican al punto de que es más valioso ver perder al país vecino que ganar al propio. En un continente aún sumergido en dificultades como el nuestro, ése es un lujo que no podemos permitirnos. No podemos permitirnos no alegrarnos por la sorpresa que fue Costa Rica hasta para ellos mismos o por la potencia desplegada por Colombia; no podemos darnos el lujo en Latinoamérica de no protestar por el excesivo castigo a un mordisco uruguayo o no identificarnos con la tremenda presión soportada por el joven equipo dueño de casa; no podemos no disfrutar del crecimiento de selecciones como la chilena o que Argentina haya llegado a la final. Sencillamente se trata de lujos que no nos podemos permitir en un continente tan frágil como el nuestro. No por ahora al menos.

Y no porque prestemos una atención excesiva a la idea de *patria*, ni siquiera a la latinoamericana. De hecho, en psicoanálisis conocemos bien la barbarie a la que se ha llegado explotando las pasiones nacionalistas y tenemos un aparato teórico capaz de desmenuzar buena parte de los resortes de los fenómenos de masa que allí se desencadenan. No es tampoco un dato menor que nuestros pioneros –Freud el primero– hayan sido habitualmente un grupo de apátridas que han tenido que ir de un país a otro, ni que el lugar de analista se identifique bastante bien con el de extranjero. No nos podemos permitir el lujo de no formar una comunidad por el hecho de que, para bien o para mal, en Latinoamérica nos une el mismo tipo de dificultades, la misma distancia a los centros de poder económico o intelectual, las mismas lenguas menores.

Esta revista surge de la convicción de que hay lujos que no podemos darnos. Y aquí cobra relieve un tercer punto que la Copa del Mundo pone de relieve: el del equipo. No hubiéramos podido llegar a este quinto número de *Calibán* sin un equipo. Un equipo aún en proceso de consolidación pero lo suficientemente



grande como para no poder nombrarlo aquí (aunque todos sus nombres y funciones están consignados en la página del *staff*).

Un equipo que podría ser un seleccionado latinoamericano, donde hay editores de Brasil, de Colombia y de Uruguay; donde hay secciones coordinadas por colegas que viven en Argentina o en Venezuela; donde pueden trabajar juntos traductores de Montevideo o de San Pablo con diagramadores de Córdoba o un coordinador en Mendoza. Un equipo que seguramente irá asentándose a la vez que permitiéndose cambios y dando lugar a los nuevos jugadores que vendrán. Un equipo que pretende ser mejor que cada uno de sus integrantes, por supuesto, pero también mejor a la mera suma de todos.

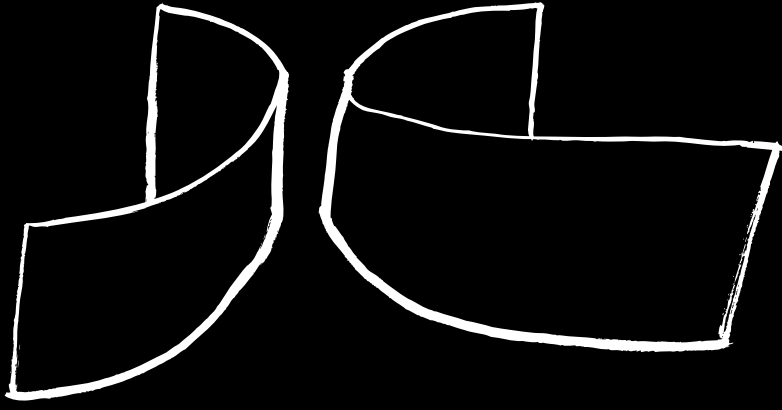
No es sencilla la integración de un equipo de trabajo que habla distintas lenguas, vive en distintos países y en muchos casos ni siquiera se conoce las caras, pero ésa ha sido la apuesta de esta revista desde un principio. La revista que entre todos y en complicidad con autores y lectores hacemos por supuesto es perfectible: intentamos que cada nuevo número sea un poco mejor al anterior, y es el lector quien juzgará el producto final de nuestro trabajo.

Pero, volviendo a los temas del fracaso y de la patria, hay una filigrana que atraviesa de modo casi invisible este número, que quizás se transparente pero que no es ocioso explicitar: mientras lo editábamos, mirábamos los partidos del “mundial”. Mientras nuestros respectivos países triunfaban o caían derrotados en la Copa del Mundo, mientras ascendían de una instancia a otra o se despedían de tierras brasileras, mientras el mercado de apuestas se tensaba, se aplicaban sanciones injustas o discutían referatos y en medio de una ensordecedora guerra de consignas y cánticos nacionalistas... en medio de todo eso, una catarata de correos electrónicos circulaba entre nosotros, de un país latinoamericano a otro, a contracorriente de las mayorías, donde se deshacían los bandos (o *casi*, admitámoslo), y cada uno alentaba al país del otro. Como si fuéramos no sólo un equipo, sino una gran hinchada.

En tanto juego, el fútbol tiene mucho de ficción también. Sin por ello dejar de ser una realidad. Y sólo incluyendo lo ficcional –sus míticos príncipes Messi y Neymar, estrellas fulgurantes como James Rodríguez, luchadores como Mascherano o caníbales irredimibles como Luis Suárez– puede darse cuenta de su particular realidad. Esa realidad mítica latinoamericana es la que intentamos destilar con los instrumentos que el psicoanálisis nos aporta, y que imprimimos, como cualquier otra leyenda, en cada número de *Calibán*.

**Mariano Horenstein**

*Editor en jefe Calibán – RLP*



# Argumentos

## Había una vez... una historia, una realidad...

---

---

---

*La Fantasía desligada de la razón produce monstruos imposibles; unida con ella, es la madre de las artes y origen de sus maravillas.*

FRANCISCO JOSÉ DE GOYA Y LUCIENTES

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

El tema del congreso es una *extra-ordinaria* invitación para observar nuestro trabajo. Mi objetivo en esta contribución es mostrar, más la acción en su transcurrir, que los intentos de justificarla, más mi mente buscando recodos de *ficción-realidad* que explicaciones y resultados. Propongo, que no ocurre el crecimiento emocional en la sala de análisis, si no sucede así en la pareja constituida paciente-analista. Propongo también, que la libertad en pensar y proponer, aporta la mayor cuota para el desarrollo del pensamiento mismo y la búsqueda de conocimiento, siempre eterna, siempre en destellos fugaces que alumbran el camino. Propongo, cómo no puedo pensar, sin no pensar, entender sin no entender... Resta entonces preguntar y preguntarse, como ejercicio de la capacidad de *ficción-realidad*  $F \leftrightarrow R$ . No es encontrar respuestas lo que afianzará la comprensión y el conocimiento, ya que éste "...sólo una vez acontece..." (Ende, 1988, p. 107).

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

Vivimos, a lo largo de nuestra existencia, en la permanente tensión ficción-realidad. Buscamos cantos, mitos, poemas, historias, novelas... convocando a la ficción para que nos guíe, en y hacia la realidad, y viceversa, tomamos nuestra realidad para armar escenarios con el sentido que extrañamos en ella y encontramos en la ficción. Trabajamos los psicoanalistas de la misma forma, vibrando en  $F \leftrightarrow R$ . Con ritmo, cadencia y melodía vamos uniendo datos e intuiciones, configuramos ideas, iniciamos destellos que viajarán sin tiempo ni espacio hacia encuentros o desencuentros, al confín de los mundos, al azar de los pensamientos ... todo, haciendo camino al andar. "El psicoanálisis es una clase de acción que es un prelude de la acción" (Bion, 1979b, Capítulo 11, p. 666).

\*Asociación Psicoanalítica Colombiana.



[...]

MYCROFT: No me sorprende lo más mínimo desde que sé que piensas que tú eres un personaje real y yo soy imaginario. Tu amiga Alice pensaba que el Gato de Cheshire no era real, y *ella* sí lo era. El gato de Cheshire era lo suficientemente tolerante como para ver que desde el punto de vista del perro, el gato y él incluido, debía de estar loco, puesto que ronronea cuando está tranquilo y menea el rabo cuando está enfadado. Yo no se lo cuento todo a Sherlock, aun cuando él, como yo, es un personaje imaginario y un pariente de sangre... de sangre imaginaria por supuesto (Bion, 1975, Capítulo 27, p. 168).

[...]

YO MISMO: O a dónde vas a ir *tú* cuando, si alguna vez, entras en el “ahora” desde el “todavía no” o cuando el “no del todo” se conviertan en “bastante”.

HOMBRE: O cuando la ficción se convierta en un hecho más fuerte que cualquier ficción.

YO MISMO: O cuando lo inanimado, un ordenador, se hace más eficaz que cualquier mente humana (Bion, 1975, Capítulo 28, p. 173).

Abordar este tema propuesto ya ha comenzado antes en todos nosotros, con tensión, con vibrancia  $F \leftrightarrow R$ . ¿Qué se pensará con respecto a niños y adolescentes y realidad/ficción? Y así, aventuramos hipótesis o conjeturas. Este escrito, desde la invitación a realizarlo, comenzó a vibrar en mi mente dentro de estos mundos, el mundo de fantasía y el mundo de realidad. Una ficción completa pulsando en mi mente, pescando elementos de realidad, hechos, e indagando pasajes de ficción para expresarse. Sigamos en esta vibración permanente y observemos este panorama de pensamiento que, como toda comprensión, como todo conocimiento, durará mientras pasa por la mente:

“Todo una vez solamente acontece  
y una vez sí deberá suceder.  
Lejos, allí donde el campo florece,  
Debo morir y desaparecer”

Uyulala, la voz del silencio, *La historia interminable* (Ende, 1988, p. 107).

Ficción: acción y resultado de fingir; invención; cosa imaginada, relato de ficción. Imaginación: facultad de la mente de representar las imágenes de las cosas reales o ideales (Diccionario RAE).

Ficción: usada con el fin de aclarar o engañar. Personajes de Ficción: a diferencia de los personajes supuestamente reales (Bion, 1979a).

---

---

---

Realidad: existencia real y efectiva de una cosa (*Wirklichkeit*): es el ámbito de lo que se puede hablar, el *conjunto de hechos posibles* a los que corresponden el conjunto de proposiciones con sentido; está formada por el conjunto de cosas existentes más el conjunto de cosas inexistentes pero posibles.

---

---

Realidad. Totalidad de hechos posibles y expresables mediante el conjunto de proposiciones con sentido, tanto las verdaderas como las falsas.

---

---

Realidad. Atribuible a algo que puede ser conocido por los seres humanos... subyacente, reconocible, tanto física como mentalmente (Bion, 1979a).

---

## Una historia

---

### Samuel

---

---

---

Samuel llegó a análisis con 10 años, cursaba finales de quinto año de primaria. Acude a sesión 3 veces por semana. Está en su primer año de análisis. A sus 3 años la pareja de sus padres rompe la relación en términos violentos y amenazantes y Samuel continúa la relación con su padre bajo las adecuaciones legales luego de la separación. El padre lleva a Samuel a casa de sus padres los fines de semana, éste es el tiempo “legal” y de “derecho” estipulado para el contacto de padre e hijo.

---

---

La madre me consulta someramente por teléfono la “situación” de Samuel. Considero ver directamente al niño y lo cito para consulta.

---

---

---

Samuel es un niño alto para su edad, cojea un poco y tiene un aspecto un tanto torpe; de hablar suave, con buenas maneras; hace comentarios cuidadosos y considerados, más como “aleccionado” que espontáneamente. La expresión de su rostro es de pregunta permanente, de indagación, con un aire de sometimiento. Es puntual y viene con agrado a consulta. Es muy amable conmigo, amabilidad que se ha ido convirtiendo, lentamente, en confianza y gusto por “hablar de sus cosas”.

---

### *La “situación” de Samuel*

---

---

Esta historia la he rescatado, contada especialmente por la madre, la abuela materna y algunos detalles más íntimos que han ido apareciendo en el análisis de Samuel; quedan, sin embargo, aún muchas lagunas.

---

---

---

Hace un tiempo el padre, los fines de semana con su hijo en casa de sus padres, comenzó a llegar en las noches, de sorpresa, al cuarto de Samuel, cuando ya estaba justo para dormir. El abuso comenzó con acostarse a su lado, entre sus cobijas y tocarlo, especialmente sus genitales y sus nalgas. A pesar de la reacción de miedo y desconcierto del niño, este abuso continuó y avanzó hasta la violación franca, con penetración anal (especialmente con objetos). Llegaba también cuando el niño estaba bañándose, se metía a la ducha y abusaba de él con diferentes objetos y especialmente sus dedos. Samuel lloraba diciendo

que le hacía daño e iba a contarle a la abuela, ante lo cual, el padre comenzó a amenazarlo con hacerle daño a ella y a su madre “hasta matarlas” si él contaba algo. No es muy claro cuánto tiempo duró esta situación, pues las respuestas de Samuel al respecto –cuenta la madre– no permanecen, cambia de “siempre lo hacía” a “2 o 3 veces” e interrumpe cualquier diálogo. El padre ocultaba y disimulaba esta situación con regalos costosos y exóticos (no es una familia con muchos recursos económicos), como videojuegos y consolas sofisticadas.

El abuso se mantuvo algunos años; los hechos se conocieron pues un día Samuel pide a su madre que le ayude a curar su ano, muy dañado en ese momento. El niño contó su experiencia y la madre consultó al médico, inmediatamente éste los remitió a la Fiscalía, a delitos sexuales, para imponer la denuncia de abuso sexual ante las autoridades. Samuel fue sometido a una rutina de ir de un lado a otro en indagaciones constantes, esperas eternas y exámenes en su cuerpo. El primer dictamen hizo referencia a abrir investigación contra el padre por “acceso carnal abusivo” y por lo tanto, se prohibieron las visitas y el contacto comunicativo de ambos. La reacción de la familia del padre, indignada por “las mentiras de Samuel”, terminó en la suspensión de todo contacto con él.

En el momento en el cual recibí a Samuel no había ningún dictamen definitivo, y sigue así la situación. Esto hace sentir al niño desesperanzado y desconfiado de las instancias de autoridad. *No dicen nada... parece que no creen...* y con respecto al padre dice: *¡acabó con mi vida!*

### *“Vibran”, realidad y ficción*

Al comienzo de nuestro trabajo Samuel recurría a extensas narraciones de su vida solitaria en el colegio, y rechazos fuertes de sus compañeros. Narraba también su cotidianidad con la abuela, su madre y una tía a la que también quería mucho. Por mucho tiempo Samuel evadía hablar de su padre, “Don Gustavo” (con desprecio), como él lo llamaba. Siempre que algo emergía en el contexto de su verbalización, frenaba su discurso y decía: *no quiero hablar de eso y sacudía la cabeza fuertemente. No puedo...* e iniciaba la narración de videojuegos en los cuales los héroes, guerreros y asesinos desplegaban, con lujo de detalles, sus hazañas y animaban los logros de Samuel, el personaje, para “pelear con éxito” las situaciones a solucionar. Yo le respondía: *está bien, cuando vayas sintiendo que puedes hablar de ello, cuando puedas nombrarlo, lo veremos...* propuesta que aceptaba con amplia sonrisa. Así transcurrieron los primeros meses de su trabajo. Alejado de los demás niños de su clase, los amigos que tiene son vecinos del barrio y los compañeros Scouts, a los cuales pertenece, animado por su abuela cuando lo veía deprimido durante el período de sus visitas al padre y entregado a los videojuegos.

La primera manifestación que pude observar clínicamente, de algo transformándose, fue, cuando, espontáneamente, comenzó a ser

capaz de rondar el tema de su padre, “ese señor”, o, “Don Gustavo,” y propuso una analogía al respecto: *eso es como una comida que no quiero comer... es algo de lo que no quiero hablar...* Y con este texto, entre los dos, llegamos a pensar que había todo un ofrecimiento de sucesos que él comparaba con alimentos allí organizados en un *buffé* que él no quería comer, que no podía comer. Describimos diferentes platos allí servidos que podía observar pero no probar y que, tal vez, con el tiempo y nuestro trabajo podría ir acercándose a probar uno y otro, y otro, y otro de los platos que allí había. Podría entonces hablar de uno, y otro, y otro suceso de los que habían ocurrido en la relación con el padre. Tomó entusiasmado esta imagen tejida entre los dos y a lo largo de alguna de las sesiones proponía hablar de un plato en especial. Fueron surgiendo así, retazos, o, bocados desordenados de su historia de abuso: las noches de miedo, en las que no dormía escuchando atento cuando su padre, desde la otra habitación, se levantaba y entraba, o no, a la suya... los días pasados con él después de una noche de manoseos... los baños, los objetos, el daño... su ocultamiento ante los abuelos paternos... su tristeza por no poder contarle a su abuela materna o a su madre... Todo el tiempo de estas narraciones era un ir y venir cruzando puentes verbales de pensamiento y reflexión, entre una “conjetura imaginativa” y una “conjetura de razón”, anclada ésta, dolorosamente, en los hechos reales y comprobables... eran puentes entre la ficción y la realidad, y decía: *¡el plato fuerte, el más importante, me lo podré comer cuando pueda hablar de lo peor!*

Samuel siempre se sienta en el diván, yo permanezco en mi silla. Nunca ha querido pasar al consultorio de niños, o ha querido dibujar, jugar... Han ido pasando los meses de trabajo conjunto y Samuel ha podido ir narrando momentos de intimidad destrozada, desgarró físico y emocional ante las incursiones del padre en su cuerpo. Fueron brotando muchas lágrimas de odio, impotencia y deseos de venganza. Cuando se instalaban estos momentos de mayor dramatismo, Samuel se acostaba en el diván, recostaba su espalda en la pared a un lado del diván, y abarcaba sus piernas entre sus brazos, en posición fetal y lloraba con rabia y desespero. La dilación y el trasegar de una autoridad a otra, sin encontrar nada definitivo –aún no resuelve nada la autoridad– ha sido vivido por el niño como otro abuso continuado, y ampliado a las figuras que ostentan el poder o la autoridad... como el padre. Cada trozo de tiempo esperando las decisiones legales son eternos momentos de desesperanza y sentimientos de injusticia.

Un estado mental importante de Samuel, comenzó a ser, cada vez más, el protagonista en las sesiones y en la emergencia de material posible de ser pensado, y ahora también, una mejor relación y comprensión de mi parte de estas narraciones: fue la insistencia tenaz en relatar cada vez con mayor énfasis los juegos de video que jugaba, solo, o con sus amigos del barrio; era más frecuente que jugara solo, pero inventaba a sus amigos o, a veces, buscaba jugar *on-line*. Comenzó a convertirse esta actividad, con mayor contundencia, en un



nuevo sentido en esta modalidad de pensar el material conmigo. Se hizo cada vez más evidente cómo, siempre que venía alguna alusión a la relación con su padre o a los eventos presentados, la narrativa de sus video-juegos y su intervención en ellos cobraban fuerza, rigor y convicción. Él narra sin interrupción, acelerando el ritmo de verbalización y con una fluidez asombrosa, yo proponía la comprensión que había allí, entre líneas, subyacente, de su realidad, tanto de la experiencia con su padre como con su madre, abuela etc...

[...]

HOMBRE: Hace un momento empleaste la palabra “ciertamente”.

BION: *Touché*, De acuerdo.

HOMBRE: ¿Pero, replicas en el lenguaje de un juego de lucha?

BION: Un “juego de odio”. El juego posee una función propia como un modo de ensayar algo. Jugamos a los soldados. No siempre está claro que los niños estén “sólo” jugando, sobre todo si el juego se convierte en una discusión sobre el modo en que el juego ha de jugarse. Por el contrario, las disputas “reales”, las “guerras reales” despiertan la hostilidad crítica si los soldados o los marinos parecen “demasiado” amistosos. Recuerdo un cataclismo emocional relacionado con ciertas atenciones que tuvo el Mariscal de Campo Montgomery en su trato a un general enemigo hecho prisionero. “Demasiado serio” contrasta con “demasiado amistoso”... un psicoanalista es vulnerable al ataque debido a los “grados” de emoción con que se lleva a cabo el diálogo. El grado de su emoción es una declaración; una formulación verbal puede ser liberadora emocionalmente, pero es restrictiva si estimula más de lo que satisface. (Bion, 1975, Capítulo 36, p. 220).

[...]

BION: Aquí discutimos. Yo puedo incluso *imaginar* tener una discusión como ésta, pero esta discusión y la idea que yo tengo sobre dicha discusión difieren; una es la discusión, la otra un sustituto de la discusión o un preludio de ella.

La ferocidad con la que a veces los niños juegan es la prueba de que los jugadores no sienten que están jugando, o el observador que presencia “sólo un juego”. La idea de “juego” es una descripción inadecuada para lo que se está presenciando. Se ha clasificado erróneamente con el nombre de “juego”. Pienso en una analogía matemática: si el “universo del discurso” no facilita la solución de 3 menos 5, entonces los números naturales no sirven y habría que ampliarlos con los “números negativos”. Si el “campo de juego” matemático no es apropiado para la manipulación de los “números negativos”, tiene que ampliarse hasta proveer las condiciones para “jugar”

---

---

---

con los números negativos. Si el mundo del pensamiento consciente no es suficiente para interpretar “Edipo rey”, el “universo del discurso” debe ampliarse hasta incluir tales obras de teatro. (Bion, 1975, Capítulo 37, p. 228).

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

En este orden de ideas y sucesos, mi actitud analítica, mi capacidad de comprensión y, especialmente, mis momentos de intervención, tenía que buscarlos en un repertorio también de Ficción-Realidad, para apuntar a toda la seriedad que confesaba esta tarea de: juego, jugar, narrar, contar, preguntar, analizar... entrar y salir... de vibrar en nuestras mentes las comprensiones y los dolores por contener, las experiencias por digerir. En el transcurrir de las sesiones, con evidencias muy limitadas –evidencia mínima– y ante las propuestas de Samuel, yo acudía entonces a *conjeturas imaginativas* que alumbraban mi intuición y que ofrecían posibilidades de tender un puente entre Ficción-Realidad que adecuara el diámetro de lo que me figuro como una *función*:  $F \leftrightarrow R$ . Samuel necesitaba tejer “a dos agujas”, su ficción y su realidad, para alcanzar la comprensión de los hechos y las resonancias emocionales que explotaban en su mente.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

Era él quien debía tejer-unir también cada parte de su personalidad (función de la personalidad), hasta encontrar la armonía y la estética que configurasen una personalidad completa y que ahora estaba desmembrada y desperdigada entre vivencias dolorosas, en rincones de cuartos sombríos y de trágica evocación. Me resulta útil y afortunada la propuesta del modelo de “momentos de personalidad” (Stitzman, 2011), “movimientos” en transformación que ocurren en la personalidad, como los personajes de ficción con sus propuestas de interpretación de intenciones, estados de ánimo, en interacción con los hechos de la realidad. Se hace claro cómo se necesitaban mutuamente ficción y realidad para completar la incursión de los hechos conectados con regalos seductores. Videojuegos y abuso existían en una atmósfera compartida, ambivalente, a veces contradictoria. Tal vez, indagando vestigios de experiencias intrusivas y violentas, pero factibles de ser transformados creativamente en comprensiones y crecimiento, podríamos encontrar terrenos más firmes, atmósferas emocionales más sanas y con promesas de vida, útiles para un uso específico que daría significado.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

**Conjetura de Razón o Conjetura Racional**, propuesta por Kant, exige una fundamentación en hechos de comprobación científica. “Kant intenta dar al filósofo una idea, esto es, una conjetura racional, a partir de la cual sea posible dar sentido a las manifestaciones fenoménicas que llamamos *acciones humanas* y que, en tanto tales, no parecen obedecer ningún propósito racional propio”.<sup>1</sup>

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

**Conjetura de Imaginación o Conjetura Imaginativa**, de Bion: ejercicio de una imaginación especulativa sin compromiso con el rigor científico (Bion, 1979/1992, p. 247).

1. Santiago Oropel, T. (2004). *Función y crítica de la guerra en la filosofía de I. Kant*. Barcelona: Anthropos, p. 28.

Me refiero a los sucesos organizados en la narrativa del terapeuta, con personajes u objetos de ficción ayudando a construir las comprensiones que aterrizan en la realidad del suceso vivido por el paciente.

Hago referencia a  $F \leftrightarrow R$  como una *función* de las partes o “momentos de la personalidad”. Propongo una tensión entre ambos, como “conjunción constante”, al mismo tiempo conjugada y dispersa y ni conjugada ni dispersa. El uso, tanto del paciente, del analista, o el uso en la sesión, planteará  $F \leftrightarrow R$  en función, “vibrando”, ni en un lado ni otro y en los dos lados, como propone Stitzman (2011) refiriéndose a  $Ps \leftrightarrow D$ : “En este sentido, la personalidad o parte de la personalidad no se encuentra *posicionada* [itálica del autor] de manera depresiva o persecutoria frente a un objeto de manera situacional, sino que se encuentra simultáneamente integrada y dispersada y adquiere un estado definido en el momento de llegar a ser usada” (p. 53). Así, la *función*  $F \leftrightarrow R$  se despliega como continente para tolerar la persecución y el advenimiento del pensamiento comprensivo y digestor de las experiencias violentas vividas por el niño con su padre. Si Samuel puede tolerar la persecución, la presencia del daño sufrido, si puede tolerar la carencia de significado y el dolor intenso que se suma por las pérdidas que encuadran los sucesos de abuso y violación (madre, padre, su integridad, su inocencia...), si contiene esta turbulencia emocional el tiempo suficiente, simultáneamente, en “abstracción emocional” (Stitzman, 2011, p. 54), podrá pensar los pensamientos, los sentimientos y las emociones de la experiencia; podrá entonces usar la *función*  $F \leftrightarrow R$  y digerir su realidad como experiencia capaz de ser pensada, conocida y posible de historizar, para seguir el camino del crecimiento, para no arrastrar vestigios infértiles y lacerantes que entorpezcan su desarrollo y dispongan futuros degradantes y precarios como restos sin valor en su presente.

Samuel estaba en busca, ahora, de una presencia que le diera sentido al sinsentido de la realidad que imponía su padre en su cuerpo y en su mente. Indagaba, con retazos del sentido de la ficción y el sinsentido de la realidad, y viceversa, armar escenas que pudiera comprender, en las que pudiera acudir a personajes vivos, reales, que atendieran su urgencia. Escudriñaba el terreno de análisis sin saber si confiar o no, pero, con hambre de comprensión, buscaba en mi mente-continente la posibilidad de unir fantasía-realidad y obtener brotes de transformación de sus experiencias y sus emociones.

BION: Keats descubrió un “principio de incertidumbre” que él llamó “capacidad negativa”. Los autores del Libro de Job o del Baghavad Gita, para no ir más lejos, descubrieron la presunción de Job y de Arjuna, quienes pensaban que lo que ellos “no conocían no era conocimiento”. Incluso el Señor Sapo entra en ese mismo terreno de burla y desdén que, como la contaminación “mental o espiritual”, es la vida que “enturbia el blanco resplandor de la eternidad”.

SHERLOCK: Me parece que estos “personajes de ficción” tienen mucho más sentido común que los reales.

BION: Y más sin-sentido también. El Señor Sapo no era, ni es, sinónimo de “sentido común”.

SHERLOCK: Si lo fuera no sería necesario que su creador lo crease.

ALICE: ¿Por qué es necesario?

YO MISMO: Su creación ha sido una actividad con una larga historia.

ALICE: Eso no responde a mi pregunta.

ROLAND: Efectivamente, parece estimular la pregunta más que la respuesta. ¿Por qué la creación de ficción tiene una industria tan bien establecida?

YO MISMO: Con el fin de engañar y enmascarar...

BION: ...así como para ilustrar y transmitir información.

YO MISMO: A veces información correcta, a veces falsa; depende de si el creador se siente hostil o amistoso; pero en realidad yo no creo que “dependa” de eso porque la “dependencia” me parece que se relaciona con la prioridad. ¿Qué es primero: el sentimiento o la idea ficticia? (Bion, 1975, Capítulo 43, p. 267).

Así era en sesión, Samuel parecía estar siempre creando, funcionando en una espiral doble, en ascenso, unida en algunos tramos con puentes fuertes, y en otros muchos, con desconexiones dramáticas que empobrecían cualquier significado emocional que pudiera tomar para encontrar un objeto confiable y continente.

Armando, o mejor, acoplando comprensiones, al inicio simples y solitarias, fue ampliando su capacidad para atreverse a preguntar y preguntarse, más curioso cada vez, acerca de sus vivencias, sus experiencias y sus sentires. Comenzó a soñar con más facilidad, lo que permitió mayor habilidad verbal y mayores reconocimientos de los puentes que tendía entre realidad-ficción-realidad. Podía sacar ahora, en las sesiones, conclusiones tejidas a dos mentes, con significados emocionales francos, dramáticos pero firmes, que ponía en un continente capaz de hallar sentido y significado. Ahora podía hablar con asombro genuino, con sorpresa presente, con sentido crítico, con juicios objetivos, acerca de sus experiencias dolorosas, rabiosas, solitarias... *está en estos momentos, probando el plato fuerte, pero, tiene que ser despacio y tomando agua... -dice.*

[...]

MYCROFT: Sherlock, como tú sabes, atribuía mi falta de actividad, como él la llamaba, a la indolencia; considero su tendencia a transformar el pensamiento en acción como rayando en la temeridad.

YO MISMO: Debería haber pensado que durante el curso de tu estancia en mi mente –si es ese el lugar donde ellos y tú habéis estado– podrías haber sido transformado por un personaje de ficción relativamente secundario en una suerte de parte principal de tus características más útiles. Si hubiera una especie de sistema digestivo mental podría decir que la dieta mental de los personajes de ficción destinados al entretenimiento ha contribuido en gran medida a mi salud mental. (Bion, 1975, Capítulo 27, p. 170).

.....

HOMBRE: ...ahora no es necesario recurrir a lo evidente o lo que es absurdo, al Q.E.D. (Quod erat demonstrandum=locución latina: lo que se quería demostrar).

YO MISMO: Igualmente, no es posible recurrir a lo evidente o a lo absurdo para solucionar el problema. Tomemos el problema de la línea recta que no se halla dentro del círculo o de la esfera, sino que la corta en puntos que son complejos conjugados.

HOMBRE: Siempre y cuando no pretendas que tenga un significado, se me ocurre que la teoría de  $Ps \leftrightarrow D$  puede ofrecer un punto de partida análogo a la relación entre la teoría ondulatoria y los quanta. (Bion, 1975, Capítulo 27, p. 174).

Un momento del trabajo en el cual Samuel comenzó a ampliar con mayor éxito el vértice de observación de sus propuestas, disfrazadas en los videojuegos, fue mi, cada vez más intenso, llamado de atención sobre cómo su insistencia en la narrativa de sus juegos de video y sus representaciones con personajes de ficción, era una acción que le ayudaba a ver cómo ajustaba sus pasos lentos en el trabajo analítico. Le propongo entonces cómo tiene que acudir a ellos para que ayuden a rescatar los personajes de la realidad, que muchas veces se confunden; cómo los hechos tienen que pasar por la ficción para filtrar realidades dolorosas que den sentido a su “momento de personalidad” en el que puede y quiere comer-comprender sus vivencias, enfrentar sus experiencias de abuso y de pérdida de figuras que amaba y en las que confiaba.

YO MISMO: [...] Pero no veo que pueda servir de alguna utilidad semejante construcción ficticia.

HOMBRE: Confiere inmediatez y realidad a algo que de otro modo sería difícil de entender.

BION: ¿No es precisamente allí donde radica el peligro? Se ha creado una teoría más plausible para aumentar las enormes existencias de teorías plausibles.

HOMBRE: Por supuesto. Pero el temor de lo que podría suceder es un mal maestro. (Bion, 1975, Capítulo 37, p. 224).

—¿Quién eres? —le preguntó Bastián.

—¡Árgax es mi nombre, encantado! —respondió el monito levantándose ligeramente el birrete— ¿Y con quién tengo el gusto?

—Me llamo Bastián Baltasar Bux.

—Muy bien —dijo el monito satisfecho.

—¿Y cómo se llama esta ciudad? —preguntó Bastián.

—En realidad no tiene nombre —explicó Árgax— pero se le podría llamar... digamos... la Ciudad de los Antiguos Emperadores.

—¿La Ciudad de los Antiguos Emperadores? —repitió Bastián inquieto— ¿Por qué? No hay nadie que parezca un antiguo emperador.

—¿Ah no? —el monito se rió sofocadamente— Sin embargo, todos los que ves fueron en su tiempo emperadores de Fantasía... o por lo menos, quisieron serlo.

Bastián se sobresaltó.

—¿Cómo lo sabes Árgax?

El monito se levantó otra vez el birrete y miró a Bastián irónicamente.

—Yo soy... digamos... el vigilante de la ciudad.

[...]

¿Te agradaría hacer una pequeña visita a la ciudad, señor? Digamos... ¿un primer contacto con tu futuro lugar de residencia?

—No, —dijo Bastián— ¿Qué diablos estás diciendo?

El monito saltó a los hombros de Bastián.

—¡Vamos! —cuchicheó— No cuesta nada. Has pagado ya lo que te da derecho a la entrada.

[...]

—¿Qué les pasa? —preguntó Bastián— ¿Por qué se comportan de una forma tan rara?

—No tiene nada de rara —se rió ahogadamente Árgax en su oído— Se podría decir que son tus iguales o, mejor, que lo fueron en su tiempo.

—¿Qué quieres decir? —Bastián quedó inmóvil—. ¿Quieres decir que son Seres Humanos?

[...]

—¿Cómo han llegado hasta aquí? ¿Qué hacen? —preguntó Bastián

—Bueno, en todos los tiempos ha habido seres humanos que no han vuelto a su mundo —explicó Árgax— Al principio no querían y ahora... digamos... no pueden ya—

—¿Por qué no pueden ya? —preguntó

—Tienen que desearlo. Pero ya no desean nada. Han gastado su último deseo en alguna otra cosa. (Ende, 1988, pp. 356-357).



BION: Schacht decía que la acumulación de riqueza era una ambición inofensiva, pero entonces lo importante puede ser el modo en que se acumula y el fin para el cual va a ser utilizada. Podría ser para lograr la recompensa por el trabajo hecho como sustituto por hacer el trabajo.

HOMBRE: Esto también es cierto para el psicoanálisis o cualquier otro mecanismo desarrollado con fines de acumulación. No habrás dejado de observar que damos por sentado tácitamente la existencia de un sentido de los valores o incluso la existencia de un sentido válido de los valores por el cual las ambiciones han de ser juzgadas. Debemos considerar nuestra “supervivencia” como una cuestión de importancia. Nosotros no habríamos sobrevivido de haberlo deseado.

ALICE: ¿Quién es “nosotros”?

HOMBRE: Aquellos que sobreviven, junto con algunos que no lo consiguieron. El que seamos seres animados incluye la ambición de seguir siéndolo. El mismo impulso parece haberse extendido a la ambición de que habría una vida digna de preservar. He observado esta tendencia en el psicoanálisis; todo el énfasis, ya que no se preocupa ante todo de la salud física, sugiere que debe haber alguien o algo preocupado con la felicidad. (Bion, 1975, Capítulo 37, p. 225).

Samuel actuaba su fragilidad en los momentos en los cuales se planteaban directamente “sólo” los elementos o hechos reales, sin hacer los puentes entre la ficción y la realidad de cada una de sus partes o momentos de personalidad. El niño callaba y rechazaba cualquier intervención. Si yo cambiaba mi acercamiento a una mejor sensibilidad hacia su funcionamiento, y a su propuesta de hablar de las relaciones con base en sus personajes y sucesos de ficción, así respondía con alivio y comprensión sincera, y, precisamente, acerca de su realidad, ahora integrada, hallándola más fácil de asumir. Tendía él mismo los puentes de significado entre una y otra. La ficción no podía desamparar su esfuerzo de reconocer la realidad, los hechos. Este fue un aprendizaje sensible para los dos.

### *Una sesión cualquiera...*

Después de la sesión del día inmediatamente anterior, especialmente significativa, en términos en los que su padre estuvo presente en el material y despertó una serie de protestas, llantos e injurias:

Samuel entra al consultorio con su andar característico y la sonrisa que tiene para saludarme cada día. Se sienta en el diván (atrasado en el diván) y se echa para atrás mientras, desprevenido, levanta sus brazos en un aire de estiramiento: *hay cosas tan difíciles de hablar o de comentarte... y de pensar en ellas... es muy difícil hablar de ciertas cosas...*

---

---

---

---

---

Yo le propongo que todo lo que hablamos la sesión pasada está aún vibrando en su mente, que no encuentra cómo digerir todo aquello que está rondando como un susurro permanente en todo lo que hace y todo lo que piensa, y que talvez necesite hoy masticar y digerir aún más el impacto de ver, oír, sentir y enfrentar experiencias dolorosas y que le despiertan rabia e impotencia...

---

---

---

---

---

Se toma las manos y se echa ahora sentado hacia adelante, con un movimiento de encogimiento hacia sí mismo... *parece que no hay palabras para hablar de algunas cosas...* se queda en silencio un buen tiempo. Con un movimiento que parece meditado me mira, sonrío, levanta el tronco “animadamente” y comienza a narrar toda una secuencia del videojuego en el cual se ha refugiado ahora, lleno de luchas, derrotas y éxitos, sin diferencia modulada entre unos y otros.

---

---

---

---

---

SHERLOCK: ¿De qué se trata todo esto?

---

---

---

---

---

YO MISMO: Yo tampoco sé de qué se trata: Pero puedo decirte lo que en mi opinión “es”. Son trozos de una conversación destruida y fragmentada por una celosa, hostil, curiosa y destructiva, y excluida, pero no por ello menos presente, bueno... ¿podríamos llamarla parte de la personalidad? (Bion, 1975, Capítulo 26, p. 165).

---

---

---

---

---

BION [...] Es difícil concebir algo más libre de limitaciones que los pensamientos y los sentimientos. Pero si se realiza el intento de darles forma por escrito o incluso mediante la expresión hablada, la libertad del pensamiento ha quedado erosionada. La libertad del pensamiento comunicado no puede ser en ningún momento absoluta. (Bion, 1975, Capítulo 36, p. 222).

---

---

---

---

---

Esta es la forma en la cual Samuel “asiste”, se vuelve más presente en sesión, entrando en los videojuegos en los que él se nombra como los personajes; y cuando le pregunto por algo que está sucediendo la respuesta es que él –algún personaje– hace tal o cual maniobra, ataca con su rayo de poder... domina y vence al monstruo o al personaje que tiene el rayo fulminante...

---

---

---

---

---

Yo le señalo: En cambio en este juego puedes hablar súper... puedes contar todos los ataques y las tragedias de los personajes, mira cómo me cuentas todo lo que te hacen allí, también lo que tú les haces, ¿es esta la forma en la cual, usando esos personajes de ficción, me cuentas también los ataques, los dolores y tragedias tuyas en la realidad?

---

---

---

---

---

S.: Sí, Sí... así... es que... es difícil...

---

---

---

---

---

T.: ¡Ah!, pero estos personajes de ficción te ayudan a mostrar el video-realidad en el que te has sentido violentado también, ¿no crees?

S.: Sí, ¡por mi papá! y yo no podía decir nada porque me amenazaba con hacerle algo a mi abuela o a mi mamá.

WATSON: ¿Le hago callar?

SHERLOCK HOLMES: ¡Mi querido Watson!

BION: (indignado) ¿Qué diablos pretendes al entrometerte en esta discusión tan seria? ¿No te das cuenta de que estoy planteando asuntos muy importantes?

MYCROFT: (*nada impresionado*) Continúa Sherlock. Esto es más de tu especialidad que de la mía. *Díselo*

WATSON: (*antes de que Sherlock intervenga, algo que parece poco probable que haga*) Señor mío, el señor Holmes y su hermano no deben ser interrumpidos en modo alguno; es un asunto privado muy importante.

BION: Pero, querido amigo, ¿no te das cuenta de que sois personajes totalmente ficticios? ¿Soy un médico cualificado!

WATSON: Yo también lo soy; soy doctor en medicina.

BION: ¡Tonterías! Puramente imaginarios y no muy brillantes, ni siquiera a juicio de vuestros compañeros, los fantasmas. Soy Ex-Presidente de la Sociedad Psicoanalítica Británica y Ex-Director de la Clínica londinense de...

MYCROFT Y SHERLOCK: (*estallan en carcajadas al mismo tiempo*)

WATSON: (*contiene su regocijo con dificultad, pero logra ser educado*) Disculpeme, señor, pero debo admitir que jamás había oído hablar de su existencia. No quisiera herir sus sentimientos o parecer presuntuoso, pero si bien Mycroft ha sido siempre de por sí retraído, Sherlock, y también yo, en menor medida, tiene seguidores por todo el mundo. Usted mismo admitía que hay personajes imaginarios infinitamente mejor conocidos que innumerables generaciones anodinas. Ahora, disculpeme. Soy un hombre muy ocupado... permítame sugerirle que se tienda en ese diván y se duerma tranquilamente.

BION: (*con un gesto de desesperación deja su despacho a los tres intrusos y se va a dormir*).

SHERLOCK: Watson, espero que no hayas sido demasiado brusco con él.

WATSON: A la gente real hay que tratarla con dureza para que el universo sea un lugar seguro para la gente imaginaria. Si recuerdas, este problema ya surgió antes con los números reales. Fue totalmente imposible formular siquiera el problema matemático más simple hasta que los números negativos acabaron con la tiranía que los confinaba en el restringido espacio de la suma... más números reales. (Bion, 1975, Capítulo 20, pp. 127-128).

Es interesante este contraste permanente en las sesiones, Samuel llama personajes de ficción para armar con ellos situaciones en las que él sufre ataques violentos, o ataca violentamente también, pero, en los que entra a intentar resolver la “situación”, unas veces gana, otras pierde. Yo tengo que entrar en su ficción como ejercicio presente, en tiempo “ahora”, para rescatar, dentro de ese universo, los retazos que llegan a esta otra dimensión y que, tejiendo entre los dos la tela de comprensión de su realidad entrelazada con su ficción, vamos configurando transformaciones de pensamiento, significado, vivencias; su propia capacidad de tolerar el dolor, la evocación y las pérdidas que se precipitan y que, escuetamente narran la crueldad de la realidad. Iba aumentando en Samuel la capacidad de relacionar cada vez mejor ficción y realidad, de poder reconocer uno y otra, de entrar y salir de fantasía.

Por cierto, todavía no te he dicho cómo me llamo. Soy Doña Aiuola.

[...]

Tras un pequeño silencio ella dijo:

–Me parece que le gustaría que pasáramos a la habitación de al lado. Probablemente ha preparado algo para ti.

–Quién –preguntó Bastián mirando a su alrededor.

–La Casa del Cambio– explicó Doña Aiuola con naturalidad.

En realidad había ocurrido algo extraño. La habitación se había transformado sin que Bastián se diera cuenta. El techo del cuarto se había desplegado hacia arriba, mientras las paredes de tres de los lados se aproximaban bastante a la mesa. En el otro lado había un sitio aún y en él había una puerta que estaba abierta. (Ende, 1988, pp. 379-380). [...]

–¡Fíjate! –dijo Doña Aiuola divertida– A la casa del Cambio se le ocurre siempre algo nuevo. Ahora ha hecho un cuarto para ti tal como debe parecerle a un niño pequeño.

–¿Cómo es posible? –preguntó Bastián– ¿Esta sala no estaba antes aquí?

–Claro que no –respondió Doña Aiuola– ¿Sabes? La Casa del Cambio es muy animada. A su manera, le gusta participar en la conversación. Creo que con ello quiere decirte algo.[...]

–La Casa del Cambio –explicó Doña Aiuola– es por dentro mayor que por fuera. (Ende, 1988, pp. 380-381).

[...]

–No, chico guapo –respondió suavemente la voz–, nosotras somos distintas. No morimos ni nacemos. Somos siempre la misma Aiuola y, sin embargo, no lo somos. Cuando mi madre envejeció, se secó, se le cayeron todas las hojas como a un árbol en invierno y se encogió sobre sí misma. Así estuvo mucho tiempo. Pero entonces, un día empezó a echar de nuevo hojitas, brotes y flores, y finalmente frutos. Y así surgió yo, porque aquella nueva Doña Aiuola era yo. Y lo mismo

pasó con mi abuela, cuando trajo a mi madre al mundo. Las Doñas Aiuolas sólo podemos tener un hijo si nos marchitamos antes. Pero entonces somos nuestras propias hijas y no podemos ser madres. Por eso estoy tan contenta de que estés aquí, chico guapo... (Ende, 1988, pp. 382-383).

[...]

-¿Quién eres?

-Bastían Baltasar Bux.

-Ah, sabes aún tu nombre.

-Sí, ¿Y quién eres tú?

-Soy Yor, a quien llaman el Minero Ciego. Pero sólo soy ciego a la luz. Bajo tierra, en mi mina, donde reina una oscuridad total, puedo ver.

-¿Qué clase de mina es ésa?

-El Pozo Minroud. La Mina de las Imágenes.

-¿La Mina de las Imágenes? -repetió Bastían asombrado- Nunca he oído nada semejante.

[...]

-¿Qué clase de imágenes son ésas? -quiso saber Bastían.

Yor cerró los ojos y calló durante un rato. Bastían no sabía si repetir su pregunta. Luego oyó susurrar al minero:

-Nada se pierde en el mundo. ¿Has soñado alguna vez algo que, al despertarte, no sabías qué era?

-Sí respondió Bastían- Muchas veces. (Ende, 1988, pp. 391-392).

[...]

Y entonces vio Bastían las imágenes que yacían allí como rodeadas de seda blanca igual que si fueran joyas valiosas. (Ende, 1988, p. 392).

[...]

-¿Has reconocido alguna?

-No, repuso Bastían.

El minero movió pensativo la cabeza.

-¿Por qué? -quiso saber Bastían- ¿Qué imágenes son ésas?

-Son los sueños olvidados del mundo de los seres humanos -Explicó Yor- [...] Fantasía entera se asienta sobre unos cimientos de sueños olvidados. (Ende, 1988, p. 393).

MYCROFT: [...] Estos "pensamientos" son síntoma de que hay un grupo de transformaciones subyacentes. (Bion, 1975, Capítulo 20, p. 129).

## Otra historia...

YO MISMO: ¡Qué poco galante eres! Es parte del precio que todo psicoanalista ha de pagar. Las costumbres de la mente se desabordan en situaciones no analíticas.

---

---

---

---

BION: Podrías decir eso si el ser psicoanalista fuese como llevar una indumentaria mental; uno podría elegir cualquier personaje de ficción que le gustara y vestirse con el uniforme adecuado. El problema es si uno tiene que *ser* psicoanalista y no simplemente aprender el papel con el propósito de actuar.  
[...]

---

---

---

---

YO MISMO: [...] Nosotros, junto con muchos otros que aparentan existir, o se sabe que han existido o siguen existiendo, creemos que hay algo “más”, que puede llamarse “ultra” o “infra” sensorial. Es ese algo más, o “algo +”, lo que suponemos que es importante para ser perfeccionado mediante la práctica del psicoanálisis. (Bion, 1975, Capítulo 42, p. 261-262).

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

Ana tiene 14 años, su hija Ema nació en el Hospital X, diez días después asistió a control en el Hospital, cuando salía de allí, camino a su casa, *se me acercó una mujer de unos 18 años a quien no había visto nunca y me dijo que tenía su bebé en el Hospital, tenía unos días de nacido, no se lo habían entregado después del parto y que no le recibía leche y a ella tampoco le salía leche, me pidió si le podía regalar un poco de mi leche materna para llevarle a su bebé. Pero en ese momento no teníamos cómo sacar la leche, me pidió mi número telefónico para ubicarme, yo se lo di. Así que, cinco días después ella me llamó, le pregunté si ya había salido su bebé del hospital, me dijo que no, entonces el siguiente día que yo tenía que volver al hospital, nos citamos para después del control de mi hijita, pues me insistió en que si yo le hacía el favor de lo de la leche aunque iba a la supuesta cita con ella. Yo tomé por otro camino para no encontrármela, pero ella ya estaba allí. Después de momentos de duda y sospecha por parte de Ana: yo tenía la niña alzada y la acaricié un rato y me fui a un rincón del sitio en que estábamos a llenar el tetero con mi leche materna, en ese momento entregué mi bebé a esa señora y ya no tuve más control de la bebé, me demoré como de cinco a diez minutos, y cuando volví solo estaba la pañalera, corrí a ver si la habían visto y nadie me decía nada, le pregunté a una señora que había estado allí y me dijo que esa señora había salido corriendo con mi bebé con dirección a la parte derecha hacia la avenida.*

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

Lucía tiene 20 años, refiere: *Ya éramos novios y yo quedé en embarazo de él, nos fuimos a vivir juntos... embarazada lo dejé, tenía un mes, se complicaron las cosas, yo me fui para donde una tía, no quería vivir en la casa de mi mamá, eran semanas que yo no salía de la habitación, mi abuela siempre estuvo pendiente... no quería abortar, yo quería tenerlo para que fuera una buena persona, yo quería salvarlo de todo, me obsesioné a que nadie me tocara, que nada le pasara, y me fui a vivir a otro sitio, pero ahí también vivía un sujeto que era adicto y agresivo, me robaba y metía vicio, él se ponía muy violento,*

me gritaba y me decía “le voy a mandar a hacer algo”, no quería ni escucharle la voz, le tenía miedo... así estuve hasta los tres meses pasaditos, me puse muy enferma, no tenía controles, en la empresa donde estaba no tenía seguro médico y con ese hombre todo allí se puso peor.

Perdí el bebé a los tres meses, en la casa de mi mamá, a mí se me vino el bebé en la casa y yo no quise reconocer eso, empecé a sangrar muchísimo, se vino una bolita de sangre, vi el feto, yo sabía que era él, no quise entender eso, desde ese momento no acepté, yo no fui al hospital, no le conté a nadie, a veces manchaba y cuando no, decía que seguía embarazada, todos seguían creyendo que yo sí estaba embarazada, todos seguían preguntando, no me puse cosas en la barriga... él apareció y dijo: “quiero responder”, yo no pensaba en eso, yo disfrutaba de que estaba embarazada y que las cosas estaban bien, por primera vez en mi vida, no pensaba en el parto, la barriga se quedó así, me subí de peso, siempre seguí pensando que estaba embarazada, yo veía las noticias y decían: fulanita abandonó un bebé en tal parte, a mí esas noticias me dieron esperanzas, me empecé a ilusionar con eso, lo veía tan fácil, yo estaba dispuesta a recoger alguno de esos niños y a criarlo, salí dos días a eso y fue cuando conocí a la mamá de la niña... pensé en preguntarle si quería a su bebé, yo le vi la cobijita como vieja, como pobre, era una niña con cosas de niño... el primer día de búsqueda de bebés la vi a ella, pensé que si le decía que me lo regalara iba a pegar un grito... se me metió en la cabeza que ella no tenía cómo mantener a ese bebé, yo sí tenía todo... la llamé otra vez para preguntarle, lo más era que me dijera que no, me dijo que iba para el Hospital, nos encontramos allí cerca, pero nunca pude decírselo, me dio miedo de que de pronto hiciera escándalo, no sé, en el momento en que tuve a esa bebé en los brazos sólo quise irme, no sabía adónde, ni tenía plata... yo me fui para el parque, me quedé un rato, horas llorando, la niña no lloraba, la cargaba dormida y pensaba, pensaba... me fui para donde una amiga que acababa de tener un bebé y le dio leche, ella pensó que la bebé era mía, le dije a mi amiga que había peleado con mi familia y que no quería volver, mi familia me llamaba, y yo solo le dije a mi esposo que había tenido el bebé, me dijo que me iba a recoger al otro día... en la casa yo ya no la cargaba, dijeron que por qué no la alzaba, pensaron que tenía depresión postparto, pensaron que no la quería, una mañana me puse a llorar mucho y no pude más y le conté a él, yo no le daba de comer, yo no la alzaba ni nada, luego conté.

Casi al final de la audiencia dice: Ahora estoy embarazada... sí, es confuso porque yo sigo embarazada... cuando cogí la niña, estaba embarazada y no sabía, tengo dos meses, lloro mucho, tengo miedo, no quiero que el bebé vaya a la cárcel... yo creo que esto no tiene fin... quiero ser invisible y no haber salido en los medios. (Trozo tomado de audiencia pública y publicaciones en los medios de comunicación)

---

---

---

---

ALICE: Demasiado profundo de ver para mí. ¡Por favor explícadmelo!

TOM: Él quiere decir que es una ayuda mental para la introspección; igual que un círculo o una línea o un triángulo fueron una ayuda para Euclides o, antes que él para Tales. (Bion, 1977, Capítulo 1, p. 286).

---

---

---

---

## Resumen

*Samuel es un niño abusado sexualmente por su padre. Difícil gestión, difícil simbolización, difícil verbalización. El mundo de la Ficción y el mundo de los Hechos comienzan a palpar con intenso dolor. Inmerso en la confusión y el miedo, Samuel va rescatando trozos de realidad, para tejerlos en cooperación con su ficción y así configurar una historia para contar y para contarse. La relación analítica acompaña este caminar, esta tarea de transformación de experiencias emocionales factibles de ser conocidas y comprendidas. Se propone  $F \leftrightarrow R$  vibrando como una Función continente y transformadora de experiencias dolorosas. El texto se presenta, en forma y contenido, guardando ritmo y cadencia con el tema: Realidades y Ficciones.*

**Descriptor:** Ficción, Realidad, Abuso sexual, Pensamiento. **Candidato a descriptor:** Transformación.

---

---

---

---

## Abstract

*Samuel is a child sexually abused by his father. Although he finds it quite difficult to assimilate things, find symbols and expresses himself with words, he is beginning to feel the sharp pain of the world of Fiction and that of Facts throbbing in him. Immersed in confusion and fear, Samuel begins to rescue a few pieces of real facts and he weaves them together with fiction building up a story that he can tell others and himself. The analytical relationship keeps him company while he deals with the task of transforming emotional experiences into something that can be known and understood. We suggest that  $F \leftrightarrow R$  vibrates as a containing function, a transformer of painful experiences. The text we present here is in form and content faithful to the rhythm and cadence of the topic: Reality and Fictions.*

**Keywords:** Fiction, Reality, Sexual abuse, Thoughts. **Candidate to keyword:** Transformation.

---

---

---

---

## Referencias

- Bion, W. R. (1975). *Memorias del futuro: Libro I*. Madrid: Julián Yébenes.
- Bion, W. R. (1977). *Memorias del futuro: Libro II*. Madrid: Julián Yébenes.
- Bion, W. R. (1979a). *Clave de memorias del futuro*. Madrid: Julián Yébenes.
- Bion, W. R. (1979b). *Memorias del futuro: Libro III*. Madrid: Julián Yébenes.
- Bion, W. R. (1992). Hay que pasar el mal trago. En *Seminarios clínicos y cuatro textos* (pp. 220-255). Buenos Aires: Lugar. (Trabajo original publicado en 1979)
- Ende, M. (1988). *La historia interminable*. Madrid: Alfaguara.
- Stitzman, L. (2011). *Entrelazamiento: Un ensayo psicoanalítico*. Valencia: Promolibro.



## Ficción, realidad y el campo analítico

“Estoy preocupada por usted,” dice mi paciente mientras se acuesta en el diván. “Me temo que algo esté mal”.

Elena tiene la tendencia a notar cosas mientras va de la puerta del consultorio al diván –sobre mí, sobre los objetos en el consultorio, a veces sobre ella misma. Cuando nota algo, menciona lo que ha visto: “Su agenda de turnos no está donde normalmente la deja”, dirá; u “Hoy lleva puesta una remera oscura”; o “Tal vez se pregunte por qué estoy sin aliento”. Y después, habiendo expresado lo que ha notado, rápidamente pasa a otro tema.

Esta vez, tal vez porque me doy profundamente cuenta de que algo *sí* está mal, hablo antes de lo usual y pregunto en qué está pensando. “No estoy segura”, dice, “pero hay algo diferente. Tal vez es que hay menos humor entre nosotros de lo usual”. Y entonces, porque es hija de psicoanalistas, aunque ella no está en el rubro, agrega, “Por supuesto que es todo transferencia”. Habiendo dicho esto, es característico de Elena cambiar de tema. Yo me esfuerzo por encontrar una conexión entre su observación inicial y lo que luego dice pero –embrollado en las significaciones personales de lo que está mal– soy incapaz de hacerlo. Me quedo escuchando en mi mente el eco de una realidad que es perturbadora para mí y que pienso que tal vez también lo sea para Elena, aunque no puedo estar seguro.

Cualesquiera hayan sido sus sentimientos al respecto, ese momento fue ciertamente modelado por lo que estoy seguro que le llamó la atención a mi paciente. Dos meses antes de la sesión que describo, había sido sometido a una cirugía ortopédica. Ella no sabía acerca de la cirugía, pero sí sabía que poco antes de mis vacaciones de verano le había dicho que me iba a ausentar por una semana adicional. Cuando volví a trabajar estaba bastante incómodo y tomando fuertes analgésicos que me quitaban la energía y me desconcentraban, de lo que algunas veces me daba cuenta y otras no me daba cuenta. Cuando ella hizo el comentario el dolor había disminuido considerablemente y estaba dejando los analgésicos. La abstinencia era des-

---

\* William Alanson White Institute, Nueva York.

---

---

agradable y era consciente de que a veces estaba de mal humor, aunque me engañaba creyendo que podía mantenerlo fuera del consultorio y ninguno de mis otros pacientes dijeron nada al respecto.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

De modo que esta es la realidad, una realidad que me hacía difícil, tal vez imposible, crear la clase de espacio analítico protegido que típicamente busco. El encuadre analítico, un concepto al que regresaré luego, se vio alterado –me inclino a decir, deformado– por el pinzamiento de la realidad. Permítanme agregar que este pinzamiento no sólo estaba dado por las realidades físicas involucradas, las sesiones perdidas y mi posterior dolor, sino también por mi reacción profundamente personal al deterioro funcional que implicaba. Sin entrar en detalles innecesarios, es justo decir que mi sentido del self estaba significativamente afectado. Por bastante tiempo, entonces, mi analizanda había estado ocupada con un analista que se sentía afectado pero que no se lo había revelado a ella, a los otros, o incluso a sí mismo por completo. Esto seguro le acarrearé una angustia considerable, no sólo porque mi salud limita mi disponibilidad emocional, sino porque no me he abierto completamente al impacto de lo que me está pasando, ni con Elena ni conmigo mismo. Este es el problema.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

Visto desde la perspectiva del tema de nuestro Congreso, su comentario de que es todo transferencia puede ser plausiblemente comprendido como deshaciendo dos realidades displacenteras: la realidad de mi discapacidad y la realidad de lo que era, para ella, un momento inusual de contacto íntimo personal conmigo. “No se trata de usted y yo”, parece estar diciendo, “se trata sólo de mí”. Y para esta paciente, a pesar de, o tal vez a causa de, su exquisita sensibilidad a los objetos de su entorno (físico o de otro tipo) “sólo yo” es el lugar más seguro en el que puede estar. El “anoticiarse” de Elena es su manera altamente controlada de tender un puente sobre una distancia interpersonal cuidadosamente construida, distancia necesaria por su miedo crónico a la pérdida inminente. En sus palabras, “Si me mantengo separada, nunca tendré que separarme”.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

La secuencia de pensamientos que abre la sesión me recuerda una idea importante de los Baranger: ellos escriben que la historización prematura de la transferencia puede calmar superficialmente los temores paranoides del paciente ofreciendo la seguridad de que, en sus palabras, “*there is no current situation, we can see that this is what happened with your father*”<sup>1</sup> (Baranger & Baranger, 1962/2008, p. 810). Ciertamente la “situación presente” da forma a la experiencia de Elena, pero ¿es posible afirmar con convicción que los temores de Elena son paranoides y no realistas? Su analista está –no sólo en su mente sino también en la de él mismo– amenazado por la discapacidad. Él también está reteniendo conscientemente información que podría afectar el tratamiento en un número de maneras dramáticas, e inconcientemente está luchando con una revuelta profunda en el

1. “No hay una situación presente, podemos ver que esto es lo que sucedía con su padre”.

sentido de su self. Tal vez calmará superficialmente sus temores interpretar sus preocupaciones como cualquier cosa excepto una reacción frente a una realidad urgente.

Unas seis semanas después, nuevamente al inicio de la sesión, Elena dice “Usted está mejor ahora”. Lo dice con naturalidad, aunque percibo que está aliviada. Es como si fuera una mamá hablándole a su hijo, una experiencia familiar para mí en el trabajo con ella aunque es décadas menor que yo. Su tono sugiere que la fiebre ha pasado y que entonces ahora los dos podemos volver a lo que sea que la enfermedad interrumpió. Una vez más, estoy sorprendido por su afirmación porque sé que *estoy* mejor y lo he estado por un par de semanas; estoy totalmente libre de medicación y estoy comenzando a sentirme yo mismo por primera vez desde meses antes de la cirugía. Pero antes de que yo pueda decir nada ella agrega, “Es todo transferencia, por supuesto”. Por mi parte quedo nuevamente cargando con el peso de la realidad. Elena y yo hemos recorrido un camino juntos, hemos soportado mi enfermedad y recuperación, lo cual nos ha afectado profundamente a los dos, y sin embargo el camino no puede ser mencionado sin una auto-revelación que me parece brutal desde fundamentos personales y clínicos. ¿Es acaso la exclusión de la realidad –sostenida, por supuesto, por un montón de teorizaciones clínicas– una manera de ofrecerle a Elena una seguridad superficial?

Pero por supuesto que hay más, mucho más. Y entonces, un par de sesiones después de aquella en la que me dice que estoy mejor llega, atípicamente, 20 minutos tarde a sesión. Me ha dejado un mensaje en el contestador diciéndome que está demorada, pero no he chequeado el contestador, de modo que no lo he recibido. Luego me cuenta del analista de una amiga suya que había tenido que jubilarse por enfermedad. Esta amiga se había vuelto devota de su analista anterior y había pasado mucho tiempo con él después de que se jubiló. Elena sospecha que tuvieron un romance. Luego se acuerda de otra amiga que se había involucrado con un hombre mucho mayor, derrochando su potencial para una relación más gratificante con alguien más cercano a su edad. Había pensado recientemente en esta mujer y le había enviado una solicitud de “amistad” en el Facebook, pero no había sido aceptada. Elena no dice nada más de ello, pero pienso en el mensaje telefónico que he ignorado y tal vez en otros mensajes que he ignorado en los últimos meses.

En esta sesión la “realidad” es puesta patas arriba; la enfermedad y la recuperación son re-contextualizadas. Yo sigo creyendo que Elena se sintió perturbada y amenazada cuando vio que “algo estaba mal conmigo”; la posibilidad de que mis capacidades analíticas estuvieran o pudieran estar comprometidas es una amenaza, una amenaza *real*, que puede ser, y en mi experiencia a menudo es, defensivamente desatendida por ambos miembros de la diada analítica. Pero lentamente Elena pasa a otra cosa. Permítanme aclarar que creo que ella pasa a algo *distinto*, no a algo *más* y ciertamente no a algo *más profundo*. En

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

general creo que describir algo como “más profundo” que otra cosa es mera metapsicología. Junto a una realidad urgente, compartida, hay otra: la idea de que “algo esté mal conmigo” es *también y al mismo tiempo* un sustituto de su deseo. Es un deseo que ella no puede aceptar en ella misma y que teme que yo no haya advertido, el mensaje telefónico ignorado o la solicitud de “amistad” rechazada son elocuentes al respecto. No he aceptado o siquiera notado su ofrecimiento de cuidado erotizado, y por ello se siente rechazada por mí. “Me gustaría que fuese usted y yo”, parece estar diciendo, “pero mientras me rechace o no note lo que le ofrezco, debe ser y será sólo yo”. Como ha sido siempre, por supuesto, para Elena. Noten que considero que la elaboración transferencial de Elena sobre lo que ha notado es tan “real” como la observación misma. Al caracterizar la situación psicoanalítica, Giuseppe Civitaresse señala aquello que él denomina su “*radical assumption of an antirealist perspective – that is, a fictional perspective, in that sense that everything... is pervaded... by the shadow of transference*”<sup>2</sup> (2008, p. 291). Paradójicamente, esta “perspectiva radical antirrealista” trae a la luz otra realidad.

Mis pensamientos se vuelven hacia el concepto de baluarte de los Baranger, el cual dicen que surge “*in unconsciousness and in silence, out of a complicity between the two protagonists to protect an attachment that must not be uncovered*”<sup>3</sup> (Baranger, Baranger, & Mom, 1983, p. 65). Es una mirada que aflora, expresada en muy diversas lenguas, en el trabajo de los teóricos que operan en un rango de tradiciones teóricas: en Latinoamérica en el concepto de Roosevelt Casorla del *enactment* crónico y los no-sueños-para-dos (2001, 2013); en el pensamiento interpersonal norteamericano en el concepto de Edgar Levenson (1972) de la transformación del analista; aún en la Psicología del Yo norteamericana, en las ideas de Dale Boesky (1990) sobre la resistencia que es co-creada conjuntamente por analista y analizando. Las claves, de acuerdo a mi manera de pensar, son el silencio y la complicidad; lo inconciente es nuestro lenguaje psicoanalítico preferido para explicar estos desarrollos.

Pero ¿cómo entendemos el “baluarte” que Elena y yo hemos creado juntos? En mi relativamente breve *racconto* he aludido a múltiples enlaces que no deben ser descubiertos. Está su dependencia, enmascarada por una actitud maternal hacia mí que a veces se expresa en su preocupación, a veces en sus apreciaciones divertidas y sutilmente condescendientes de lo inteligente que puedo ser. La necesidad, no nombrada y no nombrable, aunque palpable, evoca en mí una no poco familiar pero ahora particularmente aguda sensibilidad a los cambios en nuestro horario. Por esta dependencia ella teme que yo sea o que me vuelva viejo y débil; pero como hemos visto, estas pre-

---

2. “Asunción radical de una perspectiva antirrealista –es decir, una perspectiva *ficcional*, en el sentido de que todo está impregnado... de la sombra de la transferencia”.

3. “En la inconciencia y en el silencio, de la complicidad entre los dos protagonistas para proteger un enlace que no debe ser develado”.

ocupaciones a su vez enmascaran esperanzas, tal vez sexuales, que dependen de que yo sea precisamente eso. Su alivio –“usted está mejor ahora”– enmascara su decepción por perder una posibilidad tentadora, y enmascara la manera en que me culpa por no notar sus avances. Avances que, en realidad, no he notado durante el transcurso de varios meses, hasta que me contó las historias de sus dos amigas. Y mi propia manera particular de no notar surge a partir de un interjuego complejo de realidades personales contradictorias: el no querer que nadie me vea como débil y necesitado, incluyendo mis pacientes; y el estar atraído y cansado de la seducción sutil e indirecta de Elena me vienen rápidamente a la mente.

Y por supuesto nada de lo que he dicho hasta ahora toca la historia de mi paciente. Ella tiene, de hecho, una enorme experiencia estando cerca de personas enfermas, algunas de las cuales se mejoraron y otras no. A algunas de estas personas ella deseaba, a algunas quería salvarlas desesperadamente, y a otras les deseaba la muerte. Algunas de ellas recibieron con agrado su deseo y le demandaron sus cuidados, otras fueron indiferentes u hostiles al respecto. Su historia se cruza con la mía de maneras sutiles y complejas; yo tengo mis propias ideas sobre el interjuego entre la necesidad, el odio y el erotismo.

Todo esto y por supuesto mucho más aparece condensado en la observación de Elena de que algo está mal y en sus comentarios posteriores de que estoy mejor. Esto me hace apreciar el entretrejado inextricable de realidades en pugna en todo cuanto sucede entre nosotros y nuestros analizandos, y que genera problemas tanto clínicos como teóricos.

Voy a ocuparme del problema teórico primero, comenzando con una mirada más amplia de algunos de los asuntos en juego. Los sucesos que he descrito ocurren interiormente y toman su significado de lo que solía llamarse (al menos dentro del psicoanálisis americano) la situación analítica; la cual, sin embargo, (tomando prestado de los Baranger) es referida cada vez más como el “campo analítico”. El campo se crea cuando el analista y el analizando se encuentran bajo las condiciones prescriptas por el contrato psicoanalítico. En este encuentro no hay nada que es o pueda ser visible excepto el campo, o bien para los dos participantes o para un observador externo. Cualquier suceso que se describe es, por definición, un suceso dentro del campo.

Desde la perspectiva del tema de nuestro Congreso, el campo es donde se encuentran la ficción y la realidad. Pero consideren la manera en que he descrito lo que ha sucedido entre Elena y yo. He evitado a propósito caracterizar cualquier aspecto de ello como una “ficción”. En cambio, he notado las realidades de mi enfermedad y recuperación, todo lo cual adquiere significaciones que son personales para ella en el contexto de su transferencia, motivados por su historia, su deseo y sus miedos. Y también está mi transferencia, con lo cual me refiero a

---

---

algo que incluye pero es más amplio que mi contratransferencia y que está también motivada por mi historia, deseo y miedos.

---

---

---

---

¿Dónde entra, en este panorama, la “asunción radical de una perspectiva antirrealista” de Civitarese? Todos los analistas estarían de acuerdo en que la transferencia impregna todo lo que ocurre en el campo, pero ¿es justo referirse a la transferencia como una ficción? La elaboración erótica que Elena hace de mi discapacidad y recuperación, ¿es en algo menos real que los miedos que despierta mi enfermedad? ¿Es, en cualquier aspecto, menos real que la discapacidad y recuperación mismas? Y mi experiencia personal de lo que significa estar enfermo y luego mejor –una experiencia que impregna mi vida y que adquiere significados específicos e idiosincráticos tanto en el contexto de mi relación con Elena como en el contexto de todas mis relaciones, las clínicas y las demás– ¿es menos real que la inhibición del humor que ella correctamente notó?

---

---

---

---

La transferencia, vista desde esta perspectiva, es tan real como mi cirugía y tan real como la historia de Elena de haber cuidado y deseado a su hermano psicótico. La historia psicoanalítica avala esta perspectiva. Recuerden que, en la mente de muchos, el psicoanálisis empezó cuando Freud abandonó la hipótesis de la seducción y reemplazó la centralidad etiológica de la realidad material por la fuerza irrefrenable de la realidad psíquica. Desde las fantasías infantiles que crean objetos tempranos a partir de nuestros deseos y miedos, hasta la relación terapéutica donde el poder inexorable de la transferencia se impone por sobre las intenciones y aún por sobre el sentido del self del analista, la realidad psíquica es todo cuanto precisamos ver. Es todo lo que podemos ver.

---

---

---

---

Pero la realidad psíquica sigue siendo realidad. Al decir esto quiero decir que las fantasías infantiles y las tendencias transferenciales existen fuera del contexto en el que son descubiertas. Esto es destacado por la creencia de Freud, la cual sostuvo hasta el final de su vida, de que el análisis exitoso depende del relleno certero de los huecos en la memoria autobiográfica. Las “ficciones” creadas por la transferencia y contratransferencia son, en última instancia, tan sólo una realidad de otra clase. Esto se nos hace patente a diario, cuando nos damos cuenta de que hay actuaciones que se han apoderado de las versiones “autorizadas” de lo que sucede en el espacio analítico; las violaciones manifiestas de los límites son sólo el ejemplo más extremo de la manera en que una realidad puede ser consumida por otra.

---

---

---

---

Sin embargo, no todo puede ser realidad, por lo menos no de la manera en que la realidad común nos seduce y nos constrañe. Aún las realidades de la historia personal, el deseo y la fantasía dejan muy poco lugar para las formas creativas en que estas se expresan, de manera única y *de novo*, en cada nueva relación. La perspectiva radical antirrealista es esencial en nuestro proyecto psicoanalítico porque nos fuerza a reconocer que inventamos los mundos en donde habitamos.

¿Dónde entra la ficción, entonces, en este panorama? Yo sugeriría que la ficción yace en el mismo concepto de campo, y en las maneras en que los sucesos de un análisis son conceptualizados por aquellos que se consideran teóricos del campo. Para decirlo de otro modo, el campo es lo que llamaré una “ficción determinante” que genera una descripción narrativa particular de los sucesos que ocurren dentro de la situación psicoanalítica. Nada dentro de la situación psicoanalítica puede entenderse –puede ser visto, en realidad– en ausencia de alguna ficción determinante. Freud (1914/1957) sugirió esto cuando definió al psicoanálisis como una investigación guiada por las asunciones de la transferencia y la resistencia. Con esto no quiso decir simplemente que era necesario adoptar estas asunciones para la conducción de un tratamiento psicoanalítico. Lo que daba a entender, de modo más profundo, es que sólo un observador trabajando con esos conceptos podría diferenciar una sesión psicoanalítica de una conversación común, aunque peculiar. Y por supuesto cualquier descripción psicoanalítica de tal conversación estaría basada en la comprensión del observador de los trabajos de la transferencia y la resistencia.

Entre otras de sus funciones, la ficción determinante es un mapa que define los elementos de la situación psicoanalítica. Es un lugar común, aunque se lo pase por alto con facilidad, decir que el mapa no es el territorio. El mapa de un territorio dado puede ser trazado de diversas maneras, dependiendo de los propósitos de quien hace el mapa. Dentro del psicoanálisis no precisamos buscar más allá de los diversos modelos de Freud de la mente como ejemplo. El modelo topográfico de 1900 y el modelo estructural tripartito de 1923 no se parecen en nada; cada uno fue designado para definir los elementos de la mente expuestos a entrar en conflicto, causando síntomas neuróticos. A pesar de ser inconmensurables, por lo menos en las mentes de muchos analistas, cada modelo aún tiene adherentes; cada uno guía la práctica de algunos clínicos.

Sería difícil decir, especialmente dado el estado actual de nuestro conocimiento, que uno u otro modelo representa la “realidad” de manera más precisa. Es probable, sin embargo, que ambos sirvan para guiar el viaje analítico que sus adherentes pretenden realizar del mismo modo, por supuesto, que otros modelos (Greenberg, 1991). Permítanme agregar, a modo de digresión, que lo que digo es cierto de todos los mapas. Hasta entrado el siglo XX las marinas de muchos países se apoyaban en el modelo ptolemaico del universo para guiar la navegación (Wilford, 1981). Aquí la “ficción determinante” demostró su utilidad porque los cálculos involucrados eran más simples que aquellos basados en el modelo copernicano, y los resultados eran igualmente efectivos. Por supuesto que otros datos confirman la validez del sistema copernicano, pero estos datos no son y no pueden ser advertidos por los observadores interesados única o principalmente en trasladar sus barcos de un lado a otro.





contexto de una ficción determinante; no hay ninguna manera de conceptualizar la relación entre la realidad y la ficción que no sea en sí misma ficticia. Al decir esto no me estoy apartando demasiado de la sabia máxima de los Baranger (1962/2008), “*it is essential for the analytic procedure that each thing or event in the field be at the same time something else*”<sup>7</sup> (p. 799). Pero yo ampliaría la idea: Lo que los Baranger describen como el campo es en sí mismo y al mismo tiempo otra cosa, y también lo es la pareja analítica.

Por supuesto que decir esto es provocador; la mayoría de los teóricos están más cómodos refiriéndose al campo como una metáfora; esta es la formulación de Beatriz de Leon de Bernardi (2013) y de Giuseppe Civitaresse y de Antonio Ferro (2013). Sin abordar profundamente la relación entre ficción y metáfora, es justo decir que ambas, metáforas y ficciones, le atribuyen sus características a un objeto o a una situación que el objeto o situación no posee literalmente. Una metáfora, como lo ha expresado el filósofo Donald Davidson (1978/1981), “*calls something to our attention*”<sup>8</sup> (p. 218). Sorprendentemente, Davidson hace una analogía entre la función de la metáfora y la función del sueño; a pesar de no ser literalmente verdaderos, ambos tienen la capacidad de “*make us appreciate some fact*”<sup>9</sup> (p. 217). Sin embargo, continúa, lo que le llama la atención a cualquier persona está predeterminado por la metáfora misma, así como los significados de un sueño están predeterminados por su contenido manifiesto: “*in fact*”, escribe Davidson, “*there is no limit to what a metaphor calls to our attention*,”<sup>10</sup> y lo que vemos está también moldeado por nuestras sensibilidades y nuestra experiencia (p. 218).

Debido a que las implicaciones de una metáfora dependen de los compromisos, las inclinaciones y los intereses de quienes están expuestos a ella y de quienes podrían ser propensos a usarla, creo que una palabra más “dura” como ficción es más apropiada para el discurso psicoanalítico. En nuestras conversaciones, formulaciones que comienzan como metáforas evocativas se transforman –usualmente nada más que sobre la base del uso reiterado– en hechos indiscutidos. Típicamente el desliz no es notado. Déjenme citar dos ejemplos de esto: para Madeleine Baranger (2005) “*the analytic situation does not correspond to a psychology of the individual*”<sup>11</sup> (p. 62) [el énfasis es mío]; y para Civitaresse y Ferro (2013) “*The individual’s proto-mental system... cannot... be studied in isolation [from the proto-mental system of the group]*”<sup>12</sup> (p. 124) [mi énfasis]. Ambos casos son presentados

7. “Es esencial para el procedimiento analítico que cada cosa o suceso en el campo sea al mismo tiempo otra cosa”.

8. “Trae algo hacia nuestra atención”.

9. “Hacernos apreciar algún hecho”.

10. “De hecho”, escribe Davidson, “no hay límite en cuanto a lo que una metáfora trae hacia nuestra atención”.

11. “La situación analítica *no corresponde* a una psicología del individuo”.

12. “El sistema proto-mental del individuo... *no puede*... ser estudiado de manera aislada [del sistema proto-mental del grupo]”.

como realidades categóricas; ninguno está precedido –como sugiero que debería ser– por el calificativo “bajo la narrativa derivada de la ficción determinante del campo...”

¿Por qué tiene esto importancia? La respuesta está implícita en la idea de Davidson de que la función de la metáfora es traer algo hacia nuestra atención, y que lo que es traído hacia nuestra atención por la metáfora está predeterminado por la metáfora misma. Si tenemos esto en cuenta, somos conscientes de que cualquier cosa que dirige nuestra atención hacia algo debe necesariamente alejar nuestra atención de alguna otra cosa. Algo siempre se gana cuando trabajamos con metáforas generativas, y algo siempre se pierde, lo cual es muy diferente de lo que pasa cuando trabajamos con hechos incontestables.

Consideren una situación que frecuentemente se da y que es vitalmente importante en cualquier análisis. Trabajando con una versión radical de la teoría del campo derivada del modelo de los Bangerer, Giuseppe Civitaresse (2005) describe a una paciente que, una semana antes de las vacaciones de verano, anuncia que su padre ha decidido repentinamente separarse de su madre. Le pide que la aconseje sobre cómo ayudar a su madre, dejando al analista con el sentimiento de estar “acorralado” (Civitaresse, 2005, p. 1310). A su vez, Civitaresse afirma, “*I choose to focus on the characters of the session and try to reply simply, saying that it is a very sad situation, that perhaps her mother is the one who is suffering most now, that I would ask myself how I could help her mother*”<sup>13</sup> (p. 1310), [énfasis agregado]. Él ve lo que le dice a la paciente como una interpretación “*narrative, unsaturated*”<sup>14</sup> (p. 1312).

Lo crucial aquí es la idea de que el comentario del analista se centra en los “personajes de la sesión”, un producto del campo dinámico. Esta asunción le permite creer que su intervención es una interpretación en y del campo, aunque una interpretación no saturada. Esta forma de comprender las cosas es posible sólo si uno trabaja con la ficción determinante del campo según lo conceptualiza Civitaresse. Los analistas que trabajan con un modelo interactivo –uno que asume un encuentro entre dos individuos que responden cada uno a sus deseos, miedos, objetos internos y así sucesivamente– probablemente verían las cosas de una manera bastante diferente. Un analista que no cree que todo lo que pasa en la hora de análisis pueda ser entendido como un personaje dentro de un campo podría no considerar la intervención como una interpretación en absoluto.

Muchas alternativas me vienen pronto a la mente: la intervención de Civitaresse podría ser entendida como una retirada hacia el brindar sostén o consejo, que surge de la reacción culposa del analista frente a la acusación enérgica aunque indirecta de la paciente por abandonarla;

13. “Elijo enfocarme en los personajes de la sesión e intento responder con simpleza, diciendo que es una situación muy triste y que tal vez su madre sea quien más esté sufriendo en este momento, que yo me preguntaría cómo podría ayudar a su madre”.

14. “Narrativa, no saturada”.

podría verse como la retención de una interpretación por parte del analista en un intento de escapar del sentimiento de estar “acorralado”; tal vez refleja la angustia del analista de que confrontar a la paciente con las realidades del momento presente la conducirá a abandonarlo. Espero que quede claro en lo que digo que no estoy asumiendo que alguna manera de entender la dinámica de este intercambio sea más “correcta” que otra, ni dispongo de ninguna información que me llevaría a creer que una intervención es más efectiva desde el punto de vista analítico o terapéutico (esto es, por supuesto, virtualmente cierto de cualquier viñeta clínica).

Preferiblemente, la idea en la que hago hincapié es que ningún suceso en cualquier análisis puede ser entendido o evaluado sin tomar en cuenta la ficción determinante que guía el entendimiento del analista. En el encuadre clínico la ficción determinante puede ser consciente o inconsciente; y en muchos, aunque no en todos los casos, los analistas trabajan con préstamos implícitos de diversos puntos de vista (Sandler, 1983). Hacer teoría, por el contrario, requiere que los supuestos que caracterizan la ficción determinante sean formulados explícitamente. Estas formulaciones tienden a ser cohesivas, de manera que inevitablemente son reducidas. Como resultado, cada ficción determinante ilumina ciertas realidades mientras que oculta otras.

Una forma de profundizar nuestra apreciación de esto es comparar las ficciones que se usan en diferentes tradiciones analíticas. De modo interesante, a pesar del uso frecuente de metáforas por parte de Freud, en un pasaje importante implícitamente recomienda precaución al hacerlo. En “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia” les recuerda a los analistas que el curso de acción que debe seguirse “*is one for which there is no model in real life*”<sup>15</sup> (Freud, 1915/1958, p. 166), sugiriendo así que la búsqueda de analogías fuera del consultorio probablemente resulte engañosa. Pero como es difícil conceptualizar fenómenos que son puramente *sui generis* a menudo invoca ficciones generativas, poéticas, con la intención de captar lo que sucedía en la situación psicoanalítica. Los Baranger notan tres que son particularmente relevantes para mi tema –la metáfora arqueológica, la metáfora del partido de ajedrez, y la metáfora del campo de batalla (Baranger et al., 1983, p. 72).

Los Baranger nos recuerdan que la metáfora arqueológica –ciertamente la versión más sólida de Freud de lo que luego ha sido caracterizado como una psicología “de una persona” – por sí sola no da cuenta adecuadamente de la totalidad de la situación psicoanalítica tal como él la entendía. Ellos señalan que Freud se apoyaba igualmente en la metáfora del análisis como juego de ajedrez, que nos alerta sobre la participación de dos jugadores, y por lo tanto sobre una psicología “de dos personas”. La metáfora del campo de batalla evoca

15. “[Es] uno para el cual la vida real no ofrece modelos” (Freud, 1915/1958). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia [Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis III]. O.C. 12:160-176. Bs. As: Amorrortu.

---

---

---

---

---

---

sensibilidades similares. Pensar en términos de un juego de ajedrez destaca lo que tengo en mente cuando me refiero a una “ficción”, porque la ubicación de las piezas sobre el tablero y el efecto de cualquier movimiento que se haga tienen sentido sólo en el contexto de las reglas artificialmente construidas del juego, y de las intenciones de los jugadores involucrados en él. Cualquier cambio en las reglas del juego o cualquier cambio en los estados mentales de cualquiera de los dos jugadores requerirá que ajustemos la comprensión de todo lo que vemos.

---

---

---

---

---

---

Teniendo en mente estas consideraciones, ahora abordaré los problemas clínicos que se generan por el interjuego de ficción y realidad dentro de la ficción determinante del campo analítico. Los psicoanalistas, a pesar de arrogarse lo contrario, nos parecemos más a los navegantes que a los científicos que –idealmente al menos– son imparciales frente al resultado de sus investigaciones. Dicho de manera levemente distinta, nuestra responsabilidad como psicoanalistas difiere significativamente de la responsabilidad de los científicos. Introduzco el término “responsabilidad” deliberadamente; se refiere ambiguamente a nuestro compromiso con un método terapéutico en el cual hemos sido entrenados y en el que creemos profundamente, y a la preocupación humana por el bienestar de nuestros analizandos.

---

---

---

---

---

---

Un aspecto de nuestra responsabilidad particularmente relevante para nuestro tema es la responsabilidad de hablar, y aquello sobre lo cual elegimos hablar será una selección de un vasto menú de posibilidades. La elección de aquello sobre lo cual hablar (y por supuesto incluyo aquí la opción de no hablar sobre algo en particular, o no hablar en absoluto) es infinitamente compleja; siempre está determinada por nuestra sensibilidad, conocimientos, juicios, deseos y ansiedades.

---

---

---

---

---

---

En cualquier relación nuestra responsabilidad es hablarle a una realidad sobre la que hay un acuerdo consensuado aunque a menudo sea un acuerdo tácito. A menudo este acuerdo tácito implica pasar por alto otras realidades que son aparentes para todos los participantes. Un ejemplo sencillo puede ser que fuera de un encuadre clínico tendemos a no hablar con la gente sobre sus motivaciones o sus transferencias; hacerlo sería considerado intrusivo e irrespetuoso con toda justicia. Si un amigo llega tarde a una cita para almorzar y le echa la culpa al tráfico cargado, vamos a expresar empatía, no a interpretar. Pero si un analizando llega tarde y le echa la culpa al tráfico cargado nuestra responsabilidad está en otro lado, a pesar del hecho de que las realidades –tanto logísticas como psíquicas– puedan ser las mismas en ambos casos. La realidad es el terreno, lo que decimos refleja el mapa que hemos elegido usar como guía. Dentro de la situación psicoanalítica, a pesar de nuestro compromiso con decir la verdad siempre tenemos presente la necesidad de tener tacto; y en cualquier caso, es simplemente imposible abordar todas las verdades relevantes en un momento dado. Puesto que debemos hablar la

verdad pero no podemos hablar todas las verdades al mismo tiempo, siempre nos enfrentamos con la necesidad de elegir. Los momentos que he descrito con Elena, y a los cuales regresaré en breve, ilustran esto de manera poderosa.

Entonces, ¿cómo entendemos, formulamos e implementamos nuestras responsabilidades dentro de la situación psicoanalítica? En la mezcla de realidades y ficciones abrumadoras que conforman cada momento clínico, ¿cómo decidimos qué decir? O, para decirlo de otro modo, ¿cómo localizamos y abordamos el “punto de urgencia” al que tantos analistas creen que le debemos hablar? Yo sugeriría que las maneras en que comprendemos nuestra responsabilidad, y así las elecciones clínicas que realizamos, son conformadas de manera decisiva por la ficción determinante que establece nuestra comprensión de la situación psicoanalítica y su proceso.

Una razón importante por la cual es difícil reconocer que nuestros modelos de la situación psicoanalítica son ficticios –o metafóricos, si prefieren, aunque encuentro que la palabra más fuerte es más potente– es que las responsabilidades que estos modelos prescriben son terriblemente reales. Y aquí nuevamente, tengo en mente la realidad material y la psíquica –la realidad material de nuestro compromiso con el bienestar de nuestros analizandos y la realidad psíquica de nuestros compromisos cargados transferencialmente para con las personas y las instituciones que han contribuido a nuestro desarrollo como psicoanalistas. Uno de los desafíos de nuestra profesión es que tenemos que aceptar un hecho problemático de la vida psicoanalítica: la única forma en que podemos satisfacer las necesidades urgentes es a través del despliegue de un método que está anclado en modelos evocadores pero que no se pueden verificar.

Consideren los tipos de responsabilidad que impone la teoría del campo de los Baranger. Dos de ellas me vienen pronto a la mente: primero, el analista debe mantener una versión altamente específica e inelástica del encuadre analítico. Como lo expresó José Bleger (1967), “*a process can only be examined when the same constants (frame) are being kept up*”<sup>16</sup> (p. 511); véase también Baranger et al. (1983). La inelasticidad del encuadre está implícita en la metáfora del campo, de la misma manera que el campo de juego en una competencia atlética está definido por las líneas que determinan lo que queda fuera de límite. Yo agregaría, a modo de digresión, que esta mirada del encuadre distingue la teoría del campo de Latinoamérica de las aproximaciones intersubjetivas de Norteamérica. La flexibilidad del encuadre tiene una larga historia en el pensamiento norteamericano (Gabbard, 2007; Gill, 1984, 1991; Stern et al., 1998), y por supuesto entraña responsabilidades muy diferentes en la conducción de un análisis. Es justo decir que muchos, por no decir la mayoría, de los analistas norteamericanos no ven el mismo tipo de relación

16. “Un proceso sólo puede ser examinado cuando se mantienen las mismas constantes (encuadre)”.

---

---

---

---

---

---

---

---

entre encuadre y proceso que asumen los colegas que trabajan en otras partes del mundo.

La segunda responsabilidad que tengo en mente es la obligación de dar lo que los Baranger denominan una “segunda mirada” a los sucesos de una sesión analítica. La teoría del campo obliga al analista a dar una segunda mirada porque los bloqueos en el proceso analítico son causados –invariablemente– por una “*pathological structuring of the field*”<sup>17</sup> que sólo puede verse cuando el analista observa lo que ha sucedido, presumiblemente de manera algo imparcial, después de la sesión (Baranger et al., 1983).

Como ha habido relativamente poca discusión en nuestra literatura sobre lo que denomino las diversas “ficciones determinantes” con las que trabajamos, no se ha realizado un estudio comparativo sobre las responsabilidades del analista que entrañan los distintos modelos. Aunque una consideración completa de este importante asunto va más allá del alcance de este trabajo, sí deseo mencionar brevemente que estas diferencias existen y que decisivamente le dan forma no sólo a las maneras de entender la naturaleza de la participación del analista en el proceso psicoanalítico, sino a las elecciones clínicas de todo analista. Voy a ejemplificar esto haciendo un breve bosquejo de las responsabilidades que creo que son inherentes a dos abordajes intersubjetivos que se basan en ficciones determinantes distintas de las que caracterizan la teoría del campo latinoamericana.

Para los analistas kleinianos/bionianos contemporáneos (considero que su abordaje es intersubjetivo en el sentido que las identificaciones proyectivas del analizando afectan necesariamente los pensamientos y sentimientos del analista) la responsabilidad primordial del analista es la contención. La contención como responsabilidad deriva de la asunción de que el movimiento de la posición esquizoparanoide a la depresiva, y de este modo la capacidad de simbolizar y establecer relaciones de objeto estables, depende de la habilidad de la madre para recibir y desintoxicar las identificaciones proyectivas del bebé. Sólo cuando lo intolerable se vuelve tolerable por la intervención del otro, el pensamiento se hace posible; y la incapacidad de pensar es considerada como la causa de gran parte de la psicopatología, si no de toda.

Esta hipótesis etiológica se traduce directamente a la situación clínica, definiendo la responsabilidad del analista. El analista debe recibir lo que es proyectado, pero un proceso analítico exitoso depende de que no lo actúe. Yo sugeriría que esta clase de contención pura, aunque puede ser una especie de ideal al que el analista aspire, es imposible cuando la situación psicoanalítica es vista a través de la lente de la teoría del campo. La lógica de una “metapsicología de la pareja” implica que las perturbaciones que se originen en cualquier lugar dentro del campo reverberarán en todo su interior.

17. “Estructuración patológica del campo”.

A pesar de esto, los mismos Baranger tendían a ser cautelosos sobre este punto; en general consideraban la contratransferencia “*less intense and more instrumental*”<sup>18</sup> que la transferencia (Baranger et al., 1983, p. 70), una fórmula que concuerda con el sentido de la contención. Sin embargo, otros que trabajan dentro de la tradición latinoamericana desarrollaron la lógica de la teoría del campo de manera diferente, destacando la responsabilidad del analista de participar dentro del campo más que de simplemente funcionar como un continente. Tempranamente, Heinrich Racker sugirió lo que a mi juicio parece ser una visión intersubjetiva más participativa, que lo pone levemente en desacuerdo con los Baranger. El famoso epigrama de Racker (1957), “*the myth of the analytic situation is that analysis is an interaction between a sick person and a healthy one*”<sup>19</sup> (p. 308), capta agudamente esta idea. Y recientemente, Roosevelt Cassorla, en lo que podría considerarse una integración de las perspectivas de los Baranger y Racker, ha defendido la idea de que los *enactments* crónicos son inevitables y los *enactments* agudos pueden ser curativos, siempre y cuando sean sometidos a una segunda mirada (2001, 2012, 2013). Para Cassorla –que toma un aspecto esencial de la teoría del campo que era relativamente ignorado por los Baranger– la falla del analista en la contención constituye un aspecto esencial del proceso analítico, no su fracaso. Aplicando la idea de la segunda mirada a esta manera de comprender los hechos dentro del campo, la responsabilidad del analista es examinar más que evitar los *enactments*.

En Norteamérica los primeros modelos intersubjetivos fueron desarrollados dentro del psicoanálisis interpersonal. En una rama de la tradición interpersonal, aquella desarrollada por Erich Fromm y sus seguidores, la ficción determinante que le dio forma a las conceptualizaciones de la situación psicoanalítica era que se trata de un encuentro entre dos adultos, que inevitablemente traen al mismo versiones completas de sus personalidades. Y dado que la falsedad –aquello que Edgar Levenson (1983) denominó “mistificación”– es lo que causa enfermedad, la honestidad es la cura. De este modo, la responsabilidad del analista es traer su propio self a la relación; la espontaneidad y la autenticidad –no la contención y a menudo ni siquiera el tacto– es lo que el analizando necesita. La apertura norteamericana hacia la auto-revelación como intervención analítica legítima comenzó con esta tradición, aunque sigue habiendo una amplia gama de opiniones diversas entre los analistas interpersonales acerca de su eficacia.

## Discusión clínica

Con estas ideas en mente, permítanme volver a mi experiencia con Elena. Mi cirugía, los calmantes y mi abstinencia de ellos, mi

18. “Menos intensa y más instrumental”.

19. “El mito de la situación analítica es que el análisis es una interacción entre una persona enferma y una sana”.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

deterioro y mis dificultades para reconocer todo esto contribuye a lo que sucede entre nosotros. Se manifiesta en las expresiones faciales, los tonos de voz, el ritmo de mi habla y así sucesivamente, pero lo más importante es que afecta mis estados mentales conscientes e inconscientes. La historia de mi paciente, su deseo, su temor a la intimidad, su típica agudeza y atención al detalle, su reticencia igualmente típica a mostrarse, y mucho más, conforman y son conformados por la situación tal como se ha desarrollado entre nosotros. Nuestra historia juntos también es una fuerza poderosa: uno de los muchos elementos posibles de esta historia que yo destacaría es el erotismo fugazmente vislumbrado y luego –como sus percepciones al entrar al consultorio– rápidamente negado. Y también están, por supuesto, el contrato analítico y el encuadre terapéutico, los cuales imponen la demanda de que todas estas realidades físicas y emocionales más bien comunes sean manejadas de acuerdo con mis responsabilidades clínicas tal como yo las entiendo.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

La manera en que he enmarcado esta descripción ya indica que trabajo dentro de un paradigma radicalmente intersubjetivo. Es decir, he incluido lo que sé de mis propios pensamientos, sentimientos, y acciones junto con los de Elena como fuerzas que conforman lo que sucede entre nosotros; aún el decir “entre nosotros” revela mi perspectiva. Quiero agregar rápidamente que hay maneras de pensar la situación que no son intersubjetivas: podríamos decir simplemente que Elena notó mi deterioro y luego mi recuperación, y que los elaboró de acuerdo con su propia historia de temores y deseos conflictivos. Incluso un concepto tan ampliamente usado como el de intersubjetividad es, supongo, su propia clase de ficción determinante.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

Pero el propósito de mi trabajo tiene un foco más estrecho: me interesa explorar lo que implica trabajar con la ficción determinante del campo en contraste con otras ficciones igualmente intersubjetivas pero más interactivas. Permítanme imaginar, entonces, cómo podría hablar acerca de lo que sucede un teórico del campo. Recalcando la transformación dentro del campo y por el campo de cualquier cosa que pudiera originarse fuera de él –la cirugía y la tendencia de Elena a erotizar la debilidad, por ejemplo– mi enfermedad *tal como es experimentada por nosotros dos en el análisis* sería vista como una neo-creación de la pareja analítica. Es lo que Ferro a menudo designa como un “personaje”, una clase de metáfora que nos llama la atención hacia algo que sucede dentro del campo (Ferro, 1992). Es justo decir que en lo que concierne al análisis no se trata tanto de que mi enfermedad le da forma al campo, sino de que el campo le da forma a mi enfermedad. Ciertamente mi enfermedad, tal como se juega entre Elena y yo, no es lo que sería con cualquier otro paciente, y el romance de Elena con la enfermedad no es lo que sería con cualquier otro analista.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

De modo que la enfermedad y tal vez el silencio sobre ella sea un síntoma de Elena y yo como pareja; podemos considerarlo como una metáfora de la sexualidad efímeramente sentida pero en última ins-



tancia resistida. El comentario de Elena sobre la pérdida del humor que habíamos compartido conmemora su sentimiento de haber sido seducida y abandonada. Mi dependencia de los calmantes y mi posterior abstinencia representan ambos la tentación de Elena y los peligros de sucumbir a ella. La negación compartida del erotismo dificulta el sostén de la vitalidad del análisis. Mi responsabilidad, desde esta perspectiva, es dar una “segunda mirada” a mi participación con Elena de un modo que facilitaría mi apreciación de las formas en las cuales he contribuido a crear esta enfermedad dentro del campo.

Ahora déjeme imaginar lo que la situación podría parecerle a un analista empapado en una metáfora más interactiva. No tengo ninguna específica en mente. Sólo para poder hacer un contraste me imagino una suerte de híbrido del modelo psicológico interpersonal norteamericano o de la Psicología del Yo, que hiciera considerable hincapié en la importancia de la realidad externa que está influyendo en ambos participantes. En tal modelo imagino que el primer foco caería en mi deterioro real, y que de acuerdo con esto mi primera responsabilidad sería evitar confabular con los intentos de Elena por evitar ser consciente de ello. Esto no involucraría necesariamente, quiero recalcarlo, ninguna clase de auto-revelación, aún en el caso de un analista que no fuese muy quisquilloso al respecto.

Si elijo revelar algo acerca de mi condición o no, mi responsabilidad sería encontrar el modo de ayudarla a comprender aquello que por ahora ella sólo puede negar. Esto podría significar dirigir su atención hacia lo que ha notado o hacia cómo, habiéndolo notado, se aleja rápidamente con miedo. Tan sólo señalarle esta defensa podría ser un comienzo; podría ayudarla a ver cómo su ansiedad frente a la debilidad –física o de otra índole– de un otro necesario le crea un conflicto que deteriora su capacidad para darse cuenta de lo que sucede. La erotización de la relación, construida sobre su historia, por supuesto, podría ser perfectamente parte de la estructura defensiva que ha desarrollado para lidiar con las necesidades de dependencia y los miedos a las pérdidas. O tal vez el juego provocador de anoticiarse y escapar es el erotismo mismo. En cualquier caso, mi responsabilidad es ayudarla a ver el juego intrincado del deseo, el miedo y la defensa con el cual siempre ha vivido y que ahora se está cumpliendo conmigo.

Y dentro de los términos de esta clase de modelo interactivo también es mi responsabilidad reconocer que es probable que mis conflictos me dificulten el poder involucrarme o incluso el poder reconocer plenamente los conflictos de ella. Tal vez el hecho de “cambiar de tema” luego de mencionar que algo está mal me alivia por la ansiedad que desencadena su tipo particular de intimidad, o quizá porque mi propia historia me conduce a aceptar su invitación a unirme en su frustrante danza seductora. Cualquiera sea la conclusión a la que pudiera llegar, quiero destacar que la ficción determinante que genera esta narrativa es tan radicalmente intersubjetiva

---

---

---

como la ficción determinante del campo, aunque las particularidades subsiguientes sean, por supuesto, dramáticamente distintas. Más interesante que cualquier particularidad, sin embargo, es que la responsabilidad del analista bajo el vaivén de cada ficción es igualmente diferente.

---

---

---

Lo que más me llama la atención de estas imaginaciones es que las dos formulaciones dinámicas que he sugerido son verdaderas, aunque por ser inconmensurables no pueden ser ambas verdaderas. A menos que, por supuesto, todo en la situación psicoanalítica sea al mismo tiempo otra cosa; lo cual temo y espero que capte algo vital sobre la relación de la realidad y la ficción en la mente del psicoanalista.

---

### **Conclusión**

---

---

---

Me gustaría concluir señalando un intrigante paralelo entre las maneras en que podemos conceptualizar los encuentros entre dos personas dentro de la situación psicoanalítica, y las maneras en que podemos pensar los encuentros entre diferentes abordajes teóricos. Los abordajes teóricos del campo a los cuales me he referido –aquellos en los que los Baranger siguiendo a Merleau-Ponty han sido pioneros y que han sido desarrollados por Ferro, Civitarese, Cassorla, Ogden, y otros– destacan la emergencia de la pareja en la situación analítica. Es decir que emerge una neo-formación dentro del campo, fuera del cual no tiene existencia, y cuya naturaleza no podría haber sido anticipada con prioridad al establecimiento del campo.

---

---

---

Algunas veces la teoría se desarrolla de manera similar. El encuentro entre dos puntos de vista conduce a una integración que trasciende lo que ha venido antes, creando un todo que difiere de la suma de sus partes. El principio de realidad de Freud surgió del encuentro entre su teoría de la libido y la insistencia de Adler en la fuerza dinámica de las realidades de las relaciones interpersonales. El principio de realidad –guardián del principio de placer y por lo tanto en sí mismo una criatura de los trabajos de la libido– no es ni anterior al Freud de 1911 ni anterior al Adler de 1911; es una nueva estructura conceptual creada dentro del campo teórico que constituía el psicoanálisis a principios del siglo XX. Hay muchos otros ejemplos en nuestra historia, por supuesto, esta clase de acomodación representa una de las maneras en que la teoría psicoanalítica ha evolucionado.

---

---

---

Pero no es la única manera. A veces, tal vez porque las teorías mismas son radicalmente inconmensurables o tal vez porque en un momento dado hay compromisos institucionales y políticos particularmente poderosos, las teorías alternativas son libradas a contradecirse y desafiarse unas a otras. Así, por ejemplo, la teoría del sueño de Bion desafía la de Freud, la teoría relacional norteamericana desafía la Psicología del Yo, la teoría del campo de los Baranger desafía los modelos intersubjetivos arraigados en la inter-

acción de dos individuos. Y, por supuesto, viceversa en cada caso. Con respecto a la práctica clínica, en Norteamérica al final del siglo pasado la teoría de la Psicología del Yo de Kohut desafió las técnicas preferidas por una serie de otros abordajes (véase Bernardi, 2011, por una discusión interesante del impacto de las ideas de Kohut sobre su propia práctica). En este modelo de cambio no se llega a ninguna acomodación, nada nuevo es creado, pero puntos de vista dispares son librados a interrogarse mutuamente en las mentes de todos los analistas en ejercicio.

En el encuadre clínico las metáforas tomadas de la teoría del campo nos recuerdan que en el consultorio estamos siempre en presencia de algo nuevo, algo que trasciende la individualidad de ambos participantes. Al mismo tiempo, las metáforas ancladas en una visión interactiva nos recuerdan que hay siempre una otredad que resiste la acomodación y la transformación en algo nuevo (Berenstein); en este modelo el proceso analítico involucra siempre la interrogación de una mente por parte de la otra.

Cuando podemos sostener las dos visiones a pesar de las contradicciones manifiestas entre ellas, creamos un desequilibrio generativo que nos recuerda que tenemos el privilegio y el peso de trabajar en una disciplina en la cual “todo debe ser al mismo tiempo otra cosa”.

## Resumen

*En este trabajo el autor sostiene la idea de que el concepto de campo dinámico, el campo, como es desarrollado por los Baranger y elaborado por sus seguidores en Latinoamérica y otras comunidades no anglo parlantes puede ser pensado provechosamente como una ficción. Visto de este modo, el campo es una estructura narrativa que da forma a la comprensión de la situación psicoanalítica. Como con cualquier narrativa, algunos de los elementos de la situación que intenta describir son develados mientras que otros permanecen ocultos. Esta incursión en el psicoanálisis comparativo es ilustrado por material de su práctica clínica.*

**Descriptores:** *Metáfora, Intersubjetividad, Contratrtransferencia. Candidatos a descriptor:* *Teoría del campo, Psicoanálisis comparativo.*

## Abstract

*In this paper the author argues that the concept of the dynamic field, el campo, as developed by the Barangers and elaborated by their followers in Latin America and other non-Anglophone communities can usefully be thought of as a fiction. Viewed this way, the field is a narrative structure that shapes the understanding of the psychoanalytic situation. As with any narrative, some elements of the situation it is meant to describe are revealed while others are concealed. This venture into comparative psychoanalysis is illustrated by material from his clinical practice.*

**Keywords:** *Metaphor, Intersubjectivity, Countertransference. Candidate keywords:* *Field theory, Comparative psychoanalysis.*



- De Leon, B. (2013). Metaphor, analytic field, and spiral process. En S. M Katz (Ed.), *Metaphor and fields: Common ground, common language, and the future of psychoanalysis* (pp. 182-203). New York: Routledge.
- Ferro, A. (1992). Two authors in search of characters: The relationship, the field, the story. *Rivista di Psicoanalisi*, 38(1), 44-90.
- Freud, S. (1957). On the history of the psychoanalytic movement. En *The standard edition* (Vol. 14, pp. 1-66). London: Hogarth Press. (Trabajo original publicado en 1914)
- Freud, S. (1958). Observations on transference-love (further recommendations on the technique of psycho-analysis III). En *The standard edition* (Vol. 12, pp. 157-171). London: Hogarth Press. (Trabajo original publicado en 1915)
- Gabbard, G. (2007). Flexibility of the frame revisited: Commentary on Tony Bass' "when the frame doesn't fit the picture." *Psychoanalytic Dialogues*, 17(6), 923-929.
- Gill, M. (1984). Psychoanalysis and psychotherapy: A revision. *The International Review of Psycho-Analysis*, 11, 161-179.
- Gill, M. (1991). Psychoanalysis and psychotherapy. *The International Journal of Psychoanalysis*, 72, 164-165.
- Greenberg, J. (1991). *Oedipus and beyond: A clinical theory*. Cambridge: Harvard University Press.
- Levenson, E. (1972). *The fallacy of understanding: An inquiry into the changing structure of psychoanalysis*. New York: Basic Books.
- Levenson, E. (1983). *The ambiguity of change: An inquiry into the nature of psychoanalytic reality*. New York: Basic Books.
- Lewin, B. (1951). *Field theory in social science: Selected theoretical papers*. New York: Harper. (Trabajo original publicado en 1943)
- Merleau-Ponty, M. (2012). *Phenomenology of perception* (D. Landes, Trad.). New York: Routledge. (Trabajo original publicado en 1945)
- Racker, H. (1957). The meanings and uses of countertransference. *The Psychoanalytic Quarterly*, 26, 303-357.
- Sandler, J. (1983). Reflections on some relations between psychoanalytic concepts and psychoanalytic practice. *The International Journal of Psychoanalysis*, 64, 35-45.
- Stern, D. (2013). Field theory in psychoanalysis, part I: Harry Stack Sullivan and Madeleine and Willy Baranger. *Psychoanalytic Dialogues*, 23(5), 487-501. doi: 10.1080/10481885.2013.832607
- Stern, D., Sander, L., Nahum, J., Harrison, A., Lyons-Ruth, K., Morgan, A.,...Tronick, E. (1998). Non-interpretive mechanisms in psychoanalytic therapy: The "something more" than interpretation. *The International Journal of Psychoanalysis*, 79, 903-921.
- Sullivan, H. S. (1947). The study of psychiatry: Three orienting lectures. *Psychiatry*, 10, 355-371.
- Wilford, J. (1981). *The mapmakers*. New York: Knopf.

## Realidades y ficciones en la práctica y en la formación psicoanalítica

---

---

---

---

La convocatoria para el Congreso de FEPAL 2014 trata sobre las *Realidades y ficciones en la práctica y en la formación psicoanalítica de nuestros días*. Esta convocatoria nos invita a ver con sinceridad nuestra realidad actual como psicoanalistas y como institución. He seleccionado los aspectos que generalmente están abiertos a una mayor controversia.

### **Primera parte: En relación a la práctica psicoanalítica**

#### **1. La frecuencia semanal de las sesiones**

---

---

---

---

---

---

---

---

Para nosotros los analistas formados en los años 60 y 70 del siglo XX, la frecuencia usual y ordinaria de sesiones era de cinco sesiones por semana, preferible a la misma hora cada día y con una duración de cincuenta minutos. Esa frecuencia resultaba cómoda, útil y ciertamente facilitaba el desarrollo del proceso analítico. Las cinco sesiones semanales en diván permitían un ritmo diario de trabajo analítico que favorecía la asociación libre y la regresión dentro de la sesión. Nosotros como candidatos podíamos en esa época pagar tranquilamente los honorarios profesionales, sin que eso representara motivo de preocupación. En ese entonces no existían las crisis económicas mundiales. No existía la globalización, ni existía la Internet. Tampoco existía la crisis del psicoanálisis. Esos eran años donde no había esas turbulencias económicas que hoy afectan a todo el globo. Ahora los tiempos han cambiado y la práctica del psicoanálisis ya no es la misma.

---

---

---

---

---

---

Las características de la oferta psicoanalítica y las variaciones en la práctica han ido apareciendo de acuerdo a las nuevas teorías y las nuevas realidades ciudadanas y sociales. Así aparecen hoy en día, de forma rutinaria, los análisis condensados, análisis por teléfono y por skype. Estas nuevas tecnologías abren la posibilidad del dialogo analítico a distancia. Se pueden usar aún dentro de una misma megaciudad debido al grave factor tráfico. Por esta misma razón del tráfico, existen analizandos que mantienen sus cuatro sesiones, con dos visitas semanales al analista, haciendo dos sesiones pegadas en cada

\* Sociedad Psicoanalítica de Caracas.

visita. La observación cuidadosa nos dice que lentamente han cambiado muchas cosas. Me refiero no solo a la necesidad y capacidad de actualizarnos, que nos lleva a cambios en la técnica, sino también el tipo de pacientes que acuden a nuestros consultorios. Por ejemplo: vemos muchos analizando con serios problemas de déficit, es decir con carencias afectivas tempranas. Estos son analizando que muestran patologías narcisistas serias, patologías del vacío, núcleos autistas,<sup>1</sup> patologías de la soledad, que se manifiestan en diversas formas clínicas. También hemos observado que la situación social y económica “seriamente desmejorada” de los analistas y de los candidatos, ha producido efectos en el interés por la formación y en el número de candidatos en muchos países. El problema del desempleo, las limitaciones económicas creadas por la estagflación: inflación con disminución de ingresos, han comenzado a hacerse cada vez más generalizadas. Todos estos elementos son del orden de *Lo Real*.<sup>2</sup> Estos elementos hacen su efecto en el momento de decidir la frecuencia semanal de sesiones y también el uso regular del diván.

No hay duda que el trabajo en alta frecuencia, de cinco sesiones semanales en diván, va a facilitar el trabajo analítico para ambos miembros de la dupla. Pero ocurre que por razones económicas esa oferta es simplemente imposible de proponerla e implementarla. Ni siquiera para los análisis didácticos porque los candidatos no tienen cómo pagarlo, aún con tarifas especiales reducidas. Así vimos que poco a poco, se fueron reduciendo las cinco sesiones, a cuatro sesiones semanales. Años después se redujo la frecuencia de los análisis didácticos a tres sesiones semanales. Lo cual fue necesariamente aceptado para muchos Institutos de Psicoanálisis. De tres sesiones en adelante lo llamamos: **alta frecuencia**. Ocurre que en la práctica privada donde no intervienen los requerimientos del Instituto de Psicoanálisis, se ofrece y se realizan análisis de una y dos sesiones semanales, con éxito. Los analistas han aprendido a trabajar con analizando en **baja frecuencia**. Según mi experiencia y observación estos analizando de baja frecuencia son los más numerosos. Encuentro que en estos análisis, la transferencia se despliega igual, la posibilidad de trabajarla sigue igual, pero en mi opinión, la reducción de la frecuencia semanal, enlentece el proceso analítico y además pone un límite en la posibilidad de hacer regresión intrasesión, tan necesaria en el acceso al material inconsciente y en la apertura a la posibilidad de cambio psíquico. El drama es el siguiente: o el analista acepta trabajar en baja frecuencia, con las limitaciones que esto implica, o el paciente no puede ser atendido.

---

1. Propuesta de Esther Bick (Londres).

2. Me refiero al concepto lacaniano de *Lo Real*: aquello que no conocemos y que no está atravesado por el significante. Aquello que nos sorprende. Una vez que *Lo Real* se hace presente y nos toca, entonces se convierte en *La Realidad*. Su gerencia: *Experiencia subjetiva y lógica del otro* de Rómulo Lander (2004b), especialmente el capítulo 12: *Los tres órdenes y la proposición borromea*. Disponible en español por solicitud a su autor.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

Antes de terminar este punto tengo que agregar algo más: he observado que algunos candidatos se “sienten incómodos” con el trabajo analítico de alta frecuencia (cinco veces por semana). Tal parece que el analista sufre de un síntoma fóbico a la alta frecuencia. Cuando presento casos míos, en que por una justificada razón clínica, atiendo al analizando dos veces diarias, algunos candidatos se sorprenden y pasan a cuestionar esa práctica. Esto me hace pensar que existe para ellos una razón desconocida (resistencia) que les obstaculiza el uso de la alta frecuencia. Sugiero la presencia de un fenómeno de evitación fóbica. En lo personal encuentro posible trabajar con éxito en baja frecuencia, pero también encuentro posible trabajar con éxito, en alta o altísima frecuencia.

## 2. En relación al trabajo de la transferencia

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

Otro aspecto de la práctica que ha cambiado refiere al tipo de trabajo que se hace con la transferencia. Hace cincuenta años era muy común el trabajo automático transferencial del *aquí-ahora-conmigo* que alguna o muchas veces, no correspondía con las asociaciones del analizando. En esos muchos de casos no se ameritaba una interpretación transferencial. Este tipo de interpretación transferencial automática crea un peligro. El peligro consiste en deslizar a una *banalización del trabajo de la transferencia*. Afortunadamente eso ha cambiado. Ahora se hace un trabajo selectivo y más preciso de *cuándo y cómo* hacer la interpretación transferencial. No es automática. Poco a poco apareció la diferencia clara que existe entre: “interpretar la transferencia” e “interpretar desde la transferencia”. Soy de los que piensan que la interpretación de la transferencia es un poderoso instrumento de trabajo. Es poderoso porque refiere y moviliza *elementos inconscientes pre-verbales* del analizando. Son elementos presentes y evidenciados en la relación de transferencia. Al señalar estos elementos se produce un torbellino emocional (los afectos) en el analizando. Esta movilización es muy efectiva para abrir el camino al *cambio psíquico*.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

Quisiera añadir un elemento más: la relación del analista con su analizando tiene dos aspectos. Uno, el comúnmente llamado contratransferencial que es una respuesta a la transferencia del analizando. El otro, refiere a la propia transferencia del analista, que refiere a sus elementos infantiles reprimidos, movilizados por los significantes ofrecidos en la asociación libre por el analizando.

## 3. En relación a la interpretación

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

La interpretación sigue siendo la herramienta más importante del analista. Sin embargo la *forma de interpretar* ha cambiado de manera significativa. Hace cincuenta años el analista le revelaba al analizando *a través de la interpretación* lo que el analista pensaba estaba reprimido en la cadena significativa evidenciada en la asociación libre o en la conducta del analizando. Hoy en día eso se hace mucho



menos. Se usa más *la pregunta analítica* que bien planteada le permite al analizando descubrir por sí mismo los elementos reprimidos. Este método es más efectivo y eficaz. Produce mayores efectos en la mente del analizando.

#### 4. Lugar y posición del analista

La posibilidad de diferenciar claramente el *lugar de la escucha* y la *posición del hablar* del analista ha permitido definir las características analíticas de cada uno de esos dos sitios. Por un lado, la *escucha del analista* es privilegiada: es confidencial, está libre de juicio de valor y es una escucha sin memoria. Esto va a permitir que aparezca la *atención flotante* y la *neutralidad* en la mente del analista. Por el otro lado, cuando el analista decide *hablar* lo hará para interrogar el inconsciente del analizando. Lo hará para que sea el analizando el que descubra su verdad reprimida y así el analista logre que el analizando encuentre su verdad perdida sin que se obture la necesaria búsqueda interminable. Es necesario que la búsqueda se relance a nuevos significantes reprimidos y así sucesivamente. Por esta vía aparece la *abstinencia del analista* que se expresa en la ausencia del *deseo del analista*.

#### 5. En relación a los honorarios profesionales

El trabajo de análisis genera honorarios profesionales y constituye uno de los tres elementos de *Lo Real*<sup>3</sup> en la sesión. Debo aclarar que la lógica del dinero es algo diferente a la lógica de los honorarios. Pasemos directamente a lo segundo. El analizando tiene que pagar algo por su análisis. Si no lo hace, el análisis “no continúa” en el eje del tiempo. El análisis se va a detener. Se detiene porque surge una *resistencia insalvable* originada en los sentimientos inconscientes de culpabilidad del analizando. Sentimientos que surgen cuando su analista, mes tras mes, lo atiende gratis. Por eso es necesario pagar algo por el análisis. El derecho al trabajo de análisis se adquiere a través del pago de honorarios. Ahora me propongo plantear la forma cómo han evolucionado *las realidades del cobro de honorarios*:

Encuentro que la terrible explosión demográfica con su preocupante exceso de población ha hecho efectos dañinos en el tejido social y en la realidad económica de las naciones del mundo, incluyendo las latinoamericanas. Este fenómeno poblacional tiene su repercusión en la práctica del psicoanálisis. Sea cual sea el honorario a cobrar, la práctica del psicoanálisis debe permitir al analista disfrutar de una vida económicamente estable, digna y respetable. Admitimos que nadie se va a hacer rico con esta práctica, pero es lógico que el

---

3. Los tres elementos de *Lo Real* presente en la sesión son: (a) El *dinero que se paga* (variable, que se ajusta y puede ser hecho de forma inesperada, algo que sorprende). (b) La duración de la sesión (cuando esta es variable, es también algo inesperado). (c) La abstinencia del analista (que puede ser respetada o no por el analista y por lo tanto inesperada, que sorprende). Lander (2004a), *Grafo de la transferencia*.

dinero producido honrada y dignamente, le permita al analista pagar los gastos de vida, para sí mismo y para su familia.

Desde hace bastante tiempo ya no es posible cobrar honorarios estándar. Me refiero a un monto de honorarios que sea *igual para todos*. La realidad es que los honorarios profesionales ahora hay que adaptarlos a cada caso en particular. Para lograr eso es necesario establecer una diferencia clara entre el *valor* de la sesión y el *costo* de la sesión. El “valor teórico” de la sesión resulta ser una cifra determinada por el costo de la vida, en una ciudad, en un momento dado de la historia. Determinar ese “justo valor” que a la vez es arbitrario, no es tarea fácil. A su vez el *costo* de la sesión refiere al monto que el analizando “puede pagar” en un momento dado. Ese monto se define en un dialogo entre el analista y su analizando, quienes pueden o no, llegar a un acuerdo. Determinar el justo *valor teórico* de la sesión es tarea importante y muy difícil. Muchos se guían por lo que otros colegas cobran. Otros lo fijan dependiendo del costo de ciertos bienes y servicios en la ciudad en la cual van a practicar el análisis. He observado que determinar individualmente el *valor justo* de la sesión para cada analista le va a plantear varios problemas controversiales:

- a) **Para muchos candidatos:** el valor de su sesión va a estar determinado por lo que cobra el analista didácta y el supervisor oficial. Generalmente los candidatos reciben tarifas especiales reducidas y esa tarifa reducida será el *patrón de referencia* que el candidato va a usar en su práctica. Es decir va a ignorar el valor justo de su sesión y trabajará innecesariamente con honorarios reducidos.
- b) **El problema del género:** es frecuente observar que *la mitad* de las analistas mujeres están subvencionadas por los ingresos de sus esposos. Así vemos cómo pueden cobrar honorarios muy reducidos, sin preocuparse del monto mensual necesario para mantener la familia. Me pregunto si este factor incide en el predominio actual de mujeres que aspiran a la formación. Hace 50 años, dos de cada diez candidatas eran mujeres. Hoy en día, dos de cada diez candidatos son hombres.
- c) **El asunto de la jerarquía analítica:** algunos analistas piensan que la experiencia y la antigüedad profesional tienen un efecto en el momento de determinar el justo valor de la sesión. En este punto la discusión es amplia y se presentan diversos puntos de vista. Algunos opinan que la sesión tiene un *justo valor* independiente de la experticia del analista. Pero ocurre que los analistas más experimentados tienen un prestigio que facilita tener analizando con una mejor posición económica. En esos casos el *valor justo* es igual al del *costo* de la sesión.
- d) **El pago a través de terceros:** la figura del tercero está representada por el pago recibido de las compañías de seguros. En

Latinoamérica estos seguros son casi inexistentes. Igual ocurre con el Ministerio de Salud (el estado) quien no paga por este tipo de servicios. La figura del tercero aparece en los análisis de niños y adolescentes, donde son los padres los que pagan el análisis. Este fenómeno crea a veces “crisis éticas” con serias dificultades para continuar el análisis, cuando los padres están en desacuerdo con la evolución del caso.

e) **El pago por vía de trueque:** pocos analistas aceptan el pago de honorarios por vía de trueque o al menos se habla muy poco de eso. El trueque ocurre cuando se establece un contrato de trabajo en el cual el pago de honorarios profesionales se hace con el producto del trabajo del analizando. Esto ocurre con artistas plásticos que pagan su análisis con obras de arte de su autoría. O traductores que pagan, con traducciones de textos, escritos por el analista. Algunos plantean las posibles interferencias transferenciales y contratransferenciales que podrían aparecer como consecuencia del pago por adelantado, cuando el valor de la obra entregada en pago, excede el monto de la deuda. Los casos que conozco han evolucionado satisfactoriamente a lo largo de los años. La verdad es que estos artistas no tenían otra opción que no fuera pagar los honorarios con obras de arte.

f) **El asunto del recibo:** hace cincuenta años los analistas no solían entregar recibos por honorarios recibidos y así lo advertían en el momento de establecer el contrato de trabajo. Hoy en día las cosas han cambiado. Los analizandos esperan recibir su recibo por honorarios cancelados y los analistas de hoy en día entregan este recibo cumpliendo con la ley fiscal para cada país.

## 6. En relación al uso de psicofármacos

El desarrollo reciente de las neurociencias y por ende de la psicofarmacología es algo que ha ocurrido en forma rápida en los últimos 20 años. Hace 50 años los psicofármacos eran muy limitados en su número, eficacia y selectividad. Los analistas médicos de esa época no utilizaban los psicofármacos y referían a los psiquiatras aquellos pocos pacientes que se mostraban agitados y violentos. Hoy en día las cosas son muy diferentes. Ahora existe abundante oferta de psicofármacos que ofrecen calmar la angustia, los populares ataques de pánico, la depresión, las fobias, la paranoia, las obsesiones, los delirios y la agitación. Son psicofármacos muy selectivos, poderosos en su efecto y de fácil acceso. Solo basta comprarlos y tomarlos. Su efecto de mejoría sintomática es visible y rápido. Ahora bien, todo esto significa, que en los años actuales, estamos en la era de los avances en las neurociencias y psicofármacos.

Pero hay algo que los psicofármacos no pueden ofrecer al sujeto: *el conocimiento de sí mismo*. Para acceder a ese conocimiento se requiere de una motivación y de un diálogo muy especial. Se requiere

---

---

---

---

---

del diálogo con el analista. Este es un diálogo sincero, confidencial, que transcurre sin juicio de valor y que tiene un propósito: que el sujeto *se conozca más a sí mismo*. En la época actual de constantes descubrimientos en la nanotecnología existen nuevos instrumentos ultrasensibles de medición, que han hecho posible la *medición en sangre* de los distintos neurotransmisores.<sup>4</sup> Esto es algo reciente que no era posible de medirse hace diez años.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

Desgraciadamente estos descubrimientos de las neurociencias han impulsado la aparición de un nuevo *paradigma psiquiátrico* biológico. Este nuevo paradigma se basa en una premisa que considero equivocada, la cual dice: *La salud mental se fundamenta en el equilibrio de los neurotransmisores*. Así pues la alteración de los neurotransmisores significa la alteración de la salud mental del individuo. Para complicar más las cosas y aumentar la negación de la *existencia del sujeto del inconsciente*, debo decir que este nuevo *paradigma psiquiátrico* considera, que para llegar a un diagnóstico correcto se requiere de dos cosas. Primero un cuidadoso estudio de los síntomas psiquiátricos. Y segundo conocer los valores sanguíneos de los diversos neurotransmisores. Una vez que se ha obtenido el diagnóstico se procede a un tratamiento específico farmacológico, que tiene el propósito de restablecer el equilibrio perdido de los neurotransmisores. En este nuevo paradigma psiquiátrico biológico, la historia personal y sobre todo la historia de infancia del sujeto, no tienen ninguna importancia. El diálogo sincero y en confianza con el paciente ha perdido para la psiquiatría biológica toda significación. Para el nuevo paradigma lo único que interesa es restaurar el equilibrio de los neurotransmisores utilizando la combinatoria acertada de algunos psicofármacos.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

Pero resulta ser que “la causa” del desbalance en los neurotransmisores es: (a) *el trauma psíquico* (b) *el conflicto psíquico* y (c) *las carencias afectivas de infancia*. O sea, aquí planteo que los neurotransmisores alterados *no son la causa* de los problemas sino *su consecuencia*. Insisto en que para lograr y mantener esta estabilidad mental neurobiológica se requiere conocerse más a sí mismo. El sujeto debe conocer y comprender la naturaleza de su trauma, de su conflicto y de sus carencias, conocer la naturaleza de su ser y en lo posible “aceptarse tal como es”. Esos traumas, conflictos y carencias, son la verdadera causa de la alteración de los neurotransmisores. Este “conocimiento de sí mismo” es algo que los psicofármacos solos y por sí mismos no pueden ofrecer.

---

4. Un neurotransmisor es una bio-molécula que transmite información de una neurona a otra neurona consecutiva. Ambas neuronas están unidas mediante una *sinapsis*. El neurotransmisor se libera en las vesículas ubicadas en la extremidad de la neurona *pre-sináptica* durante la propagación del impulso nervioso. Atraviesa el espacio sináptico y actúa cambiando el potencial de acción en la neurona siguiente *post-sináptica*. Los principales neurotransmisores son: acetilcolina, dopamina, noradrenalina, serotonina, GABA, glicina y el glucamato. Disponible en: <http://www.uprm.edu/biology/profs/velez/neurotrans.htm>

Esto es una realidad que nos lleva a la aparición de un nuevo problema que no existía antes: nos lleva a la aparición de una *contradicción* en la práctica clínica psicoanalítica. Me refiero a la posibilidad de trabajar en análisis (con analizandos) que simultáneamente y sin necesidad, se están medicando. Este es específicamente el punto en discusión y el motivo de estas reflexiones.

### *Uso de psicofármacos simultáneo con el análisis*

Para algunos analistas medicar y a la vez psicoanalizar es algo que no tiene sentido. Es algo no recomendable. Esto no es un capricho ya que tiene una buena razón. El análisis busca con la escucha analítica y el diálogo analítico, ayudar al sujeto, a encontrar el conocimiento perdido de sí mismo. Es decir conocer algo de sus traumas, conflictos y carencias. Estos son aspectos de sí mismo que se ubican fuera de consciencia, un algo perdido en el inconsciente del sujeto. El analizando está interesado en saber más de sí mismo, de la naturaleza de su deseo, de sus temores, de sus contradicciones. Estos son asuntos que le van a ayudar a resolver su angustia y aceptar algunos aspectos de sí mismo que le son inmodificables. Por introspección al revisar su historia de infancia va a ser posible actualizar sus valores personales y sus ideales.

Por su parte el psicofármaco mejora al sujeto porque entierra (reprime) aún más profundamente las ideas y sus afectos, provocando una “normalización artificial” de los neurotransmisores. Estos neurotransmisores volverán a alterarse tan pronto suspenda la medicación. De allí que en algunos casos le recomiendan que tome el medicamento de por vida. Con este procedimiento “no se está resolviendo” la causa del problema, sino se está ofreciendo una ayuda paliativa, un alivio transitorio. Si un procedimiento como la terapia analítica, ofrece buscar y rescatar lo reprimido, conocer y darle significación a la infancia olvidada, y el procedimiento de los psicofármacos producen una mayor represión y olvido de los problemas de infancia, entonces podemos pensar, que ambos procedimientos tienen intereses contrarios.

Otros analistas piensan que esto no es así. Sostienen que la mejoría artificial producida por el medicamento va a facilitar el trabajo del análisis. Sostienen que el medicamento y el análisis serían complementarios. Este es el debate que agita las aguas de los tiempos actuales.

### *Cuando los psicofármacos son una ayuda*

El “paradigma psicoanalítico” se fundamenta en el estudio de los mecanismos mentales que estén presentes en el sujeto en un momento dado de su vida. No se fundamenta en el estudio de los síntomas, ni en la nominación diagnóstica arbitraria de cada época. La cura analítica aparece cuando el sujeto, a través del diálogo analítico, se conoce de sí mismo y se acepta tal cual es.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

Por lo tanto los códigos de diagnóstico tales como el ICD (*International Code of Diseases*) y el DSM (*Diagnostic Statistical Manual*)<sup>5</sup> son códigos establecidos y sostenidos en análisis estadísticos de los síntomas reportados en las historias médicas.<sup>6,7</sup> Por eso digo que carecen de valor psicoanalítico. Las enfermedades mentales “arbitrariamente nominadas” en esos códigos, no se basan en el estudio de los mecanismos mentales, ni en la forma cómo funciona la mente de los seres humanos. Esos códigos se fundamentan en los síntomas observados. Aquí es necesario establecer las diferencias que existen entre los conceptos de cerebro y mente. El cerebro es un órgano biológico susceptible de ser evaluado según los códigos de diagnóstico. La mente aún cuando tiene su asiento en el cerebro, es un *aparato virtual*, llamado por nosotros los psicoanalistas *aparato mental* y no es susceptible de ser evaluado según los códigos de diagnóstico mencionados.

Si el *paradigma psiquiátrico* se propone curar enfermos mentales en base a enfermedades inventadas por los códigos especializados en enfermedades orgánicas, entonces ya desde el principio, estamos en problemas con el concepto básico utilizado en dichos códigos. Digo esto porque a estos supuestos enfermos mentales les van a recetar ciertos medicamentos para normalizar los neurotransmisores. Además de basarse en un concepto equivocado, estos psicofármacos pueden producir serios efectos secundarios muy dañinos. Esto significa que para recetar un psicofármaco deben existir razones muy claras y poderosas.

La mente humana es muy compleja y ciertamente es capaz de producir conductas violentas y peligrosas que no son accesibles a un diálogo psicoanalítico. Entonces si no son accesibles al diálogo, me pregunto: ¿qué se puede ofrecer a esas personas agitadas, paranoicas, violentas o estuporosas? Aquí es donde el valor de los psicofármacos modernos adquiere toda su justificación. La agitación maniaca, la violencia paranoica delirante, el estupor depresivo, el insomnio grave, rebelde, no son accesibles al diálogo. No hay cómo entrar en una re-

5. Campaña Internacional Stop DSM: Este es un manifiesto a favor de un “abordaje subjetivo” del sufrimiento psíquico en niños y adolescentes, diferente al concepto utilizado en el DSM. Este manifiesto lo firman multitud de profesionales de diversas naciones e instituciones. Sugiero leer: Medscape Medical News: Experts react to DSM-5 approval (Deborah Brauser, Dec. 03, 2012) <http://www.medscape.com/welcome/news>.
6. Escrito el 10 de diciembre del 2012 en la revista Psychology Today: Allen Frances, presidente del Comité que redactó el DSM-4 escribió que la aprobación de DMS-5: fue un acto terrible, porque incluía *cambios en el diagnóstico que son claramente peligrosos y carecen de base científica*. Él y otros lamentaron lo que consideran una “patologización de los seres humanos”, argumentando que el DSM había excedido su mandato. Disponible en: <http://www.thedailybeast.com/newsweek/2012/12/09/the-dsm-s-controversial-update.html>
7. Robert Spitzer quien fuera el principal editor de DSM-3, habló sobre un problema diferente y dijo: desde que salió publicada el DSM-5 lo percibió como *algo delirante*. Al enterarse de que el *politburó de expertos* encargado de las principales deliberaciones, habían firmado un compromiso de *no opinar en contra* del DSM-5, ni a los colegas, ni al público, ni a la prensa, eso lo alarmó aún más. A ambos ex-editores se unió a una larga lista de profesionales que han firmado peticiones contra la aprobación del DSM-5. Todos estaban preocupados porque los autores del DSM-5 fueron excesivamente complacientes con la industria farmacéutica. Dicen: la industria farmacéutica no descansará hasta que cada hombre, mujer y niño tenga su diagnóstico que requiera de una píldora para ponerles remedio. Disponible en: <http://internationalpsychoanalysis.net/2012/12/11/the-dsms-controversial-update/>

lación subjetiva, simbólica. En esos casos los mecanismos mentales que han desatado esa angustia incontrolable, presentes en esos sujetos, sobrepasan la capacidad de relación humana y tienen que ser atenuados con el uso de psicofármacos que van artificialmente a regular los neurotransmisores y a mejorar la conducta. Eso abre posteriormente la posibilidad de la ayuda por el diálogo. Una vez establecido la capacidad de relación y se abre el diálogo, entonces progresivamente, se pueden ir retirando los reguladores artificiales: los psicofármacos.

Pero el problema no queda aquí. Muchas personas no tienen capacidad de introspección, otras no tienen el interés, ni la motivación de establecer un diálogo psicoanalítico. Otros están convencidos (con certeza delirante) de que el problema de su vida, está en la familia y en la sociedad. Afirman no ser comprendidos o comprendidas. Es decir proyectan en otros sus dificultades propias. Por lo tanto no tienen motivación para hablar con sinceridad de sí mismos. Pero igual estas personas padecen de serios problemas con su diario vivir. Algunos están abiertos a la ayuda pasiva, sin que eso signifique ningún esfuerzo de su parte. Aquí la ayuda pasiva psicofarmacológica adquiere gran valor.

Hoy en día los psicofármacos son una gran ayuda para esa enorme masa humana necesitada de alivio. El *llamado de alerta* consiste en no engañarse y creer que la ayuda psicofarmacológica va a resolver los problemas de todas estas personas. Eso no es posible. Esas personas necesitan algo más. Necesitan saber más de sí mismos, por la vía que sea. A veces la desesperación los lleva a buscar la ayuda esotérica, mágica y religiosa. De esos recursos esotéricos estamos saturados hoy en día. El “exceso de población” y las “penurias económicas” mundiales aumentan aún más la miseria y las necesidades de la gente que lo llevan a buscar una ayuda religiosa o esotérica.

## **Segunda parte: En relación a la formación psicoanalítica**

### **1. En relación al concepto de formación psicoanalítica**

La formación de un analista es una tarea llena de obstáculos y contradicciones. Se trata de ir más allá de la simple información sobre el saber psicoanalítico existente. Se trata más bien de facilitar que un sujeto encuentre un algo que busca (ser psicoanalista) sin conocer la naturaleza, ni las características, de eso que busca. Además se va a tropezar una y otra vez con el espejismo de creer que “ser como aquel otro idealizado” lo hace psicoanalista. Algunos se detienen en ese punto haciendo unidad con ese ideal con lo cual están cómodos y productivos. Otros quizás más buscadores y con un insaciable deseo de saber más, afortunadamente cuestionan todo, incluyendo lo consagrado incuestionable. Así nos toca vivir “como profesores” con el hecho de saber, que nunca van a encontrar esa verdad que tanto buscan (porque es inasible) y otras veces saber, que algunos otros, van a padecer de la certeza de la verdad ilusoria que creen haber encontrado.

El instituto en su necesaria tarea de formar nuevos psicoanalistas, diseña un esquema de formación, siguiendo hasta cierto punto una

---

---

---

---

---

ideología universitaria. Así, el instituto define los requisitos de ingreso y egreso, el programa de estudios y otras exigencias oficiales, tales como la obligación del análisis didáctico y de las supervisiones oficiales. Esta tarea del instituto lo convierte inevitablemente en un organismo con autoridad y precipita a la formación psicoanalítica en contradicciones y paradojas con la propia naturaleza de todo proceso psicoanalítico.

---

---

---

---

---

Este proceso analítico entre otras cosas está basado en la *libertad* de iniciar o interrumpir el propio análisis didáctico según sea la voluntad del analizando (determinada por la dinámica de la transferencia). También se basa en la *libertad* ofrecida por la confidencialidad del análisis, que da sostén a la asociación libre. Así pues el analista, el supervisor y el conductor de seminarios, ofrecen una escucha privilegiada libre de todo juicio de valor.

---

---

---

---

---

Pero resulta que esta oferta está siempre en peligro debido a las necesidades académicas, que en ciertos pasos de la formación, requiere de estos mismos analistas y profesores, una aprobación o desaprobación del trabajo realizado por el candidato. Es decir pasan a ser evaluadores que inevitablemente incluye un juicio de valor. Así pues la formación estaría en contradicción con la íntima naturaleza del proceso analítico que se fundamente en la ausencia de un juicio de valor. Sin embargo no hay forma de zafarse de esta paradoja. Es necesario evaluar y exigir el cumplimiento de las normas del instituto.

---

---

---

---

---

## 2. El proceso de selección de candidatos

---

---

---

---

---

En los institutos afiliados a la IPA se realizaba hace 60 años un proceso de selección de candidatos que era muy particular. Siempre he encontrado que este proceso de evaluación para el ingreso terminaba siendo ejecutado con criterio psiquiátrico. Los trabajos publicados en los años 60 en relación a este particular proceso de selección, muestran cómo estos analistas utilizan un razonamiento psiquiátrico de diagnóstico. La discusión en esos trabajos era determinar el tipo de patología psiquiátrica que resultaba inaceptable para los institutos de psicoanálisis de la época (Greenacre, 1961; Weiss & Fleming, 1979). Así encontramos trabajos donde se recomienda no aceptar para la formación a los aspirantes que presentan problemas depresivos, psicóticos, tendencias maníacas, psicopáticos, conductas homosexuales y rasgos orgánicos. Este criterio de selección psiquiátrica fue progresivamente cuestionado con buenos argumentos psicoanalíticos en el curso de los años siguientes.

---

---

---

---

---

La novedad proponía utilizar “criterios psicoanalíticos” para determinar el tipo de mecanismos mentales que el aspirante utilizaba en su diario vivir: primitivos o no. Eso era lo importante de determinar. Así, poco a poco, se fue aclarando cuáles eran las verdaderas habilidades que un aspirante debía tener para ser aceptado/a en la formación psicoanalítica. Habilidades que eran independientes de sus posibles patologías psiquiátricas. Así se llegó a considerar que la



bonhomía y honorabilidad ética personal, eran necesarias en un aspirante. Lo más importante era la capacidad natural para *percibir* los elementos del inconsciente que aparecían en el material clínico de un paciente. Esas eran las verdaderas habilidades fundamentales que había que detectar en el aspirante. Poco a poco se entendió la existencia de una diversidad sexual “sin patología” que abrió las puertas a nuevos tipos de candidatos. El problema que surgió era en cómo detectar la presencia de esas habilidades.

En esa época antigua era usual que además del curriculum profesional, que incluía los grados universitarios, se solicitara un ensayo breve que sobre su vida debía escribir el aspirante. Luego se hacían dos o tres entrevistas de selección con analistas experimentados del instituto. La experiencia mostraba que ese procedimiento resultaba insuficiente para detectar la presencia de esas habilidades del aspirante. Fue entonces que con el propósito de detectar habilidades naturales para trabajar con el inconsciente, se implementó adicionalmente, realizar con el aspirante varias supervisiones de material clínico. Estas supervisiones debían ser realizadas por el aspirante con analistas de diverso nivel de experiencia. La diversidad en la experiencia de los analistas resultaba ser una variable valiosa. Presentar material clínico resultaba ser revelador de la forma cómo trabajaba el aspirante y de sus capacidades naturales de percibir el inconsciente. Eso resultó de gran ayuda en el proceso de selección. Pero es necesario admitir que este método tiene sus deficiencias y limitaciones. A pesar de que permite detectar correctamente las buenas habilidades de captar lo inconsciente, también permite que estos candidatos puedan ocultar con éxito problemas paranoicos graves. Así hemos observado, lamentablemente a posteriori, que estructuras psicóticas paranoicas delirantes han sido seleccionados como candidatos y han logrado terminar con éxito su formación. Estas paranoias lúcidas graves son irre recuperables y pueden florecer de tal manera, que van a impedir su participación en la vida institucional, aún cuando algunos continúan con su práctica privada.

Para profundizar un poco en este problema se hace necesario mencionar el lugar que ocupa lo que comúnmente se denomina *las transferencias* que aparecen en la institución. A veces la transferencia entre analistas, en la institución, es responsable de los errores de selección. Esto se refiere al fenómeno de transferencia que ocurre en los evaluadores con aspirantes recomendados o supervisados o a veces analizando de analistas con mucho prestigio en la institución. La claridad para evaluar estos aspirantes que están silenciosamente respaldados por analistas de prestigio, desata una transferencia de trabajo<sup>8</sup> en el evaluador, lo que origina la pérdida de la claridad de

---

8. *Transferencia de trabajo y mística en la institución*. Artículo de Rómulo Lander (2011b) inédito. El tipo de relación que un sujeto mantiene con su trabajo va a estar determinada por las “experiencias de infancia” de cada persona. Disponible en español por solicitud al autor.

---

---

pensamiento, con disminución de la percepción de la realidad en el evaluador.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

En las tres regiones geográficas de la IPA existe una variedad de requisitos formales que reflejan la cosmovisión de cada región y de cada país. Por ejemplo durante muchos años en EE.UU, hasta la década de 80, solo se permitía el ingreso a la formación psicoanalítica a los aspirantes médicos. Hoy en día en EE.UU se aceptan médicos y psicólogos. En Europa siguiendo la tradición directa de Freud se aceptaban y se siguen aceptando, aspirantes no médicos, llamados laicos. En Argentina, que fue el lugar de inicio del psicoanálisis en Latinoamérica, inicialmente solo se aceptaban aspirantes que fueran médicos. Hoy en día en Argentina también aceptan aspirantes psicólogos. Muchas sociedades en Latinoamérica siguieron ese mismo curso. Otras no lo hicieron y adoptaron el modelo europeo de aceptar aspirantes laicos. Así algunas sociedades en Latinoamérica están abiertas a aceptar cualquier profesión universitaria, siempre y cuando el aspirante muestre poseer las habilidades naturales necesarias.

---

### 3. En relación a los analistas didactas y su categoría institucional

---

---

---

---

---

---

---

---

Recordemos que fue en 1922 cuando Max Eitingon introdujo el nuevo modelo de entrenamiento con sus tres elementos clásicos. Pero no fue sino años después, ya pasada la Segunda Guerra Mundial, en el año de 1957, cuando bajo la presidencia de William Guillespie, se crea la categoría de analista didácta vitalicio. Los estatutos & reglamentos de las sociedades más antiguas reflejan los privilegios y el poder que recaía en estos analistas didactas.<sup>9</sup> Con el tiempo se mostró que esta jerarquía artificial otorgaba una “autoridad de decisión” exagerada, a quien a veces no la merecía. Esto dio origen a serios malestares dentro de las instituciones. Aparecieron conflictos insolubles que llevaron a rupturas institucionales. Como una consecuencia de esta situación, las sociedades se dividían y nacían nuevas instituciones, dentro de una misma ciudad.

---

---

---

---

---

---

---

---

Generalmente la redacción de nuevos “Estatutos & Reglamentos” escritos para esas nuevas sociedades, reflejaban mejorías administrativas notables. Allí se corregían defectos legales que existían en las antiguas sociedades. En esos “Estatutos & Reglamentos” se actualizaban y revisaban requisitos y derechos para con los miembros. Todo esto llevó a un proceso natural evolutivo de mejoría. Pero esto no ocurrió en todas las instituciones. Por ejemplo en más de la mitad de las instituciones psicoanalíticas del mundo (60%), todavía el “analista didácta vitalicio” representa dentro de la institución una “categoría de miembro” con privilegios que no aplican a los otros miembros de la misma institución. En el 40% de las restantes instituciones del mundo, esa categoría dejó de

9. *Los analistas didactas en el mundo*, artículo de Rómulo Lander (2011a). Disponible en español por solicitud a su autor.

existir. Fue sustituida por la “función didáctica” otorgada por tiempo limitado.<sup>10</sup>

En esos institutos dejó de existir el “analista didácta vitalicio”. El analista interesado en ejercer la función didáctica solicitaba al instituto dicha función. En los reglamentos están claramente definidos los requisitos y los pasos para adquirir dicha función. En algunas instituciones esto es algo sencillo. En otras aún hoy en día, no lo es. Se requiere de que la solicitud de la función didáctica sea aprobada previamente por el “consejo de didactas”. Como pueden observar el consejo de didactas retiene un poder de decisión que podría ser cuestionable. Una vez adquirida la función didáctica esta es válida por cinco años. En ese momento se debe solicitar su renovación al instituto. El proceso para la renovación por otros cinco años está igualmente definido en los Reglamentos. Generalmente el interesado debe demostrar en esa re-evaluación que mantiene una práctica y un pensamiento psicoanalítico y que sus capacidades mentales están intactas.

#### 4. En relación a las supervisiones oficiales

La supervisión psicoanalítica es una oportunidad de aprendizaje: por vía de la enseñanza y por vía del descubrimiento. La supervisión cubre así dos dimensiones claves: una, la transmisión del conocimiento psicoanalítico llamada muchas veces *enseñanza* y dos, el *descubrimiento* que el candidato va a hacer de su capacidad inédita de trabajar con el inconsciente y realizar su acto analítico. La supervisión va a ofrecer un espacio para realizar esta difícil tarea. Este espacio de supervisión va a estar sometido a la presencia inevitable de la transferencia y contratransferencia. El candidato podrá (o no) descubrir su capacidad inédita para detectar lo inconsciente en el material producido en sesión. El supervisor no puede darle o enseñarle esa capacidad. Sin embargo el candidato que tiene esa capacidad puede no saber trabajar con ella, o puede tener dificultades o interferencias, resistencias o áreas ciegas, ante el horror que podría producirle el descubrimiento de lo reprimido en sí mismo. El supervisor puede ayudar a que el candidato reconozca y explore analíticamente estos contenidos en sí mismo. En ese trabajo analítico realizado por el supervisor y el analista didácta, es donde radica la posibilidad de transformación del candidato. Así entre el supervisor y el analista didácta puede surgir un sinergismo.

Este problema de los límites y de la profundidad, de lo que puede abarcar la supervisión psicoanalítica en relación a la psique del candidato, ha provocado debates intensos desde mediados de la década de 30. Naomi Blitzsten y Joan Fleming (1953) entre otros, declaraban que *la supervisión analítica debía incluir un trabajo terapéutico con el supervisado*. Afirmaban que una buena supervisión ayudaba al estudiante a reconocer sus conflictos psíquicos no resueltos y recomen-

10. Ver trabajo citado, *Los analistas didactas en el mundo*.

---

---

daban explorarlos analíticamente con el supervisor cuando estos conflictos interferían con su labor analítica.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

Al contrario Jacob Arlow en 1963 insistía en la necesidad de definir los límites de la supervisión. Afirmaba que las intervenciones del supervisor debían estar limitadas en relación a su profundidad. Que en relación a la psique del candidato estas intervenciones solo debían referirse a los fenómenos más superficiales. Quizás señalar solamente las motivaciones inconscientes más evidentes y sobre todo no intentar hacer interpretaciones al candidato. Afirmaba que no hay que olvidar que la supervisión psicoanalítica es sólo una experiencia para transmitir un conocimiento teórico técnico. León Grinberg desde latinoamérica, en su conocido texto sobre *La supervisión psicoanalítica* de 1965, deslinda claramente la diferencia entre supervisión y análisis personal, al afirmar que la interpretación psicoanalítica solo tiene lugar en el espacio del análisis personal. Si el supervisor interpreta al candidato, en ese acto, estaría convirtiendo la supervisión psicoanalítica en un análisis personal. Grinberg propone que este acto de interpretar al supervisado, lejos de ayudar en el proceso de enseñanza aprendizaje, crea distorsiones innecesarias. En caso de que sea necesario, prefiere recomendarle al supervisando que trate tal o cual dificultad observada en la supervisión, con su analista personal.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

Estas discrepancias y posiciones contrapuestas en relación al modelo de trabajo en la supervisión clínica tienen su origen en los inicios del psicoanálisis. Incluso Max Eitingon proponía que el candidato no iniciara su práctica analítica hasta tanto no hubiera terminado su análisis didáctico. Este aspecto de su propuesta no fué acogido por los institutos de la época. Desde entonces los límites entre la supervisión clínica y el análisis didáctico nunca quedaron establecidos de una manera técnicamente clara. Tanto es así que en la misma época de la proposición de Berlín, en Budapest, surgió en 1924 la propuesta de Sandor Ferenczi y de Otto Rank. En esta proposición ellos sugieren que el candidato debe iniciar su práctica analítica cuando aún está en análisis didáctico.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

Este análisis didáctico pasó a ser llamado entonces *Analysenkontrolle* y la supervisión era llamada *Kontrollanalyse*. La nominación revela los aspectos invertidos de un mismo proceso. Proponían que el candidato debía explorar analíticamente la relación inconsciente que él establecía con su paciente, para así lograr un entendimiento más profundo sobre sus propias resistencias y dificultades en la conducción de su trabajo analítico.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

En su análisis didáctico o *Analysenkontrolle* el candidato podía explorar aún más abiertamente y con más profundidad el origen de sus dificultades y de sus resistencias con el trabajo analítico. Lo importante es que los húngaros consideraban que en el ámbito de la supervisión clínica, el candidato podía ser invitado a asociar libremente y a explorar más profundamente la naturaleza de la relación que mantenía con su paciente. Esta relación tenía dos aspectos. Uno

la respuesta emocional del analista a lo proyectado por el paciente (llamada contratransferencia) y dos la propia transferencia del analista. Los húngaros citaban a Freud y decían que el análisis no podía ir más allá de los conflictos inconscientes trabajados y resueltos por el propio analista. El límite de su propia práctica de análisis va a ser definido por el límite de su análisis personal. Estaba claro para ellos que las reacciones transferenciales del candidato con su paciente era lo más importante de explorar analíticamente y que la transmisión del conocimiento teórico y técnico era secundario. El tema es controvertido y a la vez crucial. En las distintas épocas desde 1930 cada analista toma posición en relación a este dilema.

En la actualidad dentro de casi todos los institutos de la IPA, se respeta voluntariamente, el criterio de la delimitación en la supervisión clínica, aún sin ser una normativa oficial (Zaslavsky, Nunes, & Eizirik, 2005). Se insiste en mantener claramente separado el campo de trabajo del analista didáctico y el campo del supervisor oficial, coincidiendo con las directrices expresadas por Arlow y Grinberg. Sin embargo muchos otros analistas supervisores miembros de la IPA, en la intimidad de su trabajo, siguen considerando que es muy útil para el proceso de transformación del candidato tener acceso a su vida personal y a su mundo interno, permitiéndose explorar en supervisión todo lo relacionado con el proceso transferencia-contratransferencia. Esto significa una mayor libertad para ocupar una posición analítica en la supervisión.

En mi opinión lo que llevó históricamente al alejamiento del modelo húngaro, fueron las dificultades producidas por el conflicto transferencial y contratransferencial originados en dos figuras importantes para el candidato: el analista y el supervisor. Si la relación humana entre estos dos analistas es amigable y si no existen profundas diferencias teóricas o conceptuales en lo referente a la naturaleza, de lo que es el psicoanálisis para cada uno de ellos, entonces el modelo húngaro se podría aplicar exitosamente sin mayores conflictos. El candidato en ese caso tendría una oportunidad extraordinaria de transformación. Si las condiciones de las relaciones humanas de esos dos analistas no son así, entonces el modelo IPA-Eitingon sería el más indicado. Sin embargo es necesario reconocer que a pesar de utilizar este segundo modelo el candidato mantiene relación de trabajo con dos analistas con quién el candidato desarrolla un vínculo transferencial, para luego aparecer un tercero: la segunda supervisión oficial.

## 5. En relación a los requisitos para el egreso y el asunto del limbo

Los “requisitos de egreso” es un asunto que amerita discusión y actualización en muchos institutos de Latinoamérica. Es usual que estos requisitos exijan al candidato estar solvente con la institución, haber cumplido a satisfacción las supervisiones y los seminarios oficiales y además haber continuado con el análisis didáctico hasta el

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

momento que la dupla analítica lo considere necesario. Algunos institutos exigen un “trabajo de egreso” que sea teórico-clínico y que el candidato pueda mostrar su forma de ejercer el acto analítico. En otros, este trabajo de egreso no es un requisito, pero este requisito es solicitado para ingresar en la sociedad psicoanalítica. En este paso es donde se ubica el problema. Por lo siguiente. Existen candidatos que no presentan el trabajo de egreso. Otros si lo presentan con facilidad. Pero existen los que pasan meses y años en preparación de un trabajo que nunca presentan. Por lo tanto, esos candidatos no egresan del instituto o no ingresan a la sociedad, quedando en un limbo. Quedan allí en ese limbo aún después de haber cumplido satisfactoriamente una formación que está basada en el triángulo de Eitingon. Pregunto a todos ustedes y digo lo siguiente: si el candidato está solvente con la institución y ha mostrado a la satisfacción de todos sus profesores de seminarios y a sus supervisores oficiales, sus buenas capacidades analíticas y su experticia en conducir un análisis, entonces, porque no egresarlo oficialmente, sin requisito de un trabajo adicional. Igual si el instituto lo ha egresado, es porque el instituto considera que es capaz de ejercer a satisfacción su práctica analítica. Entonces, en ese caso, no está justificado poner obstáculos al ingreso a la sociedad. Bastaría la solicitud de ingreso, de un candidato formado por la misma sociedad, para proceder a ser miembro de dicha sociedad. Siempre me he sorprendido del altísimo número de candidatos en el limbo, cosa que ocurre en las tres regiones de la IPA.

Resumiendo: propongo que el Comité de Educación de FEPAL estudie este problema, determine la magnitud, y proceda a enviar a todos los institutos “una recomendación oficial” de egresar “sin pedir un trabajo adicional” e incluir una recomendación a las autoridades de la sociedades de aceptar el ingreso de sus propios candidatos, sin pedir un trabajo de ingreso.

### Resumen

*En el trabajo titulado Realidades y ficciones en la práctica y en la formación psicoanalítica se presentan las ideas en dos partes. La primera refiere a la práctica del psicoanálisis: Allí se discuten varios temas: (a) La frecuencia de las sesiones (b) El trabajo realizado por el analista con la transferencia (c) El tipo de interpretación (d) Lugar y posición del analista durante el proceso (e) El problema con los honorarios profesionales (f) El problema actual con el uso simultáneo de análisis con Psicofármacos. En la segunda parte se discute sobre el tema de la formación psicoanalítica: (a) Un debate sobre el concepto de la formación (b) Se discute sobre el tema de la selección de candidatos (c) Debate sobre la los ‘analistas didactas’ y su categoría institucional (d) Un debate sobre las ‘supervisiones oficiales’ (e) Debate sobre los requisitos para el egreso y el asunto del limbo.*

**Descriptor:** Psicoanálisis, Sesión, Interpretación, Honorarios, Psicofármacos, Formación psicoanalítica.

## Abstract

In this paper entitled Realities and fictions in practice and training in Psychoanalysis ideas are presented in two parts. The first part refers to the practice of psychoanalysis and several topics are to debate: (a) The frequency of the sessions (b) The work on transference (c) Types of interpretations (d) 'Place and Position' of the analyst during the process (e) The problem with professional fees (f) The current problem with the simultaneous use of analysis and psychoactive drugs. The second part discusses the topic of psychoanalytical training: (a) Debate on the concept analytic training (b) Debate on the topic of selection of candidates (c) Discussion on Training Analysts and its institutional hierarchy (d) Debate on the nature of Official supervision (e) Discussion of the requirements for graduation and the matter of the limbo.

**Keywords:** Psychoanalysis, Session, Interpretation, Professional fees, Psychotropic, Psychoanalytic training.

## Referencias

- Blitzsten, L., & Fleming, J. (1953). What is a supervisory analysis? *Bulletin of the Menninger Clinic*, 17, 117-129.
- Greenacre, P. (1961). A critical digest of the literature on selection of candidates for psychoanalytic training. *The Psychoanalytic Quarterly*, 30, 28-55.
- Lander, R. (2004a). Grafo de la transferencia. En R. Lander, *Experiencia subjetiva y lógica del otro* (pp. 345-350). Caracas: Editorial Psicoanalítica.
- Lander, R. (2004b). Los tres órdenes y la proposición borromea. En R. Lander, *Experiencia subjetiva y lógica del otro* (pp. 93-97). Caracas: Editorial Psicoanalítica.
- Lander, R. (2011a). *Los analistas didactas en el mundo*. Manuscrito inédito.
- Lander, R. (2011b). *Transferencia de trabajo y mística en la institución*. Manuscrito inédito.
- Weiss, S., & Fleming, J. (1979). The teaching and learning of the selection process: One aspect of faculty development. *The Annual of Psychoanalysis*, 7, 87-109.
- Zaslavsky, J., Nunes, M., & Eizirik, C. (2005). Approaching counter transference in psychoanalytical supervision: A qualitative investigation. *The International Journal of Psychoanalysis*, 86(4), 1099-1131.

## Fragmentos para un diálogo entre realidad y ficción

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

### Cuestionamientos

Helena es de baja estatura, su desplazamiento cuando entra al consultorio es grácil y su discurso prolijo. Un rostro con reflejos de cara angelical corona su breve extensión, y a cada momento su cara se ilumina con un brillo de picardía en los ojos que acompaña una sonrisa traviesa. Graduada en antropología, alterna esta ocupación con la actuación teatral. Helena *oscila*. Nació en Colombia, pasó su adolescencia en Francia, terminó sus estudios universitarios en Argentina. Helena va y viene, vaga y divaga.

Dice: *“Es muy raro todo lo que me ha pasado, por qué todo el año con la idea de querer irme a Los Ángeles y termino en Buenos Aires y me sale esto de la peli. Es como si primero hubiera tenido que venir al sur para después sí irme a Los Ángeles. Porque te cuento que sigue entre mis planes. Pero más adelante, todavía tengo muchas cosas por hacer en la 9 de Julio”*.

Pero no sólo de país en país, o de oficio en oficio; Helena también va y viene del día a la noche. Cada tanto, declara como carta de identidad: *“aquí en análisis habla Helena, allá en la vida de afuera, en la noche, actúa Malena”*.

*“De amores te cuento que tengo una relación muy bonita con un argentino que se llama Nicolás (...) La verdad es la relación más real y bonita que he tenido en la vida, me trata muy bien y yo también a él (...) conoce mis 2 lados: Miss Helena y Malena la loca y se lo aguanta, se lo banca pibeee, entonces eso está bien (...) Creo que le gusta más la Miss, vamos a ver cuánto tiempo la Malena se aguanta en segundo plano”*.

Empecemos por el principio. ¿Cómo califico la frase que ella me enuncia? Podría caer rápidamente en ideas diagnóstica-“doras” y hablar de una disociación histeriforme: Helena-Malena. ¿Ubico a una como real y a la otra como una fantasía? ¿Una como verdad, la otra como falsedad? ¿Esta disociación del personaje que habla (Helena) en relación al personaje que actúa (Malena) no lo encontramos a cada momento de las sesiones en todos nuestros pacientes? ¿Será

\* Sociedad Colombiana de Psicoanálisis.



que Malena sólo existe allá afuera? ¿No es acaso Malena la que produce el relato de la cual Helena se siente un portavoz? ¿Por qué hablamos en dicotomías, somos sólo relatos duales en oposición?

Ella continúa: “*en ocasiones me pregunto si seré solo Helena ó Malena. Mirá que mi hermana se llama Milena y ahora estoy montando una obra y mi personaje se llama Selena*”. Helena se voltea en el diván, busca mi rostro, me deja ver la picardía de su mirar y suelta su risa. Cuando el paciente nos habla... ¿No es toda una serie de historias cruzadas que ha tejido sobre sí mismo que le llevan a construir una supuesta historia real que opera como superficie plana especular, en la que ilusamente se reconoce como unidad? ¿Quién de nosotros no lleva su doble anudado como antimateria en su relato? ¿Qué psicoanálisis no desdobra su ser en cada historia que narra?

La narración que se enuncia frente a otro sobre algo que acontece. ¿No lleva ya en sí, el germen de una primaria deformación? ¿El relato sobre un acontecimiento no pretende domar algo de la brutalidad de la pulsión? Hablo de *brutalidad* en un sentido ligado a la espontaneidad, a lo primitivo. Cuando narro, de alguna manera la palabra implica una doma racional frente a lo que el sujeto ha actuado, es una recomposición. La palabra da cuenta de una experiencia que es múltiple. En esa síntesis que organiza una experiencia, ¿qué tanto el hablante *ficcionaliza* una historia con base en la demanda consciente de una idea de identidad unitaria?

El solo hecho de solicitar a otro que nos cuente quién es, lleva el germen de una construcción de una historicidad. Se selecciona un inicio, se recortan escenas, se anudan fragmentos. El hablante parece un editor de cine, corta y pega fragmentos de memoria para darnos una versión (*universal, diversa, perversa*) de su ser. ¿No podríamos pensar lo mismo del analista que oye la historia? ¿No leemos a los pacientes desde una ficción? ¿No son acaso las teorías, eso: constructos conjeturales (por no decir imaginarios)?

Teoría proviene del griego *Theatron*, que es la palabra griega que designa el lugar en el cual los espectadores se sientan a ver el espectáculo teatral. Teoría entonces es una forma de ver una representación. Dependiendo del lugar que ocupe, observo algo del espectáculo. Nuestras teorías, por tanto, no son la realidad, son lentes que nos permiten observar ciertas dimensiones de un fenómeno. Desde cada lente que construimos percibimos algo del mundo, el punto de vista da una interpretación del hecho. Freud señalaba dos maneras de operar en el interpretante: una que sobreponía sentido o significaciones, otra que permitía que emergiera el sentido, a la manera de operar de un escultor sobre una piedra.

Cuando oímos a un paciente, introducimos la teoría como un lente que visibiliza o amplifica ciertos aspectos de la narración del paciente. Por *via di porre* sobreponemos significaciones, por *via di levare* permitimos la emergencia de algo que no podemos anticipar ¿Qué son las teorías? ¿Qué es eso del estructuralismo lacaniano o la

---

---

mito-historia freudiana, o las tablas de Bion o las fantasías kleinianas o los arquetipos jungianos? ¿Escuchas que buscan inscribir el relato del paciente en un código que les haga posible leerlas?

---

---

Hay universos literarios y artísticos que a fuerza de tener un reconocimiento social, crean una realidad. Esto hace que hablemos de surrealismos, hiperrealismos, freudismos. Los lenguajes en torno a un pensamiento, acaban teniendo una autonomía que cobra un valor de realidad donde el referente es la propia obra; se constituyen en universos en sí mismos (*real-ismos, psicolog-ismos*).

---

### Cartografías

---

---

Hace poco un compañero de destino de vuelo se cuestionaba – algo sorprendido –, tras su visión desde la ventanilla del avión: ¿cómo habrían hecho los geógrafos de la conquista española para construir, con tanta exactitud, los mapas que él había aprendido de chico en el colegio? Le impactaba la capacidad de los antiguos geógrafos para *re-presentar* en la escala del dibujo, las diversas formas del contorno geográfico que él había observado desde el avión en los Atlas de su infancia. La pregunta que yo me hago escribiendo estas líneas es: ¿dónde está la sorpresa? ¿En la capacidad genial de un Juan de la Cosa o de un Américo Vespucio que delinearón lo que su cuerpo iba observando, recorriendo y representando con su vivencia? ¿O lo sorprendente es que mi compañero, cincuenta años después, constataba la dimensión de realidad de la construcción imaginaria que había aprendido en la institución escolar primaria? ¿Cuántas cosas, como mi compañero de viaje, no hemos tomado como reales y habrían sido tan sólo narrativas?

---

---

¿Qué hay detrás de toda realidad? ¿Otra realidad? ¿Se trata de un despliegue de capas? ¿La teoría psicoanalítica construye modelos de funcionamientos ficticios, donde el encuentro con el paciente es la constatación real? Primero hacemos el mapa del paciente, luego buscamos en el relato del paciente constatar nuestras coordenadas. Re-construimos una realidad empírica a partir de una realidad ideal que se construye bajo el modelo de la supervisión, de los esquemas referenciales operativos que aprendimos en la formación. Cuando el sujeto ingresa al psicoanálisis, entra a un mundo con un lenguaje determinado; es un laberinto con una serie de claves que pueden ser leídas tan sólo por nosotros. Es un *laberinto-mapa* que superponemos a la realidad del paciente.

---

---

Esta idea del paciente como un texto “*mistérico*” (histórico) plantea una superficie que emerge como simulación de algo que está oculto, algo oculto que puede ser una verdad, o simplemente algo que se oculta sin que podamos llegar a un elemento real. Operamos sobre el texto del paciente como quien resuelve un enigma, pero no necesariamente se lo resuelve. Entramos al laberinto pensando en una Ariadna o un Minotauro, pero no siempre los encontramos. Ingresar al universo del paciente es como decía Cortázar (1995) en *Rayuela*

de París: “ingresar en un laberinto donde las fórmulas pragmáticas no sirven más que para perderse” (p. 458).

Juan es un hombre mayor, casado por segunda vez con María. Llega a análisis con una realidad que se le presenta como evidencia, la realidad que viola en todo macho la virginidad de su hombría profunda: la infidelidad. Tras oírlo, capto que la infidelidad de su esposa actual es una suposición que él construye sobre una cadena de acontecimientos reales. Su esposa compra un apartamento a una persona que lleva el mismo nombre de un amor del pasado. La felicidad de la esposa no se lee como la adquisición de un sueño anhelado, sino como el reencuentro con un pasado lleno de nostalgias. Juan me construye un mapa que encaja perfectamente en su sospecha; los detalles mínimos que relata, se parecen a lo que mi colega observaba desde el avión en relación a los mapas de su infancia; todo encaja perfectamente. No sobra agregar un elemento al que Juan viene dándole vueltas: las relaciones sexuales que mantiene con su mujer en la actualidad no son tan continuas como antes, y como él dice: “*son un sombrío ritual del pasado*”.

El mapa de la realidad, que porta en su narración, lo lleva un día al camino de la venganza; Juan decide buscar a una mujer más joven. En el diván me cuenta de su amorosa venganza: “*si ella lo hizo, ¿por qué no habría yo de hacerlo?*”. Juan es un hombre muy correcto y conservador en su forma de vivir la vida y por ello me sorprende su acto. Unos días después su mujer se da cuenta que él le oculta algo; encuentra un indicio de una consignación a una cuenta bancaria por una suma económica considerable. El acusador deviene en acusado. Juan le explica a su mujer un secreto guardado: él ha seguido sosteniendo a un hijo con problemas económicos, hijo del matrimonio anterior de Juan. Acto seguido observa en mi biblioteca un libro de Dostoievski y me habla de *Crimen y castigo*. Juan deja en mí –como en su esposa–, la huella o el indicio de su construcción.

Le digo: “*Juan, a usted en medio de su relación con María, ¿nunca se le pasó serle infiel?*”

“No”, responde Juan, “*eso nunca*”.

Respuesta esperable en un hombre que ha construido de sí mismo una imagen de la más plena rectitud, así es el mapa de comportamientos que rige su vida.

Le sigo diciendo: “*María en ocasiones no corresponde a sus ganas, en esos momentos usted piensa en vengarse pero su rectitud no lo deja. Un día encuentra en el relato de su mujer la sospecha que necesita para realizar sus ganas contenidas; ahora puede pensar en realizarlas, no con su imaginación, sino con su sexo y es feliz cuando esta con la niña joven prostituta, no solo por el placer que le brindó físicamente sino porque encontró la coartada perfecta*”.

Juan se queda en silencio, se pasa la mano por su barba blanca y me cuenta una historia relacionada con el inicio de su relación con María. Ambos tenían relaciones previas, los dos estaban casados,

---

---

---

---

---

aun él carga esa separación con su primera mujer con mucha culpa.

Susana, primera mujer de Juan, buceaba en las profundidades intelectuales, María nadaba en bellezas superficiales. De alguna manera, Juan optó por una superficialidad que ahora lo agobia. Pareciera que no sólo castiga a María, pareciera que busca a María en el pasado.

Juan se levanta del diván, acaricia su calva, me mira, abre su billetera y me muestra una foto guardada. El rostro de una bella mujer joven de unos 30 años se deja ver en la trajinada foto: “era María cuando empezamos”.

¿Es la infidelidad actual, la copia de esa realidad que lo traumatizó hace treinta años? ¿Es el deseo que se resiste a desaparecer, que busca a Mariás que copien un pedazo de la historia que él ama? ¿Dónde está el simulacro, dónde la realidad, el deseo, la ficción? Evito no indagar en madres Mariás porque no es en Edipo el concepto que busco como causa del laberinto.

### **Pornorrealismo**

Freud incita a Ernst a que le cuente la verdad, a que no se someta al poder de la resistencia: si debemos cumplir con la exigencia de la asociación libre, debes decirlo todo, nada debe ser callado. *El hombre de las ratas* duda, se levanta del diván, pide excusas, no quiere seguir hablando. Freud, quien duda de la negación de Ernst, dice:

Le aseguré que, por mi parte, no tenía tendencia alguna a la crueldad y que, desde luego no quería atormentarle, pero que no podía concederle lo que me pedía, puesto que la superación de la resistencia era un mandato ineludible de la cura. Luego continué diciéndole que haría lo posible por facilitar la tarea, procurando adivinar lo que él se limitara a indicarme. (Freud, 1909/1973a, pp. 1446-1447).

Más adelante Freud le recuerda que en ese acto de levantarse del diván, Ernst buscaba distanciarse de la posible agresión del padre transferida a él. Así, obliga a que el paciente se recueste y cuente sus pensamientos. ¿Habría disfrutado Freud con la confesión de Ernest? Años más tarde, 1925, Freud va a definir la negación como la línea de defensa que se activa cuando la represión es vencida. Pero a esta altura de su vida, 1909 ¿niega (sin que nadie se lo indague) que goza de la crueldad y del tormento? ¿Elemental mi querido Sigmund?

Hay un cierto goce cuando se haya la verdad, cuando lo que ha estado oculto se revela. ¿Es acaso el psicoanálisis un adalid de la verdad desnuda? Esa invocación de la verdad implica connotar en la presencia de lo real, una emergencia de lo traumático.

Realismo traumático podría nominarse a ese momento en la sesión, o de la historia de un paciente, en la cual no entramos a considerar la fantasía como espacio de posibilidad. La violencia de una escena relatada en sesión (desde el grito del padre al hijo hasta las

escenas de abuso sexual) tiene ese impacto de exterioridad que no nos permite pensar en una resonancia íntima. Algo nos saca, en esa violencia real, de la transferencia fantasmal que sería el tono de la relación psicoanalítica, una especie de ruido exterior que acalla el susurro de la dimensión interna. El trauma es un pedazo de realidad que nos ata a una historia que ya no es, que no quiere renunciar a existir. Se incrusta en el cuerpo impidiendo que lo real se haga historia o pasado a la manera en como en la historia anterior, la foto de María se adhiere a la historia de Juan. Esta forma de la realidad hace que la narrativa de los pacientes se ate a una causa externa como explicación de su historia, y se enmarca en esa teoría de la seducción como hecho real. De lo real no se duda, es.

Podría pensarse de forma inversa e imaginar que más bien un elemento seductor de la historia, aquel al que de alguna manera se enlaza erótica o tanáticamente la narración, ha seducido al yo y se le impone como si fuera real. Vuelvo al caso de Juan y pienso en cómo la historia de la infidelidad se impone, una infidelidad que busca un mismo rostro, la foto congelada de María. La búsqueda de la verdad como real se asemejaría a la noción de porno-grafía, en la que sobredimensionamos una porción de realidad; lo porno nos lleva a ver una realidad en exceso. Porno puede ser la mirada analítica que busca una dimensión histórica como si fuera real. Desde esa noción, en la idea de trauma se busca una realidad sin metáforas, obscena. Queremos adentrarnos en la oscuridad para hacer la luz (qué afán por despejar todo del lugar de las tinieblas).

El lente de la cámara busca acercarse, su objetivo desborda el límite de lo íntimo para permitirnos observar cómo un hombre se lanza en medio de un edificio en llamas, cómo una bala perfora un cuerpo, cómo es el hematoma causado por un golpe. Si la cámara se acerca más: más efecto de realidad, más porno. El analista en ocasiones pide detalles de la historia, a la manera de Freud con el *Hombre de las ratas*; quiere llevar el lente al relato fidedigno de la realidad histórica, el lente capta los detalles más ínfimos en los pasados más oscuros de la historia.

El porno podría definirse como el efecto de la pulsión escópica sobre la noción de realidad. El ojo anhela ver más allá del velo. El saber se impone al analista (“*sa-ver*”, diría en el orden de ideas de lo que estoy planteando). Lo porno podría estar ligado a esa idea de lo anal que busca expulsar lo íntimo hacia el exterior. Búsqueda de una verdad que haga estallar los controles, una verdad que opera como destapador de “ollas podridas”, y que por ello nos hace ver una realidad con dimensiones de vergüenza, pudor y asco. Realidad podría asociarse a aquella operación de la mente que pareciera obrar sin metáforas; la verdad desnuda, la carne desollada, el cadáver abierto de la anatomía. Ese cuerpo que no accede a la metáfora y que segrega, se inflama, se estalla (pienso en los niños con enuresis o encopresis). El reino de los verbos imperativos, sin conjugación.

---

---

Pero curiosamente dicha realidad histórica no tiene forma de ser verificada, y tal vez por esto Freud la sustituyó por la teoría de la fantasía:

---

---

---

---

Ya no creo en mis neuróticos (...) En el inconsciente no existe un 'signo de realidad' de modo que es imposible distinguir la verdad frente a una ficción afectivamente cargada. Queda abierta así la posible explicación que la fantasía sexual adopte invariablemente el tema de los padres. (Freud, 1897/1973e, pp. 3578-3579).

---

---

### Copias

---

---

---

---

---

En medio de esta idea porno de lo real., ¿qué función cumple la ficción, la fantasía, lo fantasmal? En la ficción no hay criterio de verdad, en la ficción uno no se plantea si las cosas son ciertas o falsas. Está más cerca de la idea de la poética de Aristóteles (trad. en 1999) cuando hace referencia a que el oficio del poeta no es contar las cosas como sucedieron sino narrarlas de modo verosímil. El poeta sabe que al relatar algo, construye una narrativa de un hecho, y al contarla le da forma, independiente de si esta forma es una deformación o reformación. El narrador quiere decir algo, y por ello construye una forma de decir y un encadenamiento de hechos para resaltar un acontecimiento sobre otro.

---

---

---

Para Todorov (1967) el arte es imitación, la literatura lo hace con la palabra y la pintura con la imagen, pero añade algo más, la idea que el arte no imita la realidad sino las cosas ficticias. ¿Qué imita nuestro paciente en análisis? ¿La historia que supone vivió? ¿El pedazo de historia que lo sedujo?

---

---

---

---

---

El asunto del análisis es mostrar que la referencialidad del discurso analítico no va en relación a la realidad exterior, sino a una realidad que el hablante no logra reconocer como tal. Con esto quiero decir que al hablar en una sesión el paciente cree operar sobre una dimensión real, y lo que de alguna manera hace el analista, es mostrar la dimensión ficcional que hay detrás de ese discurrir. El analista es un constructor de una percepción diferente en el analizado, ahí está la esencia de la interpretación. Sobre una realidad que el paciente asume como verdad, el interpretante genera un cambio de significación; un interpretante que cambia la perspectiva o crea una perspectiva. Cambia la dimensión de una realidad, al crear otra.

---

---

Dice Cortázar (1982):

---

---

---

---

Yo vi siempre el mundo de una manera distinta, sentí siempre, que entre dos cosas que parecen perfectamente delimitadas y separadas, hay intersticios por los cuales, para mí al menos, pasaba, se colaba, un elemento, que no podía explicarse con leyes, que no podía explicarse con lógica, que no podía explicarse con la inteligencia razonante. (párr. 4).

La función del analista tal vez sea transformar un relato, al buscar el lugar desde dónde se produce dicha narrativa. El relato no es generado por una historia que aconteció de forma real, su punto de anclaje es un deseo que busca construir una dimensión histórica. El paciente cree que su relato se ancla en un hecho real: ¿qué pasó en mi vida? Esta frase conlleva a pensar sobre un acontecimiento fundamental, real, sobre el que se erige el curso de la vida, la forma de sentir, de actuar. Una fotocopia de una situación real. La realidad incita a la copia, la ficción posiblemente no. La ficción como copia siempre transforma el modelo que imita.

### Conjunciones

Entre los términos realidades y ficciones, se establece una relación de conjunción y multiplicidad en contraste con la idea algo reduccionista de oponer un término al otro. Realidad y ficción no tienen límites definidos entre sí; podría plantearse que ni siquiera se contraponen sino que son polos entre los que se mueve de forma continua el psiquismo humano. Son conceptos que inciden uno en otro de forma múltiple. Siendo así, habría que pensar nuevos modelos que nos permitan recrear esta relación: así como Freud buscó en la física de su época, podríamos pensar en la “Cinta de Moebius” o “Botella” de Klein. Dos nociones en las que un aspecto deviene otro (interior-exterior, realidad-ficción) sin que haya límites claramente definidos.

La realidad y la fantasía, como conceptos, se van armando en el curso del desarrollo de forma paralela. En la experiencia de separación de la madre, lo perdido va dando paso a la existencia de lo real. Pero a la vez aquello que se resiste a aceptar la pérdida, aquella acción mental que reconstruye lo ausente, va dándole paso primero a la fantasía, y luego a la magia de la palabra. La existencia de la realidad se acompaña por la génesis de la fantasía en el proceso de separación del niño de la madre. En ese corte, hay una primera acción: el niño expulsa hacia afuera aquello que no puede asimilar, que le parece desagradable. Lo que le genera displacer es eyectado del campo del yo, de forma complementaria, lo agradable se asimila al Yo.

El juicio en Freud atribuye o niega una cualidad a una cosa: o lo acepta (lo come), o lo rechaza (lo expulsa). Dicho de esta forma lo real, lo exterior, es asimilado a algo malo y ajeno; generando para el sí mismo, el refugio de las sensaciones placenteras. Esto es el yo-placer y el no yo-displacer. La línea de oposición parece estar construida, el mundo se escinde en dos planos. Frente a la sensación de lo real como desagradable, se generan movimientos de evitación, negación, transformación, sustitución. El sujeto huye, “escotomiza”, cambia, superpone, crea recuerdos encubridores, alucina. Pero estas acciones no son realizadas sobre una *realidad real*; son realizadas a través de las cristalizaciones psíquicas de la realidad, es decir, sobre las huellas mnémicas, las representaciones y los juicios. A este proceso de sustitución es a lo que Freud denomina *Fantasía*. Bajo la acción

---

---

---

de la prueba de realidad, la imagen interna comienza a buscar los referentes de su constructor en los objetos de la realidad externa (aquella que en primer momento asoció a lo desagradable). El sentir subjetivo quiere salir de su sensación de irrealidad, buscando su correlato por fuera de sí, en lo objetivo.

---

---

---

Los polos, –en primer momento opuestos o dicotómicos–, comienzan una nueva forma de relación; se trenzan, se anudan. El proceso interno que intenta reproducir lo externo, opera por el pensamiento: opera por *re-producción*, y en ese proceso la imagen sufre *de-formaciones*, nada se reproduce de forma idéntica.

---

---

---

Muchas veces la razón enjuiciadora nos lleva a pensar en términos contrapuestos estos dos planos de realidad y fantasía. ¿Cuál es verdad y cuál mentira? ¿Es una historia real o es una fantasía? Podría pensarse una relación diferente a la de oposición. En el hecho clínico, en la comunicación que el paciente nos establece ¿a quién le importa si es realidad ó ficción, realidad *fictionada* o ficción realista? ¿Para qué introducir ese límite? En el relato del paciente no hay realidad o ficción, hay más bien un efecto literario, aquello que produce un paciente con su transferir narrativo. Realidad y fantasía se cruzan, se intercambian, se rozan.

---

Dice Carlos Fuentes (1993) en el cuento *Dos orillas*:

---

---

---

Me pregunto si un evento que no es narrado, ocurre en realidad. Pues lo que no se inventa, sólo se consigna. Algo más: una catástrofe (y toda guerra lo es) sólo es disputada si es narrada. La narración la sobrepasa. La narración disputa el orden de las cosas. (p. 20).

---

---

---

Lo que hay son lecturas de esos efectos que el paciente va dejando en la superficie del lector analítico, así como la conciencia es un efecto de superficie de lo inconsciente. En ese sentido, realidad y ficción son efectos de lo inconsciente: la realidad como historia, la ficción como fantasía. Como diría Freud (1939/1973f) en *Moisés y el monoteísmo*: “Si un recuerdo logra retornar como tal decimos que es una verdad, pero si llega deformado decimos que es un delirio” (p. 3320).

---

---

---

Al hablar de conjunciones y pluralidad quisiera plantear como conjetura, que las ficciones son ese lugar donde reposan los archivos o la memoria de la realidad. El asunto es que la ficción como residencia de la realidad en el alma, crea *heterotopías*; es decir que la ficción no es un lugar singular, es una multiplicidad de espacios. No un espacio vacío sino diversas formas de ficcionalizar. Creo que lo que brinda la idea de ficción como heterotopía es la posibilidad de pensar diversas asignaciones de sentido a la realidad, diversas formas de inscribirla. Freud (1896/1973d) lo enuncia, a propósito de la memoria: “no hay una versión única, sino varias, o sea, que se halla transcrita en distintas clases de *signos*” (p. 3551).



## Fantasía onírica

Si antes hablaba de la realidad como un imperativo sin conjugación, ahora quiero plantear que la ficción opera en los signos una sintaxis alterna al lenguaje racional. La ficción es una subversión del orden establecido en la conciencia, que de alguna manera Freud delineó en los procesos oníricos.

Pensemos en esa coordenada de nuestros actos que es el tiempo. El tiempo de la conciencia tiene pasados, presentes, futuros. Por ello en la vigilia vivimos invadidos de nostalgias y anhelos, entre pasados y futuros. El *oj-alá* gobierna los anhelos. El álbum es un signo del atesorar nostalgias. En el sueño dicho anhelo desaparece y el pasado es tan actual como el ahora, lo único que existe es la realización. Curioso que para hablar del mundo imaginario onírico, el mecanismo sea *real-izar*.

En la mitología griega hay un tiempo reflejado por Cronos, que es el tiempo de la línea, el tiempo de la secuencia. Pero el tiempo en los griegos tiene otras formas de representación: Aión y Kairós, que no devoran y avanzan en línea recta como el padre de Zeus, sino que hablan de otra forma de aprehensión del tiempo: de un pasado y futuro sin presente, del instante o momento oportuno.

El tiempo del inconsciente dobla su linealidad a la manera del cuadro de Dalí *Los Relojes Blandos*, no existe esa noción de la flecha del tiempo. El sueño puede ser entendido como una multiplicidad de imágenes en una unidad de tiempo, multiplicidad que el despertar de la mano de Cronos se encargará de organizar secuencialmente para que el acto onírico tenga un sentido y pueda ser leído. Pero esto implica el recuerdo y el *re-cuerdo* ya es una acción racional.

La fotografía vino a construir una noción de realidad. Creemos que esa imagen aquietada nos refleja. Pero es curioso que frente a esa foto fija, la mayoría de seres humanos experimenten una sensación de extrañeza, de rechazo. Lo curioso es que eso que la fotografía refleja, se opone a lo que el cerebro representa. Si pudiéramos ver nuestras imágenes cerebrales, nos encontraríamos con el homúnculo: un ser nada similar a la supuesta imagen real. El homúnculo pareciera más bien un ser deforme: solo manos, labios, lengua. De qué manera tan diferente representa nuestra corteza cerebral, la ilusión unitaria de la mirada.

Lo inconsciente une elementos sin mayor relación entre sí; las cosas son y no son, se adhieren entre sí, sin mayor preocupación por continuidades lógicas, al menos aparentemente. Las imágenes mentales de los objetos se deshacen de sus continuidades lógicas espacio-temporales. La identidad en los sueños se pierde, la imagen se rompe y se recompone, pero cuando se recompone vienen fragmentos de otras representaciones. Es por ello que cuando somos en el sueño, siempre somos una recomposición de otros seres que se nos suman.

Pero las asociaciones no son fruto del azar; para mal o para bien lo que Freud plantea es que en el inconsciente hay otra i-racionalidad;

---

---

no es la organización al azar, es otra lógica en la cual las imágenes se fragmentan, se deslizan, se reorganizan, se condensan, para volver a deslizarse y de nuevo reorganizarse temporalmente.

---

---

A manera de ejemplo: Man Ray es Emmanuel Rudzitsky. *Man* es Emmanuel. Emmanuel significa Dios que está entre nosotros, el creador nos habita, Emmanuel. *Man* es un apócope de Emmanuel, apócope es una palabra griega: *apokopto* que significa cortar (...) se cortan fonemas o sílabas. Si la pérdida tiene lugar al principio se llama *aféresis*, si tiene lugar en la mitad de la palabra se llama *síncopa*. Pues bien, así opera el inconsciente para soñar. Opera sobre restos de palabras que se cortan y que juegan entre ellas. *Man* puede ser soñado con una *Man-cha* esta noche por cualquiera de ustedes; *Man* puede ser una Mano o una Mano puede ser *Man*; *Man* puede ser Manuela. Duchamp también lo captó, por eso supuso un nombre en el cual ocultarse: era *Roseselavy=eros cest la vie*. Ahí en esos juegos del lenguaje, es como se tejen los sueños, las ficciones.

---

---

El inconsciente hace sentido con los polos contrarios que la conciencia opone. El germen de lo contrario habita el otro polo, no hay una diferencia entre el otro y el yo. Es una transformación incesante de contrarios, donde uno deviene en otro, en el sueño soy violado mientras violo, ataco mientras soy atacado, veo mientras me exhibo y viceversa; como mientras soy comido. Esta es la operación de la ficción. La operación podría llamarse *metonimia*: una parte sustituye el todo, una boca sustituye un rostro, unas manos sustituyen el cuerpo. Toda una cadena de desplazamientos, de contigüidades espaciales y temporales. El elemento consecuente por el antecedente, tanto como un antecedente por el consecuente, o bien la coexistencia de los momentos temporales, del principio con el fin.

---

---

### Epílogo-simulacro

---

---

En la primavera del 2010, en medio de un *hall* de un museo, una mujer hizo un cuadrilátero de aproximadamente 64 metros cuadrados. Puso dos sillas, una frente a otra, y se sentó durante 716 horas y media comprendidas entre el 14 de marzo y el 31 de mayo del 2010; de 10 de la mañana a 5 de la tarde, mirando al frente en actitud silente. La otra silla era una clara invitación para que otra persona se sentara frente a ella.

---

---

Para los iniciados en el consumo del arte, el nombre de Marina Abramovic obligaba al deseo de ocupar la silla vacía para departir unos minutos frente al estandarte corporal de un nombre que representaba un género artístico, que resaltaba la presencia de lo real sobre el arte como representación. De hecho el título de la exposición fue: *La artista está presente*.

---

---

En algún momento, un hombre con las marcas del níveo paso del tiempo sobre su otrora cabellera larga y los surcos de Cronos marcando la piel de su rostro, se sentó frente a Marina. Ella mantuvo sus ojos cerrados: lo hizo así cada vez que algún participante abandonaba la

silla, mientras esperaba que otro espectador ocupara el lugar vacío. Tras unos segundos, ella abrió sus ojos y frente al hombre que ahora observaba, tuvo como primera reacción esbozar una leve sonrisa, a lo que el hombre respondió con un leve movimiento de su cabeza. De su boca pareciera que escapara un onomatopéyico *uff*.

Al cabo del tiempo, tan sólo unos segundos, los ojos de ella empezaron a inundarse de lágrimas que no desbordaban el canto interno de la órbita inferior. Luego ella llevó sus manos hacia él: las manos se encontraron, tan solo sus manos, que se retiraron tras unos segundos de contacto. Posteriormente, el hombre de nombre Ulay se retiró; ella secó sus mejillas, pasó la mano por su rostro, volvió a entrecerrar los ojos. Dos minutos después es el rostro de una mujer de pelo rojo el que ahora ven sus ojos; Marina al ver aquel rostro nuevo, vuelve a cerrar sus ojos como si se resistieran a ver la imagen que ahora está al frente. El hombre que había amado ya no está. Marina y Ulay no se rozaban hace 23 años cuando caminaron durante tres meses en solitario por la muralla china; cada uno partiendo de un extremo, y encontrándose por un breve tiempo que los alejaría para reencontrarse 23 años después, en un escenario lleno de gente y tan solo tras breves minutos.

La escena que describo hace parte de la vida de una artista que se ha dedicado al *performance*. Un arte que critica a las artes representativas que actúan por imagen, en relación a la ausencia del cuerpo. El *performance*, –es una forma de definirlo–, busca que el cuerpo del artista haga presencia en un tiempo y en un espacio real, que la presencia de lo real no sea sustituida por una imagen.

En un momento sin tiempo (al menos sin Cronos, más cercano a Aión o a Kairós), un ser (ora mujer, ora hombre) ingresa a un espacio vacío de aproximadamente 36 metros cuadrados. Esta vez no es un *hall* amplio de algún edificio de carácter público, en donde un rectángulo es delimitado por una línea marcada en el piso. Esta vez son paredes en concreto de algún edificio privado, que busca aislar un tiempo y espacio real de un entorno. A diferencia del primer espacio que narré, el cual fue pensado como una realidad efímera, este espacio es construido pensando en *cierta permanencia sólida*.

A diferencia de la escena anterior donde un público presenciaba una escena (espectáculo), aquí la intimidad cierra sus bordes a los estímulos externos. De forma similar, el mobiliario que habita el espacio son dos sillones, pero esta vez no se ubican de frente, sino uno detrás de otro. Una silla abullonada se ubica tras una *chaise longue* y no en el centro del espacio sino hacia uno de los márgenes. El espacio se encuentra tan vacío como el de la escena anterior. Tras la *chaise longue*, el ser que ocupa el sillón abullonado dedica más de siete horas a habitar ese espacio. Mientras Marina crea una acción que denomina *performance*, nuestro anónimo ser crea un simulacro o artificio para atrapar una experiencia que, más allá de él, alguien nominó como *transferencia*. Mientras el artista crea, nuestro ser en este espacio *re-crea* o repite una

---

---

---

situación original que en alguna parte del mundo otras miles de parejas reproducen a la manera de una *xerox copia*: un ser recostado en el mueble largo habla a otro, que pasa gran parte del tiempo en silencio como la artista mencionada al principio.

---

---

---

---

---

La primera vez que la forma “análisis” aparece en el mundo de la lengua griega, se sitúa en el verso 200 del canto XII de *La Odisea* (Homero, trad. en 1993): Ulises es desatado de sus ataduras. El análisis es el instante en que son desatados los nudos que atan a Ulises, como diría Pascal Quignard (2011). Así como en el *performance*, que busca desatar la realidad con la presencia del cuerpo real del artista, el anónimo psicoanalista busca desatar una historia anudada de forma invisible, en las formas en que su compañero de habitación habla, mientras habita y ocupa la *chaise longue*.

---

---

---

---

---

Podría decirse que el simulacro provoca una realidad, para desatarla-analizarla. Lo más probable es que durante el curso del encuentro que acontezca durante el paso del tiempo, lo que se vaya desatando sea una acción que va a tener como receptor al silente ser. El pescador que con el cordel busca atrapar una realidad que no puede ver, de pronto se ve devorado por unas fauces que saltan sobre la superficie del mar a la manera de la relación entre Ahab y Moby Dick en la novela de Melville.

---

---

---

---

---

Algunos artistas en las artes visuales se molestan con la ubicación de su vida en lugares icónicos-imaginarios y demandan la presencia de su cuerpo en las coordenadas reales del espacio-tiempo. En contraposición, nuestros desatadores psicoanalistas gustan ubicarse tras un lugar imaginario para poder atrapar una realidad que no muestra su rostro, gustan de llamar a este cordel como *falso enlace*, para controlar que aquello que desatan, no los tiene ni como causa, ni como objeto. El Maestro ya señaló que la única forma de comprender lo que desatamos sólo tiene como posibilidad pasar por el hierro y por el fuego; no hay escapatoria, la realidad que se desata nos llama como las sirenas de la isla de los pájaros a los argonautas y a Ulises.

---

---

---

---

Mientras el artista del *performance* insiste en ser real, el analista insiste en ser un falso señuelo. De alguna manera el psicoanálisis es un simulacro construido para desatar una realidad que se resiste a ocupar el lugar del recuerdo como una foto en un álbum.

---

---

---

---

Mientras la narración del paciente acontece por fuera del universo referencial de la transferencia, el analista con el *falso enlace* de sus intervenciones anhela atrapar esa realidad que fluye hacia el exterior y dirigirla sobre sí mismo. Si eso es así ¿por qué se sorprende con la emergencia de lo real? ¿Por qué de alguna manera es como el salto de Moby Dick sobre el arponero Pequod del capitán Ahab?

---

---

---

En *Amor de transferencia* Freud (1914/1973i) habla de la aparición súbita de la realidad: “La escena cambia totalmente como si una súbita realidad hubiese venido a interrumpir el desarrollo de una comedia” (p. 1690). ¿Cuál comedia? ¿El simulacro sobre el que opera la pareja analítica?

## Resumen

El objetivo del trabajo consiste en construir un diálogo entre los conceptos de realidad y ficción, mostrándolos como pares antitéticos de una forma de organización de la mente que adquiere diversas configuraciones. Estas configuraciones son las que dan la forma expositiva de fragmentos, el autor construye una serie de capítulos cortos donde se debaten diversas formas de la relación realidad-ficción. En “Cartografías” se plantea la forma en cómo construimos teorías ficciones que modelan una realidad; en “Pornorealismo” se explora como el concepto de trauma ha dado un estatuto de realidad indeleble en el psicoanálisis; en “Copias” se muestra que lo que hay son narrativas-ficcionaladas de un suceso referido como real; en “Conjunciones” se argumenta la relación a la necesaria interdependencia entre los conceptos; en “Fantasía onírica” se ilustra la forma en cómo en el inconsciente se teje la realidad psíquica; por último en “Simulacro” se propone al dispositivo analítico como una ficción que apunta a la construcción de realidades. Estos fragmentos son ilustrados con viñetas clínicas y algunas referencias literales y artísticas.

**Descriptores:** Narración, Realidad, Simulación. **Candidato a descriptor:** Copia.

## Abstract

The paper's goal is to build a dialogue between the concepts of reality and fiction, showing them as antitetic pairs of the mind's organization that acquire different configurations. The author presents a series of short chapters that show different forms of the relationship between reality and fiction. The way in which fiction constructs theories that give form to reality is shown through cartographies. In “Pornorealism” it is explored the concept of how trauma has given a status of uneffacable reality in psychoanalysis. In “Copies” it is shown that what there is are fictional narrations of something told as real; in “Conjunctions” the necessary relationship between two concepts, its independence. In “Oniric phantasy” it shows the way in which psychic reality weaves itself with the unconscious. Finally, in “Simulacrum” the analytic setting is proposed as a fiction that leads to reality building. All this is illustrated by clinical and literary references.

**Keywords:** Narrative, Reality, Simulation. **Candidate to keyword:** Copy.

## Referencias

- Aristóteles. (1999). *La poética de Aristóteles*. México, DF : Porrúa.
- Baudrillard J. (1978). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairos.
- Baudrillard, J. (1990). *La transparencia del mal*. Barcelona: Anagrama.
- Cortázar, J. (1982). El sentimiento de lo fantástico. Recuperado de <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/cortaz5.htm>
- Cortázar, J. (1995). *Rayuela*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Freud, S. (1973a). Análisis de un caso de neurosis obsesiva. En *Obras completas* (Vol. 2, pp. 1441-1486). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1909)

- 
- Freud, S. (1973b). Los dos principios del funcionamiento mental. En *Obras completas* (Vol. 2, pp.1638-1642). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1911)
- 
- Freud, S. (1973c). La interpretación de los sueños. En *Obras completas* (Vol. 1, pp. 343-720). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1900)
- 
- Freud, S. (1973d). Manuscrito 52. En *Obras completas* (Vol. 3, pp. 3551-3556). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1896)
- 
- Freud, S. (1973e). Manuscrito 69. En *Obras completas* (Vol. 3, pp. 3578-3580). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1897)
- 
- Freud, S. (1973f). Moisés y la religión monoteísta. En *Obras completas* (Vol. 3, pp. 3241-3324). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1939)
- 
- Freud, S. (1973g). La negación. En *Obras completas* (Vol. 3, pp. 2884-2886). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1925)
- 
- Freud, S. (1973h). Neurosis y psicosis. En *Obras completas* (Vol. 3, pp. 2742-2744). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1924)
- 
- Freud, S. (1973i). Observaciones sobre el amor de transferencia. En *Obras completas* (Vol. 2, pp. 1689-1696). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1914)
- 
- Freud, S. (1973j). Los orígenes del psicoanálisis. En *Obras completas* (Vol. 3, pp.3433-3656). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1938)
- 
- Freud, S. (1973k). La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis. En *Obras completas* (Vol. 3, pp. 2745-2747). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1924)
- 
- Fuentes, C. (1993). *El naranjo*. Bogotá: Alfaguara.
- 
- Homero. (1993). *La odisea*. Bogotá: Oveja Negra.
- 
- Quignard, P. (2011). *Butes*. México: Sexto Piso.
- 
- Saganogo, B. (2007). Realidad y ficción: literatura y sociedad. *Revista Estudios Sociales Nueva Época*, 1, 53-70. Recuperado de [http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/pperioid/estsoc/pdf/estsoc\\_07/estsoc07\\_53-70.pdf](http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/pperioid/estsoc/pdf/estsoc_07/estsoc07_53-70.pdf)
- 
- Todorov, T. (1974). *Literatura y significación*. Bogotá: Planeta.

# Realidades y ficción en la clínica psicoanalítica

La socialidad humana es constitutiva de su esencia, tanto como la conectividad y dependencia respecto del mundo material. Desde tal premisa debemos partir, explorando las realidades que la interpelación del inconsciente freudiano permitió definir, interrogando hace ya más de un siglo a los saberes establecidos. Tarea necesaria, tanto por la condición histórica de tales realidades como de los modos de concebirlas, e imprescindible para definir acuerdos y desacuerdos en una tradición riquísima y arborescente.

Y también útil, para evitar elaboraciones cavilatorias, en última instancia subordinadas a una polaridad realidad interna / realidad externa como entidades recíprocamente extrínsecas y que nos atrapa en esfuerzos de diferenciación que caen en lo formal y abstracto.

## Introducción

La singularidad humana es un dato empíricamente evidente: cada uno, en el recorte de su figura, moviéndose, haciendo, disfrutando, padeciendo, en fin, siendo, con lo cual es fácil que seamos llevados a pensarla en términos de isla que se conecta azarosamente con otras islas. Es sobre ese fondo histórico de individuación nítida y exaltada que se dieron las condiciones necesarias para las creaciones freudianas.

Postular una interioridad psíquica compleja a primera vista refuerza esa perspectiva, pero de modo paradójico, pues toda profundización en su génesis y modo de desarrollo muestra a la individuación como diferenciación desde relaciones primordiales necesarias y de vínculos en red. Congruentes con la condición gregaria del mamífero neoténico que somos y que impregna tanto “nuestro mundo adulto como sus raíces en la infancia”, parafraseando a Melanie Klein.

Fueron las condiciones de la modernidad avanzada las que dieron lugar a que la interioridad, concebida como compleja, enigmática y extendida democráticamente a todos –tendencialmente, claro está–, se fuera tornando componente natural del paisaje intelectual. Lo cual se refleja de manera ostensible en el arte y la literatura, específicamente la novelística del siglo XIX.

\* Sociedad Argentina de Psicoanálisis.

---

---

---

---

---

---

Sobre esas posibilidades históricas y culturales de representación se abrió camino el inconsciente freudiano, desplazando el eje de la subjetividad hacia el nuevo continente de lo primordial reprimido. Recordemos que Freud sitúa allí nada menos que al núcleo de nuestro ser, dando lugar al planteo de una cuestión persistente: ¿una nueva centración o inexistencia de centro? Pregunta que surge de la heterogeneidad de lo reprimido, su irreductibilidad y la fuente de sus producciones, sea el Ello, los objetos internos o versiones del Self.

### **Realidad y realidades**

---

---

---

---

Aquello que espontáneamente denominamos realidad y opera como término de referencia y soporte implícito en la vida de todos los días, es en verdad una masa viva de significaciones, donde convergen, luchan y se entrelazan modos diversos de concebir a los otros, el mundo y los valores.

---

---

---

---

Con sedimentaciones perdurables que sustentan el registro aparentemente ingenuo y veraz del sentido común, para el cual el sol sale y se pone todos los días, según siguen anunciando los periódicos, como si la revolución copernicana no hubiera tenido lugar. Lo cual muestra la tenacidad de cristalizaciones semánticas, como resultante de inercias culturales y hegemonías ideológicas poderosas.

---

---

---

---

Lo del sol es sabido que constituye “un modo de decir”, incluso poéticamente perdonable –de hecho también la luna sigue “saliendo”–, pero hay demasiadas afirmaciones precopernicanas que gozan de cómoda consensualidad y abonan el sentido común. Se trata de capas y capas de significaciones que perduran como cemento inapercibido de la existencia y entrelazan sus valores y vigencias con los preconcientes individuales, generando “lo natural” de este-reotipos perceptuales.

---

---

---

---

Por otra parte, no es la nada lo que subyace a las realidades así construidas, sino lo real del mundo, las cosas y los hombres, sobre lo cual las prácticas sociales, que siempre son transformación de lo existente y asignación de sentidos, erigen representaciones y relatos. Tal es la materialidad simbólica que constituye el lecho colectivo en el cual nacemos y somos constituidos, en el juego de apropiarse/ser apropiado desde los mediadores primordiales.

---

---

---

---

Pues todo sistema singular de representaciones se erige en el seno de una trama que lo precede y en la cual repite y crea sus ensueños y certezas, ligándose siempre al discurso de algún conjunto, retomando libremente la expresión de Piera Aulagnier (2001, p. 163).

---

---

---

---

Ahora bien, periódicamente, un estrato estabilizado de sentidos se desacopla de lo que Castoriadis (1997) denominara el “magma conjuntista identitario”, y comienza su navegación autónoma en el espacio social.

---

---

---

Un ejemplo evidente es todo lo atinente a las cuestiones de sexo y género, que en deriva imprevisible minan con sus interrogantes los sentidos comunes erigidos sobre siglos y siglos de coerciones.



Siendo imposible indicar sus efectos una vez lanzados: es una realidad con la que hay que contar y sobre todo, como analistas, transformando las propias perplejidades, por lo menos, en continencias lúcidas. Pues naturalmente somos convocados –muchos intelectuales constituyen el ejército de reserva de las convenciones y obviedades trastocadas– a remendar presurosamente el bloque sémico y valorativo en apuros.

Ciertas conmociones –la señalada es una de ellas– tienen efectos de multiplicación, sobre todo si coinciden con crisis globales que arrastran a venerables edificios creenciales (iglesias, bancos, instituciones representativas). Los psicoanalistas, en cuanto tales, no estamos preparados para tamaños interrogantes, pues no se trata de los (al fin de cuentas cómodos) “cuestionamientos” de años ha –a los que cada uno se sumaba o no–, sino de los efectos de la impotencia de respuestas frente a una crisis sistémica, del incremento de coerciones y del protagonismo de seres humanos que se han echado a andar e interpelan en acto –y en tal gesto se subjetivizan– los reservorios de respuestas del sentido común. Siguen necesitando cuidados, reparación, espacios de anidamiento y elaboración; siguen produciendo sueños y sueños despiertos, pero en marcos de existencia totalmente diferentes.

Más aún, sin referirnos a las grandes grietas que a todos involucran, mini procesos de disloque consensual están ocurriendo siempre, de modo tal que si pretendemos ser representantes de un “nivel 0” de sentidos nuestra clínica se transformará en un lugar estéril y, más que de asombro instrumentable, de catarsis rencorosas por las inclemencias del mundo. Es sobre tal conjunción/disyunción de realidades, en plural, que debemos plantear la cuestión de la realidad psíquica y de esa peculiar construcción que es la realidad psicoanalítica. Es decir, aquella artesanalmente construida y sostenida por vínculos antiguos y otros nuevos, y donde nuestro oficio puede ejercitarse si se da, como veremos luego, una conjunción propicia de tiempos y lugar.

### **Realidad psíquica inconsciente**

La postulación de la realidad psíquica inconsciente implicó un acto de fuerza en el territorio del conocimiento, al afirmar la existencia de una materialidad específica propia de lo reprimido, así como de un método para trabajarlo y conocerlo. Mientras que otros desarrollos, en el mejor de los casos, se sitúan en una actitud de reconocimiento/desconocimiento respecto de esa instancia y la complejidad de sus efectos. Es decir, “hablan” del inconsciente, pero morigeran la potencia de sus determinaciones y la consiguiente interpelación a los sujetos y a la cultura que plantea, además de carecer de dispositivos para acceder a la intimidad de sus procesos.

Cuando Freud se refiere al mismo como “lo psíquico verdaderamente real” (1900/1979)<sup>1</sup> es para señalar la plenitud de su eficacia,

1. “Lo inconsciente es lo psíquico verdaderamente real, nos es tan desconocido en su naturaleza interna como lo real del mundo exterior, y nos es dado por los datos de la conciencia de manera tan incompleta como lo es el mundo exterior por las indicaciones de nuestros órganos sensoriales de nuestros órganos sensoriales.”

---

---

causa del constante proceso de descentración y recentración subjetiva al que estamos sometidos: caballero precario en el propio dominio de sí, según la famosa alegoría.

---

---

Por su parte, lo de “acto de fuerza” epistémico no debe sorprendernos, pues cabe recordar que ya Kühn (1989), al ocuparse de los cambios de paradigmas y las revoluciones científicas, tenía muy presente que las disputas referidas al conocimiento no transcurren en lugares celestes alejados de las pasiones, sino en la trama misma de las inercias ideológicas y los juegos de prestigio.

---

---

Tal corte epistemológico con el “estado del arte” vigente y los saberes que lo sustentaban requería fundar de otro modo la propia consistencia. Y es allí donde se hizo necesario definir un topos y una materialidad: el inconsciente y los deseos reprimidos. Con este par quedó enunciada la célula básica de la ontología psicoanalítica, sustento de un dominio conceptual específico y pertinente. Es decir, pasible de ser trabajado y pensado con propiedad, al constituirse en basamento de una praxis, de un hacer que conoce, transforma y se transforma mediante un método transmisible.

---

---

Sobre estas piedras fundantes se ha podido luego avanzar, en pro del objetivo esencial de transformación pensada de lo dado a partir del sufrimiento personal y el desconocimiento de sus fuentes. Tal afirmación del inconsciente –reprimido y eficaz– es puesta permanentemente en jaque en el seno de la clínica, por su condición esencialmente resistencial, a lo que contribuye la red de saberes convencionales.

---

---

Pues como es sabido, no estamos hechos para tolerar la experiencia desnuda de lo reprimido y la multiplicación expandida de sus efectos; por el contrario, la estructuración psíquica tiene como condición sepultamientos varios. Es decir, al sujeto se le plantea la tarea de situarse ante el mundo, las cosas y los otros en tanto realidad externa a su propio contorno, pero también frente al “territorio extranjero interior”.

---

---

A lo que se agrega la dialéctica de asimilación y extrañeza respecto del propio cuerpo, que se da de manera oscilante, no sólo en los hitos determinados por la maduración y la cultura sino en la cotidianidad habitual, al ser un sistema abierto que goza, padece y temporaliza, por su registro sensible de las marcas de la vida. Una versión débil de esta construcción puede llevar a entender como objetivo de nuestra clínica el acompasar, en pos de armonía, la interioridad pulsante y fantasmática con los requerimientos de lo externo a su régimen.

---

---

Sabemos que en rigor se trata de un imposible e interminable, por lo que toda productividad humana –la del análisis es una de ellas– se sitúa en esa tensión, entre dominios pasajeros y extrañezas frecuentes, centraciones estables y despersonalizaciones oscilantes. Todo ello recubierto por los velos consensuales que el preconsciente trama, surgidos del arduo amaestramiento de lo pulsional, deseante e ilusorio por “los apremios de la vida”.

El mapa del psiquismo, desde los primeros trazados freudianos, se modificó profundamente, según escuela o autores: comparemos simplemente los dibujos canónicos de la primera y segunda tópica con el esquema planetario de Wisdom (1967), construido sobre la base de los desarrollos kleinianos, que trastocaron la agrimensura de espacios y la formulación de sus contenidos, dividiendo las aguas entre los psicoanalistas. Más aún, considerando algunos haber llegado al límite de la representación figural, por lo que recurren a notaciones símil matemáticas para dar cuenta de la índole de los procesos (Bion, de manera eminente).

Los dibujos de Winnicott (1951/1999) son a su vez muy interesantes, porque si bien tienen un claro sentido de “mera ayuda”, muestran el desplazamiento a espacios relacionales y al detalle de sus características los modos necesarios para pensar procesalmente a las estructuras. Con todas estas variantes, nítidamente diferenciadas y por lo tanto imposibles de reunificar, la idea de exterioridad interna radical respecto de la conciencia perdurará, constituyendo algo así como un umbral mínimo de acuerdos.

Aunque pudiendo siempre deslizarse hacia aquél antagonismo elemental al que hicimos referencia: “realidad interna”/“realidad externa”, y conducir a una tarea ingenuamente reconciliatoria de buscar “nexos” y armonías entre ambas.

Es decir, una versión desvaída de “la desecación del Zuidersee”, cuando sabemos que la cosa es más compleja, pues en tanto interioridad constituida por diferenciación, la centración es oscilante en virtud del tironeamiento por solicitudes perentorias provenientes de diversos “amos” (Paz, 2008) que requieren servidumbres, no existiendo un nivel “0” de equilibrio. Se trata de un trámite emocional y cognitivo constante con el mundo, con los otros, con aspectos del propio ser, y a su vez con grados variables de fusión, defusión, impregnación, identificación y conflicto.

Con dominancias variables en ese marcar el mundo y ser marcado por él, y con una permeación expansivo/regresiva oscilante, lo que da lugar a transformaciones continuas, aún en el más contumaz de los caracterópatas estabilizados. En la línea abierta por “realidad psíquica” se sitúa la concepción kleiniana de “Mundo Interno”, heredando su fuerza connotativa y asumiendo lo instintual y deseante, pero transformándolos al situarlos en trama fantasmática.

Es sin duda el de “Mundo Interno” un nombre afortunado, por las resonancias que de inmediato promueve, así como cierta sugereancia estética y también valorativa, que nace de la orla romántica de aquello que alude a la vigencia profunda de “parques naturales”, sustraídos a la transparencia e imposibles de transmitir de manera lineal. Pero además, implicando heterogeneidad, variedad, complejidad, fronteras. Y facilitando representaciones del mismo en términos escénicos, que sirven como “representaciones intermedias” para recoger de modo transmisible su dramática.

---

---

---

---

---

Lo cual hilvana con lo que sabemos de los sueños y de la productividad vigil oniroide, imprescindible para captar el juego de la libre manifestación y la percepción flotante en el contexto psicoanalítico. Siendo la teoría ampliada de las identificaciones proyectivas clave para entender la complejidad relacional en su constitución y en su régimen de funcionamiento.

### **Teorías vivas**

---

---

---

---

---

La fecundidad de las teorías es puesta intensamente a prueba en una clínica transferencial, de campo y proceso analítico. Conjunto fantasmáticamente poblado y que genera procesos de asimilación de lo verdadero sostenidos en la transferencia de trabajo. En cuya base subyacen hipótesis de génesis y repetición basadas en la exterioridad de los otros primordiales como fuentes de traumas y/o cuidados.

---

---

---

---

---

En enumeración no exhaustiva, pero sí representativa: la teoría ampliada del trauma desde Ferenczi, la función estructurante en la generación de un sistema Self/objetos de Fairbairn y la de la seducción/implantación de Laplanche, provenientes de herencias y culturas psicoanalíticas diferentes, señalan, no ya la obvia importancia generadora de lo exógeno sino la relativización productiva (Freud, 1914/1980) de tal noción, en virtud de la admisión generalizada de la relacionalidad constitutiva.

---

---

---

---

---

Lo de Winnicott respecto de lo inconcebible del bebé aislado, es la enunciación sintética y provocativa que define un estado de cosas referido a la complejidad originaria. Totalización a partir de la cual no puede concebirse el desarrollo como despliegue por pasos programados desde un germen aislado que evoluciona. La cuestión pasa a ser como se constituye una singularidad a partir de la dependencia absoluta o la fusionalidad, por lo que la categoría de diferenciación ocupará un lugar fundamental.

---

---

---

---

---

La teoría de Fairbairn, en tanto post clásica, consistente y original, así como surgida en un entrecruzamiento de orientaciones psicoanalíticas, nos sirve estratégicamente: en ella nos encontramos con hipótesis de génesis que suministran un modo creativo de pensar el estallido de la unicidad mítica originaria.

---

---

---

---

---

“A lo Ferenczi”, se le atribuye al objeto malo introyectado el dislocar la compacidad del estado “0” inicial, instalándose como constitutivo del propio ser, pero dando también lugar al establecimiento de vínculos libidinales y anhelos de conexión con las realidades del mundo y de los otros.

---

---

---

---

---

Composición compleja, alejada de armonías elementales, que por lo tanto no tiende a inspirar acuerdos como clave del trabajo analítico, sino requiere de la elaboración ardua y necesaria de los materiales, a partir de la profundidad y la fuerza de los lazos que juegan en tal matriz contradictoria. Debiéndonos hacer cargo de lo bueno y de lo malo, de residuos o fragmentos importantes, sin jerarquías a priori, que sólo serán cualificados por los efectos de verdad que promuevan.

La “objetividad” de las teorías homónimas es un modo fecundo de plantear la fuerza del reino interior, en tanto apropiación desde los engramas instintuales de especie del complemento objeto/subjetivo externo, necesario tanto para construir alternativas ilusorias frente a la ausencia como para recortar perfiles lo más nítidos posibles de lo malo.

Para sostener la alteridad inconsciente muchos recurren a una suerte de “radicalización” de la pulsión, como si la insistencia en el enunciado freudiano de lo limítrofe y de su sustancialidad híbrida, abordable desde las movilizaciones transferenciales pero inmovilizable a transformaciones en su raíz por su ser cuerpo, preservaría de su pérdida en desvaríos lenguajeros. Y además sosteniendo la Metapsicología –en el sentido clásico y post-clásico– como recurso estratégico para afirmar tal irreductibilidad (es el caso ejemplar de André Green) dado que, temen, correría el riesgo de diluirse en un relacionamiento de meras interacciones.

Más allá de la cuestión liminar –importante sin duda, pero de otra índole– de la mendacidad de las históricas, la cuestión fue, en aquel momento, jerarquizar la consistencia de la realidad interna y autonomizarla de la exogeneidad del trauma, resituando la eficacia de los impulsos y deseos autóctonos. Cuestión que retorna una y otra vez en la historia del pensamiento psicoanalítico.

En tal sentido la diferenciación se tornó menos clara al partir de concepciones de una trama relacional originaria como condición para su estructuración. La circulación pulsional pasaría entonces, por su anclaje en el cuerpo, a ocupar el lugar de endogeneidad, pero con una dialéctica inherente, pues las apetencias congénitas consuman su pautado y cierran sus circuitos de “imprinting” en dispositivos por definición relacionales.

Lo cual abarca la refinada formulación de Bion de preconcepciones, lanzadas en búsquedas determinadas por la especie a su saturación por objetos externos en calidad y cantidad, por una parte imprescindibles y por otra admitiendo una variación infinita de modulaciones. Cuestión que se vincula a la temática winnicottiana de lo verdadero como encarnadura somatopsíquica persistente, que sostiene su existencia como puede, en renuencia a exponerse a cualquier intemperie y protegida por “lo falso”.

En esta línea, de pautado de especie, modalidades de trato y generación de significancia y, consiguientemente, de emocionalidad cognitiva como datos de partida, cabe situar las bases de una clínica psicoanalítica de campo y proceso. La que a su vez nos permite articulaciones plausibles con datos provenientes de otras fuentes, reconstructivas u observacionales.

Teniendo presente que esa masa pulsional, deseante y cognitiva, aunque sometida a represiones y disociaciones, es también cercana e impregna la cotidianidad. Pues no se tratan solamente, los materiales, de algo remoto y profundamente sepultado, sino de un juego elusivo

---

---

de superficies con variados recursos de evitación. La contradicción hambre de verdad/repudio al conocer (se) es dilema –mínimo o trascendente– en la vida de todos los días.

---

---

Percibir y registrar lo percibido, y a su vez dejarlo incorporarse y bascular en la trama personal de ideas y sentimientos, supone siempre romper en alguna proporción velos narcisistas. De allí la doble resistencia a lo nuevo y las contingencias: el miedo genérico a lo inesperado y a las exigencias que pueden sobrevenir.

---

---

En nuestra clínica ocurre algo semejante, pero potenciado, en tanto se trata de lo reprimido y de su colisión y “mezcla” con las realidades del mundo. Es verdad que el contexto del proceso analítico y la regresión aceptada crean una atmósfera, por lo menos, de tamiz de los perceptos cotidianos, sus afanes y exigencias.

---

---

Pero, salvo que se dé una instalación masiva y sin elaboración, los mínimos movimientos de verdades y los sacudimientos que producen trastocan tal estado de cosas, y así se da el encuentro, desde “el taller protegido psicoanalítico”, con las externalidades de la vida, que plantean solicitudes más o menos perentorias y sólo respondibles desde algún grado de incertidumbre, dado el sistema de ensayo y error que constituye lo propio de la existencia. Lo cual resuena en los desamparos primordiales y en la historia traumática o propicia de cada quién, poniendo a prueba las potencialidades de emocionalidad cognitiva.

---

---

Es decir, de establecer representaciones íntegras, pero a la vez abiertas a la necesidad de formar con otros conjuntos continentes de mayor amplitud, generando espirales de pensamiento. En tales construcciones simbólicas el trabajo del psicoanálisis puede ser muy fecundo, no sólo como continencia elaborativa de los residuos malos del metabolismo relacional, sino al neutralizar los micro “ataques al vincular” (Bion, 1967) y a la consistencia misma de las representaciones. Recursos propios de la posición de integración depresiva, que supone la permeación de aspectos del Self con capacidad reparatoria y tolerancia a la ambigüedad.

---

---

Los requerimientos de pericia técnica nacen de todo lo que se juega en este punto: el acompañar exploratorio, la contención de las propias supuestas sabidurías así como la gradualidad para acceder a acceder a lo repudiado, recordando las recomendaciones freudianas de ir muy de a poco hacia lo resistido, así como la valoración que hiciera del trabajo sobre las arborescencias fantasmáticas preconsciouses y el desentrañamiento como oficio de paciencia necesario.

---

---

De todo lo cual se desprende que el trabajo psicoanalítico se da sobre la articulación indisoluble realidad psíquica/realidades externas, jugando en el territorio nuevo, creado, de la realidad psicoanalítica, sustentada en la transferencia positiva sublimada devenida transferencia de trabajo.

---

---

El “juicio de realidad”, como función discriminativa, opera en tal espacio, con valores de verdad que un buen proceso legitima y el

enriquecimiento perceptual que supone la activación imaginante. De allí que cabe explorar cuál es la consistencia de esa peculiar realidad y su grado de compatibilidad actual con los parámetros dominantes, que nos lleva a requerimientos éticos, identitarios y de fidelidad a una tradición para preservarla.

### **Percepción, ilusión**

Hagamos aquí un rodeo para introducir la problemática de la percepción, en tanto ligada a los procesos que estamos examinando. Percibir es un acto complejo, que en su nivel basal nos expone a la desmesura –en proporción a nuestras posibilidades de asimilación– de la multiplicidad de seres, cosas y experiencias. Esta es la condición traumática potencial de toda relación con el mundo, que el psicoanálisis ha teorizado de múltiples maneras. Y situando la matriz de relación con el otro en un horizonte de pérdida y recuperación ilusoria.

Extremando el modelo podríamos decir que no estamos hechos para la captación desnuda de lo real, y que la condición prematura que nos define requiere la envoltura de saberes de cuidado y protección por los demás, así como de filtros para el dolor, la espera y las carencias. Los cuales, en su vertiente positiva, de producción, constituyen la ilusión.

El desarrollo de lo que académicamente suele llamarse capacidad perceptual consiste entonces en la aprehensión de lo existente en el mundo, el propio cuerpo y la mente, envuelta en los dispositivos de ilusión adecuados para la sobrevivencia y la propia expansión. Entendiendo por tal el sostén del psiquesoma en su vitalidad y su desarrollo imaginante. Lo cual implica transformaciones en los modos de ilusionar y en los dispositivos mismos que la generan.

El envión iluminista del psicoanálisis, sintetizado en la exhortación kantiana del “atrévete a pensar”, rige también en la clínica, y de hecho hemos insistido en los procesos de verdad como necesarios para y a la vez resultantes de la experiencia analítica.

Pero eso no supone una cruzada implacable de esclarecimientos (una de las formas del *furor curandis*), sino la modulación de lo posible de tolerar para cada uno y de acuerdo a las circunstancias.

Teniendo presente que, en tanto surgida de lo imaginante, detrás de su cara de encubrimiento, subyace en la ilusión la potencialidad anticipativa: pensar en lo que no existe, aún. De ahí que el juicio de realidad no constituye un saber plano que achata las ambigüedades inherentes a las representaciones que nos hacemos del mundo, sino el reconocimiento de límites en la productividad imaginante y poder sostenerse en consensos estables de representaciones. Lo cual implica una posición contingente.

El juicio de realidad da cabida a lo imaginante, situándolo en el espacio de lo posible, lo dudoso o lo imposible; se mueve en zonas impregnadas de ideologías, trabajando entre acuerdos y contradicciones.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

## Realidad psicoanalítica, ilusión, psicoanálisis valor

La realidad psicoanalítica es una estabilización de sentidos que nace de la sedimentación de experiencias emocionales y cognitivas del campo transferencial, tornando concreta, actual y expuesta la realidad psíquica del analizando, entendida como el conjunto de fantasías básicas y derivadas.

Tal realidad psicoanalítica suministra las coberturas necesarias de ilusión –la empatía se trama en el delicado eje: idealización-sugestión-compenetración-identificación-distancia–, para que los procesos de verdad que se desencadenan sean viables, es decir, tolerables en función del alivio que generan y la modulación del dolor psíquico que se logra.

Este delicado tránsito de la sinceridad y los procesos de verdad requieren de nuevas calidades de continencia, pero en momentos avanzados del análisis ya se cuenta con lo construido en el proceso como valor en sí, concreción vincular y fruto singular de un método genérico.

Se trata de una entidad nueva, creada, logro sublimado en común de esa singular relación, sedimentado por el trabajo elaborativo, que se incluye y legitima en una tradición de saberes y valores compartidos. De este modo el proceso mismo deviene algo sustancial a preservar, en tanto lugar original de cuestionamiento radical del propio ser, pero también reparatorio. Basado en relaciones de objeto emocionales recuperadas y en procesos de continencia elaborativa.

El Psicoanálisis como Valor se sostiene en el crecimiento y tolerancia a las verdades y “...No depende de la convergencia de partes ‘maduras’ preexistentes de analizando y analista –las que no tienen por qué ser descartadas– sino como resultante aleatoria de lo vital, reparatorio y creativo incluido en la heterogeneidad psíquica de los protagonistas del análisis y posibilitado por éste”(Paz, 2008, Capítulo 10).

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

## Cronotopos

De lo dicho se desprende que la base necesaria de nuestra clínica es la creación y sostén del “reino intermedio” (Freud, 1914/1980) que constituyó una novedad absoluta en lo que hace a recursos para lidiar con el sufrimiento psíquico.

En esta perspectiva pondremos en juego un concepto importado de Bajtín (1982), el de cronotopos, quien lo elaboró en una perspectiva sociohistórica de la literatura. *Del modo que nos resulta útil adoptarlo para nuestro oficio*, refiere al plexo de lugares y tiempos disociados y reprimidos que convergen en el tiempo/lugar del análisis, otorgándoles carnadura actual.

Nos ayuda así a precisar lo que nuestro dispositivo crea, como conjunción de temporalidades diferentes en un lugar estable y en ligazón inextricable, generando una actualidad transferencial heterogénea y consistente que constituye la realidad psicoanalítica. Es una matriz de facilitación de la expansión subjetiva, trasuntada en mani-

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---



festaciones simbólicas de diferente rango, estructura y complejidad, que relativizan el peso de lo actual, subordinado al orden inercial de realidad, abriendo posibilidades de composición diferentes.

En tal contexto, la transferencia de trabajo es un compuesto de identificaciones proyectivas convergentes que nace de fuentes primarias de apego y necesidad cooperativa, y se sostiene en el eje valorativo apuntado y, operativamente, en la generación de acuerdos cronotópicos entre paciente y analista. Por ejemplo, aceptando el rango oscilante que van tomando las proporciones diferentes de recuerdos, de reviviscencias, de relatos del presente o de anticipaciones proyectadas. Así como las diferentes opciones del psicoanalista en la recolección del material y en la “selección de los hechos” (evocando a Bion). Es aquí donde los estilos se muestran nítidamente: analistas o pacientes evocativos, otros ligados a lo actual y a la eficacia de la tarea, otros al altruismo de analizarse “para los demás” (la mujer, los hijos, los padres...), generando tensiones de adecuación que a veces se toman, apresuradamente, como transferencia negativa.

El “timing” es sin duda un aspecto técnico, pero al cual hay que pensar en el seno del acuerdo cronotópico en curso, y en el sentido fuerte de techné, de un saber instrumental dedicado, que remite a estos acoples y desacoples en los que es difícil deslindar forma y contenido de las intervenciones.

Lo bueno, en términos de proceso analítico, es la variación de cronotopos, puesto que da lugar a cambios cualitativos en la proporción de tiempos, ritmos, tipos de contenidos y exigencias de verosimilitud (es en este punto pensable, por ejemplo, la diferencia entre construcciones e interpretaciones). Lo cual origina transformaciones en, por así decir, el continente caracterial del análisis.

Lo contrario es la estereotipia a deux, que no excluye dinámicas, pero circunscriptas a circulaciones reiteradas: se trata de liturgias psicoanalíticas, que pueden convocar a lo mejor de ambos para salir del atrapamiento, o a lo peor: actuaciones, activaciones intempestivas, confesiones contratransferenciales, etc., etc.

La cuestión es no perder de vista la preservación de la cronotopía, elástica pero consistente cuando se la ha logrado construir, vida situada en el marco formal del procedimiento y que genera un lugar (todo lo opuesto a un “no-lugar”), en el sentido de Marc Augé. O sea, espacio vitalizado, ambiente transicional, el cual, si bien depende esencialmente de la condición experta del analista, se consolida al aceptar las transformaciones fruto de las transferencias y las influencias recíprocas en los modos de pensar la singularidad del analizando. Y asignando a lo transferencial trófico, nacido de objetos nutricios redivivos y aspectos del Self a ellos ligados, papel esencial en la construcción del dispositivo de verosimilitud/verdad, que define el valor efectivo del cronotopos como posibilitante de experiencias emocionales y cognitivas mutativas.

---

---

---

Pues sólo sobre una creencialidad fundada, que requiere garantías de no descalabro y de reparación posible, pueden ponerse en juego, en la mayor cantidad de dimensiones posibles, lo pulsional y deseante reprimido.

---

---

---

El asunto es sostener tal realidad psicoanalítica en su heurística de verosimilitud/verdad, que incluye en la repetición misma la esperanza de “hacer bien las cosas esta vez” (es la traducción literal de *Wiedergutmachung*, una de las palabras con las que Melanie Klein implicara, precisamente, los procesos de reparación).

---

---

---

Desde ese lugar es viable interrogarse sobre la “realidad material” con menores distorsiones proyectivas, lo cual nada tiene que ver con un menosprecio de la misma –sería absurdo– sino con un orden lógico de preeminencia en el proceso de indagación.

---

### Lo ficcional

---

---

---

Ficción remite a un trabajo de creación de sentidos que se sabe diferenciado del de la vida en su transcurrir espontáneo, pero crea y recrea su propia consistencia y, específicamente un orden de verosimilitud. La ficcionalidad requiere, para sostenerse, de un pacto simbólico con otro u otros según contextos y circunstancias.

---

Y posee ciertas características fundamentales:

- 
- 1) el apartamiento de la realidad material;
  - 2) la generación de lógicas representacionales con sentidos y perdurabilidad consistentes.
  - 3) el supuesto –en relación dialéctica con el punto 1, de una realidad material que existe y consiste más allá de la construcción ficcional.

---

---

---

El ejemplo más claro de tal pacto es el que se establece entre actores y espectadores en un espectáculo teatral, que supone el sostén de credibilidad durante el tiempo en que la propuesta posea verosimilitud.

---

---

---

O sea, mientras las premisas de tiempo, lugar, sentidos, se mantengan, aunque en formas estéticas “avanzadas” se trabaje sobre los límites. Siendo la demarcación espacial y temporal aspectos fundamentales del encuadre necesario para que la obra cale hondo.

---

---

---

Es útil pensar el orden psicoanalítico en resonancia con una construcción histórica y conceptual distinta, encarnada además en tradiciones culturales que provienen del fondo de los tiempos. *Pero agregando una toma de posición fundamental*: la idea de ficción no subsume ni agota la de la realidad como socialmente construida. Ni tampoco la esencia de la realidad psicoanalítica.

---

---

---

Pues ésta no es, como a veces se ha dicho, “como si”, idea que implica la de una inconsistencia ilusoria, que habría que superar por un adecuado acceso a “la realidad”. El “como si” connota una transicionalidad en sentido débil: pseudo realidad que la luz del día desvanece.

---

---

Pero ocurre que las sombras infernales de la Odisea tienen presencia efectiva, causal, en un orden de materialidad pertinaz y con-

sistente. Al cual hay, en todo caso, que transformar sin liquidar al niño –el Self productivo e imaginante– junto con el agua –los atrapamientos parasitarios por sometimientos imagoicos. De ahí que la analogía del psicoanálisis con procedimientos ficcionales tiene cierta validez, pero la pretensión de exponer sus raíces y superar las resistencias rompe el pacto que éstos suponen.

Es una consabida discusión, en el menester teatral, el grado de incidencia del mismo en la vida de los espectadores, usualmente respondida con prudencia –“nadie pretende cambiar la vida de nadie a partir de una puesta en escena”– u otras modestias por el estilo. Nosotros, por el contrario, sí; de ahí la importancia de marcar diferencias.

Cuestión ambiciosa, que se demuestra por oposición en las prevenciones freudianas respecto del *furor curandis*, y que, salvo megalomanía secreta, no tiene cabida en otros pactos ficcionales.

Lo ficcional/teatral se liga a la venerable tradición aristotélica que codificara la catarsis la cual, como sabemos, es parte fundamental de la historia de constitución del método psicoanalítico y, agreguemos, componente esencial del actual, incluida y transformada. Pero, más allá de las semejanzas, el vencimiento de las resistencias marca nuestra especificidad.

Y a partir de lo cual se esperan transformaciones en el sufrimiento y los modos de ser, con la activación transferencial de pulsiones y deseos desplegados en relaciones objeto/sujeto, lo cual requiere que sea atravesada por las realidades de los otros y del mundo.

Sin tal atravesamiento el espacio analítico se desvirtúa como narcisismo “a deus”, ámbito de resistencia tentador frente a las dificultades de la vida, pero que se lleva consigo, con la coartada de sostener una vincularidad especial, la experiencia misma del inconsciente. Esta, en efecto, supone encarar todas las rocas duras, tenaces, insistentes, a menudo opacas a la apropiación simbólica, que requieren de un trabajo sostenido para ser transformadas.

Si tal espacio transferencial no puede sostener su consistencia y por lo tanto su autonomía relativa, decae en operaciones restringidas de esclarecimiento, en la medida que no se engendran aquíes y ahoras de repetición que posibiliten in praesentia el trabajo elaborativo de la diferencia. Agreguemos que el cronotopos psicoanalítico clásico está basado en una temporalidad de evolución y progreso, en oposición y lucha con la compulsión de repetición.

Pero el trabajo en el campo concebido como transferencial, poblado de representaciones y cargas emocionales propias de la heterogeneidad de versiones del Self y relaciones de objeto, llevó a la construcción de cronotopos de lo que emerge y se expande. Que no es exclusivamente lo infantil, y tampoco es recogible en un relato secuencial.

El camino es entonces dar plena cabida a los fragmentos no agrupables en alguna superior coherencia merced a la contención, que

---

---

---

opera como posibilitante de una semiosis alternativa. Desde esta perspectiva el cronotopos psicoanalítico deviene matriz relacional que tiende a producir expansiones subjetivas a partir de una heurística del inconsciente.

---

---

---

Por lo cual, con todas las variaciones y heterogeneidades posibles, aquellas corrientes que promueven el trabajo en el campo y admiten en todos sus efectos la regresión/expansión, son inconmensurables con los parámetros normatizados por el relato secuencial y ascensional (de lo inferior a lo superior, de lo primitivo a lo evolucionado, de lo infantil a lo adulto).

---

---

---

Esta conjunción de paradigmas no es, de cualquier modo, desdénable, y no sólo admitiéndola con secreta superioridad, pues ocurre que es sencillamente imposible desprenderse, salvo maníaca o histéricamente, de valores que nos informan, y que además nos dicen cosas valiosas. Lo imprescindible es desencajarla de la succión por dispositivos de coerción que aplanan, dado que lo actual dominante no es precisamente la valoración de un pensar emocional y de una emocionalidad cognitiva abiertos.

---

Para concluir:

---

---

---

La ficción nunca se desentiende ni de lo real ni de otras construcciones de realidad, así como de los procesos de verdad, pues de hecho constituyen una referencia implícita, aunque sea para ignorarlos, librarse de ellos o incluso violentarlos.

---

---

---

El antiguo aserto freudiano, congruente con el sentido común, del fantaseo como defensa frente a las penurias de la vida, conserva su valor, pero complejizado, en la medida que toda la cultura puede concebirse como construcción alternativa a la opacidad y dureza de lo dado.

---

---

---

Es oportuno aquí, finalizando, y en esta zona limítrofe entre dispositivos ficcionales y de procesamiento de verosimilitud/verdad, traer a colación una cita de Tarkovski (2002), plena de resonancias para nosotros, psicoanalistas: *“Uno no debería esforzarse por plantearle al espectador una idea; [...] Es mejor mostrarle la vida y él ya sabrá qué hacer con ella”*.

---

---

---

Y luego, para apropiárnosla: *“En el cine hay una sola cosa importante: la verdad de unos estados momentáneos”* (Orellana, 2003, párr. 21).

---

## Resumen

---

---

---

*Partimos de la premisa de la existencia de realidades (en plural) e históricamente construidas. Aquello que espontáneamente denominamos realidad es en verdad una masa viva de significaciones, donde convergen modos diversos de concebir a los otros, el mundo y los valores. Y en el ámbito de nuestra incumbencia: el inconsciente (lo psíquico “verdaderamente real”) y la realidad psicoanalítica. Una versión débil puede llevar a entender como objetivo de nuestra clínica el acompañar la interioridad pulsante y fantasmática con los requerimientos*

de lo externo a su régimen. Se postula una clínica transferencial, de campo y proceso analítico a partir de ahí se constituye la realidad psicoanalítica. Se introduce el concepto de Bajtín de cronotopos, como ligazón de lugares y tiempos disociados y reprimidos que convergen en el tiempo/lugar del análisis, otorgándoles carnadura actual. La idea de ficción es puesta en cuestión, para dar cuenta de lo que juega en nuestro dominio.

**Descriptor:** Realidad material, Realidad psíquica, Mundo interno, Ilusión, Ficción. **Candidato a descriptor:** Realidad psicoanalítica.

## Abstract

This paper begins considering the existence of realities (in plural) historically constructed. That which we spontaneously call reality is a prime matter alive of signifiers where converge a diversity of modes of conceiving the others, the world and values. And in the field we are dealing with: the unconscious (the really true psychic) and the psychoanalytical reality. A soft version can lead us to understand a scope of our clinic to slow down the pulsing and fantasmatic interiority with exterior requirements to his regime. We claim a transferential clinic of analytical process and field from where we constitute the psychoanalytical reality. It introduces Bajtín's concept of "chronotopos" link between dissociated places and times that converge with places and times of the analysis, rendering them current incarnation. The idea of fiction is questioned to express what is at stake in our domain.

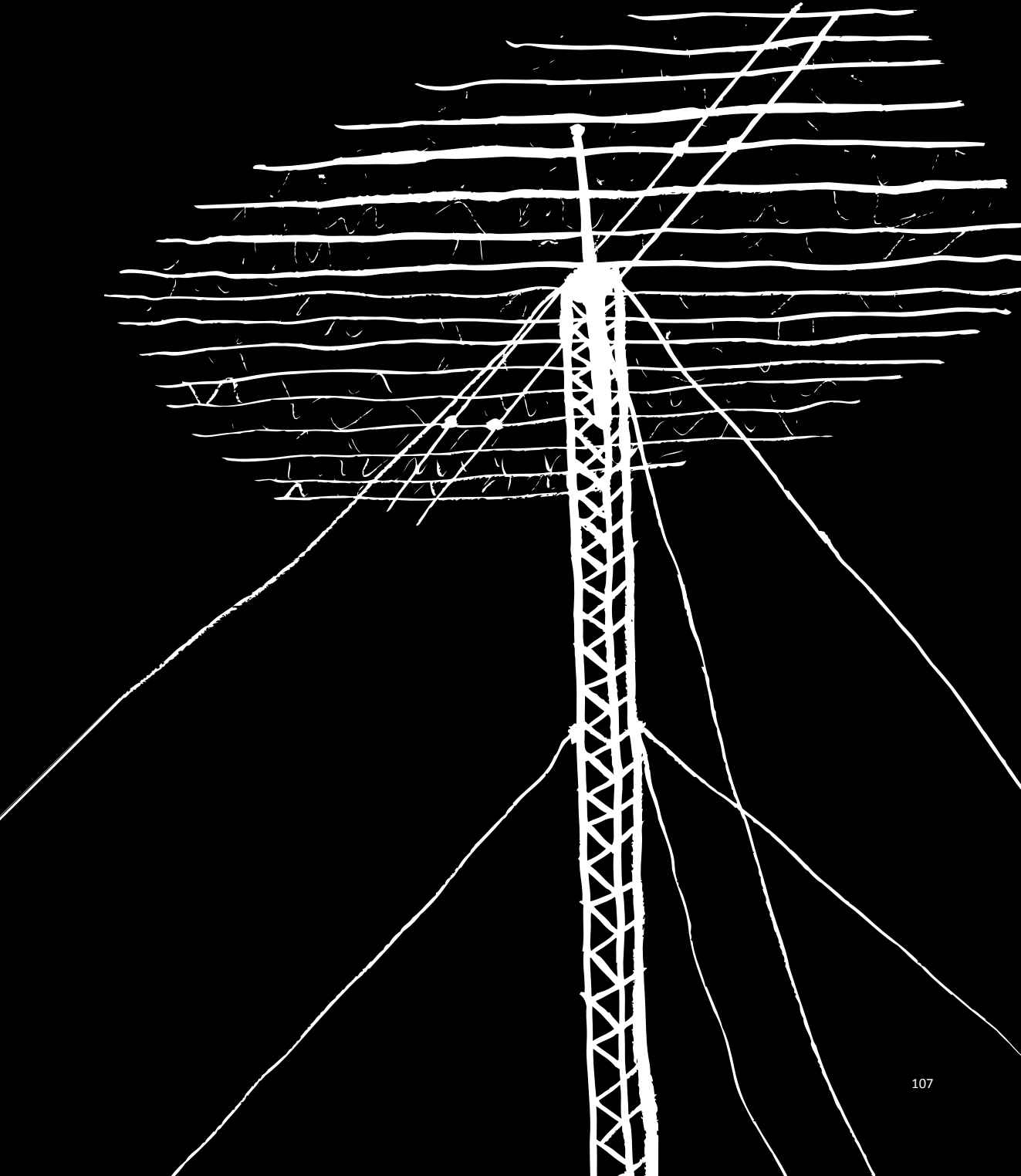
**Keywords:** Material reality. Psychic reality. Internal world. Ilusion. Fiction. **Candidate keyword:** Psychoanalytic reality.

## Referencias

- Bajtín, M. (1982). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Fairbairn, R. (2003). *Estudio psicoanalítico de la personalidad*. Buenos Aires: Hormé.
- Freud, S. (1979). Sobre la psicología de los procesos oníricos: lo inconsciente y la conciencia, la realidad. En *Obras completas* (Vol. 5, pp. 598-608). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900)
- Freud, S. (1980). Recordar, repetir y reelaborar: Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II. En *Obras completas* (vol. 12, pp. 145-157). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Orellana, J. (2003). La falsa frontera entre ficción y realidad en el cine: Una interpretación epistemológica del realismo de André Bazin y Andréi Tarkovski. Recuperado de <http://www.andreitarkovski.org/articulos/orellana.html>
- Paz, R. (2008). El psicoanálisis valor. En R. Paz, *Cuestiones disputadas en la clínica y la teoría psicoanalítica* (pp. 335-347). Buenos Aires: Ediciones Biebel.
- Tarkovsky, A. (2002). *Esculpir en el tiempo*. Madrid: Rialp.
- White, H. (2011). *La ficción de la narrativa*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Winnicott, D. W. (1999). Objetos y fenómenos transicionales. En D. W. Winnicott, *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (pp. 307-324). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1951)
- Wisdom, J. O. (1967). Un acercamiento metodológico al problema de la histeria. *Revista de psicoanálisis*, 24(3), 495-527.



# Fuera de Campo



## La herencia\*\*

La carretera de salida hacia la hacienda Bromfmam al final de agosto no es diferente de las miles de otras carreteras que conducen a estancias de granos de Kansas: barro seco salpicado por una fina capa de polvo de arcilla amarilla que se desplaza casi imperceptiblemente al menor movimiento del aire. Randy Larsen se dirigía a la estancia en respuesta a una llamada que decía que alguien había muerto allí. En el condado de Arwood, uno de los *sheriffs* hace una averiguación de rutina sobre las circunstancias de todas las muertes que ocurren fuera del Hospital del Condado. Esas investigaciones frecuentemente derivan en simples llamadas de condolencia. Randy suponía que uno u otro de los padres de Earl Bromfmam o de su esposa –no conseguía recordar su nombre– habían muerto durante una visita.

Randy conoció a Earl en el colegio, cuando eran compañeros en el equipo de fútbol americano. Todos los años algunos de los jugadores mayores importunaban a los nuevos. Earl estaba en segundo año y Randy en primero, y cuidó de él cuando entró en el equipo, algo por lo cual Randy le quedó agradecido hasta el día de hoy. Recordaba a Earl como a un “chico de hacienda”; uno de los hijos de familias de trabajadores de hacienda cuyas vidas eran inimaginables para aquellos que crecieron en la ciudad. La vida en la hacienda era una vida reglada por la naturaleza, de una forma que los niños de la ciudad podían llegar a captar, pero jamás a entender plenamente.

Fuerzas de inmenso poder; cientos de millas de nubes negras de langostas que bloquean el sol, leguas y leguas de plaga de trigo que tiene el poder de destruir un año de trabajo de miles de personas, la desolación de un animal después de parir una cría muerta, la destrucción causada por una helada precoz y aberrante o una tempestad de granizo en el verano: todo eso rondaba silenciosamente sobre los niños de hacienda, sabedores de que la naturaleza no tiene enemigos ni favoritos, lo cual los dejaba enfrentados al miedo terrible acerca de los límites del poder de sus padres, que si no eran capaces de controlar sus propios destinos, mucho menos podrían controlar el de sus hijos.

Earl, que había cumplido recientemente 36 años, era de la tercera generación de hombres Bromfmam que poseían y administraban la hacienda de trigo de la

---

\* Asociación Psicoanalítica Americana, San Francisco (EE.UU.).

\*\* Este texto fue originalmente publicado en *The parts left out: A novel* (por Karnac Books, en 2013) y su reproducción cuenta con la amable autorización de Karnac Books.



familia. Era un hombre grande, de finos cabellos rubios y penetrantes ojos azules. Su peso y su voz grave y resonante imponían un respeto del que él no se sentía merecedor. Como tantas pequeñas haciendas del condado de Arwood, la de Earl pasaba por dificultades, en parte a causa de una serie de sequías que se habían ido repitiendo a lo largo de los años, pero principalmente porque las sociedades agrícolas, con sus modernos sistemas de riego y transporte, conseguían vender sus zafras por un precio menor que el de los pequeños hacendados. Earl se hizo cargo de la hacienda después de la universidad, una decisión bienvenida por su padre –cuya artritis empeoraba cada año–, así como por su hermano mayor y su hermana menor, que consideraban que estaba condenada.

La mayoría de las pequeñas haciendas que quedaban eran administradas por hombres que Earl conocía de toda la vida. Había frecuentado la misma escuela que ellos, la misma iglesia, se habían visitado las casas de unos y otros por alguna razón –para entregar una cazuela si alguien estaba enfermo, tomar prestada una herramienta o alguna pieza de maquinaria por una semana, o algo por el estilo. Earl siempre fue bien considerado, visto como un hombre que defendía a sus amigos y luchaba por las haciendas de ellos y por su maquinaria antigua tan ferozmente como lucharía por sus propias cosas.

Su esposa, Marta, una mujer solemne de porte leve, trabajaba como Earl en la hacienda, junto con dos o tres hombres contratados que aparecían tan sólo cuando la temporada de plantío se aproximaba, y desaparecían después de la cosecha. Desde que los tiempos difíciles comenzaron, Marta conseguía algún dinero sirviendo de moza en el bar de la ciudad, cumpliendo medio turno durante la temporada agrícola y turno completo en invierno. Era siempre agradable con los clientes y otros funcionarios del bar, aunque raramente sonreía, y nunca reía. No conversaba sobre sí misma o sobre su familia ni figoneaba en asuntos de otros; llegaba en hora y salía cuando el horario terminaba. Era difícil decir su edad, pues su rostro era un entramado de arrugas y surcos grabados en su piel por el sol y las preocupaciones.

Marta no quería hijos, pero tuvo dos. Warren y Melody, que tenían ahora 11 y 15 años, ayudaban con algunas tareas de la hacienda para economizarle a Earl el costo de contratar un funcionario extra. Melody enseñaba a Warren cómo hacer los trabajos más difíciles a medida que éste iba creciendo. Con poco tiempo para actividades más allá de la escuela y del trabajo en la hacienda, eran los mejores y los únicos amigos el uno del otro. La fuerte conexión entre ambos era evidente para cualquiera que los viese juntos, a pesar de que la naturaleza de este vínculo sólo era conocida por ellos dos.

La casa de la hacienda en el terreno de Earl era pequeña, incluso en comparación con las haciendas vecinas. Contaba con tres habitaciones –la cocina, que ocupaba la planta entera, y dos cuartos en el segundo piso–, además de un pequeño baño bajo las escaleras. Earl y Marta dormían en el cuarto más grande, mientras que Melody y Warren compartían el otro. Cuando Earl era pequeño había tres camas en ese cuarto: la de él, la de su hermano y la su hermana.

De pequeño Warren era muy tímido, y seguía a su madre día y noche, sin perderla nunca de vista. Incluso a los dos años se despertaba antes de la salida del sol por el sonido de sus padres al vestirse para las tareas de la mañana, e iba silenciosamente detrás de su madre hasta el granero, donde ella alimentaba y

daba agua a los dos caballos de arado. Warren se sentaba en el piso, cerca de una de las caballerizas, y se chupaba el dedo mientras veía a su madre trabajar. Su boca y su rostro quedaban surcados por una mezcla de mugre, heno y estiércol de caballo, lo que parecía no incomodarlo. Marta interpretaba la necesidad del niño de quedarse cerca de ella como una señal de debilidad, y era una actitud que no le gustaba porque sabía perfectamente que a los débiles no les iba bien en este mundo.

Lo que más rechazaba en Warren era que se chupara constantemente el dedo y, aún peor, la mirada delirante en sus ojos cuando lo hacía. Se había empezado a chupar el pulgar con apenas algunas semanas de vida y parecía hacerlo cada vez más al ir creciendo. Su pulgar estaba siempre en su boca y no sólo hacía esto delante de la familia, sino también –sin ninguna vergüenza– frente a los visitantes de la hacienda y en la escuela, hasta ahora, a sus 11 años, una edad en que la mayoría de los niños ya han perdido ese hábito.

En los años recientes, siempre que la profesora –la Srta. Wells– se encontraba con Marta en el bar, le comentaba que Melody era una buena niña –casi una mujercita ahora–, con tan buena actitud y ansiosa por ayudar. Siempre añadía que Warren era un buen niño también, pero que era demasiado tranquilo, que se sentaba en la fila del fondo a chuparse el dedo y que raramente participaba de la clase, el coro o los deportes. Añadía, de todos modos, que cada niño es diferente –había aprendido eso a lo largo de varios años de enseñar– y que, de una manera o de otra, todos parecían crecer y resultar bien. Marta asentía con la cabeza, mostrándose de acuerdo con eso de que cada niño es diferente –incluso los niños de una misma familia–, y que cada uno parecía encontrar su propio camino, sólo Dios sabía cómo. En realidad, internamente, Marta se deprimía cuando la Srta. Wells hablaba de Warren, pero uno no lo adivinaría nunca por la expresión de su rostro o el sonido de su voz ante los elogios que la Srta. Wells hacía de Melody o ante su confianza en que Warren, como todos los otros niños a los que ella enseñaba, se volvería un buen muchacho que enorgullecería a sus padres.

La Srta. Wells estaba en lo cierto: Melody era una buena niña. Pero no siempre fue así. Cuando tenía cuatro años, cerca de la época en que Warren nació, era un pequeño demonio que corría por la casa sin escuchar nada de lo que le decían.

## La herencia. Algunos comentarios sobre el texto de Thomas Ogden

Juarez Guedes Cruz\*, Paulo Henrique Favalli\*, Sergio Lewkowicz\*,  
Maurício Marx e Silva\*\*, Ana Rita Taschetto\*\*\*, Karen Cainelli\*\*\*, Katia Ramil Magalhães\*\*\*,  
Laura Meyer da Silva\*\*\*, Maria da Graça Motta\*\*\*, Nyvia Oliveira Sousa\*\*\*

\* Miembro titular de la Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre.

\*\* Miembro asociado de la Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre.

\*\*\* Miembro aspirante de la Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre.

Palmadas en la cola no llevaban a nada, tan sólo a una completa producción teatral con un llanto como nunca se había escuchado. Podía hacerle sentir a uno como si su cabeza estuviera por estallar, y limpiar todo lo que salía de su nariz había devenido una tarea más del día. La única cosa que funcionaba con Melody era dejarla en su cuarto y decirle que no se atreviera a salir o terminaría en el ropero. Hubo que encerrar varias veces a Melody en el ropero antes de que aprendiese a comportarse, y fue una niña muy cooperadora desde entonces.

El siguiente de los encuentros de Marta con la Srta. Wells ocurrió un sábado particularmente caluroso y húmedo de la primera semana de agosto. Todas las mesas del bar estaban llenas, y las personas se apretaban en la puerta, mitad fuera y mitad dentro del lugar. Con la puerta abierta, el aire acondicionado no daba abasto por el calor que venía de la calle y de la cocina. La parte de atrás del uniforme de Marta estaba empapada en sudor mientras intentaba tomar los pedidos de los clientes que conseguían mesa, servir los platos calientes que se apilaban en la barra de la cocina, traer el cambio para aquellos que esperaban impacientemente para irse y limpiar las mesas llenas de vasos y platos sucios.

La Srta. Wells había conseguido acorralarla mientras ella sostenía un vaso bajo el tubo de Coca-Cola de la máquina de bebidas. Marta logró escabullirse después de más o menos un minuto, pero el boletín de la Srta. Wells sobre Warren y Melody la dejó igual de inquieta.

Aquella noche, mientras Warren terminaba de limpiar la mesa después de la cena, Marta, parada en la pileta con el agua hasta los codos, le dijo: “Vi a la Srta. Wells hoy. Dice que te sientas en el fondo de la clase y te chupas el dedo todo el día. Tienes 11 años ahora, deberías comportarte mejor”. Marta había aprendido a lidiar con Melody cuando ella era pequeña, pero seguía intentándolo con Warren. Ni el ropero había funcionado con él. Era un niño obstinado. La madre de Marta nunca había lidiado con nadie como Warren y, en caso de que así hubiera sido, Marta no hablaba con ella desde hacía muchos años y jamás se le hubiera ocurrido pedirle consejos sobre nada. Conversar con la madre de Earl, Flora, que había fallecido hacía algunos años, nunca fue de ninguna utilidad, puesto que ella siempre se ponía del lado de los niños, lo que irritaba tanto a Marta que le era difícil mantener la cordialidad.

### Consideraciones iniciales

“La poesía es indispensable. Si yo al menos supiese para qué...”. El carácter sintético de este intrigante epigrama de Jean Cocteau (citado por Ernst Fischer [1959/1967] en su ensayo sobre la necesidad del arte) apunta a lo paradójico de lo que nos propone la experiencia artística: nos remite al orden de la vivencia puramente subjetiva, que constituye

su esencia, y, al mismo tiempo, provoca la necesidad de explicaciones que la objetiven. Este parece haber sido el desafío de Thomas Ogden al enviar para su publicación en la revista *Calibán* un texto de ficción. Que el psicoanálisis siempre se apoyó en la literatura para ilustrar sus concepciones es un hecho bien conocido y documentado. Desde Freud (1907/1976), las creaciones de los escritores

En varias ocasiones a lo largo de los años, Marta había visitado la farmacia con la intención de preguntarle al farmacéutico, el Sr. Renkin, si sabía cómo lidiar con un niño de la edad de Warren que todavía se chupaba el dedo, pero a cada tentativa su orgullo hablaba más alto y no lograba hablar con él, y terminaba por comprar algo que no necesitaba para no llamar la atención de nadie. Finalmente se dio cuenta, no mucho después del cumpleaños 11° de Warren, que nunca lograría hablar directamente con el Sr. Renkin y que sería más fácil lidiar con la vendedora que trabajaba medio turno, cuya insignia azul brillante con letras blancas decía “Jenny”. Jenny, una muchacha rubia y esbelta, con grandes pecas naranjas en todo el rostro, no podía haber salido del liceo hacía más de uno o dos años. Era un tipo de chica que Marta había conocido en la escuela y que no le gustaba; de las que levantan la mano todo el tiempo, ansiosas por exhibirse. Marta hubiera preferido hablar con una mujer mayor, con hijos, que supiera cómo pueden ser de difíciles los niños.

Como la farmacia estaba frente al bar, Marta podía prestar atención a sus intervalos y correr hasta el local cuando no hubiera clientes. Intentando sonar natural, como si el problema que tenía con Warren fuera común, le preguntó a Jenny en el tono más amigable y maternal que pudo: “¿Tienes algo que las personas usen para mantener los dedos de los niños alejados de sus bocas?”

Jenny miró a Marta en forma reticente, sin llegar a entender lo que le estaba preguntando.

–¿Usted quiere decir algo para un bebé que se lleva todo a la boca?

–No, quiero decir algo para un niño más grande.

–¿Un niño grande que hace qué con sus dedos?

–Un niño que se pone el dedo en la boca.

–Oh, un niño más grande que todavía se chupa el dedo. Tenía una compañera en mi clase que hizo eso hasta volverse mayor. Era triste y me sentía mal por ella. Voy a preguntarle al Sr. Renkin qué hacer.

Jenny se dio vuelta, caminó para atrás del mostrador y habló bajito con el farmacéutico. Marta los miraba de reojo. La forma en la que Jenny susurraba y la expresión grave en el rostro del Sr. Renkin hacían parecer que la chica le es-

–más allá de resultar punto de partida para profundos *insights* respecto del psiquismo humano– han constituido la base de sustentación de diversas construcciones teóricas y clínicas del psicoanálisis.

La novedad es que, en años más recientes, varios psicoanalistas ilustres (Bion, Ferro, Bollas y Ogden) han tomado un rumbo que, a primera vista, parece inverso: elaboran ellos

mismos textos de ficción con los cuales pretenden expresar, de manera directa y sin usar la jerga especializada, sus concepciones con respecto al alma humana.

Tal providencia parece tener el siguiente fundamento: el lenguaje de los afectos puede expresarse de forma más eficiente en una dicción poética y estética que en su reducción a una retórica técnica. Para citar un solo ejemplo:

tuviera preguntando por un tratamiento para sífilis, no por un remedio para un niño que se chupa el dedo.

Al volver, Jenny le dijo a Marta: “el Sr. Renkin me pidió que le dijera que no se preocupe. Que ese problema no es poco común y que, normalmente, los niños lo superan, pero que algunas veces deberían ser castigados. Le sugiere ponerle un ungüento en el dedo que tenga feo gusto, feo olor y que lo deje adormecido, algo que a la mayoría de los niños no les gusta y hace que paren. Estará pronto en menos de una hora”.

En el camino de vuelta al bar, repasó las palabras del Sr. Renkin en su cabeza varias veces, y se quedó contenta de escuchar: “Algunos niños deberían ser castigados”. Él había parecido entender lo que ella enfrentaba. No le contaría a Earl. No había necesidad de molestarlo con eso. Era su trabajo de madre manejar esas cosas. Él probablemente no entendería el daño que podía causar dejar que eso pasara durante mucho tiempo más –era normalmente indiferente en lo que concernía a los niños, pero así son los hombres, ¿no?.

A pesar de que eran las palabras del Sr. Renkin las que rondaban por la cabeza de Marta, era la voz de Jenny la que las decía. Jenny era apenas una muchacha, y una muchacha de esa edad no tiene experiencia real ni con niños ni con la vida, en todo caso. Sin embargo, el sonido de la voz de Jenny tenía un efecto de consuelo en Marta. La muchacha había tratado a Marta respetuosamente, como a una mujer mayor –la llamó “Sra. Bromfiam” después de hablar con el farmacéutico, quien le debe haber dicho su nombre de casada. Marta apreció eso.

El resto de aquella tarde en el bar el movimiento fue calmo. Marta miraba su reloj cada diez minutos, ansiosa por recibir el ungüento. Ensayó en su cabeza las palabras que iba a usar para decirle a Warren lo que le aplicaría en sus dedos –en realidad él sólo se chupaba el pulgar derecho, pero podía empezar a usar el izquierdo cuando el derecho no estuviera más disponible. Imaginaba la expresión de su rostro cuando le diera la noticia de que los días de avergonzar a la familia y a sí mismo estaban en su fin. Tendría que encontrar una hora y un lugar en que ella y el pequeño no fueran interrumpidos por Earl o por Melody. Probablemente lo llevaría al fondo después de lavar los platos; eso sería lo mejor. Lo último que

la expresión *horas esperanza*, utilizada por Meltzer (1986), nos parece mucho más elocuente para referirse a la consistencia y a la estabilidad de una relación de objeto que la nominación técnica y algo fría “constancia objetal”.

Según Bion (1973), la “capacidad negativa” de la mente del analista es la habilidad de permanecer en la incerteza, el misterio y la duda –el no saber– sin estar a la búsqueda del hecho

y de la razón. El poeta, por ejemplo, sostiene esa condición de soportar una sobrecarga de afecto y de misterio sin refugiarse en respuestas, permaneciendo como aquel que indaga de manera estética. Así, transforma sus inquietudes en arte. En su preludio a la trilogía *Una memoria del futuro*, donde tiene lugar el pasaje a esta otra modalidad de escritura, Bion (1991) escribe que en esa obra hay cambios

quería era que Earl o Melody arruinaran el plan al cual le había dedicado tanto tiempo y empeño. No era fácil, pero ya que ella era la única de la familia que se tomaba el asunto en serio, le cabía también a ella encargarse de eso.

La cena parecía durar para siempre, pero finalmente la mesa estaba vacía, el piso barrido y la vajilla en el escurrerplatos. Marta vio que Warren estaba dispuesto a escapar. Lo llamó: “Warren, quiero hablar contigo”. Con su obediente pero distante manera, Warren se dio vuelta y siguió a su madre a la puerta del fondo y por el camino marcado por el sol y los neumáticos entre la casa y la casita que sólo era usada por los funcionarios. Un camión abandonado, una vieja máquina para desgranar y otras máquinas rotas de la hacienda se oxidaban silenciosamente en el patio.

–Vi a la Srta. Wells el otro día y me dijo que eres un buen niño. Pero que te diferencias de los demás porque tu pulgar está en tu boca la mayor parte del tiempo. ¿Eso es verdad?

Mirando al piso, Warren dijo:

–Creo que sí.

–Me dijo que deberías ser estimulado a parar de actuar así. ¿Te parece esa una buena idea o te gustaría recibir ayuda?

–No lo sé, sí.

–¿A ti no te da vergüenza hacer eso a tu edad, delante de todos?

–Me parece que sí.

–Hablé con el Sr. Renkin, de la farmacia, y él me dijo que tenía algo que te ayudaría a sacarte ese hábito. ¿Quieres ver qué es?

Todavía mirando al piso, y dibujando líneas en la tierra con su pie derecho, dijo en voz baja:

–Está bien.

–Es un ungüento que se pone en tus dedos para recordarte lo que estás haciendo cada vez que te pones el pulgar en la boca. Después de tanto tiempo de chuparlo, tú ya ni te das cuenta si el dedo está en tu boca o no. ¿Te parece que este recordatorio te va a ayudar a darte cuenta de lo que estás haciendo y así poder dejar de hacerlo?

–No sé. Tal vez.

de significación que están de acuerdo con las reglas de la gramática, y otros cuyas reglas serán más difíciles de detectar (y sólo las captarán aquellos que estén dispuestos a hacer el esfuerzo), pero que incluso hay otros modos de pensamiento cuyas lógicas, gramáticas y formas de comprensión aún no han sido descubiertas. Para estos es que él y otros autores recurrieron a la *licencia poética*. ¿Qué habrá

llevado a un psicoanalista a utilizar este recurso literario para expresar mejor su pensamiento? ¿Habrá sido la búsqueda de una mayor libertad? ¿Escapar del superyó técnico? ¿Sería la escritura creativa una forma más sofisticada y con mayor alcance de comunicación vía identificación proyectiva?

Meltzer (1995) subraya que una poesía exitosa e inspiradora posee la capacidad de

–Tengo el ungüento aquí y voy a poner un poco en tus dedos para que puedas empezar ahora. No tiene sentido perder tiempo con esto, ¿no?

Marta tomó cuidadosamente el ungüento de la bolsa de papel que Jenny le había entregado pocas horas antes. Después de poner un poco de la crema amarilla en su índice, miró a Warren, quien le ofreció las dos manos con las palmas hacia abajo. Marta aseguró su brazo derecho con firmeza y pasó el ungüento por su pulgar, de arriba a abajo, hasta la base. En seguida hizo lo mismo con el otro pulgar. Warren no se resistió. El olor picante del ungüento irritó los ojos de Marta, haciendo que cayeran lágrimas por sus mejillas.

Warren volvió hacia la oscuridad de la casa después de que el ungüento fue aplicado. Melody estaba en el cuarto que compartían, sentada en su cama leyendo un libro escolar, cuando él abrió la puerta.

Miró hacia arriba y preguntó:

–¿Qué pasó?

–Me puso una cosa en mis dedos que tiene olor y gusto feo.

–¿Dolió?

–No, pero mis dedos están adormecidos, como si fueran a estallar como globos cuando toco algo.

Melody fue calmadamente a tomar un paño húmedo y un poco de jabón para quitar el ungüento de la piel de Warren, antes de que penetrara en ella.

A la mañana siguiente, Warren alimentó y les dio agua a los caballos y a las gallinas, como hacía todos los días después del desayuno. Una forma de victoria, pensó Marta, cuando lo vio sin el dedo en la boca y sin la terrible expresión de alegre autosatisfacción en su rostro. Pasaron semanas de nuevas aplicaciones de ungüento día y noche. La casa estaba más calma de lo normal, con apenas algunas palabras que se decían cuando había que hacer algo. La quietud era todo menos pacífica. El aire que los cuatro respiraban estaba impregnado de la batalla que se estaba sosteniendo entre Marta y Warren.

A pesar de ser apenas un niño, Warren ya era un rival para su madre. La enfrentaba como nunca Earl o Melody habían osado hacerlo. La batalla entre ellos parecía ser sobre su comportamiento –el hábito de chuparse el dedo que Marta tanto odiaba– pero lo que estaba en juego era mucho más que eso. Una lucha

emocionar, tanto con reacciones de perturbación o inquietud como de admiración. La lectura de poesía conlleva un impacto estético, el cual puede tornarse alimento o instrumento para pensar sobre las experiencias emocionales, posibilitando el crecimiento mental. La creación literaria (artística) permite nombrar lo que no tiene nombre, algo que no existía o era inimaginable pero que se descubre y se

siente, como cuando el bebé percibe el seno por primera vez, como cuando alguien es besado y siente el beso, como cuando se ve la nieve; en definitiva, como cuando no hay palabras que puedan definir lo que se siente. De este modo, la intervención clínica del analista es enriquecida por el arte en forma general, dando lugar a la posibilidad de nuevos significados mentales.

de vida y muerte tenía lugar entre los dos. Estaba en juego su voluntad y la de ella. Ninguno tenía más que su voluntad como propiedad. Marta, en su cabeza, no era trabajadora de hacienda, pero tampoco moza, ni esposa, ni madre: era una llama pálida que se negaba a extinguirse. Ella *era* su negativa a ver frustrada su voluntad. De modo similar, Warren, en su cabeza, no era hijo ni alumno. Él *era* su negativa a ser extinguido por su madre.

En el medio de ese período de intensa guerra, una mañana, después de que Warren había terminado las tareas, Marta lo espío y lo vio sentado detrás del granero con el pulgar en la boca. O se había habituado a ignorar los efectos del unguento, lo que era muy posible para Warren, o había encontrado la manera de retirarlo de sus dedos. Marta pensó que tal vez Warren era consciente de que estaba rompiendo las reglas; que tal vez estaba ostentando su victoria sobre ella. El hecho de que ella viera al niño con el dedo en la boca fue sentido por toda la familia como el impacto por la explosión de un arma. No era preciso decir ninguna palabra. Había tenido lugar un cambio radical que parecía afectar todo el mundo físico y mental de la familia, como si la intensidad de la luz del sol hubiera aumentado repentinamente y el aire se hubiera vuelto más fino de lo que ya era. Había comenzado un cambio en Marta que nadie en el mundo, excepto Earl, había visto antes. La respuesta de Marta esa vez no era hervir de rabia, como era su costumbre cuando Warren desobedecía. Al contrario: se hundió tanto en sí misma que parecía ya no vivir más en la misma casa, o en el mismo mundo que los otros miembros de la familia.

Durante ese período, que duró varios días, Marta repetidamente perdía y recobraba su habilidad de transformar sus pensamientos en palabras para sí misma. Cuando lograba hablar consigo misma sobre lo que estaba sintiendo, percibía que no sólo estaba consumida por la amargura o la sed de venganza, sino que lo que sentía era futilidad, y no sólo en relación con la lucha con el niño sino sobre todo en relación con la creciente percepción de que jamás escaparía de la vida que el destino le había reservado. Cuando era estudiante de la universidad estatal conoció a Earl, un muchacho que le gustaba, pero a quien no amaba –en realidad no entendía mucho el significado de la palabra *amor* cuando escuchaba a otras personas usándola. Marta se casó a los 21 años y a los 25 ya tenía dos hijos y

La lectura del cuento de Ogden posibilita la aprehensión estética de vivencias emocionales que no causarían el mismo efecto si fueran transmitidas en lenguaje teórico. Difícil imaginar un texto psicoanalítico técnico, un relato de un caso, que nos impacte de forma más poderosa que la historia de Marta Bromfman, esa pobre mujer que enloquece frente a nuestros ojos atónitos y conmovidos,

a partir de un hecho aparentemente banal.

Coherente con esta propuesta, el autor (Ogden, 2006) recomienda leer poesía y ficción como parte de la formación de los psicoanalistas. Dice que es una forma de “entrenamiento del oído” y aseguró en los seminarios analíticos que ha coordinado que la escritura imaginativa ocupa un lugar esencial en el contacto con la vida onírica.



estaba viviendo su vida adulta como esposa de un trabajador de hacienda, algo que se había prometido nunca dejar que sucediera. Había mujeres que no se casaban ni tenían hijos, pero parecían ser más fuertes que ella. Aceptaban ser excluidas, ser vistas con pena, no como mujeres de verdad. Marta se atacaba a sí misma por ser tan débil como para haberse dejado llevar hasta donde estaba.

Durante esa serie de días en que todo se entreveraba en su mente, Marta se encontró corriendo hasta la farmacia, pero esta vez no para pedir un remedio – porque ella sabía que no había ninguno allí– sino para decirle algo a Jenny. Al abrir la puerta de la farmacia, Marta parecía diferente con Jenny; la miraba directamente a los ojos y se movía con una fuerte determinación.

Llevó a Jenny con firmeza hacia un rincón de la tienda, lejos de donde el Sr. Renkin estaba trabajando. “Tengo algunas palabras para decirte, y si no te las digo ahora temo que nunca lo haré, entonces, por favor, escúchame. Sólo va a llevar un minuto. Tú todavía eres joven y tienes tiempo para tomar algunas decisiones antes de que ellas sean tomadas por ti. Tienes que saber que cuando te casas y tienes hijos, la vida que tenías antes es arrancada de ti. No, en verdad tú la entregas al aceptar casarte y tener una familia, pero la mayoría de las mujeres no lo sabe y no siempre deciden tener una familia sino que tan sólo van y lo hacen. Es necesario ser una mujer muy fuerte para decidir no casarse ni tener hijos, y tú puedes ser o no una de ellas, pero quiero que tomes una decisión sobre eso antes de hacerlo, porque si realmente escoges esa vida, sentirás menos amargura en relación con la vida que dejas atrás”.

Marta no esperó una respuesta. No quería tener una charla, sino que esto era simplemente algo que le tenía que decir a esa muchacha, porque ella le había entregado un mensaje que le había permitido recuperar un poco de dignidad. Marta salió de la farmacia con pasos tan rápidos que parecía dejar una estela tras de sí.

Marta vivía ahora en un estado de espíritu en que nada se puede pensar, sino que se es arrastrado por un torrente de acción. Podía sentir la dirección en que se movía, pero no sentía nada, a excepción de su fuerza imperativa. Lo que estaba por suceder sucedería independientemente de la interferencia de nadie. Marta no sabía la fuente de la idea que la había tomado; era apenas su agente,

Ahora, una vez vivenciado el impacto estético proporcionado por el fuerte cuento de Ogden, cabe entonces buscar la objetivación necesaria de lo que tal lectura pueda haber provocado en nosotros como psicoanalistas.

### **El desarrollo de la narrativa**

El telón de fondo sobre el cual se desarrolla la narrativa es presagio de acontecimientos ca-

paces de causar un fuerte desequilibrio en aquella aparente vida inmóvil. Ogden comienza describiendo un paisaje árido, una fina polvareda que se mueve con el aire y cierta desolación surgida de la serie de sequías de los últimos años, característica de tiempos difíciles. La carretera que lleva a la hacienda Bromfman no es diferente a miles de otras carreteras, pero lo que sucede en cada hacienda, en cada casa,

no su arquitecta. La idea podía haber tenido origen en algo que su madre o su abuela, o incluso alguna amiga, le habían dicho cuando era pequeña, o en alguna conversación que había escuchado por casualidad, o tal vez en un sueño, o quizás fuera tan sólo una idea de su propia autoría, que había surgido meses o años atrás y que ahora se transformaba compulsivamente de algo imaginado a algo que no podía ser más real y que tampoco podía ser detenido.

Marta, en lugar de volver al bar como era de costumbre después de sus visitas a la farmacia, fue directa hacia el supermercado. Eligió allí un par de guantes de trabajo y unos cordones de cuero. Cuando se dio cuenta, estaba en la calle nuevamente y no recordaba ni quién estaba en la caja ni haber abierto la cartera para pagar su compra. Miró sus manos para ver si llevaba una bolsa con los guantes y los cordones y cuán grande era. Vio en su mano izquierda una bolsa de papel marrón. Miró adentro y vio los guantes y los cordones que había pretendido comprar, lo que le aseguró que no estaba volviéndose loca. De cualquier manera, se preocupó por tal vez haber parecido extraña o haber dicho algo sin sentido, o, aún peor, haber comentado algo sobre el motivo por el que había comprado esas cosas. Se preguntó si estaba soñando y después despertaría para descubrir que su vida seguía simple y convencional; cuál sería el presente –aunque su vida jamás le había ofrecido ese tipo de presente.

Cuando Marta finalmente volvió al bar, descubrió que había estado fuera por más de una hora. El resto del día fue insignificante, excepto como período de espera antes de que comenzara el evento principal. Ese tipo de espera era conocido por Marta. Cuando era niña, cada día era un día de espera para el suceso principal: la vuelta de su padre a casa al final del día. Había aprendido a dejar el terror de lado mientras esperaba. Claro que las cosas eran diferentes ahora. Era una mujer adulta, con marido e hijos, pero de alguna manera la sensación de ese tipo específico de espera no había desaparecido de su vida cotidiana.

En la cena, Earl dijo: “La previsión del tiempo dice que no va a llover en esta semana y que probablemente llueva muy poco en las próximas”.

Algunos minutos después: “Jeffers, del otro lado de la carretera, dice que su yegua está enferma de algo. El veterinario ya la vio y dijo que es probable que sea gripe. Eso se va a esparcir como fuego”.

en cada mente, puede seguir un camino y una trama particular y, por lo tanto, única.

En este escenario, el suspenso y la conexión con los personajes se establece de inmediato y es posible verlos con claridad y acompañar sus dramas, dilemas y sufrimientos. Ogden presenta una familia de cuatro personas, cuyas vidas se restringen a las vicisitudes de una hacienda en el interior del estado de Kansas. A

la aridez del ambiente se suma el despojamiento, la falta de perspectiva o ambición para todo lo que no sea trabajar por el sustento, repitiendo las mismas tareas día tras día.

Son habitantes de una casa mínima, sin ningún confort ni objetos que indiquen la más simple búsqueda de placer, lo cual sugiere un mundo interno sofocado, despojado de la capacidad de pensar y reflexionar sobre lo que

Earl parecía no hablarle a nadie en particular, y tampoco esperar respuesta. Warren y Melody estaban quietos, como siempre lo hacían en la cena, sin mirar más que la comida en sus platos. Marta estaba inmersa en sus pensamientos.

Poco antes de la hora de dormir, Warren no se sorprendió cuando su madre le dijo que fuera con ella al fondo, y tampoco tuvo ninguna reacción al ver los guantes de cuero que ella sacó de la bolsa de papel marrón.

“Dame tus manos que te voy a poner esto. Es por tu propio bien. No puedes seguir siendo un bebé en lugar de ser como los demás niños de tu edad”.

Warren extendió las manos, palmas hacia arriba, dedos estirados y separados, como si le mostrara a su madre que no estaba escondiendo nada. Después de deslizar los dedos en los guantes, que eran demasiado grandes para él, Marta tomó los largos cordones de cuero de la bolsa y los ató cuidadosamente en el puño de cada guante. Los cordones eran largos, por eso necesitaban ser enroscados en el puño varias veces, lo que hacía que quedaran más ajustados de lo que Marta esperaba. Warren estaba quieto, con los ojos fijos en la línea oscura que las montañas formaban contra el cielo del atardecer detrás de la cabeza de su madre.

Después de todas las tentativas fracasadas de hacer que Warren parara de chuparse el dedo, Marta ya sabía que estaba enfrentando a un niño extraordinariamente porfiado. Él había dejado de ser su hijo y ella había dejado de ser su madre; era un animal que tenía que domar y ella era una mujer que no descansaría hasta que esa tarea fuera concluida. No tenía idea de cómo la situación había llegado a eso; los eventos se habían sucedido uno tras otro hasta llevarla a esa escena en la que ataba guantes de cuero a un niño de 11 años, tan apretadamente que sabía que si calculaba mal le podía cortar la circulación de la sangre y provocar un caso de gangrena que exigiría la amputación de los dedos, o quizás de las manos. Tal vez ese fuera el precipicio hacia el cual estaba siendo irresistiblemente atraída.

Warren no lloró, ni reclamó.

A la mañana siguiente, Warren salió de su cuarto con los guantes en las manos y los cordones atados. Se paró silenciosamente delante de su madre, pidiéndole que le quitara los guantes para que pudiera cambiarse de ropa y hacer

está ocurriendo. Las personas allí parecen vivir tan sólo mecánicamente. Sin embargo, ese ambiente monótono puede, a cualquier hora, estar sujeto a catástrofes tales como enjambres de langostas, sequías, heladas o plagas capaces de destruir toda la cosecha.

Tal construcción literaria, con su poder impactante, se ofrece a nosotros, psicoanalistas, como fuente de reflexión, cuestionamientos y

posibles elaboraciones teóricas sobre el psicoanálisis. Las preguntas que de inmediato se imponen son: ¿qué lleva al desencadenamiento de un odio tan destructivo en una relación objeto cargada de afecto tal como lo es la de madre e hijo? ¿Cómo comprender la naturaleza de ese odio? ¿Qué motivaciones ocultas determinan el comportamiento de estas personas? ¿A qué indicios nos apunta el cuento?

sus tareas antes del desayuno. Marta desató los cordones, quitó los guantes de las manos del niño y, cuidadosamente, los guardó en el último cajón del armario que estaba a la derecha de la estufa a leña. Él volvió a su cuarto a ponerse las ropas de trabajo, como si nada extraño hubiera pasado.

Esa rutina se repitió varios días. Una mañana, después de que Warren ya se había vestido, fue hasta el granero donde su padre y Melody ya estaban trabajando. Antes de entrar escuchó a Melody implorándole a su padre que hiciera algo para que su madre dejara de tratarlo con tanta crueldad.

–Ella está loca, tú sabes eso. ¿Por qué no haces nada para detenerla?

Earl se quedó sin palabras. Finalmente dijo:

–No es tan fácil. El orgullo de tu madre fue herido por Warren. Sufre cuando él se avergüenza a sí mismo y a ella en la escuela, frente a los vecinos.

–Lo está atando con guantes y cuerdas. Yo no aguanto ver eso. No sé cómo tú puedes. Lo desato cuando se va a dormir y lo ato de nuevo en la mañana.

Earl la miró con ojos profundos y tristes, y dijo:

–Sé que haces eso. Está bien que lo hagas.

–Si entiendes que eso está bien, ¿por qué no haces algo? ¿Por qué no haces tú lo que hay que hacer?

–Me gustaría poder explicarlo, Melody, pero no sé cómo.

–No me importan tus explicaciones, me importa que hagas algo. Tú eres su padre.

–No hace falta que me lo recuerdes –respondió Earl. Yo nunca me olvido, aunque a veces parezca que sí.

Warren observaba silenciosamente en la puerta del granero.

Marta estaba en la cocina cuando los tres volvieron de sus tareas y sintió que algo había ocurrido allá afuera. Era como si, de repente, se hubiera dado cuenta de algo que había estado enfrente de ella todo el tiempo. Dijo, en un tono bajo y sin expresión: “Ven aquí”. No había necesidad de explicar con quién estaba hablando. Warren fue hasta ella y extendió sus manos con las palmas hacia abajo, sin que ella tampoco necesitara pedírselo. Ella le tomó de a una mano por vez, examinándolas con cuidado. Estaba interesada principalmente en el pulgar derecho. La piel de aquel dedo aún estaba blanda por haber estado en la boca del

En el escenario descrito se desarrolla la trama que tiene como tema central el conflicto de la madre, Marta, con su hijo menor, Warren. Inicialmente el problema surge como una preocupación razonable de la madre con respecto al hábito regresivo del hijo de chuparse el dedo y de estar siempre pegado a ella. Esto, sin embargo, evoluciona hacia una verdadera guerra que desemboca en un odio mortal por parte

de Marta contra la férrea resistencia de Warren. Una lucha de vida y muerte se establece entre los dos. La violencia de los episodios finales y el trágico desenlace señalan el hecho de que se han puesto en juego allí fuerzas emocionales mucho más poderosas que las que una simple preocupación materna pudiera dejar ver.

Marta lleva consigo las marcas de la frustración. Está precozmente envejecida. Es in-

niño toda la noche y eran significativas las marcas que sus dos dientes inferiores habían dejado en la parte de arriba del dedo, impresiones que eran muy familiares para Marta. Sabía con seguridad que Warren había dormido toda la noche con el pulgar derecho en su boca y que Melody o Earl, o ambos, le habían sacado los guantes y se los habían vuelto a poner por la mañana. Warren se dio vuelta y volvió a su lugar en la mesa, dándole la espalda a su madre.

Marta se sumergió entonces en un acceso de rabia tan salvaje que ni Earl ni los niños le habían visto nunca. Gritaba, lloraba e imploraba a Dios que le dijera qué había hecho para merecer un hijo tan porfiado, odioso y egoísta como ese, que se avergonzaba a sí mismo, a su madre y a su familia todos los días de su vida. Le gritó: “Yo nunca te quise. ¿Sabes eso?”. Warren, todavía de espaldas, no demostró la menor sorpresa por lo que ella le decía.

Earl se acercó a Marta, pero ella retrocedió, gritando: “Mantente lejos de mí. No te atrevas a tocarme”.

Él le dijo, en voz baja y tan calmadamente como podía:

–Marta... Marta, has sido una buena madre para el niño, hiciste lo correcto con él.

El silencio invadió la cocina. El momento eterno y quieto antes de la explosión de una granada. El sol había subido a lo alto del almacén y lanzaba un haz de luz sobre la mesa, antes de tocar la pared opuesta, donde la pintura amarilla se decoloraba en blanco tiza. El momento fue interrumpido cuando Marta levantó la cabeza y dirigió su mirada hacia Earl y Melody, que estaban parados entre ella y la mesa donde Warren estaba sentado. Los increpó: “Ustedes están de su lado desde el comienzo. Yo ya pasé por un infierno con él y ustedes tienen la osadía de juzgarme y deshacer lo que yo tanto trabajé por hacer”. Warren, todavía sentado en la mesa, de espaldas a lo que estaba sucediendo, miraba impasible el brillo de luz que venía de las ventanas.

Con la voz más gentil que era capaz de emitir, Earl dijo: “Nosotros no estamos en contra de ti. Sabemos que te preocupas por el niño y que haces lo mejor que puedes para ayudarlo”.

Marta caminaba de aquí para allá, cerca de la pared donde estaban la cocina y la piletta, con ojos vidriosos. Entonces, en lo que pareció ser un único movimiento,

capaz de realizar su función continente materna con un hijo necesitado y dependiente que la sigue por todas partes. Es alguien que no experimentó amor ni amparo –tan necesarios para el ser humano– y que carga la amargura como una plaga que se arrastra y se extiende por generaciones, y que puede destruir vidas. Contra estas carencias, Marta yergue rígidas defensas que sofocan cualquier ex-

presión de afecto. Entiende que revelar sentimientos es señal de debilidad, y que a los débiles no les va bien en este mundo.

Su incapacidad para ejercer el papel de madre apta para criar hijos capaces y autónomos es denunciada por el comportamiento de Warren. La actitud del niño es motivo de profunda vergüenza, principalmente frente a las observaciones de la profesora. Se hace

agarró un cuchillo de arriba del armario de la derecha de la estufa, pasó volando sobre Earl, sujetó la mano derecha de Warren y la apretó contra la mesa, tirando al piso el plato, el vaso y el tenedor. Se inclinó sobre su hombro derecho, todavía apretando la mano de Warren contra la mesa, y levantó el brazo para apuñalar la mano que tanto la oprimía. El niño no opuso ninguna resistencia. Earl, saliendo de un momento de parálisis, dio un salto, tomó el brazo de Marta por encima del codo y la empujó lejos de Warren. Cuando Marta se volvió en dirección a Earl, la hoja del cuchillo rasguñó su hombro. La rabia en los ojos de ella parecía aumentar ante la traición de Earl. Se alejó de él tambaleándose, recuperó su equilibrio e intentó otro golpe hacia la mano del niño que seguía extendida en la mesa, con los dedos estirados como ella los había dejado. Earl la tomó por su antebrazo, pero esta vez con más fuerza, y giró su cuerpo para alejarla de la mesa, de forma que quedaron cara a cara, con apenas centímetros entre los dos. Earl, sosteniendo el brazo de Marta cerca de su cuerpo, se sorprendió por la enorme fuerza física con que ella pudo liberarse de su control y, al hacerlo, cortarle la piel entre su pulgar y su dedo índice. Miró su mano, que sangraba abundantemente, y luego miró a Marta en forma amenazante. Ella, nuevamente en pie, estaba preparándose para otro ataque a Warren. Earl retrocedió un paso y entonces, con las rodillas flexionadas y las manos a los lados, dio un salto y dirigió su hombro directo al cuello de Marta, lanzándola por el aire. Ella cayó de espaldas, agitando los brazos como si intentara agarrarse de algo; su cabeza golpeó el piso antes que el resto del cuerpo, mientras que el cuchillo salía volando hasta el pie de la escalera que iba al segundo piso. Y, entonces, nada.

El cuerpo de Marta estaba inmóvil. Sus hombros habían quedado fijos en el piso como si hubieran sido clavados allí durante la lucha. Lo que era más alarmante era la forma en que su cabeza se distanciaba de su cuello, en un ángulo que parecía de muñeca quebrada y arrojada a un montón de basura. Sus brazos y piernas estaban como desparramados para todos lados, señal de una absoluta y final desconexión de cuerpo y alma.

Earl dio algunos pasos, se arrodilló al lado de la cabeza de Marta y, con lentitud, deslizó la mano izquierda por su espalda y la derecha bajo su cabeza.

necesario, entonces, eliminar aquel tumor que desgracia su vida –Warren–, que no sólo da cuenta de su incompetencia como madre sino que también delata a la niña desamparada y carente de amor materno que hay dentro de ella, y a la que intenta sofocar por todos los medios.

Podríamos pensar en Marta como en la representación de la pulsión de muerte, si nos

atenemos a la forma desvitalizada en que es descrita en el texto. Sin embargo, Ogden también sugiere que este comportamiento podría ser una tentativa extrema de librarse del sentimiento de muerte producto de la ausencia precoz de un objeto que la sedujera en el placer de vivir. Seremos más complacientes con Marta si comprendemos su embotamiento afectivo como la única forma posible que encontró para

Al comenzar a levantarla para intentar sentarla, la cabeza de ella cayó hacia el costado. Por reflejo, Earl extendió su brazo con miedo y volvió a acostarla delicadamente en el piso. La cocina estaba en silencio, un silencio diferente a los que ya conocían. El aire estaba pesado, con partículas de polvo iluminadas por la luz solar que entraba por las ventanas. Warren todavía estaba sentado a la mesa, sin haberse dado vuelta nunca para ver lo que sucedía detrás de él. Melody estaba algunos pasos detrás de su padre, viendo cómo él se había arrodillado al lado del cuerpo.

Después de algún tiempo –ninguno de ellos sabía cuánto–, Melody preguntó: “¿Está muerta?”

Earl, en su propio mundo, no escuchó la pregunta. Melody dio pequeños pasos en dirección a su madre. No veía ningún movimiento en su pecho. Vio sí un pequeño charco de sangre que crecía desde la oreja derecha de su madre, que se presionaba contra el suelo.

Melody pensó: “Es mi culpa que esto haya sucedido. Yo la odiaba. Yo no quiero una madre. Y no quiero nunca ser una madre”.

Earl pensó: “Ella resultó más herida que los otros, incluso más que el niño”.

Warren miró fijo al sol hasta que tuvo que cerrar los ojos, al ver puntos de varios colores que bailaban en su frente.

Melody quebró el silencio: “¿No tenemos que llamar a alguien?”

Earl no había pensado en eso: no parecía real que hubiera matado a su esposa hacía algunos minutos –¿u horas?– y que ahora estuviera arrodillado al lado de su cuerpo. ¿Qué otra cosa se podía hacer más que llamar al departamento del *sheriff*?

Randy Larsen llegó a la hacienda Bromfman menos de una hora después de la llamada de Earl, manejando el auto color crema del *sheriff* del condado, con la insignia y el lema pintados a los costados. Cuando estacionó cerca de la camioneta *pick-up* de Earl, él estaba afuera, esperando, con una venda en su mano derecha, envuelta torpemente alrededor de su pulgar y su índice.

–Ey, Earl, siento mucho escuchar que alguien falleció aquí.

A Earl le pareció que Randy intentaba ser cortés dejando abierta la posibilidad de que fuera algo más que eso.

sobrevivir psíquicamente. La vida, en su dimensión más amplia, ya le había sido robada al nacer, y es esa la herencia que le fue legada.

Como describe el autor, Marta perdía y recuperaba su capacidad para transformar pensamientos en palabras para ella misma. La declinación creciente de su capacidad mental alcanza el punto en que ya no piensa más. Es arrastrada a un torrente de acción y, nítida-

mente psicótica, siente que todos están contra ella y se lanza al ataque, intentando destruir y eliminar lo que tanta vergüenza y tanto sufrimiento le causa; concretamente, los dedos de su hijo.

Por otro lado, Warren, en su empecinamiento por la sobrevivencia, se aferra al autoerotismo y para ello cuenta con la ayuda de su hermana Melody, retratada en el cuento

Sabiendo que lo que estaba a punto de decir sería impactante para Randy, pero que él no lo demostraría, respondió: “Vamos a terminar con esto. El cuerpo de Marta está en la cocina. ¿Por qué no entramos?”

Randy siguió a Earl silenciosamente hacia el fondo de la casa, donde éste le abrió la puerta de la cocina. Earl abrió primero la puerta de mosquetero y luego la otra, haciendo un gesto para que Randy entrara antes que él, un cuidado que probablemente no tendría en circunstancias normales. Randy quedó parado en el vano de la puerta, tomándose un tiempo para examinar la habitación antes de entrar. El cuerpo de Marta estaba en el piso, con el rostro hacia arriba; una mancha de sangre de cerca de sesenta centímetros de diámetro se esparcía por debajo de su pelo. Sus brazos estaban extendidos hacia adelante y su pierna derecha había quedado estirada encima de la izquierda. Nadie había arreglado su vestido, que mostraba la pierna derecha hasta la altura del muslo. El cuchillo estaba en el piso, del otro lado de la cocina. Un plato y un vaso de plástico habían ido a parar a la otra punta de la cocina, a la izquierda de Randy, en las sombras cercanas a una silla desvencijada. A Randy le parecía que no se había tocado nada en la habitación después de que Marta muriera, y que esa era la forma en que Earl decía “no tengo nada que esconder”. En realidad, Earl no pretendía hacer ningún tipo de afirmación. Simplemente no se le había ocurrido ordenar las cosas. Lo que había pasado, había pasado, y lo que fuera a suceder, sucedería.

Randy se aproximó a Marta y hábilmente tomó su pulso sin encontrar nada. Observó cuidadosamente el cuerpo, comenzando por la cabeza y el cuello quebrado. Le levantó la cabeza y después de moverla hacia los costados la apoyó con delicadeza de nuevo en el piso. Repasó metódicamente el torso, los brazos, las manos, las uñas, el abdomen, la espalda, las piernas y los pies, buscando cortes, contusiones, hematomas, ropa rasgada, orina o heces. Earl sentía como si su mente estuviera siendo inspeccionada en busca de evidencias de culpa, odio, amargura, alivio, celos, infidelidad y cualquier motivo abominable conocido por el hombre.

Randy volvió a ponerse de pie y, después de respirar hondo, se dirigió a Earl y le dijo: “Dime lo que sucedió.”

Earl le dijo: “No soy bueno para contar cosas. Marta siempre decía eso. Puedo empezar por el final. Yo nunca esperé nada así de Marta. Fue como si

como portavoz del principio de realidad. En cuanto a la elección de ese nombre, es bueno recordar el lugar destacado que Ogden le da a la música en algunos de sus trabajos, por ejemplo, cuando escribe sobre la “música” que tiene lugar en el discurso del paciente, o como cuando se refiere, en otro texto, a la expresión teatral “*face the music*” como el acto de encarar la verdad (Ogden, 2010).

La fuga de la realidad está representada en la actitud ausente y pasiva del padre, Earl. Apegado a un imperativo paterno, Earl persiste en la determinación frustrada de mantener una hacienda condenada frente a los modernos métodos de cultivo, irrigación y transporte adoptados por las grandes corporaciones agrícolas. Se muestra ajeno al drama que ocurre en su propia casa hasta que, ante la violencia



algo se hubiera apropiado de ella. Vino hasta mí con ese cuchillo que está allí en el piso y cuando yo me corrí para salirme de su camino me cortó el hombro. No fue nada profundo. Intenté sacarle el cuchillo, porque Warren estaba sentado en la mesa, esperando el desayuno, y Melody estaba parada a mi lado. No quería que ellos salieran lastimados. Intenté sacarle el cuchillo. Ella era mucho más fuerte de lo que yo esperaba y la hoja cortó mi mano, pero no mucho. Yo tenía que hacer algo para prevenir que eso llegara más lejos. Ya la había visto antes con rabia, pero nunca así. No planeé lo que iba a hacer. Creo que fue instinto, pero la golpeé como hacía cuando era atacante, yendo contra otro jugador. Creo que arremetí muy fuerte, más fuerte de lo que esperaba, y ella cayó y se golpeó la cabeza contra el piso. La vi cayendo como si fuera en cámara lenta, como en las películas. Realmente fue así. La vi caer y supe que era grave, porque su cabeza iba a golpearse primero y sabía que eso era malo. Como no se movió, me acerqué a ver cómo estaba. No se movía, ni respiraba. Ya estaba muerta”.

Randy miró a Earl y le dijo:

–¿No tienes idea del motivo que tenía para estar tan furiosa al punto de atacarte con un cuchillo?

–No, no tengo idea.

Randy lo presionó.

–No tienes idea. No había nada que estuviera pasando entre ustedes. Cuando se está casado por mucho tiempo, como Marta y tú, se conoce muy bien a la otra persona, quiero decir, se sabe lo que la pone furiosa. ¿Ninguna idea?

–No, lo diría si supiera.

Randy quedó inmóvil unos instantes y echó un vistazo a la cocina otra vez. Entonces dijo: “Earl, en 12 años como *sheriff* he escuchado más historias de las que puedo contar sobre cómo alguien se hirió y terminó muerto. Como yo no estoy ahí cuando esas cosas pasan, tan sólo puedo escuchar las historias y ver si tienen sentido para mí. Siempre hay una cosa u otra que hace que la historia cierre para mí y, cuando eso sucede, me doy cuenta de que lo que escuché es la verdad. ¿Me entiendes?”

–No, creo que no entiendo.

del cuadro psicótico que surge frente a él, explota en un gesto de desmedida violencia.

En definitiva, la aparente quietud de la casa de los Bromfmam abrigaba muchos gritos desesperados, sofocados. El dolor sin amparo que no cesa alcanza niveles insostenibles, rasgando la narrativa y dejando a todos en carne viva en aquella familia. El sufrimiento se esparce como el fuego en la casa de los Bromfmam.

La herencia, culpa que cada uno carga dentro de sí y que lega a las otras generaciones, parece ser la representación de la pulsión de muerte, muy intensa en esta familia; aspectos de la naturaleza más íntima del ser humano, que por momentos nos resultan incomprensibles.

La hacienda condenada consiste en la elección de una vida condenada a desistir de los

–Tengo que decir, Earl, no como *sheriff* sino como alguien que te conoce desde hace bastante tiempo y que no quiere verte en complicaciones con la ley, que no creo que merezcas... Lo que estoy intentando decir es que tú no me estás diciendo nada con sentido. No me parece que estés mintiendo porque te conozco y no eres así, pero creo que estás dejando algo afuera y eso hace parecer que no estás diciendo la verdad. Eso es lo que me preocupa, Earl. Que vas a contar esta historia y nadie te va a creer y te vas a hundir tanto que no vas a poder salir. No estamos hablando de derribar la cerca de alguien con el tractor, estamos hablando de una persona muerta.

–Sé que estás conmigo. Y sé que estás tratando de ayudarme, pero conté lo sucedido de la mejor manera que pude. Cada palabra que dije es verdad.

–Earl, déjame ver si entendí con claridad. Marta, de la nada, tomó un cuchillo, te atacó, te cortó el hombro y después la mano mientras tú intentabas sacárselo, entonces le diste un golpe de fútbol americano tan fuerte que la hizo volar y caer al piso de cabeza, de forma tal que se quebró el cuello y murió instantáneamente, y no tienes la menor idea del motivo por el cual intentó acuchillarte.

Earl sabía que estaba dejando afuera lo que más le dolería a Marta si toda la ciudad lo supiera. Lo que sucedía en la casa de su familia y lo que sucedió en el pasado no era asunto de nadie, sólo de ella. No tenía nada que ver con lo que la ley debía saber sobre cómo murió.

Randy parecía necesitar entenderlo todo, y lo que no entendía le molestaba. “Earl, tengo que decirte que mi experiencia como *sheriff* me lleva a una conclusión: tiene que haber habido una pelea –como mínimo– que dejara a Marta tan irritada como para atacarte con un cuchillo. Las personas no hacen lo que hizo Marta sin un motivo. Hasta los locos tienen razones para hacer lo que hacen, de lo contrario no lo harían. Y los locos no andan por ahí acuchillando a otros sin que nadie sepa que algo está mal”.

Earl miró a Randy como si volviera a decir que ya había contado todo lo que tenía para contar.

Randy hizo una pausa antes de decir: “Earl, odio tener que hacer esto, pero antes de irme necesito hablar con los niños, si a ti no te importa. Dices que estaban en la cocina cuando todo sucedió”.

objetivos propios para seguir aquellos del padre. ¿Sería esta la herencia de Earl?

Melody pensó “es culpa mía que esto haya sucedido. Yo la odiaba. Yo no quiero una madre ni tampoco ser una”. ¿Sería esa la herencia de Melody?

Earl pensó “ella resultó más herida que los otros, incluso más que el niño”. ¿Sería esa la herencia de Marta?

“Warren miró fijo al sol hasta que tuvo que cerrar los ojos, al ver puntos de varios colores que bailaban en su frente”. ¿Sería esta la herencia de Warren?

Sin embargo, finalmente se revela alguien interesado en escuchar. La llegada de Randy, experiente investigador, que escucha lo que va cobrando sentido y habla sin sonar como una autoridad, es seguida de lágrimas –pro-

Earl llamó a Warren y a Melody, que estaban en la casita de atrás mirando la puerta de la cocina a través de la persiana mientras su padre y el *sheriff* conversaban durante lo que parecían ser horas. Sabían que el hombre era el *sheriff* por la insignia verde pintada en los costados del auto. Cuando su padre los llamó demoraron un poco en salir, para disimular que estaban espiando.

Randy les dijo que sentía mucho lo que le había pasado a su madre y que sabía que esto debía ser muy difícil, pero que le gustaría conversar con ellos, sólo por unos minutos, para ver si le podían contar lo que había pasado, porque cada persona ve cosas que otros no ven.

Randy se volvió hacia Melody porque era la mayor y le pidió que le contase lo sucedido. Ella contó la historia como su padre le había dicho que la contara, pero habló de modo que parecía estar recitando las tablas.

Intentando reformular su pregunta para hacer que ella se saliera del camino que Earl había escrito, Randy le preguntó si sabía si algo había estado molestando a su madre recientemente. Melody no pudo evitar decir lo que sabía porque, finalmente, había alguien interesado en escuchar. Le contó entonces al *sheriff* cómo su madre venía siendo cruel con Warren desde hacía un buen tiempo, sin motivo aparente. Dudó antes de continuar, porque no quería avergonzar a Warren, pero nada iba a detener lo que ella quería decir desde hacía tanto tiempo: que su madre se sentía avergonzada porque Warren, a su edad, se chupaba el dedo hasta en la escuela, donde todos lo podían ver, y que ella había intentado castigarlo y no había funcionado, que había intentado con un ungüento que tampoco había funcionado y que, finalmente, había probado con unos guantes de cuero.

Hasta ese momento Randy sólo había escuchado a Melody y no la había interrumpido, porque estaba contando la historia con claridad, pero sí lo hizo cuando ella mencionó los guantes de cuero.

—¿De qué tipo de guantes me estás hablando?

—Guantes de cuero, como los que los hombres usan para hacer trabajo pesado, como cortar madera o cargar camiones de heno. Ella los guardaba en el último cajón del armario de la cocina.

—¿Y me estás diciendo que Warren tenía que usarlos en la noche?

vocadas por la bondad y no por el dolor— que se escurren por el rostro de Melody.

Es en este momento de palabra y escucha que se rompe el secreto, el destino repetitivo del dolor que rondaba silenciosamente sobre la cabeza de los niños. ¿Y sería también de donde advendrá la posibilidad de un nuevo comienzo? ¿Posibilidad de ruptura con la herencia tan fatídicamente legada en aquella fa-

milia? ¿O será este el vestigio de esperanza necesario como para que pudiéramos narrar esta historia que tanto nos impactó?

## Referencias

Bion, W. R. (1973). *Atenção e interpretação: uma aproximação científica à compreensão interna na psicanálise e dos grupos*. Rio de Janeiro: Imago.

–Sí, ella se los ponía a Warren de noche y los ataba con unos cordones de cuero en los puños para que no se los pudiera sacar. Él no se los sacaría, porque hace lo que le mandan, pero ella se los ataba para asegurarse de que no lo intentara.

Randy, intentando no demostrar ningún sentimiento sobre lo que estaba escuchando, preguntó:

–¿Por cuánto tiempo tu madre le ató los guantes a Warren?

–Apenas algunos días, pero yo no aguantaba verlo así ni una vez, entonces le desataba los guantes después de que se iba a dormir y se los volvía a poner por la mañana. Fue eso lo que la puso furiosa. Enloqueció esa mañana cuando se dio cuenta de que alguien le había sacado los guantes a Warren. Fui yo quien se los sacó. Lo que hice causó su muerte. Pero yo no aguantaba más ver aquello.

Randy, sin sonar como *sheriff*, dijo: “Melody, tú no hiciste que ella muriera. Los adultos se meten en problemas y terminan muriendo sin ayuda de los niños. Tú sólo estabas siendo la hermana mayor de tu hermano, una hermana mayor que yo estaría orgullo de tener”.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Melody. No recordaba la última vez que había llorado, pero sabía que había sido hacía años. Debía de haber sido porque su madre le hizo alguna maldad –o a Warren–, pero no lograba recordar porque había pasado hacía mucho tiempo. Melody sintió aquella vez que cuando lloró su madre ganó dos veces, y desde entonces se prometió que nunca más lloraría. No imaginaba que no sería el dolor sino la bondad lo que la haría quebrar su promesa.

Randy le pidió a Melody que continuara contando lo que había sucedido. Ella se limpió la nariz con el brazo y suspiró profundamente. Warren miraba fijamente a Melody, esperando escuchar qué más diría. “Esa mañana papá, Warren y yo entramos en la cocina después de terminar las tareas. Ella estaba peor de lo que ya la habíamos visto. Nos miró una vez y ordenó que Warren le mostrara la mano derecha. Se dio cuenta de que él se había chupado el pulgar. No sé cómo estaba tan segura, pero ella sabía. Los guantes no habían funcionado, entonces ella dedujo que papi o yo le habíamos sacado los guantes y que estábamos contra ella. Me olvidé de lo que dijo, quizás no dijo nada, pero agarró un cuchillo

Bion, W. R. (1991). Introduction... prelude... overture & beginners... one, two... En W. R. Bion, *A memoir of the future* (p. 9). London: Karnac Books.

Fischer, E. (1967). *A necessidade da arte*. Rio de Janeiro: Zahar Editores. (Trabajo original publicado en 1959)

Freud, S. (1976). Delírios e sonhos na Grádiva de Jensen. En S. Freud, *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vols. 9 y 5). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1907)

Meltzer, D. (1986). *Metapsicología ampliada* (p. 237). Buenos Aires: Spatia Editorial.

Meltzer, D. & Harris, W. M. (1995). *A apreensão do belo: o papel do conflito estético no desenvolvimento, na violência e na arte*. Rio de Janeiro: Imago.

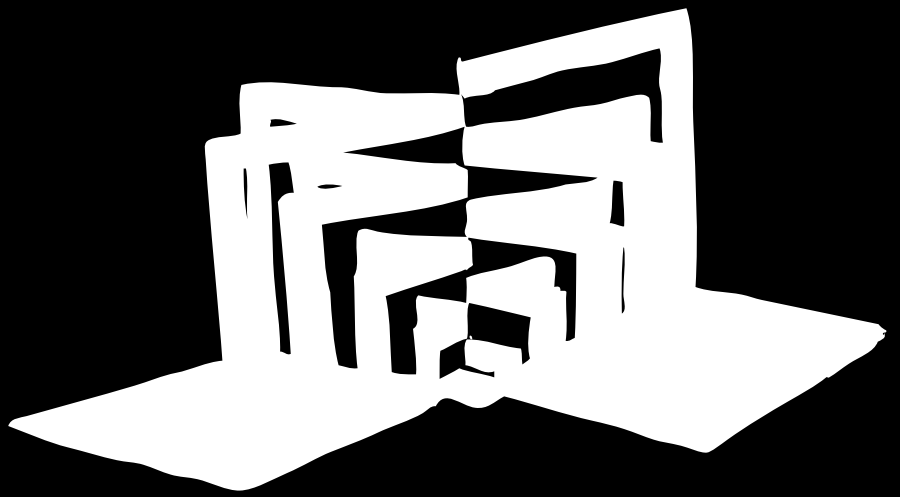
Ogden, T. H. (2006). On teaching psychoanalysis. *Int J Psychoanal*, 87, pp. 1069-1085.

Ogden, T. H. (2010). Do que eu não abriria mão. En T. H. Ogden, *Esta arte da psicanálise* (pp. 39-47). Porto Alegre: Artes Médicas.

de arriba del armario de al lado de la estufa, donde se guardan los cuchillos y las ollas, corrió para donde estaba Warren, en la mesa, y antes de que alguien se diera cuenta de lo que iba a hacer, le agarró la mano y se la puso encima de la mesa. Entonces nos dimos cuenta de que se lo iba a clavar en la mano o que le iba a cortar la mano, o algo así. Fue ahí que papá saltó entre ella y Warren y le agarró el brazo que tenía el cuchillo. Ella se pudo soltar y fue de nuevo en dirección a Warren. Entonces papá se lanzó contra ella... y ella cayó fuerte al piso, y no estaba respirando, y estaba muerta”.

Melody sabía que no le había dicho al *sheriff* lo que le había dicho a su padre en el granero –que cualquiera podía ver que su madre estaba loca y que él tenía que hacer algo para que ella parara de tratar a Warren así. Pero concluyó que guardándose eso para sí no cambiaba en nada el hecho de que su padre no había hecho nada malo: su madre había intentado acuchillar a Warren y su padre sólo había intentado impedirselo. A Earl no le importó que Melody hubiera contado la historia tal como lo hizo, a pesar de que eso hacía ver que no le había dicho toda la verdad a Randy. Estaba bien que Melody contara así la historia, pensó, aunque él mismo no lo hubiera hecho.





Textual

**Juan Villoro** (Ciudad de México, 1956) es hombre de oficios varios. Estudió sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana. Fue diplomático en los años 80. Ha ejercido las letras desde diversos lugares: guionista de radio, compositor de canciones de rock, periodista, traductor, profesor universitario. Los temas de su producción escrita también son variados y ejerce en diversos géneros, entre los que se destacan la crónica y la novela, pero también ha hecho teatro y literatura infantil.

Se destaca su pasión por el fútbol, es hincha declarado del Necaxa, pero como tiene gustos diversos y gran parte de su tiempo la pasa entre España y México, también comparte su pasión futbolera por la magia del Barcelona. Es profesor de literatura de la Universidad Pompeu Fabra en dicha ciudad.

Ha recibido diversos premios, entre los que se destacan el premio Herralde (2004) por su novela *El testigo* y el Premio de Letras Iberoamericanas José Donoso (2012).

**De su producción podemos destacar en novela:**

- *El disparo de Argón*. Madrid, Alfaguara, 1991.
- *El testigo*. Barcelona, Anagrama, 2004.
- *Arrecife*. Barcelona, Anagrama, 2012.

**En cuento:**

- *Los culpables*. México, Almadía, 2007.
- *Forward: Kioto*. México, La ratona cartonera, 2010.

**En ensayo:**

- *Efectos personales*. Barcelona, Anagrama, 2001.
- *De eso se trata*. Barcelona, Anagrama, 2008.

**En crónica:**

- *Los once de la tribu*. México, Aguilar, 1995.
- *Dios es redondo, ensayos y crónicas sobre fútbol*. México, Planeta, 2006.



Foto: Cristina Marcano





## “Hechizar el mundo es una forma de soportarlo”

Entrevista a Juan Villoro\*

**Tu escritura abarca distintas temáticas y estilos que van desde la crónica –que relata hechos reales– hasta la novela y el cuento –que los inventa–. ¿Cuál es tu perspectiva sobre términos como *realidad, verdad, imaginación y ficción*? ¿Cómo juegas en el paso de un estilo a otro?**

Me parece interesante considerar la validez de los géneros en el sentido de que cada uno de ellos tiene reglas y desafíos propios, pero al mismo tiempo me interesa mucho ver la intersección y la mezcla de recursos que se pueden dar entre los distintos géneros literarios. No hay ninguno que me parezca favorito o más fácil de ejercer; creo que el atractivo de cada uno de ellos depende de las dificultades y los desafíos que ofrece. Se trata de tener sistemas nerviosos distintos para enfrentar zozobras e ilusiones diferentes.

Al mismo tiempo, cada vez que practico un género me parece significativo suponer que algo de los otros me puede ayudar a expresar soluciones. Hace algún tiempo leí una entrevista con el director de orquesta Daniel Barenboim, y le preguntaban por qué, si él fundamentalmente era director de orquesta, no se concentraba en eso y también insistía de pronto en dar un concierto de piano, impartir clases de música o incluso componer alguna pieza. Él dijo: “si yo no pudiera ver la música desde todos esos ángulos distintos, no sería el director que soy”.

Extendiendo esta reflexión, me gustaría pensar que al escribir un cuento para niños o una novela o una obra de teatro, los demás géneros que he practicado me permiten atisbos literarios para resolver ese género en especial. Esto en lo que toca a la forma y los géneros.

Pasando al tema más profundo de la relación con la realidad, creo que todos los géneros literarios tienen el mismo desafío de partir de un horizonte conocido –el entorno que nos rodea, la circunstancia que determina al artista– para reinventarlo, para agregarle algo. Me parece que el gesto de escribir surge necesariamente de una insatisfacción.

---

\* Realizada para *Calibán – Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, por Luis Fernando Orduz (Sociedad Colombiana de Psicoanálisis).

No estamos contentos con el mundo, nos parece mal hecho. Creo que para el artista la realidad es algo que le queda a deber. No basta el mundo que nos rodea. Por lo tanto hay que agregarle una zona compensatoria, complementaria, que es la del arte, la imaginación. Ahí se establece una dialéctica tensa y fecunda entre la representación de la realidad que depende de un referente concreto y la necesidad de transgredirla, de llevarla a una zona que pueda completar, que pueda complementar esa realidad misma.

Ese es justamente el trabajo de la imaginación: no es un trabajo en el vacío, no es un trabajo que surja por soplo divino a la manera de la inspiración; es el ejercicio que nos permite quitarle peso al mundo para ejercer la levedad de la representación artística.

### **Juan, hablando de realidades y ficciones: ¿habría posibilidad de soportar la vida real sin construir ficciones?**

Yo creo que no. Necesitamos ficciones de muy diverso orden. La más común es por supuesto el sueño; si no tuviéramos un inconsciente que nos compensara y complementara lo que vivimos durante la vigilia, no soportaríamos la realidad. Las primeras explicaciones del mundo que dio el hombre fueron mágicas. La magia es un acto de supervivencia ante una realidad incomprensible pero también insuficiente, entonces tratar de hechizar el mundo es una forma primaria, elemental, de soportarlo.

Otras formas de complementar el mundo serían, sin lugar a dudas, la evocación nostálgica, que como sabemos también es una forma de la invención, porque el recuerdo es selectivo y reordena de manera retrospectiva lo que vivimos; le da una lógica que no necesariamente es la que los sucesos tuvieron al ocurrir.

Por supuesto, hay otro tipo de manifestaciones como el amor, la ilusión, el deseo, todo lo que nos saca de nosotros mismos y nos permite crear un sistema de representación que nos ayuda a sobrellevar una realidad que en sí misma es insuficiente.

### **O sea que, cuando uno *cuenta* acerca de uno mismo, cuando uno narra sobre sí, ¿uno nunca dice una verdad como tal? ¿Uno hecha un cuento de lo que *se es*? ¿Uno no dice una verdad?**

Dijo García Márquez: “las cosas no son como suceden sino como se recuerdan”. Esto nos lleva a una reflexión de corte filosófico: ¿qué es la realidad? ¿Hay una realidad inmanente, o la realidad es lo que nosotros juzgamos que fue real? Es difícil pensar en una realidad sin testigos, y todo testigo tiene una subjetividad.

En la ciencia existe el principio de Heisenberg, que expresa que cualquier persona que participa de un experimento, por el solo hecho de hacerlo, lo modifica. Lo mismo podemos decir nosotros de la realidad: verla, observarla, es una forma de modificarla desde cierto punto de vista. Tenemos así que hay una realidad, que es la que cada uno piensa. En ese sentido, una de las grandes aportaciones del arte es que ninguna realidad es tan fuerte como la que nosotros recibimos a través de una obra de arte.

No hay un naufragio vivido por un protagonista o visto por un testigo que sea tan intenso como el que nosotros podemos leer en clave de testimonio en *Relato de un naufragio* de García Márquez (1970), o en clave de ficción en *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe (1719/2009). La realidad es algo que existe cuando se representa.

**Pero también hay una realidad que nos asalta más allá de la imaginación, como la ballena que salta sobre Ahab en la novela de Herman Melville (1851/2010). Hablamos del valor de la fantasía, pero hay realidades crudas, brutales.**

La realidad nos asalta y nos confunde; no tiene lógica. Es más: no tiene ni sentido. La realidad es arbitraria, no tiene ninguna necesidad de justificarse a sí misma. Entonces nos sorprende con un cataclismo natural, con el asalto de una ballena –como decías de *Moby Dick*–, con un conflicto histórico, una guerra repentina. La realidad es así, es un conjunto disparatado de cosas.

Mi hija hace un gran salto de altura en la clase de gimnasia. Triunfa con ese lance. Al bajar de la colchoneta se hace un esguince en un tobillo. Esa es la realidad: haces lo más difícil y fracasas en lo más fácil. No hay una lógica directa en los desafíos de la realidad. Entre otras cosas, el arte existe para darle sentido a una realidad que no lo tiene; la realidad no está completa, no tiene el menor sentido de la consecuencia. No siempre unas cosas pasan porque suceden otras; el arte llega para aportar un sentido de las consecuencias, para que se dé una lógica, así esta lógica sea asombrosa. El arte aporta una justificación que la realidad no tiene.

**Una frase que te leí alguna vez: “la máscara y la mentira son a veces modos de encubrir que se está diciendo una verdad”. ¿Podrías hablar un poco más de esto?**

Muchas veces se piensa que si alguien se disfraza, lo hace para ocultarse y convertirse en otra persona. Uno de los desafíos más arriesgados que tenemos es decir lo que pensamos, es ser sinceros; en ocasiones la sinceridad puede ser suicida, nos mete en problemas o simplemente nos avergüenza. El carnaval veneciano se estructuró en torno a la idea de las máscaras, no para que los habitantes de la ciudad se escondieran, sino para que todos ellos pudieran decir lo que no se atrevían a decir de otra manera.

Oscar Wilde decía: “pónganle una máscara a un hombre y dirá la verdad”, porque efectivamente es la manera en que nosotros nos sentimos autorizados a hablar sin vulnerarnos. De ahí que en la confesión cristiana sea tan importante hablarle a una persona que no vemos: el sacerdote está oculto detrás de una celosía. Lo mismo en el psicoanálisis de corte freudiano: el paciente está tendido en un diván y no ve a la persona a la que se dirige.

La máscara libera a la persona que la usa, y no ver a la persona con quien se habla también es un acto liberador; es más fácil decir algo a una persona a quien no se ve. En ocasiones, hacer frente a ciertas personas desconocidas –pienso en ciertos encuentros casuales en un aeropuerto o en la barra de un bar– hace que se confiesen cosas que uno no les diría a sus seres más queridos.

## **Máscara en griego denota “persona”; es curioso ese sentido.**

La máscara acaba siendo, en muchos sentidos, la verdadera personalidad de alguien. Aquí en México hemos tenido casos muy notables como el del subcomandante Marcos, un líder político que usa un pasamontañas. En agosto de 1994, unos cuantos meses después de haberse alzado en armas, Marcos dio una conferencia de prensa en la Selva Tojolabal. Alguien le preguntó cuándo se quitaría el pasamontañas. “Como ya hemos hecho una reunión democrática en esta selva, el pasamontañas no me pertenece a mí. Es una decisión colectiva si me lo quito o no me lo quito, entonces lo sometemos a votación ahora mismo”, dijo él.

En ese momento una especie de terror de fin de mundo recorrió la asamblea, porque todos sintieron que se iba a perder la investidura que ya tenía un rango colectivo, de modo que al unísono la multitud gritó: “¡no!”, incluidos los periodistas que hubieran querido tener la exclusiva de conocer el rostro de Marcos. Esto revela que la máscara es un signo de identidad, en este caso, de identidad política; podíamos pensar en otro tipo de máscaras equivalentes.

## **Si profundizamos en la cultura mexicana, el encubrimiento ha estado ahí. Por ejemplo, la máscara “está” en el Santo ¿El ídolo tiene algo de encubrimiento?**

México ha sido un dilatado baile de máscaras. El Santo fue una figura extraordinaria que derivó algo de su atractivo en el hecho de no tener un rostro definido; su rostro podía ser el rostro de todos o de cualquiera. Era el rostro de un vengador anónimo al modo de Batman. De hecho, ha habido imitadores de él en la lucha social, como *Superbarrio* o *Súper Animal* y otras figuras de ese tipo. La máscara confiere un poder alterno y muchas veces se convierte en una forma de identidad.

## **Este fenómeno también aparece en el mundo del arte, como Banksy, o los heterónimos de ciertos escritores, o nombres sustitutos, o el anonimato.**

En la literatura es muy común el tema del pseudónimo, el “alias”. Escritores que escriben con distintos nombres, que buscan construir un personaje y dotarlo de una biografía. El caso ejemplar de los heterónimos de Pessoa: cada uno de ellos tiene una trayectoria personal, cada uno tiene una tendencia poética diferente, un estilo distinto, que le permiten a Pessoa crear una tradición que es múltiple pero que también es la de un solo hombre.

Pero sin asumir directamente un personaje o un “alias”, yo creo que todo acto creativo implica la libertad de la máscara, en el sentido de que tú estás escribiendo en nombre de un personaje determinado.

*Pedro Páramo* de Juan Rulfo comienza diciendo: “vine a Comala porque me dijeron que aquí vivía mi padre, un tal Pedro Páramo” (Rulfo, 1955/2004). Esta no es la historia de Juan Rulfo, sino de su tocayo Juan Preciado. Pero a partir de Juan Preciado nosotros vamos a oír la voz más genuina de Rulfo.

El arte es esta construcción de una máscara para poder decir lo más genuino que tenemos dentro, sin que esto parezca necesariamente una confesión en primera persona. Se lo atribuimos al personaje, al estilo literario, a las necesidades de la obra. Ahí podemos nosotros soltar con una sinceridad, porque en la vida real, las ideas más radicales que tenemos nos meterían en problemas.

**“Las metáforas son las perversiones del lenguaje, y las perversiones son las metáforas del amor”, decía George Steiner ¿No hay posibilidad de construir una verdad que no pase por una metáfora, por una perversión, por una ficción?**

La metáfora es esencialmente una comparación. La frase de Steiner es quizás, como muchas de él, excesivamente contundente. Yo creo que el ser humano, más que ser un animal pensante como pretenciosamente decimos, es un *animal comparativo*. Conozco a muchas personas que razonan de manera regular, o incluso podríamos decir que no razonan mucho, pero todas ellas son personas a quienes les fascinan las comparaciones. Es difícil encontrar un ser humano que no tenga la inclinación psicológica a comparar. Estamos obligados en el curso de nuestra vida a pronunciarnos sobre disyuntivas: si te gustan más las rubias o las morenas, el vino blanco o el tinto, el Real Madrid o el Barcelona, lo dulce o lo salado.

En el curso de la vida, parecería que se vive en relación con estas elecciones. Si una persona se dedica a varias cosas, inmediatamente se pregunta cuál de ellas hace mejor. Si esta persona se dedica a una sola cosa y la hace varias veces, de inmediato se le pregunta cuál salió mejor.

Esta vocación comparativa del ser humano ha creado la metáfora. En griego *metáfora* quiere decir “mudanza”; se traslada una cosa de un lugar a otro a través de una comparación. No podemos renunciar a esto, el mundo es bastante precario, entonces el hombre le agrega algo. Esto no siempre se hace pensándolo; decir eso sería arrogante de nuestra parte. Digamos que, al menos, lo compara. Creo que la metáfora, en ese sentido, es esencial. Por supuesto, el amor juega una parte imprescindible en este inmenso teatro de las comparaciones. Te gusta más una mujer por oposición a todas las otras, o por oposición a la que tuviste antes, o a la que no te hizo caso. Es imposible amar sin comparar.

**En alguna ocasión te oímos decir que era necesario despersonalizarse para escribir. ¿Cuál es tu perspectiva al respecto? ¿Uno se despersonaliza cada vez que habla para alguien, o cuando se habla en un contexto diferente?**

Creo que en el arte este ejercicio es más radical que en otras facetas de la vida; nosotros no siempre nos conducimos de la misma manera en las distintas zonas de la cotidianidad. Somos una persona frente a un amigo, frente al gerente de un banco; otra frente a la esposa, otra frente a la amante... Dependiendo de las variaciones de la vida hay distintos usos del yo. Pero todas estas facetas se articulan más o menos en una personalidad, a no ser que estemos frente a casos de escisión patológica, de disociaciones graves.

En el caso de la escritura o del ejercicio artístico, esta despersonalización es más profunda porque el autor llega a desconocerse a sí mismo, ignora cómo llegó a esos resultados. Es el primer sorprendido o el primer asustado ante ellos; hay cierta condición de delirio. No quisiera sonar demasiado esotérico y sugerir que el arte es un chamanismo. Me refiero al proceso creativo intenso, por medio del cual el artista llega a resultados que él ignoraba y que le hacen sentir, de pronto, que está frente al trabajo de otra persona. A mí incluso me parece que esa es la prueba más gratificante del arte: cuando releo un trabajo mío y repentinamente me parece que lo escribió otro. Siento que en ese momento la obra tiene la suficiente autonomía para vivir por su cuenta. De modo que esta despersonalización me parece no sólo común al arte, sino su momento más deseable.

**Una pasión compartida: el fútbol. ¿Por qué esta pasión por este espectáculo que oscila entre lo real y la ficción? Lo digo porque en ese espectáculo muchas veces hay componendas, hay goles ficticios que nunca fueron y goles reales que una sanción arbitral convierte en falsos ¿Por qué tu pasión por el fútbol?**

Hay razones muy personales. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía nueve años y mi padre decidió llevarme todos los domingos a los estadios. Es una actividad muy conveniente para un padre divorciado, porque no puedes ir todos los domingos al zoológico sin aburrirte; el cine es atractivo pero no siempre hay buena cartelera para niños, en cambio el fútbol te ofrece una diversión regular. Durante muchos años pensé que mi padre era un gran aficionado y que por eso me llevaba a los estadios. Él tenía un interés relativo en el juego, pero en realidad lo que quería era entretenerme: vio que yo tenía un extraordinario gozo con los partidos, de modo que me acompañó a lo largo de toda mi infancia a ver los partidos de fútbol. El único lugar en donde tuve una relación paterna estrecha fue un estadio de fútbol.

Esto me marcó de manera indeleble para asociar el fútbol con mi infancia, y posteriormente, gracias a las narraciones de grandes locutores de los años 60 como Ángel Fernández –un cronista excepcional–, pude asociar el fútbol con la palabra, con la invención de apodos, con un lenguaje que ya no era utilitario porque este locutor no narraba objetivamente lo que pasaba en la cancha, sino que contaba metáforas, leyendas, citaba poemas o letras de corridos. El fútbol se convirtió entonces en un tejido narrativo.

**En las narrativas del fútbol, de la época dorada de la radio, lo que uno oía de un locutor no era lo que veía, pero lo creía; era verosímil. A uno le hacen creer los narradores o los jugadores que hacen cosas reales, pero no lo son. Caso típico: la lucha libre, el deporte en general, pero también la literatura. El narrador le hace creer a uno que una ficción es real.**

La literatura, para ser creída, requiere ser verosímil; este es uno de los grandes atractivos que tiene, porque permite que mundos imaginarios sean perfectamente aceptables para nosotros. Podemos creer en historias ubicadas en el

futuro, en seres gigantes, en lluvias de 60 años y en otros excesos sobrenaturales gracias a los recursos que hacen que esta realidad sea creída.

Las reglas de verosimilitud han cambiado con el tiempo: en la Edad Media bastaba decir que aparecía un gigante para que esto fuera real; era una lógica desafortada que admitía la aparición de monstruos y portentos. Hoy en día el lector requiere de un convencimiento psicológico, y muchas veces uno de los mejores recursos para que algo se crea en la novela es que un personaje dude de ello, porque el personaje es nuestro delegado en la novela; no hay nada más lógico que, ante una sorpresa, se tenga una duda, una vacilación.

Muchas veces el gran novelista de cuentos fantásticos pone en entredicho lo que está diciendo, lo ubica en una zona intermedia entre la realidad y la fantasía. Una vez que comparte esas dudas –que son las nuestras–, procede a dar un paso a través de este umbral y nos lleva al terreno propiamente fantástico, justo cuando estamos imbuidos o convencidos de ese universo que nos había propuesto.

### **Alguna vez has dicho que en la literatura la realidad es el texto, en tanto este tenga la fuerza de convencernos de su verosimilitud.**

Pensemos en un ejemplo literario: ¿qué nos hace creer en *Cien años de soledad* (García Márquez, 1967/2004) que Remedios la Bella sube al cielo? ¿Cómo tejió García Márquez las palabras para convencer al lector sobre la factibilidad de ese hecho? Entonces él crea una especie de atmósfera, de estética de la exageración: recordemos que ha hablado de lluvias de mariposas amarillas y de un general que perdió casi 100 batallas. Como preludeo a la escena de la ascensión de Remedios, la hace tomar un chocolate burbujeante, caliente, en ascenso. Luego la hace salir al patio y la centra en medio de unas sábanas de Bramante que estaban siendo dobladas, que permanecían en movimiento gracias a una mujer que las manipulaba. De pronto un viento emerge e infla las sábanas, hecho que podría llevar al lector a pensar en unas velas de navío que se inflan, pero también lo hace pensar a uno en alas; dice García Márquez: “el deslumbrante aleteo de las sábanas que subían con ella”. Ahí, en medio de esa narración previa, Remedios se eleva al cielo. Pero ese preludeo del chocolate burbujeante es el combustible que la eleva. No hubo Dios que la parara. Ese es el misterio de la creación literaria.

### **Se asocia ficción a mentira.**

Creo que es de lo más frecuente asociar la ficción –en este caso, la novela, el cuento– al universo de la mentira, de lo falso. El reportaje se asocia con la verdad: ¿es válido pensar que la fabulación es falsa y el testimonio verdad? No creo que esto sea así. Como diría el escritor argentino Juan José Saer, “la diferencia entre la crónica y la ficción no es aquella que se puede dar entre la mentira y la falsificación, sino simple y sencillamente, la diferencia entre lo inverificable y lo verificable” (Saer, 1997). En el ejemplo que te acabo de dar con Remedios la Bella, estos personajes en ocasiones son más familiares que nuestros propios parientes.

## Villoro y el psicoanálisis

Respecto a mi relación con el diván, te puedo decir que en cierta forma es un negocio familiar, pues tanto mi madre como mi hermana son psicoanalistas. Más allá de esto, he estado tres o cuatro veces en tratamiento, en diversas épocas y con diversos analistas, con técnicas distintas. En esos momentos el diván ha sido una tabla de salvación para regresar después al naufragio de la vida.

En el proceso psicoanalítico hice el descubrimiento de mis emociones y de sus causas, hechos que no son, por decirlo de alguna manera, teoría. Algo de esto que he descubierto en mí de pronto aparece en algún personaje. Pero no desearía hacer una trasposición de lo que descubro en el diván a mis historias porque creo que es peligroso que un personaje parezca psicoanalizado, en el sentido de entendido. En el trabajo del diván cada quien trabaja su neurosis; no por ser neurótico se es buen escritor o artista. Tampoco se pierde o se gana en creatividad artística o literaria por ir al diván.

### **Si Dostoievski hubiera ido al diván, ¿de pronto los hermanos Karamazov se hubieran quedado extraviados en un relato ocasional y no se hubieran transformado en novela?**

Esa frase la dijo Carlos Fuentes y yo creo que es un error. El trabajo literario surge de otras zonas y necesidades. Me parece útil que el escritor logre resolver sus problemas personales, pero no creo que la creatividad dependa de un trasvase mecánico de los problemas personales hacia las obras de arte.

Hay muchas personas que creen que tener talento es lo mismo que tener problemas, y que basta ser neurótico para ser sensible. Suele ocurrir que el artista sea una persona compleja en su mundo interior, pero no siempre la neurosis es el alimento fundamental de la creatividad. En lo personal, yo he estado cinco o seis veces en terapia con técnicas distintas y no creo que eso haya modificado ni para bien ni para mal mi manera de escribir.

### **¿Qué ha aportado el psicoanálisis a tu trabajo en la escritura?**

No lo sé específicamente, pero pienso que es muy importante que el autor, cuando escriba ficción, lo haga desde una zona en la que busca desprenderse un poco de sí mismo y que tenga el atrevimiento de avanzar un poco a tientas, a la manera de un sonámbulo. Evidentemente cuando yo escribo un cuento o una novela sé exactamente hacia donde me dirijo, tengo una cartografía trazada, pero lo más interesante para mí es poder extraviarme dentro de esa cartografía. Entonces no tomo muy en cuenta categorías preestablecidas como que este personaje tiene un complejo de inferioridad, o este otro tiene un complejo de Edipo. Lo más importante es dejarme llevar ahí.

Ahora bien, en el proceso psicoanalítico hice el descubrimiento de mis emociones y de sus causas, que no son, por decirlo de alguna manera, teoría. Es decir, no se trata de dar una explicación muy racional de los sucesos sino de encontrar las formas del azar, las maneras complejas o profundas en las que se



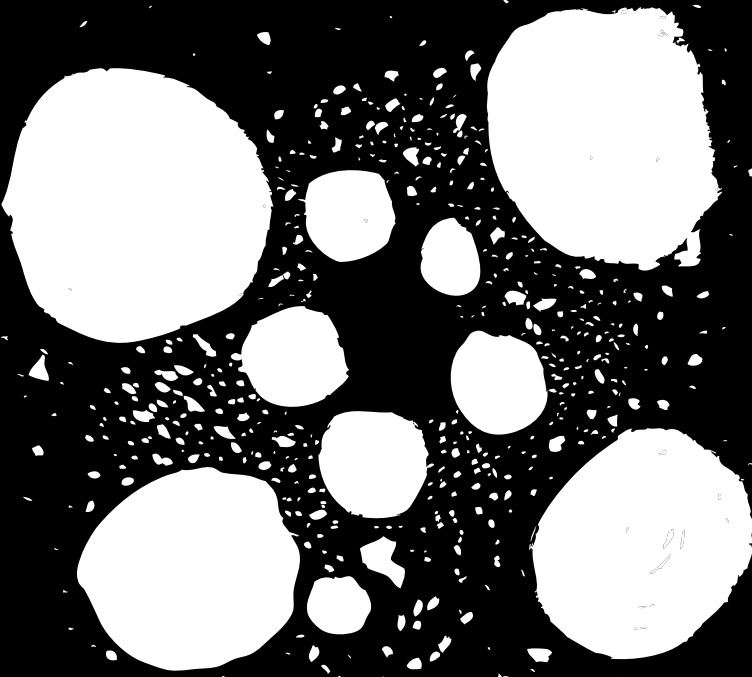
fragan las emociones y las reacciones que tenemos. Algo de esto que he descubierto en mí, de pronto aparece en algún personaje.

Pero insisto, no desearía hacer una trasposición mecánica porque creo que es peligroso que un personaje parezca psicoanalizado, en el sentido de entendido. Un personaje debe ser suficientemente complejo, contradictorio y rico para que el lector lo interprete y, si así lo desea, lo analice psicológicamente.

## Referencias

- Defoe, D. (2009). *Robinson Crusoe*. Barcelona: Debolsillo. (Trabajo original publicado en 1719)
- García Márquez, G. (1970). *Relato de un naufrago*. Barcelona: Tusquets.
- García Márquez, G. (2004). *Cien años de soledad*. Madrid: Cátedra. (Trabajo original publicado en 1967)
- Melville, H. (2010). *Moby Dick*. Almería: Libros de la Arena. (Trabajo original publicado en 1851)
- Rulfo, J. (2004). *Pedro Páramo*. México: Mondadori. (Trabajo original publicado en 1955)
- Saer, J. J. (1997). *El concepto de ficción*. Buenos Aires: Ariel.





*Vórtice*  
¿Quién puede ser analista?

# Nos dieron espejos: qué extraña civilización

Lúcia Palazzo\*

*Los buzos vendrán  
A explorar su casa  
Su cuarto, sus cosas  
Su alma, desvanes*

*Sabios en vano  
Intentarán descifrar  
El eco de antiguas palabras  
Fragmentos de cartas, poemas  
Mentiras, retratos  
Vestigios de una extraña civilización*

CHICO BUARQUE

Vórtice es una sección peculiar, porque se reinventa en cada edición y pone en escena tanto el eco de antiguas palabras como ideas y pensamientos producidos en el campo psicoanalítico contemporáneo. Sumergidos en los *desvanes* del inconsciente, lanzamos el debate en torno a la pregunta “¿quién puede ser psicoanalista?”

La propuesta es abordar cuestiones que a lo largo del tiempo fueron silenciadas o poco discutidas en las sociedades e institutos psicoanalíticos: sobre la formación, la transmisión del saber psicoanalítico; la locura, lo normal y lo patológico; la diversidad étnica, la discriminación y los prejuicios; la sexualidad, el envejecimiento, la enfermedad física y mental del analista que sufre en secreto. “No le cuente a nadie” ¿es la norma?

La pregunta que el psicoanalista se hace a sí mismo en el día a día, es de si está ejerciendo la función de psicoanalizar que le corresponde. Por ello consideramos oportuno reflexionar a través de estos artículos sobre cuáles son las vicisitudes a las que los psicoanalistas están sometidos y sobre qué es lo que habilita a una persona a ejercer el psicoanálisis.

En su texto clásico sobre el tema del análisis lego, Freud (1926/2014) establece un diálogo con un interlocutor imparcial y hace un desarrollo sobre las dificultades y los fundamentos de la clínica psicoanalítica, con la intención de demostrar que no hay razón alguna para una restricción hacia los profesionales de otros campos del saber. Afirma que los médicos no son los únicos privilegiados para el ejercicio clínico, puesto que es la persona del analista el instrumento principal para el despliegue del proceso psicoanalítico. Reacciona frente a los opositores diciendo: “Aquello que realmente cuenta, las posibilidades inherentes al despliegue de un psicoanálisis, no se ven afectadas por reglamentos o prohibiciones”. Destaca, a su vez, que no basta el estudio de literatura psicoanalítica sino que hay una única vía posible de conocimiento: *someterse a un análisis personal*.

---

\* Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro.

Lejos de pretender descifrar cuál es el enigma de la naturaleza humana –esta metamorfosis ambulante– y en contrapunto con las ciencias positivas, el psicoanálisis interroga y atraviesa el campo mismo desde el que podríamos aproximarnos a un saber sobre el hombre: el inconsciente.

Es en la aproximación a las producciones inconscientes donde radica la riqueza de nuestro oficio. El analista utiliza la singular relación transferencial, fuente inagotable de experiencias –en el límite exterior del lenguaje y de la práctica analítica– para descubrir los movimientos deseantes y las vivencias afectivas que pulsan, hacen y rehacen al sujeto, en forma permanente. El psicoanálisis transita por el lugar privilegiado de un saber que posee “un perpetuo principio de inquietud, de cuestionamiento, de crítica y de refutación de aquello que, por otra parte, podría parecer adquirido” (Foucault, 1966/1999, p. 517).

Lo que se espeja en el espacio del discurso psicoanalítico es un inquietante universo teórico, construido históricamente a partir de grandes descubrimientos, debates, conflictos, discrepancias y heridas narcisistas. Discursos, sin embargo, que producen efectos de verdad, pero que no son en sí mismos ni verdaderos ni falsos. Son construcciones subjetivas determinadas por factores históricos, políticos y económicos, que ponen en cuestión aquello que rige a las teorías, evidenciando cuáles son los efectos de poder y de verdad que circulan en los enunciados científicos. De este modo, la cuestión de los efectos de las relaciones de poder en el *setting* analítico es también un elemento a ser considerado en la práctica psicoanalítica.

Green (1988) pone el dedo en la llaga cuando describe en su estudio sobre el narcisismo: “¿Qué es el deseo? Yendo más allá de las definiciones conocidas... el deseo es el movimiento por el cual el sujeto es descentrado... es la herida de no poder ser el Otro”. El descentramiento del sujeto abre el camino al deseo y a la diversidad discursiva. Finalmente, sólo podemos ir hacia donde no estamos.

## **Senderos invisibles, la desviación y la norma**

Los senderos invisibles forjados por los miembros de las sociedades psicoanalíticas y los candidatos de los institutos, acompañan lado a lado el silencio impuesto por las reglas que perpetúan las relaciones de poder en el ámbito institucional. Muchos callan por miedo a la exposición y a la retaliación. ¿Quién no escuchó por los corredores la afirmación: “*Esto no es psicoanálisis*”? Imperativo que excluye y descalifica a la vez que autoritariamente dictamina lo que supuestamente sí lo es. En Vórtice, los trabajos presentados por *once autores* de diferentes países, hacen foco en la cuestión desde diferentes ángulos, cada uno de acuerdo a su ética psicoanalítica.

**Anna-Maria Bittencourt** abre la sección afirmando: “*Esto es para quien quiere y no para quien puede*”. Altera así, en forma radical, la ecuación que somete imaginariamente al sujeto a un “poder” instituido, planteando que Ser y Poder son instancias cuestionables y móviles. Postula que no se trata de quién “puede más” sino de quién lleva en sí el *deseo* que mueve y transforma su vida inconsciente, de forma tal que sedimente un lugar desde el que se podrá hablar psicoanalíticamente. Formula también cuestionamientos en relación al proyecto de ley sobre el Acto Médico, en trámite en el Congreso Nacional de Brasil, que propone restricciones a los procedimientos de los profesionales de la salud. Aborda, así mismo, la cuestión de la restricción velada, prejuiciosa y arbitraria, en la selección de “*miembros de orientación homosexual, considerada, a partir de una lectura distorsionada de la obra de Freud, una condición patológica asimilada a la paranoia, a las neurosis narcisistas o a las perversiones*”.

**Ralph Roughton** expone su experiencia promoviendo la inclusión de gays y lesbianas en el grupo de psicoanalistas de la American Psychoanalytic Association (APsaA) y de la International Psychoanalytic Association (IPA). Relata los problemas y las dificultades para superar el miedo de asumir la sexualidad y “salir de la tragedia del *clóset*”, enfrentando

el sufrimiento causado por la invisibilidad y la doble vida. Señala la negación y la hipocresía institucionales, puesto que muchos gays y lesbianas “no asumidos” se volvieron psicoanalistas, destacándose muchas veces en funciones de enseñanza y liderazgo.

Aporta argumentos para el debate en relación con la discriminación y la problemática en torno a lo que es o no justo, además de acercar argumentos teóricos sobre la sexualidad. Afirma que “saber la orientación sexual de una persona no nos dice nada sobre su madurez, su salud psicológica, su carácter, sus relaciones de objeto o su capacidad para amar”. Se muestra optimista hacia el futuro con base en los cambios que ya se pudieron conquistar, y que permitieron la inclusión de gays y lesbianas como personas respetables en el cuerpo de psicoanalistas.

**Pedro Duarte**, filósofo invitado, aceptó el desafío de debatir sobre los puntos propuestos por Vórtice desde fuera del campo psicoanalítico, fortaleciendo la idea de la importancia del intercambio con otras disciplinas del saber que traducen también dimensiones de la experiencia humana. Discute en su artículo la resistencia implícita a la aceptación de analistas gays, evidenciada ya en la formulación de la pregunta: “*Psicoanalistas homosexuales, ¿por qué no?*”

Destaca “el desmantelamiento histórico de las construcciones identitarias fijas ocurrido en el siglo XX –como resultado, entre otros, del psicoanálisis–”, así como la multiplicidad de la existencia erótica. Evoca la importancia del psicoanálisis, que establece un cambio de paradigma, descentrando al sujeto y haciendo temblar los cimientos burgueses de la sociedad moderna. Concuere con el filósofo Walter Benjamin cuando considera que: “método es camino indirecto, es desvío”, postulando un método crítico de pensamiento, por fuera de las normas. Recuerda aún, que, tal como lo postulara Michel Foucault, la norma es siempre histórica y relativa. Cuestiona, así mismo, la ética del cuidado psicoanalítico en contrapunto con la exigencia de homogeneidad en lo interno de la práctica clínica, muchas veces alentada por algunos discursos.

**Leonardo Peskin** reflexiona sobre cuáles son las credenciales que se necesitan para ser agente del discurso analítico. Expone una crítica sobre las producciones obsesivas y las normas absurdas creadas para lidiar con lo imposible de una acreditación que asegure imaginariamente. La búsqueda de la excelencia y de un discurso universal podría llevar al empobrecimiento y a la producción de analistas clonados.

Comenta sobre el recorrido y las divergencias de Lacan con la IPA, y sus consideraciones acerca de cómo se valida un análisis y un analista. Piensa que más importante que la persona del analista, es su posibilidad de estimular en su práctica el discurso analítico, poniendo en acción su deseo. Tanto el discurso como el deseo del analista serían categorías teóricas que buscan la autonomía, o la menor intromisión posible, de la voluntad yoica, de las fantasías inconscientes y de la persona concreta del analista. Observa, a su vez, que hay factores puramente intuitivos en el funcionamiento inconsciente y que el acto analítico es siempre un riesgo a correr.

**Virginia Ungar** inicia su exposición con algunos cuestionamientos: ¿existe la vocación? ¿Existe un “ser” psicoanalista? ¿Puede ser analista simplemente el que quiere? ¿Cuál es el papel de la transmisión del saber psicoanalítico? Hace una analogía con la famosa frase de Simone de Beauvoir: “una mujer no nace, se hace”. Por lo tanto: no se nace analista, volverse analista es una tarea interminable. Comenta el inicio de su travesía como psicoanalista, a partir de una entrevista inicial de análisis con José Bleger. Enfatiza que cumplir requisitos formales no es suficiente en la construcción del “ser analista”.

Afirma, a su vez, que observar (más próximo de la Escuela Inglesa) y escuchar (siguiendo la tradición francesa) son cualidades necesarias para el analista. Otra cualidad sería la receptividad, en el sentido de no saber y no comprender. Pero que, más importante aún, es una actitud introspectiva, de regulación de las propias aspiraciones narcisistas, de apertura a la novedad.

**Jorge Kantor** destaca la ausencia de reflexión en los institutos latinoamericanos sobre la *diversidad étnica* de nuestros países. Cuestiona el por qué no se habla abiertamente sobre ello en la comunidad psicoanalítica. ¿Se tratará de una política de discriminación? Habla corajudamente del racismo y de los prejuicios raciales en la vida de nuestros pacientes. Plantea, a su vez, otro asunto polémico, en relación con la sexualidad de los analistas, con la esperanza de que no se cierre más la puerta del “clóset” a los candidatos por su orientación sexual.

Se pregunta cuánta gente valiosa e inteligente habrá sido rechazada por no encajar en una visión normativa de las comisiones de admisión. Trae a colación también otro asunto difícil: el abuso sexual, emocional o financiero, que, según sus planteos, debería ser parte del trabajo de detección e intervención de las comisiones de ética. Aborda, a su vez, las dificultades personales del analista frente al divorcio, la muerte, las enfermedades o la edad avanzada; cuestiones más sutiles de degradación del trabajo clínico. Discute el efecto “Forer” que infiltra la práctica clínica de los analistas cuando éstos se muestran adheridos a los axiomas y postulados teóricos del saber psicoanalítico.

**Gladys Franco** pone en cuestión el tema de la selección de candidatos en los institutos y la importancia de discutir constantemente los criterios acerca de qué aspirantes admitir y qué aspirantes rechazar. Plantea que la exigencia del título de Médico o de Psicólogo para el ingreso en la asociación a la que pertenece, surge a partir del período de dictadura que padeció su país, el Uruguay. Prioriza al análisis personal como lugar fundamental en donde el analista encontrará su identidad, una particular creatividad para la escucha y la convicción acerca de la eficacia del inconsciente.

El instrumento idóneo para la práctica analítica es el analista a partir de su experiencia personal de análisis, y ello no depende de ningún título previo. No es un saber que tenga que ver con lo intelectual ni con el conocimiento adquirido en la universidad. Evoca a Winnicott para alertar acerca de los análisis

que llegan a término sin que los integrantes del par analítico tengan conciencia de haber sido cómplices de una mentira. Así mismo replantea cuestiones sobre el final de análisis, la enfermedad del analista y el momento de renunciar al trabajo clínico.

**Marion Minerbo** desplaza la cuestión al punto de “¿quién puede ser analista didacta?”, exponiendo algunas características del análisis de una paciente en formación psicoanalítica. Así, destaca algunas dificultades en el manejo técnico, puesto que la paciente llevaba al escenario analítico solamente sus vivencias e impresiones institucionales. A partir de esta experiencia propone algunas cuestiones sobre las particularidades de la escucha en los análisis didácticos. Se pregunta cómo ser un “funcionario de la institución” (analista didacta) y, al mismo tiempo, un analista autónomo.

Postula, como camino posible para un analista de formación, el despegarse de lo conocido *a priori*, en un posicionamiento equivalente al de un extranjero que desconoce lo que le es presentado. La capacidad para esta distancia necesaria estaría ligada a la *condición psíquica* del analista, que tiene que ser capaz de atravesar la transferencia con su propio analista para, de este modo, desempeñar su función analítica con sus analizandos.

**Roberto Franco y Adriana Lasalvia** aceptaron el desafío de participar del debate como candidatos de un instituto de formación psicoanalítica de América Latina. Como tales, hablan de ese “*lugar excéntrico, de extranjero, de provisoriedad*”, marca indeleble del sujeto del inconsciente. ¡Volverse psicoanalista es lo que está en cuestión! Reportan históricamente las “raíces y los frutos” de la formación psicoanalítica desde la fundación de IPA, y sugieren que la institucionalización y estandarización del psicoanálisis le sustraen parte de su potencia cuando, en lugar de privilegiar la singularidad, normativizan a favor del colectivo.

Enfatizan que la transmisión por la vía transferencial genera, concomitantemente, un problema al análisis, puesto que éste puede sufrir distorsiones si se fomenta la tendencia a la

conformidad y la sumisión con el analista idealizado. Esta sería la fórmula para los llamados psicoanalistas “normales” o “normóticos”. A su vez, cuestionan la pertinencia de diferenciar el análisis didáctico del análisis terapéutico, apuntando a la valoración de la introyección de la función analítica. Describen la compleja tarea de selección en los institutos como un serio problema a encarar, señalando que tanto el propio análisis como la contratransferencia del entrevistador son puntos a ser considerados. Reflexionan sobre los desastrosos silencios institucionales y sobre los traumas transgeneracionales que necesitan ser elaborados.

**Alfonso Pola** comienza su artículo acompañando el texto freudiano *¿Pueden los legos ejercer el análisis?: diálogos con un juez imparcial* (Freud, 1926/2014). En él alude al ejemplo exitoso de la Sociedad Británica de Psicoanálisis, con formación clínicamente rigurosa, que recibe profesionales de áreas ajenas a la medicina y a la psicología. Reafirma la ganancia de conocimiento por el análisis, que tiene un espacio epistémico propio y adhiere a la propuesta de Ahumada sobre lo que éste llamó: ciencias observacionales. Considera que el conocimiento de la experiencia viene a través del mismo observador/investigador, por lo que enfatiza la importancia del análisis del propio analista. Concluye afirmando que es importante buscar métodos que permitan reconocer y dirimir las diferencias en el pluralismo teórico actual, para aproximarse a una buena práctica analítica. Piensa que los grupos de discusión pueden contribuir, como vienen haciendo los grupos de métodos clínicos comparados.

**Leonardo Francischelli** metafóricamente sugiere que muchos caminos llevan a Roma y que uno de ellos sería el identificarse con un “ente” psicoanalítico y seguir hasta allí ese camino pautado por el deseo. A ese “deseante visceral”, ninguna institución tendría el valor de negar su ingreso, si es que está marcado por un posicionamiento ético que se basa en un ejercicio clínico soberano. Afirma: “Nadie hace una samba sino tiene alma de poeta. Así como nadie podrá ser analista si no tiene una buena

dosis de locura.” Evoca el trabajo de Freud en defensa del ejercicio lego del psicoanálisis. Recuerda que Virginia Bicudo, entre otras tales como Melanie Klein, no era médica ni psicóloga, y se destacó como exponente del psicoanálisis en Brasil. Cuenta que en 1997, en el Congreso Internacional de Psicoanálisis de Barcelona “el toro de la hipocresía fue mortalmente herido”. Allí, un participante pasa a ocupar la tribuna en la arena del Congreso y confiesa: “Soy analista y homosexual”. Discurre entonces sobre los tabúes y las redes de silencio en torno al analista. Poéticamente termina: *“La vida es un don recibido. Disfrutarla constituye una obligación ética. Quien siga por la senda de esos valores sabrá encontrarse con su meta”*.

### **La “mordedura de Calibán”**

Diarios del mundo entero difundieron ampliamente el caso de un jugador latinoamericano que mordió a un compañero del equipo adversario europeo, en una partida de fútbol de la Copa del Mundo 2014, en Brasil. Un número considerable de personas vio la imagen y, con perplejidad, el mundo se sorprendió puesto que en definitiva, se trataba de la expresión del canibalismo en vivo: *“yo te muerdo y te como”* sin más rodeos.

El arma no era de fuego, ni se trataba de una bomba de gas o química, pero era voraz y cuerpo a cuerpo. Actitud impensable en el mundo globalizado y civilizado. En este contexto, no hay tiempo ni espacio psíquico para pensar y relativizar la experiencia. Poco importan las leyes o el sentimiento ético, no hay alteridad posible. Lo que causa malestar es la fragilidad de la capacidad simbólica para regular la agresividad emergente, que es la que permite la convivencia espontánea y creativa. Algunos artículos plantearon sus dudas: la excesiva sanción aplicada al jugador, además del hecho de haber sido excluido de la Copa, ¿podría estar expresando otro tipo de voracidad irrefrenable en tierras sudamericanas? Finalmente, ¿de qué mordida se trataba? Hay controversias.

Sin embargo, la mordida más dolorosa surge en boca de un niño pobre, vendedor de



caramelos en la calle, que le dijo a un periodista: “Señor, cuando yo crezca quiero ser turista. Turista gringo. Los turistas viven muy bien, ¿viven no? Y saben hablar inglés también, ¿saben no?” Ser turista, extranjero en la propia tierra, puede ser un sueño transitorio y estimulante, como sueña el pequeño niño vendedor de caramelos, deslumbrado con la Copa del Mundo y con tantos idiomas diferentes. Pero él, en su astucia infantil y lleno de esperanza, imagina que si habla inglés obtendrá la llave para alcanzar el éxito y abrir la puerta de salida a la invisibilidad y la exclusión social.

Los cuestionamientos planteados, a partir de los hechos acontecidos en la Copa del Mundo, con sede en países con graves distorsiones sociopolíticas y financieras, sirven como telón de fondo para reflexionar sobre la formación del psicoanalista en su contribución al escenario social.

Actualmente, muchos analistas trabajan en *settings* poco valorados, tales como comunidades vulnerables y sometidas a la violencia. Aunque los modelos de formación sigan basados generalmente en un enfoque tripartita: análisis personal, supervisión y seminarios teórico-clínicos, ya se vislumbran algunos cambios que apuntan a ampliar el contexto de la formación y avanzar en la experiencia fuera de los consultorios particulares. Ello incluye una amplia discusión en relación a un cuarto eje de la formación, volcado a las cuestiones institucionales, sociales, de las artes y de la cultura en general.

Esa comprensión tendrá más peso si pensamos en los problemas institucionales a enfrentar, las transferencias cruzadas, las rivalidades, los narcisismos y también los problemas sociales de cada región. Para algunos analistas es muy difícil verse como un ser político, inserto en la cultura y que, como tal, posee herramientas para pensar los problemas de la sociedad en la que vive, principalmente en países con movimientos de protesta, reivindicaciones

básicas y transformaciones a realizar o regímenes políticos autoritarios. Sin embargo, a pesar de todas las dificultades, seguimos siendo testigos de la expansión del psicoanálisis.

Vórtice contribuyó a esta reflexión dando un giro a los modelos que cada autor forjó a partir de su propia trayectoria. Una formación enriquecida para un analista es aquella atravesada también por la interlocución con los saberes locales, con las artes y con los otros campos de saber, siendo partícipe del mundo que lo rodea. Volcarse hacia afuera crea una red de sustentación ampliada entre los pares, que evita el riesgo de ser recolonizado constantemente por un discurso unitario, jerarquizado y cerrado sobre sí mismo.

Desear ser analista implica despojarse de las certezas y recrearse en las dudas. La reflexión de Michel Foucault sobre la invención y la disolución del hombre –y también del psicoanálisis– supone la reinención creativa constante y evidencia la paradoja que enfrentamos en la vida, en el diván y en el sillón:

“No me pregunte quién soy y no me pida que siga siendo el mismo”.<sup>1</sup>

## Referencias

- Birman, J. (2012). *O sujeito na contemporaneidade*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Foucault, M. (1999). As ciências humanas. En *As palavras e as coisas: Uma arqueologia das ciências humanas* (8ª ed., pp. 475-536). São Paulo: Martins Fontes. (Trabajo original publicado en 1966)
- Foucault, M. (2007a). Genealogia e poder. En *Microfísica do poder* (pp. 167-177). São Paulo: Graal. (Trabajo original publicado en 1979)
- Foucault, M. (2007b). Verdade e poder. En *Microfísica do poder* (pp. 1-14). São Paulo: Graal. (Trabajo original publicado en 1979)
- Freud, S. (2014). A questão da análise leiga: Diálogo com um interlocutor imparcial. En *Obras completas* (Vol. 17, pp.124-230). São Paulo: Schwarcz. (Trabajo original publicado en 1926)
- Green, A. (1988). *Narcisismo de vida, narcisismo de morte*. São Paulo: Escuta.

1. Frase tomada de una entrevista sobre el autor en la revista *Cult* 191, junio 2014. San Pablo: Bregantini.

# “Esto es para quien quiere y no para quien puede”

Anna-Maria de Lemos Bittencourt\*

La provocativa pregunta de Vórtice, “¿quién puede ser psicoanalista?” acerca la figura del analista a los temas de *poder* y *ser*, actualizando así antiguas polémicas que, con nuevos ropajes –o ni tanto– se repiten en la historia del psicoanálisis. El término *poder*, según cobre sentido como fuerza o como capacidad, exige que se sumen a la pregunta de *quién puede*, nuevas interrogantes tales como de dónde surge ese poder y quién lo confiere. Del mismo modo, la expresión *ser* psicoanalista, requiere determinados desarrollos para que no se superponga a lo que se entiende como posicionamiento del analista una posible connotación esencialista de la palabra *ser*.

Un ejemplo reciente del uso arbitrario del poder es el proyecto de ley sobre el Acto Médico, en trámite en el Congreso Nacional brasileño, que propuso restricciones a los procedimientos de los profesionales de la salud en general, que pasarían ahora a necesitar el aval médico para ejercer su práctica. Tal legislación, que parece servir a deseos de supremacía jerárquica o cuestiones de mercado, reactivó la discusión, supuestamente anacrónica, sobre la necesidad del título de médico para acceder a la formación como psicoanalista.

Por otra parte, es la repetición de una situación semejante a la que tuvo lugar en la mayoría de las instituciones psicoanalíticas, las cuales durante muchos años sólo aceptaron formar analistas médicos, contraponiéndose históricamente al modo en cómo se constituyeron originalmente las sociedades psicoanalíticas. A favor de la medida se decía que los médicos tenían más familiaridad con la muerte, con el nacimiento y con las vicisitudes propias del cuerpo humano. Es cierto que la práctica clínica puede acercar al médico a los avatares del sufrimiento humano –lo cual tampoco está garantizado– pero es igualmente cierto que un tecnicismo aséptico puede apartarlo defensivamente de él: el hábito –blanco en este caso– no necesariamente hace al monje. Estar expuestos a la vida y a los distintas experiencias

---

\* Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro – Rio 2.

humanas, dolorosas o no –en las que se incluye por supuesto la propia neurosis– es sin duda fundamental para la formación del analista, sin embargo, su aptitud como tal depende menos de la formación profesional que de la organización libidinal. Es igualmente importante la permeabilidad al pluralismo cultural y al diálogo con profesionales de otras disciplinas universitarias, cuya mirada diferente puede traer un nuevo vigor a la investigación y a la clínica psicoanalítica. Se ha advertido esta experiencia a partir de la aceptación –tardía– de los psicólogos en la formación psicoanalítica, que abrió a nuevos frentes de diálogo, propiciados por su formación humanística.

La restricción para la formación de los “legos” (profesionales no médicos) fue un retroceso institucional y un hecho terrible frente a la postura explicitada por el propio Freud (1926/1976) que reivindicaba para el psicoanálisis un lugar singular entre los saberes de la época. Freud no sólo se oponía a que el psicoanálisis figurara como un ramo especializado de la medicina sino que incluso revelaba su temor de que fuera fagocitado por ella. Ambas disciplinas podrían ser casi opuestas, con diferentes objetos de estudio y metodologías. Mientras que la medicina se volcaba principalmente a los hechos objetivamente verificables, el psicoanálisis se dedicaba a los fenómenos subjetivos, más específicamente, a los procesos inconscientes. Por lo tanto, el acto analítico caracterizado por el desciframiento del inconsciente a través del proceso interpretativo, no está contemplado en el acto médico y la capacitación del analista para ejercer tales funciones exigirá de una formación específica.

Otra forma de arbitrariedad en la misma línea que se viene planteando, puede verse en la restricción explícita o velada de aceptación de miembros de orientación sexual homosexual, la cual es considerada, a partir de una lectura distorsionada de la obra de Freud, como condición patológica asimilada a la paranoia, a las neurosis narcisistas o a las perversiones. Esta posición prejuiciosa difiere de los principios básicos psicoanalíticos que, levantando repre-

siones y develando deseos prohibidos, hicieron aflorar la bisexualidad humana y el complejo de Edipo como ejes constitutivos de la subjetividad. La elección del objeto sexual, definido por su contingencia, está marcada por la historia infantil y por la resolución del complejo de Edipo, siendo la homo o la heterosexualidad destinos pulsionales y no patologías. *Todos los seres humanos son capaces de hacer una elección homosexual y, en realidad, ya la hicieron inconscientemente* por lo que, de este modo, no cabe considerar que los homosexuales formen parte de un grupo diferente al del resto de la humanidad (Freud, 1905/1972, p. 146).

Freud sostuvo sus argumentaciones no sólo en forma teórica sino también a través de testimonios personales. En su correspondencia de 1921 con Ernest Jones, quien había aconsejado a la Sociedad Holandesa de Psicoanálisis que no aceptara como miembro a un médico homosexual, Freud manifiesta abiertamente sus discrepancias con respecto a esta discriminación, afirmando que tales personas no podrían ser excluidas sin el agregado de otras razones. Incluso alertó a los dirigentes de las Sociedades psicoanalíticas acerca del riesgo de “la transformación de algo así en ley, sin considerar los variados tipos de homosexualidad y los diferentes mecanismos que la causan (Spiers; Lynch, 1977, p. 9)” (Bulamah & Kuperman, 2013, p. 149). Declaró así mismo en 1935 (cita de Jones, 1957) que no veía vicio, degradación o enfermedad en la homosexualidad, sino una variación de las funciones sexuales. Tales posturas “olvidadas” en el psicoanálisis, ganaron una nueva dimensión a través de los consistentes trabajos y los corajudos testimonios de analistas que se declararon gays (Roughton, 2002).

El comportamiento homosexual viene siendo objeto de estudios multidisciplinarios desde hace tiempo pero, aún cien años después, el psicoanálisis da cuenta, en su origen, de una posición progresista sin par. Algunos autores observaron (Correa, 2003) que el alejamiento de esta posición –que se oponía a la normativización o a la naturalización de la sexualidad–

se acentuó a partir de la muerte de Freud. ¿Cómo se habrán configurado, en este banquete totémico, los procesos identificatorios y las relaciones transferenciales de los analistas con el padre muerto?

La formación de identificaciones lleva en sí el sello de la cultura de la época y las instituciones psicoanalíticas no escapan a esta regla. Creadas con la intención de preservar la identidad del nuevo saber y ofrecer capacitación al psicoanalista, fueron atravesadas por ingerencias políticas, desde sus fundaciones. La propuesta inicial era transmitir el psicoanálisis a través del conocimiento teórico, la práctica supervisada y el análisis personal. Es a través de ello *que el pobre diablo* (el futuro analista) *adquiere aquella aptitud ideal* [subrayado del autor] *que le hace falta en su profesión* (Freud, 1937/1989); sólo así puede ser capaz de llegar a la convicción de la existencia del inconsciente en sí mismo, instrumentándolo, a su vez, para el trabajo de interpretación del inconsciente del otro. Era esperable que la complejidad de la formación psicoanalítica trajera consigo malestar –educar, gobernar y psicoanalizar, ¿no son acaso profesiones imposibles?– Sin embargo, a falta de argumentos consistentes, se acabó por transformar la formación en un determinado conjunto de normas restrictivas.

El ideario cultural está ligado al contexto y al tiempo, lo que hoy toma color de verdad se revela mañana como fruto de la miopía de la época. Hoy se aceptan profesionales legos y homosexuales, pero ¿hasta cuándo se utilizará este calificativo? El debate institucional permanente sobre las reglas establecidas (plazo o número de sesiones, por ejemplo) es necesario para evitar que la intromisión institucional sirva a presiones políticas e ideas preconcebidas que no permiten esclarecer lo que separa capacidad de fuerza; *quien puede de quien puede más*; transmisión del psicoanálisis de ejercicio de un poder. La propuesta de *Calibán* actualiza esa discusión.

Tal vez tengamos que aceptar que los analistas puedan poner en duda el poder transfor-

mador del análisis y, en lugar de identificarse rígidamente con él, lo pudieran hacer sin el rigor superyóico de las reglas institucionales, cuyos rituales esterilizan el pensamiento y amortiguan los deseos.

La identificación con el psicoanálisis se hace a partir del propio análisis del analista –que según Ferenczi (1928/1992) es la segunda regla fundamental de este trabajo– e interroga su deseo de ser analista.

¿Qué significa con todo *ser* analista? No cabe aquí la lectura ontológica que entiende al ser como totalidad cerrada y unificada, donde no hay lugar para el otro y para la diversidad. Es mejor pensarlo desde la perspectiva del concepto de *going on being* (Winnicott, 1963/1990), organización abierta del *self*, en la cual el todo no es considerado como algo logrado de antemano, sino como permanente proceso de movimiento en el tiempo, modificándose constantemente a partir de un sistema de intercambios con el medio (Bittencourt, 2002)<sup>1</sup>. Parfraseando a este autor: no habría tal cosa que un analista, a no ser que esté inserto en un contexto relacional donde *va siendo*. El contexto puede ser el campo transferencial de una experiencia analítica, pero también se debe expandir hacia otros campos que, en su diversidad, estimulen nuevos deseos. Hay que cuidarse de que el legado del psicoanálisis no sea el de los conflictos de Freud con sus discípulos de Viena en adelante, puesto que fue a través de Acheronte y transitando por la vía regia de los sueños que él se pudo encontrar con sus demonios y crear sus teorías, así como también dudar de ellas, rehacerlas y renovarlas, es decir, que principalmente lo hizo *siendo analista*.

La identificación con el psicoanálisis tendrá que ver, entonces, con la disponibilidad para estar expuesto a esta condición móvil, así como por la búsqueda de ese lugar incierto del deseo que permite que se adquiera la supuesta *aptitud ideal* para *ser* analista. Finalmente, ser psicoanalista es para quien quiere y no para quien puede.

1. Trabajo presentado en el X Encuentro Latino-Americano sobre el Pensamiento de Winnicott, Santiago de Chile, 2001.

## Referencias

- Bittencourt, A.-M. (2002). A busca do self: Ponto de chegada ou de partida. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 36(4), 899-908.
- Bulamah, L., & Kuperman, D. (2013). Notas para uma história de discriminação no movimento psicanalítico. *Estudos da Língua(gem)*, 11(1), 147-164. Recuperado de <http://estudosdalinguagem.org/seer/index.php/estudosdalinguagem/article/view/305/341>
- Correa, C. (2003). Sodoma e Gomorra: Mille e tre ensaios sobre a sexualidade. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 37(4), 1105-1118.
- Ferenczi, S. (1992). Elasticidade da técnica psicanalítica. En *Obras completas* (Vol. 4, pp. 25-36). São Paulo : Martins Fontes. (Trabajo original publicado en 1928)
- Freud, S. (1972). Três ensaios sobre a teoria da sexualidade. En *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 7, pp. 135-250). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1905)
- Freud, S. (1976). A questão da análise leiga. En *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 20, pp. 209-293). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1926)
- Freud, S. (1989). Análisis terminable e interminable. En *Obras completas* (Vol. 23, pp. 211-270). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1937)
- Jones, E. (1957). *The life and work of Sigmund Freud* (Vol. 3). New York: Basic Books.
- Roughton, R. (2002). Rethinking homosexuality: What it teaches us about psychoanalysis. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 50(3), 733-763. doi: 10.1177/00030651020500032001
- Winnicott, D. W. (1990). From dependence towards independence in the development of the individual. En *The maturational processes and the facilitating environment: Studies in the theory of emotional development* (pp. 83-92). London: Karnac. (Trabajo original publicado en 1963)

# Una argumentación por la aceptación de psicoanalistas gays\*

Ralph Roughton\*\*

Los editores de *Calibán* me invitaron a compartir mi perspectiva sobre la cuestión de: ¿“quién puede ser psicoanalista”? La misma está basada en mi experiencia promoviendo la inclusión de gays y lesbianas en el cuerpo de psicoanalistas de la American Psychoanalytic Association (APsaA) y de la International Psychoanalytic Association (IPA).

Antes de 1990, si algún “homosexual asumido” estaba en formación en los institutos de APsaA, esto seguramente se mantenía como secreto cuidadosamente guardado. Aún no habiendo reglas escritas que los excluyeran de la formación, los números hablaban por sí mismos: en casi 3.000 miembros de APsaA, ninguno se identificaba como gay o lesbiana<sup>1</sup>.

Había, por supuesto, gays y lesbianas “no asumidos” que se volvieron psicoanalistas en aquellos años y que incluso muchas veces se destacaron en funciones de enseñanza, ocupando lugares de liderazgo, con el costo personal de vivir una doble vida y el miedo constante a la exposición.

No eran tan sólo estos individuos los que estaban “en el clóset”, sino que también lo estaba la propia institución. Estábamos evitando un asunto controversial que involucraba negación e hipocresía grupal y que actuaba como cierre de la profesión frente a potenciales colaboradores.

---

\* Traducción de Lucas Charafeddine Bulamah.

\*\* Asociación Psicoanalítica Americana.

1. Para aclarar mi opción por las palabras “homosexual” y “gay”: uso “homosexual” cuando hablo sobre pensamientos pretéritos o propuestas teóricas. “Gay” implica una actitud más contemporánea, particularmente personas que se aceptan a sí mismas y su identidad.

Describí en otro lugar el proceso de cambio en lo referente a esta cuestión (Roughton, 2002b). A finales de 1980, en primer término gracias a los esfuerzos de Richard Isay (1991, 1996) el tema se empezó a discutir. Finalmente, en 1991, APsaA adoptó una línea de no-discriminación, que establecía que la selección de candidatos y docentes, incluyendo supervisores y analistas didactas, estuviera basada en las cualidades inherentes a la capacidad de aprendizaje y desempeño como psicoanalista, y no en relación a la orientación sexual.

Hoy en día APsaA le da oficialmente la bienvenida y valora a sus candidatos y analistas gays y lesbianas. Miembros abiertamente gays se volvieron presidentes de comisiones, profesores, directores de instituto, analistas didactas y supervisores. APsaA, a su vez, se transformó en defensora de los cambios sociales, emitiendo posicionamientos y recomendaciones en asuntos jurídicos que apoyan la igualdad.

En 1999, después de varios años de calurosos debates, la International Psychoanalytic Association (IPA) adoptó una línea similar, pero los cambios, si es que los hubo, se fueron dando muy lentamente. En muchas sociedades psicoanalíticas los gays y las lesbianas no sólo no son bienvenidos, sino que además suelen ser silenciosamente rechazados cuando presentan sus candidaturas<sup>2</sup>.

La diferencia entre la respuesta de APsaA e IPA es, en parte, cultural y refleja factores externos al psicoanálisis, pero también las distintas teorías existentes respecto de la homosexualidad (Roughton, 2001a, 2001b, 2001c, 2003). Con todo, la diferencia más considerable es que APsaA creó un comité de trabajo para auxiliar a los grupos locales en la implementación de los cambios, lo cual no se hizo en el caso de IPA.

Hasta aquí la historia. Expondremos ahora una argumentación a favor de la implementación de los cambios.

### **El argumento acerca de lo justo**

En el proceso de cambios de APsaA, fue útil la distinción entre el tema de la discriminación y los aspectos clínicos y teóricos de la homosexualidad. Postulamos entonces que, si es *posible* que alguien sea a la vez gay y buen psicoanalista, excluir a una persona en razón de su homosexualidad es un acto de discriminación y, por lo tanto, de injusticia. No se trataba de defender que una persona no calificada pudiera ser aceptada, sino que aquellos que se mostraran calificados no fueran rechazados en virtud de un factor no relevante.

Considerábamos que había diversas evidencias empíricas que comprobaban que la orientación homosexual no le impedía a una persona ser un buen psicoanalista. Por lo tanto, veíamos esta exclusión, en primer lugar, como una cuestión de injusticia. Ello también abrió camino hacia la reconsideración de las teorías opuestas a estos planteos. Cuando la cuestión fue presentada de esta forma al Consejo Ejecutivo de APsaA, éste acordó mayoritariamente que los candidatos debían ser evaluados según las cualidades inherentes al aprendizaje y a la práctica del psicoanálisis, y que no debían ser rechazados exclusivamente por su orientación sexual<sup>3</sup>.

Cuando razones similares fueron presentadas en IPA, hubo dos grupos distintos de opositores: 1) aquellos que consideraban a la homosexualidad como patológica y, por lo tanto, un criterio de exclusión; y 2) aquellos que se oponían a cualquier forma de discriminación pero objetaban lo que veían como una “política de identidad”, en el sentido de designar categorías.

---

2. El autor agradece a Lucas Charafeddine Bulamah, de la Universidad de San Pablo, por su valiosa ayuda para la comprensión de la saga de los gays y lesbianas que ansiaron volverse psicoanalistas en América Latina y en IPA. Su tesis de maestría es altamente recomendable para informarse mejor sobre el asunto (Bulamah, 2014).

3. Me consta que en algunas partes del mundo el término “orientación sexual” es utilizado en sentido más amplio, incluyendo cualquier variación del objeto sexual. El uso que yo hago del término refiere solamente al género del objeto erótico, que se presume ser humano, adulto, vivo y que da su consentimiento.

Al último grupo de opositores, mi respuesta fue que no designar algo y no hablar sobre ello no hace que el estigma desaparezca. Yo les preguntaba a esos grupos que aseguraban no estar discriminando: 1) si los potenciales candidatos los veían como tolerantes; 2) si aquellos que eran aceptados tenían la suficiente confianza como para ser sinceros sobre sus vínculos al punto de, por ejemplo, llevar a sus parejas a los eventos sociales; y 3) si aún seguían enseñando que la homosexualidad era patológica.

### **El argumento acerca de la teoría**

No hay ninguna teoría ampliamente aceptada sobre los orígenes, el desarrollo y los desórdenes de la sexualidad. Esto vale tanto para la homosexualidad como para la heterosexualidad. Diversos constructos teóricos se refieren a una “fijación en el desarrollo”, según el esquema psicosexual; o aspectos “narcisistas” en cualquier persona que ame a alguien “igual a sí mismo”; del mismo modo también se habla de “negación de la diferencia sexual”. Esto se afirma incluso cuando, aplicados a individuos saludables, tales constructos no son sostenibles.

El método de estudio del psicoanálisis en lo que respecta a la homosexualidad siempre fue muy engañoso. Las teorías se fueron construyendo con base en relatos de casos anecdóticos, con frecuencia de pacientes severamente perturbados. La coexistencia entre el padecimiento y la homosexualidad era confundida con causalidad y las asunciones problemáticas eran, en seguida, generalizadas en teorías del desarrollo y trastornos aplicables a todos los homosexuales.

En los Estados Unidos se pensaba teóricamente a la homosexualidad como resultado de una “fijación en el desarrollo”, ya fuera que se expresara bajo la forma de una dificultad en la adquisición de la primacía genital heterosexual, en el desarrollo psicosexual, o como dificultad en el logro de la separación-individuación, lo cual redundaría en patologías del carácter.

El recurso a los datos empíricos para llevar a los psicoanalistas a desistir de sus teorías no es una tarea fácil. Recordaban el paciente X,

cuya patología *borderline* estaba intrincadamente expresada en su vida amorosa, lésbica y turbulenta; pero ignoraban la similitud con el paciente Y, cuya patología *borderline* se expresaba en forma intrincada en su vida amorosa, heterosexual y turbulenta con su marido. Por cierto que, de una muestra de 100 homosexuales seleccionados aleatoriamente, algunos resultaron saludables, otros neuróticos, otros narcisistas, *borderline* o psicóticos. Lo mismo se podría decir de una muestra de 100 heterosexuales. Saber la orientación sexual de una persona no nos dice nada sobre su madurez o salud psicológica, sobre su carácter, sus relaciones de objeto o su capacidad para amar. Es, por lo tanto, más útil pensar la orientación sexual como una dimensión independiente, no necesariamente ligada a alguna patología en particular.

Son un poco más prevalentes en Europa y en América Latina las teorías derivadas de la lingüística –que para los norteamericanos pueden parecer muy abstractas– y que sostienen, por ejemplo, que amar a alguien anatómicamente igual, *solamente* puede ser resultado de la expresión de un amor narcisista *por uno mismo*. Pienso que esta generalización es comprobablemente falsa si de ella se desprende que ningún homosexual podría sostener un relacionamiento objetal maduro.

Al explorar la vida real, vivida por personas reales, fácilmente observamos ejemplos de amor objetal maduro entre parejas del mismo sexo, indistinguibles en términos de calidad de relacionamiento de las parejas heterosexuales. La diferencia entre un objeto narcisista y un objeto sexual maduro está en la cualidad del vínculo y no tan sólo en el sexo del objeto (Roughton, 2002a). Como Frommer lo sugiere de manera sucinta: “El amor así llamado narcisista no dice nada con respecto a *quién* se ama, sino a *cómo* se ama” (Frommer, 2000).

### **El argumento basado en la experiencia**

Aún no habiendo un grado pronunciado de psicopatología, ¿podrían ocurrir problemas cuando los psicoanalistas gays y lesbianas tratan pacientes? Si bien esto no fue exhaustivamente

estudiado, no hay evidencias que señalen dificultades en el creciente grupo de psicoanalistas gays. Ellman (2001) entrevistó a un grupo de candidatos gays acerca de sus casos de supervisión y los juzgó capaces de ser objetos transferenciales para sus pacientes del sexo opuesto. En un extenso relato de material clínico, Phillips dio cuenta del fecundo trabajo de transferencia entre un analista gay y su paciente heterosexual (Phillips, 1998).

En los últimos 20 años, los institutos de APsaA cuentan entre sus miembros por lo menos con 70 candidatos gays y lesbianas asumidos. Hay consenso en relación a que están tan calificados como cualquier otro grupo de personas y que algunos de ellos son, incluso, excelentes, llegando a ser indicados para la función didáctica y de supervisión.

Anteriormente, aquellos que optaban por suprimir sus atracciones sexuales y esconder sus vínculos amorosos para volverse psicoanalistas, todavía experimentaban “la tragedia del clóset”. Cuando una parte tan importante de sus verdaderos selfs tenía que permanecer invisible, el resultado eran sentimientos de aislamiento y, frecuentemente, vergüenza, incluso cuando los colegas desprevenidos los trataran como a uno de ellos. “Uno sabe que el otro no sabe quién es uno realmente”.

Sin duda, hay miembros en las sociedades psicoanalíticas latinoamericanas que se incluyen en este patrón, tal como los había en APsaA. Cuando nuestras líneas de inclusión cambiaron con la intención de eliminar la discriminación –cuando se volvió seguro salir del clóset– tal efecto de secreto y de aislamiento se comenzó a revertir. Sin embargo, nada cambió tan rápido los supuestos y los sentimientos sobre los gays como el saber que un respetable colega o alumno lo era.

En todos los sectores que conozco de APsaA los resultados fueron positivos. Miembros más veteranos especialmente, quedaban fre-

cientemente atónitos, al darse cuenta de que nunca habían conocido a un gay, salvo algunos pacientes. En la vida de una institución y en los procesos de grupo, los secretos conocidos pero no verbalizados siempre tuvieron efectos negativos. Abrir nuestros ojos y nuestras puertas a los colegas gays y lesbianas en APsaA fue sin duda una experiencia que nos benefició a todos. Tal vez algo similar pueda darse también en América Latina.

## Referencias

- Bulamah, L. C. (2014). *História de uma regra não escrita: a proscricão da homossexualidade masculina no movimento psicanalítico*. [Disertación de Maestría]. Universidade de São Paulo, Instituto de Psicologia, São Paulo, Brasil.
- Ellman, S. (2001). Discussion of homosexuality: Clinical and technical issues. *International Psychoanalysis*, 10(1), 23-24.
- Frommer, M. S. (2000). Offending gender: Being and wanting in male same-sex desire. *Studies in Gender and Sexuality*, 1(2), 191-206.
- Isay, R. (1991). The homosexual analyst: Clinical considerations. *The Psychoanalytic Study of the Child*, 46, 199-216.
- Isay, R. (1996). *Becoming gay: The journey to self-acceptance*. New York: Pantheon Books.
- Lewes, K. (1988). *The psychoanalytic theory of male homosexuality*. New York: Simon & Schuster.
- Phillips, S. (1998). A new analytic dyad: Homosexual analyst, heterosexual patient. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 46(4), 1195-1219.
- Roughton, R. (2001a). Dialogue on homosexuality: Continued. *International Psychoanalysis*, 10(2), 29-32.
- Roughton, R. (2001b). Homosexuality: Clinical and technical issues. *International Psychoanalysis*, 10(1), 17-19.
- Roughton, R. (julio, 2001c). *The empirical basis for changing psychoanalytic concepts of Homosexuality*. Trabajo presentado en el 42<sup>nd</sup> Congress of the International Psychoanalytical Association, Nice, France.
- Roughton, R. (2002a). Response to Bergeret's 'homosexuality or homoeroticism: "Narcissistic eroticism"'. *The International Journal of Psychoanalysis*, 83(4), 949-952.
- Roughton, R. (2002b). Rethinking homosexuality: What it teaches us about psychoanalysis. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 50(3), 733-763.
- Roughton, R. (2003). The International Psychoanalytical Association and homosexuality. *Journal of Gay & Lesbian Psychotherapy*, 7(1-2), 189-196. doi: 10.1300/J236v07n01\_11



# El método y el desvío

Pedro Duarte\*

La invitación que gentilmente se me hizo para colaborar con la cuestión aquí debatida me tomó por sorpresa. El motivo es sencillo. No soy psicoanalista. ¿Qué me habilitaría, entonces, a opinar acerca de quién debe –o no deberlo? Decidí, de todos modos, aceptar. No por encontrar la debida certificación, sino más bien por reconocer que rechazarla por falta de calificación técnica sería, tácitamente, afirmar que alguien que no es psicoanalista ni siquiera puede debatir sobre el tema. Como creo que, independientemente de las conclusiones *a posteriori* es mejor no tener certezas *a priori*, acepté el desafío de acercar una palabra en esta controversia, esperando que sea escuchada como una colaboración más para el debate. Es evidente que los psicoanalistas están mejor preparados para discutir sobre psicoanálisis, sin embargo, como en cualquier otro campo, la apertura a una perspectiva diferente siempre puede traer algo interesante y es con ese espíritu que escribo aquí.

Me fueron enviadas dos preguntas. Comienzo por la segunda, porque me parece más simple, para luego pasar a la primera – “*¿resulta una pérdida el que no haya casi psicoanalistas oriundos de la filosofía, la sociología u otras áreas?*” Pienso que sí, ello podría resultar en una pérdida, pero no necesariamente. El problema no es tanto la ausencia de psicoanalistas provenientes de otras áreas sino la falta de contacto de los psicoanalistas con las mismas, puesto que éstas no son tan sólo disciplinas del saber, sino dimensiones de la experiencia humana. El ejercicio del psicoanálisis pierde cuando los que practican se encierran en su propio mundo, con su vocabulario específico y sus determinaciones particulares. O sea, el psicoanálisis pierde cuando se cierra sobre sí mismo, lo que vale también para cualquier otra disciplina. John Coltrane puede enseñar sobre la soledad, Bernini sobre el éxtasis y Proust sobre la homosexualidad, a cualquiera de nosotros. Y aprovecho esto para pasar a la segunda

---

\* Profesor doctor de la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro, autor de *Estio do tempo: Romantismo e estética moderna* (Ed. Zahar).

cuestión planteada aquí sobre “...¿qué habilita a una persona a ejercer el psicoanálisis? Psicoanalistas homosexuales, ¿por qué no?” Mi objetivo es contribuir con este debate, que interroga a la teoría psicoanalítica en su práctica y en su lugar en el mundo.

Comienzo, como le corresponde a la filosofía, intentando formular la cuestión en juego aquí. La misma implícitamente reconoce que existe una resistencia a la aceptación de psicoanalistas homosexuales, puesto que de otro modo no tendría sentido preguntar: “¿por qué no?” Así propuesta, la pregunta parte del horizonte de la resistencia aunque, sin embargo, parece contraponerse a ella. Por ello habla de “psicoanalistas homosexuales”, y no de “homosexuales psicoanalistas”. En el lenguaje, a diferencia de lo que ocurre con la exactitud de las operaciones matemáticas, el orden de los factores sí altera el producto: si se dijera “homosexuales psicoanalistas”, la identidad primera del individuo sería la homosexualidad y la segunda (psicoanalista) quedaría en un lugar secundario, como si estuviera determinada por la primera o incluso puesta en duda. Para usar el desgastado léxico aristotélico, sería como si la esencia fuera el ser homosexual y el accidente, el ser psicoanalista. Esto último sería circunstancial y aquello, fundamental. Cuando invertimos la fórmula, el esquema se deconstruye: el individuo no se vuelve esencialmente psicoanalista y accidentalmente homosexual, puesto que ser psicoanalista es una profesión y todos sabemos que es circunstancial. Lo que sobresale aquí, para hablar como el filósofo francés Jean-Paul Sartre (1978), es la ausencia de cualquier esencia que preceda a la existencia.

Decíamos que pareciera que el interrogante planteado insinuara la existencia de una resistencia a la práctica psicoanalítica llevada adelante por homosexuales pero que, a su vez, también diera cuenta de un posicionamiento contra tal resistencia, como si encarnara el desmantelamiento histórico de las construcciones identitarias fijas, resultado, entre otros, del psicoanálisis del siglo XX, desde Sigmund Freud

a Jacques Lacan. Desmistificar el sexo como mero acto biológico del hombre, asumiendo su realidad cultural y lingüística, o señalar que padre y madre no son apenas predicados empíricos sino funciones de carácter simbólico, son algunas de las conquistas que el saber psicoanalítico aportó a la civilización occidental moderna del siglo XX. Hombre de su tiempo, es cierto que Freud puede haber dejado en sus textos coartadas que suavicen esa deconstrucción. Es el precio que pagan los que abren caminos. Sin embargo, el espíritu de la letra propone una gran libertad para la admisión de que la sexualidad, como la vida en la que se encarna, tiene menos patrones estables que los que nos gustaría reconocer metafísicamente. Y que la causa de ello no reside necesariamente en las perversiones de naturaleza patológica, sino más bien la multiplicidad de la existencia erótica. Tal vez por eso, Ferenczi prefirió hablar de homoerotismo y no de homosexualidad (Costa, 1994).

¿Cuál es el lugar histórico e intelectual –y no solamente clínico– que el psicoanálisis ocupa en la civilización moderna que lo parió? Este lugar, desde mi perspectiva, estuvo siempre unido a una saludable descentración del sujeto que, para la tradición filosófica, desde René Descartes e Immanuel Kant, era dado como fundación estable, centralizadora, universal y atemporal. En otras palabras, la obra de Sigmund Freud, en el pasaje del siglo XIX al XX, acompañó un cierto corte epistemológico o cambio de paradigma, para hablar en el lenguaje estructuralista de los años 1960 y 1970, cuyo signo conceptual fue la obra de Friedrich Nietzsche, que puso bajo sospecha los cimientos morales –o más bien moralistas– provenientes de la filosofía desde el siglo XVII, es decir, las bases de la sociedad burguesa moderna. Desde un punto de vista externo, como el mío, y por ello tal vez incauto, la posibilidad de resistencia hacia los psicoanalistas homosexuales parece, en la práctica, negar lo que sería una herencia teórica fundamental del psicoanálisis para la historia –incluso social y cultural– del siglo XX.

Es fácil pensar la homosexualidad como desviación de la heterosexualidad. Puede haber hasta quien diga que es una práctica –en todas las sociedades conocidas– de una minoría de las personas. Aunque se conceda ese punto, bastante discutible en su real significado, todavía cabría preguntar: ¿la desviación de la norma debe ser excluida? ¿No se podría aprovechar el desvío como algo que quizás podría hacernos conocer algo más sobre el modo de ser de la norma? El filósofo judeo-alemán Walter Benjamin escribió, una vez, que “método es camino indirecto, es desvío” (Benjamin, 1984). Invertía así nuestro pensamiento habitual, sugiriendo que precisamente en el desvío estaba su método crítico de pensamiento, tan próximo al arte. Pues, el propio desvío es un arte, en la medida en que inventa un camino fuera de la norma y, de este modo, la relativiza. La norma, tal como nos enseñó Michel Foucault (1999) es siempre histórica y relativa, nunca natural y eterna. El apartamiento de ella lo prueba cada día, y nuestra capacidad para absorberlo es un test de apertura hacia diferentes formas de vida, de felicidad, de tristeza o de sexualidad. Por lo tanto, no se trata necesariamente de defender la presencia de analistas homosexuales por su igualdad ontológica con los heterosexuales sino más bien por su diferencia óptica, que también tiene un tiempo determinado.

La clínica psicoanalítica es, entre muchas otras cosas, un encuentro. Como todo encuentro, aunque sostenido por una concepción técnica determinada, tiene su singularidad irreductible. Es un “cada vez”. En otros términos, la clínica es también una combinación –o una falta de combinación combinada– que se produce entre los individuos involucrados: analista y analizando. Y aquí, más allá de la línea teórica del analista, todas las particularidades que lo definen como ser humano cuentan. Cada analista es único. Esto da al analizando la posibilidad de buscar aquel con el que sienta mejor “combinación” –o si lo prefieren, transferencia. Es difícil, pues, suponer que el ejercicio de la homosexualidad – con todo lo que conlleva de experiencias subje-

tivas y objetivas, personales y sociales– pueda suponer para el analista una condición igual a la de otro analista. Quizás a veces, dependiendo del caso, hasta se encuentre en mejores condiciones que otro para el encuentro con el analizando, porque la formación de un psicoanalista no depende tanto de lo que éste es, sino de lo que hace con lo que es. Nuevamente, porque la esencia se decide en la propia existencia. Y esta es siempre diferente y diferida.

El prefijo “hetero”, en este sentido, parece más interesante que el prefijo “homo”. Mientras que el primero indica diferencia, el segundo indica igualdad. Por tanto, si la lógica psíquica siguiera las raíces etimológicas, la capacidad de comprensión de un analista homosexual sería menor que la de uno heterosexual, puesto que estaría fijado a un sólo modelo de sexualidad, sin hacer un pasaje por ambos, desde la más tierna identificación infantil. Sólo que los procesos de subjetivación de los individuos son más complejos y escapan a las reglas. La ubicación de la heterosexualidad en el lugar de patrón normal de la sexualidad también se puede transformar en exigencia de homogeneización. Por ello sería necesario admitir la heterogeneidad que las experiencias homosexuales representan.

La sexualidad no es solamente un repertorio de cualidades o propiedades estables que definen a un ser y listo. “Cualquiera que sea ese repertorio, y aún si lo complicamos al infinito”, como argumenta el filósofo Alain Badiou, “el ser sexual no es intuible sino en ese medio indesignable e indiscernible de todas esas propiedades que se metamorfosean las unas en las otras” (Badiou, 2000, p. 160). El punto es que la sexualidad no configura una estructura eterna transparente, sino que es ella misma histórica y se ve alterada con el tiempo, como todas las experiencias humanas. En ese sentido ¿no se vería acaso damnificada la ética del cuidado psicoanalítico para con la heterogeneidad de las subjetividades cuando exige homogeneidad a lo interno de la práctica psicoanalítica y, por tanto, en lo que toca a la sexualidad? Mi pregunta no es retórica y la dejo abierta para que pueda ser debatida.

## Referencias

Badiou, A. (2000). Da vida como nome do ser. En É. Alliez (Org.). *Gilles Deleuze: Uma vida filosófica* (159-167). São Paulo: Editora 34.

Benjamin, W. (1984). *Origem do drama barroco alemão*. São Paulo: Brasiliense.

Costa, J. F. (1994). *A ética e o espelho da cultura*. Rio de Janeiro: Rocco.

Foucault, M. (1999). Nietzsche, a genealogia e a história. En *Microfísica do poder* (pp. 15-37). Rio de Janeiro: Graal.

Sartre, J.-P. (1978). *O existencialismo é um humanismo: A imaginação; questão de método*. São Paulo: Abril Cultural.

# ¿Quién puede ser psicoanalista? Apuntes sobre una construcción interminable

Virginia Ungar\*

No hay dudas de que la pregunta que titula este artículo define un campo de pensamiento tan amplio como complejo. Para empezar, podríamos recortar este campo en el terreno de las capacidades por un lado y, por el otro, el de las habilitaciones. Respecto de este último eje, existen discusiones y polémicas sobre las carreras de grado habilitantes para el ejercicio del psicoanálisis. En la Argentina, por ejemplo, sólo los médicos y psicólogos pueden trabajar como analistas. Si bien es un tema que merece ser discutido, prefiero hacer foco ahora en la interrogación sobre las capacidades.

Volviendo a la pregunta en cuestión, podemos considerar otras interrogaciones con la intención de estimular la reflexión. Por ejemplo:

¿Existe algo como la vocación? ¿Hay que descubrirla y estimularla? ¿Se trata de algo que no está ahí para ser descubierto sino que se genera en determinadas circunstancias? ¿Qué relación hay entre vocación y profesión?<sup>1</sup>

Aquél que quiere ser analista, ¿siempre puede llegar a serlo?

¿Hay un “ser” psicoanalítico?

¿Qué papel le cabe a la transmisión en este mapa?

Al escribir estas preguntas, recuerdo una célebre frase de Simone de Beauvoir (1949/1999) de *El segundo sexo*: “no se nace mujer, se deviene”. Esta frase, sospecho, admite respetuosamente

---

\*Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

1. Para Leonardo Wender (1965) la profesión es la expresión instrumentada de la vocación.

la siguiente analogía: “no se nace analista, se deviene analista”. Y este devenir, por otra parte, no implica la superación de una etapa o fase sino que podríamos considerarlo una tarea interminable.

Así pensado, el ser analista es producto de un largo proceso de construcción que probablemente tenga raíces históricas en los juegos predilectos de la infancia, que se entranan con ideales aspiracionales y modelos de identificación, pero sobre todo con experiencias (positivas y negativas) y encuentros acontecidos a lo largo de la vida de una persona. En definitiva, ese ser en construcción es consecuencia de un conjunto de encuentros, buscados y azarosos, que terminan de componer una travesía.

Ahora bien, si tuviera que historizar mi travesía de “ser psicoanalista”, comenzaría por la primera entrevista como futura paciente con José Bleger, a los 17 años, que tuvo un lugar nuclear en mi vida. Luego de ese encuentro, “me derivó”. Suena extraña esta palabra que en latín denomina “desviar una corriente de agua” mientras que en la acepción náutica es “ser llevada una embarcación por la corriente” (Corominas, 1980).

Pero esta travesía no es sencilla. Ser analista es una profesión riesgosa que requiere preparación. Sin ir muy lejos, un psicoanalista “ofrece” su mente y también su cuerpo (más aún en análisis de niños) para ser “usados” por sus pacientes. Asimismo, esto es mucho más cierto en el trabajo con pacientes muy regresivos, perturbados o con déficits simbólicos. En esos casos –y también con pacientes de la serie neurótica, en menor grado– el estado emocional del terapeuta va a estar habitado, además de por sus propios contenidos, por aquello que el paciente proyecta y necesita que su analista sostenga en sí, que sea capaz de procesar y diferenciar de sus propios conflictos para no re-proyectarlos en estado bruto. Es decir, un psicoanalista que actúe en lugar de pensar.

Pero también hay que decir que es posible prepararse para los riesgos. Siguiendo a Meltzer, contamos con el propio análisis como resguardo y con el método analítico como defensa contra “la seducción de las emboscadas contratransferenciales” (Meltzer, 1967/1968). En este sentido, una transgresión técnica nos va a advertir sobre este posible evento.

Siguiendo este argumento, se da por sentado que el analista ha pasado por un análisis personal y que ha “introyectado” el método analítico. Nos hemos deslizado así al terreno de los requisitos que habilitarían a alguien para ejercer esta profesión y allí corremos el riesgo de pensar que, si se cumple con lo que exigen las regulaciones legales en relación al país en que trabaje o de alguna institución que “garantice” su solvencia, se “accede” a ser psicoanalista. En la práctica, la condición normativa es necesaria pero no suficiente.

Por eso mismo, la construcción del “ser analista” es un largo proceso que no se agota en la formación “clásica”.<sup>2</sup> Es una tarea continua e interminable y que suele abarcar toda la vida de un psicoanalista.<sup>3</sup>

Si retomamos la cuestión de las capacidades, pienso más bien en ciertas *cualidades* de la personalidad como necesarias para ser analista. No hay dudas de que estas cualidades pueden ser parte de la personalidad de aquellos que se inician en la tarea y en el camino de la formación, pero se redimensionan, se entrenan, se desarrollan y también se generan a través del aprendizaje por la experiencia, parafraseando a Bion (1962/1987).

Ahora bien ¿cuáles son esas cualidades? Las primeras son observar y escuchar. En la tradición psicoanalítica, la *observación* se contraponen de alguna manera con aquellas posturas que tienen su eje en la noción de *escucha*. La primera ha sido destacada por la Escuela Inglesa de Psicoanálisis porque la noción de fantasía inconsciente está teñida de un fuerte

2. La formación clásica es la que se basa en el trípode de Eitingon: análisis personal, seminarios y supervisión.

3. Actualmente es un tema candente el del envejecimiento de la población de analistas y no hay criterios comunes en todo el mundo con respecto a la edad en que sería recomendable dejar de trabajar con pacientes.

acento en lo perceptual-visual. Mientras que la tradición del psicoanálisis francés, centrada en la noción de estructura y el concepto lacaniano de que el inconsciente tiene la estructura del lenguaje, se lleva mejor con el foco ubicado en el analista que “escucha”, por así decirlo, al inconsciente que “habla”.

Las dos posiciones parecen contrapuestas en relación a un posible predominio de un órgano sensorial, la vista o el oído. Pero a poco que nos acerquemos al hecho clínico, tal polarización es difícil de sostener. ¿Acaso un analista que escucha hablar a su paciente no registra también los tonos y la música de su voz? ¿Los silencios y el lenguaje –sin palabras– del cuerpo? ¿Los ruidos que vienen de afuera del consultorio o sus propios pensamientos, sensaciones corporales o ansiedades?

Otra cualidad sería un tipo particular de *receptividad* en la que se rechaza la inmediata explicación o formulación de teorías. Sosteniendo el no saber y no comprender, Bion describe este estado mental con el término “capacidad negativa” tomado de una carta de Keats a sus hermanos. ¿A qué se refiere? Nada más y nada menos que a la posibilidad de permanecer en la incertidumbre, el misterio y la duda, conservando la paciencia sin un ansia exacerbada de llegar hasta el hecho y la razón hasta que “evolucione una pauta” (Bion, 1970/1974). Es claro que se refiere aquí a causas y explicaciones.

Las cualidades de la personalidad enumeradas sólo se pueden adquirir, como vimos, a través del aprendizaje por la experiencia. Por supuesto que se incluye la formación analítica, la cual permite introyectar la actitud analítica a la que me referí en otro artículo (Ungar, 2000). Pero ésta no es suficiente, sólo constituye una base sobre la cual se va a seguir construyendo el “ser psicoanalista” una y otra vez. Entre otras razones, porque, a lo largo de toda la vida, el analista confronta no sólo con las re-

sistencias y la tendencia a la evitación del dolor mental de sus pacientes, sino también con sus propias resistencias al análisis, que como nos recordara Bion, son tan fácilmente movilizadas por los pacientes en uno mismo.

El trabajo de un analista es solitario por definición y, al no tener gratificaciones y reconocimiento visibles afuera del consultorio, a esto se agrega una importante privación narcisista. Es una tarea en la que la creación de un espacio de intimidad y el respeto por la confidencialidad son requisitos insoslayables. Esto tiene un alto costo subjetivo para el analista en tanto único testigo en caso de que un paciente mejore.

Si esto siempre fue un reto (en el doble sentido de la palabra) para el analista, lo es más en una época como la nuestra en donde la intimidad se ha vuelto un espectáculo (Sibilia, 2008). Por otra parte, también es difícil la tarea cotidiana cuando ese proceso de construcción se lleva adelante en lugares de poca estabilidad social y económica, de gran oferta de “curas express”, en sociedades de culto al “éxito” con la consiguiente presión de “excelencia educativa” y de tendencia a la medicalización salvaje.

Así pensado, puede ser analista y, lo que es más importante, puede continuar siéndolo, quién es capaz de sostener la pasión por la tarea y lograr transmitirla, inclusive, en estas condiciones. Pero ¿qué podría impulsar y recrear esa pasión? Al respecto, no pretendo ensayar una respuesta en regla pero ensayo una hipótesis.

Sólo una actitud de introspección, de regulación de las propias aspiraciones narcisistas, de apertura a lo nuevo y actitud de reflexión, de diálogo sincero entre colegas y con otras disciplinas podrán sostener en un psicoanalista la pasión por nuestra tarea, que si bien es de riesgo y dolorosa, permite, como pocas, ser testigo del encuentro de alguien consigo mismo de una manera que tenga la posibilidad de elegir con libertad y según su propio deseo.

## Referencias

- Beauvoir, S. de. (1999). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Sudamericana. (Trabajo original publicado en 1949)
- Bion, W. R. (1987). *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1962)
- Bion, W. R. (1974). *Atención e interpretación*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1970)
- Corominas, J. (1980). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos.
- Meltzer, D. (1968). *El proceso psicoanalítico*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1967)
- Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ungar, V. (2000). Dos planos en la formulación de la interpretación psicoanalítica. En Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (Ed.), *El trabajo psicoanalítico: Antes y después de la interpretación* (Vol. 2, pp. 629-642). Buenos Aires: Autor.
- Wender, L. (1965). Psicoanálisis de la vocación. *Revista de Psicoanálisis*, 22(1-2), 69-97.

# Desasosiegos de un caminante

Leonardo A. Francischelli\*

*Me falta tiempo y me sobra ignorancia...*

NILSON MIRANDA<sup>1</sup>

Si Edipo es universal, todos lo transitamos. De esa travesía nacemos con un aparato de lenguaje. Con este instrumento, nadie estaría necesariamente excluido de la posibilidad de volverse psicoanalista. ¿De dónde provendrán las reservas? El interrogante sobre “quién puede ser” psicoanalista ya surge armado con la estofa del preconceito y señala, de entrada, que habría alguna objeción para alguien. ¿La cuestión de “ser psicoanalista” apuntaría a lo vocacional? ¿Tendríamos que hacer tests vocacionales a los postulantes? Por cierto que no. Entonces, ¿quién debería pronunciarse acerca de la voluntad de un sujeto de ser psicoanalista?

Son muchos los caminos que llevan a Roma. Uno podría ser el que denominaríamos: identificarse con un “ente” psicoanalítico y seguir por esa senda hasta alcanzarlo. Lo más elegante sería que aquel que espera ser analista pauté su voluntad según este deseo y no renuncie a él.

Con esa marca, ninguna institución, por más burocrática y autoritaria que sea, vacilaría en aceptar a un deseante visceral. Al partir de su deseo, el aspirante se ubica en un posicionamiento ético que marcará también un ejercicio clínico soberano.

Nadie hace una samba si no tiene alma de poeta. Así como nadie puede ser analista si no tiene una buena dosis de locura. ¿Si se es

---

\* Sociedade Brasileira de Psicanálise de Porto Alegre.

1. Homenaje a un viejo combatiente por la libertad del hombre.

demasiado “normal” se es mejor analista? ¿Serán aquellos normóticos que describe la literatura? Seguramente que no. Más bien ellos representan una neurosis pura, sin ninguna locura en el sentido lacaniano que afirma que “la locura, lejos de ser una cuestión inherente a las fragilidades del organismo, es la virtualidad permanente de una falla abierta en su esencia” (Lacan, 1966/1998). Los más “normales” estarían, por eso mismo, impedidos de soñar el sueño del paciente, como planteaba Bion; o dificultados para practicar una clínica en la cual la posición de la escucha ocupe el lugar central y las palabras su puesto verdadero.

El caso del olvido del nombre de Luca Signorelli sería el modelo central del trabajo analítico. En él se muestra cómo Freud, trabajando con sustituciones de letras y palabras, busca llegar a las razones inconscientes del olvido del nombre del pintor de los frescos de la catedral de Orvieto (Freud, 1901/1984c). En el “familiar” de Heinrich Heine (Freud, 1905/1984a) trabaja las condensaciones inconscientes en la creación de esta palabra, revelando los deseos presentes en tal construcción. Incluso encontramos allí su reflexión acerca del sueño como *Rebus* (Freud, 1900/1984b).

Por estas y otras razones Lacan (1966/1998) recomendaba a los que aspiraban a la función de psicoanalista, que hicieran palabras cruzadas. Efectivamente, las palabras son el material de trabajo del analista en transferencia.

Para analizar a otro es necesaria una pizca de locura y de audacia. Y esto se evidencia en el ejemplo del propio Freud. Es necesario volar como él lo hizo, contra vientos y tempestades, apenas apoyado en los clásicos y en la sabiduría popular. Y por fuera de su tiempo. Esta es la herencia que debemos hacer nuestra.

Hace muchos años, allá por los 80 y por eventualidades de la vida, voté en una Asamblea de APA a favor del ingreso de los psicólogos a la formación de psicoanalistas. Arnaldo Rascovsky, que estaba presente en la Asamblea, pronunció un vehemente discurso a favor del ingreso de los psicólogos a la misma. Sostenía en su defensa que transmitir conceptos psico-

analíticos, tanto a médicos como a psicólogos, exigía de los mismos cuidados, puesto que se tendrían que quebrar y romper pensamientos arraigados y provenientes de un saber positivista, académico.

Evoco aquí también el trabajo de Freud (1926/1984d), en defensa del ejercicio lego del psicoanálisis.

Lacan (1966/1998), cuando apunta a un retorno al espíritu de Freud, no sólo se propone, desde mi perspectiva, visitar las ideas olvidadas de Freud, sino que también inaugura y abre un espacio a todos lo que pasaron por la universidad.

La SBP de San Pablo y también la Sociedad Psicoanalítica de Brasilia reciben en la formación psicoanalítica, hasta el día de hoy, a otros profesionales, además de médicos y psicólogos. Virginia Bicudo, entre otros, tal como Melanie Klein, no era médica ni psicóloga y fue una exponente destacada del psicoanálisis en Brasil.

En 1997, en Barcelona, en el congreso internacional de psicoanálisis, el toro de la hipocresía fue herido de muerte. Alguien ocupa la tribuna en la arena del congreso y confiesa: “Soy analista y homosexual”. Las voces susurran. Los comentarios cruzan los mares escandalizados. El muro de la heterosexualidad en el psicoanálisis era tan sólido como el muro de Berlín, sin embargo, ambos se fragmentaron, cayeron. Hoy en día, del muro de Berlín solamente queda aquella línea que indica al visitante dónde estaba construido. No existe más. El sol nace para todos.

En estos comentarios libres en torno de quién puede ser analista y tratándose de un tema asediado diariamente por controversias que crean hasta síntomas sociales, tales como los abordados tangencialmente en los párrafos anteriores, cabría todavía develar otras cuestiones. Se trata de los pequeños tabúes que giran en torno de la persona del analista, ya no en relación al vínculo transferencial con sus analizandos, sino en torno a su vida en sociedad o, incluso, en la comunidad analítica que lo rodea.



Sobre el enfermar del psicoanalista, por ejemplo, existe un pequeño tabú que se podría traducir en las siguientes palabras: “no le cuente a nadie” ¿pues quién dice que el analista se enferma? Nuestra relación con el enfermar es muy particular. Construimos una red de silencio. Nadie debe saber. Si la comunidad o la sociedad llega a saber que el analista se enfermó de algo grave o incurable, el mundo se derrumba. ¿Por qué este comportamiento? No sabría la respuesta correcta. Temerariamente me arriesgaría a formular la hipótesis de una mala resolución del complejo de castración. Sin embargo, no en el sentido de la famosa y mortal frase que se origina en el monumento de nuestros preconceptos: *falta de análisis*. No, no es en ese sentido. Esto viene desde la roca de base, viene del alma nunca cautiva de la castración. Por otra parte, esa maldita expresión *falta de análisis* es un contrasentido ambulante, puesto que ¿no es acaso la falta lo constituyente del sujeto? En definitiva, no deja de ser notable nuestra posición frente a las enfermedades personales, incluso cuando el propio Freud, desde los años veinte había hecho público el cáncer que lo llevaría a la muerte. ¿Será que los analistas se creen inmortales?

Y, hablando de todo un poco, también siempre surge la cuestión sobre cuándo un analista debe comenzar a trabajar y cuándo sería el momento de cerrar las puertas del consultorio. Freud comenzó joven y, hoy en día, son muchos los jóvenes que inician su formación. Quizás en otros tiempos los que se acercaban al oficio imposible traían en su bagaje un currículum más abultado. Sin embargo, ¿quién desarrollará una mayor capacidad analítica? Donde yo trabajo, es frecuente escuchar a los colegas con muchas horas de vuelo decir que a los jóvenes postulantes se les debería introducir en la obra de Freud según un orden cronológico, para no enloquecerlos. De otro modo, se perderían dentro de la obra. No comparto esta posición. Pienso que la formación es un perderse y encontrarse constantemente. Y la práctica diaria de todos los tiempos pasa por estos mismos senderos.

Freud dijo que el envejecimiento nos concilia con la muerte, con el fin (Vierek, 2009). Como la muerte es soberana, nadie la controla y, por lo tanto, la decisión del final le pertenece. Con todo, Freud acordó con el Dr. Max Schur, su médico privado, su momento final. Se anticipó así a la muerte por eutanasia (Jones, 1976, p. 266). ¿Cómo queda ese modelo en cada psicoanalista? ¿Cuál es la hora de parar? ¿Cuál es la hora del final?

En la ficción literaria de Jorge Amado (1972), morir en el campo de batalla es una clara referencia a la sexualidad y a la sensualidad de los personajes de la obra, que el autor interpreta como la mejor muerte para el escritor. El encuentro con estos finales, el término del oficio, el límite de la vida de cada uno. La filosofía siempre se debatió sobre ese encuentro solitario con la finitud. El hombre es el único animal que sabe de su propia muerte. Y, al poseer el don de la palabra, también puede hablar sobre ella. La vida es un don recibido. Disfrutarla constituye una obligación ética. Quien siga por la senda de esos valores sabrá encontrarse con el final.

## Referencias

- Amado, J. (1972). *Tereza Batista cansada de guerra*. San Pablo: Companhia das letras.
- Freud, S. (1984a). *Obras completas: El chiste y su relación con el inconsciente* (Vol. 8). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905)
- Freud, S. (1984b). *Obras completas: La interpretación de los sueños, primera parte* (Vol. 4). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900)
- Freud, S. (1984c). *Obras completas: Psicopatología de la vida cotidiana* (Vol. 6). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1901)
- Freud, S. (1984d). ¿Pueden los legos ejercer el análisis?. En *Obras completas* (Vol. 20, pp. 165-244). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926)
- Jones, E. (1976). *Vida y obra de Sigmund Freud* (Vol. 3). Buenos Aires: Horme.
- Lacan, J. (1998). *Escritos*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar. (Trabajo original publicado en 1966)
- Vierek, G. S. (2009). O valor da vida: Uma entrevista com Freud. *Jornal da Brasileira*, 12(2), 8-12.

# Ser analistas: esa delicada condición

Gladys Franco\*

¿Quién puede ser psicoanalista? La formulación de tal pregunta implica un emisor regulador, poseedor del poder de admitir y vetar. La pregunta también contiene, implícita, la censura: quien *no* puede ser psicoanalista. Las comisiones de admisión de las instituciones psicoanalíticas (presumo que esto sucede no solamente en la que integro) revisan periódicamente los criterios acerca de qué aspirantes admitir y qué aspirantes rechazar. Se acuerda en la inconveniencia de que personas psicóticas o psicopáticas aspiren a ser psicoanalistas, se discute ocasionalmente qué personas –dentro del espectro de las patologías del narcisismo– podrían no ser excluidas... y regularmente se cometen errores en la admisión y en la exclusión porque es imposible encapsular en conceptos controlables las variables que se dinamizarán en el encuentro entre aspirantes a ser psicoanalistas y psicoanalistas entrevistadores.

Algunos criterios formales que se exigen para la aspiración a ser psicoanalista, aunque difíciles de modificar merecerían un cuestionamiento mayor, por ejemplo el título de grado previo. En la institución de la que formo parte (APU) el requisito del título de médico o psicólogo para la admisión al instituto fue incorporado durante el período de dictadura que padeció el Uruguay entre 1973 y 1985, probablemente como una forma de reaseguro ante la situación de persecución que se vivía, en que todos los espacios en que circulara la palabra eran sospechosos de subversión.

Entre los miembros fundadores de la institución hubo analistas sin formación académica previa, pero años después, según consignan las actas, se plantearía que los aspirantes debían contar con “un título universitario en alguna de las ciencias del hombre”.<sup>1</sup> Pocos años después esto se restringió a los títulos de médico o psicólogo.

El requisito de un título de grado sitúa a la formación psicoanalítica institucionalizada en un lugar paradójico. Como los psicoanalistas podemos comprobar en nuestra experiencia,

---

\* Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

1. Actas de la Comisión de Enseñanza de APU, setiembre de 1974.

el valor del conocimiento adquirido en nuestro pasaje por la Universidad es lateral y circunstancialmente útil pero absolutamente descartable a los efectos de *ser* psicoanalistas, si no contamos con el análisis personal suficiente. Si bien en la letra de los tres modelos de formación que la IPA reconoce se resalta que son igualmente importantes el análisis personal, la formación teórica y la práctica supervisada, también los tres modelos enfatizan que es el análisis personal lo que prepara al candidato para “lo que va a encontrar y experimentar cuando conduzca otros análisis”.<sup>2</sup> La ética de la formación descansa de modo fundamental en que el candidato a analista esté tan bien formado como sea posible para asumir la responsabilidad de brindar tratamiento analítico.

El objetivo de la formación de analistas no es de manera fundamental la adquisición de conocimientos por la vía del intelecto sino el desarrollo de una particular creatividad para la escucha, elaborada en transferencia, unida a una convicción acerca de la eficacia del inconsciente que solo es posible adquirir a través de la experiencia analítica personal. Como sabemos esta experiencia ha de ser intensa y prolongada en el tiempo para permitir la creación e instalación de una neurosis de transferencia que habilite las condiciones de emergencia de lo inconsciente, lo que podría resumirse como inherente a la experiencia del análisis. En transferencia –piedra angular de la práctica psicoanalítica que no deja de ser una formación de compromiso más, semejante al sueño, el lapsus, el acto fallido o el síntoma neurótico– se abrirá el trabajo de las resistencias, se posibilitará el contacto con los núcleos duros y dolorosos que la vida nos ha signado y que interrogaremos, rastreando el brillo del deseo, durante años.

El instrumento idóneo para la práctica analítica, será entonces el analista, trabajado por la experiencia analítica personal, que se pondrá a disposición del paciente. ¿De dónde se desprendería que el análisis de un médico o un psicólogo devendría mejor instrumento que el

análisis de un escritor, un maestro, un filósofo o una persona con (¡o sin!) cualquier otra formación previa?

El psicoanálisis es una ciencia conjetural que se afirma en una forma de saber y de conocimiento que está en discordancia con el saber pasible de ser adquirido mediante el intelecto. En este punto asienta la paradoja de solicitar a los futuros analistas un título de grado universitario, comprensión que había llevado a Freud a decir “si bien la presencia del psicoanálisis en la universidad significaría una satisfacción moral para todo psicoanalista (...) no es menos evidente que el psicoanálisis puede por su parte prescindir de la universidad sin menoscabo alguno para su formación” (Freud, 1919/1975).

La recomendación de un análisis intenso y prolongado para las personas que quieren ser psicoanalistas que promueven los institutos psicoanalíticos, está sostenida en la necesidad de favorecer las máximas condiciones de analizabilidad para quienes harán de la práctica analítica y sus variantes su modo de trabajo estable. Hago mías aquí unas palabras de Green: “Con toda franqueza debo decir que no veo cómo obtener resultados sin un análisis lo más completo posible de las raíces del conflicto psíquico, análisis que, admito, está muy lejos de ser fácil...” (Green, 2002/2005). Complementariamente evoco a Winnicott (1971/1979), alertando sobre la excesiva comodidad en el análisis, ilustrando esto con la imagen de dos personas que pueden acordar realizar un análisis, que éste puede durar un largo período, pero que si no se llega al contacto con los núcleos de la patología más profunda, paciente y analista podrán arribar al final y despedirse sin conciencia de haber sido cómplices en una mentira.

Es, entonces, desde el análisis y a través del mismo, que analista y analizando se lanzarán a la búsqueda de una verdad inalcanzable puesto que el psicoanálisis es la experiencia que nos revela que “la verdad solo puede ser dicha de manera parcial y en forma desfigurada” (León, 2006). Lacan dirá que la pretensión de conoci-

2. Informe del Comité de Educación de la API, 2006.

miento es un afán totalizador del yo y pertenece al registro imaginario; el saber, en cambio, es siempre un saber inconsciente: “el análisis vino a anunciarnos que hay saber que no se sabe” (Lacan, 1981). Es que la verdad a alcanzar en el trayecto del análisis personal es la verdad de lo inconsciente, una verdad en esencia inaprensible, alcanzada y perdida en el mismo acto de aproximación que circunscriben las formaciones de compromiso, sobre las cuales y con las cuales se trabaja en análisis.

La idea del saber en psicoanálisis resulta entonces inconciliable con la noción de saber académica, así como la noción de verdad se aparta tanto de la verdad científica como de la verdad religiosa. Con base en estas requisitorias de fidelidad a sus principios el psicoanálisis queda situado en una posición marginal respecto a otras formas de transmisión de conocimiento, posición de incomodidad imprescindible para sostener la condición original que Freud quiso atribuirle con el hallazgo de la palabra “peste”. Más próximo a la función del arte que a la de la ciencia, el psicoanálisis se funda así en espíritu de subversión que interpela todo discurso de saber totalizador, tanto en el sujeto como en la sociedad que lo acoge. Como el arte, el psicoanálisis no puede y no debe ser adaptativo ni funcional a las leyes que situacionalmente rijan la sociedad en que se desarrolla (no puede – no debe, en el momento histórico que vivimos, ser funcional a las leyes del mercado global) su ubicación, por el contrario, apunta a los márgenes, como dice J. D. Nasio: “El límite es nuestro lugar, aún si no siempre somos capaces de ocuparlo” (Nasio, 1987).

Freud nos enseñó con su experiencia de autoanálisis que además de curiosidad es necesario tener valentía para arriesgarse a esa búsqueda de verdad que se sabrá siempre fallida, imperfecta, elusiva y no obstante oficiará de faro y meta y señalará un camino poblado por los “lestrigones y cíclopes”<sup>3</sup> generados por el deseo y su repulsa. El análisis del analista abre las vías de una formación que nunca cesa y que se recrea

diariamente en la práctica manteniendo el instrumento activo y en forma. Podría decirse que el “título” de psicoanalista exige una validación permanente en la que intervienen los efectos de su análisis, la permeabilidad necesaria para volver al diván periódicamente y el trabajo diario en transferencia con sus pacientes.

Las instituciones se ocupan de la habilitación formal del inicio de la práctica del psicoanalista, pero no está resuelta la definición de cuál sería el momento de dejar de analizar pacientes; tampoco hay (quizás no pueda haberlos) controles definidos acerca de las circunstancias en que un analista debería interrumpir su práctica. En especial las situaciones de enfermedad grave, física o psíquica se constituyen en un conflicto serio para pacientes y colegas. Si en tales circunstancias el analista no decide por sí mismo hacer un alto en su práctica, puede verse cómo, con la intención consciente de no abandonarle, somete al paciente a una dolorosa situación en la cual se desdibuja la imprescindible asimetría, se pone en riesgo la disparidad subjetiva, generándose fenómenos identificatorios de desmentida. Especulando sobre el alcance de los efectos del análisis, Laplanche planteó una inquietante pregunta que podría pensarse en relación a estas situaciones: “¿Habría que pensar que un cierre ptolomeico, y a fin de cuentas, narcisista, constituye la meta última, con respecto a la cual la cura misma no sería más que un episodio de reestructuración fecundo, pero transitorio?” (Laplanche, 1998).

La enfermedad o el deterioro de la vejez serán entonces momentos de prueba que enfrenten al analista, nuevamente, con la roca dura de la castración. Renunciar, abstenerse de continuar trabajando, retirarse antes de que se evidencie la imposibilidad, ha de ser otro indicador de cómo el analista ha sido trabajado por el análisis –cuidándose del “cierre ptolomeico” de la metáfora laplanchiana– y alcanzando así verdaderos niveles de creación, en el curso y hasta el final de su vida.

---

3. “A Lestrígones ni a Cíclopes, ni al fiero Poseidón hallarás nunca, si no los llevas dentro de tu alma, si no es tu alma quien ante ti los pone”. *Itaca*, K. Kavafis (1911/1976).

## Referencias

- Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Comisión de Enseñanza. (1965-1986). *Actas: Libro 1* [Documentos reservados]. Montevideo: APU.
- Freud, S (1975) ¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad? En *Obras completas* (Vol. 17, pp. 165-171). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919)
- Green, A. (2005). *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 2002)
- Kavafis, K. (1976). Itaca. En *Poesías completas* (pp. 46-47). Madrid: Hiperión. (Trabajo original publicado en 1911)
- Lacan, J. (1981). *El seminario de Jacques Lacan, libro 20: Aún, 1972-1973*. Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. (1998). La teoría de la seducción generalizada y la práctica: Metas del proceso analítico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 87, 55-65.
- León Pinto, S. (2006). El lugar del psicoanálisis en la universidad. En *Psicoterapia psicoanalítica: Desataduras del alma* (pp. 321-333). Recuperado de <http://sebastianleon.cl/descarga/LibroDigital.pdf>
- Nasio, J. D. (1987). *En los límites de la transferencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Winnicott, D. (1979). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1971)

# La acreditación de un psicoanalista

Leonardo Peskin\*

*“Primero, un principio: el psicoanalista sólo se autoriza a partir de él mismo”*

J. LACAN<sup>1</sup>

La simple pregunta “¿quién puede ser psicoanalista?” nos conduce a las cuestiones más intrincadas de la historia del psicoanálisis; ya que produjo las mayores controversias y enfrentamientos, los que incluso llevaron a escisiones de asociaciones psicoanalíticas. Promovió reglamentos y dispositivos de todo tipo, algunos muy oscuros con aspectos morales ajenos a la ética del psicoanálisis. Freud abre esta pregunta en el artículo *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (Freud, 1926/1976b) y desarrolla sintéticamente toda la teoría y la técnica psicoanalítica procurando avales –que no son los del médico, el psiquiatra o el psicólogo– para aquél que aborde la profesión de psicoanalista.

En definitiva el tema es: cuáles son las credenciales necesarias para que alguien pueda ser agente del discurso analítico (Lacan, 1969-1970/1992, 1972-1973/1981). En la búsqueda de esas acreditaciones se crearon laberintos formales, haciendo evidente que si a un “imposible” se le pretende dar solución “posible” florecerá una producción obsesiva. Se intenta usando complejos recursos simbólicos crear una garantía imaginaria.

A medida que las supuestas garantías muestran ser insuficientes se siguen agregando requisitos tratando de establecer axiomas irrefutables. “¡Las cosas son así! Tiene que ser médico, heterosexual, sin síntomas y

\* Asociación Psicoanalítica Argentina.

1. Proposición del 9 de octubre 1967 (1967/1987).

con muchas evidencias de transferencias con analistas consagrados de la misma parroquia y trabajar de un modo estricto con encuadres de tales o cuales características”.

Discurso del amo, de formato universal, que llevó en la búsqueda de excelencia a un empobrecimiento, que produjo analistas clones con poca capacidad de producir hechos analíticos. Se recomendaba la identificación con el analista didacta como ideal perpetuado, anulando así la posibilidad de un fin de análisis para el analista (Roudinesco, 1993; Roudinesco & Plon, 1998).

A partir de diversas crisis y gracias a la valentía de algunos analistas (Baranger, 1970; Baranger, Baranger, & Mom, 1978) se pudieron cambiar los aspectos más regresivos, retornando al trípede de formación de un analista: estudiar la teoría y la técnica, analizarse y supervisar con libertad de elección de con quién hacerlo.

Aun con esta depuración siguió estando en cuestionamiento qué acredita que alguien sea un analista.

Las leyes que rigen el ejercicio de las prácticas de salud mental están por encima de las reglas de las instituciones psicoanalíticas, impidiendo que éstas otorguen autorizaciones para el ejercicio profesional. Lo mismo acontece con la ética planteada por el derecho que es muy diferente a la ética del psicoanálisis. El psicoanálisis tiene siempre alguna confrontación con la moral y las conveniencias del “bienestar” social al dar lugar al deseo como organizador ético del inconsciente al que el sujeto se debe referir.

Estas dificultades hacen que las asociaciones no autoricen el ejercicio de la profesión, solamente brindan avales de formación y nominación (candidatos, miembros adherentes, miembros titulares, función didáctica, etc.). Es decir, que las autorizaciones valen para las internas de las instituciones pero no para la tarea fuera de esos ámbitos. Ni siquiera los títulos de alguna asociación son válidos en otras, aunque con el tiempo se crearon algunos dispositivos de validación entre las instituciones de la IPA. La mayor parte de estos impedimentos y

autorizaciones tienen un sentido de política institucional y continúa abierto el fondo del asunto, cómo validar que alguien es analista (Wallerstein, 1985).

Lacan fue avanzando sobre la pregunta, “¿quién es psicoanalista?” a lo largo de toda su obra. Por un lado considerando hacia dónde se debe conducir un análisis, y por otro acerca de cómo debe ser y actuar el que lo conduce. La mayor parte de sus enseñanzas apuntan a deshacer las exigencias imaginarias que están ligadas a los imperativos morales.

Dicho sea de paso, en el avance en estas búsquedas Lacan es “excomulgado” de la IPA a raíz de un sencillo cálculo: si tenía cierta cantidad de candidatos en análisis, no alcanzaban las horas del día para cumplir los requisitos formales. Por lo tanto, incumplía las reglas de la IPA. Justamente este caso pasó a ser un ejemplo de cómo no se debe calificar la tarea analítica. Más allá de esos incumplimientos y la trasgresión que implicaban, la pregunta debería ir más a si en su quehacer promovía los tratamientos psicoanalíticos.

Ya fuera de la IPA, Lacan fue abriendo el horizonte de cómo se valida un análisis. En particular el del propio analista. Resurgieron así muchos de los problemas que se presentaban en todos los intentos de otros autores, desde Freud en adelante. Un ejemplo es la experiencia del Pase, dispositivo diseñado y complejizado para que alguien dé cuenta de si llegó a analizarse y por ende a ser analista. Caemos de nuevo en que la búsqueda de consistencias objetivas se tornan imaginarias y dejan tantas dudas como las nominaciones más formales. Especialmente porque se instrumentan dentro de políticas institucionales que siempre eligen velar por sus propios intereses, tanto para subsistir como para rivalizar con otras instituciones. En muchos casos hubo que ir a la disolución de las instituciones, o continuar aceptando que todas las propuestas terminan al servicio de lo que Freud llamó resistencias al psicoanálisis.

Cuanto más se formalizan los requisitos, detrás de una supuesta garantía de objetividad,

más se burocratizan y se alejan del psicoanálisis (Safouan, 1983).

Daría lo mismo que fuese un colegio médico, de escribanos o de pilotos de avión que requieren un *brevet*. Se transforman en tantas horas de capacitación, algún examen o entrevista, algún trabajo y algunos testimonios. Se suman en este tema los imposibles freudianos: gobernar, analizar y educar.

Más que a la persona del analista y sus características, interesa que éste en su práctica haya estimulado el discurso analítico. Y la mejor manera de hacerlo es poniendo en acción el deseo del analista.

Tanto el discurso de analista como el deseo del analista, son categorías teóricas que buscan ser independientes de la voluntad yoica, el fantasma y la persona concreta del analista. Ser un analista sería permitir que operen este deseo y este discurso con la menor intromisión de las fantasías y voluntades morales del analista. Se trataría de dar oportunidades al inconsciente para que resuelva aquello que quedó sin solución, a raíz de los diferentes mecanismos (represión, desmentida, escisión e incluso forclusión) que traban la posibilidad de afrontar el deseo, o de llevar a la pulsión a alguna solución sublimada (Peskin, 2008).

Para Lacan (1964/1986, 1967/1987) la mejor alternativa de llegar a ser un analista es a través de su propio análisis. Es el análisis lo que produce un analista, en particular al llevarse hasta el final. Sin embargo no todo análisis logra producirlo. Las condiciones preliminares como son los títulos académicos, la edad, la condición física, el género, la orientación sexual, van a tener incidencias según como sean elaborados por el analista en su análisis. Evidentemente el análisis es condición necesaria pero no suficiente, la supervisión y los seminarios tienen que complementarlo (Donnet, 1974; Dor, 1996; Dumézil, 1993).

Quizás la respuesta a la pregunta acerca de quién puede ser analista, es aquél capaz de producir efectos analíticos y quizás a lo sumo podríamos decir que es aquél que lo logra con mayor frecuencia. El testimonio de si es analista

proviene de sus analizantes, de sus intervenciones en debates y las producciones que es capaz de plasmar. Sin embargo, un fenómeno muy frecuente es que no siempre los teóricos son los mejores clínicos y algunos que no se destacan tanto por su capacidad docente o teórica pueden conducir curas analíticas. Quizás sean otros los que teorizando darán cuenta de porqué tuvieron éxito.

Por último para no caer en un idealismo al cuestionar todos los referentes formales, consideremos que cuando como analistas elegimos a otro analista para realizar una derivación de un paciente, tenemos en cuenta una cantidad de factores sujetos a una lógica preconsciente. Pensamos que conviene tal persona, de tal edad, de tal género, con tales títulos o especialización en tal tema. Todas esas referencias son válidas pero observemos que hay factores intuitivos, derivados de la operatoria de nuestro inconsciente, lugar de donde provienen nuestras intervenciones como analistas. Y el “quién puede ser un psicoanalista para ese paciente” genera una especificidad, que va mucho más allá de toda definición formalizable, la elección es tan a “puro riesgo” como cualquier acto analítico. De la misma manera que en el acto analítico, si tenemos un buen resultado, después intentaremos comprender por qué pudo haber sido. Aunque muchas veces lo mejor, si las cosas andan bien, es no hacer demasiadas preguntas.

## Referencias

- Baranger, M. (1970). Teoría e institución psicoanalítica: La formación psicoanalítica. *Revista de Psicoanálisis*, 27(2), 211-219.
- Baranger, W., Baranger, M., & Mom, J. (1978). Psicopatología del proceso didáctico. *Revista de Psicoanálisis*, 35(1), 181-190.
- Donnet, J.-L. (1974). Carrera y jerarquía en la sociedad psicoanalítica: Esbozo de crítica estructural. En *Del lado del psicoanalista* (pp. 121-167). Buenos Aires: Corregidor.
- Dor, J. (1996). *Clínica psicoanalítica: Enseñanza, conducción de la cura, estudios clínicos*. Buenos Aires: Gedisa.
- Dumézil, C. (1993). *Dinámica lacaniana*. En R. Harari (Comp.). *Lacan, hoy* (pp. 104-110). Buenos Aires: Nueva Visión.

Freud, S. (1976a). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En *Obras completas* (Vol. 12, pp. 107-119). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912)

Freud, S. (1976b). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? En *Obras completas* (Vol. 20, pp. 165-244). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926)

Lacan, J. (1981). *El seminario de Jacques Lacan, libro 20: Aun 1972-1973*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1986). *El seminario de Jacques Lacan, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis 1964*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1987). Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela. En *Momentos cruciales de la experiencia analítica* (pp. 7-23). Buenos Aires: Manantial. (Trabajo original publicado en 1967)

Lacan, J. (1992). *El seminario de Jacques Lacan, libro 17: El reverso del psicoanálisis 1969-1970*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2008). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos 2* (2ª ed., Vol. 2, pp. 559-615). Buenos Aires: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1958)

Peskin, L. (2008). *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.

Roudinesco, E. (1993). *Lacan: Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Roudinesco, E., & Plon, M. (1998). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Safouan, M. (1983). *Jacques Lacan y la cuestión de la formación de los analistas*. Buenos Aires: Paidós.

Wallerstein, R. S. (Ed.). (1985). *Cambios en los analistas y en su formación* (Vol. 4). Londres: Asociación Psicoanalítica Internacional.

# El gato de Forer

Jorge Kantor\*

Difícil encargo el que he aceptado. Podría haberme excusado diciendo: “Sí claro, aunque yo no sé de qué me están hablando” o, aún más desentendido: “A mí no me pregunten, prefiero no exponerme”. De cualquier modo, he recibido la comisión de escribir sobre lo que no se quiere hablar con una leve exaltación, como si fuera una medida contra-depresiva, dado que estos asuntos suelen estar más allá del descon-suelo. Habré de mencionar algunas de esas cosas de las que pocos se arriesgan a señalar de los Institutos, los consultorios.

Las grandes transgresiones puede que sí, eventualmente, caigan bajo el radar de las comisiones de ética respectivas. Por ejemplo, en mi joven institución (quizás más que jóvenes, seamos adultos recientes, pasamos los 30 años), ya hemos tenido dos bajas de este tipo: uno que renunció adelantándose a que lo echen y otro que está haciéndonos un juicio para anular la expulsión. De hecho, nos ganó en primera instancia, nosotros le vencimos en segunda y ahora está en el juzgado que dictaminará en forma definitiva quién tiene la razón. Decía que no me han preguntado por las fallas a la ética o a la moral que harían que cualquiera se sienta propenso a inclinar el pulgar, sino de aquellos asuntos de los que no se quiere hablar pero se conocen y se prefiere ignorar.

Bueno, manos a la obra: un primer asunto que me llama la atención de nuestros institutos latinoamericanos es que éstos no suelen reflejar la diversidad étnica de nuestros países. No sé realmente a qué se deba que esto suceda, pero sin duda es una de esas cosas de las que deberíamos hablar abiertamente y que no lo hacemos. ¿Tenemos, diré amablemente sin darnos cuenta, una política discriminatoria? En general, los prejuicios raciales son parte de nuestra

---

\* Sociedad Peruana de Psicoanálisis.



cultura y recién estamos, dentro de la comunidad psicoanalítica, comprendiendo la importancia que tienen en la vida de nuestros pacientes (Bruce, 2007; Kantor, 2014). También deberíamos pensar cómo influyen los prejuicios raciales en nuestra vida institucional. A nadie le gusta aceptar que es racista y sin embargo, no es de psicoanalistas negar algo por demás obvio, al menos no debería serlo.

Robert Kennedy dijo en 1968 (el año en que fue asesinado) que en 40 años EE.UU. iba a estar preparado para tener un presidente negro (todavía no se usaba “afroamericano”) y no se equivocó, ¿cuánto tiempo pasará para que los psicoanalistas comprendamos la trascendencia que tienen los *prejuicios malignos* en nuestra práctica y en nuestra vida institucional?

Un tema que sí ha alcanzado la luz respecto a aquellos que postulan a nuestros institutos tiene que ver con la orientación sexual. La homosexualidad ha sido hasta hace muy poco una razón suficiente para descalificar al postulante. Nuevamente en mi institución, si bien probablemente ni siquiera haya sido especificado en las discusiones acerca de un postulante determinado, debe haber pesado lo suficiente como para descartarlo. Aunque esto ya parece haber cambiado entre los peruanos, confío que no volveremos a cerrar las puertas del closet y descalifiquemos a los postulantes basados únicamente en su orientación sexual.

¿Cuánta gente valiosa se la ha rechazado porque no encajaba en la visión normativa de las comisiones de admisión? Unos por homosexuales, alguno por demasiado inteligente (sic), varios por prejuicios inconscientes.

Una vez admitido el (la) candidato(a), ¿qué hacemos cuando evidentemente nos hemos equivocado en la elección? En mi institución, el analista didacta no es informante, es decir, nada puede contar de las perturbaciones de su analizando. Una vez más, si la falla es tan grande como para que intervenga una comisión de ética, probablemente exista la manera de intervenir, pero si el asunto es más sutil, vuelve la pregunta de cómo proceder. La gran expectativa es que el candidato se cure y si no

es así, se vaya por iniciativa propia. Pero algunos sí se quedan y ahí seguro que nos vamos a tener que ver...

Para el psicoanalista, parafraseando a Freud (1913/1987), no sólo sus casos sino su propia carrera profesional, podría ser análoga al ajedrez: tal vez podamos enmendar las aperturas y mejorar algunos finales trágicos, pero en el juego medio el inventario es infinito.

Siguiendo el símil con el juego-ciencia, tendríamos que distinguir, por un lado, la insuficiencia en la práctica y en el pensamiento psicoanalítico, con el deterioro de las capacidades entre colegas, por otra parte. Mientras nos mantengamos dentro de los márgenes del encuadre, cierto nivel de tratamiento adecuado llevaremos a cabo con nuestros pacientes. Habrá quienes cometerán errores que antes no hubiesen realizado, perderán fichas vitales y hasta crearán situaciones que el juego considera inaceptables.

El problema de la insuficiencia técnica o metapsicológica puede compensarse con programas de “educación continua” y eventualmente algo mejorará. A todos nos cae siempre bien seguir aprendiendo. El otro asunto es mucho más difícil. Nuevamente, el abuso sexual, emocional o financiero, presentaciones públicas poco éticas, etcétera, deberían ser parte de la labor de detección e intervención de las comisiones de ética.

Cuestiones más sutiles en la depreciación del trabajo clínico ocurren cuando el analista se ve envuelto en dificultades personales, como divorcio o muerte, o causados por factores físicos, como una edad avanzada o enfermedad o directamente una perturbación emocional. En todo caso, son situaciones que tratan de pasar inadvertidas frente a los colegas (Guy, 1995).

Lamentablemente, los pacientes no finalizan el tratamiento cuando perciben muestras de deterioro emocional o físico en su analista, la fortaleza del vínculo transferencial muchas veces suele resistirse a la renuncia. Muchos pacientes soportan estoicamente que los colegas se queden dormidos, falten o lleguen tarde a las sesiones, revisen sus correos mientras el paciente asocia

y tal vez, si son confrontados, interpreten apelando a la identificación proyectiva, al *enactment* o alguna otra versión intersubjetiva que los libre de su propia responsabilidad.

El efecto Forer, esto es, la falacia de la validación personal tiene, por desgracia, una versión psicoanalítica. No se me ocurre ninguna otra profesión en la que los datos dependan tanto de la visión que tengan de ellos el propio hacedor. Inevitablemente, habremos de tender hacia una posición que nos resulte cómoda, probablemente con una alta dosis de autoengaño.

En los casos de deterioro del analista, debe darse la negación del menoscabo propio haciendo uso inconsciente del efecto Forer, sin embargo encuentro más preocupante que este efecto pueda darse entre analistas que gozan de buena salud.

Nuestra práctica debe ser de las más difíciles de evaluar, ¿cómo saber lo que realmente está haciéndose en los consultorios? Habría que aceptar que ni siquiera uno mismo está en condiciones de dar cuenta de su propia práctica clínica. En última instancia, no saber lo que está pasando en una sesión tampoco es algo que deba preocuparnos demasiado, un análisis va a ir desplegándose durante el proceso, etcétera.

En contraste, el efecto Forer consiste en tomar un número de postulados, axiomas o fórmulas del saber psicoanalítico y acomodarse en una perspectiva limitada, compendiada, una especie de entumecimiento guardián con el que se enfrenta la clínica, como si todo fuera lo mismo.

Élisabeth Roudinesco opina sobre lo que sucede en Francia. Sin lugar a duda, debemos asumir que se trata de algo que está ocurriendo en todos lados, tan solo habría que cambiar

los postulados teóricos a los que se adhieren en cada localidad, el talante es el mismo:

En Francia muchos psicoanalistas, no todos por suerte, se quedan con un Lacan del juego de palabras (...) hacen de Lacan el heraldo de los valores paseístas. Erigen así el “nombre-del-Padre” en un eslogan fijo, encarnación de una “ley simbólica” que sirve para proteger la sociedad de la proliferación de las “malas madres”, acusadas de fusionarse con sus hijos, sin respeto, por el “complejo de Edipo”. Y fustigan la sociedad moderna (...) la procreación asistida medicamente, las parejas homosexuales, las madres solteras que son vistas como “muy fusionables”, etc. ¿Por qué no imaginar mañana psicoanalistas que critiquen el divorcio o el adulterio, en nombre del bien de los niños y del equilibrio necesario entre hermanos? (Badiou & Roudinesco, 2012, p. 45).

Va a ser difícil ponerle el cascabel a este gato.

## Referencias

- Badiou, A., & Roudinesco, E. (2012). *Jacques Lacan: Pasado presente. Diálogos*. Buenos Aires: Edhasa.
- Bruce, J. (2007). *Nos habíamos choleado tanto: Psicoanálisis y racismo*. Lima: Universidad San Martín de Porres.
- Freud, S. (1987). Sobre la iniciación del tratamiento: Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I. En *Obras completas* (Vol. 12, pp. 121-144). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913)
- Guy, J. D. (1995). *La vida personal del psicoterapeuta*. Buenos Aires: Paidós.
- Kantor, J. (2014). *A peruvian case of prejudice*. Manuscrito presentado para su publicación.

# Ser/volverse analista. Raíces y frutos de una antigua cuestión

Roberto Luís Franco y Adriana Lasalvia\*

Para ubicar el contexto desde el que vamos a abordar la cuestión, siempre presente, de “quién puede (o no) ser psicoanalista”, y su correlato “eso no es psicoanálisis”, es necesario en primer término aclarar desde qué lugar lo haremos. Fuimos invitados como candidatos de un Instituto de formación psicoanalítica, a reflexionar en conjunto, con la intención de expresar lo que podría ser una visión del grupo sobre este tema. Realizamos primeramente una consulta entre los candidatos de nuestro Instituto, pero no obtuvimos respuestas suficientes -el silencio prevaleció. Nos decidimos, entonces, por un estudio retrospectivo e histórico de la formación psicoanalítica, puesto que es en ella y a través de los Institutos, que se da la selección, transmisión y habilitación del psicoanalista. A su vez, en esa historia se pudieron ir encontrando los motivos que justifican este síntoma institucional del silencio.

Desde el lugar de candidato, de “otro”, de excéntrico, de extranjero, de provisoriedad, de quien está en transformación, nos identificamos con la marca distintiva del psicoanálisis. Tal marca determina su especificidad y consiste exactamente en privilegiar el lugar y el papel del inconsciente, este desconocido, en eterno movimiento, transformación y conflicto, que provoca malestar, placer y encuentros. La formación busca generar las condiciones que propician la transmisión del saber y de la experiencia psicoanalítica. El modelo de Eitingon, que se volvió una tradición en las instituciones ligadas a IPA, se organiza a partir de tres ejes: el estudio teórico, el estudio de la clínica (a través de seminarios clínicos y de la supervisión de materiales) y el análisis personal.

## **Raíces**

La IPA es creada en 1910, con el cometido de establecerse como autoridad que determine y avale “lo que es y lo que no es psicoanálisis; quién es y quién no es psicoanalista, protegiendo así al psicoanálisis mismo de los abusos de popularidad que venía ganando” (Kupermann,

---

\* Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro – Rio 2.

2008); y construyendo una imagen social del psicoanálisis menos amenazadora para la sociedad conservadora de entonces, temerosa de su discurso libertario sobre cuestiones como el sexo, entre otras (Roudinesco, 2010). El psicoanálisis se aparta así de su destino inevitable de provocar oposición y despertar rencores (Freud, 1914/1974b). Al institucionalizarse y crear un patrón de formación, termina perdiendo parte de su esencia –que contempla lo individual y la singularidad– en favor del colectivo. Abandona su espíritu inconformista y propone una conformidad.

El esfuerzo por establecer criterios para la selección de candidatos a psicoanalistas provoca divergencias, no sólo en relación a cuáles deberían ser los atributos a valorar por el entrevistador, sino también, en lo que refiere a gustos personales y aspectos ideológicos. La selección es un asunto complejo, siempre imperfecto, que también pone en discusión el tema del análisis del entrevistador y de su contratransferencia, puesto que no es solamente una cuestión inherente al candidato (Langer, 1962).

El punto de “quién puede ser psicoanalista” y su correlato: “esto no es psicoanálisis”, atraviesan la formación de una manera muy particular. Y también es inherente al lugar institucional, donde está depositada la autoridad que determina quién puede ser analista, a partir de las más diversas formas de transferencia.

La historia de la transmisión psicoanalítica pasó por varios períodos diferentes. Inicialmente hubo una fase de pura “instrucción”, en la cual los interesados únicamente leían los textos de Freud. Esta fase fue seguida por otra de “demostración”, que consistía en análisis breves en los que el interesado (candidato) podía experimentar en sí mismo los efectos del análisis. Finalmente, fue el “análisis propiamente dicho”, estimulado por los debates sobre la necesidad de los candidatos de pasar por la experiencia de un análisis profundo y prolongado, tal como los análisis terapéuticos. De todos modos, este período fue sucedido por el de las “súper terapias” que apuntaban a un profundo conocimiento del inconsciente y del carácter del can-

didato a analista. Un “período de investigación” luego del cual se reconoció el exceso de expectativas de algo así, retornándose a la idea de que el análisis didáctico debería ser similar a una análisis terapéutico (Balint, 1954).

Freud mismo era muy escéptico con respecto a las pretensiones de aquellos análisis que se habían vuelto tanto más prolongados que los terapéuticos. También se develaron en ese momento las implicancias sociales severas que este modelo de “súper terapia” provocó, llegando a adquirir una dimensión comparable al trauma, puesto que los desacuerdos, las disputas teóricas y los resentimientos fueron llevando a una gran migración de analistas entre 1920 y 1935 (Balint, 1954).

El uso de la transferencia con otro cometido –la transmisión– lleva a que surjan distorsiones. La tendencia a la conformidad y el sometimiento al analista idealizado apartan al candidato de la posibilidad de tratarse para obtener a cambio el conocimiento analítico. De este modo, el deseo del candidato se aliena en el deseo del analista didacta, que “desea” transmitir el psicoanálisis. Se produce así dependencia, sumisión y obediencia (Gitelson, 1954; Kupermann, 2008).

Así surgirán los candidatos “normales”, producto de los cambios sociales de la época, pero también, de las intervenciones de los institutos de formación psicoanalítica (Gitelson, 1954). Se instaura de esta forma una trama edípica, la “patología de las instituciones”: la tendencia presente en las instituciones humanas de estructurarse edípicamente, reproduciendo los afectos familiares infantiles –el amor y el odio por el padre son transferidos a los pares– lo que hace reinar la megalomanía pueril, la futilidad, la obediencia ciega y los intereses personales” (Kupermann, 2008).

Las condiciones señaladas por Heimann como inadecuadas para los candidatos en formación serían la psicosis y “...en el extremo opuesto: las así llamadas personalidades ‘normales’ en las cuales el realismo, la adaptación y una vida bien ordenada, incluyendo la gratificación sexual y una relativa capacidad de tra-

bajo, se asientan en una personalidad rasa y pobre” (Heimann, 1954). Pero cuando denunciaba críticamente a los candidatos “normales” no sospechaba que esa “nueva” patología (narcisista, según Gitelson, 1954) era consecuencia directa de la institucionalización del psicoanálisis. Muchos años después, cierta anormalidad es defendida como condición indispensable para el analista (McDougall, 1987).

La institución psicoanalítica asume un “carácter totémico”...es el saber psicoanalítico lo que une a sus integrantes y asume la condición de antepasado común, siendo su espíritu guardián el grupo de analistas. El tótem de la institución psicoanalítica –el saber psicoanalítico– es el sustituto del padre Freud, a quien todos deben devoción filial asumiendo, en algunos casos, una dimensión religiosa. ¿Cuáles serían, entonces, sus tabúes? Quizás se encuentren pistas de ello en su historia de luchas fratricidas, desconfianza y “recuerdos encubridores”, o en algunos casos, “recuerdos francamente falsos” (Franco, 2002).

La organización del orden de la filiación en la transmisión se ejerce con mandamientos –tabúes– “esto no es psicoanálisis”. Las prohibiciones instituidas con la violencia autoritaria y tiránica, y no con la autoridad de la ley simbólica, no promueven el entendimiento, sino más bien el trauma. Obturan el pensamiento. Se crea así una asimetría en la estructura de poder que desestimula la movilidad de los discursos y de las posibilidades simbólicas dentro de la institución. Los traumas se producen cuando se niega lo que fue vivido como real. Muchas veces el silencio es la alternativa en relación a los abusos sufridos en la violencia de las interpretaciones absolutas y en las actuaciones contratransferenciales del analista. La salida a ello, desde nuestra perspectiva, no ha sido el diálogo franco sino más bien la búsqueda de analistas por fuera de nuestras instituciones, en la tentativa de hacer andar aquello que estaba estancado, sin deseo.

La transmisión basada en una transferencia idealizada, de un “análisis completo”, deja a los candidatos en una posición infantil, regresiva.

La problemática de candidatos demasiado “normales”, no es causa sino consecuencia de un proceso que institucionalizó la idealización omnipotente del analista y del psicoanálisis, en una visión muy distante de la defendida por Freud a lo largo de toda su vida. Freud había dejado clara su perspectiva crítica de los alcances y los límites del psicoanálisis cuando afirmó: “...habremos ganado mucho si conseguimos transformar el sufrimiento histórico en infelicidad común” (Freud, 1895/1974a).

De todos modos, la necesidad de ejercer el control en el transcurso de la formación acerca de quién puede o no ser analista, no se evidencia exclusivamente en el uso de las transferencias. En un artículo titulado “Treinta métodos para destruir la creatividad de los candidatos”, publicado en la víspera de su ascensión como presidente de IPA, Kernberg detalla de qué manera se puede ir imponiendo institucionalmente un pensamiento contrario a las críticas y a los cambios, como verdadero manual de instrucción. Las estrategias por él enumeradas van desde el sistemático enlentecimiento de los procesos de aprobación de los trabajos clínicos de los candidatos, solicitando varias revisiones, a la constante infantilización de los mismos y la habitual idealización de los didactas (Kernberg, 1996). Las frecuentes observaciones de que “esto no es psicoanálisis” ponen en duda no solamente el trabajo en cuestión sino también la selección (los criterios del candidato), además de todo el proceso de formación. Se trata aquí de síntomas institucionales.

La violencia del silenciamiento, del borrado histórico, de la denegación, de la desmentida, provoca mayores traumas –es una vieja historia que se repite.

Los traumatismos transgeneracionales darían cuenta de lo que se transmite de una generación a la otra. Es una transmisión llevada a cabo en silencio y en secreto, pero actuada, donde reinaría la ley del silencio psíquico, es decir, la prohibición a pensar...

¿Por qué los analistas olvidamos ciertos aspectos de nuestra propia historia? ¿Cómo

actuó la introyección del superyó de analistas y formadores sobre los pacientes y los candidatos? ¿Cuántos secretos, delitos y pasiones fueron silenciados y desmentidos a lo largo de la historia de nuestra disciplina? (Cabré, 2012, pp. 11-12).

## Frutos

El psicoanálisis, al tratar sobre el inconsciente, este extranjero, con otra lengua, habla del extranjero que habita en cada uno de nosotros. El psicoanalista, también ocupa este lugar de extranjero que está constantemente construyendo sentidos frente a la incompletud, las diferencias y la alteridad (Fuks, 2000). El psicoanalista está siempre en transformación, el trabajo analítico es interminable e incompleto. La idea de modelos perfectos y poderosos aplasta las diferencias y las imperfecciones, negando el sentido y la dimensión creativa de la castración.

El análisis didáctico no debe enseñar, el análisis de formación no debe formar, así como tampoco el análisis de entrenamiento debe entrenar. Sea cual sea el nombre que se le dé, son expresiones que apuntan a designar al análisis que el candidato emprende en su recorrido de volverse psicoanalista. En este proceso, lo que debe ser buscado y valorado es “la introyección de la función analítica en lugar de la identificación con la persona del analista” (Rocha, 2005). La autonomía anhelada en el análisis de un analista reside en que pueda “...producirse

progresivamente una desidentificación que permita suscitar el más elemental movimiento emancipatorio” (Cabré, 2012).

La propuesta de estudiar detenidamente nuestra historia, y repensar los modelos de formación, así como promover el establecimiento dinámico de transferencias nómades, es decir, que puedan circular más allá de las figuras del analista y del supervisor, apunta a una mayor libertad, oportunidad de intercambios y posibilidad de conciliaciones nuevas que produzcan nuevos sentidos (Kupermann, 2008). Apunta, entonces, a permitir que la formación pueda reproducir la frescura del proceso analítico en su incesante esfuerzo de construcción de sentido.

En nuestros días, dominados por la tendencia a la preeminencia del acto afirmativo, narcisista, grandioso, el psicoanálisis continúa siendo una incomodidad, puesto que lleva en su esencia la idea de dualidad, de conflicto, de castración.

Lo que puede ser llamado, incuestionablemente, psicoanálisis, ya lo decía el propio Freud: “Cualquier método que reconozca esos dos hechos (transferencia y resistencia) y los tome como punto de partida de su trabajo, tiene derecho a llamarse psicoanálisis, incluso aunque llegue a resultados diferentes a los míos” (Freud, 1914/1974b). Esta visión, que podría parecer nostálgica, de un psicoanálisis que parece estar perdido, es el psicoanálisis que, sin embargo, estamos buscando.

## Referencias

- Balint, M. (1954). Analytic training and training analysis. *The International Journal of Psychoanalysis*, 35, 157-162.
- Cabré, L. M. (2012). En torno al concepto de introyección: Evolución de un concepto teórico y sus consecuencias en la técnica psicanalítica. *Temas de Psicoanálisis*, 3, 1-14.
- Freud, S. (1974a). Estudos sobre a historia. En *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 2, pp. 37-363). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1895)
- Freud, S. (1974b). A história do movimento psicanalítico. En *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 14, pp. 11-82). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1914)
- Freud, S. (1975). Análise terminável e interminável. En *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Vol. 23, pp. 239-287). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1937)
- Franco, R. L. (2002). Violência institucional: A instituição psicanalítica totêmica e os sacrifícios (também dos alunos) – uma velha história que se repete. *Boletim do Instituto da SBPRJ*, 14, 50-54.
- Fuks, B. (2000). *Freud e a judeidade: A vocação do exílio*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Gay, P. (1988). *Freud, a life for our time*. New York: Norton & Company.
- Gitelson, M. (1954). Therapeutic problems in the analysis of the “normal” candidate. *The International Journal of Psychoanalysis*, 35, 174-183.
- Heimann, P. (1954). Problems of the training analysis. *The International Journal of Psychoanalysis*, 35, 163-168.
- Kernberg, O. (1996). Thirty methods to destroy the creativity of psychoanalytic candidates. *The International Journal of Psychoanalysis*, 77, 1031-1049.
- Kupermann, D. (2008). Presença sensível: cuidado e criação na clínica psicanalítica. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Langer, M. (1962). Symposium: Selection criteria for the training of psycho-analytic students. *The International Journal of Psychoanalysis*, 43, 272-276.
- McDougall, J. (1987). *Em defesa de uma certa anormalidade: Teoria e clínica psicanalítica* (2ª ed.). Porto Alegre: Artes Médicas.
- Rocha, F. (2005). Emancipação versus adaptação: Perspectivas na formação psicanalítica. *Jornal de Psicanálise*, 38(69), 131-149.
- Roudinesco, E. (2010). Psicanálise e homossexualidade. En *Em defesa da psicanálise* (pp. 46-72). Rio de Janeiro: Jorge Zahar.

# Un testimonio sobre los desafíos en el ejercicio de la función didáctica

Marion Minerbo\*

Al recibir la invitación de la editorial de la sección Vórtice, de la revista *Calibán*, con la propuesta de dar mi opinión sobre el tema “¿quién puede ser psicoanalista?” y sobre cuestiones “que a lo largo del tiempo fueron silenciadas, poco discutidas y que, a nuestro modo de ver, se tornaron síntoma en las sociedades e institutos psicoanalíticos”, recordé inmediatamente el primer análisis didáctico que llevé adelante, hace ya muchos años.

Se trataba de una muchacha que se había contactado conmigo después de haber interrumpido su análisis anterior porque, según ella, su ex analista “estaba excesivamente identificada con la institución” y no podía escuchar lo que ella decía en otro registro. No me llevó mucho tiempo entender de lo que estaba hablando. Buena parte del material que ella traía a las sesiones tenía que ver con su formación: hablaba de psicoanálisis, de pacientes, pero también de los seminarios y de los coordinadores, de las reuniones científicas, de los colegas, de otros didactas, de sus supervisores, etc. El tema que aparecía insistentemente aludía, en el nivel manifiesto, a una realidad institucional que, hasta cierto punto, era compartida por nosotras.

Este ejemplo aborda algunas cuestiones que hacen a las peculiaridades de la escucha analítica en el contexto del análisis de formación. ¿Cómo escuchar referencias a personas y situaciones que forman parte de una realidad institucional común a didacta y analizando? ¿Cómo formular interpretaciones usando el

\* Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo.

tipo de material clínico que, con mucha frecuencia, surge en estos análisis? ¿Cómo mencionar seminarios, colegas y situaciones institucionales sin que se entienda que estamos efectivamente posicionándonos personalmente sobre ellos? ¿Cómo dejar en claro que, sin negar que exista una realidad institucional compartida, en análisis todo es escuchado desde su valor transferencial y como representación de conflictos y defensas ligados al mundo interno?

En definitiva, ¿cómo ser al mismo tiempo un analista didacta, que en cierta medida es un “funcionario de la institución”, y un analista autónomo, capaz de despegarse psíquicamente de esa realidad y ubicarse como extranjero, como alguien que no conoce ni a las personas ni a la institución? En este sentido, creo que la única pero *enorme* diferencia entre el trabajo de un analista que se dispone a ejercer la función didáctica y un analista *tout court*, es que el primero necesita reconocer y ser capaz de sostener psíquicamente la siguiente paradoja: estar al servicio de la institución y, al mismo tiempo, estar única y exclusivamente al servicio de su analizando. La *condición psíquica* para ello reside en haber conquistado autonomía suficiente en relación con su propio objeto primario, representado transferencialmente por su propio analista y por la institución.

Esto nos lleva al tema de esta edición de *Calibán*. Los editores nos proponen el desafío de pensar “¿quién puede ser analista?”, que yo incluyo en el contexto de mi pequeña reflexión: “¿quién puede ser analista didacta?”. Naturalmente, no me atrevo a zanjar una cuestión de semejante complejidad, pero una cosa creo que es cierta: cuando el didacta no es capaz de sostener psíquicamente esta paradoja, él y su analizando corren el riesgo de caer *juntos* en una dupla tramposa. Por un lado, el trabajo analítico puede simplemente vaciarse de contenido, tornándose improductivo, aún cuando el paciente continúe viniendo a sus cuatro sesiones semanales. Por otro, puede contribuir a la formación de clanes transferenciales, lo que va contra el objetivo de cualquier análisis, incluyendo el didáctico, que consistiría en ayudar a

quien se nos acerca a volverse autónomo con respecto a sus objetos primarios.

Volviendo a mi analizanda, el tipo de material clínico que ella traía dificultaba particularmente la sustentación de la paradoja referida. Ella hablaba de mis colegas, exaltando a algunos y destruyendo a otros. Criticaba el funcionamiento de ciertos seminarios en una línea con la cual, en verdad, yo estaba de acuerdo. Identificaba los conflictos entre clanes y tomaba partido suponiendo, muchas veces con razón, que esa sería también mi opinión. Criticaba a su analista anterior, apuntando a las distorsiones producidas por el análisis didáctico de una manera que yo consideraba bastante lúcida.

Prácticamente no hablaba de su vida personal, de sus padres ni de su familia. En su lugar, relataba situaciones en seminarios o reuniones científicas en las que, claramente, había actuado en el escenario institucional sus propias cuestiones edípicas. En lugar de establecer con sus colegas relaciones horizontales, productivas y de camaradería, se dedicaba exclusivamente a las relaciones verticales, en las cuales seducía a ciertos analistas *seniors*, y enfrentaba a otros. En algunos momentos actuaba en forma bastante inadecuada su transferencia negativa con la propia institución, generando antipatía. Todo ello, como se puede imaginar, la ubicaba en una situación muy desfavorable para sí misma. Su evidente pasión por el psicoanálisis terminaba siendo “vedada”, en la medida en que cerraba puertas y perdía oportunidades importantes para crecer profesionalmente, tanto en la vida institucional como en su consultorio.

Un día, el conjunto del material se organizó en mi escucha en torno a un “hecho seleccionado” (Bion, 1992): la noción de “novela familiar” (Freud, 1909/1975). Y fue ello lo que me ayudó a sostener la mencionada paradoja. Siendo una persona perspicaz, los desplazamientos transferenciales se daban con “bases” propicias, es decir, idealizaba personas que, *de hecho*, tenían mérito y criticaba otras que *de hecho* eran de difícil convivencia institucional. Atacaba a la institución en aspectos



que *de hecho* eran problemáticos. Compartir muchas de sus opiniones creaba un dilema para la escucha analítica: yo corría el riesgo de tomar *apenas* como realidad institucional algo que era *también* del orden de la realidad psíquica y de la transferencia. En ese sentido, era necesario escuchar a la institución que ella traía al análisis como algo que era también del orden de la *ficción*, es decir, como creación y elaboración de su novela familiar. Cito a Freud:

La fase siguiente en el proceso de separación entre el neurótico y sus padres podría ser descrita como “novela familiar del neurótico”. Es raramente recordado conscientemente, pero puede casi siempre ser revelado por el psicoanálisis [...]. La imaginación del niño se empeña en la tarea de liberarse de los padres, sobre quienes, ahora, tiene una opinión desfavorable, y sustituirlos por otros, en general de una posición social más elevada. Usará, para ello, *cualquier coincidencia oportuna de su experiencia real* [cursivas mías], tal como pasar a relacionarse con un poderoso propietario rural, si vive en el campo, o con algún miembro de la aristocracia, si vive en la ciudad [traducción libre]. (Freud, 1909/1975, pp. 238-239).

No hay duda de que mi paciente se valía de una “coincidencia oportuna de su experiencia real” para construir su novela familiar. Proveniente de una familia modesta y que valoraba la cultura, ser admitida en la Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo, afiliada a la Asociación Psicoanalítica Internacional, fundada y legitimada por el propio Freud, equivalía para ella a pasar a formar parte de un cierto tipo de “aristocracia”.

Otra “coincidencia oportuna de su experiencia real” que alimentó su novela familiar fue el proceso de selección, que acostumbra ser realizado por analistas más experimentados y de larga trayectoria institucional. Por “pertenecer a la nobleza”, les incumbía valorar la capacidad para ocupar la posición disputada y,

en caso positivo, “ungir” al nuevo miembro. Al venir de una familia modesta, el costo del análisis didáctico le imponía un cierto sacrificio económico. En su novela familiar este hecho servía para demostrar que la institución seleccionaba a aquellos que daban pruebas de estar dispuestos a sacrificarse por la “causa psicoanalítica”, así como los nobles no dudan en sacrificarse por el reino. Todos esos elementos reales eran utilizados para idealizar o criticar a su “nueva familia”.

Más allá de eso, ella percibía correctamente que ciertos analistas de mayor prestigio, al igual que ciertos nobles, estaban rodeados por una verdadera “corte” de seguidores y comprometidos en un intercambio de beneficios recíprocos. Estos personajes aparecían con gran frecuencia en su análisis. Finalmente, como en la aristocracia, la institución estaba organizada según una “jerarquía” –miembros asociados, efectivos y didactas– en la cual ella esperaba progresar gracias al reconocimiento de sus méritos.

A lo largo del proceso fuimos entendiendo por qué la formación analítica y la institución estaban hiperinvertidas. Ella misma terminó percibiendo esa dinámica y usando el término “novela familiar” para referirse a ella.

Algunos años después de la terminación del análisis mi ex analizanda se volvió miembro asociado de la SBPSP, conquistando una inserción institucional independiente y reconocida. En lugar de aquellas actuaciones, ha sido apreciada por su espíritu colaborador. Además de ello, parece haberse vuelto una analista sensible y capaz, que logra desplegar el gran potencial que ya era visible al inicio de su análisis. Me pareció que no sería excesivamente intrusivo llamarla para solicitar su autorización para publicar este testimonio personal.

## Referencias

- Bion, W. R. (1992). *Cogitations*. London: Karnac Books.
- Freud, S. (1975). Family romances. En *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (Vol. 9, pp. 235-242). London: The Hogarth Press. (Trabajo original publicado en 1909).

# La relación entre los objetivos del psicoanálisis y las aptitudes del analista

Alfonso Pola Matte\*

En 1926, Freud publica un artículo destinado a defender su opinión de que la práctica del Psicoanálisis debería estar abierta a una amplia gama de profesionales, no solo médicos. “¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial” (Freud, 1926/1992), es el título de este escrito, que se inserta en el contexto de la defensa de Theodor Reik, que había sido acusado por ejercer el psicoanálisis sin ser médico. Para sustentar su posición, en diálogo con un interlocutor imaginario, Freud expone un resumen de su visión sobre la práctica del psicoanálisis y reafirma su idea de que en análisis, el factor terapéutico y la investigación del inconsciente se desarrollan de un modo inseparable. En ese contexto, aboga porque lo que es bueno para el desarrollo de la profesión, en este caso, que haya analistas de otras profesiones, puede ser bueno para los pacientes, en la medida en que sus necesidades de diagnóstico diferencial durante la evaluación o de asistencia médica durante el curso del análisis sean salvaguardadas. En su argumentación, Freud acepta tácitamente que los planteamientos sobre las condiciones que se consideran óptimas para la formación de analistas y por lo tanto para la práctica, dependen de la idea que uno tenga sobre el devenir del proceso analítico y sus objetivos. En la medida en que existen múltiples y a veces contradictorias concepciones al respecto en la actualidad, esta resulta ser una de las dificultades que se plantea, para conseguir acuerdos en torno a los estándares de la práctica y de la formación analítica. Específicamente respecto del tema que preocupaba a Freud en ese artículo, me parece que la experiencia de algunas sociedades psicoanalíticas es ilustrativa. Por ejemplo la Sociedad Británica de Psicoanálisis, es un ejemplo de desempeño exitoso y enriquecedor de profesionales ajenos al ámbito médico o de la psicología académica al desarrollo del psicoanálisis como disciplina y creo que le da la razón a aquellos que lo consideramos un aporte a nuestra disciplina. Para que esto sea

---

\* Asociación Psicoanalítica Chilena.

posible debe acompañarse de una formación clínicamente rigurosa que garantice la idoneidad clínica de los egresados de los institutos.

Me propongo aprovechar la propuesta de Freud para reflexionar sobre las condiciones del analista, recomendables para el ejercicio de la disciplina. El tema tiene implicaciones que es necesario plantearse, especialmente pensando que la consideración de las condiciones ideales pueden sugerir estándares mínimos y límites que impliquen restricciones para el acceso a la práctica del análisis. Esto exige no solo reflexión, sino también una aquilatación ponderada de la experiencia acumulada. La realidad ofrece siempre oportunidades para demostrar que las condiciones reales superan aquello que puede imaginarse basándose en las condiciones habituales.

Respecto de la edad de ingreso de un candidato a la formación, para usar un ejemplo sencillo, me encontré leyendo las recomendaciones de algunos institutos donde sugieren no postergar excesivamente el inicio de ella, atendiendo a lo extenso de la formación y el tiempo que toma después de terminada, adquirir la experiencia que capacita en la práctica del psicoanálisis. En algunos casos fijan límites de edad para los postulantes. Aunque por otro lado, esas mismas recomendaciones, llaman también la atención sobre la importancia de tener cierta experiencia de vida antes de iniciar la formación. Tomando esto en cuenta uno tendería a pensar que la edad ideal para iniciar la formación estaría entre los 30 y los 45 años. Sin embargo, no es raro encontrar casos de analistas que han desarrollado carreras prolíficas, exitosas y gratificantes habiendo iniciado la formación antes o después de eso. Si esto es así para la edad del analista, algo parecido es aplicable a otras variables tanto de la personalidad, condiciones personales, vocación, salud física, etcétera, que pueden afectar tanto a quien quisiera formarse como analista, como a quien ya formado se encuentre ejerciendo la práctica analítica. Los factores intervinientes son numerosos y difíciles de distinguir y hacer jugar entre sí, para imaginar las infinitas po-

sibilidades con las que la realidad nos puede sorprender.

Haciendo esa salvedad voy a intentar trazar algunas líneas de lo que a mí me parecen condiciones óptimas de la práctica psicoanalítica. Como dije al referirme al artículo de Freud, parece un prerrequisito tratar de precisar qué idea tiene uno respecto de la naturaleza de la empresa analítica. La idea que uno tenga sobre aquello de qué se trata el psicoanálisis influye en la forma cómo uno se puede imaginar las condiciones ideales de su práctica. Si uno se imagina, como Freud, que en psicoanálisis, los aspectos terapéuticos están siempre e inevitablemente ligados a la investigación del inconsciente y no pueden ser separados de esa investigación. Si además se considera que el resultado del análisis es alguna forma de crecimiento o evolución de la personalidad asociada al conocimiento de sí mismo logrado mediante el *insight*, eso condicionará la forma en que se concebirán las condiciones ideales de la práctica. Mi visión personal se asienta además en una idea del conocimiento que es posible de lograr a través del análisis, que tiene un espacio epistémico propio que se ubica dentro de lo que Ahumada (1997) llama ciencias observacionales. Estoy refiriéndome a una forma de conocimiento, en que la participación en la experiencia por parte del observador-investigador es crucial para la comprensión de lo que está siendo observado. En esta forma de conocimiento, el *insight* sobre las propias emociones y fantasías juega una parte crucial en la observación y la comprensión de las dinámicas relacionales que se activan durante las sesiones. Siendo esto así, el análisis del propio analista es esencial a su práctica y se entiende la idea de que el analista será capaz de analizar hasta donde haya llegado su propio análisis personal. Como ha planteado Money-Kyrle (1958) la particular inferencia antropomórfica que caracteriza al psicoanálisis clínico, tiene como límite las resistencias internas del propio analista para reconocer sus motivaciones y los procesos de identificación en los que se ve involucrado. Es dable suponer que todos

los analistas tenemos puntos ciegos, aspectos de nuestras respectivas personalidades que nos dificulten aproximarnos a ciertas áreas de conflicto o que bajo ciertas circunstancias tengamos mayores dificultades para reconocer la realidad emocional en la que nos encontramos. El autoanálisis, el entrenamiento y la experiencia continua de supervisar ayudan a ampliar el campo de las experiencias accesibles, sin embargo, sabemos que esto siempre está sujeto a limitaciones. Esta aspiración de ampliar el campo de lo accesible a la reflexión y al *insight*, es un estímulo para todo analista, para persistir en la tarea de su propio autoanálisis y del trabajo con sus pacientes. Hay circunstancias en que una dificultad como esta puede resultar un obstáculo insalvable para el crecimiento mental y de este modo puede representar un obstáculo para el potencial de crecimiento y maduración del analista y como consecuencia para su desarrollo profesional. Estando tan ligado el desarrollo personal con el desarrollo profesional, esta última consecuencia parece inevitable. Pienso que en algunos casos esto puede ser identificado desde que el aspirante a analista inicia su formación. Esta es la difícil tarea con la que se enfrentan las personas encargadas de la selección de los candidatos en los institutos de psicoanálisis. Creo, como planteaba antes, que esta se ha vuelto una tarea especialmente difícil considerando el pluralismo teórico imperante. Habiendo distintas visiones sobre el objetivo de la tarea del analista y por lo tanto sobre los estándares de la práctica y sin una manera que permita dirimir esas diferencias, esa tarea se

ha vuelto especialmente difícil. Owen Renik (2003) sugiere que estas diferencias son inabordables dentro de los límites del proyecto científico. Tanto es así que recomienda que los institutos de psicoanálisis abandonen la pretensión de selección de candidatos y de cautela de los estándares de la práctica. Él piensa que en el estado actual de nuestra disciplina todo acuerdo al respecto sería de naturaleza política y no científica, porque cree que no disponemos de los medios para dirimir nuestras diferencias respecto de lo que constituye una buena práctica analítica. Sin estar de acuerdo en los alcances que da Renik al problema, me parece indispensable esclarecer las diferentes posturas al respecto e intentar buscar métodos para reconocer y dirimir las diferencias en este ámbito. El esfuerzo que representan los grupos de discusión que se han denominado *métodos clínicos comparados* van en esa dirección. Me parece que en este momento del desarrollo de nuestra disciplina todo esfuerzo que vaya en esa dirección debe ser bienvenido.

## Referencias

- Ahumada, J. L. (1997). Disclosures and refutations: Clinical psychoanalysis as a logic of enquiry. *The International Journal of Psychoanalysis*, 78, 1105-1118.
- Freud, S. (1992). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial. En *Obras completas* (Vol. 20, pp. 165-244). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926)
- Money-Kyrle, R. E. (1958). On the process of psychoanalytical inference. *The International Journal of Psychoanalysis*, 39, 129-133.
- Renik, O. (2003). Standards and standardization. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 51S, 43-55.



*Dossier*  
La época del psicoanálisis II

## Los vivos, los muertos y el pasado: psicoanálisis e historia

*(El historiador) –Y usted, ¿a qué se dedica?  
(El psicoanalista) –A lo mismo que Ud. La  
única diferencia es que yo trabajo con vivos y  
Ud. con muertos...*

ERWIN DUKATENZEILER,  
*El porvenir de una ilusión*  
(el psicoanálisis)

*En lo que respecta a la gente de tiempos pa-  
sados, estamos en la misma posición que res-  
pecto de sueños para los cuales no tenemos  
asociaciones –y solamente un lego puede es-  
perar de nosotros que interpretemos sueños  
semejantes.*

FREUD, carta a Lytton Strachey (1928)<sup>1</sup>

Sigmund Freud inventó el psicoanálisis como una tecnología médica destinada a curar algunas dolencias mentales y, al mismo tiempo, como un método de investigación de otra “creación” suya: el inconsciente. En uno de los textos fundacionales del psicoanálisis se sostenía que mucho se ganaría si se lograra transformar la miseria histórica en una simple infelicidad común (Breuer & Freud, 1893/1991, p. 305). Sin embargo, estas modestas aspiraciones muy pronto se vieron desbordadas y en 1913, a pedido de una prestigiosa revista italiana, Freud (1913) escribió un artículo destinado a discutir los aportes que el psicoanálisis podría realizar a diversas disciplinas científicas (incluida la filosofía). Empero, también en este caso Freud

seguía caracterizando a la disciplina de su creación como un procedimiento médico destinado a curar algunas formas de enfermedades nerviosas (neurosis) por medio de técnicas psicológicas (Freud 1913, p. 165).

Freud pertenecía a una generación de científicos educados durante las últimas décadas del siglo XIX que formaban parte de lo que podríamos caracterizar como “el momento evolucionista”, muy influenciado por las ideas de Charles Darwin, pero también por las de J. B. Lamarck. Aunque a lo largo de su carrera Freud hizo esfuerzos explícitos por insertar su disciplina en el universo de las ciencias de su época –sus discusiones sobre el psicoanálisis como una posible “visión del mundo” iban en este sentido (Freud, 1933/1974c)–, lo cierto es que si pensamos la obra freudiana no en términos de “obras completas” sino como un conjunto de escritos heterogéneo y a veces contradictorio desarrollado a lo largo de más de cuatro décadas –un período pleno de cambios radicales de paradigmas científicos e ideológicos–, comprobamos que el “archivo” de Freud, es decir, el conjunto de textos, ideas y saberes en los que fundó su propio saber, era sumamente diverso. Dentro de ese conjunto de saberes me detengo en uno en particular: la historia (entendida ésta como historiografía, es decir, como disciplina dedicada a la reconstrucción del pasado; ella misma un producto histórico) y sus relaciones con el psicoanálisis

\* Miembro del CIS-IDES/Conicet – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.

1. Citado por Burke (2007). Traducido por mí.

freudiano<sup>2</sup>. Esto es así porque hay una cierta afinidad electiva entre la historia y el psicoanálisis en cuanto a sus objetivos y métodos. En ambos casos la tarea consistiría en construir una narrativa sobre el pasado basándose en vestigios encontrados en el presente. La temporalidad es constitutiva del saber y de la práctica psicoanalítica así como, obviamente, de la historiográfica. ¿No es a través de la *comprensión* y reconfiguración del pasado por medio de las técnicas de interpretación y (re)construcción que el paciente analítico puede reconfigurar su posición en el presente y proyectarse hacia el futuro? ¿Cuál otra sería la tarea del historiador profesional y el estatuto social de su disciplina sino contribuir a pensar el pasado (social) desde el presente de cara al futuro? (Cruz, 2014).

Esta afinidad de métodos y objetivos se da en dos sentidos: el de la interpretación –en ambos casos la construcción de narrativas se realiza con base en un trabajo hermenéutico sobre los retazos del pasado que se encuentran en el presente– y el de la propia tarea de construcción de esa narrativa. Sostenía Freud que “su tarea [la del psicoanalista] es hacer surgir lo que ha sido olvidado a partir de las huellas que ha dejado tras sí, o más correctamente, construirlo” (Freud, 1937/1974d, p. 33, subrayado en el original). Por lo tanto, la tarea psicoanalítica se aproximaría a la historiográfica tanto en su dimensión interpretativa como en su dimensión constructiva.

En el texto mencionado más arriba, Freud (1913) señalaba que la comparación entre la infancia del individuo y la historia temprana de las sociedades había resultado fructífera tanto para el psicoanálisis como para la historia de las civilizaciones. En realidad esta asociación se basaba en uno de los puntos más débiles del edificio psicoanalítico, aquel al que Freud insistió en aferrarse hasta el final de su vida aun-

que las pruebas de su obsolescencia eran señaladas por sus colaboradores más cercanos (Jones, 1947): el evolucionismo lamarckiano asociado a la idea haeckeliana de que la ontogénesis recapitula la filogénesis (Maffi, 2012; Plotkin, 2013). Los estudios “antropológicos” de Freud, particularmente “Tótem y tabú” (Freud, 1913/1974a), son productos de ello.

Sin embargo, las simetrías y similitudes entre psicoanálisis e historia tienen límites e importantes matices, y no son ni simples ni lineales. No me voy a explayar acá sobre estas diferencias –que ya he discutido en otro texto (Plotkin, 2013)–. Prefiero concentrarme en lo que cada una de las disciplinas –historia y psicoanálisis– puede aportar a la otra<sup>3</sup>, pero considero importante señalar algunos puntos previamente. En primer lugar, la temporalidad del psicoanálisis es diferente de la temporalidad historiográfica. A pesar de que desarrollos teóricos recientes tienden a cuestionarlo, lo cierto es que la materia prima de la historiografía como disciplina moderna sigue siendo una temporalidad lineal en la que sucesos más recientes pueden ser interpretados a la luz de otros más remotos. La temporalidad freudiana es bien distinta de la historiográfica, puesto que viola las nociones convencionales sobre la linealidad del devenir, cuestionando al pasado su estatuto de tal (Armstrong, 2005, p. 136). La temporalidad psicoanalítica es múltiple debido a la tensión existente entre la dimensión consciente que se desarrolla en el tiempo histórico y el inconsciente que no reconoce temporalidad alguna, y porque lo reprimido retorna como síntoma, originando una suerte de circularidad histórica. En la temporalidad freudiana el pasado es presente y actúa sobre él, y el ejemplo más claro es el fenómeno de la transferencia que puede ser definido como “pasado en acción”. La temporalidad psicoanalítica –si dejamos de lado las hipótesis evolucionistas y filogenéticas de

2. En lo que sigue, a menos que se aclare lo contrario, el término *historia* se utilizará como sinónimo de *historiografía*.

3. Los intentos de articular historia y psicoanálisis son de larga data. Actualmente existen al menos dos revistas internacionales destinadas a ese propósito: *Psychoanalysis and History*, dirigida por John Forrester de la Universidad de Cambridge, y *CulturasPsi/PsyCultures*, revista online de acceso libre ([www.culturaspsi.org](http://www.culturaspsi.org)).

Freud— se condensa, en última instancia, en el período vital del paciente; la historiográfica se conecta con la de los muertos a cuyo inconsciente (tomado como una hipótesis más que como una realidad *a priori*) es imposible acceder. No es posible psicoanalizar a los muertos, como reconoce el propio Freud en la carta que sirve de acápite, aunque él mismo no se haya privado de intentarlo. La historiografía parte de un duelo, puesto que el pasado sólo puede ser estudiado en tanto se lo reconoce como tal, aunque las preocupaciones y las preguntas se originen en el presente y se proyecten hacia el futuro, y aunque ese pasado esté muy cercano a nosotros. El psicoanálisis, por su parte, busca la aceptación del duelo con el pasado individual.

La temporalidad historiográfica se da en dos momentos: el del historiador y el de los hechos que se historizan. La temporalidad psicoanalítica, por el contrario, se manifiesta en una multiplicidad de momentos: el del presente y el de los múltiples pasados que se transforman en otros tantos presentes a partir de los cuales las fuentes y los indicios se reinterpretan y reconfiguran. La temporalidad del psicoanálisis agrega una complejidad adicional dado que Freud plantea desde muy temprano (Freud, 1895/1966, p. 356) la existencia de una suerte de “causalidad invertida” —*nachträglichkeit*—, según la cual las experiencias más recientes permiten no solamente darle sentido sino cambiar el estatuto ontológico de eventos pasados, al otorgarles entidad traumática a hechos que no tuvieron tal carácter cuando efectivamente ocurrieron, ya que quedaban fuera de toda posible conceptualización. Como señala Freud en el caso de “El hombre de los lobos”, “el niño recibe al año y medio una impresión a la que no puede reaccionar suficientemente; sólo después, teniendo ya cuatro años, cuando tal impresión experimenta una reviviscencia, llega a comprenderla y a ser agitado por ella, y sólo dos decenios después puede aprehender, con actividad mental consciente, lo que en aquella pri-

mera época sucedió en él” (Freud 1918/1974b, p. 1963, nota 1341). Michel de Certeau sostiene que las diferencias respecto a las formas de historizar el pasado existentes entre psicoanálisis e historia fuerzan al historiador a repensar su relación con su objeto, puesto que donde la historiografía conceptualiza la relación de eventos en forma de sucesión, de correlación, de efecto y de disyunción, el psicoanálisis encontraría imbricación, repetición, equívoco y equivocación (De Certeau, 1995, pp. 78-79).

Más allá de éstas y muchas otras diferencias y asimetrías que no discutiré acá, lo cierto es que ambas disciplinas, psicoanálisis e historiografía, tienen suficientes puntos en común como para entablar un diálogo fructífero. ¿Cuáles serían las bases de este posible diálogo? Comencemos por mencionar brevemente tres formas de apropiación de elementos del psicoanálisis por parte de la historiografía que considero particularmente infructuosas. La primera consistiría en realizar un uso instrumental del psicoanálisis tal como pretendió la así llamada “psicohistoria” que estuvo de moda en ciertos espacios académicos norteamericanos durante las décadas de 1960 y 1970; es decir, un “psicoanálisis” de los muertos y por lo tanto realizado por fuera de una de las condiciones fundamentales del psicoanálisis: la asociación libre del paciente. Es que el psicoanálisis sólo puede realizarse entre los vivos porque sus categorías se tornan *a-históricas* cuando se las desplaza del ciclo vital del paciente, es decir, se convierten en supuestamente válidas para todo tiempo y en todo lugar, con independencia de los contextos sociales, políticos y económicos en los que se desarrollan. Sin embargo, se ha señalado (de manera muy discutible desde mi punto de vista) que esta a-historicidad del psicoanálisis le permitiría al historiador construir herramientas para repensar su vínculo con el pasado y reconstruir con él una “empatía” a partir de los elementos comunes (inconscientes y conscientes) que lo unirían a los actores de otras épocas (Taylor, 2012)<sup>4</sup>.

---

4. Otro historiador ha señalado, por el contrario, que el psicoanálisis permitiría al historiador mantener una “distancia adecuada” con su objeto, el pasado (Phillips, 2012).



Tampoco me parece fructífero pensar el psicoanálisis como una “ciencia auxiliar de la historia” en el sentido en que lo piensa Peter Gay (prestigioso historiador con formación psicoanalítica). Finalmente, y en tercer lugar, no creo que la utilización irreflexiva de metáforas psicoanalíticas en el análisis histórico lleve a este último demasiado lejos<sup>5</sup>. Como señala François Dosse, la colaboración entre las dos formas de saber, psicoanálisis e historia, sólo puede realizarse a condición de evitar la utilización acrítica por parte de cada disciplina de conceptos y métodos de la otra (Dosse, 2002). Los aportes más provechosos que el psicoanálisis ha hecho y puede hacer a la historiografía (y, más en general, a las disciplinas conocidas como “ciencias sociales”) se han realizado en otro plano. Para comenzar, y como han señalado desde lugares y posiciones distintas autores como Michel de Certeau y Dominick LaCapra, el psicoanálisis interpela a la historia y obliga al historiador a poner en cuestión no solamente el estatuto de su saber sino sus propias relaciones con ese saber y hasta con las fuentes en las que se basa. Según LaCapra, la incorporación por parte de los historiadores de conceptos psicoanalíticos tales como el de transferencia, o la idea misma de “atención flotante”, les permitiría clarificar algunos aspectos cruciales de su relación con su objeto de estudio y con la misma noción de “objetividad histórica” (LaCapra, 1987, pp. 228-229).

La mirada psicoanalítica ha contribuido también a un replanteamiento del estatuto de las fuentes historiográficas. Freud insistía –a partir de su supuesto abandono de la llamada “teoría de la seducción” – en que sueños y fantasías podían ser “leídos” e interpretados como signos de las intenciones inconscientes que los producían y no ya como “reflejos” distorsionados de eventos “reales” –es decir, externos– a los cuales se referían (Toews, 1991, pp. 504-

545; Maffi, 2012). Por lo tanto, las fantasías y los sueños, en tanto formas discursivas, adquirieron un nuevo estatuto ontológico y epistemológico, y pasaron de ser “fuentes” en el sentido historiográfico a ser a la vez fuentes y objeto de la investigación analítica. En parte influenciados por el psicoanálisis, ciertos sectores de la historiografía también han reelaborado recientemente la concepción tradicional de *fuentes*, y transformaron a la memoria (y a los olvidos), a las fantasías colectivas y a los discursos en fuentes y objetos de investigación. La preocupación por la memoria como objeto de estudio y como fuente ha vuelto sin duda más porosos los límites entre historiografía y psicoanálisis (Ricoeur, 2004).

La noción misma de “acción diferida” puede constituir (utilizada con prudencia) un aporte importantísimo a la historiografía para repensar ciertas construcciones de la memoria colectiva. La idea de que un hecho histórico puede ser resignificado por la memoria colectiva y adquirir un estatuto que no tuvo en el momento en que ocurrió abre una serie de problemas que la historiografía no puede ignorar. ¿Qué cosa son las historias nacionales (oficiales o no) sino las resignificaciones del pasado a partir de lecturas realizadas a la luz de hechos y procesos presentes? Eventos olvidados (¿reprimidos?) pueden de pronto ser “recordados” y reformulados a efectos de otorgar legitimidad a procesos que van desde movimientos nacionales hasta guerras internacionales como se vio, por ejemplo, hace dos décadas en los Balcanes. Movimientos rebeldes que en su momento tuvieron una repercusión relativa o nula, se transforman y rememoran como “guerras de liberación nacional”. Los “olvidos selectivos” que mencionaba Ernest Renan como uno de los fundamentos de la construcción de las naciones pueden aflorar a la luz de diversas maneras y con diversos sentidos a partir de las necesidades genealógicas de eventos presentes.

---

5. Un ejemplo (y desde luego no es el único) de utilización afortunada de conceptos psicoanalíticos para el análisis histórico es el que hace Lynn Hunt de la idea de “Romance de Familia” como herramienta hermenéutica para comprender el lugar que las ejecuciones de Luis XVI y María Antonieta ocuparon en el imaginario colectivo durante la Revolución Francesa (Hunt, 1992). El ejemplo tal vez más exitoso de utilización de instrumentos analíticos del psicoanálisis para un análisis histórico es el texto clásico de Norbert Elias (1939/2000).

No es por lo tanto en las analogías entre el desarrollo psicológico del individuo y la historia de las sociedades –como sostenía Freud basándose en sus certezas evolucionistas y sus hipótesis filogenéticas– donde la historia encontraría su asociación más productiva con el psicoanálisis, sino más bien en cuestiones vinculadas a los métodos de investigación y al estatuto del objeto y de las fuentes. No es en las pretensiones historiográficas de Freud –aunque algunas de sus hipótesis puedan ser sumamente iluminadoras– donde el historiador debería buscar acercamientos provechosos al psicoanálisis, sino en la apertura de nuevos horizontes metodológicos y temáticos, y en la búsqueda de instrumentos para el propio cuestionamiento de las relaciones con su objeto, es decir, con el pasado.

La pregunta ahora sería acerca de lo que le puede aportar la historia al psicoanálisis. Para contestar a esto desplazaré mi foco de análisis desde cuestiones más bien teóricas y metodológicas hacia otras que hacen a la constitución del psicoanálisis como práctica social, porque creo que es ahí donde el aporte puede ser más significativo y considero, además, que puede tener consecuencias teóricas de importancia.

El psicoanálisis, como otras prácticas sociales, ha construido sus propios mitos de origen. El más importante sin duda tiene que ver con su ubicación dentro de lo que podríamos caracterizar como una “genealogía vacía”. Según la visión canónica, el psicoanálisis no reconoce antecedentes ya que sería el “descubrimiento” (no la construcción, como lo son, de hecho, todas las prácticas sociales) de un genio solitario trabajando en condiciones de “espléndido aislamiento”. Hay que enfatizar que desde esta perspectiva el inconsciente y, en general, las categorías psicoanalíticas fueron “descubiertas”, puesto que el psicoanálisis y sus conceptualizaciones serían realidades en el sentido más banal del término. El origen de esta mitología ya ha sido ampliamente estudiado y discutido desde los años 60 por autores tales como Henri Ellenberger, Frank Sulloway y muchos otros, y no puedo ocuparme de ello aquí. En el interior de una parte importante de la comunidad psi-

coanalítica el mito de origen ha sobrevivido los embates de la historiografía, cuyos hallazgos simplemente se han ignorado.

Este mito de origen del psicoanálisis se asocia a otro vinculado con su práctica y su estatuto. Aunque Freud hizo todos los esfuerzos posibles para ubicar su saber dentro de la *Weltanschauung* de la ciencia, lo cierto es que la forma en que por lo general se desarrolló la disciplina ha puesto en cuestión esta posibilidad. El primer problema es el de la supuesta irreductibilidad del saber psicoanalítico y la concomitante “extraterritorialidad” que reclama su práctica, cortesía que, según Peter Berger, el psicoanálisis no estaría dispuesto a hacer recíproca a otras formas de saber (Berger, 1965). Esta pretensión de extraterritorialidad se manifestaría en el hecho de que el psicoanálisis se plantea como una forma de saber única e inconmensurable. Como señala el psicoanalista Alfredo Eidelsztein, “para el psicoanalista, el psicoanálisis se vuelve extraterritorial porque se ve obligado a considerar su saber con la misma lógica que aplica en su clínica: el psicoanálisis es distinto a toda otra disciplina” (Eidelsztein, 2008, p. 77), y, por lo tanto, impermeable a cualquier forma de crítica formulada desde fuera del psicoanálisis. Las críticas, por lo general, son además interpretadas como resistencias. El propio Freud señalaba que es “idénticamente imposible (...) discutir con aquellos psicólogos y neurólogos que no reconocen las premisas del psicoanálisis y consideran artificiosos sus resultados” (Freud, 1918/1974b, p. 1965). Es interesante al respecto rescatar una experiencia de Claude Lévi-Strauss al concurrir a la primera presentación del seminario de Jacques Lacan en la École Normal Supérieure: “yo confieso francamente que yo mismo, el oyente, en el fondo no comprendía nada. Y me encontraba en el medio de un público que parecía comprender” (citado por Lézé, 2010, p. 25, traducido por mí). Parecería que la “comprensión” de ciertas formas de psicoanálisis se logra por medio de la “iniciación” más que por medio de mecanismos racionales, ya que es una experiencia *inconmensurable*.

La segunda dimensión de la pretensión de extraterritorialidad del psicoanálisis tiene consecuencias tal vez más profundas. Por su peculiaridad, el psicoanálisis estaría por fuera de las “reglas del juego” y por lo tanto no sería susceptible de ser analizado por las ciencias sociales.<sup>6</sup> Desde este punto de vista habría una negación por parte de los psicoanalistas de la dimensión social –y, por lo tanto, histórica– de su práctica, entendida ésta como una forma de interacción social que tiene lugar dentro de un campo específico, con sus reglas de juego propias y sus luchas por la acumulación de capital simbólico (y no sólo simbólico) (Léze, 2010). Podríamos decir que así como Mao Tse-tung sostenía que sólo desde dentro de la revolución se podía entender la revolución, para importantes sectores dentro del movimiento psicoanalítico sólo aquellos que pasaron por el psicoanálisis –y, en el extremo, sólo los psicoanalistas– estarían en condiciones de comprender el funcionamiento del “campo psicoanalítico”. En buena medida, el régimen de autoridad en que se valida el psicoanálisis está basado en esta pretensión de extraterritorialidad, en su carácter de saber que no puede equipararse a ninguna otra forma de saber y que, por lo tanto, está asociado a una práctica que escapa a cualquier forma de regulación, ya sea legal o simbólica. En el límite “el psicoanalista se autoriza a sí mismo”.

Pierre Bourdieu señaló repetidas veces la falacia de la pretensión de extraterritorialidad, aun de la sociología respecto de sí misma. Toda forma de interacción social basada en un sistema de creencias –como lo son todas, de hecho– (Bourdieu, 1987, p. 157) puede, en tanto formación histórica, ser analizada sociológica e históricamente (y también etnográficamente, agregaría yo). Sin embargo, el éxito del “reclamo de extraterritorialidad” del psicoanálisis se manifiesta en la ausencia (al menos hasta muy recientemente) de verdaderos estudios sociales empíricos, de tipo etnográfico o sociológico, sobre el funcionamiento del campo psi-

coanalítico en contraposición con la abundancia de estudios de este tipo llevados a cabo sobre otras dimensiones de las “culturas psi”.

Luego de este desvío podemos volver a la pregunta que lo inició: ¿qué puede aportarle la historiografía al psicoanálisis? Si aceptamos lo dicho hasta aquí, tenemos que convenir que el psicoanálisis ha desarrollado una particular y peculiar incapacidad de historizarse a sí mismo, lo que le impidió pensarse como práctica social, insertado en un universo más amplio de prácticas y saberes que tienen como objeto la negociación de la subjetividad en el mundo (post) moderno. Si algo puede aportar la historia al psicoanálisis es lo mismo que puede aportar a cualquier situación del presente: retornarlo a la “contingencia de las cosas”, es decir, “desnaturalizarlo”, reintroduciéndolo en el juego de las relaciones sociales y culturales, es decir, “historizándolo”. Eso nos permitiría (y en particular permitiría a los psicoanalistas) pensar la práctica psicoanalítica desde otro lado, no tomándola como un *a priori*, sino preguntándose por el universo conceptual y de prácticas sociales en el que la práctica y el saber psicoanalíticos se han ubicado en las diversas culturas y en los diversos períodos históricos en los que se han desarrollado. Pero esto requeriría un esfuerzo adicional, que podríamos caracterizar como de “exotización” de las categorías psicoanalíticas, es decir, analizarlas con el mismo criterio con que un antropólogo se acerca a las formas de pensamiento de sus “nativos”. Como señala Yosef Yerushalmi –un autor cuyas simpatías con el psicoanálisis están fuera de toda sospecha–, refiriéndose al Moisés de Freud (1937/1974e): “comenzar a realizar una evaluación adecuada de ‘Moisés y la religión monoteísta’ requiere no sólo una suspensión del exotismo psicoanalítico, sino la habilidad de entrar provisionalmente, pero con empatía, en estructuras de pensamiento y modos de discurso tan ajenos como los encontrados por un antropólogo que estudia las tribus Bororo o Nambikwara del Brasil... o,

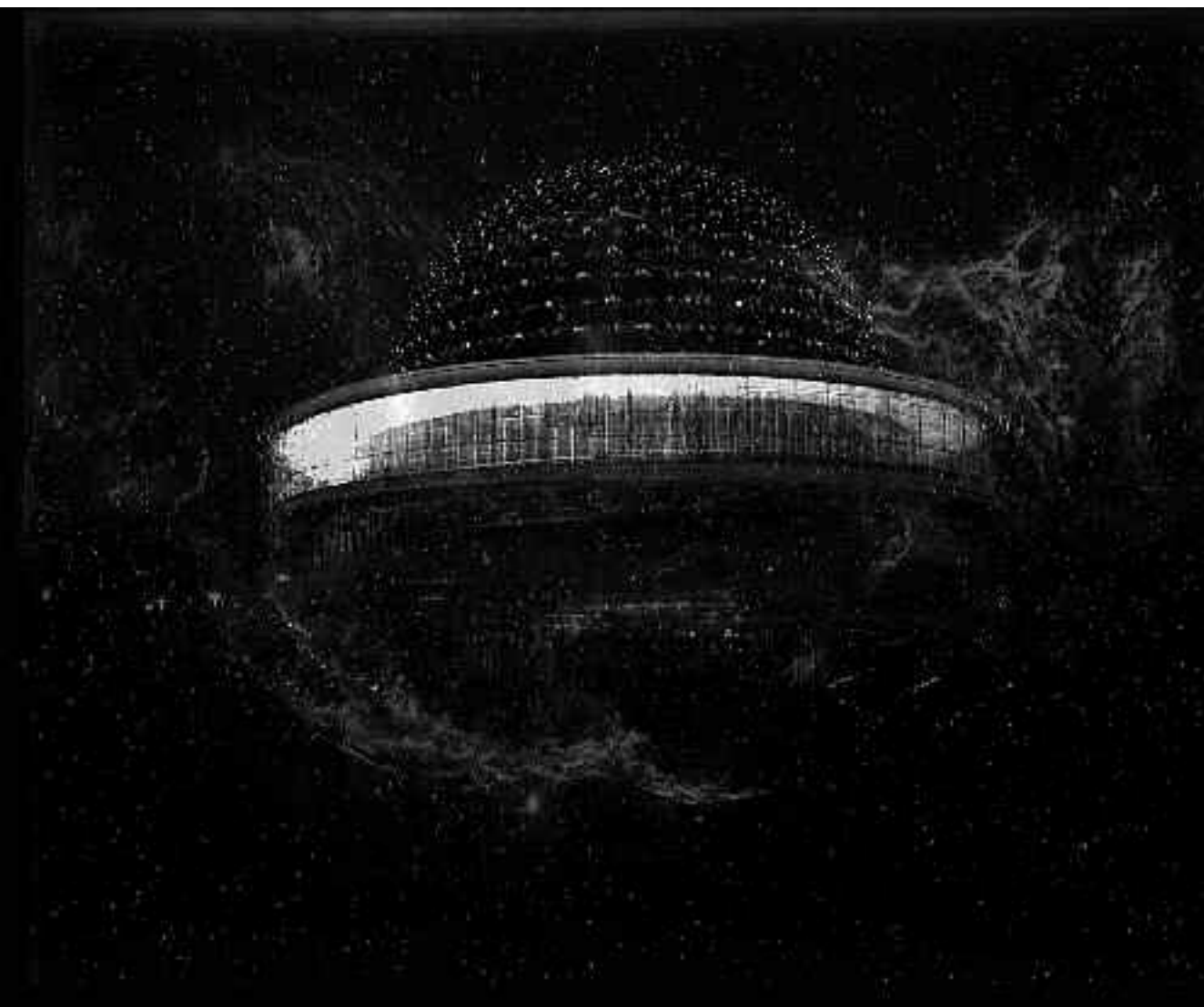
6. Para el caso del Brasil ver Russo (1999). Para una discusión de las miradas de los sistemas de creencias desde adentro, ver Bourdieu (1987, pp. 106-112).

si se prefiere, penetrar como Alicia... en mundos 'cada vez más curiosos' [*curiouser and curiouser*]” (Yerushalmi, 1991, p. 4).

Para ir terminando, digamos entonces que los aportes que cada una de las disciplinas (psicoanálisis e historia) puede hacer a la otra tienen mucho más que ver con proporcionarse mutuamente instrumentos para la autorreflexión (y autocuestionamiento) y para reflexionar sobre las relaciones con sus respectivos objetos, que con la utilización indiscriminada y acrítica de categorías y formas de análisis propias de cada una de ellas. Si el psicoanálisis puede contribuir a abrir nuevos caminos para que los historiadores piensen sus relaciones con las fuentes, el estatuto mismo de éstas y de la “objetividad histórica”, así como la apertura de nuevas temáticas y métodos para aproximarse a ellas, la historia (ahora entendida tanto en el sentido de historiografía como en el de sucesión de hechos del pasado) debería aportar al psicoanálisis ni más ni menos que la capacidad para historizarse a sí mismo, desnaturalizando categorías y obligándolo a salir de la autorreferencialidad que pareciera ser un elemento casi constitutivo de su propia historia y de su identidad como fenómeno cultural y social; en otras palabras, permitirle y ayudarlo a enterrar a los muertos.

## Referencias

- Armstrong, R. (2005). *A compulsion for antiquity. Freud and the Ancient World*. Ithaca: Cornell University Press.
- Berger, P. (1965). Towards a sociological understanding of Psychoanalysis. *Social Research*, 32(1).
- Bourdieu, P. (1987). *Choses dites*. Paris: Les Éditions de Minuit.
- Breuer, J. & Freud, S. (1991). Studies on hysteria. En J. Breuer & S. Freud, *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud*. London: The Hogart Press and the Institute of Psycho-Analysis. (Trabajo original publicado en 1893)
- Burke, P. (2007). Freud and Cultural History. *Psychoanalysis and History*, 9(1), pp. 5-15.
- Cruz, M. (2014). *Adiós, historia, adiós. El abandono del pasado en el mundo actual*. México: Fondo de Cultura Económica.
- De Certeau, M. (1995). *Historia y psicoanálisis, entre ciencia y ficción*. México: Universidad Iberoamericana.
- Dosse, F. (2002). Michel de Certeau, histoire/psychanalyse. Mises à l'épreuve. *Espaces Temps*, 80/81, pp. 66-93.
- Eidelsztein, A. (2008). Por un psicoanálisis no extraterrestrial. *El Rey Está Desnudo*, 1(1).
- Elias, N. (2000). *The civilizing process*. Oxford: Blackwell. (Edición revisada; trabajo original publicado en 1939)
- Freud, S. (1913). The claims of Psycho-Analysis to the interest of non-psychological sciences. En S. Freud, *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (Vol. XIII). London: The Hogart Press.
- Freud, S. (1966). Project for a scientific psychology. En S. Freud, *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (Vol. I). London: The Hogart Press. (Trabajo original publicado en 1895)
- Freud, S. (1974a). Tótem y tabú. Algunos aspectos comunes entre la vida mental del hombre primitivo y los neuróticos. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. 5). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1913)
- Freud, S. (1974b). Historia de una neurosis infantil. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. 6). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1918)
- Freud, S. (1974c). El problema de la concepción del universo. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. VIII). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1933)
- Freud, S. (1974d). *Construcción en psicoanálisis*. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. IX). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1937)
- Freud, S. (1974e). Moisés y la religión monoteísta. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. IX). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1937)
- Hunt, L. (1992). *The family romance of the French Revolution*. Berkeley: University of California Press.
- Jones, E. (1947). *The life and work of Sigmund Freud* (Vol. 3). New York: Basic Books.
- LaCapra, D. (1987). History and Psychoanalysis. *Critical Inquiry*, 13(2), pp. 222-251.
- Lézé, S. (2010). *L'autorité des psychanalystes*. Paris: PUF.
- Maffi, C. (2012). *Le souvenir-écran de la psychanalyse. Freud, Klein, Lacan. Ruptures et filiations*. Paris: Éditions du Félin.
- Phillips, A. (2012). Keeping our distance. En B. Taylor & S. Alexander (Eds.), *History and Psyche: Culture, Psychoanalysis and the Past*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Plotkin, M. B. (2013). Historia y psicoanálisis. Encuentros y desencuentros. *CulturasPsi/PsyCultures*, 1, pp. 25-44.
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Russo, J. (1999). Uma leitura antropológica do mundo psi. *Cio-Psiché. História da psicologia no Brasil*, pp. 67-75.
- Taylor, B. (2012). Historical subjectivity. En B. Taylor & S. Alexander (Eds.), *History and Psyche: Culture, Psychoanalysis and the Past*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Toews, J. E. (1991). Historicizing Psychoanalysis. Freud and his time and for our time. *The Journal of Modern History*, 63(3), pp. 504-545.
- Yerushalmi, Y. (1991). *Freud's Moses, Judaism terminable and interminable*. New Haven: Yale University Press.



---

**Obras en esta sección:**  
Ernesto Ballesteros, de la serie  
*Viaje al observatorio de Córdoba.*  
Fotografía procesada.  
Medidas variables. 2007.

## El psicoanálisis en la filosofía

Es conocida y hartamente comentada la “aversión” de Freud hacia la filosofía y su carácter especulativo. A pesar de que caracterizó al psicoanálisis como una disciplina “entre” la medicina y la filosofía, Freud mantuvo con esta última una actitud metodológica de “evitación”. Esta actitud se derivaba de la consideración de que la filosofía miraba con desdén, desde una supuesta superioridad intelectual, los resultados de la investigación psicoanalítica. Pero en *Múltiple interés del psicoanálisis* Freud indica que la filosofía tiene como base la psicología, y que los filósofos han trabajado la problemática del inconciente, si bien desde abordajes inadecuados: o bien han considerado que lo inconciente es del orden de lo místico e inaprensible, o bien, al reducir lo psíquico a lo consciente, no han tenido en cuenta la peculiaridad de lo inconciente. Por otro lado, Freud también considera que los filósofos podrían ser objeto de estudio del psicoanálisis, ya que sus obras evidencian “individualidades sobresalientes”. Este fue el modo en que, por ejemplo, Freud y su círculo abordaron la obra de Friedrich Nietzsche en dos sesiones de los “Miércoles psicoanalíticos”, interpretando “su filosofía” a partir de sus “patologías”.

Lo cierto es que la filosofía se ha visto obligada en estos últimos cien años a dar cuenta del psicoanálisis, no pudiendo obviar el valor de este en el ámbito del pensamiento, y colocándolo en el lugar que le corresponde en tanto disciplina a la que no puede permanecer ajena (como tampoco puede hacer caso omiso del arte, de las ciencias, de la tecnología, etc.). Intentaremos, entonces,

señalar algunas de las líneas principales de esa presencia de lo psicoanalítico en la filosofía.

### El problema del estatuto epistemológico del psicoanálisis

Uno de los primeros intereses de la filosofía en el psicoanálisis se vinculó con su estatuto epistemológico: ¿es el psicoanálisis una “ciencia natural” o una “ciencia cultural”, perteneciente al ámbito de las humanidades?

La distinción entre ciencias de la naturaleza (con observaciones “objetivas” o neutrales y constatación de regularidades) y las ciencias del espíritu o culturales (que remiten a cuestiones singulares, no repetibles) es propia del siglo XVIII, sin embargo, la división en estos dos rangos de disciplinas se ha seguido manteniendo en varios aspectos si bien con términos diferentes (hoy en día, se habla más coloquialmente de “ciencias duras” y “ciencias blandas”). Como ha señalado Jürgen Habermas (1968), Freud pretendió aplicar al psicoanálisis ciertos métodos de las ciencias naturales, con lo cual el estatuto epistemológico del psicoanálisis resulta bastante problemático. Porque Freud apuntó a esbozar explicaciones causales (propias de las ciencias naturales), pero que sólo se comprenden de manera hermenéutica (método de las ciencias culturales o de las humanidades). Con anterioridad a Habermas, Ernest Nagel (1959) había señalado la imposibilidad de validación empírica de una relación particular entre un analista y su paciente y Karl Popper (1953) había indicado que el psicoanálisis es infalsable:

---

\* Doctora en filosofía por la Universidad de Buenos Aires, investigadora principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet).

por su capacidad para “explicar todo”, cualquier acontecimiento podría confirmar la teoría.

De alguna manera, varios de los problemas epistemológicos del psicoanálisis habían sido anticipados por un contemporáneo de Freud, el escritor Karl Kraus, cuando, con su peculiar ironía, lo caracterizó en *Die Fackel*<sup>1</sup> señalando que: “El psicoanálisis es aquella enfermedad mental consistente en creer que ella es su terapéutica” (Kraus, 1913, p. 20). En esta expresión, se alude al problema de que cualquier diagnóstico supone algo de proyección inconciente, con lo cual Kraus ya estaba cuestionando el lugar del analista y su supuesta “objetividad”. Por otra parte, Kraus también criticó el dogmatismo freudiano que lo llevaba a una cierta reducción: la idea de que el núcleo de toda neurosis tiene una etiología sexual que se vincula con el complejo de Edipo, la explicación de los sueños por deseos ocultos, etc. Esa “universalidad” es la que ejercía un gran poder de seducción para el común de las gentes: “se trata de un método que obviamente convierte al lego en experto más rápidamente de lo que convierte a un paciente en una persona sana” (Kraus, 1908, p. 20). Esta seducción también la supo advertir otro contemporáneo de Freud, Wittgenstein (1978), quien puso el acento en el operar del psicoanálisis a partir de la búsqueda de confirmaciones y la reinterpretación de las evidencias contrarias de manera favorable a la teoría, por ejemplo, en la idea de resistencia.

Por esta y otras razones, para la filosofía el psicoanálisis ocupó siempre un lugar ambiguo: aún aquellos que no lo consideraron un ámbito del saber relevante, se vieron obligados a “vérselas” con el psicoanálisis, es decir, a necesitar explicitar las razones de su rechazo o poca recepción.

### **La Escuela de Frankfurt: el freudomarxismo**

Quien primero intentó establecer nexos entre Freud y un filósofo como Marx fue Wilhelm Reich (1934), y se suele hablar de “freu-

domarxismo” para hacer referencia a ese intento que, con diversas vertientes, caracterizó el pensamiento de varios miembros de la primera Escuela de Frankfurt (si bien Reich no perteneció a ella y, por otra parte, fue desautorizado por Freud). Los pensadores reunidos en el Instituto de Investigación Social de Frankfurt intentaron realizar una unión entre Freud y Marx para poder analizar críticamente la realidad social. Es decir, tuvieron en cuenta que el psicoanálisis era un elemento necesario para pensar dicha realidad, a pesar de las acusaciones que se le habían hecho por su carácter más bien “individualista”. En 1946, Theodor W. Adorno dictó una conferencia en la Sociedad Psicoanalítica de San Francisco, “El psicoanálisis revisado” (luego publicada en Horkheimer y Adorno, *Sociológica*), en la que critica la dilución del pensamiento freudiano en la psicología del yo. En 1951, elucidando la base psicológica del nazismo y del fascismo, Adorno remitió a conceptos como los de represión, bloqueo emocional de origen inconciente y otros, para explicar la conducta intolerante. Para la Escuela de Frankfurt, las tendencias totalitarias son propias de la sociedad occidental y reflejan miedos de la clase media que, amenazada en su poder o nivel social, puede tornarse autoritaria. Por otra parte, los medios masivos de comunicación contribuyen a esa conducta, desde la producción de estereotipos de la familia pequeño-burguesa.

El texto de Horkheimer y Adorno, *Dialéctica de la ilustración*, de 1969, implica una fuerte crítica de la razón moderna que, en su pretensión de emancipación, termina por articular las nuevas formas de dominación. Aquella razón de los filósofos modernos se convierte en una razón instrumental, en un intento de dominación total del mundo y de la naturaleza. De alguna manera, el psicoanálisis permitió explicar varios de los procesos implícitos en estos mecanismos de dominio que llevaron, en Auschwitz, a la muestra de que la razón más refinada puede acabar en barbarie. La razón

1. Edición digital disponible en <http://corpus1.aac.ac.at/fackel/>

objetiva, interesada en valores, se reduce en la época moderna a la razón instrumental, razón calculante y tendiente al señorío sobre lo real: esa es la razón que hizo posible la barbarie de Auschwitz.

### **Marcuse y el surplus de represión**

Quien retoma varias de las premisas del freudomarxismo de Reich es Marcuse. En *Eros y civilización* Herbert Marcuse vio en la represión pulsional la condición de la civilización. Este libro, de 1953, lleva por subtítulo *Una investigación sobre Freud*, y recurre a conceptos de la metapsicología freudiana para referirse a la idea del avance progresivo hacia la destructividad, con la culpa que ello genera, por parte de la civilización, y para pensar la posibilidad de una “salida” de esa situación. Las categorías del psicoanálisis son retomadas, pero encuadradas en un marco histórico y vinculadas con las fuerzas sociales que definen la psique humana. De este modo, Marcuse enriquece la visión freudiana con los conceptos de represión sobrante (*surplus repression*) y principio de actuación. El surplus de represión es la dominación del capital que, al trabajo alienado le agrega el control del tiempo libre (lugar antes destinado, en parte, al principio del placer). El principio de actuación es el modo en que el principio de realidad se manifiesta bajo la forma histórica del capitalismo, en el que el individuo debe limitar su sexualidad a la genitalidad, para que el “resto” del cuerpo sea utilizable en el trabajo. Para Marcuse, los dos principios mencionados no significan más que las manifestaciones de la cultura capitalista y pueden ser transformados: es posible reactivar una sexualidad polimorfa, mediante la sublimación no represiva, que ofrece la gratificación en actividades eróticas no dirigidas exclusivamente a lo genital. Y el capitalismo, con sus defectos, es también la posibilidad de transformación, en la medida en que la gran cantidad de recursos materiales

e intelectuales que brinda hacen posible la idea de una sociedad no represiva.

En su crítica de la razón técnica o instrumental, Marcuse apuesta por las posibilidades que brinda la fantasía, para pensar la forma de una “sociedad libre”, y por ello postula la idea de la “sociedad como obra de arte”: una imaginación liberada de la explotación contribuiría a esta perspectiva de salida del orden represivo. Marcuse logra entonces plantear, desde Freud, una posibilidad “más allá de Freud”: frente al pesimismo del padre del psicoanálisis, la impronta marxista que aparece en su teoría dio un poco de esperanza revolucionaria al mismo psicoanálisis. Ya Erich Fromm (1941, 1947) y Max Horkheimer<sup>2</sup> (1937) habían criticado la importancia atribuida por Freud a la pulsión de muerte como una forma de resignación frente al *statu quo*, y habían señalado la incapacidad del psicoanálisis para reconocer el elemento histórico de la opresión. Marcuse logra dar un giro a la teoría de la represión, un giro optimista que ve la posibilidad de transformación de las condiciones de la civilización, condiciones que Freud había interpretado de manera casi ahistórica. Ese optimismo tiene un matiz utópico: frente a la ideología de la homogeneización (en la que la razón, satisfecha, pacta con las circunstancias), la utopía de la sociedad no represiva del goce y de la abundancia en la forma de la sociedad como obra de arte, mantiene despierta y en tensión a la razón, para que no se resigne con lo que hay (es decir, con la sociedad de la represión capitalista).

### **Paul Ricoeur, Freud y la hermenéutica**

También Paul Ricoeur supo ver el valor de la utopía como forma de denuncia de la sociedad y del *statu quo*, y como posibilidad de crítica de la razón instrumental. Es en una estela de pensamiento cercana a los miembros de la Escuela de Frankfurt, en este punto, que se aproxima a Freud. En *De la interpretación: ensayo sobre Freud*, de 1965, Ricoeur presenta el

---

2. Horkheimer señala la necesidad de que los contenidos psíquicos estudiados sean diferentes según las clases sociales, ya que la conciencia difiere según el grupo social y la etapa de la historia (no hay conciencia universal ni ahistórica).



intento de un estudio filológico y hermenéutico de la obra del padre del psicoanálisis. Para Ricoeur, Freud, Marx y Nietzsche son los “maestros de la sospecha”: son tres autores que, enfrentándose con determinados modos habituales de analizar la psique, las relaciones sociales y la realidad, ejercen sobre esos modos una actitud crítica y de desconfianza que los lleva a descubrir algo diferente “por detrás” de lo que parecía de una determinada manera. Nietzsche descubre la voluntad de poder, Marx los intereses de clase, y Freud el inconsciente.

La reinterpretación que hace Ricoeur del psicoanálisis se inscribe en la idea de hermenéutica. El término “hermenéutica” (del griego *hermenéuein*: interpretar, aclarar, traducir), ha sido vinculado a Hermes, el dios heraldo y mensajero, y remite, en primer lugar, al arte de interpretar los textos (religiosos, jurídicos, literarios, etc.). Posteriormente diversas corrientes filosóficas adoptaron la hermenéutica como método propio del pensamiento.

Ricoeur considera al psicoanálisis básicamente como una arqueología del sujeto (un “ir hacia atrás” en la comprensión de sí) y una semántica del deseo (porque para este pensador la existencia es, ante todo, deseo y esfuerzo por existir). Desde el punto de vista del acceso al inconsciente, Ricoeur dedica un lugar especial a los sueños, considerando a estos como textos que solicitan una traducción (del mismo modo en que Freud señalaba que la interpretación de los sueños es análoga al desciframiento de un jeroglífico).

En su interpretación filosófica del psicoanálisis, lo que intenta Ricoeur es tematizar una dialéctica que equilibre dos hermenéuticas: la arqueología del sujeto, que va hacia atrás (a la búsqueda del origen), y una teleología, que apunta hacia adelante, hacia los fines, como una progresiva composición de figuras o categorías en las que el sentido de cada categoría se aclara desde las categorías últimas. Regresión (arqueología) y progresión (teleología) se contrastan y complementan como dos direcciones de la interpretación psicoanalítica. Esta dialéctica regresivo-progresiva es un modo en que

la reflexión se torna concreta, desde la lectura de los símbolos (ya que para Ricoeur la reflexión se realiza en las obras). Lo que Ricoeur encuentra en Freud es una clara tematización y explicitación de esa arqueología del yo (la necesidad de la regresión para la comprensión de sí) y, además, una teleología implícita y no tematizada. Esta teleología se halla presente en la idea de “devenir-conciente”, como “fin” del psicoanálisis, la noción que se expresa en la conocida frase “donde era ello debe advenir yo”. Pero esta tarea, este fin, según Ricoeur, es lo no-dicho en el freudismo. Mediante el “devenir-conciente” el sujeto se apropia del sentido de su existencia, que es deseo: la lectura de Freud permite descubrir que la arqueología del sujeto debe completarse con una teleología (que está implícita). Es decir, la interpretación (regresiva) de los símbolos inconscientes ha de contribuir (progresivamente) a la autocomprensión del sujeto “más allá” de sí mismo.

### **Jacques Derrida y la deconstrucción como “psicoanálisis de la filosofía”**

También Jacques Derrida (1996) piensa, como Ricoeur, un “más allá” de Freud, teniendo siempre presente que, como señala en *Ser justo con Freud* nuestra época es la “época del psicoanálisis”. Muchas veces se ha señalado que la deconstrucción derridiana (su forma de leer y enfrentar la historia del pensamiento) representa “el psicoanálisis de la filosofía”. La deconstrucción apunta a ver y descubrir “síntomas”, esas grietas en las que se patentiza que el sedicente seguro edificio de la filosofía no es tan seguro, sino que está atravesado por un “principio de ruina” que hace imposible la tendencia filosófica a la totalidad. Es decir, la deconstrucción y el psicoanálisis son ejercicios de pensamiento que se tocan: el término griego *analéuein* (del que proviene “análisis”) está relacionado con el desanudamiento, pero también con la disolución del vínculo (por ello hay algo de “solución” y “liberación” en el análisis). La deconstrucción, al enfrentarse al pensamiento occidental, también desliga y disocia, mediante una genealogía nietzscheana que no

busca el origen, sino que muestra la insignificancia de todo pretendido origen. De alguna manera, el psicoanálisis sigue “creyendo” en el origen, por ello la deconstrucción muestra “lo reprimido” en la historia de la metafísica, pero también “deconstruye” al mismo psicoanálisis como modo de metafísica. En este sentido, tal vez sea Derrida el pensador que más cerca (y más lejos, también) se ha encontrado del psicoanálisis: no sólo ha dedicado muchas páginas a conceptos de Freud y otros psicoanalistas, sino que también se ha preocupado por la “institución” psicoanalítica, y ha mostrado la solidaridad entre los conceptos y las prácticas.

Para Derrida, Freud ha contribuido de manera significativa a la problemática de la *différance* (la diferencia, *différence*, a la que escribe con *a* para denotar una distancia del concepto filosófico habitual), pero también su pensamiento se halla dentro de los parámetros de la metafísica occidental (la metafísica de la presencia que Derrida critica y deconstruye). La contribución de Freud a la temática del inconsciente es una vía de pensamiento decisiva para poner en jaque a la subjetividad moderna, que se pretende autoconsciente y autotransparente. Derrida trabaja con temas freudianos como la represión, el inconsciente, el trabajo del duelo, para mostrar de qué manera son impensables sin la noción de “huella” pero, al mismo tiempo, para indicar que el psicoanálisis no pudo llegar a pensar dicha noción. La “huella” remite en Derrida a la ausencia de origen y a la imposibilidad del presente: que todo “es huella de huella” implica que no hay origen primero (*arché*: fundamento) o centro que de sentido último a lo que es. No hay, entonces, un principio o fundamento como presente pleno que pueda centralizar las significaciones. De este modo, Derrida considera que la problemática de la huella debe situarse “más allá y en el borde del psicoanálisis”.

Ese diálogo y confrontación con el psicoanálisis Derrida lo inicia con su recorrido por la textualidad de *Más allá del principio del placer* (1920), mostrando de qué manera Freud necesita “especular” filosóficamente, algo que

siempre ha detestado: Sócrates, Platón y el Nietzsche de “el eterno retorno de lo mismo” aparecen en la obra freudiana indicada. Porque lo que se plantea es un pensamiento imposible: un pensamiento del sin origen y el sin-destino. En efecto, en esa obra Freud intenta explicar por qué existe la repetición del *displacer*, repetición que pone en jaque a la supuesta soberanía del principio del placer. Lo que muestra Derrida es que el principio de realidad no es un principio opuesto al de placer, sino su suplemento. El principio de realidad provoca la insatisfacción de la psique y la demora del placer; el placer no es entonces sino la *différance* (con “a”) de la presencia del placer en el *displacer*: el principio de realidad asegura el dominio del principio del placer. Sin embargo, ese dominio ya está deconstruido por la pulsión de muerte, que permite la conservación de la psique. Uno de los puntos de mayor distancia con respecto a Freud se da, tal vez, en esta problemática de la muerte. Para Derrida, la vida la muerte (sintagma sin comas, sin conjunciones) es un movimiento que no puede ser reconducido a la lógica de la presencia y de la identidad. Derrida lee en la pulsión de muerte freudiana una “economía de la apropiación”, en la consideración de la muerte como lo más propio del hombre. Sin embargo, esa economía, a pesar de los esfuerzos de apropiación, se deconstruye a sí misma.

Es este dominio deconstruido el aspecto que a Derrida le parece fundamental para ver el alcance político del psicoanálisis. La psique se conserva por un movimiento de autoinmunización que la protege de la alteración que significa el otro (*alter*: en latín, otro), es decir, se conserva destruyéndose. Y en esta paradoja se asienta la posibilidad de la política, por ello el psicoanálisis contribuye a pensar la relevancia de la pulsión de muerte como sentido de la pulsión de poder (y de allí la relevancia del pensamiento en torno a la crueldad).

Lo importante que nos ha legado Freud es la posibilidad de cuestionar el derecho, la ley, la religión y la autoridad patriarcal y, entonces, su misma autoridad como “padre fundador”

del psicoanálisis. No son los hermanos (como señala *Totem y Tabú*) los que matan al padre, sino que el padre, para mejor conservarse, se retira al origen y se destruye. Pero en ese acto su autoridad se torna más poderosa, si cabe, que nunca. Por ello, Derrida apunta a volver al psicoanálisis contra el psicoanálisis, mostrando la resistencia del psicoanálisis a sí mismo.

Otro de los aspectos relevantes del psicoanálisis freudiano se vincula para Derrida (1995) con la cuestión del archivo: el pensamiento freudiano podría ser una ciencia general del archivo, tal como se indica en *Mal de archivo*. El trabajo de archivo, para conservarse, se borra (en tanto participa de la pulsión de muerte como instancia conservadora-destructora). La pregunta de la deconstrucción es qué pasa con el poder político y la institución, que archivan e incorporan su propia ruina (para hacerla desaparecer). La deconstrucción, de alguna manera, estaría señalando la mitología de los principios y las pulsiones en el freudismo, no para criticarla simplemente, sino para pensar “otro modo de pensamiento” no mitológico.

No sólo Freud transita por las páginas derridianas: también lo hace Lacan, el que es aludido no sólo en relación al falo como significante privilegiado sino también en la cuestión del animal (en la cual, al señalar que el animal simula, pero no puede simular que simula, Lacan se ubicaría en una larga línea de pensadores que han privilegiado lo humano por sobre lo animal, dando fundamento teórico a una lógica de exclusión y sumisión de lo viviente). Pero es en relación al *Seminario de la Carta Robada*<sup>3</sup> el lugar en donde estas críticas se anudan con la cuestión antes señalada del problema institucional: allí se dirime quién es el dueño de la carta robada, es decir, quién tiene “carta libre” para ser la autoridad heredera de la autoridad paterna. Cuestiones de escuelas y herederos, de las que el psicoanálisis tiene mucho para pensar.

Quien ha intentado plantear la posibilidad de un “psicoanálisis derridiano” es René Major (2001), desde la idea de “análisis desistencial”: hay una desistencia constitutiva y destitutiva en el sujeto que implica que la dislocación del sujeto es también dis-locución del pensamiento. Esta dis-locución indica una no unidad de lo no-sabido, que desestabiliza la función del sentido.

Y en esta referencia a Derrida y el psicoanálisis, no se puede dejar de mencionar la presencia de Nicholas Abraham y Marie Torok en su obra. Derrida ha prologado (“Fors”) el texto de ambos autores, *Cryptonymie, le Verbier de l'Homme aux loups* (1976). Una serie de conceptos como duelo imposible, cripta en el seno del yo, fantasma de incorporación, trabajo del fantasma en el inconciente, y otros, se desplazan entre las obras de estos autores, mostrando de qué manera psicoanálisis y filosofía no pueden sino contaminarse. Cuestiones como la problemática del otro y su carácter de secreto en Derrida, serían impensables sin esta contaminación.

### **El psicoanálisis y la filosofía francesa**

Sin dudas, se puede afirmar que los pensadores que en los últimos cien años más se han acercado a las cuestiones que lleva a pensar el psicoanálisis han sido franceses. Al recorrido anterior, deberíamos agregar estos datos mínimos: en 1938 Gastón Bachelard publica *Psicoanálisis del fuego*, con una fuerte presencia de Jung en la obra. Frente a la relevancia de la pulsión sexual en Freud, Bachelard apuesta por la imaginación, planteando un nuevo psicoanálisis de los elementos (el agua, la tierra, el aire, el fuego). Por su parte, en *El ser y la nada* Jean-Paul Sartre (1943) anuncia un “psicoanálisis existencial” por oposición al psicoanálisis freudiano. Mientras que este último se ocupa de deseos fácticos que afectan al sujeto cotidianamente, el psicoanálisis existencial se ocupa por el deseo trascendental. Y, en tanto

---

3. J. Derrida se refiere al seminario de J.Lacan, “Séminaire sur «La lettre volée»” (1957), que se encuentra en *Ecrits 2*, Paris, Seuil, 1966, en “Le Facteur de la Vérité”, incluido en *La carte postale. De Socrates à Freud et au-delà*, Paris, Flammarion, 1980.

el inconciente es un concepto central para Freud, para Sartre es un concepto oscuro, producto del “irracionalismo alemán”. En este sentido, Sartre consideraba que un adulto no se puede justificar en sus errores por lo que aconteció en su infancia, eso es “mala fe”. El sujeto, para Sartre, se elige en sus decisiones y se construye de esa manera.

Gilles Deleuze y Félix Guattari en el *Anti-Edipo* (1972) opusieron el “esquizoanálisis” al psicoanálisis freudiano. El esquizoanálisis critica dos aspectos centrales del psicoanálisis freudiano: la relevancia del Edipo (la novela familiar) y su reducción de la libido a catexis familiares. El trabajo con el inconciente ha de ser productivo, más que restitutivo, como planteó Freud, no se trata de interpretar (no hay “nada” para interpretar), sino de construir máquinas. El inconciente “maquina”, produce en lo social.

Para Michel Foucault (1961), hay que “ser justos”<sup>4</sup> con el psicoanálisis, que no es una psicología, ya que tuvo en cuenta la problemática del lenguaje. Al no determinar a la locura como enfermedad psíquica, sino como algo que compete a la razón, Freud “retornó” a la edad clásica. Para Freud la locura es una “sinrazón”, pero mientras que la edad clásica la condenó a silencio, excluyéndola y encerrándola, lo interesante del psicoanálisis es que dialoga con ella.

Para Alain Badiou, “la teoría psicoanalítica tiene mucho que decir acerca de la sub-

jetivación, pero la emancipación de la humanidad no se hará desde un diván, sino en el espacio público”<sup>5</sup>: se trata de subjetivación colectiva. Badiou asume la contemporaneidad con el pensamiento de Lacan y acerca la filosofía al psicoanálisis en el cuestionamiento de la verdad.

Fuera de Francia, existen muchos otros filósofos que se han vinculado con las problemáticas psicoanalíticas y que no podemos sino mencionar: el esloveno Slavoj Žižek (1994a, 1994b) que suele analizar la política con conceptos lacanianos y aplicar nociones psicoanalíticas al cine; la norteamericana Judith Butler (1990) que ha releído a Freud en relación al sujeto y la bisexualidad; el inglés John Forrester (1980, 1990) que ha transitado con rigor crítico aspectos poco mencionados del psicoanálisis, para citar sólo tres ejemplos.

Como he intentado mostrar en esta breve síntesis, la evitación freudiana de la filosofía tuvo su resonancia en la evitación del psicoanálisis por parte de algunos filósofos que cuestionaron, sobre todo, algunos aspectos metodológicos. Pero también ha existido –y existe– una fuerte marca psicoanalítica en el pensamiento filosófico contemporáneo. Esa marca no sólo indica “temas comunes”, sino que también hace visible que se puede pensar “a favor” o “en contra” del psicoanálisis, pero no se puede pensar “sin” él.

---

4. En rigor, Foucault indica “ser justos con Freud” (p. 428) expresión retomada por Derrida en el capítulo indicado en *Résistances de la psychanalyse*, 1996.

5. Véase la cercanía indicada entre psicoanálisis y verdad en *Manifeste pour la philosophie*, Paris, Seuil, 1989, y la importancia de Lacan en *Le Séminaire*, Vol. 1, *Lacan: L'antiphilosophie 3 (1994-1995)*, éditions Fayard, 2013.

## Referencias

- Badiou, A. (25 de mayo de 2000). Ese sujeto que no es el de Marx. *Página 12*. Recuperado de <http://www.pagina12.com.ar/2000/suple/psico/00-05/00-05-25/psico01.htm>
- Butler, J. (1990). *Gender trouble: Feminism and the subversion of identity*. New York: Routledge.
- Derrida, J. (1995). *Mal d'archive, une impression freudienne*. Paris: Galilée.
- Derrida, J. (1996). Être juste avec Freud: L'histoire de la folie à l'âge de la psychanalyse. En *Résistances de la psychanalyse* (pp. 89-146). Paris: Galilée.
- Forrester, J. (1980). *Language and the origins of psychoanalysis*. London: Macmillan.
- Forrester, J. (1990). *The seductions of psychoanalysis: Freud, Lacan and Derrida*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Foucault, M. (1961). *Histoire de la folie à l'âge classique*. Paris: Gallimard.
- Fromm, E. (1941). *The fear of freedom*. New York: Farrar & Rinehart.
- Fromm, E. (1947). *Man for himself: An inquiry into the psychology of ethics*. New York: Rinehart.
- Habermas, J. (1968). *Erkenntnis und interesse*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Horkheimer, M. (1937). Traditionelle und kritische theorie. En *Zeitschrift für sozialeforschung* (Vol 6, pp. 245-294). Paris: Librairie Félix Alcan.
- Horkheimer, M., & Adorno, T. W. (1969). *Dialektik der aufklärung: Philosophische fragmente*. Frankfurt am Main: S. Fischer.
- Kraus, K. (1908). Tagenbuch. *Die Fackel*, 10(256), 15-32.
- Kraus, K. (1913). Nachts. *Die Fackel*, 15(376-377), 18-25.
- Major, R. (2001). *Lacan avec Derrida: Analyse désistentielle*. Paris: Flammarion.
- Nagel, E. (1959). Methodological issues in psychoanalytical theory. En S. Hooks (Ed.), *Psychoanalysis, scientific method and philosophy* (pp. 38-56). New York: University Press.
- Popper, K. (1953). *Conjectures and refutations: The growth of scientific knowledge*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Reich, W. (1934). *Dialektischer materialismus und psychoanalyse*. Kopenhagen: Verlag für Sexualpolitik.
- Ricoeur, P. (1965). *De l'interprétation: Essai sur Freud*. Paris: Seuil.
- Wittgenstein, L., & Barrett, C. (Ed.). (1978). *Lectures and conversations on aesthetics, psychology, and religious belief*. Berkeley: University of California Press.
- Žižek, S. (1994a). *¡Goza tu síntoma!: Jacques Lacan dentro y fuera de Hollywood*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Žižek, S. (1994b). *Todo lo que usted siempre quiso saber sobre Lacan y nunca se atrevió a preguntarle a Hitchcock*. Buenos Aires: Manantial.



## Epistemologías y psicoanálisis

*He aquí a Edipo, el que solucionó los famosos enigmas y fue hombre poderosísimo. ¡En qué cúmulo de terribles desgracias ha venido a parar!*

*SÓFOCLES, Edipo rey*

¿En qué cambió la epistemología a partir de la irrupción del psicoanálisis? En nada. Mejor dicho, si pensamos en la epistemología como si se tratara de una disciplina única y nos refirieramos a la filosofía de la ciencia neopositivista o de origen anglosajón –por ser la hegemónica–, sería correcto decir que la epistemología ni siquiera se inmutó con la irrupción del psicoanálisis. Incluso, ante la presión ejercida por la presencia real de una práctica como el psicoanálisis con legítima aspiración de cientificidad, los popes de ese tipo de epistemología se dignaron mencionar la disciplina psicoanalítica, aunque fue –y es– para denostarla y negarla como ciencia (véase, por ejemplo, Chalmers [2012]).

“Pseudociencia” denomina al psicoanálisis el epistemólogo Mario Bunge (1985). Por su parte, Ernest Nagel, Imre Lakatos, Carl Hempel

y Karl Popper, por nombrar sólo algunos de los representantes de la epistemología anglosajona del siglo XX, le donaron algo de su tiempo a la discusión sobre el estatus epistemológico de las ciencias sociales en general y del psicoanálisis en particular (véase, por ejemplo, Echeverría [1995, 1999]). Aunque se pusieron de acuerdo en que tal estatus no existe. Los herederos de esa tradición siguen adhiriendo a la inmovible postura de sus maestros alegando cuestionamientos como los siguientes: ¿cómo pretende ser ciencia una disciplina cuyo objeto privilegiado de análisis es el inconsciente?, ¿en qué laboratorio se pueden mensurar asuntos “metafísicos”?, ¿qué tiene que ver el “presunto” método psicoanalítico con el indiscutible método empírico de la ciencia?, ¿acaso las proposiciones psicoanalíticas se pueden formalizar matemáticamente o corroborar rigurosamente con la experiencia?, ¿se podría hablar de ciencia al nombrar un “supuesto” conocimiento que no acata el método hipotético-deductivo?<sup>1</sup>

Los manuales de raigambre anglosajona ignoran al psicoanálisis como ciencia. Aunque existen versiones –de origen estadounidense– en las que se acepta a la psicología, pero no al

---

\* Doctora en filosofía por la Universidad de Buenos Aires. Directora de la Maestría en Metodología de la Investigación Científica y directora del Centro de Investigaciones en Teorías y Prácticas Científicas de la Universidad Nacional de Lanús.

1. Gregorio Klimovsky (1922-2009) fue un adherente consuetudinario de la filosofía de la ciencia de origen anglosajón refractaria al psicoanálisis. Sin embargo, cuando se lo contrató como epistemólogo por reconocidas instituciones psicoanalíticas “adeculó” su discurso a sus nuevos clientes y, aunque nunca dejó de defender el método hipotético-deductivo como el único legítimo, le otorgó estatus epistemológico al psicoanálisis a condición de que se aviniera a dicho método (véase, por ejemplo, Mombrú [2013, 2014]).

psicoanálisis (véase, por ejemplo, Echeverría [1999]). Pero no se califica a esa disciplina como ciencia social sino como ciencia natural. La psicología conductista, sabido es, todo lo estudia en función de la consciencia y la conducta (del inconsciente y de la construcción de subjetividad mejor ni hablar). Las proposiciones conductistas se consideran mensurables, controlables, “verificables”; es decir, científicas. En cambio al psicoanálisis, con su proverbial análisis del inconsciente, se lo arroja al desván de los disparates.

Conclusión: la epistemología –para ser más exacta, la epistemología preponderante– no cambió con la irrupción del psicoanálisis, más bien se amuralló para no permitirle penetrar en sus dominios.

### **¿Una epistemología o varias epistemologías?**

Pero si modificamos mínimamente la pregunta inicial, podemos obtener resultados diferentes y fecundos: ¿en qué cambiaron *algunas* epistemologías con la irrupción del psicoanálisis?

Ahora sí. Porque la epistemología no es únicamente la reinante en la gran mayoría de las instituciones de enseñanza de nuestra región. Se podría decir que el 90 por ciento de los egresados universitarios consideran que la epistemología es como el Dios único de las religiones monoteístas. A esta filosofía de la ciencia “divinizada y única” se la suele denominar “epistemología heredada”. ¿Heredada de quién? Del Círculo de Viena y su posterior expansión británica y estadounidense. Nació hablando en alemán y se convirtió al idioma inglés. Pero perdió su convicción lógico-empirista, su ideología científicista y su actitud expulsora de cualquier otro tipo de reflexión sobre la ciencia que no sea formalista, contrastable y universal.

Sin embargo, existen otros modos de pensar la ciencia. He sintetizado, en primer lugar, la posición de la epistemología heredada y su negación del psicoanálisis. En segundo lugar realizaré un “paneo” por la epistemología alemana en relación con las ciencias sociales, entre las que ubico al psicoanálisis. La filosofía ale-

mana, al conquistar un campo epistemológico para las ciencias sociales, le hizo un espacio al psicoanálisis antes de que éste existiera. Por último, trabajaré aspectos de la epistemología francesa. En ella encontramos reconocimiento científico, crítica sin exclusión y diálogo controvertido con la disciplina psicoanalítica.

### **El aporte epistemológico alemán a las ciencias sociales**

La filosofía de la ciencia alemana (no la austríaca), antes de que se fundara el Círculo de Viena, ya les había otorgado estatus epistemológico a las ciencias sociales. Sus iniciadores fueron contemporáneos de Sigmund Freud (1856-1939). Si bien quien dio el puntapié inicial desde la filosofía precede históricamente al padre del psicoanálisis y quien hace lo propio desde la sociología nace algunos años después. Me refiero a Wilhelm Dilthey (1833-1911) y a Max Weber (1864-1920) respectivamente.

Dilthey (1988) luchó teóricamente contra el cientificismo que, entre otras particularidades, se caracteriza por considerar que el único conocimiento verdadero es el que producen las ciencias naturales (también llamadas “duras”), y que el método de la ciencia no puede ser otro que el utilizado por dichas disciplinas, tradicionalmente consideradas “objetivas”. En contraposición con esa postura, nacida con la ciencia misma en los albores de la modernidad, Dilthey defendía una ciencia de la subjetividad. El objeto de estudio de las ciencias duras es la naturaleza o lo dado, mientras que lo humano es el objeto de las ciencias sociales o lo que los alemanes denominan ciencias del espíritu. El argumento para reclamar un método específico es que si otro es el objeto de estudio (respecto de las ciencias naturales), otros deben ser los métodos de investigación (de las ciencias sociales o humanas).

El filósofo alemán critica asimismo la relación de dominación que implica pretender que todas las ciencias se rijan por el método explicativo de las ciencias duras. Propone que las ciencias del espíritu generen métodos acordes con el acercamiento a las construcciones hu-



manas. Lenguaje, derecho, arte, religión, sociedad, cultura. Dilthey apuesta a la *comprensión* como método, a la interacción entre el sujeto investigador y el objeto de análisis (otro sujeto o productos de subjetividades: obras de arte, organizaciones sociales, conflictos, emprendimientos). Remarca fundamentalmente que en este tipo de ciencias –no ingenuamente denominadas “blandas”– todo debe analizarse a partir de lo histórico.

Otra característica rescatada por el comprensivismo es el azar. Estas variables (historia y azar) eran inadmisibles para las ciencias naturales anteriores a la física cuántica y a las teorías del caos. Y siguen siendo rechazadas por los epistemólogos y científicos defensores del método único en ciencia, de la neutralidad ética del conocimiento científico y del carácter lógico-matemático, y por lo tanto a-histórico y universal, de las ciencias.

Max Weber (1973) se pliega a la torsión metodológica realizada por Dilthey. Ambos consideran que las ciencias sociales explican (como lo hacen las naturales) pero también “comprender” al objeto analizado. Son explicativas y comprensivas. No obstante, la noción de comprensión como método científico olía a psicologismo individualista antes que a método científico con pretensiones de objetividad. De modo que Dilthey produjo una nueva torsión en su visión epistemológica y apeló a la teoría del teólogo Friedrich Schleiermacher (véase, por ejemplo, Moralejo [2002]) y su utilización de la hermenéutica (cuyo significado es interpretación) para realizar exégesis de textos sagrados y filosóficos, y la implementó en investigaciones humanísticas como instrumento legítimo. He aquí la entrada triunfal de la hermenéutica en el campo de las humanidades.

La hermenéutica había sido utilizada por los padres de la Iglesia para interpretar las Sagradas Escrituras y fue retomada por el temprano romanticismo alemán. Schleiermacher la consolida, en sus investigaciones, como reconstrucción de sentido e interpretación del pensamiento y el lenguaje. Dilthey la traslada a las ciencias sociales. Cambia comprensión por

hermenéutica, entender por interpretar. Coloca así a la hermenéutica en el lugar de privilegio del que todavía goza en las ciencias humanas.

Pero no todas las corrientes hermenéuticas se ponen de acuerdo en el significado de sus términos. Uno de los máximos exponentes de la hermenéutica tradicional contemporánea es Hans-Georg Gadamer (1999). Desde su esbozo teórico, el ejercicio hermenéutico puede revelarnos sentidos ocultos en aquello que investigamos. Existen actualmente otras versiones hermenéuticas críticas de esas nociones. Pero se trata de críticas inmanentes y en consecuencia legítimas epistemológicamente. A estos poshermeneutas les interesa la interpretación rigurosa en sí misma y la comprensión liberadora que todo esclarecimiento arrastra consigo. Pero descreen de la noción de verdad primigenia o de un sentido implícito que la hermenéutica “devolvería”. Un destacado ejemplo de esta nueva visión de la hermenéutica se puede rastrear en la conferencia que Michel Foucault (1975) leyera en el VII Coloquio Filosófico de Royaumont, en julio de 1964. En ella se refiere a los tres maestros de la sospecha del siglo XIX: Nietzsche, Freud, Marx.

Pero no sólo de hermenéutica viven las ciencias sociales. A partir del gesto liberador de los primeros comprensivistas han proliferados diferentes métodos. Se puede aventurar que existen tantos métodos como marcos teóricos o, dicho de otra manera, en ciencias sociales el método está determinado por el marco teórico del que depende. De modo que una investigación marxista asumirá la dialéctica materialista; una nietzscheana, la genealogía; una derridana, la deconstrucción; una foucaultiana, la arqueología genealógica, y así sucesivamente. Y como corolario digno del tema que nos convoca, una investigación psicoanalista asumirá la interpretación.

### **La epistemología francesa entre la cultura y la historia**

Enfoco la filosofía de la ciencia francesa desde una perspectiva que consiste fundamentalmente en analizar el saber en relación con

el poder, sostener la reflexión desde la historia y reafirmar la jovialidad y el deseo. A esta epistemología la lógica le resulta indiferente o accesorio. Lo fundamental es la historia. Se asume como una epistemología de la subjetividad. Considera que la tecnociencia es un modo de subjetivación y que lo propio de la ciencia, más que conocer, es saber, más que búsqueda de la verdad es aceptación del error, más que estructura lógica es vida siempre cambiante dándose a sí misma sus propias formas.

¿Y la posición de la epistemología francesa respecto al psicoanálisis? Foucault (2012) se refiere al psicoanálisis como a una escena muy ruidosa de mitad del siglo XX (tan ruidosa como el marxismo, la lingüística y la etnología). Y rescata la influencia de la epistemología francesa en su consolidación científica. Estima que si se dejara de lado al médico y epistemólogo George Canguilhem (1984) no se entendería un fuerte aspecto del debate psicoanalítico de ese entonces. Y fue en ese momento precisamente en que se opusieron freudianos y no freudianos, marxistas y no marxistas, estructuralistas y posestructuralistas.

Foucault (2012) indica que si hubiera que buscar fuera de Francia algo similar a lo que ocurría con los trabajos de Alexandre Koyré, Gaston Bachelard, Jean Cavallès y George Canguilhem, se lo encontraría en la Escuela a de Frankfurt. A unos los persigue el fantasma de Descartes y a los otros el espectro de Lutero. Es desde allí que la filosofía de la ciencia francesa lanza su pensamiento y navega en sus dilemas. Sus interrogantes se dirimen en torno a una racionalidad que cuestiona la universalidad y acepta la contingencia. La epistemología francesa, ni aun en su época positivista, con Auguste Comte (1999) a la cabeza, se desentendió de las ciencias sociales. Quizás esta actitud es la que permitió que el surgimiento del psicoanálisis fuera incluido con “naturalidad” en la episteme francesa contemporánea.

Además, la historia de la ciencia, en el pensamiento francés, abre un campo de análisis para que la epistemología deje de ser una simple reproducción metodológica justificacionista de

la ciencia y amplíe la conceptualización de la tecnociencia en relación con su contexto político, cultural y social. La ciencia no es únicamente conocimiento. Historia y epistemología van de la mano. De modo que se puede hacer epistemología desde el núcleo duro de la ciencia relacionándola con prácticas jurídicas, penales, corporales, deseantes, históricas y/o míticas. Es coherente entonces que el psicoanálisis, como práctica de saber de nuestro tiempo, permee la epistemología francesa. Y como muestra sintético una deconstrucción epistemológica de Edipo confrontando con (o complementando a) la interpretación psicoanalítica.

### **Edipo, sabio y poderoso**

Edipo y su triángulo familiar no revelan ninguna verdad atemporal ni tampoco una incidencia histórica de nuestro deseo. La asimilación de Edipo como el relato más antiguo de nuestro deseo y de nuestro inconsciente es un instrumento utilizado por el psicoanálisis para darle una tónica universal a la expresión deseante. Pero también se lo puede leer como una manipulación teórica que produce (más allá de las buenas intenciones individuales) una barrera para que el deseo quede atrapado en el seno del pequeño drama de la familia burguesa, en lugar de fugarse de los códigos impuestos por la domesticación y corretear libre por el mundo. Desde este punto de vista Edipo sería un instrumento de limitación que intenta imponer una “cura” a nuestro deseo y a nuestro inconsciente, no una ley universal del deseo. Se trataría más bien de un instrumento de poder ejercido sobre el inconsciente por parte de la práctica psicoanalítica. Esta postura proviene de la filosofía de la ciencia francesa, específicamente de *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia* de Gilles Deleuze y Félix Guattari (1985).

Pero no es ese libro el que utilizaré para presentar un esquema de reflexión crítico-epistemológico sobre la problemática psicoanalítica, sino la reelaboración de la figura edípica realizada por Foucault (1980) en la segunda conferencia de *La verdad y las formas jurídicas*. Este análisis interpela a Edipo como hombre

de poder y buscador de la verdad, antes que como el depositario de nuestros más secretos deseos. En este sucinto desarrollo (del análisis foucaultiano) se patentiza que el pensamiento francés no sólo asume el estatus epistemológico del psicoanálisis, sino que lo utiliza como fuente de inspiración para sus propias interpretaciones conceptuales.

El análisis de Edipo revela también aspectos metodológicos (conviene recordar que la metodología es una función de la epistemología). En la tragedia de Sófocles se ilumina el arcaico nacimiento de una práctica judicial de acceso a la verdad: la *indagación*. Un método de busca de la verdad todavía vigente en la justicia y en la ciencia. Edipo es el punto de emergencia de la indagación, ese modo de acceso a la verdad que comenzó siendo una práctica jurídica y, sin abandonar ese ámbito, se convirtió asimismo en un método privilegiado de la investigación científica. Y además tiene la virtud (poco frecuente) de ser utilizado no solamente por las ciencias sociales –y, por lo tanto, por el psicoanálisis– sino también por diferentes disciplinas científicas, tales como la biología, la química, la física, entre otras.

Este peculiar recorrido por la historia de Edipo como sujeto de saber se muestra como construcción de objeto de la investigación y, por tratarse de una epistemología ampliada a lo político-social (es decir, no limitada a la mera historia interna de la ciencia), nos revela asimismo a Edipo como tecnología de poder político. Foucault intenta hacer aparecer aquello que el pensamiento occidental se ha esforzado una y otra vez por esconder: las relaciones de poder implícitas en cualquier vestigio de verdad, incluso en el ámbito de las ciencias. Parte del supuesto de que si realmente existe algo similar a un complejo de Edipo, no se produce en lo individual sino en lo social o colectivo.

Edipo es el primer testimonio de las prácticas jurídicas griegas. En la tragedia, inspirada en el mito, hay un soberano, Edipo, que ignorando cierta verdad consigue descubrirla a costa de cuestionar su propia soberanía. Promueve una indagación sobre la verdad que im-

plica un poder adquirido (gracias a su sabiduría sobre los enigmas) y perdido (por exigir la verdad en la indagación de las causales de la peste que asola a la polis).

Se impone aclarar que además de la indagación como modo de acceso a la verdad, en esta tragedia aparecen también vestigios de la *prueba*. Otro modo de acceso a la verdad propio de la justicia y cooptado asimismo por la verdad científica. Por ejemplo, cuando Edipo critica a su cuñado por no haberle dicho toda la verdad respecto de la sentencia del oráculo, le enrostra que lo hizo para usurpar el poder y destruirlo. Creonte se defiende ofreciendo como “prueba” el jurar haber dicho la verdad. Pero no es el procedimiento de la prueba el que prevalece en el análisis aquí establecido sino el de un agenciamiento que Foucault califica como ley de las mitades. El descubrimiento de la verdad en Edipo se va dando por mitades que se ajustan y acoplan. Un mecanismo que responde a la idea griega de símbolo.

En épocas en que las comunicaciones remotas resultaban imprecisas y dudosas, los griegos utilizaban precisamente la ley de las mitades. Tomemos el caso de dos soberanos que han establecido un pacto de amistad pero habitan en lugares distantes uno del otro. En el momento de separarse rompen un ánfora y cada uno se queda con una fracción. Luego, en el caso de que tengan que comunicarse, junto con la carta se le entrega al mensajero esa mitad como prueba de autenticidad. El soberano que recibe al mensajero chequea su autenticidad “probando” si el trozo de ánfora que le ofrece coincide con la otra mitad que él había guardado. Esa coincidencia es el *símbolo*: fragmentos que se juntan “rearmando” la verdad.

Veamos este juego de mitades en el desarrollo de la tragedia. Ante la peste que asola la ciudad, Edipo, el soberano, envía un mensajero a consultar al oráculo de Apolo. La respuesta que regresa de Delfos dice que el país está amenazado por una maldición. Pero esto no alcanza, entonces Edipo fuerza a hablar a Creonte para obtener la segunda parte del oráculo. Finalmente su cuñado (cuya otra mitad

es que también es su tío) expresa la parte faltante: la causa de la maldición es un asesinato.

Obligatoriamente surge otro interrogante: ¿quién fue asesinado? La segunda mitad que completa esa respuesta es que la víctima fue Layo, el difunto rey de Tebas.

Surge entonces la ansiosa pregunta de Edipo: ¿quién cometió el asesinato? Pero Apolo se negó a completar esa mitad. Edipo reflexiona que no se puede forzar la respuesta de los dioses. Queda aquí una mitad en suspenso: el nombre del asesino. No obstante, Edipo, obstinado en su búsqueda, al no poder forzar la voluntad del dios le pregunta a Tiresias, el representante de Apolo, su otra mitad. Apolo, dios de la luz, es representado en la tierra por Tiresias, el adivino ciego. Luz y tinieblas forman otro símbolo cuya completitud se cumple cuando el ciego acusa a Edipo de haber asesinado a Layo.

En la segunda escena de la tragedia prácticamente está todo dicho. El juego de las mitades realizado por Apolo, la luz, y Tiresias, la noche, revela las causas de la peste: maldición, asesinato, quién fue asesinado, quién mató. Aunque nada dice taxativamente, ya que Tiresias no habla de manera directa. Le recuerda a Edipo que él había prometido que desterraría a aquel que hubiera cometido asesinato, que debe entonces cumplir y desterrarse a sí mismo. Apolo –a través de sus mediadores– no expresa las cosas claramente, a pesar de ser el dios de la luz, y se dirige a Edipo con un rodeo diciéndole que si quiere que termine la peste, es necesario expiar la falta. Se detecta en este punto otra de las características que adquirirá la investigación científica: la *predicción*. Toda ciencia, aun investigando el presente, necesita el pasado y apunta al futuro. Tenemos aquí el surgimiento de la *hipótesis*. Esto es, del supuesto, el punto indispensable de cualquier indagación.

En la trama que estamos analizando se necesitan todavía datos del presente y testigos del pasado. Presente y pasado también constituyen trozos de un símbolo todavía inconcluso. Es preciso saber quién mató a Layo. Esto lo resolverán los testimonios. Yocasta trata de convencer a Edipo de su inocencia. A Layo lo asesina-

ron varios hombres en un cruce de caminos. Pero eso, en lugar de tranquilizarlo, lo arroja a la zozobra. Asoma ya otro fragmento del ánfora. Edipo rememora que él asesinó a un hombre en un cruce de caminos.

Las réplicas de Yocasta, deseosa de no perder el poder ni a su joven marido, y el recuerdo de Edipo, empeñado en saber contra viento y marea, ofrecen una verdad casi completa. Pero falta un pequeño fragmento: ¿Layo fue asesinado por uno o por varios hombres? Ese interrogante queda inconcluso en la obra. Pero lo que se sabe hasta ahora, en cierto modo, sigue siendo un trozo de la historia y, en este caso, se trata de algo proverbial que habrá de resolverse. Pues Edipo no es solamente quien mató al antiguo rey, también es quien mató a su padre y se casó con su madre.

Repentinamente es como si el tiempo se detuviera. Surge una esperanza para el tozudo buscador de verdad (también de justicia y conservación del poder). El dios había predicho que Layo moriría en manos de su propio hijo, por consiguiente mientras no se demuestre que Edipo es hijo de Layo, la vieja predicción no se realizó. Sin embargo, nuevamente el acoplamiento de mitades impondrá la verdad, no ya a nivel de los dioses, tampoco a nivel de los nobles. El símbolo definitorio proviene del estrato más bajo de la sociedad: los testigos que cerrarán el círculo son dos esclavos. El sirviente de Corinto anunciará a Edipo la muerte de su padre, Polibio. Gran alegría del atribulado rey. Pues Edipo creía que Polibio era su padre y, si éste murió de muerte natural y lejos de su (presunto) hijo, queda *demostrado* (otro recurso de este proceso jurídico retomado luego por la investigación científica: la *demonstración*) que no mató a su padre. Pero el esclavo desencanta al rey al revelarle que Polibio no era su padre, ya que él mismo, siendo Edipo pequeño, se lo había entregado al rey de Corinto como hijo adoptivo.

Nuevamente el asombro y, ante el desconcierto general, se logra el testimonio del otro esclavo, el de Citerón. El sensible servidor al que Layo le había entregado su pequeño hijo para que lo matara. Este anciano verifica lo di-

cho por el mensajero de Corinto. Corroborado que es cierto que hace tiempo le entregó a ese hombre un niño que provenía del palacio de Yocasta y, según se decía, era su hijo.

Se vislumbra aquí un fragmento borroso que debería haber aportado Yocasta aseverando que un hijo suyo había sido entregado al pastor del Citerón. Pero ella está más preocupada por conservar a Edipo que por el brillo de la verdad. No obstante ya se sabe que Edipo es hijo de Layo, que ese hijo recién nacido fue entregado a Polibio, que Edipo, a quien de joven le llegaron rumores de que sería el asesino de su padre, había huido para no matarlo y terminó matando a un desconocido, que en realidad era Layo.

Más allá del sugerente trabajo foucaultiano, ensayo un pequeño cierre para la presente reflexión. La narración de Sófocles nos revela, antes que un deseo de amor sexual, una fuerte voluntad de poder. No solamente de parte de Edipo y su busca de la verdad en función de la reafirmación de un poder que, paradójicamente, termina perdiendo, sino también de Yocasta. Ella se esfuerza por no perder el poder ni al hombre que justamente tiene la misma edad que el niño que le había arrebatado Layo. Yocasta, que no se mató cuando le arrancaron al bebé de sus brazos para arrojarlo al horror de un abismo, lo hace cuando pierde el poder y al hombre (marido e hijo al mismo tiempo).

Freud (1973) en su interpretación de la tragedia omite analizar una frase que Sófocles (1974) pone en boca de Yocasta hablándole a Edipo: “Layo era alto, las canas incipientes le blanqueaban ya la cabeza, y no difería mucho de ti en su constitución” (p. 137). Esta parte de la omisión es completada, según mi perspectiva, por el helenista Pierre Grimal (1997) cuando comenta: “sin embargo, pronto va a descubrirse el secreto del nacimiento de Edipo porque en un determinado estado de la leyenda, las cicatrices de sus tobillos revelan la identidad del niño a Yocasta. Esta versión ha sido modificada por Sófocles” (p. 148). Existe aquí algo indiscutible, ya sea desde Freud, ya sea desde Foucault. Edipo sigue siendo un impecable ejemplo de cómo las prácticas sociales

y los discursos constituyen determinado tipo de subjetividad. Este interés del psicoanálisis es compartido por la epistemología francesa y, más allá de pactos y traiciones, representa un punto de confluencia productivo preñado de intensa riqueza conceptual para el análisis de pensamientos futuros.

## Referencias

- Bunge, M. (1985). *Pseudociencia e ideología*. Madrid: Alianza Editorial.
- Canguilhem, G. (1984). *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo XXI.
- Chalmers, A. (2012). *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* Madrid: Siglo XXI.
- Comte, A. (1999). *Discurso sobre el espíritu positivo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (1985). *El anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Buenos Aires: Paidós.
- Dilthey, W. (1988). Introducción a las ciencias del espíritu; Teoría de las concepciones del mundo; Dos escritos sobre hermenéutica. En *Obras completas*. México: FCE.
- Echeverría, J. (1995). *Filosofía de la ciencia*. Madrid: Akal.
- Echeverría, J. (1999). *Introducción a la metodología de la ciencia. La filosofía de la ciencia en el siglo XX*. Madrid: Cátedra.
- Foucault, M. (1975). *Nietzsche, Freud, Marx*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Foucault, M. (1980). *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.
- Foucault, M. (2012). La vida: la experiencia y la ciencia. En *El poder, una bestia magnífica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freud, S. (1973). *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Gadamer, H. G. (1999). *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- Grimal, P. (1997). Edipo. En *Diccionario de mitología griega y latina*. México: Paidós.
- Le Blanc, G. (2004). *Canguilhem y las normas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Mombrú, A. (2013). *Filia y Sofía. Para una metacrítica de la epistemología*. Tesis de doctorado en filosofía. Remedios de Escalada: UNLa. (Inédito).
- Mombrú, A. (2014). De las buenas intenciones en la epistemología argentina. En E. Díaz (Ed.), *Gilles Deleuze y la ciencia. Modulaciones epistemológicas II*. Buenos Aires: Biblos.
- Moralejo, E. (2002). La hermenéutica contemporánea. En E. Díaz (Ed.), *Metodología de las ciencias sociales*. Buenos Aires: Biblos.
- Sófocles. (1974). *Edipo rey*. Madrid: Labor.
- Weber, M. (1973). *Ensayo sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.

## El psicoanálisis y sus “otros”... de lo mismo

*...Todo el mundo cree que yo me atengo antes que nada al carácter científico de mi trabajo, y que mi meta principal es el tratamiento de las enfermedades mentales. Es un tremendo error que ha prevalecido durante años, y que he sido incapaz de corregir. Yo soy un científico por necesidad, y no por vocación. Soy en realidad por naturaleza, un artista. Mis libros, de hecho, se parecen más a obras de imaginación que a tratados de patología. Yo he podido cumplir mi destino por una vía indirecta: seguir siendo un hombre de letras, aunque bajo la apariencia de un médico.*

SIGMUND FREUD<sup>1</sup>

### 1

La relación entre el psicoanálisis y las (¿otras?) “ciencias sociales” siempre fue (¿será?) harto controvertida. Aún después de que se hayan despejado los prejuicios y lugares comunes sobre el psicoanálisis como indagación en el Inconsciente de los “individuos” (pero ¿el Inconsciente es “individual?”), aún cuando se reenvíe una y mil veces al lector a la primerísima primera línea de la *Psicología de las masas y análisis del yo* en la que Freud afirma enfáticamente que *no existe* tal cosa como una psicología individual, siempre quedará el gesto inerte ideológico que *aparta* al psicoanálisis de la pretensión “im-pertinente” de decir algo

sobre la sociedad, la cultura, la historia, la religión, el arte. Ni qué hablar de la *ciencia en general*, un campo del cual todavía hoy hay quienes excluyen al psicoanálisis, repitiendo una y otra vez un malentendido fundante: porque –como solía decir aproximadamente Oscar Masotta– no se trataría tanto de preguntar si el psicoanálisis es una ciencia, sino de preguntar *qué es* una ciencia después del psicoanálisis. Después de todo, el descubrimiento –y aún la “invención”– del Inconsciente debería haber producido una alteración radical del vínculo sujeto/objeto “clásico”, con el cual, salvo extemporáneas excepciones, siguen trabajando las ciencias “normales”, incluidas muchas veces las sociales/humanas.

Es todo muy extraño, si se mira bien. Freud, gran coleccionista de antigüedades, no se cansó de insistir en que lo que él hacía era una especie de *arqueología* (entre los pensadores del siglo XX solo Foucault, que no era precisamente un freudiano “ortodoxo”, parece haber retenido esta palabra, mientras que Lévi-Strauss, más cercano al psicoanálisis, habla de *geología*): es decir, una exploración en las capas más profundas de la temporalidad histórica y genealógica de las culturas y los sujetos de esas culturas. Y esa arqueología era para él –lo indica nítidamente nuestro epígrafe– una forma del *arte*. ¿Debemos entender como mero azar que el único galardón que

\* Doctor en ciencias sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA), institución en la que es profesor titular de sociología y antropología del arte, y de teoría política.

1. Citado en: F. Ansermet (1990, p. 6). *Las psicosis en el texto*. Buenos Aires: Manantial.

Freud recibió en vida haya sido el Premio Goethe de *Literatura*?<sup>2</sup>

Lacan, por su parte, usó célebremente la metáfora del lenguaje para indicar la lógica *estructurante* del Inconsciente: ¿y puede pensarse un producto más social, cultural e históricamente elaborado que el lenguaje, y más en particular, la *lengua*? Por otra parte, Freud no sintió timidez alguna en ocuparse de los problemas más hondos de los orígenes de la cultura, de la religión, del arte y la literatura, etcétera: allí están de *Totem y tabú* a *El porvenir de una ilusión*, de *El malestar en la cultura* a *Moisés y el monoteísmo*, y allí están los textos sobre Shakespeare o Dostoievski, sobre Leonardo o Miguel Ángel. Y allí está la famosa conferencia de 1905 en la que Freud compara la técnica psicoanalítica, no con la *pintura* (que agrega formas y colores a una tela en blanco) sino con la *escultura* (que le retira a la piedra lo que “sobra” para que quede una forma). Y allí está, finalmente, la demostración última: cuando el fundador del psicoanálisis tuvo que elegir un *nombre* para bautizar el así llamado “complejo” que le dio (no siempre buena) fama mundial, eligió el de un mito y una obra de teatro.

En suma: no importa lo que se piense a favor o en contra de la pertinencia de un vínculo psicoanálisis/ciencias sociales y humanas, Freud y todos sus seguidores más importantes *siempre* dieron por sentada la intervención “psicoanalítica” en los problemas de la cultura. Por supuesto, muchas veces lo hicieron –y muchos psicoanalistas lo siguen haciendo– de manera reduccionista, o, como se dice a veces, abusivamente “aplicada”. Pero esos apresuramientos, por sí mismos, no deciden sobre aquella potencial pertinencia: otro tanto han hecho sociólogos, antropólogos o historiadores, estudiosos de las religiones, economistas o politólogos, teóricos de la literatura o críticos de arte, sin que nadie les reproche con la misma virulencia la transgresión de sus “corralitos” disciplinarios.

En rigor, no se trata, en esos abusos, de una *mala* “aplicación” del psicoanálisis, sino de algo que *no es* psicoanálisis. Para que se nos entienda bien: el psicoanálisis *no es* “aplicable” a esos otros terrenos, precisamente porque *no es exterior* a ellos. La hipótesis del Inconsciente puede o no utilizarse en diversos campos del saber sobre lo humano (de la misma manera que *El capital* de Marx puede o no utilizarse en economía, o que *Las estructuras elementales del parentesco* de Lévi-Strauss puede o no utilizarse en antropología, y así<sup>3</sup>), pero –puesto que, no nos cansaremos de insistir, el Inconsciente nada tiene que ver con la “psicología” de los individuos– no es una hipótesis *ajena* al campo de la cultura: al contrario, para un “buen” freudiano, es la que permite pensar la *fundación* –o, si se quiere, la fundamentación– misma de la cultura. Por supuesto, no es obligatorio ser (buen ni mal) “freudiano”. Pero sí sería conveniente no enredarse en falsos dilemas ni en dicotomías forzadas: aunque desde hace ya un par de siglos se haya impuesto una burocrática división del trabajo intelectual que demarca con obsesiva rigidez los territorios de las “disciplinas” (y deberíamos empezar por escuchar las palabras que usamos: en términos personales, el que escribe esto es partidario de un pensamiento estricta y rigurosamente *in-disciplinado*) se impone no confundir las cuestiones teóricas con las ¿cómo llamarlas? “gremiales”.

En lo que sigue, pues, descontaremos como una verdad adquirida (es asimismo una elección, y alguien podría tacharla de *creencia*: tanto da) que la teoría –y, claro, la práctica, lo cual implica toda otra serie de problemas sobre los que intentaremos volver– psicoanalítica, *pertenece constitutivamente*, más allá de las especificidades de su “objeto” y sus métodos, al pensamiento crítico de la Modernidad. Más aún, como lo hemos propuesto en alguna otra parte, es una de las formas más radicalmente “*autocríticas*” del pensamiento moderno. Así

2. En alguna parte Borges, creyendo ironizar sobre el psicoanálisis, le hace el gran homenaje de calificarlo como una *ciencia-ficción*.

3. Desde luego, ese “puede o no puede” no indica una indiferencia, sino una *elección* (teórica, ideológica, política).

lo entendieron muchísimos de los mayores pensadores críticos del siglo XX (de Adorno a Althusser, de Benjamin a Sartre o Merleau-Ponty, de Bloch a Jameson, de Horkheimer a Žižek, de Marcuse a Lévi-Strauss, Ricoeur, Foucault, Barthes o Badiou), quienes, no importando sus “ambivalencias” para con el pensamiento de Freud, no dejaron de colocarlo junto a Marx (y ocasionalmente a Nietzsche) como esos grandes “maestros de la sospecha” (Ricoeur) o “fundadores de discurso” (Foucault) después de los cuales, sencillamente, la realidad humana *en general* ya no puede ser pensada del mismo modo. No tiene demasiado sentido, entonces, seguir preguntándose por la cuestión del psicoanálisis y las ciencias sociales (o humanas): sería como preguntarse por la relación entre el dedo índice y los otros cuatro para hablar de la mano.

## 2

El psicoanálisis, decíamos, es una forma de pensamiento *crítico*. Es decir: de pensamiento de la *crisis*. Su acta de nacimiento y su *emergencia* (en el pleno sentido del término) como dispositivo teórico-práctico y discursivo es fechable entre fines del siglo XIX y principios del XX. Coincide, por lo tanto, con el origen aproximado de lo que podríamos denominar *segunda modernidad*, o “*modernidad tardía*” o, en el campo específico del arte y la literatura, *modernismo*. El surgimiento del psicoanálisis, queremos decir, es coetáneo del de las nuevas vanguardias estético-literarias (del simbolismo al surrealismo, del post-impresionismo al da-

daísmo, del cubismo al abstraccionismo, del futurismo al constructivismo, de Proust, Kafka, Joyce, Faulkner, Beckett). También de las nuevas “técnicas de reproducción” –como las denominara Walter Benjamin– y su demoledor impacto sobre las maneras de considerar, de mirar, el arte y la cultura, empezando por ese nuevo “lenguaje”, insólito, inédito y que dejó a todos estupefacto: el *cine*<sup>4</sup>. Este nuevo *alto modernismo* estético-literario, como se lo ha denominado, supuso como decíamos una crisis terminal, sin retorno, de las maneras de *hacer* y de *pensar* el arte y la literatura: de la demolición de la perspectiva renacentista al estallido del realismo representacional, de la técnica dadaísta del *collage* a la fragmentación de la subjetividad en la “corriente de conciencia” proustiana o joyceana, nada quedó igual.

Ahora bien, esta crisis se inscribe –con su propia especificidad y relativa autonomía, pero se inscribe insoslayablemente– en el marco de una crisis mayor, mucho más abarcadora: el colapso progresivo de las formas dominantes del pensamiento *moderno-clásico*, por así decir. Muy esquemáticamente: todo el optimismo evolucionista y “progresista” que había pasado del iluminismo racionalista del siglo XVIII al positivismo “científico” del siglo XIX se derrumba dramáticamente. El mundo que atraviesa el *fin de siècle* hacia la primera mitad del siglo XX no permite más alimentar ingenuas esperanzas en el progreso de la humanidad, en la paz universal, en un desarrollo científico-técnico que garantice una vida cada vez más rica, más comfortable, más pacífica, más desconflictuada. No: este “nuevo mundo” es el de los grandes colapsos económicos, el de la lucha

---

4. No nos privaremos aquí de señalar una vez más una contingencia seguramente azarosa pero igualmente “propiciatoria”: el año 1895, en que los hermanos Lumière (¡y qué “nombre del padre” para los inventores de la pantalla luminosa!) realizaron la primera proyección cinematográfica, es asimismo el año de publicación por Freud del “Proyecto (¿proyección?) de una psicología para neurólogos”, que muchos sindicaron como el texto fundador de lo que se llamaría “psicoanálisis”. Freud –que era un hombre de gustos artísticos más bien clásicos–, habiendo muerto en 1939 (cuando el cine era ya una forma de arte plenamente consolidada, con grandes autores sobre su espalda) aparentemente nunca pisó una sala de cine. Y sin embargo –aunque no tendremos tiempo de desarrollarlo ahora– el célebre capítulo VII sobre la elaboración onírica, en *La interpretación de los sueños*, puede leerse como un notable tratado de... montaje cinematográfico. Cada una de las figuras lógico-retóricas que Freud describe para el “trabajo del sueño” (condensación, desplazamiento, inversión en lo contrario, dialéctica representación de cosa/representación de palabra, etcétera) podrían traducirse a recursos del lenguaje técnico fílmico (“*raccord*”, montaje paralelo, “*flash back*”, fundidos, etcétera).



de clases, el de los genocidios coloniales en África y Asia, el de esa I Guerra Mundial en la cual, por primera vez en la historia, los más “progresistas” avances de la técnica se aplicaron sistemáticamente al exterminio calculado de millones de personas (y, como sabemos, ya no se detuvieron: esa primera Gran Guerra que iba –jirones moribundos del optimismo en retirada– a ser “la guerra que termine con todas las guerras”, fue en realidad tan solo un preámbulo para algo mucho peor). Es, en la estela de esa Gran Guerra, la proliferación de los fascismos de variada estirpe. Y es también el de esa otra “catástrofe” que nadie había previsto: la gran Revolución Rusa. Es decir: más allá de lo que pueda pensarse sobre su historia posterior, fue, para las clases dominantes cuya prosperidad sostenía “materialmente” el optimismo y el progresismo decimonónico, como el despertar a una pesadilla (“La Historia es esa pesadilla de la que no podemos despertar”, escribía por aquel entonces James Joyce) en la cual los subsuelos sumergidos de las “clases peligrosas” habían salido a la superficie como un volcán en erupción, produciendo una *fractura* profunda (y tendremos que volver sobre esta imagen de la “fractura”) en lo que hasta entonces había aparecido como la armonía eterna bajo el comando del Capital.

Es en ese clima –“apocalíptico”, puede llamárselo– que el psicoanálisis cae como un rayo formando parte de la misma tormenta, para infligirle a la humanidad su famosa tercera herida narcisista: el Yo (*moi*, en la distinción lacaniana) no está en el centro del sujeto, así como la Tierra no estaba en el centro del universo, ni el Hombre en el centro de la creación, o siquiera de la Naturaleza. Más cercanamente: la Modernidad ya no gira alrededor del sujeto transparente, autosuficiente y consciente de sí mismo representado (un poco reductivamente, es verdad) por el *cogito* cartesiano. No, el sujeto está tan quebrado, tan partido, tan *fracturado* como la Modernidad misma. Sobre esto mismo

existieron enérgicas, profundas voces de advertencia a todo lo largo del autocomplaciente siglo XIX: Marx, Kierkegaard o Nietzsche habían señalado las *otras* “fracturas” que anidaban en las mismas raíces del optimismo “positivo”: fracturas en la sociedad, en la subjetividad ético-religiosa, en la “genealogía de la moral”. Fueron tan solo los pioneros de una sospecha cada vez más estrepitosamente proclamada: la “Razón”, ese unitario, armonioso y sabihondo *logos* que creíamos tener bajo control, o bien se disolvía en una conflagración, o bien al menos se presentaba como un campo de batalla en el que nada estaba decidido de antemano. “El sueño de la razón engendra monstruos”, había arriesgado, antes de todos ellos, el gran Goya (afirmación inquietantemente ambigua, al menos en castellano: ¿es cuando la razón *duerme* que se despiertan los monstruos, o ellos son vástagos de las *ensoñaciones* de la razón?). En todo caso, en las huellas de la lucha de clases de Marx o de la oposición *apolíneo/dionisiaco* de Nietzsche, las nuevas filosofías y las teorías de la cultura hundieron el escalpelo en el derrumbe de la confianza en el *logos*. Simmel hablaba de la *tragedia de la cultura* (algo más que un simple “malestar”<sup>5</sup>), Max Weber del conflicto entre *racionalidad formal* y *racionalidad sustancial* (Adorno y Horkheimer, un par de décadas después, incorporando a Marx, Freud y Nietzsche, traducirán eso como *racionalidad instrumental* y *racionalidad material*), el joven Lukács verá la cultura moderna como el intento necesariamente fracasado de recuperar una “totalidad orgánica” perdida para siempre, Walter Benjamin leerá los nuevos impulsos revolucionarios en clave mesiánico-apocalíptica, Heidegger empezará a amonestar a la “esencia de la técnica” como responsable de un “olvido del Ser”, y hasta la pacífica Historia del Arte se verá convulsionada por los análisis inéditos de un Aby Warburg que bucea detrás del armonioso y racional equilibrio renacentista para encontrar toda clase de *monstruos* al acecho.

5. No estamos minimizando la célebre expresión de Freud. Lo que estamos diciendo es que el título de ese texto, *El malestar en la cultura*, tal vez mereciera traducirse como *La cultura como malestar*.

Repitámoslo: el psicoanálisis nace de ese vientre tumultuoso, desgarrado. De allí su radical valor de *síntoma*: la humanidad está, literalmente, *quebrada*. Inmersa en un conflicto irresoluble, sin salida. Conviene retener una palabra que, a propósito de Simmel, compareció más arriba: *tragedia*. En efecto, si algo puede definir la sustancia última de *lo trágico*, es eso: un conflicto que no tiene solución posible, como lo había ilustrado insuperablemente Sófocles en su *Antígona* respecto de la contradicción entre la Ley de la sangre y la Ley de la *polis*. ¿Y será, de nuevo, pura casualidad que los tres grandes “maestros de la sospecha” – Marx, Nietzsche y Freud– tengan permanentemente como horizonte de referencia precisamente a la *tragedia*, esa que se repite como farsa, que amenaza con su caos dionisiaco a la elegancia apolínea, que pone en escena al parricidio y el incesto como condición “cultural” de la subjetividad? Eso es la “nueva cultura”, y eso es también el nuevo *sujeto dividido* que introduce el psicoanálisis, como marca de la época que, ahora lo sabemos, si bien no podía haber sido “descubierto” en ninguna *otra* época, se proyecta al humano *ser-ahí* como tal: el que, para decirlo con el primer Sartre, introduce la *negatividad* en el mundo.

No se trata entonces, simplemente de la relación del psicoanálisis con las ciencias sociales/humanas. Se trata de que el psicoanálisis vino a dar cuenta de una dramática *mutación* en lo que podríamos llamar la *imago* de lo humano-social. Las ciencias sociales/humanas ya no podían permanecer indemnes (aunque Dios sabe que lo intentaron, y a veces lo siguen haciendo): entre los extremos del rechazo virulento o la aceptación acrítica (aunque siempre incómoda) del psicoanálisis, los infinitos matices posibles tuvieron que acusar el impacto.

### 3

En las marchas y contramarchas posteriores de ese proceso, especialmente dos “disciplinas” aparecieron como las más aptas para intentar

un conflictivo –casi decimos “neurótico”– vínculo con el psicoanálisis: el marxismo y la antropología (que a su vez puede o no ser marxista). Tomémoslas por separado.

Los equívocos de la articulación marxismo/psicoanálisis (del *freudo-marxismo* de Wilhelm Reich o Erich Fromm a la lucha de clases interpretada en el código Eros/Tánatos de Marcuse) son ya legendarios, y hasta motivo de ironía burlona. Sin que nos sumemos al coro de sarcasmos sobre esos intentos a veces heroicos, hay que decir que su error central provino de un excesivo apresuramiento en asimilar *contenidos* radicalmente heterogéneos: hubo que forzar hasta el límite la verosimilitud teórica para “demostrar” una homologación entre la energía revolucionaria y las pulsiones sexuales, y cosas por el (riposo) estilo. La algo posterior Escuela de Frankfurt (Benjamin, Adorno y Horkheimer en particular) intentaron esa colaboración de manera más productiva, recuperando con profundidad crítica el momento de *desgarramiento* subjetivo-cultural, aunque no exenta de sus propias ocasionales “aplicaciones”. Tuvo que llegar el diálogo –explícito o implícito– Althusser/Lacan para empezar a sospechar que la articulación, si era posible, debía pensarse por el lado de la *lógica operacional* que ambos cursos teóricos ponían en juego.

Esquemáticamente:

- a) son los dos únicos discursos de la modernidad cuya “verdad” teórica es absolutamente indisoluble de su *práctica*: para recordar la ecuación althusseriana, la *práctica teórica* se duplica en una *teoría de la práctica*;
- b) esa *práctica-teoría* es, en ambos casos, “colectiva”. Eso es más que obvio en el caso del marxismo, pero debería serlo también para el psicoanálisis, si no fuera por los ya aludidos prejuicios “individualistas”: la clínica es un (al menos) *entre-dos* que ya “hacen masa”;
- c) ambos remiten, como decíamos, a una *fractura constitutiva* de lo real: lucha de clases en la sociedad, división del sujeto; y tanto el *sujeto colectivo* marxiano como

- el *sujeto fallado* (como quien habla de “la falla de San Andrés”) freudiano son por supuesto un desmentido al autocontenido, prístino y ahistórico sujeto “cartesiano”;
- d) ambos, por lo tanto, sin que puedan ser reducidas a una *identidad*, son análogos en lo que nos permitimos llamar su *modo de producción* (no exactamente de un “saber”, sino más bien) de sus “efectos de verdad”, nuevamente inseparables de su *acción* sobre la realidad: para ambos, la *transformación* de la realidad es condición de su *interpretación* (cualquier psicoanalista podría suscribir esa célebre Tesis XI sobre Feuerbach de Marx);
- e) en ambos, la *lógica* de la interpretación procede del mismo modo: mediante lo que Althusser ha denominado la *lectura sintomática* –como se recordará, Lacan no se privó de una *boutade* a propósito de la invención, por Marx, de la teoría psicoanalítica del síntoma–: bastaría, para comprobar esto, una lectura paralela del famoso análisis marxiano del *fetichismo de la mercancía* y el artículo de Freud sobre *El fetichismo* (1927/1972a). Allí se vería la extraordinaria analogía de ambos razonamientos, concluyendo en que tanto la sociedad capitalista como el equilibrio psíquico del sujeto dependen de un “autoengaño” que sostiene, en el imaginario, a la “realidad” simbólica;
- f) ambas convergen, desde sus propias e inconmensurables perspectivas, en el examen de lo que el lenguaje hegeliano-marxista invocaría como *alienación* (o “enajenación”, o “cosificación”, según el caso): en Marx el trabajo humano, y en Freud el “proceso primario” del Inconsciente –y Freud, recordemos, no dejaba de hablar del *trabajo* del sueño, por ejemplo– no es *reconocido* en sus productos, de modo que estos (como en el caso de la mercancía-fetiché) se presentan a la conciencia como si dijéramos desde *afuera*, con frecuencia de manera amenazante, “fantasmática”, “sinistra”, etcétera; y dicho sea de paso, este tema es asimismo un punto de cruce no solo entre el psicoanálisis y el marxismo –específicamente el así llamado *marxismo occidental*, de Lukács en adelante, incluyendo de nuevo a la Escuela de Frankfurt–, sino también de ambos con el “existencialismo”, particularmente el de Sartre, con su indagación en la no menos fantasmática experiencia de la “náusea” en tanto, justamente, *extrañamiento* del sujeto ante la realidad, ante una *facticidad* absurda, incomprensible y amenazante (pasible de ser relacionada, a su vez, con ciertos aspectos de la literatura de Kafka)<sup>6</sup>.
- g) por consiguiente de todo lo anterior, el lugar *específico* (no único, pero sí el más calificado) de la eficacia del psicoanálisis para el marxismo es el de una *teoría crítica de la ideología*, desprendida de las ingenuidades del “marxismo vulgar” (por ejemplo: ¿qué puede querer decir el concepto de *falsa conciencia* después de Freud?). En este terreno, bueno es reconocerlo, se ha avanzado mucho en las últimas décadas, como puede verse, entre otros, en los trabajos al respecto de

6. Obviamente, no se nos escapa que Sartre levantó serias “resistencias” –valga la expresión– al psicoanálisis freudiano, hasta el punto de proponer su propio *psicoanálisis existencial* (nombre que no deja de ser un homenaje desplazado), que dio lugar en su momento a una no despreciable escuela, especialmente en la corriente *anti-psiquiátrica* de Laing, Cooper, Basaglia *et al.* Por otra parte, no hay que olvidar el “amoroso” guión cinematográfico que dedicó a las investigaciones del “joven” Freud (y que el gran director John Huston recortó y deformó desconsideradamente, haciendo que Sartre retirara su nombre de los créditos), y más importante, el uso sistemático de al menos ciertas categorías psicoanalíticas en sus grandes biografías filosófico-literarias (el *Baudelaire*, el *Rimbaud*, el *Mallarmé*, y sobre todo las monumentales obras sobre Genet y Flaubert), para no mencionar su propia y magistral autobiografía, *Las palabras*. Por otra parte, ya en el famoso capítulo sobre la “mala fe” en *El ser y la nada*, puede verse cómo ese concepto se acerca por un lado al *inconsciente* freudiano, y por otro al *mecanismo ideológico* en el sentido de Marx.

autores como Slavoj Žižek o Fredric Jameson (quien ha tenido la audacia teórica de hablar de un *inconsciente político* de la cultura).

En cuanto a la antropología, sus relaciones ambivalentes con el psicoanálisis son bien tempranas (y el primer paso, desde ya, lo dio Freud, al menos desde *Tótem y tabú* de 1913). Nuevamente, los claroscuros de ese interés mutuo adquieren todos los tonos posibles: desde las críticas del denominado “relativismo cultural” o del funcionalismo de Malinowski –centradas sobre todo en la postulación freudiana de una universalidad del Edipo, cuando en realidad se trataría en ese “complejo” de la configuración familiar moderno-burguesa, o más estrechamente aún, del patriarcalismo victoriano-vienés, etcétera– hasta las interesantes pero mayormente desencaminadas “aplicaciones” de Geza Roheim a las sociedades “arcaicas” de las hipótesis psicoanalíticas sobre las neurosis o el análisis de los sueños. Pero el verdadero, decisivo, punto de inflexión lo dará Lévi-Strauss y su antropología “estructuralista”, ya desde fines de la década del 40, que para decirlo vulgarmente “patea el tablero” y desplaza radicalmente los términos de la discusión: el *tabú del incesto* nada tiene que ver con la particularidad de la familia occidental moderno-burguesa, pues en él no está en juego tan solo el estrecho “triángulo” familiar sino la lógica mucho más vasta y abarcadora de las *estructuras de parentesco*. En ese sentido, por supuesto que el “Edipo” (entendido antropológicamente como determinado por la prohibición del incesto en sentido extenso: vale decir, el impedimento cultural de acceder sexualmente a *ciertos* sujetos para poder acceder a *otros*) es claramente universal, y no podría ser de otra manera: en primer lugar, la prohibición es el pretexto *negativo* para una prescripción *positiva*, la de la *exogamia*, que permite la circulación de los *partenaires* sexuales fuera del círculo consanguíneo inmediato (que desde ya se define de muy diversos modos según las sociedades), permitiendo la “reproducción ampliada” tanto

de las existencias biológicas como de los sistemas de alianzas externas; en esta línea, el “Edipo” puede ser visto como un complejo *sistema de clasificación* que organiza y legisla tácticamente aquel “intercambio”. En segundo lugar, aunque más “fundacionalmente”, el “Edipo”, mediante la cláusula negativa de la prohibición, opera la diferenciación *entre* y el pasaje *de* la Naturaleza a la Cultura, y en tanto tal, *genera* a la propia sociedad humana. Desde el punto de vista de la (antropo) *lógica* que aquí se despliega, pues, carece de sentido el debate universalidad/particularidad: esa lógica no puede sino ser *universal*, aunque se exprese de muy diferentes maneras en las sociedades particulares, y es una lógica estrictamente *inconsciente*. Conclusión: *Tótem y tabú*, a su manera, tiene completa razón, aunque por supuesto en Lévi-Strauss no encontramos (más que aludido muy tangencialmente, y sin peso alguno en el núcleo de la teoría) el inconsciente *pulsional* de Freud, sino uno estrictamente “cognitivo” (más “kantiano” que freudiano, como en su momento lo señaló Paul Ricoeur).

Por otra parte, la idea lacaniana del “inconsciente estructurado como un lenguaje” se hace sentir –casi nunca explicitada, es cierto– en toda la obra lévi-straussiana, y muy especialmente en sus análisis de la lógica de los mitos. Como es archisabido, tanto en Lacan como en Lévi-Strauss cumple un rol decisivo la lingüística de Saussure, y muy especialmente la variante “fonológica” de Jakobson y Trubetsky. Las reglas del lenguaje son tan inconscientes como las del parentesco, y actúan más allá de la voluntad de los sujetos parlantes. El discurso mítico (y por extensión el ideológico), diríamos que también el “estructurado como un lenguaje”, es hasta cierto punto *autónomo* de los sujetos que lo reproducen: “Los mitos se piensan entre ellos *a través* de los sujetos”, dijo célebramente Lévi-Strauss para escándalo de muchos “conciencialistas”, e incluso *producen* a sus propios sujetos. En este sentido, los mitos no son “mentiras”: muy al contrario, sintomatizan una profunda *verdad* de la cultura, a saber la necesidad del “espíritu” humano de crear

universos imaginario-simbólicos que les permitan un intercambio no terrorífico con lo *real*. El mito es una *formación del inconsciente* (siempre en la acepción lévi-straussiana de esa palabra) que afecta para bien o para mal, junto con los rituales con los que se articula, y tanto como las estructuras del parentesco, a la organización y el funcionamiento mismo de las sociedades.

Después de Lévi-Strauss, el psicoanálisis siguió surtiendo efectos en otras corrientes de la antropología, muy notoriamente por ejemplo en ese antropólogo extraordinariamente original y creativo que es Michael Taussig – donde Freud y Lacan revistan como fuentes teóricas junto a Benjamin, Bataille, etcétera–, así como en ese también originalísimo historiador y antropólogo del arte “post-warburgiano”, Georges Didi-Huberman, cuya lectura para-psicoanalítica de Warburg ha devuelto a este maestro al lugar *inquietante* que le corresponde en los estudios estéticos. La interfase psicoanálisis-antropología-lingüística ha dado lugar asimismo a ricas indagaciones en la teoría y la crítica poético-literaria, especialmente en Francia (Barthes, Genette, Kristeva, Sollers, Macherey, etcétera).

Pero donde esta influencia se ha vuelto más cuestionable es en los *cultural studies* anglosajones, y en esa “nueva onda” de las últimas dos o tres décadas que dio en denominarse *teoría postcolonial* (con su “santísima trinidad” conformada por los nombres de Edward Saïd, Homi Bhabha y Gayatri Spivak). Si bien esta última ha producido obras no exentas en absoluto de interés en su posicionamiento de denuncia de las huellas del colonialismo en la cultura, y lo ha hecho con una altísima sofisticación teórica, en nuestra opinión su recurso al psicoanálisis –casi exclusivamente en su vertiente lacaniana– está excesivamente permeado por la filosofía post-estructuralista de autores iniciados *en* pero alejados luego *del* psicoanálisis (Foucault, Derrida, secundariamente Deleuze y Guattari): el resultado, aunque pueda ser apreciable en otros terrenos, es que ese “eclecticismo” redundante en una concepción del sujeto subordinada a las ideas de

“dispersión”, “diseminación”, “rizoma”, “multiplicidad” y así siguiendo. Es decir: se termina perdiendo el núcleo duro psicoanalítico del sujeto como *dividido* (“fracturado” o “fallado”, lo llamábamos más arriba), y de esa manera “dispersando” también el *conflicto fundante* que en su momento alineaba al psicoanálisis con las corrientes de pensamiento hondamente *críticas* de las que venimos hablando. El ya citado Slavoj Žižek ha hecho, para nuestro gusto, la crítica más rigurosa de esta perspectiva, señalando cómo esa multiplicación *ad nauseam* de las diferentes “subjetividades” –por ejemplo en la celebración de los “multiculturalismos”–, si bien en un sentido expresa realidades innegables y políticamente atendibles, en otro corre el riesgo de perder de vista, tanto teórica como políticamente, aquellas *fracturas* básicas –la lucha de clases, la división del sujeto– sobre las cuales montar una transformación verdaderamente *radical* de la realidad.

#### 4

Nos internamos en aguas más oscuras, y aún tormentosas. Hay dos “zonas” del saber humanístico donde la referencia –o mejor: la sorda *invocación*– al psicoanálisis, cuando la hay, se reviste de una confusa *problematicidad*. La primera de ellas es lo que ha dado en denominarse *teología política*. Vale decir, en los términos más genéricos posibles, la reflexión sobre los contenidos “inconscientemente” políticos de la teología, o los teológicos de la filosofía política. El autor que consagró esa denominación en el primer tercio del siglo XX (o sea, como parte del pensamiento de la *crisis* que describíamos: y de hecho, la teología política del siglo XX es coetánea de la llamada *teología de la crisis* de Karl Barth o Von Balthasar entre otros) fue, como es sabido, el gran jurista y teórico de lo político, Carl Schmitt. Es decir: la teología política *moderna* (puesto que no es un invento del siglo XX) tiene una impronta originaria decididamente de derecha (Schmitt, como también es notorio, fue un pensador filo-nazi, aun-

que luego haya tenido “problemas” con el régimen al igual que Heidegger). Sin embargo, en las últimas décadas se ha venido desarrollando una teología política “de izquierdas”, bajo el parcial influjo de pensadores marxistas muy heterodoxos interesados por las cuestiones teológicas, como Walter Benjamin o Ernst Bloch (ambos por cierto contemporáneos de Carl Schmitt, y que supieron mantener un diálogo ríspido pero respetuoso con el jurista alemán). Incluso autores marxistas “heréticos” de la actualidad como los nombrados Žižek y Badiou (en la escuela italiana podríamos recordar a Giorgio Agamben, Massimo Cacciari, Gianni Vattimo y Roberto Esposito) han incursionado en este terreno, interesándose bien significativamente por la figura *fundadora* de Pablo de Tarso, verdadero “inventor” del cristianismo en un sentido originario de radical *ruptura* con la Ley vigente. No es este el lugar –ni tendríamos la suficiente competencia– para abundar sobre los pros y los contras de esta compleja y ciertamente fascinante corriente de pensamiento. Baste decir por ahora que, tratándose en estos últimos casos de autores del último tercio del siglo XX, mal podían haberse sustraído al influjo del psicoanálisis. Una vez más, se trata más de Lacan que de Freud, por la sencilla razón de que Freud –pese al significado objetivamente “revolucionario” de su novedosa teoría– aún estaba parcialmente imbuido de una fuerte antirreligiosidad “cientificista” (lo cual obviamente no le impidió ocuparse intensamente del tema religioso), mientras que Lacan, sin que se lo pueda calificar inequívocamente de “creyente”, bucea con mayor desprejuicio en los “*efectos de verdad*” de la religión y la teología, a su juicio eficaces incluso para entender la problemática del nudo Real-Imaginario-Simbólico (recuérdese su famoso y enigmático enunciado: “Dios...es Inconsciente”, así como sus reflexiones en torno a la pérdida de simbolicidad producida por la tecnociencia moderna –uno de los puntos de encuentro de Lacan con Heidegger– y el consiguiente y sorprendente regreso de lo religioso en el siglo XX, como retorno a alguna forma de trascendencia).

Y ya que antes discutimos la relación psicoanálisis/marxismo, y acabamos de mencionar que muchos de los nuevos “teólogos políticos” se reconocen al menos cercanos a ciertos aspectos del marxismo, conviene asimismo recordar que Marx insistía en que la crítica de la política debía empezar por la crítica de la religión (algo que Freud sin duda podía haber suscripto), y que con frecuencia utilizó en sus textos metáforas de origen “teológico” (al hablar, por ejemplo, del *fetichismo* de la mercancía, o al calificar al capitalismo como *religión de la mercancía*). Todo esto crea una –igualmente fascinante– ambigüedad: aunque sin duda Marx y Freud son figuras sustantivamente “ateas” que quisieron llevar a cabo una demoleadora impugnación de esa “*ilusión sin porvenir*” (palabras de Freud), no es menos cierto que su profundo interés en la cuestión permite sindicarlos como una suerte de “padres terribles” de al menos *cierto* pensamiento teológico-político. Ahora bien: el casi excluyente centramiento de la nueva teología política en la posición *aparentemente* menos “sospechosa” ante la religión de Lacan (si bien recostándose en algunos casos en la traducción a lenguaje apocalíptico-revolucionario del “mesianismo” benjaminiano) da a veces la impresión de correr el riesgo de en buena medida *anular* el criticismo antirreligioso freudiano, quitando otra vez de la vista el aspecto ricamente *conflictivo* del problema. Como decíamos, no tenemos aquí espacio para desarrollar adecuadamente esta difícil cuestión, y de todos modos es algo que está en pleno despliegue hoy mismo. Veremos adónde conduce.

La otra “zona” a la que nos referíamos al comienzo de este párrafo es aún más difícil –casi nos atreveríamos a decir: más “angustiante”– de abordar. En cierto modo se vincula a otra de las “novedades” del pensamiento y la teoría política y social, la llamada *biopolítica*, o a veces *biopoder* –el nombre de bautismo, hasta donde sepamos, es autoría de Foucault, y ha sido retomado sobre todo por los ya citados Agamben y Esposito, y a su manera por Toni Negri–, es decir la reflexión crí-

tica a propósito de un Poder ejercido directamente sobre la administración, e incluso la *conformación*, de los cuerpos y del *bios*, la Vida como tal. Esto está por supuesto lejos de constituir una gran novedad para el psicoanálisis, al menos en lo que atañe a la sexualidad en sentido lato, y más aún, a la relación con la cultura en el marco del “combate” entre las pulsiones *eróticas* y las *tanáticas* en ese otro gran “mito científico” freudiano que se llama *El malestar en la cultura*.

Ahora bien: esta cuestión remite a algo anterior, y es el canónico *pesimismo* freudiano (y obviamente también lacaniano) respecto de las posibilidades de una transformación profunda de la “naturaleza humana” (si es que tal cosa existe: y en cierto sentido, para el psicoanálisis sí existe). En la perspectiva de Freud no parece haber muchas alternativas para la Cultura: o bien ésta no tiene más remedio que reprimir las pulsiones “tanáticas” más destructivas, que a la larga conducirían a la autoaniquilación de la humanidad, o bien darles libre curso y apostar –con muy mínimas posibilidades de éxito– a que sepan detenerse antes del apocalipsis final (recordemos otro célebre enunciado de Freud: “la satisfacción plena del deseo es siniestra”). Por supuesto, esto no tiene por qué conducir a una posición ideológicamente *represiva* –el propio Freud estaba lejos de ser un socialista revolucionario o un ácrata “libertario”, pero más aún lo estaba de cualquier conservadorismo reaccionario–, y muchos de los autores que hemos citado (muy notoriamente Herbert Marcuse, así como entre nosotros León Rozitchner, aun-

que desde una perspectiva muy diferente) han hecho ingentes esfuerzos por diferenciar las formas constitutivamente “necesarias” de represión de las que corresponden a las sociedades históricamente concretas y al ejercicio del poder sobre los sectores oprimidos.

La discusión, sin embargo, sigue abierta, y por vías más o menos indirectas se vincula a la provocación (no solamente) post-moderna a propósito de “la muerte del Hombre”, y la difuminación de las fronteras entre lo “social” y lo “natural”. Ya a mediados de la década del 60, y en el curso de su célebre debate con Sartre al final de *El pensamiento salvaje*, Lévi-Strauss propuso su escandalosa hipótesis respecto de que el fin último de las ciencias humanas debía ser el de volver a disolver a la humanidad en la química de las circunvalaciones cerebrales<sup>7</sup>. Esta era, en primer lugar, una seguramente discutible afirmación epistemológica orientada a ablandar la brecha entre las humanidades y las ciencias mal llamadas “duras”<sup>8</sup>. Pero también era una advertencia de orden, si se quiere, filosófico-antropológico: finalmente, la humana es *una* de las especies vivientes, que no debería aspirar a una dominante superioridad (más allá de las derivaciones “ecologistas”, hay aquí una notable convergencia con postulaciones similares de Heidegger y de la Escuela de Frankfurt referidas al tema de un típicamente moderno *antropocentrismo* omnipotente que está en la base de los impulsos de dominación): después de todo –es un mínimo llamado a la “modestia”–, el Universo se las arregló durante millones de años sin el Hombre, y no se ve por

---

7. Contra lo que puede aparecer a primera vista, esta idea *no es* contradictoria con la hipótesis de la prohibición del incesto como “umbral” *diferenciador* entre Naturaleza y Cultura. En *Las estructuras elementales del parentesco*, Lévi-Strauss ya había aclarado que se trataba justamente de un *umbral* –o, si se quiere, de la “bisagra” de una puerta–: es decir, algo que al mismo tiempo *separa* y *articula* dos espacios. Para mayor claridad, dice allí que la prohibición del incesto señala lo que *ya hay* de cultura en la naturaleza y lo que *todavía hay* de naturaleza en la cultura. En el último capítulo de *El pensamiento salvaje*, pues, el autor no hace más que volver sobre esta cuestión, poniendo ahora el acento sobre la posible “reversibilidad” de la cultura a la naturaleza.

8. No podemos evitar aquí recordar una ingeniosa humorada de Emilio de Ipola, cuando decía que no solo hay ciencias “duras” y “blandas”, sino también ciencias “al dente”. Él se refería, si lo entendimos bien, a disciplinas como la lingüística, que posiblemente es la más “matemáticamente” formalizada de las ciencias sociales/humanas. Pero la broma tiene otro paradójico alcance: el hecho es que las ciencias exactas y naturales (las “duras”) han venido progresivamente *ablandándose* desde cosas como la teoría de la relatividad, el principio de indeterminación o la física cuántica, mientras que las ciencias sociales tradicionales (la sociología muy nitidamente) se conservan en una bastante rígida estolidez.

qué no podría proseguir su curso sin él. Y no se puede dejar de escuchar acá la resonancia de ciertas ideas freudianas sobre la pulsión de un retorno al “sentimiento oceánico” anterior al nacimiento y la diferenciación sexual. Como sea, fue *después* de esta bomba de tiempo lanzada por Lévi-Strauss que emergieron las ideas sobre “la muerte del Hombre” (y por lo tanto sobre la efímera contingencia de las ciencias sociales/humanas) en autores como Foucault y otros. Y en los últimos cuatro o cinco años, siempre en el campo de la antropología, han aparecido al menos dos obras de gran importancia –*El fin de la excepción humana* de Jean-Marie Schaeffer y *Más allá de naturaleza y cultura* de Philippe Descola– que, sin perder su espíritu lévi-straussiano, acusan los influjos del hondo pesimismo freudiano.

Sería fácil, demasiado fácil, despachar alegremente estas admoniciones, sobre todo desde un (¿forzoso?) optimismo progresista, marxista o en general “de izquierdas” que confiara ciegamente en la transformabilidad para mejor de las sociedades y de la humanidad como tal. Una cosa es –como creemos que debe hacerse– acantonarse en esa “apuesta pascaliana” que no renuncia a la lucha contra la explotación, la injusticia, la destrucción de lo humano en el altar sacrificial de la renta del Capital, etcétera. Otra muy distinta es esconder la cabeza como el avestruz ante los muy serios problemas que –nos acoplemos o no a ellos– plantea el (in)famoso “pesimismo” psicoanalítico. A fin de cuentas, el panorama histórico del último siglo –dos guerras mundiales, gobiernos totalitarios con apoyo de masas, genocidios sin precedentes, masacre de los pueblos coloniales, Hiroshima y Nagasaki (y hoy mismo Palestina, Irak, Afganistán, la mitad de África), degradación y colapso de los “socialismos reales” que habían despertado enormes esperanzas en “otro mundo” para miles de millones de personas, y en general abyección de todo lo humano bajo el imperio de las mercancías y las finanzas–, por más que podamos encontrar toda clase de explicaciones económicas y políticas

para esos procesos, no da mucho aliento a un optimismo irresponsable que desestimara plácidamente el pesimismo psicoanalítico, aunque insistiremos en que eso no puede ser una excusa para la resignación (pesimismo de la inteligencia/optimismo de la voluntad, para repetir un hipersocorrido *dictum* del muy marxista Antonio Gramsci). Convendría siempre procurar reunir el suficiente coraje intelectual, dentro del espíritu de lo trágico que aludíamos antes, como para mirar de frente a esa Gorgona.

## 5

Más arriba sosteníamos que el psicoanálisis, lejos de ser pasible de una forzada relación *con* las ciencias sociales/humanas, pertenecía por derecho propio a su mismo terreno. Sin desmentirnos de esa convicción, no obstante, y después de todo lo que hemos dicho, es el momento de corregir, o al menos matizar seriamente, tal afirmación. Digámoslo así: el psicoanálisis se coloca ante las (tradicionalmente denominadas) ciencias sociales como un *Otro...* de lo Mismo. Es como un *clivaje interno* –una *banda de Moebius*, si se prefiere– de las ciencias sociales y las humanidades, que las confronta con un *límite interno* (casi nos atreveríamos a abusar de la jerga diciendo: les señala su punto de “castración”) que ellas no parecen estar preparadas (¿todavía?) para atravesar. La hipótesis del Inconsciente, y todos los abismos insondables que a partir de ella se abren para el análisis de la “subjetividad” –colectiva o individual que sea– es, pese a los intentos a veces extraordinarios que venimos señalando, una “roca dura” para una “cientificidad” que resiste su propia puesta en cuestión –que resiste, si se quiere decirlo con Lacan, que el mero *saber* no es una garantía para acceder a la *verdad*, en tanto esta es el producto de una *praxis* y no de la pura abstracción teórica–, si bien con sus fortalezas tradicionales cada vez más debilitadas y corroídas. Demás está decir que



las “neurociencias” y similares no son una alternativa plausible, no importa cuál sea su eficacia en su territorio particular: la “disolución en la química de las circunvalaciones cerebrales” es una metáfora poética para *otra cosa*, como hemos visto; tomársela en serio como salida a los problemas humanos es un despropósito irrisorio.

¿Podrán las ciencias sociales estar a la altura de su propia crisis –porque *están* en crisis, no es cosa de ocultarlo: la sociología, la antropología, no digamos ya la economía o la ciencia política, literalmente *no saben para dónde correr*, independientemente del estimable trabajo de algunos de sus cultores?– ¿Podrá el psicoanálisis, ese Otro de lo Mismo, ser un “correctivo” para sus *insufi/ciencias*? ¿Podrá serlo el marxismo, que a su propio modo comparte con el psicoanálisis esa *diferencia irreductible* entre Saber y Verdad? Puede ser, pero todo depende, como hubiera dicho Sartre, no de lo que el mundo ha hecho con nosotros, sino de lo que nosotros seamos capaces de hacer con eso que nos ha hecho –incluyendo, en esa “capacidad”, la de hacer algo *más y mejor* con cosas como el psicoanálisis y el marxismo–. Y sobre todo, depende de lo que sea capaz de hacer el propio *mundo*, la propia *sociedad* cuya “ciencia” nos empeñamos en hacer. Porque –citando ahora a nuestro recordado León Rozitchner– cuando la sociedad no sabe qué hacer, la ciencia no sabe qué pensar. En eso estamos.

## Referencias

Althusser, L. (1983). *Freud y Lacan*. México: Siglo XXI.  
 Badiou, A. (2009). *Saint Paul: La fondation de l'universalisme*. Paris: PUF.  
 Benjamin, W. (1971). *Escritos escogidos*. Buenos Aires: Sur.  
 Bloch, E. (2008). *El principio esperanza* (Vol. 1). Madrid: Trotta.

Descola, P. (2012). *Más allá de naturaleza y cultura*. Barcelona: Gedisa.  
 Didi-Huberman, G. (2008). *Image survivante*. Paris: Minuit.  
 Foucault, M. (1975). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.  
 Freud, S. (1972a). El feticismo. En *Obras completas* (Vol. 8, pp. 2993-2966). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1927)  
 Freud, S. (1972b). El malestar en la cultura. En *Obras completas* (Vol. 8, pp. 3017-3066). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1930)  
 Freud, S. (1972c). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas* (Vol. 7, pp. 2563-2610). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1921)  
 Freud, S. (1972d). Tótem y tabú. En *Obras completas* (Vol. 5, pp. 1745-1850). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1913)  
 Heidegger, M. (2007). *La pregunta por la técnica*. Barcelona: Folio.  
 Horkheimer, M., & Adorno, T. (1969). *Dialéctica de la ilustración*. Buenos Aires: Sur.  
 Jameson, F. (1989). *Documentos de cultura, documentos de barbarie*. Madrid: Visor.  
 Lacan, J. (1971). *Escritos I*. México: Siglo XXI.  
 Lacan, J. (1986). *Le séminaire, livre VII: L'éthique de la psychanalyse*. Paris: Seuil.  
 Lévi-Strauss, C. (1970). *Antropología estructural*. Buenos Aires: Eudeba.  
 Lévi-Strauss, C. (1971). *El pensamiento salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica.  
 Lévi-Strauss, C. (1972). *Las estructuras elementales del parentesco*. Buenos Aires: Paidós.  
 Lukács, G. (1970). *El alma y las formas: Teoría de la novela*. Madrid: Grijalbo.  
 Marcuse, H. (1969). *Eros y civilización*. México: J. Mortiz.  
 Marx, K. (1983). *El capital*. México: Siglo XXI.  
 Nietzsche, F. (1982). *El nacimiento de la tragedia*. Madrid: Alianza.  
 Ricoeur, P. (1970). *Freud: Una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI.  
 Roheim, G. (1968). *Psicoanálisis y antropología*. Buenos Aires: Sudamericana.  
 Rozitchner, L. (1984). *Freud y los límites del individualismo burgués*. México: Siglo XXI.  
 Sartre, J.-P. (1964). *El ser y la nada*. Buenos Aires: Losada.  
 Schaeffer, J.-M. (2007). *La fin de l'exception humaine*. Paris: Gallimard.  
 Taussig, M. (1980). *The devil and commodity fetishism in South America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.  
 Weber, M. (1966). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.  
 Žižek, S. (1989). *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo XXI.

## El diseño del Yo



Después de terminar el breve texto que ustedes ahora van a leer, me di cuenta de que la invitación para hablar sobre diseño en una revista de psicoanálisis había provocado en mí un resultado curioso. Lo que van a encontrar a continuación no es una reflexión lineal, con comienzo, desarrollo y final, sino una suma de pequeños insights y divagaciones. Algo entre prosa fragmentaria y aforismo. Veo, y quise resaltar eso aquí, que el psicoanálisis y esta invitación me pusieron en un lugar muy particular: el diván.

Y es desde allí que hablo.

*“Un hombre se propone la tarea de diseñar el mundo.  
A lo largo de los años, puebla un espacio con imágenes  
de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de barcos,  
de islas, de peces, de casas, de instrumentos, de astros, de  
caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese  
paciente laberinto de líneas traza la imagen de su propio rostro.”*  
Jorge Luis Borges

¿Cómo presentar, sintéticamente, a otro público, la visión de quién vive, practica y piensa el diseño? ¿Cómo hacerlo de forma que puedan resultar de utilidad los puentes que cada uno de ustedes podría tender entre estas dos disciplinas, unidas por su dimensión humanística y, tal vez, más próximas de lo que una primera mirada podría indicar?

Al comenzar a entregarme a esta reflexión, recuerdo un evento del que participé, en la ceremonia de apertura de un congreso internacional de diseño, el presidente de la institución anfitriona comenzó así su presentación: “Los diseñadores son personas que, teniendo dificultades para expresarse con palabras, decidieron dibujar”. Resulta evidente la ironía y el artificio de los que se sirvió el expositor para, reduciendo la expectativa inicial, desplegar seguidamente un interesante discurso sobre nuestra profesión y la responsabilidad que nos compete asumir como agentes transformadores en y de la sociedad.

---

\* Diseñador gráfico.

*“Poder pintar como Rafael me llevó cuatro años,  
poder pintar como un niño me llevó toda la vida.”*

Pablo Picasso

**D**ibujar, recordemos, es nuestro primer impulso de expresión y la manifestación embrionaria de una interioridad. Cada uno de nosotros, cuando niño, supo dibujar antes que escribir, es decir, antes de ser educado en el lenguaje oficial de la comunicación, que es el que uso ahora. La mayoría de nosotros, luego de ese tiempo abandona el dibujo y, junto con él, una dimensión mágica, rica en sentidos y significados que sólo el dibujo como lenguaje puede ofrecer.

Esos primeros garabatos, aún como pura pulsión, pero ya con la potencia de la “obra”, nacen como juego lúdico y exploratorio de un Yo que se manifiesta y transforma el mundo. Una hoja en blanco en principio, pequeño campo de acción ya cargado de significados y desafíos, que se irá expandiendo a todo el universo a explorar a lo largo de la vida. Cada encuentro con una nueva “hoja en blanco”, que irá resultando cada vez más grande, resitúa la cuestión de este Yo que actúa en el mundo y, a partir de cuya acción, dibuja y se dibuja simultáneamente, testeando y descubriendo límites, sabores, colores, poderes, significados, sentidos, diferencias, emociones, tensiones, contrastes y pasiones.



En ese pasaje del dibujo al diseño tiene lugar una evolución de complejidad y territorio. El dibujo, que era un fin en sí mismo, pasa a ser una herramienta, surgiendo así una nueva finalidad: la voluntad de pensar y transformar el mundo a través de la acción intelectual y práctica sobre la materia; ejercicio de imaginación y construcción de un nuevo mundo que acoja y se amolde a los sueños, deseos y necesidades de un hombre siempre diferente y nuevo, como el río de Heráclito.

*“El arte está hecho para perturbar. La ciencia tranquiliza.”*

Georges Braque

**E**l diseño fue, desde siempre, una disciplina integradora y de frontera. En la frontera entre técnica y arte, con el desafío y la misión de democratizar el acceso a lo bello, no solamente en sentido estético sino también en sentido ético. Incorporando lo bello al mundo de la reproducción industrial y mecánica, el diseño lleva en sí la vocación de búsqueda de armonía. No sólo la armonía de la forma, sino también la armonía de contenido, integrando arte y ciencia, ética y estética, razón y emoción, eficiencia y poesía, ergonomía y seducción, el Yo y el Otro.

*“Lo que intento traducir es más misterioso, se enreda en las raíces mismas del ser, en la fuente impalpable de las sensaciones.”*

Cézanne

Frente al desafío de dibujar lo que todavía no existe, movido por una intencionalidad y por su capacidad para imaginar, el diseñador inicia este embate con la materia, en un diálogo con la página en blanco. Se genera así para él una alternancia entre los lugares de actor y espectador. En cada gesto, al dejarse llevar por lo casualmente instrumentado, en una especie de presencia ausente, el sujeto actúa, a la vez que observa, para materializar, a lo largo de esta danza y de este diálogo con el papel, un resultado y un objeto. Objeto que él dibuja y que se dibuja al mismo tiempo, revelándose y sorprendiendo incluso a su propio autor.

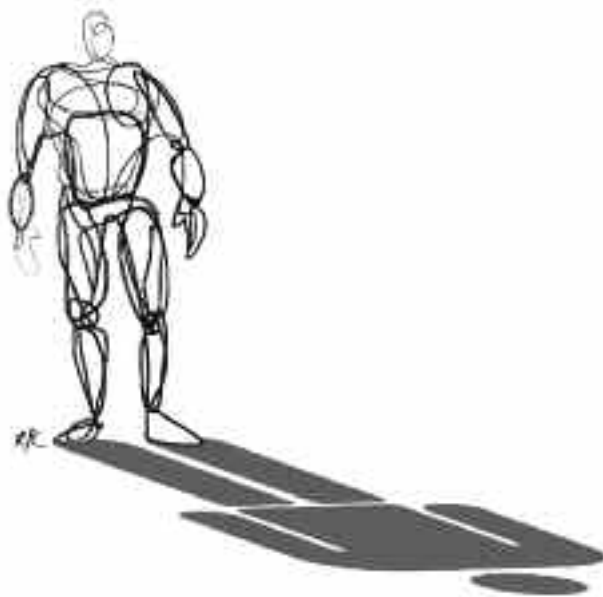
Es en la forma del objeto que se revela el contenido del sujeto.

La estética es el lado visible del espíritu.

De este modo, si estamos formados como para saber leer todo aquello que se inscribe en la materia por parte de un sujeto que sueña y desea, quién sabe si no podríamos leer también allí lo que está escrito en su inconsciente y se manifiesta como gesto creativo, como obra y como marca.

*“Para aquellos que saben cómo leerla, lo que yo pinté es mi autobiografía.”*

Picasso



## Diseño y mercado: ¿dónde comienza un diseño?

*“Nada es bello sino tan sólo el ser humano: en esa pequeña entidad ingenua habita toda la estética, esa es la primera verdad sobre la estética. Pero agreguemos inmediatamente a ella una segunda: nada es feo, salvo el ser humano en su degeneración. El territorio del juicio estético queda delimitado de este modo.”*

Friedrich Nietzsche

**A**vancemos ahora hacia una dimensión práctica: el ejercicio del Diseño Gráfico –mi mundo– y su relación con el mercado.

Comunicar es la esencia de todo diseño. La ropa que usamos habla. Los objetos que elegimos y que ambientan nuestra casa hablan. La arquitectura de nuestra ciudad habla.



Un área en especial del diseño, el diseño gráfico, se dedica esencialmente a comunicar y es, hoy en día, parte importante y anónima de la vida de la ciudad.

En el envase de agua, en el diario, en los libros, en la señalización del metro, en la pantalla de la computadora, en el menú del restaurante, en la etiqueta de la ropa, en el prospecto de un medicamento, en el afiche de teatro, en la marca de las empresas, en la identidad de todo servicio y producto, está presente el diseño gráfico. Una práctica que existe para diferenciar, organizar, jerarquizar, indicar, informar, señalar, facilitar, simplificar, estructurar, armonizar, economizar, identificar, embellecer. En fin... existe para producir una serie grande y sutil a la vez, de milimétricas y significativas diferencias.

En un contexto de profusión de mensajes, como sucede en la ciudad, la identificación y la claridad de toda la información que nos llega mediada por los símbolos –vocabulario privilegiado del hombre urbano– deben ser cuidadosamente planeadas y diseñadas para servir al ciudadano.

Vivimos hoy de acuerdo a una dinámica en la organización social que se estructuró en torno a las corporaciones –entidades productivas basadas en la lógica de la especialización por competencias. La gran mayoría de las personas está vinculada a una empresa y es allí donde se va a edificar su vida profesional. La realidad y la dinámica de la vida en la ciudad terminan por hacer que sea en ese mismo ambiente en el que tengan lugar las grandes experiencias afectivas del individuo. Es allí donde va a diseñar, pero también donde va a llevar adelante su proyecto de vida, hacer amigos, aprender a lidiar con el otro, enamorarse, casarse, sufrir, celebrar y soñar.

Estas corporaciones son identificadas y reconocidas por nosotros a través de sus marcas. Y justamente, nos referimos a ellas muchas veces como “marcas”. Es curioso notar que su injerencia en el mundo y su identidad se asocian con el concepto de marca, es decir, con aquello que el hombre deja como señal cuando actúa en el mundo. La evidencia de una presencia y de una esencia.

Esa presencia y esa esencia son resultado de un complejo y delicado equilibrio de valores. Valores prácticos, como la calidad técnica de un producto, por ejemplo, y valores humanos, como la razón de ser, la filosofía y la visión del mundo que los orientan.

Esa complejidad hace surgir un nuevo tipo de especialización en el universo del diseño gráfico –el diseño estratégico– como nueva área de conocimiento, bautizada “branding”. Técnicamente, es la forma de entender, construir y gestionar el valor de marca.

Es en este contexto que el psicoanálisis surgió como inspiración y herramienta en mi forma particular de ver y enfocar algunas de las grandes cuestiones involucradas en este tema amplio y fascinante.

*“En una criatura sensible, lo que no está hecho con afecto no produce nada bueno ni nada malo en su naturaleza.”*  
Shaftesbury, *Characteristics of men*

•Cómo sucedió eso?  
¿

Después de muchos años recibiendo y escuchando a los clientes que se acercaban a mí con demandas estéticas, empecé a cuestionar mi quehacer:

“Como hijos de la sociedad de consumo que somos, puede ser que nos hayamos apartado de las nobles motivaciones por las cuales un hombre siente que debe “hablar” a través de su obra. ¿Qué marcas estamos dejando? ¿Qué buscan nuestros clientes cuando buscan un diseñador? ¿Seremos escenógrafos de identidades? ¿Decoradores de exteriores? ¿Peluqueros de clientes? ¿Maquilladores?”

Noté entonces que esas demandas estéticas debían de ser entendidas como un síntoma, como la voluntad de hablar mejor de sí. Una oportunidad para la reflexión.



*“Si el artista tiene una misión, creo que es la de mejorar la calidad de lo desconocido.”*

Waltercio Caldas

El siguiente paso, el más difícil, fue constatar y hacer ver que ese desafío no se refería tan sólo a la forma y al “cómo decir”, sino más bien, y ante todo, que era un desafío en relación al contenido, al “qué decir”.

En la dinámica de mercado, presionadas por la competitividad globalizada y moldeadas por las directrices mercantilistas rasas, las corporaciones terminaron por apartarse de las cuestiones humanas esenciales, buscando solucionar en la forma y en la estética, la cuestión de la identidad y de la diferencia que tanto necesitan para sobrevivir. Sin embargo, la identidad y la diferencia no se pueden construir como escenografía (aunque muchas veces terminan siendo solamente eso...) y con estéticas encomendadas.



*“Si la imagen no es buena es porque no llegamos lo bastante cerca al objetivo.”*

Robert Capa

La mayoría de las veces, estas corporaciones, pequeñas o grandes, se construyen en torno a objetivos comerciales básicos. Indagadas sobre su razón de ser, casi siempre señalan como “proyecto de vida”, la misión o el propósito del valor de “crecer y multiplicarse”.

Percibimos, entonces, que en verdad estas organizaciones actúan de esta forma por un instinto de sobrevivencia básico, como lo podría hacer cualquier otro organismo vivo, sin pensar ni cuestionarse. Una ameba tiene ese mismo “proyecto de vida”. Todo quiere seguir existiendo.

De este modo, para que un organismo sea un organismo diferenciado y humano, con una identidad basada en una singularidad, es necesario cambiar el actuar por instinto al actuar por convicción. Identificar las convicciones y transformarlas en una propuesta de valor es el comienzo del diseño de una identidad, de una marca y de una ética.

De esta forma, antes que ofrecer respuestas –matriz de nuestra formación inspirada por el concepto del diseño como un “problema solving”– creemos que deberíamos comenzar por (re) plantear nuevas preguntas. Preguntas más complejas y que intentan promover un contexto de reflexión que llamamos informalmente “psicoanálisis corporativo”.

Una reflexión identitaria en la que el foco es hacer a la marca hablar de sí misma, siguiendo la dinámica de entrevistas individuales con personas-clave de la institución y apuntando a responder las preguntas fundamentales que hacen al individuo:

¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo? ¿Hacia dónde voy?

Con ello, entendemos que si una empresa busca hoy en día una identidad, la misma debería ser la expresión de una visión del mundo, de valores y de sueños, como obra colectiva, producto de individuos que también deben conocer e identificarse con esos valores para realizar allí mismo y en grupo, sus sueños, su potencialidad y su razón de ser.

Sólo así podremos restablecer el contacto de la estética con la ética, recuperando la dimensión simbólica y mágica del mundo. Volviendo a hechizar con sentidos y significados el mundo de los objetos, armonizando forma con contenido y resignificando el producir mercaderías con la producción de una obra, un legado, una forma de dejar una marca en el mundo.

*“Ética y Estética son una misma y única cosa.”*

Wittgenstein

Y entonces, ¿dónde comienza un diseño? Considero actualmente que el diseño comienza en el mismo sujeto. Un sujeto en permanente mutación, que busca a lo largo de su trayectoria de encuentros una forma de hablar de sí, de compartir su visión del mundo con su semejante, para que de este modo él mismo, en el encuentro con el otro, con el diferente, pueda perfeccionar el diseño de su yo.

*“Lo más importante y hermoso del mundo es eso:  
las personas no están siempre igual, aún no están terminadas,  
siempre están cambiando. Afinan y desafinan...”*

Guimarães Rosa



## El legado del sueño en la ciencia, las artes y las letras

Cuando en 1914 Sigmund Freud analiza, en la segunda parte de su ensayo “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico” (Freud, 1912-1914/2012a), el posible interés que el psicoanálisis podría despertar en otras ciencias, ajenas al campo de la psicología, proyecta en la historia del conocimiento una dimensión que sólo se va a tornar plenamente visible y fecunda a partir del año 1960.

La perspectiva interdisciplinaria inaugurada en la segunda mitad del siglo XX, mucho más que generar pequeños efectos pasibles de ser verificados en una u otra forma de conocimiento, va a posibilitar una nueva organización en el campo del saber. El gran desarrollo alcanzado por la lingüística, desde Ferdinand de Saussure hasta Roman Jakobson, alentó en las ciencias humanas en general el sueño de la creación de una gran ciencia general de los signos, en la cual se incluirían, además de la lingüística, la antropología, la literatura e incluso el psicoanálisis.

En este contexto, la teoría marxista va a ejercer un papel muy importante. Revitalizado por el descubrimiento de textos inéditos de Marx y por las nuevas interpretaciones de su pensamiento, el marxismo también contribuyó de forma fundamental a este nuevo desciframiento del hombre y del mundo, desencade-

nado por la irrupción de esta solidaridad inédita entre las ciencias.

Según Roland Barthes, lo que está en cuestión en ese momento no es tan sólo una confrontación entre disciplinas, ni siquiera rupturas drásticas, sino un *deslizamiento epistemológico*, que permite hacer surgir un objeto nuevo y un lenguaje igualmente nuevo, “que no está, ni uno ni otro, en el campo de las ciencias que se intentaba tranquilamente confrontar”<sup>1</sup> (Barthes, 1988, p. 71).

Para quedarnos apenas en el terreno francés, es difícil ubicar en la Francia de finales de 1950, y hasta los últimos años de la década del 70, un pensador o una ciencia que haya permanecido inmune a los nuevos desafíos propuestos por la lingüística, el psicoanálisis, la antropología o el marxismo. Por citar apenas algunas, las obras de Claude Lévi-Strauss, Michel Foucault, Roland Barthes y Jacques Lacan (el famoso cuarteto “estructuralista”), en diferentes medidas y desde sus respectivos dominios, remiten y dialogan directamente con todas estas ciencias, aproximándose o distanciándose de ellas en grado mayor o menor, pero siempre tomándolas como referencia ineludible.

Por más distantes que puedan parecer los métodos y los objetos que las constituyen, todas ellas confluyen en un mismo punto, es

---

\* Departamento de Antropología de la Pontificia Universidad Católica de San Pablo (PUC/SP) y Programa de Posgrado en Ciencias Sociales de PUC/SP.

1. Por tratarse de un teórico de la literatura, para Barthes este objeto nuevo es el texto, que viene a sustituir al antiguo concepto de obra. Pero, de modo general, la perspectiva interdisciplinaria de los años 60 siempre está a la búsqueda de un nuevo objeto epistemológico que advenga en sustitución de las fórmulas consideradas obsoletas.



decir, las leyes que rigen el funcionamiento del capitalismo, del lenguaje, de los mitos o del psiquismo humano tienen como característica común el hecho de que no se dan a ver fácilmente en la superficie de la sociedad humana. Por el contrario, para llegar hasta ellas es necesario un riguroso trabajo de excavación realizado por medio de métodos específicos, que permitan adentrarse en estructuras inconscientes. Estas ciencias, y no solamente el psicoanálisis, como bien afirma François Dosse, “privilegian el inconsciente, de espaldas al sentido manifiesto, lo reprimido, lo inaccesible de la historia occidental” (Dosse, 1993, p. 13), y pretenden ofrecer una alternativa a algunas de las falsas promesas de las ciencias iluminadas.

Ni siquiera el arte o la literatura escaparon al contagio de ese movimiento. Por el contrario, registraron en su singularidad el cambio operado en las formas de comprender al hombre, buscando también, a partir de allí, nuevos modos de expresión.

De todos modos, si bien es cierto que en su artículo de 1914 Freud no podía prever los desarrollos ulteriores de las ciencias que evoca, ni detectar, a su vez, su carácter –más que intertransdisciplinario, no por ello deja de ser posible que intentemos verificar, en los límites de éste, la contribución singular que el psicoanálisis hace a las ciencias, las artes y las letras contemporáneas. Para llegar a ello será necesario que realicemos un gran retroceso en el tiempo.

### **Un método para conducir bien la razón**

Estamos en el siglo XVII. Siglo del hombre barroco, cuya inquietud fue tantas veces descrita. Hasta ese momento toda forma de saber se organizaba a partir del arte de crear semejanzas, correspondencias y analogías. Artes y ciencias se reflejan mutuamente, como en un juego de espejos, prisioneras de las reglas de la *mimesis* griega o de la *imitatio* latina.

Es la semejanza, nos enseña Foucault, lo que determina la forma de organización de los saberes, el juego de símbolos, la exégesis

de los textos y la posibilidad de penetrar en las cosas visibles e invisibles (Foucault, 1981, p.33). Los hombres y el saber de inicios del siglo XVII, aunque presintieran la existencia de la Alteridad o ya hubieran sido confrontados con ella en algún momento, continúan enredados en el orden de lo Igual, y son incapaces de pensarla. De allí su inquietud y sus metáforas, igualmente inquietantes: el mundo está al revés, es apenas un teatro y la vida, un sueño.

Surge entonces René Descartes que, en 1637, se dispone a sustituir lo ilusorio por lo real, a denunciar los artificios de las semejanzas, a instaurar el orden de la diferencia y a pasar todo y cualquier conocimiento por el tamiz de la razón. Barroco como todos los de su tiempo, reproduce en sus escritos las mismas metáforas desalentadoras utilizadas por sus contemporáneos: se sabe “un hombre que camina solo por la oscuridad” y que para encontrar su ruta es mejor seguir por los caminos conocidos que “intentar ir en línea recta, escalando por encima de las rocas y bajando hasta el fondo de los precipicios” (Descartes, 1989, pp. 41 y 43).

En su *Discurso del método para conducir bien la propia razón y buscar la verdad en las ciencias*, René Descartes reniega, entre otras cosas, de la filosofía de los antiguos, las matemáticas, las letras, las ciencias ocultas, las experiencias ilusorias de los sentidos y de los sueños. Y retira al hombre del cosmos: el universo como un todo no se reflejará más en el rostro humano del microcosmos, sino que se tornará simple objeto de pensamiento.

La radicalidad del pensamiento cartesiano crea condiciones para la invención del sujeto moderno; reinaugura el racionalismo, abre camino para el iluminismo y hacia el advenimiento de las nuevas ciencias. Con todo, y para quedarnos tan sólo con lo que dice al respecto, al conferir al sueño el estatuto de ilusión, le retira por siglos la posibilidad de ser pensado como forma de conocimiento. El sueño sólo vuelve a ser objeto de la ciencia cuando, en 1900, Freud (1993) publica *La interpretación de los sueños*.

La revelación del inconsciente infringe una dura herida narcisista al método concebido por Descartes para buscar la verdad en la ciencia: a partir de allí se descubre que, muy por el contrario de lo que él postuló, no somos conducidos tan sólo por la razón, sino por una caja negra que encubre nuestros deseos y el significado de nuestras experiencias más íntimas. Para tener acceso a ella fue también necesaria la creación de un método, tan difícil y riguroso como el *cogito* cartesiano. A diferencia de éste, sin embargo, el método psicoanalítico no tiene como condición previa el uso del filtro de la razón, el “pensar dirigido”, sino el permitirse someter al antes considerado falso e ilusorio territorio de los sueños.

Frente a ello se impone una pregunta: durante los tres siglos que separan a Descartes de Freud, ¿a quién le correspondió el legado de esta herencia onírica?, ¿a quién le fue confiada la tarea de ser el guardián de los sueños? No será difícil de constatar que esta herencia jamás desapareció.

Les correspondió a los artistas y a los poetas –creadores de una corriente subterránea que corre lado a lado con el llamado desencantamiento del mundo– resguardar, renovar y conferir al sueño un lugar privilegiado, aunque aún no se haya transformado en objeto de conocimiento científico (Béguin, 1991, p. 3).

En la Francia del siglo XVIII esta vertiente alude directamente a Jean-Jacques Rousseau, cuya obra va a fomentar el romanticismo en Inglaterra y en Alemania, y a desencadenar la práctica de las *rêveries*. En el siglo XIX, la celebración de los estados alterados de conciencia estará representada por Charles Baudelaire, Stéphane Mallarmé, Arthur Rimbaud y Gérard de Nerval, entre otros. Es necesario incluso destacar, en este momento, el papel desempeñado por la literatura fantástica, que va a establecer un enlace sutil e interesantísimo con el psicoanálisis y sus fantasmas.

## **De la literatura fantástica al surrealismo**

En lo que respecta a la literatura fantástica, lo que interesa aquí no es tan sólo asociarla a

lo *unheimlich*, esa extrañeza íntima que Freud identifica en los cuentos de Hoffman, sino destacar el papel singular que este género narrativo desempeña en el período prepsicoanalítico inmediato. En efecto, al tratar sobre demonios, vampiros y fantasmas, el género fantástico preanuncia y anticipa la revelación de fenómenos inconscientes. Es evidencia de ello, según la concepción de Tzvetan Todorov, que el advenimiento del psicoanálisis haya sustituido y tornado “inútil” a este tipo de literatura. Para él:

No se tiene necesidad hoy de recurrir al diablo para hablar de un deseo sexual excesivo, ni a los vampiros para designar la atracción ejercida por los cadáveres: el psicoanálisis y la literatura que, directa o indirectamente, se inspira en ella, tratan de todo ello en términos no disfrazados. Los temas de la literatura fantástica se volvieron, literalmente, los mismos que los de las investigaciones psicológicas de los últimos cincuenta años (Todorov, 1975, p. 169).<sup>2</sup>

Esta afirmación se torna fácilmente refutable, no sólo en la medida en que este tipo de literatura continúa existiendo, sino también porque resulta impensable la sustitución sugerida por Todorov: aunque puedan intrincarse y alimentarse mutuamente, literatura y ciencia psicoanalítica no poseen la misma naturaleza. Cada una de ellas constituye, a su manera, una experiencia diferenciada del hombre y del mundo y, por eso mismo, son difícilmente intercambiables. Esta perspectiva se puede demostrar cuando se examinan las relaciones fecundas y, al mismo tiempo, perturbadoras entre surrealismo y freudismo.

Al historizar la entrada del psicoanálisis en la escena francesa, Élisabeth Roudinesco se refiere a una polémica que tal vez divida hasta el día de hoy a psicoanalistas, médicos y escritores. Por un lado, los escritores y poetas –sobre todo los surrealistas– reivindican el haber des-

cubierto a Freud con anterioridad al medio médico. Por el otro, son los médicos los que afirman tener la primacía sobre el saber psicoanalítico (Roudinesco, 1988, p. 17).

André Breton, fundador del movimiento surrealista, entra en contacto con las ideas de Freud durante la guerra, cuando en su condición de médico atiende a pacientes psiquiátricos. Louis Aragon y Théodore Fraenkel también ejercen la medicina en la primera gran guerra. Sin embargo, lo que les interesa es el reconocimiento de la primacía sobre las ideas de Freud por la “vía literaria” y no por la “vía médica”. Algunas fechas parecen favorecerlos. Veamos: en 1924, Louis Aragon (1924/2006) publica *Une vague de rêves*, que precede en algunos meses al *Manifiesto surrealista* de André Breton (1924/2001). Uno y otro defienden la prevalencia del sueño sobre la vigilia. Reuniéndose hasta tarde en los cafés parisenses, los surrealistas se entregan a una somnolencia ininterrumpida, en la cual no faltan los transes hipnóticos y las iniciaciones con médiums. Cuenta Aragon:

Una epidemia de sueño se abatió sobre los surrealistas. Son siete u ocho que viven tan solamente para esos instantes de olvido en los que, con las luces apagadas, hablan sin conciencia, como ahogados al aire libre... (Aragon, 2006).

Ya el *Manifiesto* de Breton define al hombre como un “soñador definitivo”, una especie de *homo oniricus* que accede al inconsciente, entre otras cosas, por medio de la escritura automática. El movimiento es así definido por Breton, como en una entrada de diccionario:

**Surrealismo**, *s.m.* Automatismo psíquico puro por el cual se expresa, sea verbalmente, por escrito o de otra manera, el funcionamiento real del pensamiento. Dictado del pensamiento en ausencia de cualquier con-

2. Sobre el tema, ver Noemi Moritz Kon (2003).

trol ejercido por la razón, por fuera del ámbito de cualquier preocupación estética o moral (Breton, 2001).

Mientras tanto, la llamada “vía médica” recién va a disponer de la traducción francesa de la *Interpretación de los sueños* (Freud, 1993) a partir de 1925. En el año siguiente es fundada la Sociedad Psicoanalítica de París, dos años después del surgimiento del *Manifiesto*.

Depositarios del legado onírico de los siglos anteriores, guardianes de los sueños, los surrealistas saben que tienen en sus manos la misma materia trabajada por Freud y, por eso mismo, reivindicando el haber comprendido, de inmediato, los propósitos del método psicoanalítico. Más que eso, se lanzan en una campaña férrea en defensa del análisis lego y publican en la revista *Révolution Surréaliste* un fragmento del artículo de Freud sobre el tema: *Die Frage des Laienanalyse* –“La cuestión del análisis lego”– (Roudinesco, 1988, p. 19).

Parece irrefutable que la actividad surrealista tiene puntos en común con la práctica analítica, aunque propósitos muy diferentes, por no decir opuestos. Es igualmente cierto que el psicoanálisis ha acrecentado la legitimidad de las creencias de los surrealistas, posibilitándoles comprender mejor lo que ellos mismos buscaban. Esa búsqueda de legitimidad y reconocimiento, sin embargo, se revela desastrosa cuando el grupo surrealista intenta establecer un diálogo con el creador del psicoanálisis.

En 1932, André Breton (1985) publica *Les vases communicants*, donde expone la teoría surrealista del sueño, confrontándola con la de otros autores, tales como Freud. Al recibir su ejemplar en Viena, Freud le escribe a Breton defendiéndose de la acusación de haber omitido en su bibliografía a un importante predecesor de la interpretación simbólica de los sueños. Se continúa una áspera correspondencia marcada, sobre todo, por la distancia que Freud

intenta mantener con el arte surrealista. En una de sus cartas advierte:

Aunque reciba de su parte y de sus amigos tantos testimonios del interés que demuestran por mis investigaciones, me siento incapaz de entender con claridad qué es lo que pretende el surrealismo. Tal vez sea yo mismo el incapaz de comprenderlo; yo, que estoy tan lejos del arte (Breton, 1985, p. 176).<sup>3</sup>

En lo que respecta al arte pictórico, la reacción de Freud no fue muy diferente. Cuando Salvador Dalí se contacta con él, en su exilio londinense en 1939, para que opine sobre algunas obras que, según él, representan el inconsciente, declara: “no es el inconsciente lo que yo veo en sus pinturas, sino lo consciente” (Bradley, 1999, p. 32).

Dalí y Max Ernst son los surrealistas que más exploran los motivos freudianos y el imaginario sexual. Ernst rinde homenaje a Edipo en uno de sus *collages*. Dalí desarrolla un método que llamará crítico-paranoico, pintando una serie de telas en las que tematiza el sueño, la masturbación y la culpa.

Quizás Freud tenía razón en guardar sus distancias con el surrealismo. Concernidos por propósitos estéticos, en los que la provocación y el escándalo son presencias obligatorias, el grupo surrealista celebra la histeria como el mayor acontecimiento estético del siglo XX. Parricidas que realizan de manera concreta la fantasía edípica, criminales de todo tipo que desafían el orden establecido, empleados domésticos que asesinan a sus patrones y resuelven a su manera la lucha de clases, así como personas con todo tipo de desorden psíquico, son elevados a la condición de dioses en el panteón surrealista. La existencia de estos seres apenas da cuenta de la falencia psíquica y moral de la especie humana.

En un número de la revista *La Révolution Surréaliste*, ilustrado con fotografías de una paciente de Charcot en actitudes francamente

3. Traducción libre de la autora.

históricas (que los surrealistas prefieren denominar actitudes pasionales), declaran: “La histeria no es en modo alguno un síntoma patológico, sino que puede, de todas maneras, ser considerada una forma suprema de expresión” (Fer, 1998, p. 212). Caso igualmente digno de nota es el de las hermanas Papin, gemelas criadas en un orfanato que, en un rapto de locura, matan a sus patronas, les arrancan los ojos y los descuartizan en un festín diabólico. Para los surrealistas sus actos, más que criminales, podrían ser considerados, ante todo, poéticos.

El crimen de las hermanas Papin, que aterra a la sociedad francesa, no es exaltado tan sólo por los surrealistas. El dramaturgo Jean Genet les dedica una pieza teatral, *Las criadas*, y Jacques Lacan también escribe sobre ellas en la revista surrealista *Minotaure*.

Si el psicoanálisis ejerce una influencia en el arte y la literatura, lo inverso también es válido. Jacques Lacan frecuenta al grupo surrealista durante los años 30. Le interesa, sobre todo, la nueva lectura de Freud que hacen los surrealistas, libres de la visión estrictamente terapéutica del psicoanálisis, tan presente en la clase médica francesa (Roudinesco, 1994, p. 32).

Las excéntricas teorías de Salvador Dalí sobre la paranoia también dejaron marcas en el joven Lacan. Si Freud le provee la base esencial de sus investigaciones, las ideas de Dalí le posibilitan completar su formación. Según Élisabeth Roudinesco, el trabajo de juventud de Lacan, *De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité* (Lacan, 1932/1975), es resultado de una síntesis que tiene en cuenta tres campos del saber: la clínica psiquiátrica, la doctrina freudiana y el llamado segundo surrealismo (Roudinesco, 1994, p. 48).

En suma, es necesario decir que la aventura surrealista no hubiera sido tan grávida de consecuencias si no hubiera estado inseminada por las ideas de Freud. Por otro lado, es necesario reconocer también que André Breton y sus compañeros, si bien no ignoraban el dolor que ello representaba, son responsables de cierta exaltación y estilización de los desórde-

nes psíquicos, que permanece hasta hoy en el imaginario contemporáneo.

### Psicoanálisis y marxismo

El encuentro de Marx y Freud parece de los más improbables. Sin embargo se puede decir, sin miedo a equivocarse, que para entender el siglo XX es imprescindible conocer el papel que sus respectivos pensamientos desempeñaron en la historia de las ideas. La conjunción entre ambos es posible cuando se considera el carácter libertario que sus propuestas representaron para la sociedad humana. En los dos existe una denuncia de un orden social represor que, en un caso aprisiona al individuo en su clase, y en el otro lo hace en su psiquismo. Asimismo, como ya dijimos anteriormente, ambas formas de represión son veladas, no se dan a conocer con facilidad.

Fue León Trotski, con reparos, el que primero se interesa por Freud en el dominio soviético, al inicio de la primera década del siglo pasado. Para él, el freudismo posee una perspectiva “literaria” y algo fantástica. Discrepa también con el lugar preeminente de la sexualidad, sin embargo, cree que es perfectamente posible transformar el psicoanálisis en una psicología materialista. Es necesario recordar que en ese momento la Unión Soviética, desde el punto de vista psicológico, estaba dominada por el pensamiento de Iván Pavlov, cuyas ideas eran consideradas absolutamente compatibles con el desarrollo de una sociedad fundada en el materialismo histórico. Aunque no descartaba la importancia de Pavlov, Trotski no consideraba que el psicoanálisis fuera incompatible con el marxismo. Para Élisabeth Roudinesco la implantación del freudismo en la Unión Soviética –hasta el momento enteramente pavloviana– es fundamental para entender la forma en que, un poco más tarde, se van a desarrollar en tierras francesas las relaciones entre marxismo, psicología y psicoanálisis (Roudinesco, 1994, pp. 50-51).

Por su parte, cerca de 1919, Sigmund Freud llega a declarar cierta simpatía por el bolchevismo, aunque predominen sus reservas. Así dice:



La crítica económica del sistema comunista no me compete en absoluto, y no me es posible examinar si la supresión de la propiedad privada es oportuna y ventajosa.

En lo que concierne a su postulado psicológico, todavía creo estar autorizado a reconocer en él una ilusión sin ninguna consistencia. Aboliéndose la propiedad privada, es cierto que se le retira a la agresividad humana, y al placer que ella proporciona, un instrumento poderoso, pero no el más poderoso (Roudinesco, 1994, p. 58).

Este embate tendrá repercusiones tanto en la obra de Wilhelm Reich como, un poco más tarde, en la de Herbert Marcuse. Cada uno a su manera va a postular que el sistema capitalista es un gran represor de la libido. Reich funda en Berlín, en el inicio de los años 30, la Asociación para una Política Sexual Proletaria, que equipara la lucha sexual de los trabajadores

a la lucha de clases. Herbert Marcuse, desarrollando pero al mismo tiempo diferenciándose de las ideas de Reich, lanza en 1955 *Eros y civilización* (Marcuse, 1955/2003). Sus obras proyectaron una luz al mismo tiempo utópica y libertaria en los movimientos contraculturales de las décadas del 60 y 70.

Esta historia no termina aquí. El inmenso panorama de las contribuciones del psicoanálisis a las artes, las ciencias y las letras demandaría un esfuerzo que no puede reducirse a los límites de este artículo. Haciendo mías las palabras con las que Freud cierra su ensayo sobre el interés del psicoanálisis para las otras ciencias:

Mi objetivo se cumpliría si quedara ahora claro cómo él [el psicoanálisis] puede concernir a muchos ámbitos del conocimiento y pudieran comenzar a establecerse lazos intensos entre ello (Freud, 1912-1914/2012b, p. 363).

## Referências

- Aragon, L. (2006). *Une vague de rêves*. Paris: Seghers. (Trabalho original publicado em 1924)
- Barthes, R. (1988). *O rumor da língua*. São Paulo: Brasiliense.
- Béguin, A. (1991). *L'âme romantique et le rêve*. Paris: José Corti.
- Bradley, F. (1999). *Surrealismo*. São Paulo: Cosac & Naify.
- Breton, A. (1985). *Les vases communicants*. Paris: Galimard.
- Breton, A. (2001). *Manifestos do surrealismo*. Rio de Janeiro: Nau Editora. (Trabalho original publicado em 1924)
- Descartes, R. (1989). *Discurso do método*. São Paulo: Ática.
- Dosse, F. (1993). *História do estruturalismo* (Vol. 1). Campinas/São Paulo: Editora da Unicamp/Ensaio.
- Fer, B. (1998). *Realismo, racionalismo, surrealismo: a arte no entre-guerras*. São Paulo: Cosac & Naify.
- Foucault, M. (1981). *As palavras e as coisas*. São Paulo: Martins Fontes.
- Freud, S. (1993). *L'interprétation des rêves*. Paris: PUF.
- Freud, S. (2012a). Contribuição à história do movimento psicanalítico. En S. Freud, *Obras completas*. São Paulo: Companhia das Letras. (Trabalho original publicado em 1912-1914)
- Freud, S. (2012b). Totem e tabu. En S. Freud, *Obras completas*. São Paulo: Companhia das Letras. (Trabalho original publicado em 1912-1914)
- Kon, N. M. (2003). *A viagem: da literatura à psicanálise*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Lacan, J. (1975). *De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité*. Paris: Seuil. (Trabalho original publicado em 1935)
- Marcuse, H. (2003). *Eros y civilización*. Barcelona: Ariel. (Trabalho original publicado em 1955)
- Roudinesco, E. (1988). *História da psicanálise na França* (Vol. 2). Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Roudinesco, E. (1994). *Jacques Lacan: esboço de uma vida, história de um sistema de pensamento*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Todorov, T. (1975). *Introdução à literatura fantástica*. São Paulo: Perspectiva.



# Ciudades Invisibles



## Entre las montañas y el mar: Río de Janeiro

*Poder dormir / Poder morar  
Poder sair / Poder chegar  
Poder viver / Bem devagar  
E depois de partir poder voltar  
E dizer: este aqui é o meu lugar...<sup>1</sup>*

VINICIUS DE MORAES,  
*A terra prometida*

Miro la ciudad desde el lugar en el que me encuentro, un lugar de cierta tranquilidad pero con bullicio propio. Me gusta mi ciudad, el barrio donde vivo y trabajo, el lugar de las reuniones con colegas y amigos en los intervalos de la jornada laboral. Me gustan los alrededores, los olores y el calor que toca mi piel. Pero me gusta también el otro lado de Río, allá lejos, donde viven aquellos que hacen duras faenas, en empleos mal remunerados y sufridos. La ciudad es el lugar de encuentro y tiene algo de tierra, de madre, de casa. Después de viajar, siempre es agradable volver.

Río de Janeiro es una ciudad hermosa, de naturaleza fuerte, exuberante y vigorosa. Tras cada curva se avista una montaña, un morro, un valle. En sus entrañas se alternan ríos, cascadas, bahías, bancos de arena, lagos y lagunas, sin hablar de su vasta costa litoral, con playas de una belleza encantadora. Convive aquí todo tipo de gente, pero hay algo que nos caracteriza en general: un gusto por recibir, por amparar, por acoger. Una receptividad cálida y presente

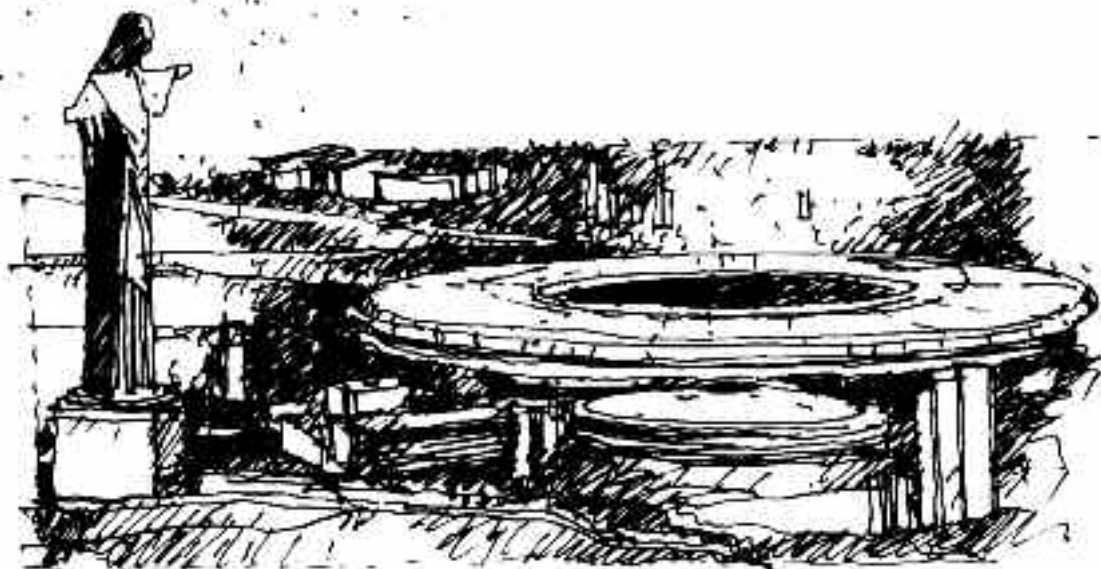
en la ciudad toda: en su gente, en los comercios, en los hoteles. Esto parece ser lo que los visitantes destacan más y se llevan consigo: el afecto marcado por la hospitalidad de la subjetividad carioca.

En el verano, que se posa sobre la ciudad más allá del tiempo debido, Río gana además cierta sensualidad, traducida en los cuerpos que pasean su bronceado por las playas. Un bronceado que varía entre el colorado, el ocre y el dorado, tiñe los cuerpos y nos recuerda que estamos en los trópicos, ruta constante del sol.

Al nacer, hace 449 años, Río era habitada por los indios tupinambás y derrochaba paraísos. De aquel entonces hasta ahora mucho sucedió. Los indios fueron expulsados y asesinados en sus propias tierras, además de esclavizados. Nada diferente de las guerras seculares actuales que también son muestra de la maldad y la destructividad humanas. Violencia propia de la incomodidad y del malestar resultantes de los conflictos pulsionales, “*de la adaptación precaria del hombre a una civilización complicada*” (Freud en entrevista con George Sylvester Viereck [1926]). La colonización por la corona portuguesa trajo consigo la urbanización y el crecimiento poblacional, así como la importación de esclavos venidos del continente africano; de todas partes, de todos los rincones de África. Fueron más de 300 años de tráfico negrero y de atrocidades que dejaron

\* Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro.

1. Poder dormir / Poder vivir; Poder salir / Poder llegar; Poder vivir y hasta demorarse. Y después de partir poder volver y decir: este es mi lugar...?”



Dibujos: Arq. Daniel Villani.

marcas profundas en nuestra ciudad, marcas de esclavitud y de exterminios. Así, tribus y lenguas desaparecieron, pero dejaron un patrimonio que dio lugar a nuestra pluralidad, a un pueblo multifacético, de orígenes e influencias diversas.

Aparte de las tristezas y los traumas que nos constituyen, hoy Río de Janeiro es el segundo centro financiero y cultural de Brasil y la ciudad más visitada de Sudamérica. En sus esquinas, el arte, y entre sus variadas expresiones, la musicalidad, son representaciones de nuestra diversidad. Se canta y se baila como forma de lenguaje, de simbolización y elaboración, como catarsis frente a los dolores y las alegrías cotidianas, como diario de viaje, o aun más, como si la música se prestara todo el tiempo a componer la banda sonora de los peores y mejores momentos vividos. Heredamos

eso del mundo todo, pero principalmente de los pueblos africanos. La samba, el *choro*, el *funk*, el *hip-hop*, la *bossa nova*, el sertanés.

El lenguaje, capacidad compleja de lo humano, gana un colorido particular en la lengua entonada por la gente de la ciudad, cuyas fuertes influencias indígenas y africanas bordaron palabras propias en el vocabulario, tales como *Ipanema*, *Iracema*, *Paraná*, *Pará*, o aquellas venidas de África, como *acarajé*,<sup>2</sup> *banguela*,<sup>3</sup> *berimbau*,<sup>4</sup> *cachaça*,<sup>5</sup> *cafuné*.<sup>6</sup> Todo un diccionario que, como si fuera un libro de historia, cuenta de nuestros orígenes. A su vez, el lenguaje corporal y afectivo acompaña este recorrido.

Un psicoanalista valora la historia, los orígenes, los ancestros. No nos anticipamos a interrogarla: ella resurge, así, desde las ruinas, como algo que sobrevive en nosotros desde hace mil años y necesita de alguien que quiera

2. Pastel de porotos, plato típico de la cocina de Bahía.

3. Sin dientes; metafóricamente, sin freno, sin control.

4. Instrumento musical.

5. Aguardiente, caña.

6. Cosquillas o caricias en la cabeza.

escuchar o deslizar su vista por las letras, las palabras y las frases, desentrañando en este paseo algo de la propia historia.

Mi ciudad no es una cosa sola y en realidad nada lo es. Sin embargo, es importante decir que la sociabilidad experimentada por los visitantes se topa con la contradicción vivida por sus habitantes. Hay una disparidad singular entre la manera de recibir al extranjero, ajeno a nuestra cultura, y el modo en que se trata al semejante, al próximo, a aquel extraño con el que, sin embargo, se comparte la historia y la fragilidad de los dispositivos de Estado. Hay una dificultad casi explícita para lidiar con el diferente, con la alteridad.

Así, en este paseo, atravieso por Río acaudalada, rica, privilegiada, y llego al lado oscuro, a la parte invisible de la ciudad: Río de Janeiro oculta, desconocida e ignorada. Es el lado despreciado de la *Cidade Maravilhosa*: la zona norte, parte de la zona oeste y las *favelas* –que conviven a nuestro lado, esparcidas por los muros de la ciudad–. Estaciones de dolor, de sufrimiento, de alegría, de sueños, de esperanza y de religiosidad. Por estos parajes se viven muchas vidas: la del trabajo, los juegos callejeros, la charla en el portal, las *escolas do samba* y la samba *de roda*,<sup>7</sup> la *pelada* (fútbol en la calle o en campo de tierra), los *botecos*,<sup>8</sup> los “pies sucios”, las travesuras, la solidaridad, el *forró*<sup>9</sup> y el miedo a la guerra. La violencia asombra a sus habitantes; niños y jóvenes mueren todos los días y se estampan en los diarios de la ciudad estadísticas escalofriantes, propias de la guerra. Hay una samba, de Estação Primeira de Mangueira, *escola do samba* de Río de Janeiro, que canta muy bien esta historia: “No

*Rio de lá, luxo e riqueza; no Rio de cá, lixo e pobreza*”<sup>10</sup> (D’Aguilã, Bermini, Veneno & Bizuca, 2000). Así es pues mi Río, hermosa, grande, potente, con conexiones múltiples entre sus habitantes y sus distintos rincones, pero con diferencias tan marcadas en el acceso a los bienes esenciales que podríamos decir que tiene una personalidad escindida.

Es evidente la negligencia con la que las personas de las zonas vulnerables son tratadas por el poder público, pero son también claras las señales de su capacidad para resistir, para hacer del sufrimiento una justificación de la alegría, para extraer de los gestos simples y de los actos cotidianos motivos para grandes conmemoraciones. De este modo, el nacimiento de un bebé puede ser regado con cerveza, mucha música y *água no feijão*,<sup>11</sup> ¡porque llegó uno más! Expresión usada para decir que “si el alma no es pequeña” (Pessoa, 1934), siempre cabe uno más. El próximo casamiento de un amigo o amiga brinda la ocasión para un asado de despedida que se puede iniciar a la una del mediodía y terminar al día siguiente, sin que deje de llegar gente. Lo mismo sucede el 23 de abril, día en que se celebra San Jorge, quien es considerado un amigo íntimo. Es tal la fuerza del santo que ese día se declaró feriado municipal y todos se visten de rojo o se imprimen un San Jorge en el pecho, o aun en la propia carne, como forma de agradecimiento por la gracia alcanzada. Salen de sus casas orgullosos, en el amanecer de San Jorge, a las cinco de la mañana, para conmemorar el suceso: van llevando los *batuqueiros*,<sup>12</sup> los fieles de la *umbanda*,<sup>13</sup> del *candomblé*,<sup>14</sup> de la Iglesia Católica y de todos los credos: la fiesta ya se armó.

7. Tipo de samba que se baila en ronda.

8. Boliches, bares.

9. Baile popular.

10. “Río aquí, lujo y riqueza, Río allá, basura y pobreza”.

11. Expresión popular, y también la samba homónima de Jorginho do Império (1976, canción 1): “agregar agua a los porotos” tiene el sentido de ir preparando una comida o un festejo.

12. Músicos de percusión que tocan en reuniones populares.

13. Culto religioso brasileño, con asimilación de elementos africanos, portugueses e indígenas.

14. Culto religioso de matriz africana, basado en la creencia en los *orixás*.

Las calles, los barrios, los espacios públicos, la ciudad toda debería promover el encuentro de sus ciudadanos en un lugar en que se respetaran las diferencias. Nos vanagloriamos de la mixtura, del mentado mestizaje, exportamos una imagen de ciudad feliz y armoniosa pero no es tan sólo eso lo que sucede. Lo que se ve también son las vidas desperdiciadas, diezmadas, condenadas a muerte según el lugar social y el lugar físico y geográfico en el que se vive. La ciudad se revela más violenta en su lado invisible, allí donde el Estado no llega, por donde sólo transitan las fuerzas represoras y clandestinas.

Tal disociación de la ciudad genera un extrañamiento entre los habitantes, que quedan geográficamente delimitados. De esta forma, los espacios permanecen demarcados, y se genera un código de territorialidad. Lo interesante es que los grupos socioeconómicamente desfavorecidos circulan por toda la ciudad por sus empleos y ocupaciones, entran en nuestras casas para trabajar, pero no se ven atraídos por los espacios públicos de disfrute y entretenimiento. Quizás las áreas más democráticas, en las que el pueblo aún puede entremezclarse, sean las playas, las rondas de samba, los bailes *funk* y el carnaval. Hay una parte considerable de la ciudad absolutamente desconocida para los que viven del otro lado, lo cual es fruto de las marcas y las fantasías construidas desde el tiempo de la esclavitud. Si bien los espacios de diversión y de arte popular son abiertos, se aprovechan muy por debajo de su potencial, puesto que la cultura del miedo exige que sea erigido todo un aparato de seguridad –aun imaginario– para que los visitantes de otras localidades transiten por ellos.

En la zona sur, el movimiento cultural es intenso: museos, galerías de arte, teatros, cines, *shows* y excelentes restaurantes garantizan la diversión y el contacto con el contexto cultural, no sólo carioca sino también mundial. La efervescencia cultural e histórica hace de Río el semillero de diversas formas de expresividad. Los paseos al aire libre son la tónica de la ciudad; recorrer la costanera –caminando, corriendo o en bicicleta– es lo que se ve con más frecuencia.

De noche, es costumbre el *chopp* helado, una película y, después, reunirse con otros. La visita a casas de amigos, muchas veces para comer juntos, es una práctica frecuente. Se disfruta convivir, conversar y aprovechar la generosa configuración de la ciudad. En Lapa, centro de Río, zona bohemia y de diferentes “tribus” urbanas, encontramos todo tipo de música en los bares, en los locales de *shows* y en los reductos de jóvenes que se inician en el arte de la vida nocturna. El fútbol, afirmación de la cultura popular y pasión que el carioca se toma muy en serio, lleva hordas de guerreros al Maracanã, quienes se traban en luchas que terminan con mucha samba, sudor y cerveza.

Caminando por la zona sur de la ciudad, la región menos vulnerable, me alejo de la orilla del mar, rodeo una laguna deslumbrante –la Rodrigo de Freitas– y llego a la Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro, *Rio 2*. Su calle arbolada, con casas coloridas de aspecto variado y flores que desbordan las ventanas, da la idea de una ciudad del interior. Al final, un altivo morro, de nombre Corcovado, mezcla el gris de la piedra con las múltiples tonalidades de verde. En su cima, a la izquierda, el Cristo Redentor, uno de los mayores símbolos de América Latina y Patrimonio Cultural de la Humanidad. Pasamos horas preciosas en esta casa. Lugar de saber, fuente de pasiones, cultura de aprendizaje, que se tornó lugar de encuentro de las diferencias. Pero no estamos solos, está también la Sociedade Psicanalítica do Rio de Janeiro, *Rio 1*, y la Associação Psicanalítica do Estado do Rio de Janeiro, *Rio 4*. Entre separaciones y reagrupamientos, *Rio 3* se integró a *Rio 1* y hoy forman un solo grupo, el de la SPRJ. El psicoanálisis se difundió de tal manera por la ciudad que actualmente contamos con otras seis instituciones, o más, que disfrutan de gran prestigio en el medio académico y entre la población en general.

El saber psicoanalítico posee sólidas raíces en la ciudad, principalmente en razón de su propuesta libertaria y, también, por la convicción y la pasión que derrochan las narrativas de los psicoanalistas locales. Se cree en la fuerza

de lo inconsciente y de la vida psíquica, con su genuina capacidad transformadora. Tal vez el diferencial del psicoanálisis en Río reside en este encuentro entre el mar y la montaña, entre la naturaleza y el hombre. Un *entre* que hace que transitemos por la ciudad respirando aire puro, que miremos por las ventanas en nuestros trayectos y encontremos la belleza diseñada al alcance de la vista, como si estuviéramos soñando bajo el efecto de la fuerza y la grandeza de la naturaleza. Este encuentro, este *entre*, nos permite sumergirnos en profundidades que nos ayudan a reinventar la vida, día tras día.

El psicoanálisis, como instrumento importante del pensamiento y de la sociedad, crea aberturas para la reconstrucción de sentidos. Así, a través de actividades societarias, intenta abrirse camino al diálogo con la colectividad, promoviendo encuentros, espacios en los cuales el ciudadano pueda interactuar con el psicoanálisis, y el psicoanálisis pueda comunicarse con otros campos de conocimiento. Presencia frecuente en las universidades, el psicoanálisis también gana adeptos en su difusión por la vía académica. Está convocado así a abrir un espacio de reflexión sobre las diferencias, la pobreza, los prejuicios –y, entre ellos, el racismo–, las desigualdades, el toque de queda en las favelas vecinas a nuestras casas. Tiene que abrir la puerta a la ciudad y al mundo.

Presente en el escenario carioca y en el imaginario colectivo, el psicoanálisis se acercó aún más al público a través de las redes sociales, la televisión, la literatura y el cine. Con todo, esta sigue siendo una relación difícil, distante, mitificada y objetada por los crecientes métodos terapéuticos y psiquiátricos que buscan atraer adeptos con la oferta de tratamientos más cortos y la promesa de “efectos” más rápidos. Mientras que nosotros, psicoanalistas, lidiamos con un oficio que se asienta en un proceso y que se hace también de poesía, de literatura, de artes plásticas, así como de las infinitas me-

lodías y llantos que nos tocan emocionalmente.

Psicoanalizar en el mundo actual –en el que las subjetividades sufren las presiones de nuestro tiempo y de la cultura de la velocidad y la homogeneidad; en una ciudad que creció sin planeamiento urbano, sin compromiso de asistencia médica, con obstáculos tales como el elevado costo de vida, una red de transporte con problemas que paralizan el tránsito entero, extenuantes jornadas de trabajo y poco tiempo libre; con una comunidad psicoanalítica que aún disputa su espacio– es un ejercicio permanente de enfrentamiento con las exigencias de una sociedad deshumanizante. La debilidad de las estructuras básicas de funcionamiento de una ciudad es un factor que restringe y excluye a las personas del acceso a los cuidados esenciales de la vida, incluido el psicoanálisis.

La vocación para el cuestionamiento y la reflexión sobre el impacto de la violencia y de estas penurias en la vida de las personas vuelve a Río de Janeiro un lugar de vanguardia y esperanza. La libertad de expresión es valorada y practicada. De todos modos, el lado politizado y cuestionador de la intelectualidad carioca, o el de los militantes en las causas sociales y políticas, no es garantía suficiente del avance necesario para los cambios en el campo socio-político y económico.

Así, aun con problemas estructurales que dan cuenta de las dificultades en el entramado social, Río de Janeiro continúa bella y vibrante, a pesar de las duras condiciones en que vive una parte tan significativa de la población.

La tierra prometida, sueño realizable en el espacio psíquico, puede ganar cuerpo en la ética de la alteridad y la solidaridad, con el deseo de que un día nuestros habitantes puedan “*dormir / morar / sair / chegar / viver / Bem devagar / E depois de partir poder voltar / E dizer: este aqui é o meu lugar...*”<sup>15</sup> (Vinicius de Moraes [1971/1988, canción 18]).

---

15. “Dormir / vivir / salir / llegar / vivir / hasta demorarse / Y después de partir poder volver / Y decir: este es mi lugar...”.

## Referencias

D'Aguiã, M., Bermini, G., Veneno, V. & Bizuca. (2000). *Samba Enredo da Estação Primeira de Mangueira*.

De Moraes, V. (1971). A terra prometida. [Grabada por V. de Moraes & Toquinho]. En *Convite para ouvir* [CD]. Rio de Janeiro: RGE. (1988)

Do Império, J. (1976). Água no feijão. En *Eu e meu pandeiro* [CD]. Rio de Janeiro: Polydor.

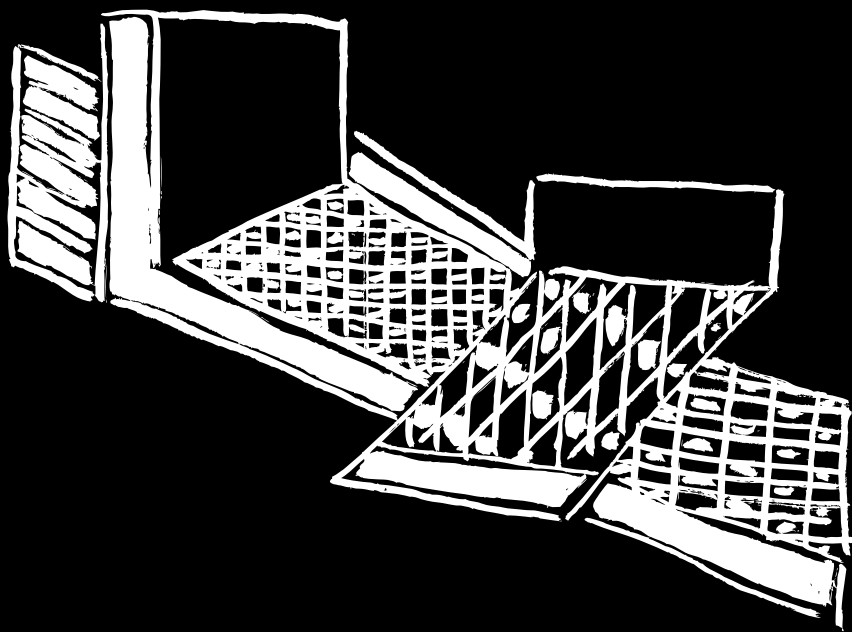
Viereck, G. S. (1926). *El valor de la vida*. Recuperado de <http://virtualia.eol.org.ar/014b/default.asp?entrevistas/viereck.html>

Pessoa, F. (1934). Mar português. *Mensagem*. Recuperado de <http://www.dominiopublico.gov.br/download/texto/pe000004.pdf>









Clásica & Moderna

## Pichon-Rivière. *Pourquoi pas psychanalyse?*

Tuve la fortuna de haber trabajado durante largos años con Enrique Pichon-Rivière. En 1960 yo era un joven médico que, desde la endocrinología, se había comenzado a acercar al psicoanálisis, estando en tratamiento psicoanalítico y siguiendo varios cursos y seminarios. Hubiera deseado entrar en la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), pero en ese momento no estaba en condiciones económicas para pagar un análisis didáctico. Además, los didactas eran pocos y había que esperar dos o tres años para conseguir cupo con casi todos ellos. Cuando me enteré de la existencia de una escuela, la Primera Escuela Privada de Psiquiatría Dinámica, dirigida por Enrique Pichon-Rivière, uno de los fundadores y miembro didacta de APA, cuyos profesores, además de él, eran José Bleger, Diego García Reinoso, David Liberman, Edgardo Rolla y Fernando Taragano (todos, salvo el último, también miembros destacados de APA y discípulos de Pichon-Rivière),<sup>1</sup> decidí inscribirme allí. Fui entonces alumno de la segunda promoción de la Escuela. Allí pude conocer no sólo a Pichon-Rivière sino a los otros profesores y pude tomar contacto con su pensamiento, basado en sus ideas, enriquecido por su constante aporte personal y las elecciones temáticas de cada uno de los que integraban este excepcional grupo de docentes. Fui luego, y sucesivamente, observador y coordinador de grupos operativos de la Escuela. Pude comprobar, a partir de mi experiencia allí y en mis ulteriores contactos con Pichon-Rivière (que fue también durante un tiempo mi supervisor), su apertura a las ideas de otros y su cuidado en presentar sus propias formulaciones como provisionarias. También su genialidad, su versatilidad y su curiosidad por todo lo que fuera humano me fueron ofrecidas en mis sostenidos encuentros con él. Cada clase era una sorpresa, siempre nos sorprendía con algo nuevo o con una versión diferente o enriquecedora de lo que ya había dicho. Nos mostraba “en vivo y en directo” su concepción dialéctica y su idea del “movimiento en espiral”, que ocupa un lugar importante en su teoría del proceso terapéutico. Podría suscribir íntegramente algo que alguna vez dijo de él David Liberman:<sup>2</sup> “El tipo con dos o tres palabras lograba hacernos decir mil

---

\*Asociación Psicoanalítica Argentina.

1. Me congratulo ahora por que la dificultad de ese momento para ingresar en APA me haya impedido hacerlo, pues la APA de aquellos tiempos se caracterizaba por una casi total hegemonía de una suerte de “fundamentalismo kleiniano”. Esa dificultad me permitió conocer a Pichon-Rivière y sus ideas.

2. Citado por Joaquín Pichon-Rivière (2009).

y [sobre todo, agregaría yo] pensar por horas seguidas. Me daba la sensación de que me conocía de toda la vida y que yo –por el contrario– nunca alcanzaba a conocerlo”.

Durante mis supervisiones con él, en un hotel de la calle Paraguay, sucedió varias veces que yo leía mi sesión, él permanecía en silencio y entrecerraba los ojos, a tal punto que yo pensaba que se había dormido... ¿lo aburriría? Sin embargo, a un cierto punto abría los ojos y me comunicaba lo que había pensado, siempre interesante y agudo, demostrándome que había escuchado muy bien todo lo que yo había dicho, evidenciando una capacidad no frecuente de identificarse con el paciente y, fiel a sus ideas, incluyendo siempre hipótesis relacionadas con el contexto familiar y social de éste.

Pichon-Rivière fue una personalidad única, múltiple, que abarcó temáticas desde la psiquiatría clásica hasta la dinámica, el psicoanálisis, la psicoterapia grupal, familiar y de pareja, la psicología social y el psicoanálisis aplicado. Se interesó también por el arte y la literatura en sus relaciones con la locura. Son muy importantes sus estudios sobre la vida y obra de Isidoro Ducasse –Conde de Lautréamont–, autor de los *Cantos de Maldoror* (Lautréamont, 1869/2007), y sobre Antonin Artaud. También se interesó por el surrealismo, y tuvo contacto con André Breton y con Tristan Tzara. Le importó mucho Lautréamont por su contacto con lo siniestro y por las circunstancias de su vida.<sup>3</sup> También la tristeza<sup>4</sup> fue una preocupación fundamental presente a lo largo de su obra.

En su columna de la revista *Primera Plana* escribió sobre diversos temas de la vida cotidiana y sobre el fútbol, que lo apasionó:<sup>5</sup> metafóricamente hablaba de la familia como un equipo de fútbol. Nos decía en sus clases:

Una familia debe ser como un equipo de fútbol. En un equipo de fútbol cada jugador tiene su puesto en la cancha y su papel (defensor, atacante, etc.), pero según los avatares del juego, puede cambiar, el defensor pasar a atacar o viceversa. Lo mismo debería pasar en las familias. Cada uno tiene su función en el grupo, pero, según los momentos de la vida familiar, cada miembro de la familia debe tener la plasticidad suficiente para hacerse cargo de las funciones de otro u otros de los miembros.

Estoy convencido de que Pichon-Rivière, como todo pensador genial, se adelantó en muchos aspectos a su época, lo que le valió no pocas críticas y descalificaciones por parte de muchos colegas de línea más conservadora, dentro y fuera de su institución, la APA. Se lo acusó de no ser psicoanalista, por su no adhesión incondicional a las ideas que en ese momento predominaban en la APA y también en el

---

3. Suicidio de la madre al año y medio de edad, abandono del padre diplomático, misterios familiares... El papel de la pérdida, del misterio, del abandono, temas que preocuparon siempre a Pichon-Rivière.

4. Cuando le preguntaron por qué se había dedicado a la psiquiatría, dijo: “Porque quería entender la tristeza. Mi búsqueda ha sido saber del hombre, y en particular saber de la tristeza” (prólogo a *Del psicoanálisis a la psicología social* [Pichon-Rivière, 1971]). “La tristeza me acompañó toda la vida... en una primera época sentía la tristeza como algo presente... y desde entonces no he hecho otra cosa que estudiar para poder revelar algo de mi propio misterio” (citado por J. Pichon-Rivière, 2009).

5. Artículos que, junto con otros, fueron recopilados posteriormente por Ana Quiroga en el libro *Psicología de la vida cotidiana* (Pichon-Rivière & Pampliega de Quiroga, 1970).

psicoanálisis de otros países. También existía –y existe aún en muchos grupos– el temor de “hacer derivar el campo del psicoanálisis de lo intrapsíquico hacia lo relacional o hacia lo interaccional” (Kaës, 2007/2010), confundiendo su teoría vincular con esas otras posturas que no consideran la dimensión intrapsíquica.

Pichon-Rivière fue también un pionero en la introducción del psicoanálisis en la comprensión de las psicosis, en estudiar la transferencia en los psicóticos y en aplicar el método psicoanalítico al tratamiento de dicha problemática. Era impresionante su capacidad para conectarse con el paciente psicótico: lograba cambios importantes en casos gravísimos que muchas veces otros terapeutas se abstendían de tratar. Muchos colegas que atendían casos graves y que se encontraban con dificultades aparentemente insalvables recurrían a él.

En una época en que, como dijimos, en el ambiente psicoanalítico de la Argentina predominaban casi exclusivamente las ideas kleinianas –y sus exageraciones–, Pichon-Rivière introducía su *teoría del vínculo*, que constituye, a mi juicio, una de sus más importantes contribuciones –si no la más importante– a la teoría y a la práctica psicoanalítica.

Ya en los 60 repetía en sus clases que “no existe psiquismo fuera del vínculo”, y subrayaba también la importancia de ver a los pacientes en el interior de su marco de pertenencia, de su contexto familiar y social. Una de sus frases frecuentes en sus clases era “que entren los que vengan”, entendiendo que si un paciente era acompañado por uno o más familiares, vecinos o amigos, todos debían entrar en el consultorio, “incluso el perro”, agregaba. Decía que un terapeuta debería concurrir, por lo menos una vez en el curso de un tratamiento, a la casa de su paciente, destacando la importancia de ver a los pacientes en su contexto familiar y social, en sus vínculos. Pichon-Rivière ya señalaba en esos tiempos que la sesión analítica era “bicorporal y tripersonal”, aludiendo a la constante presencia del tercero (o terceros) en el ámbito de la relación, adelantándose así, en muchos años, al auge de las posturas que en los últimos tiempos se centran en la intersubjetividad, que en años recientes, tanto entre los autores norteamericanos (Stolorow & Atwood, 1996) como entre los europeos (Turillazzi & Ponsi, 1998), han comenzado a subrayar la importancia de la relación en el marco de la sesión analítica. De todos modos, creo necesario aclarar, como dijimos, que *el vínculo* pichoniano no es el del interaccionismo ni el de las “relaciones interpersonales” de ciertas escuelas norteamericanas.

Por otra parte, desde hace ya un tiempo el concepto de vínculo se emplea con mayor frecuencia en el ámbito psicoanalítico y psicológico, pero es necesario aclarar que para Pichon-Rivière el vínculo no se refiere solamente al fenómeno en que, dados dos sujetos preexistentes, A y B, se establece un vínculo entre ellos, sino al hecho de que el vínculo es *constitutivo* del sujeto, el sujeto se constituye *desde* vínculos, en el interior de vínculos.<sup>6</sup> Los vínculos no sólo están *entre* los sujetos, sino que también funcionan *dentro* de ellos, a partir de la internalización de los vínculos externos, idea, esta última, *esbozada* en Freud con su concepto de identificación.<sup>7</sup>

---

6. Kaës, en nuestros días, define al sujeto como *sujeto del vínculo*. Definición que perfectamente podría haber suscrito Pichon-Rivière.

7. “La identificación constituye la manifestación más primaria de la ligazón emocional con otra persona” (Freud, 1921).

Esta internalización de los vínculos sufrirá un proceso de modificación distorsionado por las *necesidades*, siendo éstas “el fundamento motivacional del vínculo”, aludiendo aquí a la situación de desamparo (*hilflosigkeit*) inicial del sujeto humano y a su inviabilidad fuera de los vínculos con los otros. Pichon-Rivière las define como *necesidades biopsicológicas*: de amor, de contacto, de protección, de calor, de nutrición. El individuo nace con esas y otras necesidades, lo que dará lugar a que atraviese, desde el inicio, experiencias que serán algunas frustrantes, otras gratificantes. El sujeto nace de vínculos y vive en vínculos a lo largo de su existencia; es un sujeto “encadenado” a los vínculos, vínculos externos, pero también internos. Así surge otro fundamental concepto pichoniano: el *grupo interno* (que desarrolla a partir del concepto kleiniano de *mundo interno*), en permanente interacción dialéctica con el grupo externo. Esta idea de la mente en tanto *grupal*, si bien ya de algún modo se prefigura en Freud (ello, yo, superyó), adquiere relevancia en Pichon-Rivière. Y ese grupo no es un grupo estático, es un grupo integrado por vínculos, con todo lo que sucede en ellos, por eso también Pichon-Rivière nos habla de una *dramática interna* (en el sentido de drama como acción).

La idea de grupalidad de la mente también es central en la obra de René Kaës. Cuando vino por primera vez a Buenos Aires, en 1985, invitado al Congreso de Psicoterapia de Grupo y Psicodrama que se realizó en el Centro Cultural San Martín, en su intervención comenzó a hablar de su concepto de *grupo interno*. Muchos de nosotros le dijimos, sorprendidos, que ese concepto ya había sido desarrollado entre nosotros por Pichon-Rivière. Kaës también se sorprendió: no conocía la existencia del pensador argentino. Había creado este concepto independientemente de él. A partir de allí René Kaës se interesó por la obra pichoniana, y publicó varios textos en que analiza su obra, precisando similitudes y diferencias entre sus ideas y las de Pichon-Rivière, y se ocupó de hacer traducir sus textos fundamentales al francés.

Pichon-Rivière, siempre teniendo en cuenta el fútbol, utiliza una metáfora, la de *cancha interna*, para referirse a su idea del grupo interno como algo dinámico, en permanente interacción y movimiento. También, a partir de su experiencia en el asilo de Torres, en el que había podido comprobar la impronta que el desarraigo producía en las personas que venían del interior, encontrándose en una situación de anomia, desarrolló el concepto de *internalización ecológica* (unida a la noción de *querencia* o *pago*), como internalización del ambiente en el cual se desarrolla la vida del sujeto, rescatando una vez más la importancia del ambiente social en la constitución y sostén de la identidad.

La idea de grupalidad del psiquismo, junto a la dialéctica grupo interno/grupo externo, lleva a consecuencias técnicas, a mi juicio, muy importantes: el llamado análisis “individual” no lo es en realidad, pues en el *campo* están presentes dos cuerpos, pero también múltiples personajes, en los respectivos grupos internos del paciente y del analista. Esto borra, para mí, las diferencias entre los análisis “vinculares” (tomando el término vincular en el sentido de más de un paciente en el campo) e “individuales”: el análisis individual es también un análisis vincular,<sup>8</sup> y así lo entiendo en mi práctica cotidiana. Considero que siempre hago análisis vincular, tenga delante un paciente, una pareja, una familia o un grupo.

---

8. Ya Bion (1961) había señalado que “el análisis individual es en realidad el análisis de una pareja”, la pareja paciente-analista.

Consecuente con estas ideas, Pichon-Rivière preconizaba una *psiquiatría vincular*, donde la patología debía estudiarse como una patología no de los individuos aislados, sino como *una patología de los vínculos*. Para mí esta idea sigue teniendo vigencia; no se puede comprender lo que sucede a una persona aislada, sino en función de su vincularidad (externa e interna), es decir, en sus niveles psicosocial y sociodinámico –según la nomenclatura pichoniana–. Me parece que éste es un punto que adquiere una particular relevancia en nuestros tiempos frente a las tendencias “biologizantes” de la psiquiatría contemporánea, en que ciertos cambios humorales y/o genéticos son considerados *causa única* del sufrimiento mental.

Una idea de Pichon-Rivière de gran valor es su reformulación de la teoría de los instintos (o pulsiones):<sup>9</sup> partía de la teoría instintiva en su formulación kleiniana (instintos de vida y de muerte), para reformularla otorgándole una dimensión vincular. Coherente con su teoría propone hablar no de instintos, sino de dos tipos de vínculos, o de modelos vinculares: un *vínculo bueno*, originado en las experiencias gratificantes, y un *vínculo malo*, producto de experiencias frustrantes. Así, la *pulsión*, que ya Freud definía como *concepto límite* entre lo somático y lo psíquico, adquiere un origen vincular: *la pulsión nace del vínculo*. En años recientes, Kaës ha formulado ideas semejantes.<sup>10</sup> De este modo le otorga un sentido intersubjetivo a la teoría pulsional.

Me parece que la teoría de la *enfermedad única* de Pichon-Rivière, que a veces ha sido objeto de interpretaciones simplistas, adquiere un particular significado en la actualidad, en que es tan fuerte la tendencia, como dijimos, a la “biologización” de las teorías del sufrimiento humano y la enfermedad mental. Basándose en la más pura tradición freudiana, y fundamentalmente en la teoría de las series complementarias, Pichon-Rivière nos recuerda que todo sufrimiento parte de una situación de *privación*, que a su vez desencadena una depresión, la que puede tener o no manifestación clínica, y que lo que consideramos “enfermedades mentales” son modos de reacción de los individuos, que utilizan diferentes mecanismos de defensa y que se expresan en una o más de las conocidas tres áreas de expresión de la conducta (mente, cuerpo y mundo externo).<sup>11</sup> Es original su concepto de una *patología del objeto bueno*, lo que denomina *depresión esquizoide*, caracterizada por el sentimiento de “estar a merced”: el individuo deposita sus aspectos buenos e idealizados en el objeto, al que después debe controlar y teme continuamente perder.<sup>12</sup> Patología caracterizada por el sentimiento de *nostalgia*, y el de *estar a merced* del depositario. No voy a desarrollar aquí todo el concepto de enfermedad única, pero este concepto, y sobre todo el de *movilidad de las estructuras*, me parece fundamental. Pichon-Rivière no establece una diferencia tajante entre las diversas estructuras psicopatológicas; son “instrumentales y situacionales en cada aquí

---

9. En esa época se hablaba de instintos y no de pulsiones, a partir de la (ahora sabemos que errónea) traducción de Strachey, que aparece en Klein y todos los autores de la época.

10. Aquí también Freud insinúa una idea semejante cuando afirma que la madre despierta la pulsión sexual en su hijo. Es decir, la pulsión se origina en un vínculo.

11. Áreas que son *coexistentes, cooperantes e interactuantes*.

12. Teoría de la tres “d” (depositario, depositante y depositado).

y ahora del proceso de interacción y con carácter funcional, instrumental, situacional y vincular” (Pichon-Rivière, 1971). No son estructuras fijas, y en este sentido, entre las psiconeurosis, psicosis, estados límites, trastornos psicósomáticos, etc., no existen fronteras rígidas. Idea a la que adhiero, pero que muchos de los autores actuales no compartirían, y que sigue siendo parte de un tema polémico y actual. A mi juicio, las ideas del sujeto como parte integrante de vínculos, del juego dialéctico y permanente entre grupo externo/grupo interno y de la movilidad de las estructuras son de gran actualidad y están presentes en mi trabajo y en el de muchos colegas.

Una frase de Pichon-Rivière trascrita por Zito Lema (1976) sintetiza genialmente su concepción del sujeto: “El individuo humano es un ser de necesidades que sólo se satisfacen socialmente, en relaciones que lo determinan. *El sujeto no es sólo un sujeto relacionado: es un sujeto producido* [cursivas añadidas], o sea la resultante de la interacción entre individuos, grupos y clases”. Aquí Pichon-Rivière introduce también la importancia de la dimensión social. Nos enseñaba a tener en cuenta no sólo la dimensión vincular intrapsíquica y la intersíquica, sino también la *social*. El sujeto está producido desde lo social, hecho que cobra particular importancia en los tiempos actuales, tiempos en los que los mensajes sociales penetran más precozmente que nunca en la mente de los seres humanos a través de los medios de masa, del ordenador y también de otros medios de comunicación; mensajes que son internalizados –del mismo modo que en el caso de la internalización ecológica–, pasando a formar parte del psiquismo consciente e inconsciente, con sus consecuencias en la vida psíquica y social de los sujetos y las familias, tema en el que estoy interesado particularmente en este momento.<sup>13</sup>

Otra idea pichoniana me ayuda mucho a entender a mis pacientes: aquella que pregona que la enfermedad aparece como “solución”, un intento de resolver el problema que se le plantea al sujeto frente a un contraste entre sus aspiraciones (yo me permitiría decir: la de los mandatos provenientes de ciertos vínculos internalizados) y sus posibilidades reales de concreción, situación con la que nos encontramos frecuentemente en la clínica.

Pichon-Rivière –sabemos– ha sido un pionero al señalar la necesidad de tratar, en muchos casos, al paciente con su familia. Simultáneamente con algunos analistas que en los Estados Unidos habían comenzado a trabajar con familias, a partir de la insuficiencia del encuadre bipersonal, sobre todo en casos de pacientes psicóticos y de niños (Lidz, Jackson, Ackerman y otros), nuestro autor inauguró el tratamiento psicoanalítico de las familias. El sujeto, nos dice, enferma de inseguridad, *de amor y por odio*: de anhelo y falta de amor, por la necesidad no suficientemente satisfecha, y por odio, ya que el grupo del que proviene –el grupo familiar– no le permite lograr una identidad propia. Es un grupo en el que no hay discriminación: “No se sabe quién es quién”. Situación que encontramos con frecuencia en los grupos familiares que nos consultan.

Por supuesto que sigue vigente su teoría del *portavoz*, como sujeto que expresa el sufrimiento, el malestar y la inseguridad grupal en el grupo familiar. La enfermedad aparece para Pichon-Rivière como una “cualidad nueva que aparece en

---

13. Ver Losso & Packciarz Losso (2011 y 2012), donde desarrollamos este tema.

el campo familiar”. Posteriormente Pichon-Rivière señaló que puede haber más de un portavoz en el grupo; por ejemplo, el portavoz de los aspectos sanos.<sup>14</sup>

Pichon-Rivière introduce también el concepto de *malentendido*, al que considera *enfermedad básica* del grupo familiar. Trabajamos continuamente sobre los malentendidos en el grupo, en la confrontación permanente entre el grupo interno –los modelos vinculares internos– de cada uno, distorsionados por determinadas situaciones ocurridas en algún momento de su historia y el grupo externo en el aquí y ahora, la familia actual y no la pretérita, la de la realidad externa y no la internalizada.

Continúa totalmente vigente, a mi juicio, la idea sobre la cual, cuando alguien enferma, aparece la tendencia a la segregación del enfermo como depositario de las ansiedades del grupo: se lo trata de alejar con la fantasía de que desaparecerá la ansiedad. Situación que se nos presenta todos los días en las familias, y a la que debemos estar atentos para poder detectar esos intentos larvados de segregación, muchas veces formulados como propuestas de ayuda al enfermo, reforzados en ocasiones con opiniones de algunos colegas. Así, nos podemos encontrar con que en el curso de un análisis familiar, en un momento la familia puede proponernos: “Doctor, ya que usted entiende tan bien a Pedro (el portavoz), ¿por qué no lo toma en análisis individual?”

Pichon-Rivière introdujo también la dimensión transgeneracional, a través de su metáfora de *la cruz*: el individuo “está en una cruz”: la línea vertical corresponde a sus vínculos con las generaciones anteriores (cadena transgeneracional) y la horizontal a los vínculos con los contemporáneos, en primer término con su grupo familiar, señalando el papel patógeno del *misterio* familiar, término que no ha tenido mucha fortuna, pero creo que se adecúa muy bien a lo que muchas veces percibimos en las familias: que hay allí un misterio subyacente a los conflictos que nos presentan. Hoy, desde Racamier y otros, se habla más de *secretos*. Los secretos crean esa atmósfera de misterio, una *conspiración del silencio*, decía acertadamente Pichon-Rivière, a veces consciente, a veces inconsciente. El intento de enfrentamiento de este misterio es vivido como una amenaza de catástrofe, y por lo tanto la familia se resiste al esclarecimiento. Esto lleva a un trato particular del enfermo, una forma de “cuidarlo” de modo que los hechos queden ocultos, fijándolo en el rol de “enfermo”, todo lo cual configura una sutil (o no tanto) forma de segregación.

La tarea correctora en la familia consistirá, para Pichon-Rivière, en la redistribución de la ansiedad en el grupo, en la posibilidad de análisis de los malentendidos, en la reconstrucción de las redes de comunicación, un replanteo de los vínculos (yo diría mediante la confrontación entre la vincularidad interna y la externa) y una reestructuración del interjuego de roles. Un buen y válido elenco de metas terapéuticas.

Quiero dejar un último comentario para el tema *psicoanálisis versus psicología social*. El libro que reúne los textos más importantes escritos por Pichon-Rivière se llama *Del psicoanálisis a la psicología social*<sup>15</sup> y su escuela

---

14. La teoría del portavoz fue enriquecida posteriormente por Kaës (2007/2010), con su concepto de *funciones fóricas*, agregando los conceptos de porta-síntoma, porta-palabra, porta-sueño y porta-ideal.

15. En la segunda edición, por razones que desconozco, se cambió por *El proceso grupal*. Me parece que el primer título era más significativo y acorde con el contenido del libro.



terminó llamándose Escuela de Psicología Social. A propósito de su concepto de psicología social, Pichon-Rivière (1975) relata que en 1969 viajó a París, donde presentó un trabajo a cuya lectura asistió Jacques Lacan. Al final de su exposición Lacan le preguntó: “*Pourquoi psychologie sociale, pourquoi pas psychanalyse?*”<sup>16</sup> Pichon-Rivière dice que se quedó pensando, que él prefería en ese momento hablar de psicología social, porque de ese modo se enfatiza el problema del determinante, en última instancia, de los procesos psíquicos, del papel que cabe a las relaciones sociales como condición de posibilidad del orden humano y por ende del psiquismo, y de la génesis del sujeto dentro de la estructura vincular, negando o reformulando la teoría del narcisismo primario, lo que lo llevaba a definir –basándose fundamentalmente en el Freud (1921) de *Psicología de las masas*– la psicología como social.

Pichon-Rivière oponía esta idea a lo que consideraba el idealismo lacaniano, donde la problemática del deseo aparece como una problemática ideal, esencialista, mientras que quedaban escamoteados los fundamentos, las bases materiales de la historicidad del individuo, el sentido histórico, que constituye al sujeto dentro de la estructura vincular, por lo que ese sujeto deseante es ante todo sujeto de la necesidad y, por eso, es sujeto del deseo, tratando de no desligar al individuo de su inserción social y de las demandas de su cuerpo y reafirmando la importancia del concepto de necesidad y del interjuego necesidad-satisfacción, interjuego intrincado en el desarrollo de las relaciones sociales. De todos modos, me parece que en esta “transición” del psicoanálisis a la psicología social, influyó mucho en Pichon-Rivière el rechazo que encontró durante muchos años, como dijimos, en el ambiente psicoanalítico “oficial”.

No puedo resistir a la tentación de transcribir el párrafo con que comienza su artículo “La psicología social” (Pichon-Rivière & Pampliega de Quiroga, 1970, p. 9):

El contraste que más sorprende al psicoanalista en el ejercicio de su tarea, consiste en descubrir con cada paciente que no nos encontramos frente a un hombre aislado, sino ante un emisario; en comprender que un individuo como tal no es sólo el actor principal de un drama que busca esclarecimiento a través del análisis, sino también el portavoz de una situación protagonizada por los miembros de un grupo social (su familia), con los que está comprometido desde siempre y a los que ha incorporado a su mundo interior a partir de los primeros instantes de su vida.

Eso es lo que Pichon-Rivière llama psicología social. Como analista, en 2014, estoy plenamente de acuerdo con esa posición.

Entonces yo haría mía la pregunta de Lacan: “*Pourquoi pas psychanalyse?*”. Y creo que tenemos el derecho de contestar que esto, en realidad, es psicoanálisis puro.

---

16. “¿Por qué psicología social, por qué no psicoanálisis?”

## Referencias

- Bion, W. (1961). *Experiencias en grupos* (trad. Ángel Nebbia). Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del Yo* (p. 18). Buenos Aires: Amorrortu.
- Kaës, R. (2010). *Un singular plural. El psicoanálisis ante la prueba del grupo*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 2007)
- Lautréamont, C. (2007). *Los cantos de Maldoror*. Barcelona: Belacqua. (Trabajo original publicado en 1869)
- Losso, R. (2001). *Psicoanálisis de la familia. Recorridos teórico-técnicos*. Buenos Aires, Lumen.
- Losso, R. (2002). Vigencia de Enrique Pichon-Rivière. *Revista de Psicoanálisis*, 59(4), p. 883.
- Losso, R. & Packciarz Losso, A. (2011). Viejos y nuevos mitos en la familia. Mitos familiares y mitos sociales. *Revista de Psicoanálisis*, 68(1), pp. 139-150.
- Losso, R. & Packciarz Losso, A. (2012). La violence des mythes. Mythes familiaux et mythes sociaux. En A. M. Nicolò & A. Eiguer (Eds.), *La violence dans les familles et les couples* (pp. 47-56). Paris: In Press.
- Pichon-Rivière, E. (1961-1963). Clases dictadas en la Primera Escuela Privada de Psiquiatría Dinámica, Buenos Aires.
- Pichon-Rivière, E. (1971). *Del psicoanálisis a la psicología social*. Buenos Aires: Galerna.
- Pichon-Rivière, E. (1975). Entrevista con Pichon-Rivière acerca de Jacques Lacan. *Actualidad Psicológica*, 12.
- Pichon-Rivière, E. (1979). *Teoría del vínculo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Pichon-Rivière, E. (1980). Una teoría de abordaje de la prevención en el grupo familiar. *Revista Argentina de Medicina Psicosomática*, 17.
- Pichon-Rivière, E. & Pampliega de Quiroga, A. (1970). *Psicología de la vida cotidiana*. Buenos Aires: Galerna.
- Pichon-Rivière, J. (2009). *E & A. Enrique y Arminda*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Stolorow, R. & Atwood, G. (1996). The intersubjective perspective. *Psychoanalytic review*, 83(2), pp. 181-194.
- Turillazzi Manfredi, S. & Ponsi, M. (Noviembre, 1998). *Transfert, controtransfert e intersoggettività. Contrapposizione o convergenza?* Presentado en el seminario Intersoggettività, reciprocità e contenimento nello sviluppo infantile e nel lavoro clinico, Nápoles.
- Zito Lema, V. (1976). *Conversaciones con Enrique Pichon-Rivière sobre el arte y la locura*. Buenos Aires: Timerman.



## Reflexiones institucionales

Algunos autores han tenido una influencia muy fuerte en el psicoanálisis latinoamericano. Uno de ellos fue Donald Meltzer, cuyo influjo, más que teórico, se dejó sentir principalmente en los parámetros técnicos de la práctica clínica. Para ilustrar los extremos a los que llegaron sus seguidores, transcribiré a continuación un extracto de la entrevista que le hice a Néstor Goldstein, que está publicada en el segundo volumen de mi libro *Cara a cara. Entrevistas profanas*:

M.L.: ... estaba pensando en la vieja teoría de Donald Meltzer de que si te cambias de corbata o cuelgas un cuadro en el consultorio esto va a afectar profundamente al paciente.

N.G.: Cuando vino Meltzer a Buenos Aires y trajo esas teorías, todos teníamos que usar la misma corbata y no cambiarla, sacar los cuadros del consultorio, llevar el mismo traje, cruzar la calle si veíamos venir a un paciente y cosas por el estilo. Yo lo hice a medias. Poco a poco se fue aflojando la situación y volvimos a usar cualquier corbata y a colgar los cuadros que queríamos en el consultorio. Lo interesante del caso es que más o menos en 1990 volvió Meltzer a Buenos Aires. Yo era presidente de APA en ese momento y le pregunté a Horacio Etchegoyen si podíamos invitarlo a dar una conferencia y me dijo que sí. Hicimos una promoción, había mucha gente en el salón grande de la APA, etc. Cuando se acercaba la hora en que iba a llegar, fui a la planta baja y me puse cerca de la entrada para recibir a Meltzer formalmente con todo el protocolo de mi investidura como presidente. En un momento dado voy hacia adentro y cuando me doy vuelta veo que entra un señor barbudo, con jeans medio rotos y le digo al guardián: "Ojo, fijate a ver quién entró" y resulta que era Meltzer, había cambiado totalmente. Estaba muy suelto, fue muy simpático, muy agradable, no le interesaba cómo iba vestido ni nada por el estilo, nada que ver con el cuidado obsesivo que nos había impuesto la primera vez. Dio una hermosa conferencia y me quedé pensando cuánto influye la patología de cada uno en su aplicación posterior en la teoría o en la clínica analítica, ¿no?

---

\* Sociedad Peruana de Psicoanálisis.

M.L.: Tiene que haber alguna moraleja en este cuento, porque ya estamos entrando a cómo se mezcla lo personal con la práctica [y ahora añado: y con lo institucional, lo ideológico y lo político].

N.G.: Indudablemente el Meltzer al que recibí como presidente 30 años después no tenía nada que ver con el Meltzer que había dicho que había que sacar los cuadros del consultorio. En esta última conferencia habló de la aprehensión de la belleza, mientras que la vez primera era toda una serie de recaudos técnicos para mantener una asepsia en el *setting* que prácticamente hacía que estuviéramos inmóviles. No conozco en profundidad qué pasó con su vida, pero sé que se separó, se volvió a casar, que tuvo la pérdida de la segunda mujer... lo cierto es que cambió, ya no era el mismo... Lo mismo pasó con Melanie Klein, finalmente acá eran más kleinianos que ella... No era que nos vendían espejitos de colores y nosotros los comprábamos creyendo que eran joyas, venía todo rodeado por un corpus teórico muy sólido, muy armado, entonces eso impresionaba (Lemlij, 2011).

Sobre el mismo tema, Andrés Rascovsky me comentó en la entrevista publicada en el primer volumen de *Cara a cara*:

La estructuración que brindó Meltzer influyó enormemente por la transferencia que había con la Sociedad Británica. Por ejemplo, la necesidad de mantener libre el consultorio incluso de imágenes para que eso no influya sobre el paciente y la constancia objetal que Meltzer valoraba tanto. Recuerdo la anécdota, y esto es real, de que llevaba en el saco una bolita de mierda que había dejado un paciente, un chico, dos años antes. Él no se cambiaba el saco para dar una imagen de constancia permanente. Esta obsesivización del encuadre analítico exagerado hizo que muchos transformasen en ese momento su consultorio, la frecuencia, la constancia, eso que no cambia el encuadre. Lo gracioso es que años después mi padre se encontró con Meltzer y él le comentó que recordaba que vino a la Argentina unos pocos meses después de la muerte de su padre y que él se sentía muy mal, tremendamente obsesivizado. Pensaba que había estado en un estado mental muy cuestionable. Todo lo que había sido tomado acá como consecuencia de cierto apostolado casi religioso, Meltzer lo leyó después como fruto de un duelo patológico en el que había entrado. Las ironías que tiene la vida, ¿no? (Lemlij, 2011).

Estas anécdotas que me contaron mis dos colegas y amigos argentinos me han llevado a pensar que en Latinoamérica abrazamos con relativa facilidad las ideas de un mesías carismático para armar una plataforma ideológica que nos permita funcionar en la clínica. Como me dijo Rascovsky, no tenemos conciencia de la ideología implícita en nuestra práctica. Y es que, a mi entender, no existe separación entre teoría, práctica clínica y política institucional. Cada uno de estos ámbitos psicoanalíticos influye en los otros dos. Por ejemplo, la decisión política de admitir a psicoanalistas homosexuales como miembros de la API

repercutió en el acercamiento teórico y clínico a la homosexualidad. No son pocas las veces en que la discusión política precede a nuevos desarrollos teóricos o clínicos. Por ello, cuando los editores de *Calibán* me propusieron escribir un artículo sobre la situación actual del psicoanálisis latinoamericano, pensé que era una oportunidad para compartir algunas reflexiones sobre el ámbito político institucional, al que con frecuencia no se le presta la suficiente atención.

Estamos próximos a elegir al próximo presidente de la API, que será latinoamericano en concordancia con la norma de rotación de la presidencia entre las regiones. Será el tercero de nuestra parte del continente que ocupe el máximo cargo de nuestra organización mundial. Vale la pena recordar lo sucedido en las anteriores elecciones de presidentes latinoamericanos: la primera fue una disputa entre dos candidatos que eran miembros de las dos sociedades argentinas más importantes: Jorge García Badaracco (APA) y Horacio Etchegoyen (APdeBA). Ganó Etchegoyen, quien se presentaba con Ana Maria Andrade de Azevedo, miembro de una de las sociedades más grandes de Brasil (SBPSP), como secretaria. En la segunda ocasión ganó Claudio Eizirik, miembro de la SBPSP, quien llevó como secretaria a Mónica Armesto (APA).

A partir de este repaso se llega a una conclusión obvia: las elecciones para la presidencia latinoamericana de la API se deciden por los votos argentinos y brasileños dada la gran cantidad de miembros que tienen las numerosas sociedades de sus países, que supera ampliamente a la del resto de sociedades de nuestra región. Pero esto no ocurre solamente en lo concerniente a la presidencia y vicepresidencia, también sucede en el caso del tesorero y de los representantes regionales que integran la Junta de Representantes.

Hasta donde se sabe, en esta oportunidad la única aspirante a la presidencia es miembro de APdeBA, de cuyas filas ya ha salido un presidente, y su vicepresidente es un miembro de la SBPRJ. No se tiene noticia de que alguno de los expresidentes de FEPAL, como, por ejemplo, Marcelo Viñar, Leopold Nosek, Guillermo Carvajal, Saúl Peña o Abel Fainstein –presidente por algunos meses más–, por mencionar a algunos de los más notables, o algún otro colega cuyas capacidades sean reconocidas más allá de las fronteras de su ciudad o de su país, es decir, claramente representativo del universo psicoanalítico latinoamericano, esté dispuesto a aceptar el reto de dirigir los destinos de la API. Habría que pensar seriamente por qué.

En mi opinión, parte de la respuesta la podemos encontrar al analizar la poco estimulante situación general del psicoanálisis en el mundo. Gunther Perdigao, ex secretario general, colega latinoamericano residente en Norteamérica, informó en su última columna en el Boletín Informativo Electrónico de la API que el índice de crecimiento de nuestra organización ha disminuido drásticamente, fenómeno al que acompaña el aumento de la edad promedio de los miembros. En pocas palabras: la API se está convirtiendo de manera galopante en una organización de viejos. ¿A qué se debe ello? A la incapacidad que hemos mostrado para atraer a los jóvenes más inteligentes y prometedores hacia nuestra disciplina para abrazar la carrera psicoanalítica o para analizarse. Esta situación tiene un correlato económico: por primera vez el presupuesto de la API ha disminuido respecto al del año anterior con la intención de ahorrar para los años de vacas flacas que se nos vienen encima.

Ahora bien, ¿cuáles son las razones por las que hemos llegado a esta situación? Estoy convencido de que una de las más importantes es que los cambios que se han producido en los últimos 20 años en la API son resultado de procesos que en lugar de hacer que nuestra institución sea más democrática han tenido el efecto contrario. No discuto ni mucho menos la calidad de los directivos y representantes elegidos; el problema principal que veo es el aislamiento en el que se mantienen respecto a las sociedades y al resto de la membresía.

En la década de 1980, el Consejo Ejecutivo de la API estaba compuesto por el presidente, el secretario, tres vicepresidentes por Norteamérica, tres vicepresidentes por Europa, dos vicepresidentes por Latinoamérica y un tesorero, todos elegidos por voto universal. Durante la presidencia de Robert Wallerstein, se sumó un vicepresidente latinoamericano a los dos que ya había, con lo que la representación de nuestra región quedó en pie de igualdad con Norteamérica y Europa. El Consejo Ejecutivo se completaba con tres secretarios, uno por cada región, designados directamente por el presidente, que participaban en las sesiones con voz pero sin derecho a voto. La equiparidad entre las regiones terminó de alcanzarse cuando se decidió que la presidencia –y posteriormente la tesorería– rotase entre las tres regiones.

Durante la presidencia de Joseph Sandler, en la década de 1990, la presión de los presidentes de las sociedades componentes llevó a la formación de un Comité de Reorganización de la API que, bajo el liderazgo de Jorge Olagaray, propuso la creación de la Cámara de Delegados. Este nuevo órgano en la estructura de gobierno estaba formado por siete presidentes de las sociedades componentes de cada región. Eran los propios presidentes de las sociedades quienes elegían entre ellos a sus representantes regionales. La Cámara de Delegados no solo permitía que las sociedades pudieran participar en el gobierno de la API, sino que también se convirtió en una pródiga fuente de nuevos líderes internacionales que luego de cumplido su mandato siguieron trabajando, ya sea en otros puestos directivos o en los diversos comités de la API o de sus organizaciones regionales.

En los albores del nuevo milenio, el presidente Otto Kernberg llevó a cabo una nueva reforma de la estructura de gobierno de la API. Eliminó la Cámara de Delegados y el Consejo Ejecutivo fue sustituido por la Junta de Representantes, que está compuesta por el presidente, el secretario, el tesorero y siete representantes por cada región. Al principio, dos de estos representantes eran elegidos universalmente y el resto solo por su región. Actualmente todos los representantes son elegidos exclusivamente por los miembros de sus regiones. Además, se decidió sumar al Consejo Ejecutivo, formado por el presidente, el vicepresidente (antes secretario general) y el tesorero, al presidente electo. Si bien la intención era que el presidente electo se familiarizase con la administración de la API antes de asumir el cargo, en la práctica tiene el efecto de que el presidente en ejercicio pierde una cuota de poder, lo que sumado al hecho de que no tiene un equipo de colaboradores cercanos como cuando había secretarios regionales designados, resulta en que puede tener una Junta de Representantes adversa, que complique la ejecución de las iniciativas y proyectos por los que la membresía lo eligió.

La reforma por la cual ahora no solo pueden votar quienes asisten a la Asamblea Administrativa, sino que todos los miembros pueden hacerlo por correo,

no ha ampliado tanto como se esperaba la participación de la membresía en los asuntos de la API. De los 12 mil psicoanalistas, apenas unos 3.000 ejercen su derecho de voto. Más bien lo que ha sucedido es que nunca más ha habido un debate amplio y abierto sobre las propuestas de las autoridades sometidas a votación; en consecuencia, siempre han sido aprobadas. No existe un lugar en el cual los miembros puedan ser escuchados por los directivos y por los demás miembros. La democracia no se reduce a la votación, debe estar la posibilidad de debatir desde abajo y transversalmente. El debate no puede reducirse a una élite. En suma, en la práctica lo que tenemos en la API es una suerte de dictadura bajo la forma de una democracia plebiscitaria.

La situación mundial del psicoanálisis que describíamos antes no es la misma en todos los países o regiones. De hecho, en América Latina, así como en Europa Oriental y en China, el número de psicoanalistas sigue creciendo a buen ritmo. Para sostener este crecimiento se ha recurrido a encuadres psicoanalíticos no tradicionales: el análisis condensado, el análisis *shuttle* o el análisis telefónico o por Skype. Una buena pregunta es si se ha previsto qué impacto tendrá esto en el desarrollo futuro de nuestra disciplina y nuestra profesión. La respuesta es no. Estas modificaciones técnicas realizadas por motivos de política institucional no han merecido el amplio debate que correspondía. ¿Cuáles son las consecuencias de esto? Actualmente hay una gran confusión entre *insight* psicoanalítico, experiencia psicoanalítica y proceso psicoanalítico. No se tiene claro, por ejemplo, que un amigo puede ofrecerme la posibilidad de tener un *insight* tomándose un café conmigo, que puedo aprovechar por mi experiencia psicoanalítica, sin que se dé un proceso psicoanalítico.

¿Qué queremos los latinoamericanos de la API? No tenemos un proyecto definido para nuestra organización mundial. Tendríamos que definirlo en el seno de FEPAL y contar para ello con el liderazgo fundamental de un equipo de primera, formado por quienes han dirigido exitosamente FEPAL o sus sociedades o hayan sido directivos de la API, y que además se constituya en una suerte de *kitchen cabinet* que colabore estrechamente con el próximo presidente latinoamericano. Pienso que quienes han sido presidentes de FEPAL, de una sociedad o miembros de la Junta de Representantes de la API en representación de nuestra región tienen la responsabilidad de seguir participando activamente en la política institucional hasta que se retiren profesionalmente. Además, el presidente latinoamericano deberá tener una agenda latinoamericana producto de un debate a lo largo de toda nuestra región. Por ejemplo, las actividades y proyectos que lleva adelante el Instituto Latinoamericano de Psicoanálisis (ILAP) deben ser discutidos en y por las sociedades, no solo entre una cúpula.

El principal problema del psicoanálisis en América Latina no es su producción científica sino qué hacemos políticamente. La crisis se comienza a sentir en algunos de nuestros países. Por ejemplo, si bien la tarifa de una sesión psicoanalítica puede llegar en algunos lugares a US\$ 200, cada vez son más aquellos en los que apenas asciende a US\$ 20. ¿Cómo podremos entonces atraer a jóvenes profesionales destacados a incorporarse a nuestra profesión? Es menester llevar adelante una enérgica campaña de difusión de las bondades del psicoanálisis en la comunidad académica, los hospitales y demás instituciones de la salud –por ejemplo, sustentando el valor de la participación de los psicoanalistas en los programas



de salud pública– y en la sociedad en general. Sin duda, ello redundará en un aumento del número de pacientes psicoanalíticos y con ello en el interés por unirse a nuestra profesión.

Antiguamente la directiva de FEPAL estaba compuesta por miembros de una misma sociedad a la que le tocaba dirigir la institución por rotación. Cuando le tocó por primera vez a la Sociedad Peruana de Psicoanálisis, Saúl Peña fue elegido presidente y yo formé parte de su directiva como secretario de Publicaciones, que fueron muy importantes durante ese período. Por ejemplo, se editó *Psychoanalysis in Latin America*, un libro en inglés que recogía los trabajos que cada sociedad latinoamericana había elegido como representativo, que fue prologado por el entonces presidente de la API, Joseph Sandler, el presidente entrante, Horacio Etchegoyen, y el presidente de FEPAL, y que se distribuyó ampliamente entre psicoanalistas angloparlantes con el auspicio de la API. Se editó también una versión en español. Además, se editaron dos números de la *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis* que contenían una muy buena selección de los trabajos clásicos de los autores latinoamericanos más importantes. Desde entonces FEPAL no ha llevado adelante un proyecto editorial de envergadura, fuera de la revista *Calibán*. El esfuerzo que hizo Saúl Peña por sacar adelante la *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis* no fue continuado. Una tarea que propongo a la próxima directiva de FEPAL es poner a disposición de las nuevas generaciones una reedición de los dos números de esta revista en formato electrónico.

Si he mencionado estos ejemplos en el campo editorial que conozco bien por experiencia personal es porque estoy seguro de que las diversas directivas han realizado aportes importantes en diferentes ámbitos del quehacer psicoanalítico latinoamericano. En tal sentido, me parece de vital importancia que FEPAL emprenda la tarea de construir una memoria. Para ello se debería solicitar a todos los que han ejercido su presidencia que hagan una breve historia de su gestión y de las iniciativas truncas que podrían retomarse o ponerse en valor.

Los latinoamericanos debemos impulsar decididamente un amplio proceso de democratización de todas las instituciones psicoanalíticas. Para ello, debemos empezar por proponer que se contemplen mecanismos para que la elección del presidente, vicepresidente y tesorero de la API no esté determinada por el chauvinismo que generalmente lleva a los miembros a votar por los candidatos que pertenecen a su misma sociedad, lo que hace que en la práctica sean las sociedades más numerosas las que deciden el futuro de nuestra organización mundial. Podría proponerse, por ejemplo, que la rotación de los cargos no sea solo regional sino también subregional. Lo mismo vale para la elección de los representantes regionales. En nuestro caso, eso se traduciría en evitar la hegemonía de los colegas argentinos y brasileños. Las elecciones deben ser ganadas por los candidatos más capacitados y que presenten los mejores programas, aun cuando sean miembros de una sociedad muy pequeña y solo puedan contar, por lo tanto, con una reducida cantidad de votos cautivos por el chauvinismo.

En FEPAL tenemos que tener claro qué es lo que queremos de la API. El presidente actual, Stefano Bolognini, ha destacado recientemente el valor de la participación continua de los miembros de la API a nivel científico, administrativo, institucional y comunitario, con lo que nadie puede estar en contra. Las iniciativas que está llevando adelante no solo deben continuarse sino sobre

todo ser potenciadas por quien lo suceda. Si el próximo presidente latinoamericano no tiene un proyecto, uno de cuyos núcleos centrales debe ser la participación de las organizaciones regionales y de las propias sociedades –que son las que están en contacto más estrecho y permanente con los miembros– en el proceso de toma de decisiones de la API –integrándolas a un órgano de gobierno semejante a la antigua Cámara de Delegados–, pasará por el cargo sin pena ni gloria, con lo que se perderá una importante oportunidad para potenciar el desarrollo del psicoanálisis no solo en nuestra región sino en todo el mundo.

## **Referencias**

Lemlij, M. (2011). *Cara a cara. Entrevistas profanas*. Lima: Sidea.

## Psicoanálisis en Brasil: tan sólo una foto virtual...

### I

La Historia me asombra y me sobrepasa. Su presencia inevitable hace que en cada gesto mío, su horizonte se presente en una dimensión que me permitirá tan sólo mantenerme desconfiado de mí mismo. Desconfiado de lo que imagino son mis convicciones, de lo que pretendo afirmar como hechos, de lo que se me presenta como problemática y de las conclusiones a las que podría arribar. Estoy en un tiempo y en un lugar, tengo una ideología e intereses, formo parte de una ecología de creencias personales y culturales. En los intersticios de esta compleja trama busco mi forma y mi libertad.

Con estas dudas, me enfrento a lo que se me pide relatar: la historia del psicoanálisis en Brasil. Ello me es cándidamente solicitado, como cuando los niños piden un cuento antes de dormir. ¿Qué historia les contaremos? ¿Con qué finalidad? ¿Se quedarán tranquilos si el relato no tiene monstruos? ¿Se apaciguarán si no contiene imágenes que figuren sus amores, sus odios, sus rivalidades, sus pasiones? ¿Posibilitarán esas historias travesías que generen una efímera tranquilidad? Porque inevitablemente buscamos esa breve paz que nos ayude en el duro transcurrir de los días, que nos auxilie en los trayectos cotidianos entre lo habitual y lo imprevisto, pero también en los saltos abismales de la vigilia al sueño y de éste a otro día nunca antes recorrido. La historia me brindará un sostén. De este modo *Calibán* me susurra dulcemente: cuéntenos la Historia del Psicoanálisis en Brasil. ¿Por qué? ¿Con qué finalidad? ¿Para apaciguarnos? ¿Cómo instrumento de lucha? ¿Para conocernos? ¿Para, al revelarse nuestra historia, poder dar un paso más en dirección de la apropiación de nuestra identidad? Por otro lado, sabemos dudar, como psicoanalistas, de un proyecto totalizante y contentarnos con pequeños pasos efímeros y transitorios. De este modo conmemoramos el breve éxito de un sueño logrado y éste tan sólo nos permitirá caminar hacia el inevitable y necesario próximo sueño.

Años atrás, cuando era editor de la revista *IDE*, pensé, junto con otras personas, en recuperar la historia de nuestra sociedad psicoanalítica. Pretendíamos contar la épica del nacimiento del psicoanálisis en nuestro medio, con finalidades conmemorativas: sus padres, sus antecesores y sus padrinos. Una historia que claramente alcanzaría su apogeo en el momento mismo de su relato, que entonces

---

\* Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo.

sería presentado como el final de un recorrido exitoso. Con esa idea entrevistamos a los pioneros, recopilamos documentos y escuchamos sus relatos. Lo que se comenzó a esbozar frente a nuestros ojos fue que la historia no solamente no sería recuperada, sino que también contendría intimidades e interpretaciones que, por cierto, excedían nuestros propósitos. La épica se transfiguraría en algo trágico y, como deberíamos haber sospechado desde el principio, los héroes eran humanos y su peregrinación apenas cabría en lo que nos es propio: un relato analítico que tiene lugar tan sólo en el templo o en la alcoba, sacralizadas y sexuadas, en el recinto donde puede transcurrir un análisis. Nuestra historia, incluso en su pequeña posibilidad de revelación, pasaría inevitablemente por amores, pasiones, incestos, asesinatos, además de bucólicos amores y filiaciones, con las que se gustaría contar a los más jóvenes acerca de su origen. Pero más allá de eso, el análisis crítico de nuestro medio social y cultural excedía nuestras aptitudes. De este modo, en aquel momento, la opción fue la de desistir a una tarea que iba más allá de nuestras posibilidades. Hicimos, no sin cierta osadía, un Álbum de Familia. Ese libro, así como las historias oficiales de familia, contenía tan sólo fotos de momentos de la vida de los pioneros. Esas fotos y algunos pocos ensayos introductorios revelarían oficialmente la imposibilidad de la tarea de aquellas páginas que, sin embargo, podrían ser recorridas con el placer y la fantasía con la que MIRAMOS antiguas colecciones de fotos. Invitábamos a nuestro lector a soñar a partir de las imágenes y a que éstas resultaran estímulos para continuar pensando e imaginando. Mantuvimos también la idea de tiempo histórico, pues estas imágenes pertenecían a un tiempo y a un lugar definido. Intercalamos fotos de acontecimientos de la historia brasilera y de la historia del mundo, contemporáneas a las imágenes personales de los pioneros que se mostraban frente a nuestros ojos curiosos. Otra invitación para el pensar. Tampoco podíamos dar cuenta en el movimiento de las ideas, de una discusión objetiva entre las diferentes escuelas psicoanalíticas, así como ignoramos ideologías e intereses. Se trataba apenas de una novela familiar, sin pretensión de verdad histórica.

En aquel momento no había tenido contacto aún con la obra *Imágenes a pesar de todo* de Didi-Huberman (2012). En este libro Huberman hace un profundo análisis de cuatro fotos que sobrevivieron al campo de concentración nazi de Birkenau. Un fotógrafo anónimo las tomó con el propósito de no dejar sin representación lo que los verdugos pretendían que se realizara sin marcas y “sin Kadish”, la oración a los muertos. Son 4 fotos bastante precarias, pero el análisis que Huberman hace a partir de ellas y la polémica en que se envuelve con Claude Lanzmann, autor del documental *Shoah* y para quien el holocausto es irrepresentable, son esenciales. Se trata de una discusión de notable interés para nosotros, psicoanalistas, que estamos involucrados en la tarea clínica de la creación de representaciones y de imágenes a través del trabajo del sueño. Por otra parte, Huberman se vale del concepto freudiano de “Traumarbeit” en su discusión.

Didi-Huberman, basado en Walter Benjamin y Aby Warburg, pretende crear lo que denomina “método arqueológico”: decía que en cada imagen que miramos y relacionamos con otras imágenes y textos, podemos descubrir puntos de convergencia y múltiples temporalidades diferentes. El filósofo define a la mirada

arqueológica como la capacidad de comparar lo que vemos en el presente, lo que sobrevivió, con lo que sabemos que ha desaparecido. Analizar imágenes antiguas es como analizar ruinas. Casi todo está destruido, pero queda algo. Lo importante es cómo nuestra mirada pone ese “algo” en movimiento. Quien no sabe mirar, atraviesa las ruinas sin percibir nada.

Aby Warburg, creador de la biblioteca Warburg –posiblemente la más importante biblioteca actual de humanidades– ha visto retomada y revisitada su obra. Creó un método en el que todas las disciplinas de humanidades se relacionaban unas con otras. Se ocupó de las imágenes como proceso civilizatorio que, no siendo aún lenguaje estarían, al ser generadas, a medio camino entre la magia y el logos y en las que el espacio simbólico creado presenta el espacio reflexivo y de ponderación entre el ser humano y su entorno de naturaleza y sociedad. Este movimiento no es acumulativo sino que necesitará que se lo recrea a cada momento. Creó un instituto que se dedicó, en esa transdisciplinariedad, a una hermenéutica de la cultura. Luego del contacto con estos autores, es que me surge nuevamente la idea de privilegiar una imagen.

## II

Así, otra vez me veo ante la Historia y ante mi precariedad, desde la que contaré tan sólo una historia. Como se dice en nuestro dialecto, no pretendo capturar el objeto en su dinámica, apenas relataré una viñeta clínica, o mejor aún, haré un recorrido en torno a una foto virtual. Paso a ella:

A Virgínia Bicudo le gustaba contar cómo, del grupo liderado por Durval Marcondes, ella fue la primera en recostarse en el diván de Adelheid Koch. Además, agregaba ella, “fui la primera persona que se analizó en Brasil, y tal vez en América Latina”. Podríamos comenzar con la difícil pregunta: ¿quiénes son estos entes definidos por letras mayúsculas? ¿Quiénes son Adelheid Koch, Virgínia Bicudo y Durval Marcondes, Brasil y América Latina? ¿Los puedo dar por conocidos o prometer que al final de este relato los conoceremos?

Cortázar diferencia la novela clásica del cuento haciendo una analogía entre el cine y la fotografía. El cine, como la novela, es del “orden de lo abierto”, mientras que la fotografía propone una justa limitación previa. Dice Cortázar que “fotógrafos de la categoría de Cartier-Bresson o de Brassai, definen su arte en una aparente paradoja: la de recortar un fragmento de la realidad, fijándole determinados límites, pero de modo tal que ese recorte actúe como una explosión que abra de par en par una realidad mucho más amplia, como visión dinámica que trascienda espiritualmente el campo abarcado por la cámara. El fotógrafo, así como el narrador de cuentos, siente la necesidad de elegir y limitar una imagen o un acontecimiento que resulte significativo, que no sólo valga por sí mismo sino que también sea capaz de provocar en el espectador o en el lector una especie de apertura, que tenga un efecto fermental que proyecte la inteligencia y la sensibilidad en dirección a algo que vaya mucho más allá del argumento visual o literario contenido en una foto o en un cuento”.

Desde esta perspectiva, veamos nuestra foto de Virgínia Bicudo (1910-2003) en el diván. Imaginemos una vieja foto de familia en la que vemos tres personajes.

Imaginemos que Virginia se encuentra reclinada en un mueble de origen europeo y, por lo tanto, extraño a su medio de origen. Otro mueble, posiblemente una *bergère*, le resulta más familiar a quien se sienta detrás, Adlheid Koch (1896-1980). Debe de haber sido traída en barco, junto con el resto del mobiliario, por esa peculiar alemana en su viaje de inmigración hacia los trópicos. Ella habla mal el portugués. La escena es observada y avalada desde un punto virtual de la foto, por un señor bastante elegante y que fácilmente puede ser reconocido como perteneciente a la élite económica y cultural de Brasil. Estamos frente a Durval Marcondes (1899-1981). Por la decoración, las ropas, los peinados y el estilo de la foto estamos claramente en la década del 30. Nos encontramos en la casa de Durval, que es también su consultorio y que será sede de la *Sociedade Psicanalítica de São Paulo*. Los tres personajes de la foto serán esenciales en esta sociedad durante toda su vida.

Observando un poco más detenidamente vemos que Virgínia Leone Bicudo es mulata. Su historia es una historia brasilera común. Por parte de padre es nieta de una esclava y de un abuelo desconocido: ¿sería el señor de los esclavos? ¿el hijo de éste? ¿alguno de los criados de la hacienda? Jamás lo sabremos, así como quedará también en misterio el origen de tantas familias históricas de nuestro medio. Su padre, Teófilo Julio era un “*empregado de dentro*”, es decir que trabajaba en la Casa Grande de una hacienda paulista de café. Allí conoce y se casa con Giovanna Leone, hija de inmigrantes italianos llegados al Brasil en 1897. Todos trabajan en la siembra de café perteneciente a Bento de Augusto de Almeida Bicudo. Este, como es característica entre los propietarios de haciendas, pertenece al partido republicano paulista, es senador del Congreso Legislativo Estatal y uno de los fundadores del diario *O Estado de São Paulo*. Es la tradicional Casa Grande y *Senzala*<sup>1</sup> brasilera, en su modelo paulista. Deberíamos en este punto remitirnos a Gilberto Freire, pero resumidamente podríamos decir que este modo de producción se caracterizó, entre otros aspectos, por ser de monocultivo, basado en trabajo esclavo, volcado hacia la exportación y con gran independencia del estado, o mejor dicho, prácticamente poseedor del estado brasilero.

En la Casa Grande hay una convivencia muy próxima entre esclavos y señores, por lo que el mestizaje es común, Es un régimen paternalista y autocrático. Recordemos que, más adelante, en ocasión del bloqueo inglés al tráfico de esclavos, se instala en Brasil una política de inmigración en formatos crueles, puesto que lo que se intentaba era tan sólo sustituir la mano de obra esclava que se había vuelto muy cara. Contrariamente a la inmigración hacia los Estados Unidos, las leyes aprobadas por los productores paulistas de café no sólo prohibían a los inmigrantes adquirir tierras sino que les hacían pagar a los propietarios de las tierras los gastos de su viaje. El régimen era de tal despotismo que Prusia llegó a prohibir a sus ciudadanos el emigrar a Brasil. La ideología y la propia constitución eran liberales, pero la forma real no le correspondía. En la práctica, se pretendía que la inmigración tan sólo supliera la carencia de mano de obra esclava. Incluso así, la esclavitud tiene en Brasil a su último exponente, y a su término, la república se instala en un simple golpe militar. Según Gilberto

---

1. Barracón, caserío, dependencias donde vivían los esclavos en las haciendas o fincas del Brasil esclavista.

Freire, la Casa Grande complementada por la *Senzala*, representa todo un régimen económico, social y político.

Volviendo al padre de Virgínia, Teófilo, en algún momento éste adopta el apellido Bicudo. Conforme a la costumbre luego de la abolición, al no tener apellido, los ex-esclavos solían adoptar el apellido de su antiguo señor. Vemos también en la foto que Virgínia tiene el cabello “*ruim*”, como dice el pueblo incorporando y aceptando el prejuicio. De hecho, Virgínia es una linda joven, más allá de que todos en la foto llaman la atención por su elegante belleza que, como siempre, solamente encontramos cuando está acompañada de inteligencia y cultura.

Pero Virgínia lleva también el nombre de Leone, italiano de origen como vimos antes. Su madre, originalmente llamada Giovanna y después abrasilerada a D. Joaquina, llamará la atención por su inteligencia al liberal Bento Bicudo que, de forma paternalista le solventará los estudios. Más adelante, conoce al hijo de esclava Teófilo Júlio, se casa con él, se muda a San Pablo y tiene 6 hijos, la segunda de los cuales es Virgínia. Ella estudia Sociología, tensionada internamente por sus contradicciones y allí conoce a Durval Marcondes, profesor de Psicoanálisis, disciplina que se intentaba divulgar desde los años 20.

Volviendo a nuestra foto, nuestra mirada se extraña por la presencia de una mulata en ese ambiente tan elegante y europeo como el que se puede vislumbrar en la sala en la que ocurre el evento. Hoy en día, en 2014, todavía tenemos nuestro “*apartheid*”. Sabemos, por la propia Virgínia, que fue el dolor de su situación lo que la llevó de la investigación sociológica a la investigación en el ámbito de su espíritu. Aún hoy es una excepción absoluta encontrar negros o mulatos en nuestros institutos de formación. Si bien no nos escandalizamos con esa rareza, ello tampoco cuenta con la preocupación de ningún instituto. Por el contrario, nuestras casas tienen habitaciones para el servicio doméstico, herencia de la Casa Grande y dignas representantes actualizadas de la *senzala*. Hoy, 126 años después de la abolición de la esclavitud, continuamos profesando nuestras ideologías liberales características, que se superponen con un enorme retraso de las estructuras sociopolíticas. Apenas hace unos pocos meses que se empieza a pensar en dar derechos laborales a los actuales empleados “*de dentro*”, por cierto que con bastante escándalo por parte de nuestras élites.

Otra experiencia de dolor se visualiza en la segunda mujer en la foto. Es rubia, de pelo lacio y muy bonita. El relato de Virgínia siempre llama la atención por el deslumbramiento que esa figura le genera cuando la ve por primera vez: “Era hermosa, con su sombrero maravilloso”.

Flávio Dias, otro participante (oculto en esta foto) de la escena de origen del psicoanálisis en San Pablo relataba otra historia. Adelheid Koch le había contado que llegó a Brasil para ejercer psicoanálisis, pero que también había traído un pequeño capital y que si el psicoanálisis no prosperaba iba a abrir una fábrica de sombreros. Un clásico de la épica de la inmigración de refugiados judíos, que provenían de una Europa en vías de ocupación por el nazismo. Preanunciando el exterminio de los judíos en Europa, Ernest Jones ayuda a los

---

2. Literalmente “malo”, desprolijo, pero aplicado popularmente a cabello crespo.

psicoanalistas centroeuropeos a refugiarse en otras asociaciones. Con ese objetivo contactará a Durval Marcondes para que respalde la venida de Adelheid Koch. Ella, que era alemana, se había analizado con Otto Fenichel y pertenecía al instituto de Berlín, afiliado a IPA, debía venir a Brasil para analizar y formar lo que creo fue el primer instituto de América Latina. Considero que estamos viendo también en la foto el gesto inicial del psicoanálisis clínico en nuestro continente. Adelheid llegó en 1936 y todavía hablaba muy mal el portugués cuando esta escena tiene lugar. Como episodio anecdótico recuerdo lo que nos cuenta Flávio Dias: a pedido de Adelheid le había hecho una lista de malas palabras en portugués para que ella pudiera utilizarlas en los análisis que conduciría. En una foto real de la época que consta en el Álbum de Familia, vemos a Adelheid y sus hijas detrás de un recipiente lavando la ropa, cuadro inusitado para las élites que se interesaban por el psicoanálisis. No voy a recordar aquí el inenarrable drama judío de aquellos años. Los lectores pueden fácilmente hacer sus asociaciones acerca de esa época.

Recuerdo también ahora que en el Brasil vivíamos en la década del 30 un momento peculiar en el que, aspectos fascistas del gobierno de Vargas convivían con la primera ola de modernización e industrialización. La ideología del *Estado Novo*, régimen dictatorial que se instala en 1937, oscilará entre su simpatía para con el nazi-fascismo y la fascinación por el poderío económico americano. Solamente en 1943 definirá su bando en la confrontación europea, optando por las democracias liberales, pero no sin antes aprobar una serie de leyes anti-semitas. De todas formas, el país vive una transición de las clases en el poder, puesto que la antigua élite agraria, al enfrentar la crisis de 1929, sufre un choque que da de lleno en el modelo único del monocultivo volcado a la exportación. La industrialización pone en escena nuevas élites urbanas e industriales y un proletariado educado políticamente en Europa, que llega aquí en un nuevo movimiento migratorio. Las antiguas élites pasan a ocupar lugares como profesionales liberales o funcionarios privilegiados del estado, que en el nuevo modelo también se presta a funcionar brindando un marco que les permita su sobrevivencia. Como ejemplo recordemos que hasta los años 70 las cátedras en las universidades serán ocupadas por miembros de la antigua élite. Mientras tanto, los nuevos emigrantes se ocupan de las despreciadas actividades ligadas a la economía. Ocupan un lugar de relevancia en el comercio, la industria y la construcción. Así ocurre con la colonia italiana, judía, árabe, japonesa, etc. San Pablo es el lugar central hacia donde se dirige esa nueva ola migratoria y el país asiste a un crecimiento importante de la urbanización.

Durval Marcondes, que respaldaba la escena entre Adelheid Koch y Virgínia Bicudo, era originario de esta élite de origen agrario y hegemónica hasta los años 20. Médico y próximo de las élites intelectuales de San Pablo, participa como tal de la Semana del 22. Este evento está marcado como el origen del movimiento modernista en Brasil. Se interesa por el psicoanálisis e inicia correspondencia con Freud, a quien envía el primer número de la *Revista Brasileira de Psicanálise*, en 1928, que volverá a ser editada nuevamente recién en 1967. Considero que ese movimiento artístico y cultural tiene origen en el desarraigo que surge de la transformación del lugar social que enfrenta la aristocracia rural. Es interesante notar cómo los participantes del movimiento modernista



se interesaron por leer a Freud en esa época. Un poco más tarde, en 1928, el *Manifiesto Antropofágico* de Oswald de Andrade cita tres veces a Freud. Este manifiesto critica la forma en que las élites lidiaban con la cultura que venía de Europa, sin filtrarla por la especificidad de nuestro medio. Propone que hubo una apropiación cultural, cuyo modelo sería el de la “degustación” padecida por el obispo Sardinha por parte de los indios *caetés*. Devorado por indios antropófagos, el primer obispo en Brasil pasaría a ser el modelo de la incorporación de la cultura que provenía de otros lugares. Canibalizada la cultura, destruida al volverse carne del habitante local, se volvería adaptada a nuestro medio y a nuestra verdad. Hay en la lectura de Freud por parte de los modernistas un peculiar aprecio por el vértice pulsional que, unido a otras fuerzas primitivas y metaforizadas por nuestros salvajes, serían el motor de la transformación y el progreso del nuevo mundo. Este modo de pensar es profundamente irreverente y original. En él encontramos el aprecio por lo primitivo, por lo espontáneo, por lo disruptivo y desacralizado que se encarna profundamente en movimientos culturales posteriores, como el Tropicalismo en la música o el *Cinema Novo*<sup>3</sup>, el teatro de Nelson Rodrigues, la *chanchada* –movimiento que se opone al oscurantismo y a la censura en la dictadura militar– así como tantos otros movimientos que terminaron por volverse parte de nuestra idiosincrasia y que son fácilmente reconocidos desde una mirada externa.

Es probable que, por su origen, esta intelectualidad aristocrática no pudiera adoptar al movimiento crítico de origen marxista que fuera traído por la segunda ola migratoria. Adelheid Koch llega al Brasil poco tiempo después que Olga Benário. Ambas tienen el mismo origen, Berlín, aunque vivieran en universos de ideas extremadamente distantes. Ambas traen concepciones típicamente europeas que, misturadas con lo que encuentran en el país que las recibe, tendrán un destino peculiar. Una pretende divulgar el psicoanálisis, la otra, que viene imbuida de proyectos de transformación social, es detenida presa en 1935 y deportada a Alemania, donde será ejecutada en el campo de concentración de Bernburg.

El movimiento crítico acerca de las tradiciones y el atraso social y cultural en nuestro medio, tiene un sesgo teórico inusitado. Así como en Europa la lectura de Freud inspiró al surrealismo, en Brasil, el movimiento modernista toma a Freud como una de sus raíces, por cierto que en una lectura bastante original. Adelheid Koch acerca al Freud clínico, Virgínia Bicudo hace llegar, luego del periodo londinense, a Melanie Klein y a Bion. Durval Marcondes tal vez pueda ilustrar cómo esos fermentos crean un modo particular de psicoanálisis en San Pablo. Estos representantes ejemplares de los movimientos sociales darán forma a nuestro psicoanálisis. Generan un grupo que tiene particularidades propias, de las cuales destaco algunas. Desde sus inicios, el psicoanálisis en nuestro medio tiene un carácter no académico y profundamente ligado a la cultura. Hay un sincretismo cultural que torna al grupo permeable a una multiplicidad de corrientes y, si bien puede haber una visión crítica de ese sincretismo, sin duda éste propicia un ambiente de libertad teórica y clínica. La *Sociedade Psicanalítica de São Paulo* nunca se escindió. Hasta hoy las divergencias y

---

3. Nuevo Cine.

las crisis teóricas e ideológicas se pudieron sostener en la interna del grupo. Posiblemente sea el único grupo de una metrópolis y perteneciente a IPA que no ha tenido escisiones.

Con variaciones singulares, la escena que se propone desde estas asociaciones puede ser extendida a otros grupos brasileiros. El lector encontrará sin dificultad descripciones fácticas de todos los grupos brasileiros. No fue mi intención hacerlo así. Con un poco de imaginación no es imposible remitir las perplejidades que hoy enfrentamos, tanto en las sociedades psicoanalíticas como en nuestra sociedad civil, a las sincronías y diacronías presentes en los grupos sociales que integran esa foto. La misma, como propuesta perceptiva explosiva, podría continuar desperdigando sus fragmentos, pero sufre una limitación externa dada por el espacio cedido gentilmente por el convite “canibalístico”. Pero si el espacio de la revista es definido, el espacio de nuestras reflexiones y sueños es infinito. Siempre podremos volver a esa foto y, al asociarla con estímulos actualizados, permitir que el espíritu gane alas y vuele, incluso aunque los sueños y las reflexiones sean, inevitablemente, insuficientes.

## Referencias

- Cortázar, J. (1993). Alguns aspectos do conto. En *Valise de Cronópio* (pp. 147-163). São Paulo: Perspectiva.
- Didi-Huberman, G. (2012). *Imagens apesar de tudo*. Lisboa: KKYM.
- Freyre, G. (1996). *Casa-grande e senzala*. Rio de Janeiro: José Olympio Editor.
- Moretzsohn, M. A. (2010). *Uma história brasileira: Centenário de nascimento de Virgínia Leone Bicudo*. São Paulo: SBPSP.
- Nosek, L. (Org.). (2002). *Álbum de família: Images, fontes e idéias da psicanálise em São Paulo*. São Paulo: Casa do Psicólogo.
- Warburg, A. (2013). *A renovação da antiguidade pagã: Contribuições científico-culturais para a história do renascimento europeu*. Rio de Janeiro: Contraponto.

## Mi vida y el movimiento psicoanalítico en el Río de la Plata

Estoy distante de ser un erudito en la historia del psicoanálisis latinoamericano, sobre todo si pensamos que la historia es la cronología de hechos y personajes que configuran un trayecto. Soy sí copartícipe y testigo de ese trayecto y desde esa posición –auto referencial– puedo dar testimonio de lo que me parece relevante y significativo de ese transitar de medio siglo.

Por eso parodio a Freud en el título o –para ser menos pretencioso– me escudo en el humor sagaz de la Mafalda de Quino: “La historia empieza cuando yo me doy cuenta”, o en la sentencia de Ortega y Gasset: “Yo soy yo y mis circunstancias...”. Como en la microhistoria que a través de un personaje corriente, se procura retratar la sensibilidad de una época.

No hay, pues, en mi texto pretensión alguna de descripción exhaustiva ni de una verdad demostrable, sino una invocación a la controversia para que desde distintas atalayas podamos argumentar y bordar las aristas de lo que podríamos titular el *Zeitgeist* (espíritu de época) del psicoanálisis de hoy. Sí podremos hablar de psicoanálisis en movimiento y no de teoría coagulada o petrificada.

También aprendí de los historiadores que no hay historia positiva en el sentido de captar o aprehender el pasado tal cual fue, sino versiones donde la lectura e interpretación de los hechos pasados va creando un escenario ficcional que busca aproximarse a lo más sustantivo y significativo de la realidad vivida. La historia de las ideas en psicoanálisis es más afín al fluir de la cultura, que a la fijeza de las leyes de la cosmografía o de la termodinámica. Pero no se abandona la objetividad demostrable o compartible sin estremecimiento y sin el temor a habilitar el disparate... Para definir la historia de cada movimiento cultural, Bajtin utilizó el término de cronotopo e Ignacio Lewcowicz afirmaba que la meta de la operación historiadora no es rescatar la totalidad de lo que fue, sino trazar puentes de inteligibilidad entre aquel pasado y lo que actualmente ocurre.

\* \* \*

Cuando “yo” (mi generación) nació al psicoanálisis la exigencia de que nuestro oficio aprobara su condición de práctica científica era un postulado incontrovertible; merecer la calificación prestigiosa de “ciencia natural”, es decir que la causalidad inconsciente debía seguir la misma lógica del determinismo lineal

---

\*Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

laplaciano, apuntar a discernir la causa prínceps y llegar a resultados predictibles. La necesidad de creer en una “teoría verdadera” era sintónica con el dogma de la Ilustración de buscar la coincidencia entre *Res e Intellectus*. La manera de teorizar de Freud, de crear ese escenario que el llamaba especulativo, no se ajusta a las reglas que fijó Francis Bacon para las ciencias empíricas. Es más afín, creo, a los modelos de abstracción en matemáticas. Las ciencias del sujeto, cuyos referentes son intradiscursivos, no son subsumibles al rigor de las ciencias de la naturaleza. Hoy sabemos que Freud fue estructuralista “*avant la lettre*”, entendiendo que la estructura es un modo de articular los fenómenos que observamos y los modelos teóricos, de manera diferente que el procedimiento inductivo-deductivo de las ciencias naturales.

Por otra parte, antaño la diferencia entre normalidad y neurosis, (entre salud y enfermedad) era concebida como nítida y dicotómica y nuestra vocación como trabajadores de la salud mental era indiscutible para el rescate de una racionalidad lúcida de sí misma y un sujeto consciente de sí. Tal era la meta a conseguir.

La cultura en que habitamos en estas últimas décadas se aviene mal a la nitidez de estos postulados, aunque estemos lejos de disipar el malestar en la cultura y la brutalidad destructiva de algunos síntomas. Hoy no pensamos en realidad y ficción como términos antinómicos sino como ingredientes ineludibles de nuestra relación con el mundo humano y con nosotros mismos, para construir el porvenir de una ilusión o padecer el malestar en una cultura. Pero adulterio, corrupción, psicopatía, xenofobia, diversidad sexual, son términos con fronteras más difusas que hace medio siglo, en la tolerancia o la condena, y el pensar psicoanalítico queda irremediablemente marcado por la cultura en que habita y que lo habita. Tengo la convicción de que el espacio de incertidumbre y de ignorancia que nos otorgamos ahora, era entonces más delgado del que nos concedemos en la actualidad.

De los tiempos fundacionales guardo inamovible el gesto de Breuer de replegarse ante el mandato de Berta: “Déjeme hablar”, que inaugura el fundamento de la *talking cure*. Es una semilla que sigue vigente aunque su pleno cumplimiento sea inalcanzable y utópico. Este posicionamiento nos diferencia radicalmente de las doctrinas psicoterapeutas en uso, donde el lugar del saber reside más en la técnica del tratante que en la palabra del tratado. La asimetría se construiría en la transferencia y es lo que me parece un rasgo singular relevante de nuestro oficio, antes y ahora. Sólo con este repliegue puede brotar la neolengua de la transferencia que habilita que se construya una original asimetría propia del encuadre psicoanalítico.

\* \* \*

Cuando mi generación nació al psicoanálisis, promediando el siglo XX, la vanguardia en el Río de la Plata era kleiniana más que freudiana, quizás en el norte, pugnaba el kleinismo con la *Egopsychologie* como “vanguardias” de la herencia freudiana. Pero lo que más importa es que en ambos casos la manera de transmitir una “teoría verdadera” tenía un rigor militar... ¡y los disidentes a Siberia...! Mirado desde hoy, creo que en nombre de la ortodoxia padecimos una epidemia de usar la teoría como religión. El anatema de “esto no es psicoanálisis” era

constante. La excomuni3n, fuera dom3stica o viniera del vaticano londinense, flotaba en el aire.

Ser kleiniano implicaba la creencia de que lo esencial de la estructuraci3n psíquica se jugaba en el tiempo infans, en la teorí de las posiciones y el Edipo precoz que mediaba entre ellos. Pero sobre todo que en la regresión que promovían y posibilitaban las cuatro o cinco sesiones semanales de 50 minutos, permitían observar, en vivo y en directo, en el aquí y ahora conmigo, las ansiedades y defensas básicas de ese período de la vida. El psiquismo arcaico era la causa princeps de la organizaci3n psíquica y su actualizaci3n en sesi3n, en una transferencia candente y pasional, traería consigo la modificaci3n del síntoma, del carácter y de los vínculos.

La re-edici3n de emociones primitivas serían las promotoras del cambio psíquico, habilitarían la reorganizaci3n del psiquismo en la experiencia y reconocimiento de los aspectos hostiles y destructivos de la relaci3n consigo mismo y con los demás. La recuperaci3n consciente de un saber sobre si mismo, sint3nica con la metáfora freudiana de la desecaci3n del Zuiderzee, mediante la interpretaci3n mutativa (Strachey) y el *insight* bipersonal (Baranger), fueron la meta discernible del éxito del proceso.

En el debate teórico, la controversia entre la prioridad l3gica de los vectores edípicos y pre-edípicos en el determinismo del trastorno, estaba siempre en el orden del día. En lo que había acuerdo tácito (o concordancia) era en que una experiencia pasional en presencia (nada se modifica en ausencia o en el esfinge), era la carne misma del hecho transferencial.

\* \* \*

El retorno a Freud de Jacques Lacan, es decir, la llegada a las instituciones rioplatenses de la API del pensamiento francés, abrió otros horizontes y fue para muchos un punto de inflexi3n.

Pienso que además de los aportes teóricos originales y sustantivos de la Escuela Francesa, otros factores incidieron en esa inflexi3n. El crecimiento descomunal de la urbe hacía difícilmente viable la preservaci3n del encuadre de 4-5 sesiones por semana. Pero sobre todo el viraje epistemológico que implicó la derrota o el derrumbe de los paradigmas monocausales a que apuntaba la ciencia de la modernidad y su remplazo por un pensamiento débil, donde cabían y crecían las nociones de incertidumbre y caos, que tácita o explícitamente cuestionaban la vigencia de teorías unitarias que buscaban sostenerse en explicaciones exclusivas para pensar fenómenos complejos. Este cambio de postura de la modernidad tardía, que tuvo lugar no sólo en ciencias humanas, sino en ciencias duras, también marcó nuestro posicionamiento clínico.

Se necesitó el coraje de los Baranger para atreverse a renunciar al prestigioso rótulo de ciencia natural que nos apuntalaba contra el charlatanismo y titular su trabajo *Artesanías psicoanalíticas*, dedicando un fecundo capítulo a definir la especificidad de la “investigaci3n en psicoanálisis”, distinguiéndolos de los principios de Francis Bacon, como requisito de cientificidad en ciencias de la naturaleza y contrastarlo con el pensamiento vulgar.

Y un paso aún más osado y centrado en la experiencia clínica, la de postular la noci3n de fantasía básica del campo bipersonal, donde la sensibilidad, la ideología

e incluso las “chifladuras” del psicoanalista son ingredientes infaltables del fenómeno transferencial, en las antípodas del panoptismo del *one-body = psychologie*.

Las consecuencias de incorporar a nuestra clínica la vigencia del concepto de “Prioridad del Otro”, con mayúscula y minúscula, me parece uno de los hitos de nuestra historia personal y colectiva.

El inconsciente freudiano siempre habitó un territorio fronterizo entre la biología y la cultura; las nociones de pulsión y de identificación son los conceptos nodales que tensan la definición del sujeto de la experiencia freudiana. Placer de órgano versus educación esfinteriana para traer un ejemplo de los comienzos pone de manifiesto cómo la mente está tanto ligada al cuerpo como al mundo. Bleger hablaba de interpretación clivada cuando el conflicto ocurría al interior del psiquismo y no clivada cuando circulaba en la transferencia. La cinta de Moebius nos ahorró ese dilema y nos dio la libertad de interpretar la transferencia o en transferencia.

\* \* \*

Mientras nos capitalizábamos en la teoría, nos proletarizábamos en la práctica. Proliferaba el psicoanálisis fuera de API y sobre todo, en la cultura del progreso tecnológico y la revolución digital, el paseo por el inconsciente quedó perimido o relegado –en el imaginario social– frente al progreso de la farmacología o las técnicas terapéuticas pensadas como más rápidas y más eficaces, pero el carácter efímero de sus éxitos nos restituye la clientela para una búsqueda sin fin.

Pese a varias muertes anunciadas, la encuesta freudiana prosigue (llámese práctica clínica, interrogación o investigación) con la misma pasión que antaño. El fundador nos legó el descubrimiento de la sexualidad infantil, desde la teoría de la seducción a los fantasmas originarios, de los pares pulsionales a las tópicas del espacio psíquico y sus conflictos intra e inter sistémicos, de los mecanismos propios de la neurosis a los de la psicosis, amén del desarrollo de su eje socio antropológico, desde *Totem* al *Moisés*, pasando por *Psicología de las masas* y *Porvenir de una ilusión* (¿a qué hora escribió Freud todo esto con el trabajo que a mí me da redactar una decena de páginas?).

Sus nuevos hallazgos son a veces desarrollos de los precedentes, otros, cambios de andarivel para explorar nuevos horizontes. Lo que habla de teorías en movimiento, inacabadas o inacabables, geniales pero precarias y abiertas tanto a la tradición como al futuro. En ese lugar pretendo situarme, más que como exégeta de los genios de la modernidad. La esfera de lo íntimo y de lo público, tan nítidamente discernibles en la cultura que habitó Freud, ha derribado los muros que separaban uno y otro espacio. Por ello, para la clínica actual, es necesario pero no suficiente focalizar los conflictos internos, sino dejarnos atrapar en la multicausalidad de factores que inciden en la producción del sujeto. Mundo interno y realidad fantasmática que está siempre teñida por un mundo social en convulsión y con brújulas erráticas.

El rescate lacaniano de la *Hilflosigkeit* (desamparo originario y su corolario de dependencia extrema en los comienzos), me parece hoy tan o más importante que el complejo nuclear de la neurosis, que exploraban erotismo y violencia en la esfera de la intimidad. Ambos referentes (Édipo y prematuridad) no son

contradictorios entre sí pero éste último se aviene más al sujeto en relación que propicia la Prioridad del Otro (Lacan, Laplanche, Piera) que el sujeto auto engendrado que se cocina en la interioridad de la peripecia edípica.

Si el psiquismo está en el cerebro y lo develaremos con la ayuda de las neurociencias, o si está en el mundo (y sobre todo en la intimidad de la relaciones con los otros significativos), pero también en la cultura y sus mutaciones; es un dilema que no me atrevo a desarrollar en los límites de este texto.

\* \* \*

Pero lo más importante de una historia en movimiento no está tanto en el ayer sino en el mañana porvenir. Soy de los que piensa que cursamos un tiempo de mutación civilizatoria y que no es fácil subirse al carro de los cambios. El *flâneur* (paseante) de Walter Benjamin que me parece un prototipo del neurótico de la modernidad, está en declinación, si no ha perimido.

Ese paseante alternaba –en la gestión de su fuero interior– momentos transitivos de acción en el mundo con momentos reflexivos en los que opera reiterar la referencia a Benjamín, “el pájaro fantástico del aburrimiento”, donde el sujeto soñaba su pasado y su futuro, con plazos extensos. En ese gesto de interrogación introspectiva, se encontraba con sus malestares, síntomas e inhibiciones.

En este mundo de la instantaneidad de la información, pletórico de acontecimientos a metabolizar, esa pausa reflexiva ha declinado o perimido y la novela interior se acompasa a los ritmos epilépticos de la sociedad de consumo (la tele, el mundial, el desastre de las guerras en Medio Oriente, el retorno de los fundamentalismos y el escepticismo en la democracia, el cambio climático y el agotamiento de los combustibles fósiles y el agua limpia). Mi generación transitó la ilusión de un futuro de progreso, de oportunidades y equidad, la actual vive un futuro incierto, lúgubre o al menos poco previsible. La nuestra sabía que remando tendríamos un lugar en la sociedad, la actual, vive temerosa de la anomia y la exclusión.

La revolución industrial y ahora la digital, mediante la eficiencia en los procesos de automatización y robotización, merman la importancia de la mano de obra humana en el pasaje de materia bruta a producto elaborado (Beck, Forrester). La expansión tecnológica ¿es liberadora o alienante? ¿O una combinatoria de ambas?

Nuestra generación “sabía” que superando nuestros conflictos internos tendríamos un lugar en el mundo, hoy esta expectativa está habitada de mayores incertidumbres. Para ser “alguien” y no nadie, es menester que el mundo nos reciba y acoja. Me refiero a la población de “incluidos” en un sistema de convivencia que llegan a nuestros consultorios. No de los marginados, estos no llegan a la consulta, sino que organizan sus maras y pandillas, crean sus legalidades paralelas y nos amenazan con la realidad y la ficción de la inseguridad ciudadana. El crimen organizado y las religiones sincréticas, ambos en expansión, son el destino probable de los hombres descartables (Ogilvie). O sin llegar a estos extremos, cumplen las tareas que Chaplin parodió en *Tiempos modernos* y Z. Bauman describió en su libro *Vidas desperdiciadas* (*Wasted lives*).

Para ellos algunos analistas latinoamericanos hemos inventado dispositivos de acción extramuros, en el linaje de las experiencias de José Bleger y Pichon

Rivière y con la distinción conceptual que hace J. Laplanche, entre psicoanálisis aplicado y psicoanálisis exportado. Sería demasiado extenso enumerar estas proyecciones hacia la comunidad que Fepal promueve, son frágiles pero apasionantes, no sólo por lo que aportamos sino por lo que aprendemos. Mirar, con oído analítico, eso que ocurre en la intimidad y encierro del consultorio, y agudizar la percepción de la frontera entre la escena social y la “otra escena” (la de la causalidad fantasmática, que se despliega en el consultorio).

Para los incluidos en nuestro sistema de convivencia, el acceso al autosustento, a un proyecto vocacional satisfactorio, a un proyecto de familia y procreación, es más difícil hoy que ayer y se traduce muchas veces en la adolentización de la tercera década o de toda la vida, vivir al día, en moratoria... sin proyecto. Las tasas de divorcios y la demora en la parentalidad, pautan estadísticamente estas dificultades.

Yo sé bien, como todos los colegas, que los conflictos internos y la realidad psíquica, sobreimprimen rasgos hipomaniacos o depresivos, saludables y creativos o ruines y empobrecedores al encuentro del sujeto con su mundo y que muchos jóvenes no se dejan arrastrar por el vértigo posmoderno y buscan seguir siendo novelistas de sí mismos.

La opción en la práctica clínica, puede ser replegarse conservadoramente a la elaboración del conflicto interno, o a riesgo de perder la especificidad que nos era familiar y arriesgarnos a explorar nuevos territorios en la producción de subjetividad, donde lo social y lo psicógeno se sobredeterminan.

En otros textos he tratado con más extensión el hecho de los cambios del sujeto en su relación con la palabra y la irrupción de la patología del pasaje al acto o del vacío, en remplazo del neurótico como novelista de sí mismo. Por decirlo telegráficamente, la revolución digital y la liberación de conductas seculares que marcaban límites entre la “normalidad y la transgresión”, ponen en tela de juicio la apoyatura de nuestras intervenciones. Durante décadas sostuvimos que la diferencia de sexos y el tabú del incesto eran el zócalo fundador de todas las diferencias. ¿Qué hacer hoy con la diversidad sexual, la no coincidencia del cuerpo anatómico y discurso, los swingers, los bisexuales, los orgasmos por computadora y la multitud de comportamientos que ponen en jaque lo que para nuestra generación estaba en los fundamentos de la cultura?

La revolución digital ha llegado para quedarse, la civilización de la imagen reemplaza la cultura del texto y la palabra. Los lazos sociales tienden a ser más superficiales, fugaces y efímeros.

Pienso que la publicidad que postula que una imagen vale más que mil palabras, es una falacia, que –como nos enseñara el Freud de la *Interpretación de los sueños*– la imagen debe ser traducida a texto para poder pensar. Texto hablado o interior, no la idea fija –casi alucinatoria– que nos asedia en momentos de zozobra. La imagen gatilla y dispara al pensamiento, pero no lo reemplaza. M. L. Pelento había lanzado la hipótesis del retorno de los tatuajes y piercings como un intento de dar permanencia o perpetuidad a las experiencias significativas que no podían inscribirse con palabras.

Hoy las fronteras entre el ámbito de lo público (que se muestra) y lo privado (que se calla o se oculta) están borrosas. La profusión exhibicionista en las redes sociales lo pautan.



El motivo de consulta solía ser el conflicto neurótico –entre la tentación y lo prohibido– que el síntoma o la inhibición ponían de manifiesto. Hoy suele ser el pasaje al acto, auto o hetero destructivo, en desmedro del conflicto. Nuestra tarea ya no parece localizarse en intentar resolver o elaborar el conflicto, sino instituirlo, porque está sepultado en el pasaje al acto. Darle espesor a ese fuero interior, propio de la condición humana, en su carácter interrogador y autoteorizante, que nos da el deleite de ser lo que somos. Mientras escribo pienso que mi texto se parece a una receta que desconoce la diversidad. En verdad no desconozco el arcoiris de motivos de consulta, muchos de los cuales son semejantes a los de antaño, sólo pretendo subrayar aquellos que más nos descolocan o desconciertan. La mentalidad de épocas pretéritas y actuales no es una sucesión sino de complejos intrincamientos. Pero los referentes sociales (familia, sexualidad, norma y transgresión, obediencia y rebeldía) no tienen hoy los mismos códigos, ni el mismo poder prescriptivo que hace unas pocas décadas.

En tiempos de Freud, el proceso psicoanalítico duraba promedialmente menos de un año, a razón de cinco o seis sesiones semanales de 50 minutos. A mediados de siglo era sagrada la frecuencia de 4 o 5 sesiones durante varios años. Con la expansión de la urbe, los tiempos de traslado proscriben, en la mayoría de los casos, la consecución de este encuadre.

Aún más importante es que con el avance del conocimiento de la fisiología reproductiva, la aparición de los métodos anticonceptivos y los cambios de sensibilidad respecto a los tabú del sexo, la fobia a la desfloración y el mandato de castidad, han cambiado los parámetros opacando la frontera antaño tan nítida en su genitalidad legítima, transgresora o condenable.

La diversidad sexual, que hace pocas décadas era delito o bochorno, es hoy un derecho, a veces consagrado por el orden jurídico y social, lo que no resuelve la homofobia, ni los límites entre orden y libertinaje.

Tiempos nuevos, que interrogan nuestros saberes heredados... la historia del hoy y del mañana, es siempre parcial porque orienta su mirada a lo desconocido.

Herederos de un inmenso patrimonio teórico-clínico, que es el soporte que nos guía en la fragilidad de nuestro quehacer cotidiano, la mejor historia no es la que nos ancla a la sabiduría del pasado, sino aquella que nos acerca al poder fundador, que se autodefiniría como conquistador, o explorador de tierras ignotas.

# Albores del psicoanálisis en América Latina.

## La pregunta por la subjetividad

### Introducción

Abordaremos la historia de cómo el psicoanálisis entra y se afianza en Latinoamérica y Argentina hasta la formalización de las asociaciones psicoanalíticas sobre la segunda guerra y su expansión en la posguerra. Se seguirán marcas e hilos conductores que promueven su inclusión institucional y discursiva.

Aunque cada escenario local tiene, en lo social y político, su modalidad lógica y discursiva propia, sus problemas, debates y urgencias; ciertos hallazgos del psicoanálisis son convocados para dar cuenta invariablemente de una modalidad de subjetividad que insiste más allá de coyunturas y circunstancias. Contextos mundiales como la primera y segunda guerra, los momentos de entreguerras y la segunda posguerra europea proveerán marcos comunes que motiven migraciones, importaciones discursivas e institucionales y las claves que expliciten la significación de la subjetividad y el psicoanálisis en cada oportunidad. El psicoanálisis aparece asociado a criterios psicológicos y referido a la condición humana como conflictividad subjetiva, pocas veces considerada.

### 1. Hasta el año 1916. Naturalismo, positivismo

En un primer momento se producen importaciones institucionales y discursivas. Analizaremos la presencia del psicoanálisis en el ámbito académico predominantemente en la Facultad de Medicina en el ámbito psiquiátrico: sus programas y referentes; en las instituciones: grandes hospicios y hospitales como también su presencia en las asociaciones profesionales hospitalarias.

Las instituciones. Los Hospicios:

Creadas en Latinoamérica a fines del siglo XIX y oficializadas a principios del siglo XX en Argentina, adquieren especial significación en el contexto social de la masiva inmigración europea y participación política restringida. Se crean aproximadamente en 1852/60, se convierten en grandes instituciones de contención circa 1880 y se nacionalizan. Los Hospicios se fundan simultáneamente con el mismo diseño en todos los países de Latinoamérica (se ha visualizado la sorprendente simetría entre el Hospicio de Rio de Janeiro, Brasil y el Hospicio de las Mercedes en Buenos Aires, Argentina). Coinciden sus principios arquitectónicos y diseño, sus bosques de diseño francés para asegurar aire puro y eludir las miasmas; sus cloacas para asegurar agua pura:

---

\* Doctora en psicología (Universidad de Buenos Aires) y profesora titular de historia de la psicología en la Facultad de Psicología (UBA); investigadora especialista en historia de la psicología en Argentina.

todo el diseño responde a un plan, son modelos institucionales exponencializados representantes del régimen conservador.

### Los libros

En una reciente exposición de libros antiguos de la Universidad de San Salvador de Bahía –una de las Universidades más antiguas y prestigiosas– se exhiben cientos de libros franceses del siglo XIX: Charcot, Janet y Ribot. La penetración arquitectónica y bibliográfica discursiva es contundente.

### La formación en origen

Muchos psiquiatras americanos estudian con Charcot en París.

### Criterios

El método patológico de fundamento fisiológico de la escuela francesa supone un estado que opera institucionalmente sobre las disfunciones patológicas –tanto locura y crimen, hospicios y cárceles– alcanzan repercusión en la Universidad. Los programas universitarios naturalistas positivistas, incluyen tempranamente temas como “histeria-hipnosis-sugestión” que facilitan cierta familiaridad terminológica. En este marco el psicoanálisis provee criterios psicológicos explicativos diferenciados de los fisiológicos-neurológicos.

Domina el enfoque fisiológico-patológico de la clínica francesa con presencia temprana en la Universidad de Buenos Aires, en “Psicología clínica y experimental” ya en 1902. El fisiólogo Horacio Piñero, miembro de la Sociedad Médica de París, sigue el diseño experimental de los laboratorios de psicología experimental de Wundt, pero son los maestros franceses quienes definen los problemas y demarcan sus alcances discursivos. Ribot, artífice de una taxonomía pasional patológica opuesta al estado afectivo normal, el método patológico estudio de excepciones y casos únicos, engarza con la psicopatología pasional, reverso a la evolución normal.

El estudio de casos clínicos –concebido como momento de discusión clínica del caso– madura una nueva escena: el “ateneo clínico” de Charcot. El estudio y discusión de casos clínicos propulsados por Charcot y el abordaje hipnosis y sugestión, constituyen métodos innovadores psicológicos que estudian los síntomas histéricos mediante hipnosis en los ateneos. Escena de la que Freud es partícipe como discípulo.

### Instituciones

El Dr. Ramos Mejía crea en el Hospital de San Roque el primer Servicio de Enfermedades Nerviosas –réplica exacta al de Charcot– conectado al Depósito de Contraventores que a su vez es copia del Depót de l’Infermerie Especial, dependiente de la Policía de París de Clerembault –con su Observatorio de Criminología– en el que participa José Ingenieros.

En 1906, Ingenieros queda a cargo de “Psicología II”, con un programa de psicología funcional de base neurológica. Sitúa la histeria, como próxima al sueño: llega a homologar la cura con el despertarse. Fiel al materialismo biológico, Ingenieros desconfía en la explicación psicológica de la histeria que considera fenómenos psíquicos sin sustento, rechaza sobre todo la etiología

sexual propuesta por Freud. Burlonamente se refiere despectivamente a ella con reacciones risueñas, jocosas, comentarios hilarantes y la ironía llega a la prensa a un artículo periodístico atribuido a Aníbal Ponce, de efecto descalificante se adhiere a la explicación fisiológica de la histeria de Janet, como déficit en la síntesis por debilidad constitucional (Ponce, 1970).

La habilitación discursiva de Freud, aunque puntual y fragmentaria y mediada por los dominantes criterios de Janet, aparece como una tesis psicológica y con contenido psicológico. Prima el argumento explicativo fisiológico sobre el psicológico.

La tesis de Agrelo (1908) titulada: *Psicoterapia y reeducación psíquica* menciona a Freud, según refiere el psiquiatra Torres Norry.

¿Y Freud? Por su parte Freud, atento, registra cada repercusión, cada efecto discursivo. En 1910 Germán Greve, un médico chileno de origen alemán publica en la Sección Neurológica del Congreso Interamericano de Medicina e Higiene, celebrado en Buenos Aires, “Sobre psicología y psicoterapia de ciertos estados angustiosos” y comenta en 1914 en *La Historia del Movimiento Psicoanalítico*: “...un médico de Chile defendió la sexualidad infantil y encomió los resultados de la terapia psicoanalítica en los síntomas obsesivos...”

## **2. La primera posguerra: humanismo espiritualista. Psicoanálisis y subjetividad. Década del 20**

El humanismo espiritualista de la primera posguerra encuentra su expresión en el reformismo humanista antipositivista en la Universidad de Buenos Aires en 1918. La democracia de participación ampliada, propicia un sujeto participativo activo en lo político, que progresa socialmente a través del estudio y del trabajo. Esta tendencia se muestra correlativa a la expansión de la psicología, especialmente en sus áreas más prospectivas: laboral y educacional y a una psicología clínica asistencial y social preocupada por la prevención.

Alejandro Korn, la figura central del reformismo en Buenos Aires, decano de la reforma expresa sus ideas en *Filosofía de la subjetividad* (1924) y *Axiología* (1930) inspirada en el relativismo subjetivo de Dilthey y Bergson. La “personalidad” psicológica es constructora de valoraciones. Su filosofía de la subjetividad, libertad creadora, es la contrapropuesta a la psicología positivista, considerada mecanicista, de un determinismo biológico limitado.

### **Las visitas**

Las conferencias de Gonzalo Rodríguez Láfora, psiquiatra español de visita en 1923 por las universidades argentinas dan cauce a la circulación e interés por el psicoanálisis. Lo presenta y habilita parcialmente, como método de “exploración del espíritu”, como método investigativo, como teoría y como terapéutica: la psicoterapia.

El prestigioso psiquiatra peruano Honorio Delgado (1925) plantea en *La humanización de la ciencia*, al psicoanálisis como puerta para investigar la conflictividad del “alma humana”. Freud escribe a Honorio Delgado y lo considera el máximo propagador de las ideas del psicoanálisis en América<sup>1</sup>.

---

1. Rey de Castro, A. (1993). Lettres de Sigmund Freud à Honorio Delgado, 1919-1934. *Revue Internationale d'Histoire de la Psychanalyse*, 6, 401-428.

## Efectos académicos

Ambos ejercen una profunda influencia inclusiva del psicoanálisis en lo académico como muestra la creación del Instituto de Psicología (en la propuesta originaria de Mouchet de 1924 lo legitima como posible metodología de investigación). Esta influencia impacta en los reformistas: Beltrán, Bermann y Loudet. Juan Ramón Beltrán, Adjunto Extraordinario en la cátedra de “Psicología fisiológica y experimental” en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, presenta un Seminario Especial: “La Psicoanálisis” de presencia estable en los programas académicos. Alberini en sus programas de “Psicología II” complementa con “Esencia de la Personalidad”. Una psicología axiológica que respeta el mapa raciovitalista de Ortega y Gasset: la personalidad vital abarca el abanico valorativo que va desde las tendencias, pulsiones, emotividad, sentimientos, pasiones hasta el logos racional.

## Efectos institucionales

En el espacio hospitalario florecen consultorios y dispensarios. Se desplaza el énfasis puesto en los pacientes crónicos a la atención en la figura de los trabajadores: el tema preponderante es el alcoholismo. El psiquiatra paraguayo Fernando Gorriti propicia espacios para la psicoterapia en la Liga de Higiene y en La Colonia Nacional de Alienados Open Door donde se desempeña como subdirector.

Freud felicita a Jorge Thenon por sus Tesis doctoral de 1928, *Sobre el valor de la psicoterapia en la medicina práctica*, en donde considera su psicoterapia como medicina práctica.

Este conjunto de ideas se vuelve un espacio discursivo propicio a las ideas del psicoanálisis.

## La llegada discursiva. Entradas del psicoanálisis

Traducción francesa médica tradicional y prevalente de la tradición anterior: es fragmentaria. Algunos artículos según la selección francesa.

Juan Ramón Beltrán, Adjunto Extraordinario desde 1928 presenta el Seminario “La psicoanálisis”. Aborda a Freud en versión francesa en el marco de una psicología vital en la asignatura “Psicología fisiológica y experimental” (UBA) siendo titular Enrique Mouchet. En línea con Gonzalo Láfora, Beltrán presenta al psicoanálisis como método de investigación, como psicoterapia y como teoría. Interesado especialmente por las dos primeras posibilidades. Lo considera parte indispensable del método clínico-diagnóstico del médico: trabaja especialmente los sueños y las formaciones del inconsciente. Trata de convencer a Mouchet de las ventajas del psicoanálisis como método de investigación frente a la psicotecnia del laboratorio. Relega la teoría –“el freudismo”– porque la considera impregnada de “escolasticismo”.

Por otro lado la Sociedad Kantiana de Buenos Aires refiere a Ortega y Gasset (representante de las novedades de filosofía y psicología alemana en España). Recomienda a un editor español la traducción directa de las obras completas de Freud del alemán al castellano aún en vida, Freud festeja la iniciativa y en agradecimiento comienza a estudiar “la lengua de Cervantes”. La calurosa recomendación de Ortega y Gasset aún es legible en la primera hoja de la obra de López Ballesteros.

El fracaso editorial en España es esperable: ni los republicanos aceptan “una psicología de mero escenario” no fisiológica, ni los religiosos toleran la etiología sexual. Inesperadamente el editor elude la inminente bancarrota, por su venta masiva es rotundo el éxito editorial en Buenos Aires alrededor de 1925. Ortega y Gasset tiene un público de admiradores que sigue sus recomendaciones, su breve prólogo aún puede leerse en estas ediciones.

Este entramado discursivo muestra qué lugar preponderante conferido a la psicología y al concepto de personalidad, actúa como facilitador en cuanto a la recepción circulación y aclimatación discusiva de conceptos del psicoanálisis, tanto desde el ámbito médico como filosófico, como a la cultura (Rossi, 2001).

En Santa Fe, en la Universidad del Litoral, Lanfranco Ciampi, discípulo de Santi de Sanctis, conectado a la escuela patológica fisiológica francesa, crea en 1924 la primer cátedra de Psiquiatría Infantil en el mundo (ligada al Hospicio y a la Escuela de niños retardados, como hizo su maestro en Roma).

Ciampi es fundador con Gonzalo Bosch de la Liga Argentina de Higiene Mental, ambos renuevan la gnosiografía con una psicopatología funcional que sugiere un posible desencadenamiento en el ambiente social. Al conferir cierta reversibilidad a las enfermedades mentales, es posible un espacio de prevención. Ciampi aplica, aunque acotadamente –por la tradición fisiológica de su maestro–, conceptos de psicoanálisis en sus psicoterapias.

En Córdoba ecos de un “freudismo reformista” aparecen en figuras como Orgaz y en el ámbito de la cultura en escritores como Juan Filloy.

En América las expresiones siguen siendo aisladas: en México se registra una tesis doctoral, Guevara Oropeza, *Psicoanálisis* de 1923 y sorprende una visita de Pierre Janet en 1925 quien se adjudica la creación del Psicoanálisis.

Para 1928 el peruano Honorio Delgado se aparta tajantemente del psicoanálisis, y hasta se vuelve opositor, preanunciando la entrada del espiritualismo en escena, una de las tendencias prevalentes de la siguiente década.

### **3. La década del 30 entre el espiritualismo y el materialismo dialéctico**

La crisis económica mundial del 30 genera la agudización del nacionalismo. Es un período de restricción en la participación política, se eclipsa el humanismo, en Argentina se congela el proyecto reformista a nivel universitario, se cierran institutos psicotécnicos laborales. La inmigración europea se detiene y se desata una significativa redistribución hacia los centros industriales urbanos.

El retorno al naturalismo y el auge de la biotipología propone un sujeto pasivo políticamente, visualizado en sus limitaciones, déficits e imposibilidades, con una subjetividad atenuada con el resurgimiento de formas sutiles de control social psiquiátrico y criminológico. El problema social se visualiza en términos de enfermedades sociales bajo responsabilidad y orden médico asistencial.

El discurso académico hospitalario queda acotado. Ciertas trazas discursivas reformistas perviven en Córdoba: el reformismo y la crítica social en la cultura aparece en las expresiones literarias de Filloy y Roberto Arlt. El psicoanálisis conserva su significación. Desde la filosofía, Deodoro Roca aparece como “lámpara de las profundidades del alma”.

Desde el materialismo dialéctico se remite al psicoanálisis

Gregorio Bermann, figura reformista-materialista de UBA, Titular de “Toxicomanías y medicina legal”, en la Universidad de Córdoba desde 1928 será exonerado en 1936 por defender a Aníbal Ponce, excluido de su cátedra del Instituto de Profesorado por su militancia política por la Ley Sánchez Sorondo que excluye de la función pública a comunistas.

Ese año Bergmann funda la *Revista Psicoterapia*, presenta diversas perspectivas de psicoterapia, herramienta psicológica de la nueva psiquiatría social que denuncia la psicopatologización y criminalización de la pobreza. En ese marco incluye algunos conceptos psicoanalíticos, aunque es indudable la intencionalidad de reducción y pragmatismo-social.

El materialismo dialéctico clásico impone una materialidad biológica económica y social que desenlaza en diversas salidas: Emilio Pizarro Crespo, muestra en *De una actitud psíquica a una enfermedad social del erotismo* un esfuerzo discursivo que empuja lo psíquico a las enfermedades sociales. Elías Castelnuovo, uruguayo, del grupo de Boedo lo considera críticamente en *Psicoanálisis sexual y psicoanálisis social*, como obstáculo por su carácter conjetural, burgués y narcisista (Castelnuovo, 1936).

#### 4. Ingreso académico del espiritualismo

A nivel académico en la Universidad de Buenos Aires continúan las cátedras concursadas de la década del 20. Sin embargo se aprecian ciertos virajes: Alberini aún fiel al mapa raciovitalista orteguiano desliza sus programas hacia el espiritualismo; Mouchet, socialista, continúa con su psicología vital; Beltrán con su Seminario “La Psicoanálisis”.

En la asignatura “Filosofía, gnoseología y metafísica”, cátedra de Korn, heredada por Francisco Romero, se aprecia un vertiginoso viraje hacia las nuevas tendencias del espiritualismo alemán. La filosofía de la personalidad y su relativismo subjetivo es considerada “psicologista”. Los “valores absolutos persona humana” de Scheler y Hartmann cuestionan hasta el mapa raciovitalista orteguiano. Las categorías de Scheler (naturaleza, vida, espíritu) y las de Hartmann, significan un desprecio a la dimensión subjetiva y psicológica del sujeto, corte definitivo con la psicología.

El espiritualismo prefiere hablar de “Persona”, su racionalidad, valores, espiritualidad. La “personalidad” psicológica queda restringida al ámbito psíquico-vital. En estas vicisitudes conceptuales los programas de psicología de UBA incluyen a Freud citado entre Scheler y Spranger entre 1930 y 1945.

Ciertos desenlaces institucionales muestran momentos de debate discursivo como en la Sociedad de Psicología de Buenos Aires que reúne pluralidad de matices discursivos en el que se aprecian sin embargo incipientes demarcaciones y cambios de énfasis en la manera de considerar algunos conceptos del psicoanálisis. Los artículos de publicaciones lo muestran discursivamente referido a lo afectivo, a lo emocional, a la psicoterapia y a la prevención. Así por ejemplo:

1932: Nerio Rojas propone una psiquiatría dinámica, profunda, de raíces afectivas.

- 1936: Loudet en la *Revista de Psiquiatría y Criminología* cambia el eje demarcando la psicología médica.
- 1936: Bermann convoca a una debate abierto en la revista *Psicoterapia*.
- 1935-7: llega Bela Szekely, psicoanalista de Hamburgo.
- 1937: Thenon propone humanizar la psiquiatría, servicios sociales, enfoques familiares, hospital abierto, dispensarios; prevención.
- 1938: Mira y López llega a Argentina: propicia la enseñanza oficial de la psicoterapia.
- 1940: Bosch y Beltrán: fundan la Sociedad de Medicina.

Un momento privilegiado de convergencia discursiva acontece en el Colegio Libre de Estudios Superiores en 1939. Se presenta un Curso Colectivo denominado: “Examen crítico de la Obra de Freud” que tornan visibles tanto los temas y problemas significativos como las alianzas y acuerdos discursivos.

Se publica en el Tomo XX, en 1940.

En el Curso se expusieron los siguientes trabajos:

- *Concepción freudiana y personalidad*, Mira y López
- *Las leyes generales de la elaboración inconciente*, Thenon.
- *Freud y la educación*, Bermann, B. Szekely y E. Troise
- *Freud y las teorías estéticas*, Pichon-Rivière y Szekely
- *Psicología y medicina*, Bermann, Mira y López, Pichon-Rivière y Thenon
- *El freudismo y sus aplicaciones a la clínica penal*, J. Belbey, Bermann y Jiménez de Azúa

Los temas muestran explícitamente la intencionalidad de abrir el psicoanálisis a diversos campos de aplicación. Significativas alianzas y acercamientos son rastreables en la preparación de las conferencias. Cada una reúne tres o cuatro autores, el anfitrión, indudablemente es Thenon, ocupan lugares protagónicos: Bermann y Pichon-Rivière; son invitados instituyentes: Mira y López y B. Szekely. Este momento muestra la convergencia y los matices del grupo afín al materialismo dialéctico e interesado por el psicoanálisis y sus diversas perspectivas de aplicación.

### La creación de la primera Asociación de Psicoanálisis de Argentina en 1942

Al reunirse psicoanalistas formados en el extranjero: Szekely, Garma y Cárcamo con Bermann y Thenon de la psiquiatría social y el grupo autóctono: Pichon-Rivière, Rascovsky y Ferrari Hardoy de inserción hospitalaria, no alcanzan un acuerdo: se decide la fundación de la Asociación Psicoanalítica Argentina pero con la exclusión de grupos que venían trabajando intensamente en institucionalizar el psicoanálisis, la psiquiatría social por desacuerdos ideológicos. El grupo médico académico liderado por Beltrán, próximo a Bosch pretendía incluir el Psicoanálisis en la Sociedad Médica Argentina.

Beltrán aún siendo miembro de la Sociedad de Psicoanálisis de París no fue convocado. El grupo formado en origen, argumenta su falta de análisis didáctico. El rechazo es su pertenencia al grupo nacionalista.

El primer Curso de Psicología Médica, “Anormalidades del carácter” por el jesuita José Laburu en la Facultad de Medicina de UBA. El desenlace lo provee



el Adjunto Extraordinario Osvaldo Loudet cuando en diciembre de ese año presenta el **Curso Superior de Psiquiatría** ante el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires, diferenciando definitivamente la psicología médica de la psiquiatría y del psicoanálisis.

## 5. El humanismo de la segunda posguerra

En Argentina, la renovación concursal de 1947 de Psicología UBA, permite apreciar las nuevas tendencias: el indudable regreso al relativismo subjetivo y al humanismo de la segunda posguerra llena de contenidos psicológicos las asignaturas Sartre (teoría de las emociones) y Merleau-Ponty y el psicoanálisis en versión alemana: *Tieffenpsychologie*, Psicología Profunda, de López Ballesteros que fundamenta la dinámica de la personalidad (Rossi & Falcone, 2009). El psicoanálisis comprende un campo de referencias conformado por Freud, Adler y Jung (Rossi, 2009).

En Brasil en 1948 Mira y López se instala en Rio de Janeiro definitivamente: Esto significa, que el psicoanálisis comienza a implementarse como psicoterapia institucional en los hospitales. De esa época datan sus obras: *Psicoterapia y personalidad* y *Psicoanálisis*. Con su colega Araujo Lima participan de la *Revista Latinoamericana de Psiquiatría* de G Bermann entre 1952 y 1954.

En México, en 1950 Erich Fromm comienza la formación sistemática de psiquiatras, hasta el momento constituían seminarios y grupos de estudios asistématicos. Recién en 1956, en esta línea, culturalista, se funda la Asociación Mexicana de Psicoanálisis.

En Chile, en 1953, Bela Szekely Director del Departamento de Psicología del Instituto Pedagógico de la Universidad Católica, propone una clínica psicológica infantil. Propone escritos de psicología profunda que articula análisis psíquico con los valores, en la línea de la escuela vienesa y del psicoanalista húngaro Caruso, axiología.

Chile y México constituyen raros ejemplos en que se aplica psicoanálisis tempranamente en instituciones jesuíticas y a religiosos.

## Conclusiones

La entrada del psicoanálisis en Argentina es esporádica. Su ingreso va de la mano de figuras, tesis; seminarios y artículos. Se trata de una entrada lenta pero firme cuando se contempla la entrada institucional: en las universidades y en los hospitales. Relacionada a los círculos médicos y psiquiátricos. Sin embargo las asociaciones aparecen independientes y generalmente motorizadas por grupos locales y exiliados refugiados formados en origen.

Discursivamente se detectan dos tradiciones: las traducciones francesas y la alemana. La francesa abre al desafío del materialismo dialéctico.

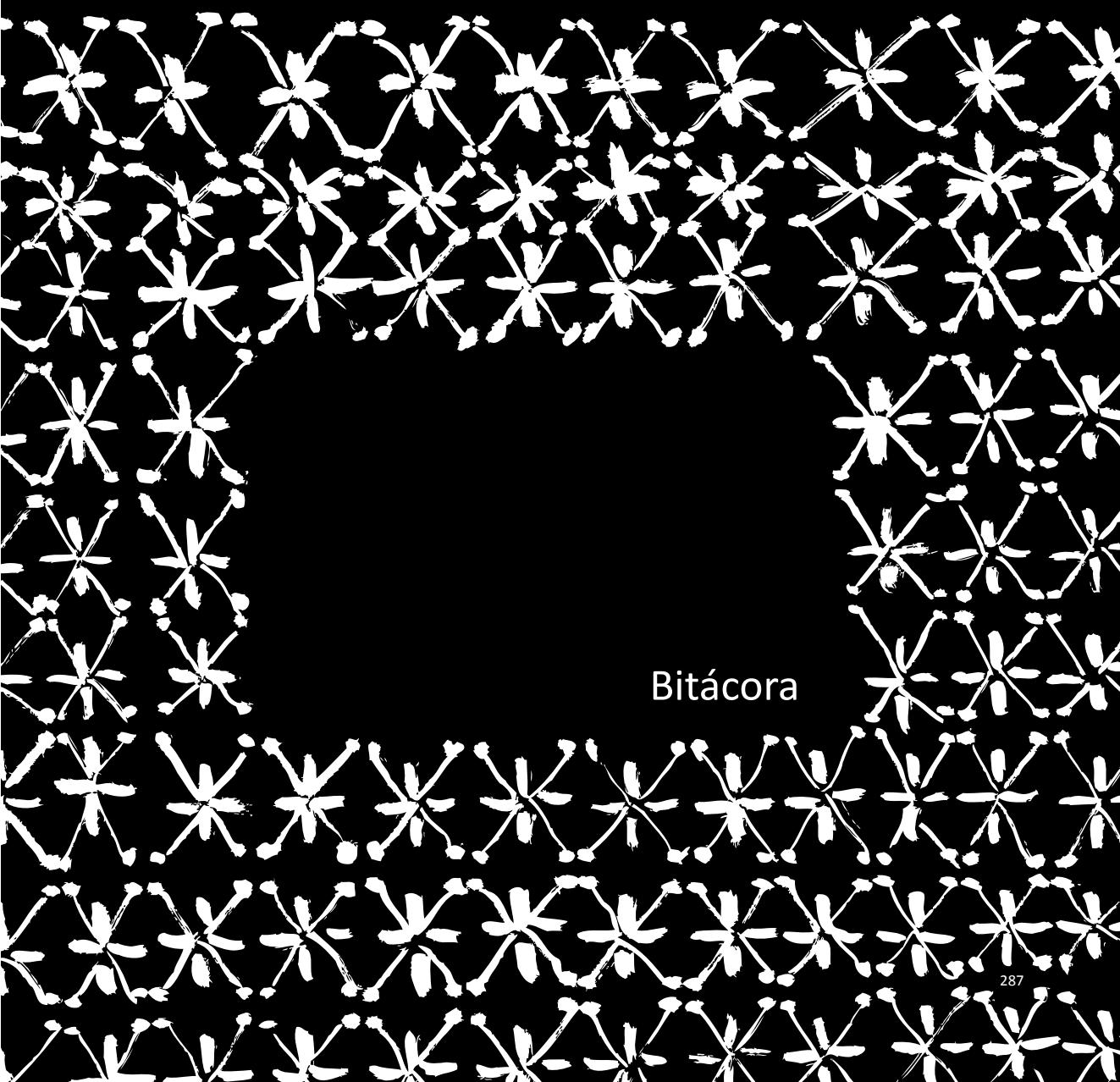
Conceptualmente el psicoanálisis permanece próximo a definiciones psicológicas y renuente al naturalismo: encuentra lugar en el raciovitalismo.

En los años 30 el psicoanálisis se encuentra jaqueado entre el espiritualismo y la reflexología de la psiquiatría social. Considerado y criticado por ambos permanece irreductible a lo material-biológico y social del materialismo dialéctico y renuente a la axiología espiritualista.

Presenta batalla argumentativa frente a todo exceso teórico de desdibujar la dimensión subjetiva.

## Referencias

- Agrelo, J. (1908). *Psicoterapia y reeducación psíquica* (Tesis doctoral). Buenos Aires: Mena.
- Beltrán, J. R. (1936). La psicoanálisis y el médico práctico. *Revista Psicoterapia*, 1(3), 75-79.
- Castelnouvo, E. (1936). *Psicoanálisis sexual y psicoanálisis social*. Buenos Aires: Claridad.
- Ponce, A. (1970). *Apuntes de viaje: Diario íntimo de una adolescente*. Buenos Aires: Ediciones el Viento en el Mundo.
- Rossi, L. (2001). Presencia del psicoanálisis en el discurso médico y filosófico en la Universidad de Buenos Aires. En *Psicología: Su inscripción universitaria como profesión* (pp. 113-119). Buenos Aires: Eudeba.
- Rossi, L., & Falcone, R. (2002). Presencia de la Asociación Psicoanalítica Argentina en la Universidad de Buenos Aires. En *60 años de psicoanálisis en Argentina: Pasado, presente, futuro*. (pp. 231-241). Buenos Aires: Lumen.
- Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras. (s. f.). *Programas de la carrera de psicología*. Manuscrito inédito.



Bitácora



## Butes

**Pascal Quignard**

Butes es un personaje menor de la mitología griega. Un marino que, a diferencia de Ulises y Orfeo, decide no sobrevivir al canto de las sirenas (*Seiren* deriva de ser, atar). En lugar de ligarse al mástil, se desata. La realidad nos ata a una segura muerte por anquilosamiento, atados a la silla mástil. Butes se lanza al mar en búsqueda de los seres de ficción, de su melodía, tan solo por observar y contactar por un instante el rostro de aquel en-canto.

(Fernando Orduz)

**México:**

**Sexto Piso, 2011**



## Jacques Lacan y la cuestión de la formación de los analistas

**Moustapha Safouan**

Safouan, evidentemente afectado por la muerte de Lacan y la disolución de la Escuela Freudiana de París, repasa en la primera parte la historia previa a Lacan y en la segunda los aportes de Lacan al tema. Si bien él es "lacaniano", su visión crítica le permite abrir los problemas mostrando los impases de ambos enfoques, que continúan vigentes. Queda claro que ser analista es un hecho atípico y no encuadra en instituciones típicas. Habría que ajustar instituciones y evaluaciones a esta condición extremadamente singular. (Leonardo Peskin)

**Buenos Aires:**

**Paidós, 1984**



## El proceso psicoanalítico

**Donald Meltzer**

Meltzer presenta su concepto de historia natural del proceso analítico, que recopila el desarrollo de las tempranas relaciones de objeto. El proceso, de cinco etapas, va desde una dependencia del objeto no reconocida ni aceptada hasta el reconocimiento doloroso de su importancia y de su posible libertad. Este libro, con su visión del psicoanálisis como actividad humana (capítulo 9), es fuente de consulta permanente para el trabajo del psicoanalista. (Virginia Ungar)

**Buenos Aires:**

**Paidós, 1968**



## Psicoanalizar hoy. Problemas de articulación teórico clínica

**Marcelo N. Viñar**

Este libro es un referente para pensar las particularidades de la formación en psicoanálisis y cómo sostener su vigencia para la comprensión de los fenómenos sociales. Destaco la cualidad del autor para ser fiel a Freud e incorporar el aporte de otras disciplinas para proponer una fuerte incidencia del psicoanálisis en lo social, con atención especial a dolorosos fenómenos de la condición humana: la miseria, la violencia, la deshumanización. (Gladys Franco)

**Montevideo:  
Trilce, 2002**



## Psicopatología de la vida cotidiana. El olvido de nombres propios. Caso Signorelli

**Sigmund Freud**

La simpleza de la construcción que nos presenta Freud es de una genialidad capaz de despertar envidia en todos los sentidos. Trabaja desarrollos lingüísticos con profunda significación psíquica. Expone nuestro funcionamiento psíquico de una manera que tan sólo un gran escritor puede lograr. El impacto estético de este texto me causó siempre una profunda impresión y no sería honesto si negara que opera como un ideal estimulante para su descendencia. (Leonardo Adalberto Francischelli)

**Obras Completas.  
Buenos Aires-Madrid:  
Ammorortu, 1904/1978**



## The work of confluence: Listening and interpreting in the psychoanalytic field

**Madeleine y  
Willy Baranger**

Cuando preparé mi trabajo para *Calibán*, este trabajo de los Baranger escrito en inglés me pareció muy interesante, ya que los autores formulan y luego desarrollan su versión de la "teoría del campo". Durante décadas, dicha teoría ha ejercido una gran influencia en América Latina, y más recientemente se ha constituido en un aspecto importante de otras tradiciones psicoanalíticas. Mis inquietudes respecto al psicoanálisis comparado dieron comienzo a una exploración de los conceptos que derivan de la visión de la situación psicoanalítica en tanto campo bipersonal. (Jay Greenberg)

**Londres:  
Karnac, 2009**



## Lacan con Derrida: Análisis desistencial

**René Major**

Entrecruzar Lacan con Derrida es la propuesta de Major en este texto, haciendo jugar al nombre propio "Lacan" el juego de deconstrucción. Juego que supone una crítica a toda semiótica basada en la presencia y en el sentido: se transitan así temas como la letra, el don, el inconsciente, en este intento de pensar la posibilidad de un "psicoanálisis derridiano" después de Lacan. (Mónica B. Cragnolini)

**Buenos Aires:**

**Letra Viva, 1999**



## Aprendiendo de la experiencia

**Wilfred Bion**

Bion se ha interesado a lo largo de toda su obra en el proceso del pensar. En este libro se dedica a estudiar los problemas vinculados con la experiencia del aprendizaje. El autor nos enseña que conocer algo conlleva un sentimiento doloroso que es inherente a la experiencia emocional misma del conocimiento. Se plantea el dilema entre eludir o modificar dicho dolor, relacionado con la capacidad para tolerar la frustración. (Verónica Esther Díaz)

**Barcelona:**

**Paidós, 2003**



## Luz en la selva. La novela familiar de Enrique Pichon-Rivière

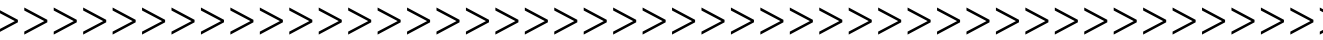
**Vicente Zito Lema**

Dice Zito Lema: "Este libro pretende lo imposible: convertirse en una ceremonia de resurrección". También comenta, como una fatalidad, por qué escribió en primera persona. "Hubo que ponerse en la piel del otro". Pero nos advierte de la necesidad de un tercero, como en todo acto creativo (Pichon-Rivière): el lector que reconstruye la vida del otro. Un homenaje a Pichon-Rivière: nos cuenta algo de su vida y es, a su vez, una obra pichoniana, donde realidad y ficción no terminan de diferenciarse. (Osvaldo Canosa)

**Buenos Aires:**

**Topía, 2009**





*Journal of Psycho-Analysis*, ex editor de *Contemporary Psychoanalysis*. Es co-autor, con Stephen Mitchell, de *Object relations in psychoanalytic theory* y autor de *Oedipus and beyond: A clinical theory*. [jaygreenberg275@aol.com](mailto:jaygreenberg275@aol.com)

### **Eduardo Grüner**

Sociólogo, ensayista y crítico cultural argentino. Doctor en ciencias sociales por la UBA; fue vicedecano y profesor de teoría política en la Facultad de Ciencias Sociales. Entre sus libros: *El sitio de la mirada* (Norma, 2000), *El fin de las pequeñas historias* (Paidós, 2002), *La oscuridad y las luces* (Edhasa, 2011). [egruner1@yahoo.com.ar](mailto:egruner1@yahoo.com.ar)

### **Jorge Kantor**

Psicoanalista didacta de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis, SPP. Presidente, ex secretario científico, ex director del instituto y ex tesorero de la SPP. Miembro por Latinoamérica del Comité de Salud Mental y Psicoanálisis; ex miembro por Latinoamérica del Comité sobre el Prejuicio de la API. Licenciado en psicología clínica, Universidad Católica del Perú. Ed. M. Harvard University. [jorge.kantor@gmail.com](mailto:jorge.kantor@gmail.com)

### **Ronald Kapaz**

Diseñador gráfico brasileño de San Pablo, es diseñador titular de Oz Estrategia+Design, ejer-

cita la complejidad y la magia de dibujar, refinando el uso de líneas, formas y colores. Como estrategia *senior* en identidad corporativa, usa las palabras y una mirada expandida para dibujar *puntos de vista*, *líneas de raciocinio*, *planos de acción*, *conceptos* de identidad y *visiones* del mundo.

[ronald@ozdesign.com.br](mailto:ronald@ozdesign.com.br)

### **Rómulo Lander**

Psicoanalista, miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. Comprometido con el movimiento psicoanalítico internacional. Autor de más de 150 trabajos nacionales e internacionales sobre psicoanálisis, y de nueve libros sobre psicoanálisis. Profesor y didacta del Instituto de Psicoanálisis de Caracas. Psicoanalista dedicado en forma exclusiva a la práctica del psicoanálisis.

[ralander@viptel.com](mailto:ralander@viptel.com)

### **Adriana Guimarães Lasalvia**

Miembro afiliado de la *Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro – Rio 2*, SBPRJ. Representante de los miembros provisorios en el Departamento de Clínica Social de la SBPRJ. [adlasalvia@gmail.com](mailto:adlasalvia@gmail.com)

### **Moisés Lemlij**

Psicoanalista, miembro titular y didacta de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis, SPP. Es profesor

en la Universidad de Lima, Perú. Ocupó cargos en su propia institución, en FEPAL y en IPA. Entre sus libros se destacan: *Mujeres por mujeres* (Fondo Editorial Sidea, 1999), *Entre el mito y la historia*. *Reflexiones sobre la violencia* (BPP, 1994), *Historia, memoria y ficción* (BPP, 1996). [sidea@chavin.rcp.net.pe](mailto:sidea@chavin.rcp.net.pe)

### **Anna-Maria de Lemos Bittencourt**

Psicoanalista de adultos, adolescentes y niños, miembro efectivo de la *Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro*, con funciones didácticas para analizar y supervisar alumnos, profesora del instituto, donde ofrece seminarios clínicos, cursos de Freud, Winnicott y algunos autores contemporáneos como André Green y René Roussillon. [annambittencourt@gmail.com](mailto:annambittencourt@gmail.com)

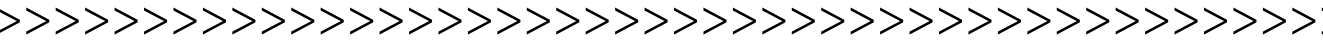
### **Roberto Losso**

Psicoanalista, miembro titular y didacta de APA, coordinador de la Comisión de Familia y Pareja de FEPAL, profesor consulto de psiquiatría y salud mental de la Facultad de Medicina, Universidad de Buenos Aires, autor de *Psicoanálisis de la familia* (Lumen, 2001). [rhlosso@gmail.com](mailto:rhlosso@gmail.com)

### **Marion Minerbo**

Psicoanalista, *Sociedade de Psicanálise de São Paulo*. Miembro





de la comisión de calificación de analistas didactas. Producción científica: *Transferencia y contratransferencia y Neurosis y no neurosis* (Casa do Psicólogo, 2012). *El pensamiento clínico contemporáneo*. Algunas ideas de René Roussillon (*Revista Brasileira de Psicanálise*, 2013). *Ser y sufrir, hoy* (2013), *Transferencia: diálogo con un joven colega* (*Jornal de Psicanálise*, 2014).  
*marion.minerbo@terra.com.br*

### **Leopold Nosek**

Psicoanalista. Miembro de la *Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo*, de la que fue presidente (1993-1996). Presidente de FEPAL (2010-2012). Fue editor de las siguientes publicaciones: *International Journal of Psychoanalysis*, *Revista Brasileira de Psicanálise* y *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*. Algunas contribuciones: *Trauma y cultura* (EPF, 2010), *Psicoanálisis y arte contemporáneo* (*Docta*, 2011), *Cuerpo e infinito: notas sobre la genitalidad* (APU, 2011).  
*nosek@terra.com.br*

### **Thomas Ogden**

Psiquiatra y psicoanalista de la Asociación Americana de Psicoanálisis y de la IPA. Asociado de la Tavistock Clinic, hizo su formación en San Francisco (EEUU), en donde es director

del *Center of the Advanced Study of the Psychoses*. Es autor, entre otros, de: *Sujeitos da psicanálise* (Casa do Psicólogo, 1996) y *Esta arte da psicanálise* (Artmed, 2010). Autor de numerosos ensayos, tiene especial interés por literatura.  
*thomas.ogdenmd@gmail.com*

### *Comentarios del cuento de Thomas Ogden a cargo de:*

Juarez Guedes Cruz, Paulo Henrique Favalli, Sergio Lewkowicz, Maurício Marx e Silva (miembros de la *Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre*); Karen Cainelli, Maria da Graça Motta, Katia Ramil Magalhães, Laura Meyer da Silva, Ana Nyvia Oliveira Sousa, Rita Taschetto (miembros aspirantes de la *Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre*).  
*sergio.lewkowicz@gmail.com*

### **Fernando Orduz**

Psicoanalista, miembro titular de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis, máster en comunicación y cultura. Ex presidente de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis. Ex director de revista de dicha sociedad (2010-2012). Profesor de cátedra universitaria en psicología y en artes. Ha desarrollado trabajos de investigación en el campo de las culturas juveniles, arte contemporáneo y cultura ciudadana.  
*orduzsolamente@hotmail.com*

### **Lúcia Palazzo**

Psicoanalista. *Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro*. Redactora del programa de radio *Preguntar y pensar* de la SBPRJ en colaboración con la radio MEC. Una de las autoras de la colección *Para leer y pensar*.  
*lupalazzo@superig.com.br*

### **Rafael Paz**

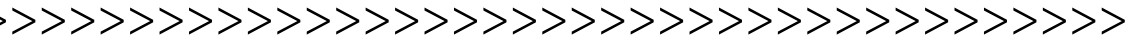
Psicoanalista, miembro titular con función didáctica de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis, SAP. Profesor honorario de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Fundador de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos. Entre sus libros: *Cuestiones disputadas en la teoría y en la clínica psicoanalítica* (Biebel, 2008).  
*rflpaz@gmail.com*

### **Leonardo Peskin**

Psicoanalista, miembro titular y profesor de seminarios de la Asociación Psicoanalítica Argentina, APA. Integrante de comisiones de asesoramiento, ética y evaluación de trabajos de la IPA. Numerosos trabajos publicados y libros en colaboración sobre clínica y teoría freudiana y lacaniana. Autor del libro *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*.  
*leonardopeskin@hotmail.com*

### **Mariano Ben Plotkin**

Doctor en historia por la Universidad de California, Berkeley.



Investigador del Conicet y profesor en la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Entre sus libros: *Mañana es San Perón* (1994); *Freud in the Pampas* (2001), así como artículos en revistas internacionales. Becario Guggenheim, 2010. Director de *CulturasPsi/PsyCulturas*, revista on-line de acceso libre ([www.culturaspsi.org](http://www.culturaspsi.org)). [mplotkin@ides.org.ar](mailto:mplotkin@ides.org.ar)

### **Alfonso Pola Matte**

Psicoanalista, Asociación Psicoanalítica Chilena. Ocupó desde 1997 todos los cargos directivos de la asociación. Coordinador del Grupo de Trabajo sobre Método Clínico Comparado (CCM) en América Latina. Publicó numerosos artículos en la *Revista Chilena de Psicoanálisis*, tales como: La supervisión didáctica: Una experiencia con deseo (1993), ¿Podemos aprender de nuestros intercambios? Problemas en la discusión de material clínico (2004). [alfonsopola@vtr.net](mailto:alfonsopola@vtr.net)

### **Lucía Rossi**

Doctora en psicología por la Universidad de Buenos Aires y

profesora titular de historia de la psicología por la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora especialista en historia de la psicología en Argentina. [lrossi@psi.uba.ar](mailto:lrossi@psi.uba.ar)

### **Ralph E. Roughton**

Psicoanalista, *Atlanta Psychoanalytic Society*; didacta y supervisor (retirado) del Instituto Psicoanalítico de la Emory University, ambas organizaciones afiliadas a la *American Psychoanalytic Association* y a la IPA. Profesor emérito en el Departamento de Psiquiatría y Ciencias de la Conducta de la Emory University. [rroughton@bellsouth.com](mailto:rroughton@bellsouth.com)

### **Virginia Ungar**

Psicoanalista, Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Coordinadora del Comité de Training Integrado (API), ex coordinadora y actual consultora del Comité de Psicoanálisis de Niños y Adolescentes de IPA. Publicó numerosos artículos sobre psicoanálisis de niños, adolescentes, técnica y supervisión, tal como: El fin de la adolescencia hoy (*Revue Française de Psychanalyse*, LXXVII, 2013).

[virginiaungar@gmail.com](mailto:virginiaungar@gmail.com)

### **Marcelo Viñar**

Psicoanalista, Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Ex profesor del Departamento de Educación Médica Continua, Facultad de Medicina. Desde 1990 coordina un grupo de investigación de campo sobre adolescencia marginada y menores fuera de la ley. Fue presidente de la APU y de FEPAL, así como representante ante el Board de la IPA. Su libro más reciente: *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio* (Noveduc, 2013). [marcelo@belvil.net](mailto:marcelo@belvil.net)

### **Marisa Werneck**

Profesor doctor-asistente del Departamento de Antropología y del Programa de Postgrado en Ciencias Sociales de la *Pontificia Universidade Católica de São Paulo*. Defendió su doctorado -parcialmente realizado en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* de París-sobre el pensamiento mítico y los operadores estéticos de Claude Lévi-Strauss. [marizawerneck@gmail.com](mailto:marizawerneck@gmail.com)

*Calibán - Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, es la publicación oficial de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal), organización vinculada a la Asociación Psicoanalítica Internacional (API), que se edita regularmente, bajo el título de *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, desde 1994.

Su propuesta editorial tiene como finalidad favorecer la divulgación y el desarrollo del pensamiento psicoanalítico latinoamericano en su especificidad y promover el diálogo con el psicoanálisis de otras latitudes. Busca estimular la reflexión y el debate insertando las cuestiones pertinentes al psicoanálisis en los contextos científico, cultural, social y político contemporáneos. Su periodicidad es semestral.

Cada número incluirá en su contenido artículos en formato de ensayo, artículo científico, entrevista, reseña u otros que los editores consideren pertinentes.

Los trabajos a publicar serán inéditos y redactados en español o portugués. Sin embargo, si a juicio de los editores son considerados de especial interés, podrán editarse trabajos que hayan sido publicados o presentados en congresos, mesas redondas, etc., citando lugar y fecha donde fueron expuestos originariamente. Podrán publicarse trabajos originales en otros idiomas que no cuenten con versiones en español o portugués.

En el caso de incluir material clínico, el autor tomará las más estrictas medidas para preservar absolutamente la identidad de los pacientes, siendo de su exclusiva responsabilidad el cumplimiento de los procedimientos para lograr tal finalidad o bien obtener su consentimiento.

Las opiniones de los autores de los trabajos o de las personas entrevistadas son de su exclusiva responsabilidad. Su publicación en *Calibán-Revista Latinoamericana de Psicoanálisis* no implica de modo alguno que sus editores compartan los conceptos vertidos.

Al momento de presentar su trabajo el autor deberá firmar un formulario de autorización por el cual cede legalmente sus derechos. Por dicha cesión quedará prohibida su reproducción escrita, impresa o electrónica, sin la autorización expresa y por escrito por parte de los editores.

Los trabajos presentados serán objeto de una evaluación independiente con características de “doble ciego”, por al menos dos integrantes del Comité Revisor de la revista quienes podrán hacer recomendaciones tendientes a su eventual publicación. La evaluación se hará con criterios parametrizados y su eventual aceptación, rechazo o solicitud de cambios o ampliaciones constituyen la tarea

del Comité Revisor de la revista, quien remitirá sus sugerencias al Comité Editor. Los editores definirán, en función de la pertinencia temática y posibilidades de la revista, la oportunidad de la publicación.

Los trabajos se enviarán por correo electrónico a **fepal@adinet.uy** y a **revista@fepal.org**.

La extensión de las presentaciones no deberá exceder las 8.000 palabras en formato A4, fuente Times New Roman tamaño 12 con interlineado a doble espacio. La bibliografía, que no será tomada en cuenta en la extensión máxima permitida, deberá ser imprescindible y ajustarse a las referencias explícitas en el texto. Trabajos para secciones específicas de la revista podrán tener especificaciones adicionales.

Los trabajos podrán ser redactados en español o portugués, según el idioma de su autor, y deberán enviarse dos copias con el mismo título: una deberá llevar el nombre del autor. Se adjuntará una breve descripción curricular y, al pie de la primera página, institución de pertenencia y dirección electrónica.

La otra copia debe enviarse con seudónimo y sin menciones bibliográficas que permitan eventualmente identificar al autor.

Se adjuntarán también un resumen en español o portugués, y otro, en inglés (en todos los casos), de las principales ideas del trabajo, redactado en tercera persona y de aproximadamente 150 palabras.

Se incluirán todos los datos de referencia de las publicaciones citadas, poniéndose especial cuidado en aclarar cuando se trata de citas de otros autores, y en que sean fieles al texto original.

La bibliografía y las citas bibliográficas se ajustarán a las normas internacionales de la *American Psychological Association*. Disponibles en **www.fepal.org**

Los descriptores deberán ser tomados del Tesoro de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Ver Tesoro. Disponible en **www.fepal.org**



# Calibán

Revista Latinoamericana  
de Psicoanálisis







# Realidades & Ficciones II

Argumentos: Paneles centrales del 30º

Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis II

+ Antonino Ferro + Jay Greenberg

Ciudades Invisibles: Río de Janeiro

Dossier: La época del psicoanálisis II

Vórtice: ¿Quién puede ser analista?

Textual: Juan Villoro

Clásica & Moderna:

Enrique Pichon-Rivière

Fuera de Campo: Thomas Ogden

De Memoria: Lemlij + Nosek

+ Viñar + Rossi

Bitácora

